Octavio Alberola
Ariane Gransac

El anarquismo español

y la acción revolucionaria (1961-1974)

Octavio Alberola

Ariane Gransac

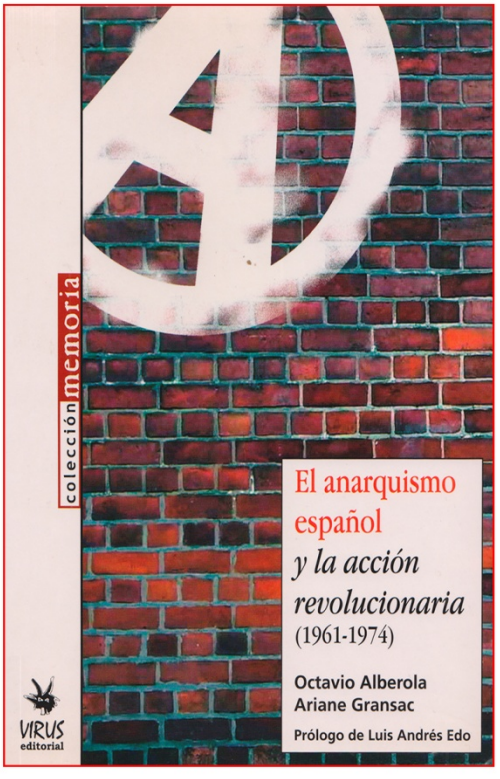
EL ANARQUISMO ESPAÑOL

Y LA ACCIÓN REVOLUCIONARIA (1961 – 1974)

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

octavio alberola
ariane gransac
ruedo ibérico
el anarquismo español y la acción revolucionaria 1961-1974


colección memoria
El anarquismo español y la acción revolucionaria
(1961-1974)
Octavio Alberola
Ariane Gransac
Prólogo de Luis Andrés Edo
VIRUS editorial

Índice

Prólogo

Prefacio

Introducción

I. 1939-1960. Veintidós años de dictadura y exilio
II. 1961. La «reunificación» confederal y el dictamen del «D-I»
III. 1962. Reactualización de la lucha antifranquista
IV. 1963. La represión franquista y el «Eje París-Madrid»
V. 1964. Triunfo del inmovilismo exiliado y agravación de la crisis ideológica
VI. 1965. La degeneración burocrático-autoritaria de las élites confederales en el exilio y en el interior
VII. 1966. El Grupo Primero de Mayo y la reactivación internacional del anarquismo
VIII. 1967. La solidaridad internacional y la radicalización de la «contestación»
IX. 1968. La revuelta antiautoritaria en Europa
X. 1969. La recuperación ideológica de la «contestación» antiautoritaria
XI. 1970. La dinámica del activismo revolucionario europeo
XII. 1971. La guerrilla urbana en Europa
XIII. 1972. La represión autoritaria y las nuevas generaciones revolucionarias
XIV. 1973. El fascismo y la «vía pacífica hacia el socialismo»

Palabras finales

Cronologías

Prólogo

Habían transcurrido seis años, después de Mayo del 68, cuando Octavio Alberola —Juan el Largo— y Ariane Gransac —La Pelos— (ambos apodos despertaron inusitado interés en las policías europeas, en particular en la Brigada Político-Social franquista y en la francesa Renseignements Generaux) tuvieron la ciclópea idea de publicar este testimonio en París (Ruedo Ibérico) en 1975, que según apuntaban sus autores en «Palabras Previas» [N. del E.: breve reflexión sustituida en esta edición por la «Introducción»] representaba: «El estudio del proceso de actualización del anarquismo». La catalogo de «ciclópea idea» porque, sin dudar de la capacidad de los autores, me pregunto seriamente si seis años después de la culminación del Mayo francés ofrecían suficiente retrospectiva histórica para llevar a buen fin semejante idea.

1979. Gransac y Alberola entrevistados clandestinamente en París por la BBC

Tengo que reconocer que a pesar de ese menguado lapso retrospectivo, este testimonio alcanzó un indiscutible alto nivel analítico, hasta el punto de que

sus contenidos han de constituir hoy un obligado estudio para una «nueva actualización» del anarquismo.

A pesar de que no me he podido sustraer a la pertinaz insistencia de Patric, miembro de Virus, de elaborar un prólogo a este libro, me parece un difícil reto, dado el nivel en que los autores se sitúan en la «Introducción». Pero, aunque sea de canto, voy a intentar introducir algunas reflexiones, empezando por disculparme, ya que considero necesario (ante la obstinada crítica mal intencionada después de 43 años) ofrecer dos aclaraciones, aunque la primera ampliamente tratada en el libro. Efectivamente, la primera es la base del testimonio de los autores, que se sitúa en la elaboración en el Exilio (en el Congreso de la CNT de Limoges, Francia, en 1961) de un «Dictamen Reservado», que, adoptado por unanimidad, promulgaba la creación de un «organismo conspirativo», llamado «Defensa Interior» (D-I), cuyos contenidos rompían con el inmovilismo y contemplaban fomentar la «acción directa» radical contra la Dictadura, que salvo las excepciones de Massana, Facerías y El Quico habían sido prácticamente abandonadas hacía diez años por las organizaciones clásicas del anarquismo.

Como el alcance de dicho «Dictamen Reservado» contemplaba la participación, no sólo de la CNT, sino también de la FAI y de la FIJL, los respectivos Comicios de ambas, inmediatos en 1961, adoptaron también por unanimidad el citado «Dictamen Reservado». Es decir, que la «ilegalidad orgánica», que aún hoy se esgrime contra la creación del D-I carece de cualquier fundamento.

Es cierto que desde el Congreso de CNT, de 1963, en Toulouse, al acceder Germinal Esgleas y Vicente Llansola al Secretariado Intercontinental, como Secretario General y de Coordinación, respectivamente (ambos miembros del D-I), se inicia un «proceso orgánico» de disolución del D-I (que escandalosamente coincide con la exigencia impuesta contra el D-I por las policías políticas de España y Francia), proceso que, para más inri, se inicia tras la ejecución de Delgado y Granado y cuando aún continuaban detenidos en la prisión parisina de Fresnes todo el Comité Nacional de la FIJL y los veteranos anarquistas Cipriano Mera y José Pascual Palacios; encarcelados en una operación sin precedentes de la policía francesa, inducida por «requisitoria»

oficial de los Ministerios de Gobernación y Exteriores de la Dictadura franquista. Ciertamente, ese proceso de disolución del D-I culminaría en 1965 en el Congreso de Montpellier. Pero una de las organizaciones, la FIJL, continuó manteniendo la existencia del D-I, que además era respaldado por importantes núcleos de base de CNT.

Especular, pues, sobre la ilegalidad orgánica del D-I fue crear una falsa polémica, que contribuyó más pronto a boicotear su acción.

Aclarado esto, debe puntualizarse asimismo el sentido que guiaba a los autores, al publicar su testimonio. Es preciso, porque en torno a la edición de 1975 se manifestaron críticas internas en el propio seno del D-I; no sobre los contenidos de ese testimonio, sino por la precipitación de los autores en publicarlo, cuando al parecer se había contemplado la necesidad de elaborar un estudio colectivo.

Personalmente, no estoy en desacuerdo con esa clase de estudios, yo mismo me he implicado en ellos en muchas ocasiones por otros temas, pero, salvo muy raras excepciones, por regla general tal método suele resultar ineficaz, si alguien, específicamente, no se ha responsabilizado. Esto es lo que hicieron los autores, ante el riesgo de que dicho estudio relegara su publicación a las calendas griegas, ante el incumplimiento del compromiso colectivo. La circunstancia de la enfermedad del Dictador se añadía a la situación, ante la perspectiva histórica de una transición política. La urgencia, pues, estaba más que justificada.

Si los efectos positivos de la publicación de este estudio no se tradujeron entonces en la práctica fue, en primer lugar, porque los núcleos de base que hubieran podido sacar provecho de la misma estaban desvertrebrados o disueltos; y, en segundo lugar, porque la estrategia sindical (en la Transición) de la CNT, por una parte, o la interpretación dogmática del discurso anarquista, por otra, impidieron una «conexión histórica» con el Movimiento Social, que en realidad era lo que había que catalizar para fomentar la ruptura política... que no se produjo en la Transición.

Sin embargo, superando el mecanicismo aparente de estas reflexiones, es en la radicalidad de estas contradicciones en las que se debe centrar la

investigación de un discurso orientado a una nueva «actualización del anarquismo».

Para ello me permito abrir un inciso, haciendo una lectura, hasta ahora inédita, sobre las actuación directa y violenta contra el Sistema de aquellas tendencias y corrientes clásicas, muy representativas del movimiento, que tuvieron una confirmación contemporánea en «Gigantes de la Acción», como son Massana, Facerías, El Quico o Caraquemada y tantos otros. En efecto, la gran peculiaridad de este fenómeno consistía, precisamente, en que todos ellos no eran conscientes de que rompían con algo mucho más importante que el inmovilismo (éste tiene, simplemente, una connotación física). Así es, todos ellos no sabían que estaban, con su acción, rompiendo con una interpretación dogmática del discurso anarquista. En otras palabras: estaban realizando una «impugnación ideológica», sin caer en cualquier «posibilismo». Rompían con una connotación mental, no sólo física, de un discurso estratégico inamovible...

Por supuesto, el D-I y su entorno no pueden compararse con la acción de aquellos citados gigantes precursores; cualquier comparación, en la actuación concreta, sería odiosa. Los tiempos y las situaciones, sociales y políticas (también las propias generaciones de militantes), eran distintas. Por tanto, las formas no podían ser idénticas a las de aquellos precursores, aunque idéntico fuera el fondo que se perseguía.

Efectivamente, se había producido en el devenir histórico del Movimiento Libertario un «corte generacional» provocado por la represión (cercana a un auténtico genocidio) de la postguerra civil con el funcionamiento cotidiano de los piquetes de ejecución, a lo largo de la década de los años cuarenta, mientras en las cárceles se hacinaban doscientos mil presos, y se difuminaba en una trágica diáspora mundial medio millón de personas, en calidad primero de reclusos en campos de concentración y más tarde de «refugiados apátridas, errantes».

La masiva potencia del Movimiento Libertario español no iba a salir incólume del magma trágico que producía la Segunda Guerra Mundial, que provocaría cien millones de víctimas mortales. Es en este dramático contexto que

desaparecería la «generación transmisora» del discurso. Había sido necesaria una guerra civil y una conflagración mundial para eliminar a una generación que iba a transmitir el «testigo». Éste era el panorama que entonces se ofreció a las generaciones de militantes recientes cuya formación teórico-páctica se enfrentaba a las mayores dificultades.

Pero refiriéndome al núcleo militante que sobrevivirá en el Exilio, tras la Segunda Guerra Mundial, que es desde donde surgirá ese intento de «actualización del anarquismo», y que es precisamente lo que estamos analizando aquí, iba a surgir una nueva adversidad: el túnel de los años cincuenta.

Efectivamente, para entender más fácilmente las razones básicas que explican la creación del D-I en 1961 en Francia, tenemos que remontarnos «al túnel de los años cincuenta». Se produce en esa época, en toda Europa occidental, un síndrome trágico que alcanza a todos los sectores y clases de la sociedad: estalla la Guerra Fría, se teme una Tercera Guerra Mundial (y esta vez con armas atómicas). Ese síndrome paraliza, durante una década, toda la actividad política y sindical de los partidos y sindicatos clásicos. (Por supuesto que existen situaciones conflictivas, pero quienes se mueven en el seno de ellas lo hacen al margen de aquellas estructuras clásicas). Toda la izquierda política y sindical, en Europa occidental, cae en el más profundo inmovilismo.

Este inmovilismo producirá una ola de fondo (una especie de «maremoto») en todas las estructuras políticas y sindicales de la izquierda en Occidente: es el «fenómeno de la disidencia», protagonizado por la juventud, desde el movimiento cristiano hasta los comunista-marxistas; también será alcanzado el discurso libertario, concretamente a través de la llamada «Internacional Situacionista», una de cuyas aportaciones más significativas la ofrecerá, en 1967, Guy Debord con su obra La Sociedad del Espectáculo («el Situacionismo» sería el discurso que protagonizaría el Mayo del 68).

Una organización libertaria del Exilio —la FIJL— (sobre la que más tarde se apoyará fundamentalmente el D-I) resultará también influida por este fenómeno universal (en la sociedad occidental) de la disidencia.

Lo que sucede es que la FIJL no rompe con las estructuras de las organizaciones clásicas del Movimiento Libertario (como sí sucede con otros discursos, marxistas, comunistas, cristianos). Pero la FIJL sí quiere romper con el inmovilismo. Su disidencia se manifiesta contra la estrategia, no contra la estructura del Movimiento.

Durante la década de los cincuenta, la FIJL propulsa su dinamismo para volver a la clásica Comisión de Defensa (organismo clásico del Exilio en la lucha contra la Dictadura; estaba compuesto por 4 personas: 2 de CNT, 1 de FAI y 1 de FIJL); para ello no sólo debía moverse en el seno de su específica estructura, sino también en las de la CNT y la FAI. Era una dinámica muy complicada y, finalmente, se decidió que era más sencillo desarrollar una idea nueva de la citada Comisión; y es así como se abrirá paso el organismo conspirativo «Defensa Interior», acordado, como se ha dicho más arriba, en 1961, en el Congreso de Limoges de la CNT.

Las redes vertebradas por la FIJL, en el Exilio, aglutinaron a lo largo de la década de los cincuenta un millar de jóvenes, en su mayoría emigrantes. Su formación militante en el aspecto teórico no ofrecía grandes dificultades, gracias al esfuerzo editorial desarrollado por la CNT. Lo que planteaba problemas era la formación práctica (dada la ausencia de la generación transmisora de la experiencia, por una parte, y por la otra, como consecuencia de vivir fuera de los espacios geográficos españoles). Quiere esto decir que los afiliados de la FIJL tuvieron que formarse solos en el terreno de la práctica. Además, la situación y las estructuras europeas de la época permitían modificar el modus operandi de atravesar fronteras. La FIJL basó su método en la elaboración de documentación y pasaportes extranjeros falsos, con carácter prácticamente general; el paso se verificaba, salvo raras excepciones, por las aduanas de viajeros, eliminando las largas marchas por las montañas (con las clásicas bases de seguridad cada 20 o 30 kilómetros).

En el transcurso de la década de los cincuenta se produce un hecho histórico nuevo en la existencia de las estructuras clásicas del Movimiento Libertario: la FIJL se desmarca de la influencia de la FAI oficial. En efecto, como consecuencia de un enfrentamiento intestino en el seno de la FAI (en la organización «específica», como se le llama en la jerga interna) se manifiestan

posiciones distintas, que podrían resumirse en una actitud dogmática y otra tolerante, en torno a la FIJL y su vuelta a Defensa. La posición dogmática de la FAI oficial queda personificada en militantes como Germinal Esgleas y Vicente Llansola; y la posición tolerante se convierte en una especie de FAI de oposición, representada por Boticario, Roque Santamaría o José Pascual Palacios, sin que se rompiera entonces la estructura de la FAI. La FIJL tomó posición, por práctica unanimidad, y se decantó por la posición tolerante de la FAI, lo que produce una reacción furibunda de la FAI oficial contra la FIJL, muchos de cuyos miembros arrastrarán en toda su trayectoria militante posterior un estigma «de intolerable cainismo».

Lo que ocurre en realidad es que la FAI oficial no tolera la más mínima crítica a la estrategia de inmovilismo del que la FIJL acusa a la FAI: «hay que defender la pública existencia en Francia de la CNT»... y claro para la FAI oficial el «enemigo público nº 1» de esa legalidad es la propia FIJL.

En el transcurso de los años cincuenta los jóvenes de la FIJL ya realizan incursiones en el interior de España, por supuesto, sin pasar por la autorización de la Comisión de Defensa, tomando contacto con los núcleos clandestinos de la CNT, lo que nuevamente vuelve a crear problemas con la FAI oficial. A través de estas diversas dinámicas de la FIJL, los jóvenes libertarios progresaron lentamente en su formación orgánica hasta alcanzar un peso indiscutible. Un hecho significativo que lo prueba es que, antes de la unificación de la CNT, dos grupos de jóvenes libertarios de París, uno de ellos de la FIJL y el otro adscrito al llamado subcomité, se reunifican un año antes de que la CNT lo lograra en Limoges, en 1961.

Unos meses antes de que se creara el D-I, se produciría una acción radical que plantearía a nivel mundial el caso de las dictaduras ibéricas (Franco y Salazar). El acto fue el secuestro, por un comando hispano-luso, de un transatlántico portugués, el Santa María, con 1.500 viajeros a bordo, en pleno océano Atlántico. El comando lo componían 22 personas; se trataba de un «comando de disidentes» comunistas y libertarios (uno de los elementos imprescindibles del comando, el telegrafista, era miembro de la CNT en el Exilio). El Santa María permaneció secuestrado una semana, rodeado por la flota naval de EEUU.

Una sola organización libertaria del Exilio se solidarizó públicamente con el secuestro: la FIJL. De los once españoles del comando, cinco eran libertarios. El comando realizó el secuestro con las siglas de DRIL (Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación). Aunque en el secuestro del Santa María no interviene la FIJL, ni ninguna otra estructura clásica del Movimiento Libertario, lo cito porque ello demuestra que la FIJL se hallaba siempre predispuesta a colaborar en las acciones radicales contra la Dictadura.

Es con esta predisposición que la FIJL aborda por fin el Congreso de la CNT de Limoges, en 1961, para acabar con el vergonzoso inmovilismo. Una «ola de fondo» interna (orgánicamente hablando) se ha desatado inconteniblemente: ¡nadie puede oponerse a un acuerdo de volver a la acción directa!

Para completar el panorama interno del «puzzle» orgánico, debo referirme a algo sin lo cual no podemos imaginar la realidad. La actividad de los núcleos de base de la FIJL había adquirido una autonomía desbordante, conocida (aunque no reconocida) por los Comités; en efecto, no podía ser reconocida esa actividad porque, entre otras cosas, ella implicaba una relación, si no formal, sí real, con militantes que la oficialidad orgánica había «condenado al índice», es decir, que era «tabú» relacionarse con ellos: los Verardini, Cerrada, Robla, Massana, Teófilo, Francisco Sabaté Llopart... Los dos primeros protagonistas de la falsificación decidida por la CNT de los «cortes» de 500 y 1.000 pts. de la Casa de la Moneda, que para la nueva perspectiva de penetración en España de la FIJL eran imprescindibles; Luis Robla (gran especialista de la clandestinidad en España) fue el principal consorte en el intento del atentado contra Franco, con el avión comprado por Cerrada; Marcelino Massana por su actividad guerrillera, legendaria en la postguerra, militante valioso en aquella época para la FIJL por su experiencia en sus travesías por el Pirineo catalán (y porque de los «hombres de acción» era el que mejor relación tenía con José Peirats, militante entonces esencial para las perspectivas orgánicas de la FIJL); Teófilo Navarro, de Toulouse, gracias al cual se pudo lograr el «tubo de mortero» utilizado en el Interior para el lanzamiento de propaganda (método usado por El Quico) —Teófilo, años más tarde, facilitó (para el D-I) la localización de los zulos con armas que El Quico tenía en la provincia de Girona—; Francisco Sabaté Llopart, el famoso Quico, que en su último viaje iba

acompañado por jóvenes militantes, todos miembros de la FIJL (de Lyon y Clermont Ferrand), que también perdieron la vida en el enfrentamiento con la Guardia Civil. Los citados cuatro compañeros que acompañaron al Quico eran: Ruiz Montaña, Rogelio Madrigal, Paco Conesa y Antonio Miracles.

A todo esto se sumaba (al inicio de los años sesenta) la llegada desde Sudamérica de una «savia nueva» (con Florido y Alberola), influidos por el origen de la Revolución cubana.

Pero si bien hay que reconocer que todo el proceso de actuación de D-I no puede resistir la comparación con sus precursores históricos a los que me he venido refiriendo más arriba (en cuanto al impacto individual de sus acciones), sí existe «un efecto» equiparable del D-I con éstos. Un efecto del que ni los miembros natos del D-I ni su entorno (particularmente la FIJL) eran conscientes. Exactamente el mismo efecto que se desprendía de la acción de los Quico, Facerías, Massana, Caraquemada...

Me explico, el D-I (y compañía) no sólo rompían con el discurso inmovilista, sino que su acción significaba, asimismo, una impugnación ideológica a una «interpretación dogmática» del discurso sobre el anarquismo; y, por supuesto, como en el caso de aquellos Gigantes, la «impugnación ideológica» del D-I no implicaba decantarse por el «posibilismo», «impugnación» ya sugerida por los mismos autores en su testimonio.

La «violencia digna» (y manumisora) es, entre (y con) otras, una de las estrategias del discurso anarquista, ni la más esencial (pues el discurso anarquista no jerarquiza las «categorías») ni la única. Ésta es la «línea» que siguió rigurosamente el D-I: diez años de actuación (con explosivos, pues no eran tan «valientes» como para usar pistolas), ¡ninguna víctima mortal por atentado!

Llegado a este punto, la reflexión no puede dejar de abordar la necesidad, hoy, de reeditar este libro, treinta años después de su primera publicación. Es una necesidad tanto o más perentoria que entonces. En efecto, el «fenómeno de la disidencia» producido en los años cincuenta (surgido contra las propias estructuras de la izquierda) fue el elemento precursor, no sólo del D-I, sino también de infinidad de diversidad de discursos (y en esa diversidad radica la

riqueza del fenómeno) de acción directa, tal como el testimonio de los autores detalla magistralmente.

Un elemento común a aquel «fenómeno de disidencia» se ha venido repitiendo en los últimos años. Por supuesto que las causas no son las mismas, pero las consecuencias son idénticas: el vacío revolucionario. Es un vacío revolucionario, impuesto vergonzosamente por un pacto de silencio, como condición sine qua non de un compromiso, inconfesado, contraído entre el tardofranquismo y la partitocracia de izquierdas, para impedir la recuperación de la memoria histórica sobre los acontecimientos sociales y políticos protagonizados por los discursos revolucionarios. Pacto de silencio sobre el que aún se continúa basando esta mediocre democracia.

Desde hace no mucho tiempo una «ola creciente» contra ese pacto de silencio se viene alzando lentamente. Uno de los elementos claves que ha contribuido a fomentar esa corriente (entre otros) ha sido la denuncia (primero en el ámbito audiovisual europeo y luego en el espacio nacional) de la ejecución a garrote vil de los anarquistas Delgado y Granado, en 1963, quince días después de ser detenidos, acusados de realizar un atentado que no cometieron ellos, lo que permitió a un honesto equipo de profesionales de la comunicación abrir una cuña incontenible a aquel hermético silencio pactado en la Transición contra la recuperación de la memoria. Es una oportunidad histórica cuyas claves les ofrecía una de las operaciones del citado organismo conspirativo llamado «Defensa Interior».

Al inmovilismo físico de los años cincuenta se respondía con una impugnación compulsiva que sobresaltó toda la década de los sesenta. Pero las causas eran, fundamentalmente, físicas (aunque la respuesta desbordaba esta categoría).

El inmovilismo de hoy es mucho más grave y no se trata de la existencia de un discurso erróneo. Sucede que no hay discurso alguno. Es un inmovilismo que nos conduce al vacío sideral: es la extinción.

Desde hace poco más de un año se está desvelando lentamente en varios países de Europa occidental un fenómeno disidente, de colectivos de jóvenes, de discursos diversos, pero de declarado matiz antiautoritario, que rechazan las estructuras clásicas de la izquierda (adocenadas en un descarado

entreguismo). Como es el caso de los veinte colectivos, aglutinados en la experiencia del May Day, que protagonizaron el pasado 1º de Mayo la extraordinaria manifestación en Barcelona, que rompía las estructuras de las clásicas manifestaciones sindicales conocidas de la Transición política.

La reedición de este testimonio de Octavio y Ariane puede contribuir a catalizar este nuevo fenómeno de la disidencia, que permita la «actualización del discurso revolucionario».

Barcelona, julio de 2004

Luis Andrés Edo

Prefacio a la presente edición

Dado que la primera edición (1975) de El anarquismo español y la acción revolucionaria: 1961-1974 está agotada desde hace mucho, su reedición por la editorial Virus nos parece muy oportuna por dos razones: la primera, porque creemos que nuestro libro llena un vacío historiográfico, puesto que la resistencia libertaria contra la dictadura franquista (sobre todo desde comienzos de los años sesenta hasta 1974) ha sido minimizada o voluntariamente ignorada por la mayoría de los historiadores; y la segunda, porque, a pesar de sus deficiencias, creemos que la información que en él se aporta puede ser muy valiosa para comprender lo que realmente fue la «resistencia» y la «oposición» al franquismo en las dos décadas que precedieron a la Transición y la Democracia.

Ahora bien, aunque toda reedición de una obra procura a sus autores satisfacción, debemos reconocer que la relectura del libro ha significado para nosotros un retorno al pasado, a la época de la lucha contra la barbarie del franquismo. Una época en la que poner en juego nuestras vidas era parte de nuestra realidad cotidiana, y no por eslóganes, sino por un objetivo bien preciso: acabar con ese régimen asesino.

Sí, es verdad que vivimos ese periodo en un ambiente trágico, y que por ello el tono del libro puede parecer hoy de otra época; como también lo es que ahora no nos sería posible abordar ese sujeto de la misma manera. No tanto porque hoy podemos asumir abiertamente nuestra participación en aquellos acontecimientos, en aquella lucha, sino más bien porque deberíamos, por haberse convertido en historia, abordarla con menos pasión.

Pero éste no es el caso, puesto que ahora sólo se trata de una reedición. No obstante, tenemos la obligación moral de advertir al lector que, además de haber participado en muchos de los hechos que fueron forjando esa historia, también participamos en muchos de los conflictos y enfrentamientos

polémicos que, en esos años, el activismo juvenil provocó en el seno del movimiento libertario español e internacional. Y debemos decirlo porque en ese primer trimestre de 1975 no pudimos asumir plenamente ese protagonismo en el libro.

En efecto, en aquellos momentos, la represión franquista no había menguado en intensidad y brutalidad. Los consejos de guerra pronunciaban aún condenas de muerte (cinco en septiembre de 1975), que Franco firmaba sin vacilar. Y hasta en el exterior las complicidades de las democracias europeas con el franquismo imponían la clandestinidad a los activistas libertarios. Ésta es pues la explicación de por qué, entonces, no era aún prudente testimoniar ni revelar ciertos nombres e informaciones, y de por qué el libro fue escrito en tercera persona y no en primera, como testimonio, que es lo que en principio quería el editor.

Efectivamente, tras nuestra detención y liberación en 1968 (en Bélgica), el director de Ruedo Ibérico, José (Pepe) Martínez, nos había incitado en varias ocasiones a que escribiésemos nuestras memorias para publicarlas en su editorial; pero no fue hasta 1973 que tomamos la decisión, con el acuerdo de la Comisión de Relaciones de la FIJL, de comenzar a recuperar documentación para escribir un libro sobre la acción que los jóvenes libertarios de la FIJL venían impulsando desde 1961. Martínez aceptó el proyecto enseguida; pero, en realidad sólo en mayo de 1974, al ser detenidos en Francia, pudimos comenzarlo y terminarlo. Y fue así como a finales de enero de 1975, al salir de la cárcel, pudimos dárselo a Martínez para su publicación. De ahí que el último capítulo del libro termine en diciembre de 1974, un año antes de la muerte de Franco. Es decir, que en el libro no están reseñados ni comentados los acontecimientos del último año de la dictadura franquista. No lo están ni lo estarán, puesto que el libro será reeditado sin tocar ni una sola coma de la edición de 1975. No sólo porque queremos asumir lo que escribimos entonces, sino también porque creemos que, en lo esencial, lo que finalmente fue la «transición a la democracia» ya era previsible desde que la «oposición antifranquista» renunció definitivamente a luchar activamente contra la Dictadura en la década de los sesenta.

Efectivamente, ésa es la razón que nos ha hecho optar por una reactualización únicamente a través de notas complementarias a las notas originales del libro. Una reactualización que no tiene otro objetivo que el de completar o corregir la información dada entonces (ya que en muchos casos estuvimos obligados a silenciar nombres y a no asumir directa y claramente la responsabilidad de nuestros actos) o el de abordar algunos hechos confusos y conductas dudosas que sólo el tiempo transcurrido ha permitido esclarecer.

Ahora bien, es obvio que igual que entonces defendíamos una causa y que el objetivo era reivindicar todo lo hecho para combatir al franquismo, ahora también lo reivindicamos. Aunque eso no quiere decir que no queríamos o que no queramos comprender lo ocurrido durante ese periodo histórico. Entonces ya sentíamos la necesidad de criticar, tanto en los medios libertarios como en los del antifranquismo, ciertas actitudes que nos parecían inconsecuentes. Pero sentíamos igualmente la necesidad de ser críticos con nosotros mismos, con nuestra actuación. Lo que había estado y seguía en juego era muy importante: tanto desde el punto de vista humano como del político-ideológico y ético. Durante y después de la guerra, miles de españoles habían perdido la vida por oponerse a la barbarie fascista. Por eso queríamos que las verdaderas motivaciones y las posiciones de los unos y los otros quedaran bien claras. Ésa era nuestra intención, pero no sabemos si lo conseguimos; aunque creemos haber contribuido a ello en la «Introducción» y en las «Palabras finales» del libro, pese a nuestra «parcialidad», nuestras convicciones y certidumbres. Evidentemente, de no haber sido por las circunstancias en las que nos encontrábamos, nuestro testimonio habría sido escrito y asumido como tal. Creemos pues que el lector comprenderá las razones que nos obligaron a proceder así y a no revelar todo lo que sabíamos. Además, el hecho de estar escribiendo un «libro de historia» nos sirvió para «justificar» nuestros contactos y nuestros desplazamientos... al ser interrogados por la policía.

Asumimos pues la parcialidad y las omisiones; pero consideramos que, pese a ello, el libro tiene el mérito de ser el primero (y, por el momento, el único) en abordar esa actuación en su integridad y en aportar informaciones que, de otra manera, habrían quedado ignoradas, quizá para siempre. Además, no

creemos que nuestra parcialidad fuese ciega, incondicional. Y no sólo en lo concerniente a la valoración de hechos y conductas, sino en la evaluación de las perspectivas. Es cierto que estábamos totalmente comprometidos en un combate y que defendíamos nuestra opción resistencial al franquismo y al capitalismo con apasionada convicción; pero no por ello dejábamos de reconocer nuestra impotencia, nuestra incapacidad para evitar que la historia siguiera por los rumbos que le marcaban los vencedores de siempre. Por ello, a pesar de estar inmersos en una lucha que dejaba poco tiempo para la reflexión, nos esforzábamos en ser objetivos, en analizar lúcidamente los hechos, las conductas y las situaciones que estábamos viviendo.

Nuestra principal motivación era aportar nuestro concurso, nuestra solidaridad, a cuantos luchaban contra la Dictadura, como lo hacíamos igualmente con todos los que en otras partes del mundo luchaban contra poderes abusivos. Por eso éramos intransigentes con todas las apostasías político-ideológicas, con las demagogias revolucionarias y la insolidaridad. La consecuencia entre las palabras y los actos nos parecía esencial. Ahora bien, esta intransigencia ética no nos impedía ser realistas. Todo lo contrario: éramos conscientes de los obstáculos que se oponían a la realización de nuestro ideal, de lo desfavorable que nos era la relación de fuerzas en España y en el mundo. La intransigencia en los principios y la reflexión serena, ecuánime, no eran incompatibles.

Antes de que comenzara la Transición, ya preveíamos lo «atada y bien atada» que iba a estar, adónde conduciría «el ingenuo oportunismo de una oposición que había saboteado conscientemente todos los intentos de lucha abierta, de acción directa contra el franquismo, y que había hecho de la renuncia revolucionaria y del aperturismo hacia los “sectores progresistas” de la Iglesia y del Ejército la clave de su estrategia oposicional».

No creemos habernos equivocado cuando advertíamos a los libertarios que, cuanto más tardasen en salir de su inmovilismo y en manifestarse activamente contra la Dictadura, más difícil les sería reconstruir su movimiento en el contexto posfranquista, particularmente en lo que concernía a su organización sindical, la CNT. Cuando ya señalábamos adónde conduciría la política de «distensión» entre el Este y el Oeste que poco a poco iba poniendo fin a la

«guerra fría», porque ya entonces era evidente para nosotros que el proceso de acercamiento político y económico culminaría en la adopción del sistema de economía de mercado —del capitalismo, sin más tapujos— por el bloque llamado «socialista» (incluida la China). Como tampoco creemos habernos equivocado cuando advertíamos (pensando en los que se hacían ilusiones con el feminismo, el ecologismo, etc.) que todo se orientaba hacia el reajuste de las estructuras autoritarias de la sociedad permisiva liberal. Y cuando analizábamos el callejón sin salida en el que se encontraba el activismo revolucionario europeo y el porqué de su marginación.

Es por todo ello que, dentro de los límites que nos imponían las circunstancias de la época, creemos que el tratamiento de la información y su interpretación fueron objetivos. No sólo porque al no negar nuestra práctica militante dábamos prueba de nuestra honestidad intelectual, sino también porque nuestra práctica no estaba basada en la mitificación de la lucha armada y la clandestinidad. Al contrario, únicamente en la voluntad de asumir con todas las consecuencias el recurso a la violencia frente a la tiranía. Y ello en condiciones de total voluntariado, puesto que ninguna de las personas que participaron en esa lucha vivió de ella. Las acciones eran realizadas por compañeros/as que, con baja médica, podían abandonar provisionalmente sus puestos de trabajo y que inmediatamente después de realizar sus misiones se reintegraban a su cotidianidad laboral.

No, no fuimos profesionales de la lucha armada y quizá por eso nuestro militantismo no fue y no podía ser un obstáculo para intentar comprender el mundo y los arcanos de la historia.

Octavio Alberola – Ariane Gransac

Introducción

Por una extraña confusión entre causa y efecto, entre medio y fin, el anarquismo ha sido sucesivamente identificado —tanto por sus enemigos como por muchos de sus más fervientes admiradores— con la violencia irracional del «hecho individual» y con la inocua esterilidad del «pacifismo idílico» de todas las variantes del utopismo social. En muchos casos, esta identificación es la obra premeditada de objetivos propagandísticos bien definidos, que buscaban presentar el anarquismo como una ideología y una práctica puramente nihilistas o sin trascendencia revolucionaria.

No debe sorprender, pues, que el activismo revolucionario anarquista de estos últimos años (1961-1974) haya sido abordado con la misma ausencia de objetividad crítica con que lo fuera en el pasado. Sin embargo, su proximidad táctica e ideológica con el movimiento internacional de protesta y de rebelión juvenil, y el hecho de que el anarquismo haya sido tradicionalmente la única negación concreta del orden establecido, ha dado como resultado una revaloración de las ideas anarquistas, que han ocupado nuevamente el centro de las preocupaciones y de las luchas revolucionarias. Luchas que, dando las espaldas a las organizaciones reformistas decididamente integradas en el orden establecido, se habían quedado reducidas a un demagógico verbalismo revolucionario, a una rutinaria repetición de tópicos, críticas y programas reivindicativos.

Sin pretender atribuir al movimiento de protesta juvenil una importancia desmesurada, debemos reconocer que en el terreno de las ideas y en el de la práctica revolucionaria, esta impugnación ha sacudido los rígidos esquemas doctrinales en los que la revolución había sido enclaustrada. En el corto lapso de tiempo de una década, esta simultánea y consecuente afirmación crítica y combativa de los sectores más inquietos de la juventud ha determinado un

cambio fundamental en los planteamientos revolucionarios y en las relaciones entre las diversas corrientes que apelan a la revolución. El hecho histórico más prometedor de nuestra época es esta sensibilización revolucionaria de la juventud, en un momento en que la «racionalidad tecnológica», con su «sociedad de la abundancia», sublima la alienación y da a la «racionalidad autoritaria» su justificación óptima en el universo unidimensional de la mercancía y la ley.

En un mundo así estructurado, la violencia revolucionaria, aquella que se ejerce contra la racionalidad opresiva del sistema por los elementos marginados o por las minorías que más duramente sufren la opresión capitalista y estatal, aparece menos justificada que nunca y más irracional que antes. En cambio, la violencia del sistema se ve tanto más justificada y sublimada en la medida en que su soporte tecnológico se perfecciona y aparece como la emanación misma de la fuerza. Y no sólo cuando esta violencia es ejercida por una superpotencia contra un pueblo más débil, sino también cuando va dirigida contra los propios ciudadanos, a través de las técnicas más modernas de la represión policíaca, en los países altamente desarrollados. La potencia y la precisión, la eficacia al nivel de destrucción y opresión tecnológica, acreditan la racionalidad de la violencia más aún que el triunfo sublimaba las atrocidades de los vencedores. Y no tanto porque el sistema, en su variante democrática o totalitaria, monopolice los órganos de información de masa, sino, más bien, porque éstos han alcanzado un nivel de perfección técnica tal que obliga al individuo a digerir constantemente sus mensajes, de acuerdo con un determinado proyecto de condicionamiento político y psicológico. En estas condiciones las comunicaciones de masa no tienen otra misión que el hacer pasar determinados intereses particulares como propios de todo el conjunto social, de modo que las necesidades políticas del sistema se conviertan en aspiraciones y necesidades de la sociedad entera y de cada uno de sus miembros, y cuya satisfacción favorezca la expansión de la vida social, garantice —con un mínimo de represión— el orden público, las jerarquías y los privilegios, para que el todo aparezca como la expresión fiel de la razón.

Sin embargo, en su conjunto, esta sociedad está muy lejos de ser razonable, tanto porque su desenvolvimiento no favorece la satisfacción de las necesidades y facultades más vitales del hombre, como porque la «convivencia pacífica» entre los pueblos descansa en la producción masiva de armamento y en presupuestos astronómicos de defensa que podrían servir para liberar del hambre, la miseria y la ignorancia a millones de seres humanos en ese «Tercer Mundo» que también pertenece al nuestro.

¿Cómo no calificar de irracional una sociedad que, para mantener un ritmo de crecimiento industrial dado, no ha vacilado en envenenar el aire que respiramos, las tierra y los océanos, en una lenta pero continua destrucción del medio natural de vida del hombre, al mismo tiempo que hace posar sobre la humanidad entera la amenaza de un apocalipsis atómico?

Pese a ello, las «buenas conciencias» siguen condenando, en nombre de un humanismo que pretende no ser de clase, ni de raza, ni de religión, a cuantos recurren a la violencia para protestar y para luchar contra la injusticia y la opresión, mil veces más violentas o injustificables.

La singularidad de la sociedad contemporánea reside en la utilización del potencial tecnológico —que define la «posición de fuerza»—, en lugar del empleo sistemático del terror, para obtener la cohesión de las fuerzas sociales antinómicas en torno de los dos polos de su dinámica social: el creciente y cada vez más complejo funcionalismo regulador e integrador — inclusive de los marginalismos más extravagantes— y el gigantesco desarrollo industrial que, por el momento, permite asegurar una continua elevación del «nivel de vida».

La mayoría de los integrantes de esta sociedad, incluidas las minorías más cultas e inteligentes, no se dan cuenta de que, reglamentada por un conjunto represivo, la libertad queda reducida a la categoría de símbolo abstracto y de soporte moral de la dominación. Una libertad dirigida, ordenada, vigilada, controlada y censurada, como lo es la libertad sublimada que nos ofrece esta sociedad, nada tiene que ver con la libertad instintiva, espontánea, que es la que está en el origen, como aspiración profunda, de la conciencia humana.

Es, pues, normal y razonable que en un mundo mercantilizado al extremo y racionalizado autoritariamente la libertad sea también considerada como una mercancía, y que su valor siga las fluctuaciones del mercado.

En el nuevo mundo tecnológico del trabajo y de la participación capitalista, la actitud negadora (de oposición) de la clase obrera se ha transformado en actitud de colaboración interesada en la continuidad y expansión de la sociedad establecida, en el mantenimiento y reforzamiento de sus instituciones. No se trata de la desaparición total de la lucha de clases; pero ésta se ve soslayada por una creciente colaboración en objetivos comunes: expansión, garantía del poder de compra, seguridad social, retiro, reconversión profesional, preocupaciones ecológicas, etc. La participación y la colaboración llegan a ser tan íntimas y amplias que los agentes de la explotación quedan enmascarados por una fachada de objetividad racional.

Estamos ante un sistema que tiene la posibilidad material de estabilizar la sociedad y mantener el progreso técnico al servicio de la dominación, convirtiendo la racionalidad tecnológica en racionalidad política, alienan te, inexorablemente opresiva. Poco importa, al respecto, que sea un sistema democrático o un sistema totalitario el que imponga esta racionalidad; en uno y otro caso se opera el mismo proceso de reducción individual y de bloqueo social. Ambos sistemas tienden a inmunizar el conjunto social contra toda negación, proceda del exterior o del interior, creando una solidaridad supranacional en defensa del orden establecido. El sentido de esta «solidaridad» ha sido definido, brillantemente y sin complejos, por uno de los consejeros (1) del «consejero especial» del presidente Nixon, Henry Kissinger, en una fórmula que hasta el más obtuso y conservador de los financieros de Wall Street ha comprendido: «Este + tecnología y capital + un poco de buena voluntad = paz y provecho».

El capitalismo y el comunismo continúan, sin embargo, rivalizando a escala mundial, sin recurrir directamente a las armas, ya sea a través de las instituciones internacionales o por intermedio de pequeñas naciones. De esta manera pueden seguir justificando con la «amenaza exterior» el aplazamiento indefinido de la verdadera pacificación, conscientes de que ésta conduciría inevitablemente a la liberación.

Ni los armamentos ni la industria del siglo XX permiten a las «patrias» asegurar su independencia e integridad territorial, salvo en conjuntos de peso mundial; pero los nacionalismos continúan florecientes y en su nombre las oligarquías políticas mantienen regímenes tiránicos que ni siquiera reconocen las libertades democráticas más elementales. Esto y el endurecimiento represivo, tanto en el Este como en el Oeste, frente a la crítica y al rechazo de los sistemas por la juventud, prueba que estos sistemas son incapaces de transformarse en el sentido de una liberación auténtica de la vida social. De ahí que la juventud en rebelión piense que sólo términos negativos totales pueden expresar ahora las perspectivas de la liberación. Pero si la posibilidad de liberación parece estar identificada con el movimiento de rebeldía de la juventud —rebeldía instintiva y rebeldía política—, es en el activismo revolucionario anarquista donde se puede hallar la afirmación más precisa de la negación, en su forma de violencia revolucionaria y de proyecto total contra la dominación. Entre las formas de rebelión, el activismo revolucionario anarquista de estos últimos años es la última que podrá ser integrada por los sistemas en vigor.

Tanto en los países subdesarrollados como en los altamente desarrollados el rol revolucionario ha pasado a los «grupúsculos», a las minorías activas, y a través de ellos a la base. La juventud —en ruptura generacional— ha comprendido el papel integrador de las viejas formaciones de la izquierda, y ha enarbolado la bandera de la acción revolucionaria que aquéllas habían arriado con el pretexto de la desmovilización progresiva de las masas a causa del «bienestar material» procurado por la «sociedad de consumo». Esta acción, tanto en su forma como en su contenido, se sitúa en el marco táctico y finalista que fue siempre el del activismo revolucionario anarquista; es decir, en el de la acción directa, en el del rechazo total del sistema opresivo, de todos los sistemas opresivos.

La característica más original de este activismo es el intransigente rechazo del sectarismo ideológico que hasta ahora mantuvo divididas las fuerzas que luchan por la revolución.

La experiencia histórica ha demostrado que, como lo anunciaba la crítica anarquista, el poder es fuente de corrupción, inclusive el «poder

revolucionario», y que no sólo el Estado representa el poder, sino que todo sistema de organización implica una forma primaria de poder. Por ello, la corrupción burocrático-autoritaria también se ha manifestado en las propias «organizaciones anarquistas». Entre las consecuencias más importantes de la actuación del activismo revolucionario anarquista de este último periodo, cabe destacar la denuncia y el rechazo del desviacionismo revolucionario en el seno del propio movimiento anarquista y, por extensión, en el seno de la izquierda revolucionaria internacional. Esta denuncia y este rechazo alcanzarían en el Mayo francés repercusiones insospechadas que algunos llegaron a calificar de «crisis de civilización», y seguirían sirviendo de estímulo crítico y de respaldo ideológico indirecto para otras formas del activismo revolucionario internacional, en momentos en que el marxismo autoritario se ve refutado por una acumulación de experiencias y por el propio análisis de los nuevos teóricos de la doctrina marxista que han puesto al descubierto un aspecto fundamental que el marxismo había desdeñado: una de las condiciones previas y esenciales de la revolución es la radical transformación de la mentalidad —en la esfera de la conciencia y del inconsciente— del hombre prerrevolucionario, del hombre condicionado y formado, en sus necesidades y en sus aspiraciones, por la vieja sociedad.

El conjunto de las relaciones sociales sigue dependiendo, tanto en el Este como en el Oeste, de una diferencia de clases cada vez más rígida: ya sea entre capitalistas y productores, o entre dirigentes y dirigidos. Nunca, pues, como ahora, el combate revolucionario apareció como más necesario para que los hombres, todos los hombres, asuman sus propios destinos. Esta necesidad exige una continua adecuación de la estrategia revolucionaria a la realidad, obliga a adoptar los métodos para proseguir el combate en función de las realidades de cada momento, que permiten, sin disociar el progreso tecnológico del proyecto general de dominación, una conceptualización más neta del objetivo revolucionario (la transformación de la vida del hombre) y una mayor rapidez en la comunicación de la protesta y en la extensión de la rebelión. Las limitaciones propias del romanticismo revolucionario de las etapas anteriores son más fácilmente superables y el objetivo libertario de la revolución sale reafirmado. Lo esencial de la tradición anarquista de negación reaparece continuamente como uno de los valores fundamentales de la crítica

revolucionaria, en el sentido de intransigencia y pureza ideológica, de adecuación entre medios y fines, de fidelidad a lo que, en última instancia, es el objetivo supremo y el soporte de la lucha revolucionaria: la solidaridad y la libertad.

Los capítulos que siguen son en cierta manera una tentativa de explicación histórica del aporte del activismo revolucionario anarquista (1961-1974) al desarrollo del activismo revolucionario internacional. Dado el peso específico y cuantitativo del anarquismo español en el seno del anarquismo internacional y su condición de movimiento exiliado, el activismo revolucionario anarquista de este último decenio es el resultado del proceso puesto en marcha por la última tentativa de recuperación revolucionaria del Movimiento Libertario Español: la reunificación de la CNT y la reanudación de la lucha antifranquista. Hemos considerado necesario, pues, comenzar por el estudio de este proceso independientemente del interés que pueda tener el estudio de esta tentativa para la mejor comprensión del proceso de descomposición del antifranquismo y de la consiguiente afirmación del fascismo español en el concierto de las naciones «democráticas» y «socialistas». Pese al carácter nacionalista de la lucha antifranquista, el activismo revolucionario practicado por los grupos de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias tuvo siempre una proyección internacionalista, tanto en la denuncia de los intereses extranjeros que sostienen al fascismo español, como en la búsqueda de la solidaridad de los movimientos antifascistas de otros países, y en la integración de la lucha antifranquista dentro del cuadro de las luchas del activismo revolucionario internacional.

Nota:

01. Samuel Pisar, abogado internacional, especialista en intercambios comerciales entre el Este y el Oeste.

I

1939-1960. Veintidós años de dictadura y exilio

«El contenido de este capítulo es un resumen analítico —necesaria y voluntariamente abreviado— del periodo que va del triunfo de las fuerzas franquistas hasta el final del año 1960, y no responde a otro objetivo que el de facilitar el arranque del presente testimonio a partir del año 1961, año en que el anarquismo español —después de una larga etapa de división interna— consuma «oficialmente» su reunificación, y en que, por primera vez en el exilio, se aprueba, «orgánica y responsablemente», el recurso a la acción violenta en la lucha contra la dictadura franquista.»

El «final» de la Guerra Civil, el 31 de marzo de 1939, significó algo más que el fin de las hostilidades bélicas y la ocupación total del territorio español por las fuerzas facciosas, bajo el mando unificado del general Franco. Para los antifascistas españoles, tanto para los que pudieron exiliarse como para los que no pudieron hacerlo y quedaron a merced de los facciosos, el final de la guerra fue el comienzo de un largo calvario. Para los que se quedaron y no

pudieron esconderse mientras pasaba la oleada más violenta de la «paz» represiva, la cárcel y el paredón de fusilamientos fueron su destino común. Para los que salieron, salvo raras excepciones, significó el internamiento en los campos de concentración en Francia y África del Norte.

Numerosos son los testimonios que se han escrito sobre la tragedia de la España antifascista derrotada, humillada y perseguida, en la que cientos de miles de sus más aguerridos luchadores perdieron la vida, y de la que salieron profunda y amargamente marcados los que se salvaron. Por ello, nos limitaremos a subrayar la amplitud del desastre del antifascismo español en esos años trágicos que siguieron al triunfo del «nazifascismo franquista», desastre agravado por los avatares de la Segunda Guerra Mundial, por la impunidad con la que Franco pudo llevar adelante la represión durante el periodo de ascenso bélico nazifascista en el mundo y, en menor grado, por las consecuencias de la ocupación alemana de gran parte del territorio francés y de la política de colaboración del régimen de Vichy.

En ese desastre fue sin duda alguna el anarquismo el que pagó mayor tributo pues no sólo la represión franquista se ensañó con él con mayor brutalidad, sino que no contó con ayudas exteriores como los otros sectores, que podían recurrir a potentes organizaciones y partidos hermanos en el llamado «mundo libre».

A la «liberación», cuando el entusiasmo antifascista aliado comenzó a esfumarse ante las razones de Estado de las potencias aliadas, el anarquismo español —pese a su contribución al triunfo aliado— se encontró más desamparado y peor visto que nunca, aunque el ardor antifascista de la base popular exigiera respecto a él una hipócrita condescendencia.

La posterior consolidación del régimen fascista de Franco por las potencias aliadas fue una amarga decepción para el antifascismo español. Para el anarquismo fue simplemente la culminación de un proceso de lucha contrarrevolucionaria del capitalismo internacional, más o menos tolerado por las potencias que se decían revolucionarias.

En España se había intentado una revolución, una revolución libertaria. Era lógico que las potencias aliadas no quisieran correr nuevamente riesgos, que

pese a ciertos escrúpulos democráticos, prefirieran a Franco al renacer revolucionario de un pueblo que había sentido lo que era el fascismo y que, en esas nuevas circunstancias, no sólo podría triunfar sobre la reacción española sino contagiar al proletariado del «mundo libre» capitalista, como era lógica también la falta de entusiasmo para exigir y obtener la caída del régimen franquista por parte de la Unión Soviética y del propio Partido Comunista Español. Más allá de los compromisos adquiridos con las grandes potencias -el reparto del mundo en zonas de influencia— estaba la voluntad de controlar una eventual revolución en España. Ese «control» sería aún más difícil de imponer que durante los tres años de guerra civil. Estaba muy reciente la experiencia de su paternalismo totalitario en la lucha antifranquista, y los entusiasmos de los pueblos liberados se habrían volcado en apoyo de los sectores más revolucionarios de España, provocando la radicalización de la revolución y brindando al anarquismo la oportunidad de consolidar su influencia en España y en el mundo. La lucha contra el fascismo habría culminado en España en el inevitable enfrentamiento de las dos grandes corrientes de la revolución: la totalitaria y la libertaria. Las democracias europeas olvidaron fácilmente el origen del régimen franquista y su afinidad con el nazifascismo. El abrazo de Franco a Hitler en Hendaya fue considerado como simple anécdota. Las democracias condenaban oficialmente al régimen totalitario español en la ONU, y establecían con él pactos comerciales y relaciones diplomáticas, pese a la retirada de los embajadores.

Las resoluciones de la ONU sólo servían para paralizar a las fuerzas antifascistas españolas, divididas y enfrentadas por esas resoluciones y por sus quiméricas perspectivas.

Para el anarquismo español (1) comenzaba un periodo de luchas intestinas y divisiones que, con la llamada «escisión confederal» de 1945, favorecerían la demolición del movimiento español más auténticamente revolucionario, que Franco proseguía metódicamente en España. El franquismo, y lo que detrás de él había, no se equivocaron. Para asegurar la contrarrevolución no sólo debía conquistar el poder sino aniquilar, por el terror y el exilio, la fuerza más revolucionaria del proletariado español: el anarquismo. Pero, con sus inconsecuencias ideológicas y sus luchas intestinas, los anarquistas

-particularmente los del exilio— le ayudaron a alcanzar ese objetivo contrarrevolucionario fundamental.

Aunque miles de anarquistas habían sido pasados por las armas en las prisiones franquistas entre 1939 y 1944, y otros muchos habían muerto en la Guerra Civil y la guerra mundial, aún quedaban en 1945 miles de militantes en el exilio y en la clandestinidad. El movimiento libertario (2) había sufrido una enorme sangría de militantes. Pero, por haber llegado a ser un movimiento potente y popular, aún le quedaban fuerzas para recobrar el brío de antaño. Sin embargo, a partir de 1945, su brío, su popularidad y su influencia fueron decreciendo.

Quizás un día, historiadores y sociólogos se interesen por el extraordinario fenómeno de extinción del exilio antifranquista, poniendo de relieve el complejo de causas políticas, económicas, demográficas y psicológicas, que lo ha determinado. Mientras esta labor no haya sido realizada habrá que referirse a las constataciones evidentes.

A finales de 1945, el anarquismo español había quedado escindido en dos movimientos, que no volverían a reunificarse hasta finales de 1961, después de 15 años de hacerse la guerra y malgastar sus mejores energías y su crédito en interminables polémicas orgánicas que los paralizaban política y revolucionariamente. División y enfrentamiento que sirvió de pretexto justificativo para que miles de militantes se apartaran de toda actividad orgánica y se dedicaran a rehacer sus vidas. Esta «sangría» de militantes asqueados de las rivalidades de los comités que decían representarles fue creciendo con el paso de los años y la acumulación de derrotas antifranquistas, tanto en el terreno de la lucha clandestina como en el frente diplomático internacional, conduciendo a la progresiva extinción de las organizaciones clásicas del anarquismo español. En mayo de 1945, se celebra el Primer Congreso del Movimiento Libertario y la CNT en el exilio.

En este Congreso se produce la división de la CNT en dos tendencias. Una, la apolítica, es la que se refleja en la resolución del Congreso, mayoritaria en Francia y minoritaria en España (3). La otra, colaboracionista, con más fuerza

en el interior, será el alma de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas y de sus sucesivos pactos y alianzas.

En agosto del mismo año, se celebra una reunión plenaria del Comité Nacional de la CNT de España en el exilio, a la que asiste... un delegado de España cuya intervención, en favor de una mayor actuación política de la CNT (4), provoca una gran discusión. Al finalizar la reunión, la división en dos fracciones, ya planteada en el Congreso de mayo, se acentúa y la escisión toma forma orgánica. Hasta 1960 habrá dos CNT, tanto en España como en el exilio.

La división, entre «libertarios apolíticos» y «libertarios políticos» (5), era la consecuencia lógica de la etapa de «colaboración gubernamental» del movimiento anarquista durante la Guerra Civil, aunque los orígenes de esta lucha de tendencias sean anteriores, particularmente en el seno de la CNT, en la que por principio, y pese a que uno de sus objetivos declarados era el «comunismo libertario», se admitía a todos los trabajadores, cualesquiera que fuesen sus simpatías políticas o su indiferencia. Desde su fundación en 1910, sólo en raras ocasiones pudo liberarse la CNT de las luchas internas entre revisionistas y anarquistas, unos influenciados por el reformismo marxista, otros por considerar deber específico la defensa del espíritu anarquista que los fundadores habían infundido en la organización confederal. Y por ser la CNT la organización de masas de los anarquistas, todo el anarquismo español vivía estas luchas y sufría sus consecuencias, en gran parte reflejo de acontecimientos políticos, nacionales e internacionales (6), y fruto de las implicaciones de la estrategia sindicalista —la CNT debía contar con la UGT (socialista reformista) y compartir con ella el peso de las luchas obreras—, frecuentemente exacerbadas por las rivalidades entre los aspirantes a líderes de la organización. Estas divergencias y oposiciones, en torno a las «tácticas», ponían de manifiesto la compleja diversidad de motivaciones que habían impulsado a serlo a los anarquistas españoles (7).

La ruptura en la reunión plenaria de agosto, y la división entre «fuerzas democráticas» y «fuerzas totalitarias» (comunistas), provocó que la CNT «apolítica» y las otras ramas del movimiento libertario quedaran aisladas en el

contexto antifranquista y en el contexto antifascista internacional. A partir de este instante, comenzó una progresiva reconversión doctrinal, en el sentido de la reafirmación de los principios más «puros» del anarquismo revolucionario, para propiciar la consolidación orgánica y vencer el reformismo político confederal —en la lucha faccional que éste les había declarado de manera abierta al designar a Horacio Martínez Prieto como ministro del gobierno Giral, en septiembre de 1945, en representación de la CNT (colaboracionista). Al mismo tiempo, a consecuencia del abandono progresivo de las acciones armadas contra las fuerzas franquistas, por parte del Partido Comunista (8) y de los restos de soldados y oficiales republicanos agrupados en la AFARE (9), el Movimiento Libertario Español fue el único que siguió animando durante varios años la acción de grupos armados, principalmente en Aragón y Cataluña.

Si el año 1945 había representado la «noche negra» del régimen franquista, al privarle la victoria aliada de sus sostenes más afines y colocarle en difícil posición internacional, los años que siguieron le permitieron respirar más tranquilamente, a causa del impasse antifranquista y antifascista internacional, y le permitieron conseguir sólidos apoyos en el seno de los propios aliados.

Fracasados los primeros y únicos intentos de «liberación» de España en 1944 —organizados de forma sectaria y precaria—, abandonada la táctica de acciones en el interior, convencidos de que el franquismo estaba en plena descomposición —la separación de los monárquicos juanistas del Movimiento Nacional contribuyó en mucho a esta convicción de nefastas consecuencias—, todos los partidos y grupos exiliados empezaron a vivir pendientes de los vencedores de la guerra mundial y a esperarlo todo de ellos (10). Sólo el Movimiento Libertario Español seguía preconizando la «acción directa» contra la Dictadura, intentando organizar un embrión de resistencia en el interior de España. Pero los grupos de acción libertarios, al igual que los núcleos de guerrilleros que aún quedaban en la Península, fueron poco a poco abandonados a su suerte frente a la represión franquista, que volvió a emplear sus métodos de terror y de exterminio total. Al mismo tiempo se sucedían las «notas tripartitas» (11), la entrada de los comunistas en el gobierno republicano en el exilio (12), las polémicas en torno a la «legitimidad

republicana» (13) y, finalmente, la inocua resolución de la Asamblea General de la ONU, en diciembre de 1946, que condenaba al régimen de Franco y recomendaba a sus miembros la retirada de embajadores.

Si durante ese periodo la cuestión vital para el Régimen ha sido resistir, para el antifranquismo fue esperar que los «otros» le resolvieran su problema. De esta manera se fue imponiendo el statu quo político que sólo podía favorecer a los franquistas.

El tiempo trabaja a favor suyo, sutilmente la situación ha ido cambiando. La amenaza de caída violenta ha desaparecido prácticamente. Las grandes potencias vencedoras aconsejan la vía pacífica, y limitan su acción a una condena moral y a un aislamiento económico y diplomático que no resultará decisivo. En la oposición tradicional, las tendencias a una transición pacífica apoyada por los tres grandes de occidente van ganando terreno y en el interior quedan prácticamente aislados y sin ayuda los grupos de acción y de resistencia que son poco a poco exterminados por la acción de fuerzas de represión perfeccionadas cada día. En la oposición, la presencia monárquica, que cuenta con el apoyo teórico de una parte del ejército, produce la proliferación de organizaciones de base antifranquista y la división entre los aferrados a la legitimidad republicana y los que sacrifican ésta al oportunismo de una restauración monárquica. Todos se hallan pendientes de la política de las potencias vencedoras y de un modo especial de la de los Estados Unidos, renunciando a toda acción que no sea la de pactos y disputas alrededor de una herencia en cuya posesión esperan entrar de un momento a otro (14).

Los acontecimientos que se vayan produciendo a lo largo de esos años confirmarán esta evolución, y llevarán al antifranquismo del impasse político a la descomposición y la decadencia. El antifranquismo de la época, consciente o inconscientemente, no sólo no lo entendió así, sino que cometió el fatal error de renunciar al planteamiento, serio y organizado, de la acción armada contra el régimen de Franco.

No debe sorprender que un político, del calibre e historial de un Indalecio Prieto, haya confesado, en el II Congreso del PSOE en el exilio, que «... camino

no hay otro [...] que el de servir los deseos de las potencias occidentales reduciéndonos a lo que dichas potencias quieran concedernos...».

Lo que sí es de sorprender es que la casi totalidad del antifranquismo, particularmente el del exilio, haya hecho suya esa actitud, inclusive buena parte de los militantes del Movimiento Libertario Español pues, pese a las sucesivas ratificaciones de «la línea de acción directa y revolucionaria contra el Régimen», la mayor parte de sus esfuerzos iban encaminados a neutralizar la influencia y los compromisos políticos de la fracción «colaboracionista», no sólo para contrarrestar los intentos de desviación política de la clase trabajadora, propiciados por el reformismo confederal, sino con el inconfesado propósito de disputarle la primacía representativa de la CNT y el MLE, en caso de éxito de las «negociaciones diplomáticas» en curso.

Como se constataría más tarde, una vez reunificada la CNT, los defensores más acérrimos del apoliticismo confederal de entonces, no pondrían reparos a ingresar en la Alianza Sindical (CNT-UGT-STV), descaradamente reformista y política.

No vale la pena insistir aquí sobre las maniobras y contramaniobras, los pactos y defecciones, las crisis y reconstituciones del gobierno republicano en el exilio, a las que todos los sectores políticos exiliados dedicaron sus principales energías durante este periodo, mientras en España el Régimen proseguía implacablemente la represión contra los que intentaban reorganizar las sindicales y los partidos de oposición y, más particularmente, contra los grupos de resistencia armada.

Pasadas las primeras vacilaciones, el clima de «guerra fría», que poco a poco se fue instaurando entre las «grandes potencias», consolidó la posición de Franco, que dio de nuevo a la represión el carácter brutal que la había caracterizado en los años de apogeo nazifascista en Europa.

Fueron sucediéndose los desmantelamientos de los comités clandestinos de la oposición que, pese a los riesgos y dificultades, reincidía en sus intentos de «implantación orgánica y propagandística». La lista de detenidos, fusilados o simplemente «desaparecidos» por las fuerzas represivas de Franco fue aumentando día tras día.

Las dos facciones de la CNT y del MLE tuvieron que hacer frente a una verdadera hemorragia de sus mejores militantes.

En particular, las Juventudes Libertarias, pues en el caso de los jóvenes libertarios la aplicación de la pena de muerte era casi siempre la regla general, cuando lograban salir con vida de los enfrentamientos con la policía franquista (15), aunque también se impusieran penas de muerte por reorganización y propaganda de «organizaciones prohibidas».

Para describir las peripecias y el heroico significado de la lucha entablada contra el Régimen por los grupos de acción anarquistas de esta época, sería necesario escribir un libro voluminoso (16), de un interés histórico ejemplar, tanto para comprender el valor de aquella lucha desesperada y sin perspectiva política, como para poner en evidencia la tragicómica esterilidad del «quehacer» político exiliado. Sin embargo, pese a la represión y a la escasa asistencia del exilio y de las grandes organizaciones internacionales, la clase trabajadora española inició, a partir de 1947, una larga —aunque discontinua— serie de movimientos de protesta y reivindicación, que el Régimen no siempre pudo ahogar fácilmente, como en el caso de la huelga general en el País Vasco (17) en 1947. Pero, en todos los casos, el resultado final fue siempre el mismo: el franquismo acabó imponiendo brutalmente su ley, y las masas obreras acumularon sobre sus espaldas las consecuencias de estos fracasos, que inevitablemente se traducían en mayores privaciones, despidos masivos y detención de los líderes obreros que más se hubieran destacado. Pese a ello, la combatividad obrera no desapareció y, a lo largo de esos años, surgió cada vez en forma intempestiva: paros en solidaridad contra despidos arbitrarios, boicots de los transportes, aunque en ningún momento llegara a significar un verdadero peligro para el Régimen, dada la fragilidad de la organización de esos movimientos y las rivalidades permanentes entre las diferentes tendencias del sindicalismo clandestino.

En diciembre de 1949, el Régimen concedió una «amnistía» que, según Fernández Cuesta, beneficia a 13.000 presos, de los cuales 3.000 son liberados.

El periodo político se cierra en 1949 bajo un signo optimista para Franco. En el interior, ha eliminado prácticamente a toda la tradicional oposición obrera: detenidos sus líderes, muertos o fusilados los activistas y guerrilleros, el orden público parece garantizado para largo tiempo. [...] En los medios de la oposición se desarrolla el sentimiento de que ha pasado la gran oportunidad de un rápido desenlace sin haber sabido aprovecharla. El gobierno republicano, aislado de los grandes partidos y sindicales obreras tradicionales, no oculta su desánimo y su pesimismo. Los anarquistas divididos y destruida su fuerza organizada en el interior, y los socialistas seguirán jugando sin fe a las alianzas. El Partido Comunista, liquidada totalmente y de manera oficial la táctica de guerrillas, y desaparecidos en la lucha muchos de sus viejos cuadros, se prepara mediante una activa reorganización a entrar en liza en el interior de España con la táctica de infiltración en las organizaciones legales (18).

El año 1950 es de importantes triunfos diplomáticos para el franquismo. En agosto, el Congreso americano vota una enmienda a la Ley de Atribuciones de Créditos, autorizando créditos para España hasta un máximo de 62.500.000 dólares; en noviembre, la Asamblea General de la ONU anula la resolución que recomendaba a los Estados miembros retirar los embajadores de Madrid e impedía el ingreso del gobierno franquista en las instituciones de las Naciones Unidas.

Como consecuencia de esta decepción, Indalecio Prieto, al presentar su dimisión de presidente del PSOE, declara:

> Mi fracaso es completo, soy responsable de haber inducido a nuestro partido a que se fiara de los potentes gobiernos democráticos que no merecen esta confianza, como acaban de demostrarlo. Por mi culpa, mi partido ha sido víctima de una ilusión que me ha cegado (19).

Pese a ello, el PSOE y las otras fuerzas políticas de la oposición persisten en sus quiméricas esperanzas de solución exterior, de suerte que, ante el «abandono» americano, vuelven los ojos hacia la Europa «democrática» que inicia sus primeros pasos en pos de su unidad.

El año 1951 aporta una nueva decepción a la «oposición antifranquista democrática» —el PSOE y los sectores que habían firmado el «pacto de San Juan de Luz»—, con la carta dirigida por Juan de Borbón a Franco, en el mes de julio (20), carta que descubre el alineamiento definitivo de Juan de Borbón y los monárquicos juanistas con el régimen franquista. Al PSOE no le queda más remedio que romper el pacto y abandonar la política de entendimiento con las fuerzas monárquicas, que tantos enfrentamientos y divisiones había provocado en el seno del antifranquismo.

Ese mismo año tiene lugar la entrevista del almirante norteamericano Forrest Sherman con Franco que abriría las negociaciones para la utilización de bases por las fuerzas militares norteamericanas. Se está ya en plena «guerra fría». El gobierno de los Estados Unidos se ha quitado definitivamente la careta, ha arrinconado sus «escrúpulos democráticos» y se decide a iniciar una larga etapa de colaboración política, económica y militar con el régimen franquista.

En el transcurso del año se organizan espectaculares movimientos de masas. En Barcelona, en marzo, con motivo del alza de tarifas de los transportes públicos, se boicotean durante diez días los tranvías, y en muchas grandes empresas estallan movimientos de huelga y la universidad tiene que ser cerrada a causa de los disturbios estudiantiles. Se consigue que las tarifas de los transportes no aumenten y serán destituidos el gobernador civil y el alcalde de Barcelona. En abril, se produce una huelga casi general en Vizcaya y Guipúzcoa, que duró 48 horas y afectó a cerca de 25.000 obreros. La represión fue intensa y se efectuaron unas 2.000 detenciones. En mayo, con menos éxito que en Barcelona, se produjo en Madrid una huelga de uso de transportes, bares y espectáculos, pero sólo en los barrios populares sería la abstención considerable.

Como en años anteriores y en los que seguirían, este tipo de movimientos de protesta no logra extenderse a todo el país, quedando solamente como heroicos testimonios de las luchas obreras y del rechazo del Régimen por parte de amplios sectores de la clase trabajadora española.

No puede ser negado el profundo significado de estos movimientos, ni sus repercusiones en el área internacional, al recordar al «mundo democrático»

que en España el fascismo continuaba imponiendo su ley. Pero, fuera de esta sensibilización de la opinión pública internacional, que duraba lo que duraban las noticias, las repercusiones de estas luchas eran extremadamente limitadas, inclusive en el terreno de la solidaridad, particularmente la del exilio que siempre fue escasa y condicionada.

Sin embargo, estas luchas populares y juveniles tuvieron una influencia decisiva en la politización de la Universidad y en «la aparición de las nuevas generaciones políticas contrarias al Régimen en el interior del país». Al mismo tiempo que ponían en evidencia el oportunismo y la esterilidad de la política de «reconciliación nacional» del Partido Comunista, hecha pública en junio de 1956 (21) cuando las disensiones y rivalidades entre el sector liberal de Régimen —que propugnaba por una política de «liberalización»— y la Falange —apoyada por los «duros» del Ejército— determinaron la aparición de una «oposición» en el seno del propio franquismo.

Los años 1952-1955 permitieron a Franco obtener nuevas «victorias diplomáticas» (22) —que acabaron de consolidarle exteriormente. En España este periodo está marcado por el desarrollo de una política de industrialización, rápida y desordenada, por el incremento de conflictos laborales y por la confirmación pública de la «oposición» falangista a los monárquicos y a los intelectuales liberales.

La oposición antifranquista —particularmente las grandes organizaciones del exilio— vivieron nuevas esperanzas con la aparición de estas «brechas» en el propio Régimen, y con la posición «neutral» que pretendieron adoptar «las generaciones que no hicieron la guerra». Socialistas y republicanos redoblaron sus esfuerzos para obtener el apoyo del Occidente europeo, mientras los comunistas prosiguieron su labor de infiltración en los organismos legales y multiplicaron sus contactos con esta nueva «oposición». Los libertarios, por su parte, siguieron contando sus bajas y se dispusieron a un largo periodo de inmovilismo que, progresivamente, les haría perder terreno y afiliados. La CNT y el MLE desaparecieron del primer plano de la oposición antifranquista. Salvo en las contadas ocasiones en que los aislados grupos de acción forzaron el «complot del silencio» de la prensa oficial e internacional con sus hazañas o con sus finales trágicos en los enfrentamientos con la policía.

A comienzos del año 1957, con la reorganización del gobierno, Franco abrió la vía del poder al Opus Dei, que se presentaba como un grupo integrado por «técnicos sin significación política». El sacrificio del falangismo era notorio. El Régimen pareció orientarse definitivamente por el camino de la «liberalización», que debía conducirle a su aproximación a la Europa democrática capitalista. Para ello fue sacrificando progresivamente a los nostálgicos del «nacional-sindicalismo», dando paso a los técnicos y economistas del neocapitalismo español, que le ofrecían conseguir la entrada de España en la Europa del Mercado Común, sacándola del marasmo económico en que la había situado la gestión del equipo gubernamental anterior. Empero, el sacrificio de los «dogmáticos y nostálgicos» no significó el sacrificio de los «duros». Al contrario, el nombramiento del teniente general Alonso Vega, «duro entre los duros», como ministro de Gobernación, mostró claramente la firme decisión del Régimen de continuar reprimiendo con severidad las actividades de la oposición, particularmente los movimientos de protesta de las masas populares, como se constataría en la represión de los movimientos estudiantiles y con ocasión de la memorable huelga de los mineros asturianos, en marzo de 1958, que llevó al gobierno a suspender el Fuero de los Españoles (23), durante cuatro meses, en las provincias en que se hallan las cuencas carboníferas.

Este periodo coincidió con la aparición de las «nuevas generaciones políticas» en el interior del país, que provocó diversas y opuestas actitudes en el exilio. Unos observaron el fenómeno con gran desconfianza y ciertos celos; otros, sobre todo los comunistas, trataron de encuadrar parte de estas nuevas generaciones con sus demagógicas Jornadas de Reconciliación Nacional, en mayo de 1958, y la abortada Huelga Nacional Pacífica, en junio de 1959.

España hizo frente durante este periodo a una «inflación galopante» que llegó a amenazar seriamente la estabilidad del sistema económico franquista. En julio de 1959, fueron promulgados los primeros «decretos económicos estabilizadores» sobre liberación de importaciones y facilidades de inversiones extranjeras, con la consiguiente devaluación de la peseta. Los Estados Unidos acudieron a salvar la economía española y llovieron los créditos y préstamos internacionales.

La «industria turística», en plena expansión, se fue transformando en sorprendente «panacea» y en fuente de contagio relativa. Por un lado, la entrada de divisas —«los 83.568 extranjeros que en 1946 visitaron España aumentaron en 1959 a tres millones y medio»— comenzó a ser un sólido apoyo económico para el Régimen. Por otra parte, la estancia temporal de millones de ciudadanos «desarrollados» y «democráticos», y sus inevitables consecuencias sociológicas y políticas, incitaban a los españoles a ser más exigentes.

En previsión de posibles consecuencias subversivas, Alonso Vega (24) se aprestó a aplicar la nueva Ley de Orden Público, promulgada en junio de 1959, con miras a dar a la represión una faz más jurídica.

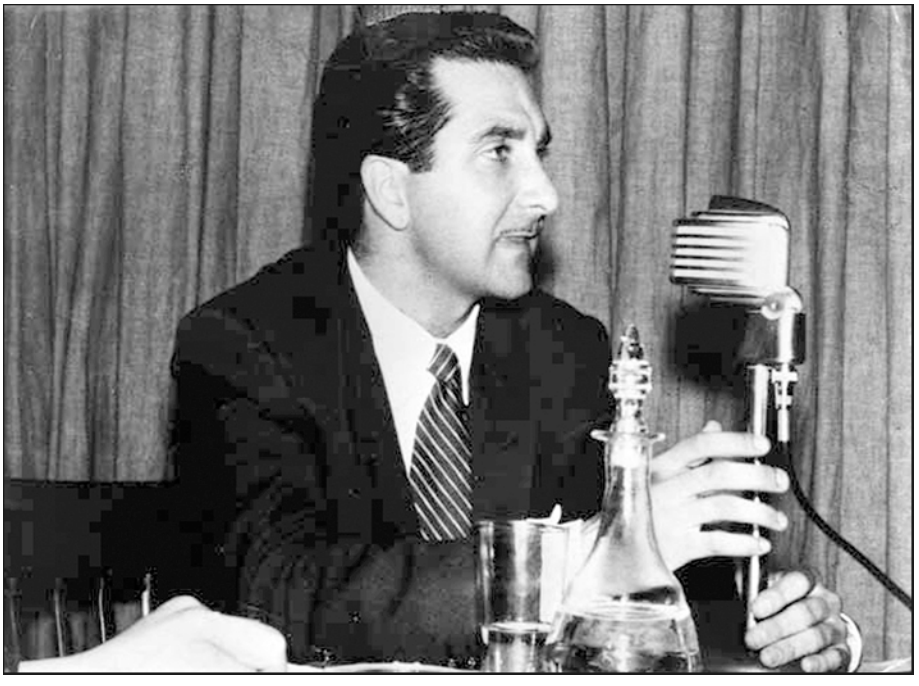
En el mes de abril, con ocasión del XX Aniversario de la Victoria, Franco inauguró la basílica subterránea de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. La revista *Ecclesia* afirmaba: «Si es cierto que una guerra fratricida abre abismos de separación, deber de todos es, cesado el fuego [...], abrir los brazos al vencido y sentarle a nuestra mesa». Pero los hechos seguían probando que el vencedor no abría los brazos al vencido, ni le sentaba a su mesa.

Habían transcurrido 20 años desde el fin de las hostilidades. Para las nuevas generaciones, la guerra no era ni siquiera un lejano recuerdo de infancia. Los años de terror violento y de miserias sin fin habían quedado atrás. España era ya casi una nación como las otras. Sin embargo, «el pueblo no está aún maduro para ejercer las libertades democráticas». La oposición antifranquista clásica seguía naufragando. El exilio estaba en pleno proceso de descomposición e integrándose en los países de acogida. La verdadera oposición al Régimen seguía estando en el descontento popular, cada vez más agudo.

La represión se orientó, en esos momentos, principalmente hacia los núcleos obreros y estudiantiles más reivindicativos. Ya no se pronunciaban penas de muerte. La naciente vocación europeísta del Régimen así lo aconsejaba. Pero, apenas comenzado enero del siguiente año, en la madrugada del 3 al 4, se produce en la población de Banyoles (Gerona) un combate entre fuerzas de la Guardia Civil y un grupo de anarquistas. Cuatro miembros del grupo mueren

en el tiroteo, así como el teniente Francisco de Fuentes, que mandaba los guardias civiles. Al frente del grupo está Francisco Sabaté Llopart, que resulta herido; consigue escapar y será matado al día siguiente en Sant Celoni por un somatén. El episodio causa gran sensación en el país y en Francia «por ser una pervivencia de los viejos esquemas resistenciales».

Dos meses más tarde es ejecutado a garrote vil Antonio Abad Donoso, después de haber sido condenado a muerte en un juicio sumarísimo bajo la acusación de terrorismo (25).



1958. Alberola interviene en un acto de propaganda contra Batista

Los dos últimos años fueron decisivos para la gestación de nuevas corrientes y nuevas inquietudes en el seno de la oposición del interior y del exterior de España. La caída de algunas dictaduras latinoamericanas, particularmente la de Pérez Jiménez y la de Batista, despertaron nuevas esperanzas. La gesta castrista de Sierra Maestra provocó un choque en la conciencia de los antifranquistas del exilio, estimulando el renacer de las tendencias de acción directa. La clase obrera había sufrido rudamente los efectos de la estabilización. Había aumentado el paro y la emigración. Las luchas reivindicativas obreras habían proseguido, facilitando la evolución hacia cierta

forma de oposición de los sectores católicos obreristas e intelectuales, ya iniciada en los años anteriores (26).

Al finalizar 1960 España vive una profunda crisis económica. Sólo el turismo, la emigración, las «ayudas exteriores» y una implacable represión permiten limitar sus peligrosas repercusiones. La oposición antifranquista se agita y vive significativas transformaciones.

En 1960, el antifranquismo iniciaba una nueva etapa, radicalmente diferente de la anterior, tanto por las condiciones del contexto político social español, como por la evolución de las relaciones internacionales entre los Estados capitalistas y los Estados llamados socialistas. La indiscutible permanencia de las estructuras dictatoriales del régimen franquista, el inmovilismo político de la oposición y la descomposición sociológica del exilio, los entusiasmos revolucionarios despertados por las luchas de «liberación» en Latinoamérica, África y Asia, las crecientes y flagrantes contradicciones entre la teoría y la práctica de los partidos y Estados que afirmaban inspirarse en el marxismo, y los fracasos sucesivos de todos los intentos de solución pacífica del «problema español», habían despertado la conciencia crítica en el seno del antifascismo español.

El anarquismo español se aprestó a acelerar el proceso de reunificación confederal. La muerte de Francisco Sabaté Llopart y el heroico final de su grupo, la formación de grupos marginales dentro de las dos fracciones de la CNT —orientados hacia la «unidad confederal» y la radicalización de la lucha contra Franco—, las presiones de los otros sectores del antifranquismo para llegar a una Alianza Sindical (CNT-UGT-STV) y a una nueva Unión de Fuerzas Democráticas, determinaron una corriente mayoritaria en pro de la unidad en ambas fracciones de la CNT y, finalmente, los «acuerdos» que la hacían posible.

La reunificación se presentaba como algo ineluctable para los grupos que más se habían opuesto a ella y finalmente tuvieron que aceptarla...

Notas:

1. El anarquismo español comprendía una organización específica, la FAI (Federación Anarquista Ibérica), una organización sindical, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) y una organización juvenil, la FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias).

2. En el Pleno Nacional de Comités Regionales de la CNT celebrado en Barcelona el 23 de mayo de 1937, encontramos por primera vez proyectos de acuerdos firmados no sólo por los comités regionales de la CNT sino también por el Comité Peninsular de la FAI. «Era el punto de partida para la constitución del que fue denominado más tarde Movimiento Libertario Español, especie de fusión de las ramas sindical, específica y juvenil, que habría de sobrevivir al acto final de la guerra para prolongarse en la clandestinidad y en el exilio» (Peirats, *La CNT en la revolución española*, p. 287).

3. El subrayado es nuestro, pues la cita proviene del libro España hoy, de la Editorial Ruedo Ibérico, p. 6. Lo hemos subrayado para significar nuestras dudas ante una afirmación tan categórica. Es verdad que la mayoría de los militantes más significados de la CNT en el interior, organizados en una relativa clandestinidad, defendían la posición colaboracionista. Pero inferir de eso que dicha tendencia era «mayoritaria», nos parece un poco exagerado. Sobre todo, teniendo en cuenta la imposibilidad de hacer una efectiva consulta de la base confederal, dadas las condiciones propias de la clandestinidad de esa época.

4. En el Congreso de mayo la tendencia mayoritaria había aprobado: «... el Movimiento y la Confederación, libremente y desde la base, ratifican sus tácticas de acción directa, de lucha contra el Estado, y sus principios socialistas y ácratas y revolucionarios». Ambas citas provienen del libro España hoy, del cual hemos sacado las principales citas incluidas en este capítulo, en apoyo de nuestra interpretación sobre los acontecimientos capitales de esa época.

5. La expresión «libertario» va ganando a la de «anarquista», particularmente entre los militantes de la tendencia colaboracionista llamados por los de la otra tendencia «escisionistas» y «reformistas».

6. «Como en la guerra de 1914-1918, en que algunos fueron partidarios de los aliados y otros neutrales, o la Revolución Rusa, que ocasionó defecciones de algunos miembros conspicuos, entre ellos Nin y Maurín, fundadores y luego víctimas del Partido Comunista Español» (Richards, Enseñanzas de la revolución española, p. 244).

7. Véanse al respecto los dos capítulos que Gerald Brenan ha dedicado en El laberinto español al anarquismo español de antes de la Guerra Civil.

8. En el verano de 1944, «por iniciativa de las Juntas de Unión Nacional grupos de españoles que habían luchado en la Resistencia en Francia, se disponen a liberar su país, dirigidos políticamente por el Partido Comunista. Su primer objetivo es constituir una “cintura armada” en los Pirineos. Se dispersan por las zonas fronterizas, instalándose en unos lugares como campesinos y en otros como empleados de una empresa forestal, la Fernández, Vallador y Cía. A partir de estos grupos se produce un intento de invasión a lo largo de toda la frontera, principalmente por el Valle de Arán, intento que es rechazado por las tropas franquistas que capturan a 3 o 4.000 participantes en la invasión» (España hoy, p. 5).

9. En el mes de enero de 1945, y «tomando como base varios grupos de ex milicia nos y de oficiales republicanos, se constituye la AFARE (Agrupación de Fuerzas Armadas Republicanas Españolas) sin que la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas sea ajena a la iniciativa. Su zona de reclutamiento está constituida por los restos de las fuerzas armadas adictas aún al régimen republicano y los miembros de las organizaciones antifranquistas conformes con la reconstitución del Ejército de la República. Está dirigida por un Comité de Militares Profesionales la mayoría de los cuales son de ideología republicana. Dicho Comité entra en con tacto con el gobierno de la República en el exilio, al que queda enlazado por medio de un delegado del gobierno en el Comité de la AFARE. Su actividad esencialmente encaminada a reconstruir la estructura organizativa del ejército republicano, intentando utilizar y en lo posible coordinar los grupos de guerrilleros que actúan en diversas zonas del país, cosa que no llega a realizar. Sus acciones armadas fueron muy escasas. Sus componentes eran de diversas pertenencias políticas, puesto que la adhesión era puramente individual. En marzo de 1947 se produce una oleada de detenciones que provoca su desarticulación, extinguiéndose asimismo las ramificaciones existentes en el exterior de España. Un gran proceso, celebrado en 1948, en el que más de 100 fueron condenados, dio fin a esta empresa» (España hoy, p. 5).

10. Incluido el Partido Comunista que debería, en principio, estar enterado de los designios de los mismos a través del Partido Comunista Soviético.

11. En marzo de 1946, en una declaración («Nota tripartita»), «firmada por Bidault, Byrnes y Bevin, se expresa la esperanza de los gobiernos de Francia, Estados Unidos y la Gran Bretaña de que el pueblo español se libere de Franco por medios pacíficos, se constituya un gobierno de transición que convoque elecciones generales, proclame la amnistía general y la vuelta del exilio. Esta declaración implica en sí la condena de la acción de los guerrilleros y resistentes, la declaración de no intervención militar aliada en España, y una invitación al exilio de que se ponga de acuerdo con los monárquicos para la formación de un gobierno de transición que comprenda todas las fuerzas democráticas» (España hoy, p. 9).

12. En abril de 1946, con la entrada de Santiago Carrillo (PCE) en el gobierno Giral, éste puede, por fin, considerarse «unitario y comprensivo de todas las fuerzas políticas de la oposición».

13. Durante 1946, en manifiestos y ponencias sucesivos, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas «acepta someter las instituciones a plebiscito» y precisa «las bases mínimas de un posible gobierno provisional». Lo que origina graves tensiones entre la Alianza y el gobierno Giral, que propugna la legitimidad republicana.

14. España hoy, p. 11.

15. Como testimonio de esta sangrienta represión, citaremos algunos casos, extraídos del libro España hoy, que, por la personalidad de los militantes muertos, tuvieron resonancia en la época. En marzo de 1947, «son fusilados varios anarquistas entre los cuales figuran Amador Franco y Antonio López. Habían sido capturados por la Guardia Civil tras un encuentro tenido en Irún con un comando que ellos dirigían y que iba provisto de una emisora de radio portátil». En junio de 1948, «la policía de Barcelona lanza una gigantesca redada para capturar a Raúl Carballeira, anarquista argentino que dirigía los grupos de acción de la CNT. Había atravesado la frontera en varias ocasiones para

fomentar la acción directa de la resistencia. Habiendo tenido su grupo un encuentro con la policía, en el que murieron un militante y varios policías, la Brigada Social decidió capturar al que consideraba principal objetivo por su importancia como organizador y su audacia en las acciones. El día 26, acorralado en Montjuic por la policía y la Guardia Civil, se suicida». En noviembre del mismo año, «consejo de guerra en Barcelona contra los militantes de la CNT, José López y José González Puig, siendo condenados a muerte. El primero es fusilado inmediatamente».

En febrero de 1949, «consejo de guerra contra 8 militantes de la CNT. Marcos Nadal, acusado de ser secretario general, es condenado a muerte».

En marzo del mismo año, «se produce un atentado contra el coche de Piñol Ballester, secretario del jefe del Frente de Juventudes. Piñol Ballester y el chofer mueren alcanzados por varios disparos. Pocos días después, la policía anuncia haber descubierto a los autores y que tres de ellos han muerto en la refriega».

En noviembre del mismo año, «la policía sorprende en Barcelona a 20 militantes de la CNT. En el choque mueren un policía y seis cenetistas, entre los cuales, José Sabater Llopart. Poco después son detenidos otros 5 miembros de la CNT. La policía anuncia la desarticulación de "cuatro bandas"». «En Zaragoza se reúne un consejo de guerra para juzgar al cenetista Cruz Navarro, que es condenado a muerte». «Cerca de La Coruña, choque de CNT con la policía, en el que mueren 7 militantes anarquistas». «En Barcelona, un consejo de guerra juzga al cenetista López Penedo, acusado de haber matado a un comisario. Pena de muerte. Es ejecutado». En febrero de 1950, «el día 24 es ejecutado por el procedimiento del garrote, en la prisión de Barcelona, Manuel Sabater Llopart, militante anarquista, acusado de haber pasado clandestinamente la frontera para participar en la resistencia. Uno de los motivos principales de su condena fue el de ser hermano de Francisco Sabater, destacado miembro de los grupos de acción anarquistas». En noviembre de 1951, «el día 14 se celebra en la prisión de Sevilla un proceso contra 75 miembros de la CNT, acusados de reorganización de la sindical y ayuda a los guerrilleros en 1949. Se pronuncian dos penas de muerte, a Antonio Núñez y Dionisio Ruda, y el resto a penas de 8 a 30 años, siendo la mayor parte superiores a 15 años». En febrero de 1952, «consejo de guerra en Barcelona contra 30 militantes de la CNT, detenidos desde hacía dos años. Se pronuncian penas de 2 a 30 años de cárcel, y 11 penas de muerte, de las que fueron ejecutadas cinco». En agosto de 1957, «el día 30 es asesinado por la policía en Barcelona José Luis Facerías, veterano dirigente de los cuadros de acción anarquistas, que venía operando desde el fin de la Guerra Civil. El "irreductible luchador" murió acribillado a balazos en una emboscada tendida por la policía en la confluencia de las calles Urrutia y Verdún». Y así, hasta la muerte de Francisco Sabaté Llopart, en enero de 1960.

16. Al parecer, están en curso de edición varios libros al respecto.

17. «Entre el día 1 y 11 de este mes (mayo de 1947), se produce en Vizcaya una huelga casi total, respondiendo al llamamiento del Consejo Vasco de la Resistencia. Se llega al 75% del censo laboral en paro, produciéndose 14.000 despidos y siendo detenidos varios centenares de trabajadores. Notas oficiales publicadas por la prensa reconocen el hecho de la huelga, atribuyéndola a consignas del extranjero y subrayando que no se ha extendido al resto del país» (España hoy, p. 12).

18. Ibíd., p. 16.

19. Ibíd., p. 21.

20. «He huido —escribió don Juan— cuidadosamente de identificar la Corona con ningún movimiento partidista [...] mis manos están libres de cualquier atadura o pacto para el futuro [...] esto no quiere decir que yo haya ignorado las actividades de elementos monárquicos que, bajo su exclusiva responsabilidad, han procurado, pensando en el día de mañana, neutralizar la posible tendencia revolucionaria de sectores obreros españoles anticomunistas (el subrayado es nuestro), encauzándolos por rumbos de cooperación social y patriótica [...] se me ha acusado, creo que maliciosamente, por la propaganda antimonárquica, de no estar identificado con el Movimiento Nacional [...] pongámonos de acuerdo para preparar un régimen estable».

21. En junio de 1956, en reunión del Comité Central, el Partido Comunista Español formula abiertamente su política de reconciliación nacional: «El partido llegó a la conclusión de que maduraba la posibilidad de un entendimiento para la lucha contra la dictadura entre fuerzas que veinte años antes habían combatido en campos opuestos. La posibilidad de suprimir la dictadura sin pasar por una guerra civil se convertía en algo hacedero. Estas conclusiones llevaron al partido a formular la política de Reconciliación Nacional» (España hoy, p. 29).

22. Admisión de España en la UNESCO, en noviembre de 1952; firma del Concordato con la Santa Sede, en agosto de 1953; firma del llamado Pacto de Madrid, sobre el uso conjunto de bases en España por las fuerzas españolas y de Estados Unidos, en septiembre del mismo año; nueva entrevista de Franco y de Juan de Borbón en Cáceres, en diciembre de 1954; el Congreso de la Unión Interparlamentaria acuerda admitir a la España franquista, en agosto de 1955; entrada de España en la ONU, etc.

23. Quedan en suspenso los artículos 14, 15 y 18 del Fuero de los Españoles, que hacen referencia a la libertad de residencia, la inviolabilidad del domicilio y el encarcelamiento arbitrario.

24. «Con la ayuda del Todopoderoso, la nueva ley será para muchas generaciones guía y tutela de un honesto vivir», dice Camilo Alonso Vega en las Cortes.

25. En el mes de marzo, «dos bombas han explotado en Madrid, una en el Ayuntamiento, y otra en las manos del que la llevaba. Según los papeles encontrados sobre la víctima, se trata de Ramón Pérez Jurado, de 27 años. Otras tres bombas han sido encontradas sin estallar. El Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL) reclama la responsabilidad de los atentados» (España hoy, p. 39).

26. En noviembre de 1960, el cardenal primado defiende a la HOAC de las acusaciones de Solís en carta que le dirige el día 15. Dice: «Las actuales relaciones del Estado con las Hermandades Obreras de Acción Católica son sumamente peligrosas. Ejemplos muy recientes de conflictos de la Iglesia y del Estado, en algunas naciones, con graves repercusiones luego en el orden civil, han comenzado por conflictos entre el gobierno y las Asociaciones de Acción Católica» (España hoy, p. 41).

II

1961. La «reunificación» confederal y el dictamen del «D-I»

«"La reunificación confederal se presentó como algo inevitable...". Pero, comprender por qué este proceso se presentó con ese carácter de inexorabilidad, hasta convertirse en un hecho consumado, es fundamental para explicarse toda la evolución posterior (1961-1974) del movimiento libertario español y, en cierto modo, del movimiento anarquista internacional.»

Tras algo más de veinte años de dictadura, de usufructo omnímodo del poder, el régimen franquista parecía sentir, más seriamente que antes, el impacto de los acontecimientos nacionales e internacionales que le eran adversos. La oposición antifranquista, por su parte, también parecía reaccionar más sensiblemente a los «estímulos exteriores» que ponían en evidencia lo negativo de su inmovilismo político y revolucionario.

Al mismo tiempo que en el interior del régimen franquista aparecían «fisuras prometedoras», también se perfilaba más claramente el peligro de la progresiva extinción del exilio, de seguir persistiendo en su cómodo e intrascendente vegetar burocrático.

Poco a poco y sin remedio aparente, el tiempo había ido haciendo su obra, provocando tal desgaste en las filas y en la influencia del «antifranquismo clásico», que en todos sus sectores reinaba un profundo malestar agravado por el remordimiento de las «ocasiones perdidas» y por el progresivo convencimiento del catastrófico empecinamiento de sus líderes en las soluciones milagrosas.

En los dos «sectores» de la CNT, este malestar había ido consolidando la «corriente unitaria» hasta convertirla en un sentimiento sincero y en una aspiración mayoritaria. Por la presión de las bases respectivas, los comités representativos de ambas fracciones se veían empujados a intensificar los contactos y las proposiciones de solución del conflicto interno. Pues, si bien es verdad que los «acuerdos de unidad», del Congreso de 1960 de la CNT («apolítica»), fueron posibles gracias a la decidida posición unitaria adoptada por varios militantes del «equipo» que, finalmente, sería nombrado para el Secretariado Intercontinental (SI), no es menos cierto que esos militantes sólo pudieron ser elegidos en la medida en que se identificaban con la corriente mayoritaria en pro de la unidad y con la intensificación de la lucha en el interior, tras vencer muchas oposiciones (1).

En el llamado «sector escisionista» (CNT «política»), el proceso de unidad no encontró tantas reticencias, quizás porque la reunificación confederal era imprescindible para hacer nuevamente posible y eficaz la línea de alianzas y pactos con los otros sectores del «antifranquismo democrático» (2). Línea que, por lo demás, también había llegado a ser una aspiración y una esperanza, un tanto inconfesadas, de gran parte de la militancia «apolítica». No es tarea fácil explicar un proceso tan complejo como lo fue el de la «reunificación confederal», y puede parecer pretencioso simplificar sus motivaciones como lo hemos hecho; no cabe duda de que, aun siendo múltiples las causas que la determinaron y los objetivos que este o aquel grupo perseguían al apoyarla, puede decirse que todos la sentían como necesaria y vital. Y no sólo para el renacer libertario, sino también para poner nuevamente en pie de lucha al antifranquismo clásico.

En las «dos» CNT, tanto en el interior como en el exilio, los militantes más conscientes se habían percatado del carácter irreparable de la erosión causada por el tiempo sobre los efectivos militantes; del mismo modo, al constatar el inmovilismo común a los dos sectores, descubrían la «sinrazón» de su desunión.

El fin de las ingenuas esperanzas en las «soluciones diplomáticas» de los unos, y el obligado pragmatismo revolucionario de los otros, les hacían coincidir en la misma pasividad orgánica y combativa. En tales condiciones, la división

entre «políticos» y «apolíticos» resultaba anacrónica y sin justificación ideológica valedera. Además, su persistencia ponía de relieve cada vez más, las verdaderas causas de la «escisión confederal»: la lucha por la representatividad orgánica y las rivalidades personales o de «clanes». Más allá de las discrepancias ideológicas o tácticas, el fenómeno escisionista estuvo siempre marcado por este tipo de rivalidades, inherentes a la importancia sindical y política que la CNT había llegado a adquirir en España.

A pequeña escala, un tanto caricaturalmente, este problema era vivido en cada local, particularmente en los del exilio. Por eso no es de extrañar que, en la mayoría de los casos, fuesen los comités —tanto en el plano nacional como en el local— los más irreductibles opositores a la idea y al movimiento de reunificación. Su realización implicaba obligadamente la «fusión» (3) o el nombramiento de nuevos comités, con el riesgo para muchos militantes «imprescindibles» de ver terminadas sus reelecciones sucesivas.

Aunque pueda parecer paradójico, e incompatible con la razón de ser y los «principios» de una organización libertaria, este fenómeno de ambición y lucha por la representatividad, por el «poder comiteril», se había manifestado siempre, con más o menos virulencia, en el seno de la CNT (4). Pero, si bien podía comprenderse en los periodos «gloriosos» de la organización confederal, no era tan comprensible en sus períodos más sombríos, como lo era en particular este último. Salvo que se tomen en cuenta motivaciones más mediocres o psicológicamente más complicadas. Igualmente hay que hacer constar que habiéndose reducido la actuación en el exilio a una rutinaria celebración de reuniones —para la discusión de «circulares» sobre gestión o problemas orgánicos—, en muchos casos era difícil encontrar compañeros dispuestos para ocupar los «cargos». Lo que servía de excusa a la minoría que, por unas razones o por otras, había cogido gusto a la permanencia en los mismos.

Lo mismo ocurría en las demás organizaciones y partidos del exilio (5).

Reducido el antifranquismo clásico a este «vegetar orgánico», en el que las bajas aumentaban día tras día, por defunción o por simple traspaso a las filas de «los apartados», mermando amenazadoramente los ya magros efectivos

militantes, no es de sorprender que en todos los ámbitos del exilio se sintiera la misma necesidad de unión, en momentos en que en el interior los estudiantes y los trabajadores la estaban practicando en la calle, repudiando los sectarismos con que algunos querían continuar dividiéndoles.

Este empobrecimiento militante afectaba a todos los sectores de la oposición clásica; aunque el Partido Comunista compensaba en parte estas bajas al ganar nuevos prosélitos con los flujos y reflujos de la política anticomunista del Régimen. Ni siquiera la CNT, que seguía siendo la organización exiliada numéricamente más fuerte (6), podía ver con indiferencia los estragos de esta erosión inexorable, caracterizada por el aumento progresivo del porcentaje de «cabezas blancas» en las asambleas y actos públicos celebrados en el exilio.

Ante este panorama, el antifranquismo clásico parecía haber descubierto súbitamente su responsabilidad y la urgencia de una seria reacción. El contraste que ofrecía su extrema pasividad frente al espíritu de lucha de los trabajadores y estudiantes en España, y de las fuerzas antidictatoriales en América Latina, parecía haberle inspirado un propósito de recuperación.

En los medios antifranquistas exiliados, este propósito se había visto estimulado por la proliferación de grupos «marginales» que, agrupando a la juventud o a viejos militantes, denunciaban el derrotismo del antifranquismo «oficial», propugnando actitudes combativas más serias y más unitarias. En México, habían surgido el Movimiento Español 59 y la ALE (Acción de Liberación Española). El primero agrupaba desde jóvenes comunistas hasta jóvenes libertarios, pasando por jóvenes republicanos, socialistas, etc. El segundo agrupaba a cenetistas de ambas facciones, socialistas de diferentes tendencias y republicanos de todos los matices, incluyendo miembros del propio gobierno en el exilio.

En Francia, particularmente en los medios libertarios, también el marginalismo se abría camino. Numerosos militantes habían comenzado a sentir la necesidad de crear «algo», aparte de los comités, capaz de unir —sin distinción de tendencias e incluso de sectores— a los militantes dispuestos a replantear la acción antifranquista. Así había surgido, antes del Congreso de 1960, el MPR (Movimiento Popular de Resistencia), que había comenzado a despertar

ciertas esperanzas en la base confederal, por sus posiciones y propósitos unitarios y combativos y que, al sacar a la luz del día el malestar de la base, justificaba y aceleraba la marcha en pro de la unidad.

En España, hacía ya algún tiempo que la aparición de nuevos grupos de oposición, esencialmente juveniles, había puesto en evidencia la falta de representatividad y de presencia del antifranquismo clásico en las luchas obreras y estudiantiles. Algunas de estas nuevas formaciones no sólo habían adquirido prestigio e influencia, sino que se afirmaban en las posiciones y principios revolucionarios que antes lo fueron de las organizaciones clásicas: «consideramos que existe en España una situación objetivamente revolucionaria y que los partidos clásicos no pueden aprovecharla. Nuestra misión es tomar el "relevo" y plantear desde hoy, desde la clandestinidad impuesta por el franquismo, nuestra meta: la Revolución Socialista...» (7). El FLP (Frente de Liberación Popular) se afirmaba, así, no sólo como un «frente» antifranquista, sino al mismo tiempo como una organización revolucionaria. El DRIL (Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación), después de sus acciones de marzo de 1960 y del agarrotamiento de uno de sus miembros (8), había continuado organizando grupos para la acción, tanto en Europa como en América: «el DRIL se define a sí mismo como una organización de lucha antifascista y, por consiguiente, de origen, naturaleza y signo democráticos, integrada por hombres y mujeres de diferentes ideologías políticas y credos religiosos que, comprendiendo la urgente necesidad de derrocar a las tiranías ibéricas, se han unido para obtener la libertad de sus patrias y el derecho a gobernar el producto de su trabajo...» (9). El DRIL llegó a despertar, a principios de 1961, una inmensa oleada de entusiasmo al apoderarse, en la noche del 21 al 22 de enero, del transatlántico portugués Santa María para dar a conocer al mundo la existencia de una resistencia activa a las dictaduras de España y Portugal. Esta sensacional hazaña causó un profundo impacto en la conciencia del antifranquismo —particularmente en el MLE, por contarse varios libertarios entre los miembros del comando del DRIL—, y afirmó las tendencias activistas.

Basándose en la quimérica esperanza de una milagrosa caída del Régimen, la oposición clásica había seguido discurriendo por los estériles caminos de las

polémicas intestinas en torno a falsos problemas de «representatividad», de «principios, tácticas y finalidades», sin quererse percatar de su progresivo aislamiento, ni del significado de esa crítica y acción marginales que la ridiculizaban, por su vana pretensión de seguir monopolizando la lucha en nombre del «antifranquismo histórico».

De todos los sectores exiliados, el libertario era el que más vivamente sentía —por su historial combativo y vocación revolucionaria— las influencias activas del marginalismo antifranquista. De ahí que, pese a los resabios mutuos y a los obstáculos de todo orden que fueron poniendo en su camino los «ultras», el proceso de reunificación confederal fue perfilándose como un «hecho inevitable», aunque su progresión fuese lenta y difícil.

Contrariamente a lo que muchos pensaron, la moción del Primer Congreso Intercontinental de Federaciones Locales de la CNT de España en el exilio (10), sobre el problema de la reunificación confederal, representó un paso decisivo para la solución del cisma interno. A pesar del tono triunfa lista y condescendiente con que dicha moción invitaba «a los compañeros que se alejaron» a que disolviesen «voluntariamente su organismo» y aconsejasen «a todos sus afiliados su reingreso en la CNT de España en el Exilio», se agregaba:

> Con el fin de no forzar la voluntad de nadie y de no imponer convivencias, hasta que ellas maduren localmente, por el trato y relación; para evitar extorsiones en la integración militante; teniendo en cuenta además que hay localidades en las cuales no existe problema de escisión; que hay otras en las que existe una Federación Local de una u otra fracción y que, en fin, en algunas hay en cambio federaciones locales de ambas fracciones, esto mezclado a diferencias y enconos que sólo puede aminorar y extirpar el tiempo; teniendo presente además que el problema, aún siendo el mismo, ha tenido diferentes fases de desarrollo en unas regiones o países que en otros, se concederá, con miras a dar facilidades, autonomía de procedimiento para su liquidación a cada localidad.

Esta «autonomía de procedimiento» fue la que más facilitó el proceso de reunificación. Un «adicional» a la moción estipulaba:

> ... el Secretariado Intercontinental, que es el llamado a recibir la respuesta de la parte en litigio, tendrá presente, en la circunstancia, la invariabilidad de lo fundamental que queda especificado al texto (11) que se hará público, apreciando, sin embargo, aquellos detalles razonados que tiendan a posibilitar la puesta en práctica de las conclusiones a que la Ponencia ha llegado.

Los partidarios de la unidad confederal aprovecharon esa «autonomía de procedimiento» para consumar la unidad, en los meses que siguieron al Congreso de 1960, en todas las localidades en donde la corriente unitaria era mayoritaria. Igualmente utilizaron esa «autonomía» los opuestos a la unidad, tanto para exigir condiciones y fórmulas de reintegración humillantes que llegaron a frustrar la unidad en algunas localidades, como para mantener vivos algunos rescoldos antiunionistas en previsión del Congreso de 1961, que debía ser el «Congreso de la Unidad». Mientras los partidarios de la unidad se apresuraban a convertirla en una realidad, buscando el limar las asperezas para facilitar la «reintegración», «integración» o «fusión» de los militantes de los grupos y de las locales del sector «escisionista», los opuestos a la misma se lanzaban a una labor sistemática de boicot y de enfrentamiento para torpedear los acuerdos de unidad en nombre de los sacrosantos «principios, tácticas y finalidades». Por su parte, algunos conspicuos «escisionistas» hicieron todo lo posible por facilitar, con sus errores e intransigencias personalistas, la labor antiunionista de los «ultras» del «faísmo».

Tanto el Secretariado Intercontinental como el Subcomité Nacional tuvieron que hacer frente a una serie de críticas —por «extralimitación» de los respectivos acuerdos de unidad— formuladas por los que, en ambas facciones, consideraban que se iba demasiado deprisa. Pese a que unánimemente todos reconocían que «una CNT unificada contribuiría a facilitar y galvanizar la unidad del antifascismo y la vertebración de la lucha en España».

Paralelamente a la obra reunificadora en el exilio, el Secretariado Intercontinental, respaldado por el Subcomité Nacional, emprendió en el interior una amplia labor de reorganización de los cuadros orgánicos clandestinos. Esta labor dio rápidamente frutos alentadores, llegándose a la constitución de un Comité Nacional representativo de la militancia de ambas facciones, después de un referéndum organizado por el SI para facilitar su elección con garantías de seguridad y máxima representatividad.

Aunque la unidad de la CNT se iba haciendo sobre la «reafirmación de los principios, tácticas y finalidades consustanciales con el anarcosindicalismo», también se hacía en base a acuerdos concretos para propiciar la Alianza Sindical CNT-UGT y un Frente Antifascista Español:

> ... un Pacto de actividad antifranquista con cuantas Organizaciones y Partidos exiliados no totalitarios, que representen a los sectores tradicionalmente conocidos, de personalidad y características bien definidas en España antes de la sublevación de julio de 1936.

Al mismo tiempo, se afirmaba la necesidad de revalorizar el dictamen del Pleno de 1951 sobre la lucha conspirativa.

> ... ratificando la clásica posición revolucionaria de la CNT ante una eventual insurrección en el interior contra la Dictadura, tendiendo siempre a ser los elementos más activos en la preparación del hecho insurreccional.

A primera vista, todos estos acuerdos parecían complementarse en un mismo propósito de revigorización de la lucha antifranquista, lo que no sólo debía facilitar su aceptación sino asegurar el éxito final del proceso de reunificación, ya que ellos daban satisfacción a todas las tendencias y aspiraciones. Pero, como los hechos probarían más adelante, esta complementariedad era sólo aparente. En efecto, mientras el SI y la mayoría de las locales que habían realizado la unidad proseguían las gestiones para la constitución de la Alianza Sindical y del Frente Antifascista —tanto a escala nacional como a escala

local—, los grupos opuestos a la unidad confederal se lanzaban a una batalla abierta contra la misma, haciéndola imposible, principalmente, en el núcleo de Venezuela y en las locales de Marsella y Castres, en Francia.

Los argumentos empleados eran de diversa índole; pero todos se encubrían con la pretensión de:

> ... la defensa anarquista de los principios básicos y las finalidades de la Confederación Nacional del Trabajo de España. De esa CNT antiautoritaria, anticapitalista, revolucionaria y libertaria, a la cual se pretende convertir en un mejunje apto para todos los gustos (12).

Así comenzaron a revivir los viejos fantasmas del sectarismo libertario («es para nosotros galardón y orgullo, sentirnos acusar de sectarios»): el «reformismo» y el «colaboracionismo». Empero, ya no se tildaba exclusivamente a los antiguos «escicionistas» de «reformistas» y «colaboracionistas», sino que esos epítetos eran aplicados, con la misma rabia y desprecio, a los propios compañeros de la facción «apolítica» que osaban denunciar las contradicciones que este sectarismo encubría.

En honor a la verdad hay que decir que la responsabilidad de estas «contradicciones» era imputable a quienes, tras los bastidores, alentaban las actitudes antiunitarias: el clan «esgleísta» que monopolizaba la rama específica (FAI) del MLE. Mientras apoyaban, en el caso de Venezuela, al grupo que denunciaba la unidad —en base a que, entre los compañeros procedentes del sector «escisionista», había algunos que se habían convertido en patronos con los avatares de exilio—, no chistaban cuando, como en el caso de México, la mayoría de «compañeros-patronos» provenía del sector «apolítico». En el caso de Marsella las «contradicciones» también les eran imputables por cuanto se trataba de la explotación, con fines puramente antiunitarios, de la cerrilidad mental predominante en ambas locales, tanto en la «apolítica» como en la «política», cerrilidad agudizada por los antagonismos personales, a tal grado que hacían insoluble el problema, salvo que se hubiese aceptado el principio de existencia separada de las dos federaciones locales, como lo

sugerían la mayoría de los militantes de las federaciones locales ya reunificadas.

Cuanto más se profundiza en todas estas «oposiciones» a la unidad, más fácilmente se llega al convencimiento de que la CNT y el anarquismo sufrían las interferencias de intereses que les eran extraños, a los que no interesaba que el Movimiento Libertario se recuperara. En el trasfondo del ambiente de esa época, además de los enconos personales, las rivalidades representativas y los ingenuos temores de un eventual peligro desviacionista, se destacan conductas que difícilmente pueden ser explicadas, de la misma manera que se manifiestan actitudes similares en otros sectores del antifranquismo, en los que el obcecamiento y el maniobrismo de algunos de sus elementos más destacados frustraron todos los intentos de unidad y de acción antifranquista. Vistas retrospectivamente, ciertas conductas no parecen inconscientes, y el progresivo suicidio del antifranquismo pudo haber sido conscientemente deseado y manipulado desde su exterior. Seguramente porque así convenía al equilibrio mundial impuesto por las grandes potencias. Aunque quizás lo más decisivo haya sido, a lo largo de todo el exilio, la desesperada necesidad y el mal disimulado anhelo de integración de las masas exiliadas en los respectivos ambientes a que la diáspora les había conducido. Asimilación más o menos forzosa y no siempre fácil y cómoda, pero asimilación al fin, con su inevitable corolario de abandonos políticos e ideológicos. El exilio no era España, y en él se podía jugar impunemente, y sin prisas, a un antifranquismo honorífico y de días festivos, mientras en el quehacer de cada día las preocupaciones personales, familiares y otras borraban paulatinamente la preocupación por la lucha antifranquista.

En el interior del franquismo también se manifestaban tensiones y, con cierta regularidad, se producían defecciones en sus filas (13). Pero éstas apenas tenían impacto sobre la continuidad política del sistema pues, aun integrado por fuerzas e intereses no siempre coincidentes, el franquismo mantenía sólidamente su cohesión, gracias a la estrecha vinculación de todos sus sectores en defensa de los mismos privilegios de clase y de casta, lo que no era óbice para que el antifranquismo, particularmente el exiliado, se obstinara en

encubrir su inmovilismo suicida con la vana especulación de la desintegración franquista.

En el caso de la militancia libertaria esta tendencia se veía agravada por una irreflexiva y desenfrenada autosuficiencia («¡Somos los mejores!»), que provocaba rubor en los militantes más responsables, que no podían ni querían ignorar la difícil situación del Movimiento y del antifranquismo en general. Autosuficiencia tanto más negativa cuanto que era aprovechada por los partidarios del sectarismo ideológico para sensibilizar a la base y justificar sus ataques contra los partidarios de la unidad confederal y antifascista. La defensa de la integridad ideológica de la CNT servía de bandera para propiciar un «aislamiento purista», que, al igual que el «purismo legitimista» de algunas personalidades políticas del antifranquismo clásico, no sólo acentuaba las discordias sino que obligaba a malgastar las cada vez más precarias energías en una agria, inútil e interminable polémica. Así habían ido naufragando todas las tentativas anteriores de unificación del antifranquismo.

Sin embargo, en esta ocasión y, gracias a las presiones que las dos grandes internacionales sindicales (la SILOS y la CISC) ejercieron sobre la UGT, la Alianza Sindical (CNT-UGT-STV) llegó a constituirse a finales del mes de mayo, con la «conclusión de un texto común»14. Sólo el Frente Antifascista seguía naufragando.

Paradójicamente, el interés testimoniado a la CNT para la constitución de la Alianza Sindical, no lo era en la misma medida para la constitución de la Unión de Fuerzas Democráticas, que nuevamente los partidos clásicos trataban de revivir. Al respecto el SI decía:

> Después de nuestra circular número 15, a propósito del Frente Antifascista, donde dábamos cuenta del estado de las conversaciones y presentación de nuestro voto particular, hemos recibido respuesta de cada una de las partes interesadas. Todas y cada una formulan su opinión según su particular punto de vista, siendo general el sentimiento en cuanto a la necesidad de reanudar el diálogo con vistas a obtener una coincidencia. Terminada la reunión del 20 de febrero se reunieron todos los Partidos y Organizaciones interesadas, a excepción

> de nosotros y el POUM, y según las referencias que tenemos se encargó a la CE (Comisión Ejecutiva) de la UGT para que se entrevistase con nosotros en vista de encontrar la fórmula que hiciera útil una nueva entrevista. Al comunicarnos su acuse de recepción del voto particular, la CE nos hizo saber su deseo de entrevistarse con el Secretariado (SI) al efecto. Coincidentemente el PSOE se expresó en términos semejantes, de suerte que, aceptada la entrevista nos visitó una delegación de la UGT y otra del PSOE. El objeto de la visita, como arriba indicamos, era conocer nuestra opinión sobre qué era aceptable del Proyecto de Unión de Fuerzas Democráticas de abril de 1960 y cómo era susceptible de compatibilizarse con nuestro punto de vista. El cambio de impresiones deberá ser provechoso en el momento en que nuevamente nos reunamos, ya que generalmente todos los sectores entienden como necesaria la continuación del diálogo (15).

Pero el diálogo, pese la predisposición del Secretariado Intercontinental para llegar a una buena entente, se prosiguió sin la CNT.

A finales del mes de julio, se anunció la constitución de la Unión de Fuerzas Democráticas, integrada por los siguientes grupos: Izquierda Demócrata-Cristiana, Agrupación Republicana Democrática Española, Partido Socialista Obrero Español, Unión General de Trabajadores, Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca y Solidaridad de Trabajadores Vascos. «La finalidad de esta unión —según afirmaban— es combatir el franquismo y promover un régimen transitorio sin signo institucional definido, que convoque elecciones para que el pueblo español opte por el régimen que prefiera».

La CNT no sólo había sido dejada de lado, sino que lo había sido por sorpresa. Ante tal agravio, cuya significación no escapaba a nadie, el Secretariado Intercontinental no tuvo más remedio que afrontar el hecho consumado y lamentar las desastrosas consecuencias que una tan «incomprensible» actitud tendría para la unidad antifranquista. Con fecha de 7 de julio, dirigió una extensa misiva a «todos los sectores con los cuales estábamos en conversaciones, y que aparecen como firmantes del pacto en cuestión»:

Una circunstancia particularmente dolorosa para nuestra Organización, por incomprensible quizá, y cuyas consecuencias escapan actualmente a nuestras previsiones, nos impele a escribiros esta carta. [...] Tras largo periodo de inoperancia —a juzgar por los resultados obtenidos en el terreno de la práctica—, de inmovilismo y esterilidad, reiniciamos unas conversaciones tendentes a dinamizar, a dar cuerpo vivo y coherente, a una acción que las circunstancias internas que vive la Dictadura favorecen. Un clima internacional propicio acentúa estas posibilidades y a nosotros, la CNT, nos pareció indicado animar la llama de la lucha, reactivar los ánimos y las voluntades, proyectando hacia la acción la flagrante hostilidad general contra la Dictadura. A nuestra invitación respondisteis y nuestra reunión de enero, en París, concluyó en que la CNT presentaría su Plan de lucha a los demás Partidos y Organizaciones reunidos. Este Plan debería ser estudiado y ya se fijó fecha para la reunión siguiente. Con ocasión de esta reunión —20 de febrero— nos encontramos con una hostilidad manifiestamente negativa, sorprendentemente coincidente entre casi todos los sectores reunidos. Lo confirmaba el hecho de que nuestro Plan apenas si fue tomado en consideración, habiendo sido la causa de la reunión. Se nos afirmó que el documento del 5 de abril de 1960 estaba realmente aceptado por estas fuerzas del Interior (16), que había que contar con ellas antes de introducir modificación alguna, que tal documento —todo un programa político, bien que inefectivo— había obtenido la audiencia de esferas considerables del mundo libre, etc. Más tarde supimos que la entrevista con los compañeros de la CE de la UGT era, en cierto modo, resultante de una reunión tenida por vosotros —todos los sectores reunidos el 20 de febrero excepto el POUM y el Partido Republicano Federal. Tras los contactos de rigor llegamos a convocar nueva reunión para discutir el voto particular de la CNT, para el día 15 de junio. Por nuestra parte, visto que la reunión convocada en París el día 15 se vería desasistida de la presencia de la UGT y el PSOE (habían pretextado que debían concurrir a otras reuniones el 14 y días sucesivos) y posiblemente también de la STV, optamos por suspender

> la reunión de París momentáneamente, pues ciertamente no tendría la efectividad deseada estando ausentes los tres sectores mencionados. Por aquellos días se ha producido un hecho, según nuestra apreciación, insólito, que nos induce a escribir esta carta. Del mismo fuimos sabedores confidencialmente el día 16 de junio y según nuestra información se habían reunido ustedes con uno de los sectores de la sedicente oposición del interior, y, resultado de ella, ha sido la publicación de un documento común aglutinante de la voluntad de acción antifranquista de los sectores de opinión antitotalitaria. La circunstancia de que nos encontrábamos en conversaciones, y el hecho de que se nos haya tenido en la mayor ignorancia, evidencia claramente un caso de desconsideración a la CNT que se identifica con la deslealtad, además de hacernos aparecer —por ausentes de la firma— como totalitarios o indeseables. [...] Así comentada la situación, y por no hacer interminable esta misiva, queremos una vez más proceder como es particularmente tradicional y característico de la CNT: franca y honestamente. Para ello, a fin de saber a que atenernos, deseamos de vuestra parte las explicaciones pertinentes y ello lo más rápidamente posible.

En el Boletín Interno n.º 8, en donde el SI reprodujo íntegramente la anterior misiva, agregaba:

> Consecuencia lógica de nuestra misiva, fuimos contestados muy rápidamente y las respuestas, en general, formulan algunas explicaciones fundamentales y se ofrecen para ampliarlas verbalmente en la medida que este Secretariado considere útil. Todas las cartas, sin distinción, tienden a justificar como lógica la conclusión del Pacto, resultante natural de viejas conversaciones que tomaron cuerpo en forma de proyecto en fecha 5 de abril de 1960. Se esfuerzan en querer hacer ver a la CNT la compatibilidad de lo por ellos firmado con las relaciones existentes con ella y coinciden en apreciar como capital la

> necesidad de que la CNT trabaje en concierto con ellos. Explicaciones verbales habidas, ulteriormente, por parte de ARDE, en visita realizada a nuestro domicilio social por su secretario general, señor Maldonado, el lunes día 24 de julio, se nos dieron a conocer ciertos aspectos de tipo privado, de ciertas apostasías o deslealtades por parte de personas del interior, que obligaron a precipitar, en cierta manera, los acontecimientos y a dar estado público al Pacto. Paralelamente, las comisiones ejecutivas de la UGT y del PSOE, nos respondieron con amplias misivas justificativas de su punto de vista y por las cuales deseaban significar sus intenciones favorables a la persistencia de nuestras comunes relaciones, etc. Concluían señalando la necesidad de entrevistarnos. Aceptamos la entrevista y la misma ha tenido lugar los días 26 y 27 de los corrientes (julio) [...] y hemos concluido con un cambio de notas sobre las condiciones respectivas que son consideradas como susceptibles de hacer viable una acción común acertada.

En estas notas, que el SI ofrecía como materia de discusión para que el próximo congreso zanjara al respecto, puede verse que, mientras el Secretariado de la CNT proponía «tratar de fundir en un único texto el contenido de ambos documentos, respetando lo esencial en ellos estipulado», las ejecutivas del PSOE y de la UGT exigían que «la Confederación Nacional del Trabajo declara aceptar formar parte de la Unión de Fuerzas Democráticas, declarando igualmente que no participará en lo que se refiere a modelar las futuras estructuras políticas del Estado».

Por otra parte, el Secretariado Intercontinental había aceptado formar parte de la Comisión Asesora del Comité Interno (SILOS-CISC), que tanto había presionado para la constitución de la Alianza Sindical y que, aparentemente, era el alma de esta nueva ofensiva en favor del «antifascismo democrático» español de parte del «sindicalismo internacional libre». Las actividades de este organismo internacional, cuyas «ambiciones y campo de proyección son muy

amplios» —según decía el SI en una circular—, tenían como principio básico que «el futuro debe ser libre y soberanamente determinado por los españoles mismos, una vez la Dictadura derrocada», aunque sus gestiones más importantes sólo estaban orientadas a sensibilizar los medios dirigentes de los Estados Unidos y de las internacionales políticas sobre el problema español. En reunión del 15 de junio, en Bruselas, la Comisión Asesora acordó:

> Aprobar la gestión realizada en Estados Unidos por la misión allá enviada, que conducida por los representantes de las sindicales norteamericanas se entrevistaron con personalidades financieras, políticas, representativas de la nueva administración de aquel país, etc., y con las cuales se afirmó la posibilidad de dar fin al régimen franquista por vía de una solución pacífica. En apoyo a la posición sindical se trata de interesar a las internacionales políticas denominadas democráticas [...] y en el plano parcial se contactará con todas las fuerzas democráticas de cada país, cuyos gobernantes y sus «trusts» se inclinen a «inyectar» al régimen franquista.

Hay que reconocer que el Secretariado Internacional no había perdido el tiempo y que había ido lejos en la aplicación de los acuerdos de Alianza Sindical del Congreso de 1960, que claramente estipulaban:

> El Congreso propicia una Alianza circunstancial sobre puntos concretos entre la CNT y la UGT [...]. No será formado entre la CNT y la UGT, a los efectos de Alianza, ningún secretariado coordinador ni organismo permanente común.

Por eso no es de extrañar que los antiunitarios explotaran, en previsión del próximo Congreso, esas prisas y esas transgresiones como armas para sembrar dudas y acusar a los miembros del Secretariado Internacional de instrumentos del «reformismo confederal».

En el intervalo, el SI había publicado la «Carta abierta a todos los militantes», que el recientemente constituido Comité Nacional de España había dirigido a la militancia del interior y del exilio, al mismo tiempo que varias cartas recibidas de los penales franquistas, por las cuales los presos confederales se felicitaban «de la evolución del proceso de reunificación» y aportaban su caución moral a la gestión del Secretariado:

> Si de modo efectivo un Frente Antifranquista puede crearse, si puede insuflarse aliento a una Alianza Obrera operativa, esto no podrá hacerse sino desde los imperativos de que partís, compañeros.

El Comité Nacional, por su parte, después de unas extensas «reflexiones acerca del momento actual de la CNT, de España y del mundo», afirmaba:

> Es doloroso reconocerlo, pero nos hemos quedado en el bache colaboracionista que nos dejó 1939 y desde entonces nos ha faltado nervio para seguir luchando, dentro de la clandestinidad, a tono con nuestra línea revolucionaria. Como decía el compañero Cipriano Mera, «necesitamos partir de cero», volver a empezar, ser de nuevo los adelantados de la Revolución en España.

El día 18 de julio la policía descubrió a tiempo un intento de sabotaje en la vía férrea, poco antes del paso de un tren de «ex combatientes» que acudían a una concentración en San Sebastián para la conmemoración del aniversario de la sublevación franquista. Este hecho y la quema de dos banderas españolas, en lugares céntricos de dicha ciudad, dieron a conocer públicamente la existencia de una joven organización nacionalista (ETA), que preconizaba la lucha armada frente al franquismo, para la liberación de la tierra vasca. Estas acciones dieron lugar a una extensa oleada represiva en el País Vasco (más de 100 detenciones), y la condena a 20 años de presidio de Rafael Albisu y a 15 años de Ismael Laspiur Zabala, por un consejo de guerra sumarísimo. Mientras tanto, el Partido Comunista anunciaba que había «llegado el momento de

organizar la Huelga Nacional Pacífica», lanzando un llamamiento a todas las organizaciones y fuerzas antifranquistas para preparar esta acción.

La Iglesia, por su parte, tras los incidentes políticos provocados por la actitud de «ciertos católicos avanzados» y la «indignada sorpresa» que la carta de los sacerdotes vascos (17) había despertado entre los medios tradicionalistas, se apresuró a reiterar su adhesión incondicional al Régimen y a cantar las excelencias del mismo, dando un mentís a las especulaciones sobre un distanciamiento entre la Iglesia y el Estado franquista (18).

A mediados de agosto, la prensa dio cuenta del desenlace de «una acción de guerrillas iniciada en la frontera franco-española por un comando de 13 hombres que tuvieron el día 10 un encuentro con la Guardia Civil y en la que un guardia resultó muerto y otro herido». El comando tuvo que refugiarse en Francia, en donde todos sus integrantes fueron detenidos, así como también lo fue El Campesino (19), en tanto que presunto responsable de dicha operación, siendo asignado en residencia en la isla de Bréhat.

Las acciones del DRIL, de ETA y de El Campesino habían provocado, pese a sus desenlaces, una gran sacudida en los medios antifranquistas, reafirmando las tesis de acción directa en los grupos más radicalizados, particularmente entre los libertarios. Todo parecía indicar que de nuevo se marchaba hacia una progresiva radicalización de la lucha antifranquista. En todos los sectores exiliados se respiraba un entusiasmo más o menos justificado: las «alianzas», las «acciones», las «declaraciones» de la oposición en el interior y el «apoyo» de las internacionales sindicales eran prometedores.

Sin embargo, en el seno de la CNT, el proceso de reunificación no acababa de consolidarse; al contrario, en previsión del inminente comicio confederal, las posiciones opuestas habían seguido alimentando las discordias con sus ataques e intransigencias. La amenaza de una nueva ruptura parecía inevitable y aún más catastrófica que la anterior, pues, de tener lugar, hubiera provocado el abandono de una amplia facción de militantes, que no habrían querido ser confundidos con los «políticos» ni avalar la demagogia purista de los que en su sector intentaban abortar la reunificación.

Esta demagogia purista llegaba a extremos bochornosos y no perdía ocasión de atizar la hoguera. El grupo Errico Malatesta, de Venezuela, se había erigido en el baluarte del más rabioso apoliticismo verbalista, tocando a rebato a través de su portavoz Simiente Libertaria que había vuelto a reaparecer en febrero —después de unos meses de precaria reunificación en dicho núcleo— para servir de punta de lanza de esta nueva «cruzada» antiunitaria.

Un artículo titulado «Clarificación de objetivos y definición de procedimientos», de José Leiva, que debía aparecer en el n.º 3 de Fragua Social20, correspondiente a abril-mayo de ese año, había servido y seguía sirviendo como argumento para acusar a todos los partidarios de la unidad confederal de pretender «llevar el Movimiento Libertario por los vericuetos de la política». Efectivamente, Leiva se pronunciaba, al final de su artículo, por la constitución del «Partido Socialista Libertario» paralelamente a la reunificación y consolidación de la CNT como «instrumento sindical». Después de hacer previamente una crítica demoledora de los anarquistas que habían «hecho desempeñar a la CNT el papel accidental de partido político desde 1936».

Las acusaciones de Simiente Libertaria eran doblemente injustas, puesto que a Leiva no le seguía nadie por ese camino, y porque, además, tenía razón cuando decía: «Una CNT convertida en partido político, como lo es hoy, constituye un acto contra natura, una aberración no deseada, pero cultivada, un accidente que tercamente se quiere convertir en permanente».

Pues, en efecto, ¿qué otro papel había desempeñado la CNT desde su llegada al exilio? Además, ¿era natural que una organización sindicalista revolucionaria vegetara burocráticamente, sin participar en conflictos de clase, dedicando todas sus energías a la gestión de alianzas y frentes con formaciones políticas? ¿Era admisible que «el Movimiento Libertario existiera al modo vegetativo de ciertas entidades políticas anquilosadas y la mayor parte de las religiones, es decir, envuelto en ritos, fórmulas petrificadas, tradiciones decimonónicas, automatismos mentales y recuerdos»? Ciertamente no; pero eso apenas interesaba a los «defensores de la integridad libertaria», que se habían impuesto el deber de sabotear la unidad, por no importa que medio, «para

paralizar la obra devastadora que la insensatez de unos irresponsables, que esgrimen indebidamente el carné confederal, ha puesto en marcha» (21).

El lenguaje de la Federación Local de Marsella («apolítica») no era muy diferente:

> En bien del porvenir de la CNT no podemos dejar de estar vigilantes, no le suceda a la Organización, como decía una Delegación en Limoges, «como al toro al que cortándole los testículos y los cuernos lo convierten en un buey. Si nos dormimos, veremos nuestros anagramas queridos encabezando candidaturas de elementos que traicionaron al interior y al exilio en lugar de continuar luchando por una CNT apolítica, revolucionaria y libertaria (22).

Con este «elevado» y «fraternal» condicionamiento previo de los ánimos no es difícil de imaginar el ambiente que presidiría la apertura del II Congreso Intercontinental de Federaciones Locales de la CNT de España en el exilio, congreso que debía «sellar la reunificación del Movimiento», aprobar el Pacto de Alianza Sindical y proponer soluciones a toda una serie de puntos de un «orden del día» considerado como «fundamental» para la continuidad de la CNT, que, según algunos, «se presentaba moralmente más dividida que antes del Congreso de Limoges de 1960» (23).

La desconfianza y los antagonismos, tan intencionadamente alimentados en previsión de este Congreso, comenzaron a manifestarse —con una relativa circunspección— desde los primeros debates para integrar la Comisión Revisora de Credenciales, que era la que debía presentar el problema de las «delegaciones dobles» (Venezuela, Marsella, Castres). Su discusión desató las pasiones antiunitarias y el Congreso de la Unidad se transformó en un campo de batalla entre libertarios. El sectarismo ideológico, la intransigencia temperamental, las ambiciones de algunos líderes que se consideraban en peligro y, en fin, el vivir quizás demasiado cómoda y tranquilamente en el exilio, amenazaron a cada instante con romper las deliberaciones y dar

comienzo a una nueva escisión confederal. Sin embargo, el Congreso, que había iniciado sus labores a las 9 de la mañana del día 26 de agosto, las termina, sin escisión aparente, a las 12 horas y 13 minutos del día 3 de septiembre, según rezan las actas.

La presencia de una delegación directa del Comité Nacional de la CNT del interior, ya reunificada, y el hecho de que la mayoría de las delegaciones asistentes al Congreso se pronuncien decididamente por la unidad, permiten al Congreso salir del callejón de las «delegaciones dobles», con el nombramiento de una Comisión Conciliadora (integrada por los militantes de más relieve de las dos tendencias). Después de seis sesiones tumultuosas dedicadas a este problema, al fin puede comenzar el estudio y debate del orden del día. Debate que será nuevamente suspendido, en el curso de la novena sesión, al presentar la Comisión Conciliadora o «ponencia» su dictamen, en el que, en resumen, y después de «salvaguardada la cuestión de tácticas, principios y finalidades consustanciales al Movimiento que se ratifican», se aconsejaba a las partes en litigio «que hicieran un esfuerzo para su reunificación», y que en caso de no dar resultado favorable se «aceptase la existencia de dos o más federaciones locales como caso excepcional». Para el caso de Venezuela, la ponencia proponía reconocer a la delegación «que mantenía relaciones con el Secretariado Intercontinental el carácter deliberativo, e informativo a la otra».

Tras un nuevo debate, en el que los ánimos se pusieron otra vez al rojo vivo (24), hasta el final de la décima sesión no pudo ser aprobado dicho dictamen, lo que provocó la retirada del delegado de Venezuela (opuesto a la unidad), que no aceptaba quedarse sólo con carácter informativo. Al mismo tiempo, la retirada provisional («para deliberar») de las 12 delegaciones directas del núcleo de Provenza —operada en el curso de la sesión anterior— tomó carácter definitivo después de la lectura de una resolución, en la que se precisaba:

> Visto todo lo expuesto, constatamos igualmente, la irresponsabilidad manifiesta del SI, la mala voluntad de los compañeros de la ex fracción en persistir en actitudes negativas y, como colofón, la falta de consecuencia orgánica del propio Congreso, lo que nos obliga, contra nuestra evidente buena voluntad por sus continuas y flagrantes

> contradicciones, intencionadas por unas Delegaciones y aceptadas por la mayoría, a retirarnos de sus tareas, lamentando el tomar dicha actitud de la cual serán imparcialmente informadas nuestras FFLL y el Pleno regional extraordinario que el Núcleo celebrará próximamente, el que adoptara las resoluciones pertinentes.

La aprobación del dictamen presentado por la Comisión Reconciliadora y la retirada de las citadas delegaciones eran particularmente significativas; no sólo mostraban la orientación francamente unitaria de la mayoría del Congreso, sino que ponían en evidencia el abandono del antiunitarismo por parte de los militantes más conocidos del «purismo ideológico».

Su participación en la comisión conciliadora (25) y su permanencia en el Congreso testimoniaban —como los hechos lo probarían después— más que una repentina voluntad «conciliadora», el propósito de no enajenarse los votos de la mayoría, con los que ya sabían que contaban para el nombramiento de ciertos «cargos». Así pues, su repliegue táctico no estaba dictado más que por el interés de asegurarse esos «cargos», desde los cuales podrían orquestar más eficazmente su estrategia con vistas a la «recuperación» de la organización.

El «sacrificio» de los grupos que habían sido hasta ese momento la vanguardia de la campaña antiunitaria era, pues, un sacrificio «necesario» pero provisional.

Sorprendidos por la gestión unitaria de un Secretariado que no había tenido miedo a interpretar los anhelos de la mayoría de la organización -concretados por los procesos locales de reunificación y por la marcha del Congreso—, los opuestos a la unidad, los que se definían orgullosamente como «sectarios», los de los sacrosantos «principios, tácticas y finalidades» aceptaban el «hecho inevitable» de la reunificación y la daban por definitivamente oficializada. Pero, pese a que el Congreso siguió normalmente y más tranquilamente su curso, desde ese mismo momento comenzaba una nueva guerra intestina.

Tras el informe verbal de la delegación directa del Comité Nacional del Interior —que se felicitaba «por el buen sentido que en general ha inspirado este periodo de reorganización» y que insistía en la necesidad de que la CNT siguiera «firme en su acción revolucionaria»—, y de una serie de peripecias menores, el congreso adoptó, sin gran dificultad, acuerdos concretos para todos los puntos del orden del día. Por su importancia merecen una especial atención los relacionados con la Alianza Sindical y el Frente Antifascista, pues en ambos la CNT testimoniaba su voluntad de conjunción antifranquista y de activación de la lucha contra el Régimen.

En el primero, y después de aceptarse el Pacto de Alianza Sindical ya establecido (CNT-UGT-STV), se afirmaba:

> La CNT planteará en la Alianza la conveniencia de que la misma adquiera dinamismo y agilidad y se proyecte principalmente hacia España y con carácter de activa oposición al Régimen. La CNT considera que el periodo de inoperancia de la Alianza debe ser superado y que urge que ella actúe, tanto en el interior como en el exilio, pasando a ser un organismo dinámico y vivo, sin cuya condición la CNT reconsiderará sus acuerdos.

En el segundo, y después de lamentar que el «diálogo» con la Unión de Fuerzas Democráticas no hubiese podido «establecerse en mejores condiciones», se afirmaba:

> Siendo de rigor la acción subversiva contra el Régimen, la CNT propugnará, cerca de las otras fuerzas antifascistas, se constituya un Consejo Nacional de Defensa, como instrumento de combate que tendrá la misión de desarrollar, coordinar y articular la lucha clandestina en el interior. Si contra nuestros deseos y lo que recomienda el más elemental de los deberes, no logramos imprimir a los actos comunes esta voluntad de lucha, la CNT emprenderá sola esta línea de combate, por considerarla la única salvadora.

La «firme» decisión de «dinamizar» la lucha contra el Régimen, manifestada a través de los dos acuerdos anteriores, bien fuese «en conjunción con los otros sectores antitotalitarios del antifranquismo o sin ellos», es el reflejo más fiel del ambiente que al final reinó en el congreso, ambiente que permitió, en sesión reservada, que fuese aprobado por unanimidad el Dictamen (secreto) del D-I (Defensa Interior) (26).

Este dictamen representaba, en principio, un paso decisivo en el camino de la recuperación libertaria, tanto por ser el obligado corolario de la reunificación y de la voluntad de lucha de la organización confederal, como por constituir, con los acuerdos de Alianza Sindical y Frente Antifascista, un todo estratégicamente coherente. La estrategia libertaria adquiría así, por primera vez en el largo exilio antifranquista, un sentido político lógico y realista. Con la adopción de este dictamen el congreso justificaba plenamente su celebración y abría perspectivas prometedoras para galvanizar los entusiasmos libertarios, así como para movilizar amplios sectores del antifranquismo.

Pese a que la batalla final por los cargos orgánicos —entre «puristas» y «unitarios»— permitía ya prefigurar lo que sería el ambiente de trabajo para el futuro inmediato, el congreso terminó «felizmente sus trabajos» y de nuevo cierta euforia contagió los medios libertarios del exilio y del interior. No es difícil hoy percibir, tras toda esa borrasca antiunitaria, los verdaderos móviles de sus promotores; sus conductas posteriores han probado que la defensa del «purismo ideológico» servía para encubrir ambiciones menos puras. Tampoco es difícil discernir hoy las fuentes de discordia que emponzoñaban la vida orgánica de la época y la manera en que muchos honestos militantes se dejaban arrastrar a enfrentamientos y maniobras tortuosas, con candidez y pasión dignas de mejor suerte.

Es evidente que, en aquellos momentos, era casi imposible escapar al círculo vicioso de las luchas intestinas, pues aun comprendiendo lo negativo de las mismas para el porvenir del Movimiento, había que tomar partido. Pocos militantes habían podido permanecer al margen de la refriega y conservar un ascendente moral e ideológico en ambos bandos; de una manera o de otra,

voluntaria o involuntariamente, habían tenido que denunciar el absurdo de la separación. Y eso les había convertido en «sospechosos». Por eso, a la hora de la reunificación, y gracias al tiempo, que había tamizado muchas conductas, muchos militantes descubrieron que era poco o nada lo que les separaba, proclamándolo bien alto y con satisfacción; de ahí que, los que no habían superado el emponzoñamiento fratricida, vieran en esos encuentros y en esa común defensa de la unidad toda clase de apostasías y de peligros. Es verdad que había quienes defendían la unidad con propósitos diferentes y que no todas las apetencias políticas de antaño habían sido olvidadas; pero el peligro más inmediato y más nefasto era el progresivo enfangamiento politiqueril de la actuación orgánica que, en el exilio, no tenía más objetivo que la conquista y control de los comités y la justificación de una degradante demagogia revolucionaria.

Esta actuación daba origen a prácticas y actitudes indignas que se transformaban en hábitos regulares: todos los vicios burocráticos que se denunciaban en las organizaciones reformistas (permanencias retribuidas, reelecciones sucesivas, electoralismo permanente, dirigismo y reinado del sello de goma) y su consiguiente sectarismo ideológico. Eran muchos los militantes que tenían conciencia de esta nefasta evolución; pero se veían impotentes para hacerle frente y darle otro derrotero. Para ello era necesario volver a la verdadera vocación revolucionaria del Movimiento, a su razón de ser, pero no verbalmente, como se hacía, sino prácticamente en la lucha de cada día. Y la única manera de volver a ella (dado que los exiliados no habían podido fundirse con los movimientos autóctonos para participar en sus luchas sociales y revolucionarias) era plantear la lucha contra la Dictadura en España y además, hacerlo en términos revolucionarios. Esa era la única actitud digna y eficaz para que el exilio no se extinguiera lamentablemente.

Por eso la reunificación confederal había despertado tantas esperanzas y entusiasmos, particularmente entre los jóvenes libertarios asqueados del inmovilismo impuesto por las otras dos ramas del Movimiento, asqueamiento que había culminado con la separación de la FIJL de la Comisión de Defensa (C de D), desde hacía varios años.

La gestión reorganizativa del interior —emprendida por el Secretariado Intercontinental que había hecho posible la unidad de la CNT— y la preparación de una acción —con los medios técnicos adecuados— para ajusticiar al Caudillo (27), habían hecho resurgir, en el seno de la organización juvenil, la confianza en sus «mayores» y la predisposición a colaborar de nuevo con ellos en las tareas conspirativas de cara al interior.

La FIJL se había pronunciado desde hacía tiempo por la unidad y, en la medida de sus posibilidades, había participado en su consolidación. Sus secciones en México y Venezuela habían colaborado directamente, desde finales de 1960, en la recolección de fondos y en la campaña de movilización libertaria con vistas al relanzamiento de la lucha antifranquista. Además, la nutrida delegación de jóvenes libertarios del interior en el Pleno juvenil del mes de septiembre acabó por vencer las últimas reticencias y conseguir que se decidiera por unanimidad el reingreso de la FIJL en la C de D del Movimiento.

La rama juvenil, al igual que lo habían hecho la rama confederal y la rama específica28, elaboró un dictamen sobre la lucha conspirativa pero, en previsión de la no aplicación de los acuerdos, la FIJL había agregado una condicional a su dictamen: «recabar nuestra libertad de acción para el caso en que la línea de actuación conjunta fuese vulnerada o saboteada por alguna de las otras ramas».

La militancia juvenil estaba escarmentada por las experiencias anteriores que habían probado, repetidamente, la facilidad con que los «acuerdos» quedaban en letra muerta en el seno de la C de D.

Coincidiendo con una larga serie de detenciones cenetistas en España, en los primeros días del mes de octubre, la policía francesa procedió a la detención en sus domicilios de una docena de militantes de la Federación Local de la CNT de París para «identificación de identidad». Dos días después fueron dejados en libertad con excepción de uno de ellos, Ramón Álvarez, que estuvo detenido durante casi un mes encausado por «falsificación de tarjetas de identidad españolas», las que, al parecer, habían sido encontradas por la policía durante el registro de su domicilio.

En España, las detenciones se extendieron a todas las provincias, desarticulando, una vez más, al Comité Nacional de la CNT y los nexos orgánicos por él establecidos tras una larga y difícil labor reorganizativa. Varios delegados de las Juventudes del interior tuvieron que quedarse en Francia, dado que sus nombres habían sido citados por la policía franquista en relación con las detenciones del Comité Nacional cenetista.

La caída de este Comité representó un duro golpe para la inmediata constitución del organismo conspirativo (D-I). Aunque la mayoría de sus miembros debían provenir del exilio, el Comité Nacional tenía que nombrar un delegado permanente en su seno.

Los hechos se habían sucedido de tal manera que podía suponerse que el régimen franquista quería amedrentar a la militancia del interior, en previsión del peligro que podían representar la reunificación confederal y los acuerdos de lucha adoptados en el congreso (29).

Igualmente, en Francia, las autoridades parecían actuar en el mismo sentido al proceder a las detenciones y al prohibir la edición y circulación de los periódicos confederales (CNT, Solidaridad Obrera y España Libre) (30).

La reunificación confederal, la decisión de revigorizar la lucha antifranquista, las múltiples detenciones de libertarios en España y Francia habían sido seguidas por la militancia anarquista internacional con un vivo interés, multiplicándose los testimonios de simpatía y solidaridad. La SAC (Organización Anarcosindicalista Sueca) había reafirmado su predisposición a aportar una ayuda sustancial en esta nueva etapa de lucha.

Sin exagerar, puede afirmarse que la liquidación de la escisión confederal, dando paso a un Movimiento Libertario aparentemente unido en torno a los clásicos «principios, tácticas y finalidades» del anarcosindicalismo, y decididamente dispuesto a reactualizar nacional e internacionalmente la lucha antifascista del pueblo español, había reanimado las tertulias de los grupos anarquistas de todos los continentes, que veían en las perspectivas de relanzamiento de la lucha antifascista la posibilidad de su propio resurgir.

Desde hacía algún tiempo, se habían ido manifestando toda clase de testimonios de respaldo y solidaridad: desde los numerosos actos públicos (mítines, manifestaciones y festivales), hasta actos más concretos como el atentado perpetrado por unos jóvenes anarquistas suizos contra el consulado español en Ginebra. En Venezuela, y con la ayuda de la STV (Central Sindical Venezolana), se había podido poner finalmente en marcha una emisora semiclandestina que emitía en nombre de la CNT programas de propaganda antifranquista de cara a España.

La unidad confederal parecía, pues, definitivamente consolidada y en marcha hacia nuevas metas; pero en la propia prensa confederal los que tanto se habían opuesto a la reunificación volvían a la carga, alimentando los recelos y los enconos en torno a los litigios orgánicos aún no resueltos. Al mismo tiempo, proseguía la «caza de brujas» contra los reformistas, cargando ese mote sobre la espalda de todo aquel que osaba denunciar su sectarismo e intransigencia paralizantes.

Como los jóvenes libertarios se identificaban con la corriente que intentaba sacar al Movimiento de su marasmo e inoperancia, se comenzó a suscitar la desconfianza a su alrededor, levantando sospechas sobre algunos de los delegados juveniles del interior. El «sectarismo» no se había desmovilizado y preparaba su revancha. Mientras unos se movilizaban para poner en marcha el Movimiento Libertario Español, para que la voz del anarquismo fuese nuevamente escuchada y respetada, en España y en el mundo, otros se movilizaban en sentido inverso, para acentuar la esclerosis del Movimiento, pese a afirmarse más anarquistas que los primeros.

El año termina sin que la agitación obrera de los últimos meses, provocada por los bajos salarios y las continuas violaciones de los convenios colectivos por las empresas, logre cuajar en un movimiento reivindicativo coherente, y sin que el sindicalismo oficial haga lo más mínimo para poner coto a tales desmanes, lo que no impide que Franco diga en su tradicional discurso de fin de año:

> El que en este año jubilar el Régimen español pueda mostrar a la faz del mundo el alegato irrefutable de un amplio periodo de estabilidad política, de progreso social y económico, y de orden en medio de las

convulsiones que trajeron una guerra mundial y las violencias de una posguerra que nadie se atrevería a llamar paz, constituyen ya de por sí un acontecimiento histórico. Se gobierna y se administra así no sólo para el pueblo sino con el pueblo. Nosotros hemos sabido dar un gigantesco paso adelante con los procedimientos de compaginar la libertad sindical con la unidad sindical más amplia. [...] Esta triste situación internacional del mundo, en la que no hemos tenido la más mínima participación, y que en sus líneas principales habíamos profetizado, nos coge en una hora de plenitud y confianza, seguros de nosotros mismos.

Notas

1. Aun formando parte de la «rama específica» (FAI), estos militantes (R. Santamaría, J. Pintado y J. Olaya) defendían posiciones menos sectarias que los «ultras» del faísmo, cuya intransigencia iba a la par con su ambición de monopolizar los comités orgánicos, lo que habían conseguido hasta ese momento.

El nombramiento de J. Pintado y J. Olaya, que venían en segundo lugar en las proposiciones para cargos del Pleno de Vierzon de 1959, sólo fue posible porque los «ultras» que venían en primer lugar (M. Estallo y F. Montseny) no aceptaron ser reelegidos. Hay que tener presente que F. Sabaté ya había manifestado su intención de reanudar sus acciones violentas en el interior, y que eran muchos los que tenían miedo ante tal perspectiva. Por esa razón, el Secretariado Intercontinental no pudo integrarse hasta principios de enero de 1960, aceptando F. Montseny el cargo de directora del periódico CNT (retribuido), inmediatamente después de saberse la noticia de la muerte del intrépido guerrillero, cargo que J. Peirats había dejado vacante al no aceptar ser reelegido, al igual que los dos anteriores, pues sólo Santamaría había aceptado el nombramiento.

2. Siendo la CNT y la UGT las únicas organizaciones de «masas» del «antifranquismo clásico», era vital, para la línea de alianzas y pactos, el que efectivamente lo fuesen. Y la CNT sólo podía serlo reunificándose.

3. Al respecto fueron particularmente significativas las polémicas que, en cada sector, provocaron las diversas modalidades de «reunificación» propuestas por el otro: «fusión», «integración», «reintegración», «reincorporación», etc.

4. Léanse a este respecto los últimos capítulos del libro Enseñanzas de la revolu ción española, de Vernon Richards, Editorial La Hormiga.

5. Este fenómeno de «permanencia» lideril es una de las características más singulares del largo exilio antifranquista.

6. No hay que olvidar que la CNT, o el Movimiento Libertario si se prefiere, había pasado al exilio con una masa organizada de varias decenas de miles de militantes, y que en sus actos públicos de París, Toulouse, Burdeos, Marsella, etc., seguía reuniendo fácilmente auditorios de varios miles de simpatizantes.

7. De Revolución Socialista, n.º 1, portavoz del FLP.

8. Ya citado en el capítulo precedente.

9. De los «Principios» del DRIL.

10. Los partidarios de la unidad habían puesto todas sus esperanzas en la convocatoria de un Congreso de federaciones locales, en vez de los habituales plenos de núcleos, pues ésta era la única forma de conseguir la auténtica expresión y representación del sentir unitario de la base confederal.

11. Lo «fundamental» era la «ratificación de principios, tácticas y finalidades» que impregnaba, de principio a fin, todo el texto de la moción finalmente aprobada en ese congreso, que algunos llamaron «histórico» tanto porque la CNT cumplía 50 años de existencia (1910-1960), como por sus conclusiones.

12. Del editorial de Simiente Libertaria, nº 11, que el grupo opuesto a la unidad volvió a editar en Caracas (Venezuela), tras unos meses de precaria «reunificación» del núcleo cenetista exiliado en ese país. El «pretexto» invocado por este grupo, para separarse del resto del núcleo, era la presencia de «patronos» en el Comité elegido en la asamblea que selló la «reunificación» confederal en dicho

país. En México, por el contrario, era el sector «apolítico» el que contaba en sus filas más casos de este género, sin levantar curiosamente ninguna protesta de parte de los

«sectarios». El fenómeno de «exiliados-patronos» era un fruto característico y casi exclusivo del antifranquismo exiliado en América, en donde las condiciones socioeconómicas posibilitaron, y en algunos casos exigieron, la conversión de muchos obreros exiliados en patronos.

13. En este sentido merece citarse el caso del ex falangista Dionisio Ridruejo, que fue juzgado en marzo de 1960 en compañía de Tierno Galván y otros destacados miembros de la «oposición pacífica». A excepción de uno de ellos, que fue condenado a un año de cárcel y 25.000 pesetas de multa, todos los demás fueron absueltos.

14. Del Boletín Interno de la CNT de España en el Exilio, de junio de 1961.

15. Ibíd.

16. Se trata de la Izquierda Demócrata-Cristiana que agrupaba a los ex franquistas pasados a la oposición. Como en el pasado, las proposiciones de «fuerzas inconcretas y formaciones antifranquistas dudosas» interferían el proceso de unidad antifranquista, neutralizando sus posibilidades de acción con equívocas promesas de soluciones pacíficas.

17. En esta carta, un grupo de sacerdotes vascos elevaba su protesta contra la tortura aplicada por la policía franquista y denunciaba la condición de país colonizado en que el Régimen mantenía al País Vasco.

18. «Vuestra presencia en este acto es la concordia ejemplar que se proclama ante el mundo entre la Iglesia y el poder civil», afirmaba enfáticamente Bueno Monreal, arzobispo de Sevilla, en un acto que Franco presidía en dicha ciudad.

19. Célebre dirigente militar comunista de la Guerra Civil. Exiliado en Rusia al final de la guerra, había podido finalmente encontrar asilo Francia después de su espectacular evasión de un campo de trabajos forzados ruso.

20. Portavoz del Núcleo (reunificado) de la CNT exiliado en Venezuela. El artículo de Leiva (ex ministro de la CNT) fue retirado cuando el periódico estaba ya formado; según parece por exigencia del secretario de coordinación del SI que se encontraba en Venezuela en esos momentos.

21. Del final del llamamiento: «Ante el próximo congreso». Publicado en primera página del n.º 16 de Simiente Libertaria, correspondiente al mes de agosto de 1961.

22. De una carta enviada, por «conducto orgánico», «a toda la militancia de la CNT de España en el exilio»; aparecida en el Boletín Interno del mes de agosto.

23. Y eso pese a que en este segundo congreso, celebrado también en la ciudad de Limoges, se presentaba por primera vez —después de algo más de 15 años de separación— la militancia de la CNT reunificada.

24. Culminando con la retirada de 12 delegaciones del núcleo de Provenza, encabezadas por la delegación de Marsella, que no estaban conformes con la aprobación por el congreso del apartado del dictamen relacionado con su problema. Poco después se retira la delegación de la Federación Local en litigio con la de Marsella, al considerar que moralmente no podía continuar en el congreso después de la retirada del que era, a pesar de todo, su núcleo.

25. Los resultados de la Comisión de Escrutinio eran ya conocidos oficiosamente y aseguraban a Germinal Esgleas y Federica Montseny los cargos (retribuidos) de secretario general de la AIT (Internacional anarcosindicalista) y de directora del periódico CNT, respectivamente, así como los

cargos de secretario de Coordinación y secretario de Organización del SI (retribuidos también) para dos de sus incondicionales.

26. Este dictamen fue redactado por una Ponencia integrada por tres conocidos militantes (G. Esgleas, M. Celma y V. Llansola) de la fracción «purista», que expresamente se habían propuesto para integrarla.

Dictamen sobre el 8.º Punto del Orden del Día:

1.º Se ratifica el Dictamen existente, de mayo de 1951, adoptado en el anterior Congreso de la CNT de Limoges (1960), y también ratificado por la rama hermana.

2.º Acogiéndonos a sus cláusulas y considerando que debemos prepararnos para que, ante toda eventualidad o contingencia, concertados estrechamente exilio e interior, podamos tener la situación en mano y actuar con cohesión y como fuerza determinante.

Sugerimos: Que se cree, a través del organismo idóneo, la SECCIÓN D-I.

Que de ella pueda formar parte un compañero del interior, si el interior así lo considera conveniente.

Los compañeros de esta Sección serán designados a través del organismo idóneo y podrán ser sustituidos por el mismo en lo que corresponde al exilio.

Esta Sección será mantenida secreta y deberá guardarse secreto sobre sus componentes, así como en lo que corresponde a su trabajo, del cual responderá ante el organismo idóneo.

La residencia de la Sección D-I quedará igualmente ignorada, no precisándose si se halla en el interior, en Francia, o en otro país de Europa, de África o de América.

La Sección D-I queda encargada de la selección de compañeros que se consideran aptos, seguros y adecuados a los objetivos idóneos.

Se recomienda a dicha Sección, sin limitar otras iniciativas concordantes:

a) La preparación de cuadros orgánicos con miras a ser utilizados y a ser situados en el interior, o allí donde se crea conveniente y lo reclamen las necesidades de la Organización; b) La preparación de cuadros de acción especializados en todos los aspectos combatientes y conspirativos; c) El establecimiento de bases de preparación y operacionales, en reserva en el exilio y en el interior, particularmente en Francia, Portugal, Marruecos, Inglaterra y otros lugares; d) La formación de cuadros de estudio y de preparación técnica, estratégica y táctica; e) La creación de un cuadro informativo y de infiltración idóneo, particularmente en los medios universitarios, estudiantiles, intelectuales, industriales, centros de trabajo en general, etc; f) La formación de un cuadro de propaganda apto, especializado en la propaganda oral, escrita, radiada y distribución, etc., con fines idóneos.

Para las misiones, cuadros, funciones y trabajos señalados podrá requerirse el concurso de todos los compañeros, jóvenes o veteranos, según sus aptitudes. Para reunir los medios indispensables al desarrollo de estas tareas, la Organización arbitrará la fórmula, ya sea por suscripciones o llamamientos,

que aumenten el volumen de fondos.

La ponencia considera que todo lo propuesto sólo puede ser viable si hay hombres abnegados dispuestos realmente a trabajar de acuerdo con las disposiciones orgánicas, capacitados para los objetivos idóneos, de buena disposición, de comprensión y de sentidos de responsabilidad individual y colectiva y si no faltan los medios.

Por la Ponencia: FL de Seysses, FL de Burdeos y FL de Ingre. [Siguen las firmas de los delegados]. Limoges, 2 de septiembre de 1961.

Adicional: Al objeto de reunir por lo menos 10 millones de fondos, aparte de lo que son ingresos normales, lo más pronto posible, sugerimos que quede abierta en todas las FFLL una suscripción especial al fin señalado.

Nota del SI: Compañero secretario: La condición reservada del presente Dictamen reclama de ti el cuidado de que el mismo no sufra extravío y esté debidamente guardado una vez informados los compañeros que representas en el área que te corresponde, sea éste FL y Nuclear.

27. La realización de este atentado contra Franco, decidido y preparada por la C de D de la época, fracasó al no poderse terminar los preparativos del mismo antes de la llegada del dictador a la ciudad de San Sebastián, en el verano de 1961.

28. La FAI había ratificado el Dictamen del D-I en todos sus apartados, adoptando teóricamente la misma línea que la CNT.

29. Es muy probable que los «ecos» de estos «acuerdos» hubiesen llegado ya a la policía franquista, por intermedio de sus «escuchas» en los medios confederales, en los que se discutía de todo demasiado abiertamente.

30. Además de estos tres periódicos confederales, también se había prohibido la edición y circulación del órgano del PSOE (El Socialista), aunque todos ellos volvieron a aparecer con otros nombres y como boletines internos.

III

1962. Reactualización de la lucha antifranquista

«Para la causa de la verdad y del bien seguirán todos encontrándonos en nuestro sitio, alertas, serenos y en forma, mientras continuamos abriendo más anchas perspectivas a nuestro progreso y desarrollo, que en 1962 experimentará un impulso decisivo.»

Franco, en su discurso de fin de año

Pese a que al terminar el año 1961 se puede decir que no había una empresa importante que no tuviera planteado un conflicto y una reclamación colectiva, Franco se permite afirmar que «se gobierna y se administra así no sólo para el pueblo sino con el pueblo». El cínico triunfalismo que siempre había caracterizado los discursos de Franco nunca había alcanzado tales proporciones. Parece como si Franco buscara provocar, con su arrogancia y su desprecio, la cólera popular para poner a prueba su capacidad de mando.

El hecho es que 1962 fue un año en que el descontento popular y la combatividad obrera pondrían esa capacidad de mando a dura prueba. Del mismo modo que también pondrían de manifiesto la incapacidad de la oposición y el exilio para aprovechar ese descontento y esa combatividad para provocar la caída de la Dictadura.

Para el anarquismo español, 1962 sería, a la vez, un año de euforia y de desengaño. Por una parte, la «resurrección» activista libertaria permitiría al MLE ocupar de nuevo un puesto de vanguardia en la lucha antifranquista, al mismo tiempo que daría a ésta una nueva dimensión subversiva. Por otra

parte, las secuelas de una «reunificación» no deseada por todos, con las inevitables luchas intestinas por el control de los comités confederales, abrirían el camino a una nueva división (no oficializada, pero prácticamente consumada) entre los libertarios españoles, que sería de catastróficas consecuencias para el prestigio y la eficacia del MLE en los años siguientes. Es probable que todos los sectores de la oposición antifranquista hayan pecado siempre de la misma inconsecuencia e imprevisión, y que los acontecimientos les hayan cogido por sorpresa, pero, frente a los acontecimientos que se produjeron a lo largo de 1962, la sorpresa mostraba algo más: la incapacidad de reacción auténticamente combativa.

En el seno del MLE se habían proseguido las gestiones para la constitución del D-I: «para que, ante toda eventualidad o contingencia, concertados estrechamente exilio e interior, podamos tener la situación en mano y actuar con cohesión y como fuerza determinante» (1). En este sentido puede afirmarse que en los medios libertarios, por lo menos en buena parte de la militancia exiliada y en los grupos juveniles del interior, la preocupación por prepararse y por constituir un instrumento de lucha eficaz era realmente sentida. Así se habían comenzado a constituir a finales de 1961 comisiones de recaudación de fondos para el D-I, a la vez que se reconstituían los llamados «grupos de defensa confederal» en la mayoría de las grandes federaciones locales del exilio.

La caída del Comité Nacional y el desmantelamiento de la estructura orgánica puesta en pie con tantas dificultades y esfuerzo el año anterior afirmaban, entre los partidarios de la posición activa, la convicción de la inutilidad de los esfuerzos reorganizativos en el interior, mientras el MLE no tuviera un instrumento de lucha realmente activo y eficaz. Por ello, en vez de desanimarse redoblaban los esfuerzos encaminados a constituir lo más rápidamente posible este instrumento.

La persistencia del malestar popular y la reactivación de los conflictos laborales mantenían vivo un clima de expectación y de optimismo hasta en los sectores más pasivos de la oposición.

Al comenzar el año, y sintiendo el viento, el sector social de la Iglesia tomó posición denunciando las desigualdades sociales: «El hecho es que la distribución de riquezas entre los grupos sociales introduce unas desigualdades y desniveles que no se conocen en casi ningún país de Europa», decía el obispo de Bilbao. «Junto a unos pocos que poseen miles de hectáreas de tierra, hay millares y millares que carecen de la más mínima propiedad», afirmaba el arzobispo de Sevilla.

Estimulados por estas declaraciones de la jerarquía, los militantes católicos obreristas desarrollaron una activa campaña a través del Boletín de la HOAC y la revista Juventud Obrera, que contribuyó a aumentar el descontento obrero y que provocó la suspensión de esta última publicación a finales de enero.

En febrero, mientras las tensiones obreras se van endureciendo al calor de cierto número de huelgas importantes (en la empresa siderúrgica Basconia, de Bilbao, en la empresa nacional Bazán, de Cartagena, en la empresa Auxiliar de Ferrocarriles de Beasáin, y en la empresa Carbones Verga, de Barcelona), el gobierno franquista iniciaba oficialmente sus gestiones para «examinar la eventual asociación» de España a la Comunidad Económica Europea.

Desde hacía más de un año las discusiones eran vivas y más o menos públicas, incluso en el seno del gobierno, entre los «europeos» y sus adversarios. Representados, los primeros, por Ullastres, ministro de Comercio, y, los segundos, particularmente por los falangistas y por cuantos temían el «contagio» con la Europa «liberal».

El triunfo de los partidarios de la «integración» en Europa, pese al inmovilismo natural del Régimen, fue posible gracias a las razones esencialmente económicas que acabaron por convencer a Franco del interés de esa eventual asociación, tanto en el terreno económico como en el político, pese a los riesgos de una obligada liberalización.

Más allá de las sinceras aprensiones de los «ultras» del franquismo, y de las no menos sinceras ilusiones de la oposición democrática, que afirmaba que las negociaciones «permitirán una transición normal, sin perturbación, de una situación autocrática a una situación política fundada sobre un Estado de derecho», la verdad es que el Régimen tenía mucho que ganar y poco que

perder en esta «asociación económica» con la Europa capitalista y democrática.

Sólo los anarquistas y algunos otros grupos tildados de «extremistas» denunciaban las nefastas consecuencias que se desprenderían, para la causa antifranquista, de esta «apertura europea» patrocinada por los tecnócratas del Opus Dei, que finalmente habían conseguido el visto bueno del Caudillo «de la cruzada antidemocrática». De ahí que, ante las favorables perspectivas que la solicitud de asociación abría para la continuidad de la Dictadura, los grupos de militantes libertarios más interesados en la puesta en marcha de los acuerdos de lucha del congreso del año anterior, particularmente la FIJL, presionarán al Secretariado Intercontinental para la inmediata constitución de la sección D-I.

Tras una serie de consultas y reuniones del llamado «organismo idóneo» (Comisión de Defensa), en el que la representación «específica» (FAI) y el secretario de coordinación representaban la corriente «esgleísta», fueron designados los siete compañeros que debían integrar y poner en marcha la sección D-I.

En principio, los integrantes del D-I no debían ser conocidos más que por los secretarios de las tres ramas y el secretario de coordinación de la CNT. Pero dada la situación interna del Movimiento (consecuencia de los precarios resultados de la «reunificación»), voluntaria o involuntariamente, esos nombres comenzaron a ser conocidos por la mayoría de la militancia: unos pensando que de esa manera (dada la personalidad de los compañeros designados) conseguirían afirmar la unidad interna y obtener una movilización masiva tras el D-I; otros para justificar las razones de su desconfianza ante la inclusión de tal o cual compañero (2).

Pese a todo, hay que reconocer que la designación del D-I en esas circunstancias no podía responder a otro criterio que el de la máxima representatividad militante con miras a consolidar la unidad interna del Movimiento. No sirviendo de gran cosa, a los veintitantos años de exilio, el criterio de eficacia «técnica». Por eso, en su mayoría, los compañeros nombrados representaban las tendencias más importantes en el seno del Movimiento, al mismo tiempo que por su historial revolucionario constituían

una sólida garantía para la seriedad de las tareas específicas que el D-I debía abordar.

Sin revelar secreto alguno diremos que el D-I quedó integrado3 por cuatro conocidos militantes exiliados en Europa, dos en América y uno en África. De esta manera el D-I adquiría una dimensión intercontinental. También diremos que la primera reunión del D-I, junto con el organismo idóneo, tuvo lugar a principios de marzo, con la presencia de la totalidad de sus miembros menos uno de los residentes en América, que había hecho llegar por escrito sus puntos de vista sobre la teoría general que debía presidir la acción de dicha sección conspirativa.

En esta reunión fueron estudiadas con toda amplitud las situaciones particulares del Movimiento libertario en el exilio y en el interior, así como el contexto político español e internacional en el que los acuerdos de lucha antifranquista debían ser aplicados. Por unanimidad, se aprobó la exposición estratégica enviada por escrito por el delegado ausente, en la que se puntualizaban las líneas directrices de una acción conspirativa consecuente con los objetivos libertarios, definidos por el Congreso de la CNT del año anterior, y con las realidades políticas y sociales del momento.

1.º Considerando que, pese al problema de conciencia que el franquismo sigue representando para ciertos Estados «democráticos» o «socialistas», el régimen franquista ha incontestablemente conseguido un reconocimiento internacional que descarta toda posibilidad de cambio por presión exterior.

2.º Considerando que el franquismo no cuenta con base popular alguna y que la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora se había puesto de manifiesto a través de los sucesivos movimientos huelguísticos, secundados por una gran parte de la juventud.

3.º Considerando que la Iglesia, que es uno de los puntales del Régimen, se encuentra en una postura incómoda y contradictoria, después del «aggiornamiento» vaticanista, y que, por lo mismo, se la puede hacer bascular hacia una posición de oposición.

4.º Considerando que el MLE, dada su posición revolucionaria antiestatista, no puede contar más que con sus propias fuerzas y el reducido concurso del movimiento anarquista internacional.

5.º Considerado, finalmente, que sólo siendo capaces de radicalizar las protestas populares y las luchas obreras se podrá poner al Régimen en serios aprietos, tanto en el interior del país como en el plano internacional, al obligarle a mostrar más descaradamente su faz dictatorial.

El D-I debe, en consecuencia, servir de instrumento dinamizador de esta radicalización, a la vez que paralelamente debe organizar un respaldo y solidaridad activa para hacer frente a los desmanes represivos del Régimen. En otras palabras, su misión debe consistir en hacer del «problema español» un problema de permanente actualidad y de repercusiones internacionales, que obligue a todos a tomar nuevamente partido y a buscar otra solución que la del statu quo, que sólo favorece la continuidad de la Dictadura. Además, también debe servir para facilitar el refortalecimiento de la influencia libertaria y de todas las corrientes revolucionarias no alineadas a la política de Moscú (4).

En reuniones posteriores, y sin pérdida de tiempo, el D-I comenzó a estructurarse en función de los planteamientos incluidos en el Dictamen que había determinado su constitución y en función de las posibilidades humanas y materiales que el Movimiento podía ofrecerle.

Mientras tanto, en España, durante el mes de marzo y en un ambiente de relativa tensión, tuvo lugar el Congreso Sindical en el que la intervención de la «vieja guardia» falangista —encabezada por Fernández Cuesta— y el temor de Solís a perder el control de la organización sindical impidieron toda clase de reformas. El secretario general, Jiménez Torres, que pretendía cambiar su estructura aumentando la representatividad obrera, se vio obligado a dimitir. El endurecimiento falangista obedecía al temor a perder el último instrumento de presión sobre el Estado del que aún disponía la Falange.

A principios del mes de abril, con motivo de un partido de fútbol, se produjeron serios desórdenes públicos en Canarias, tras la distribución de numerosas octavillas por una organización separatista. En Madrid y Barcelona,

la tensión universitaria aumentó a causa de la aprobación de la Universidad del Opus Dei en Navarra como universidad de la Iglesia y su reconocimiento oficial por el Estado. Se produjeron manifestaciones y huelgas, y se efectuó gran número de detenciones.

En el exterior, en París, se celebró la Primera Conferencia de Organizaciones Juveniles de la Oposición Democrática, organizada por el Movimiento Español 59, fuertemente infiltrado por los comunistas desde su creación en 1959 en la ciudad de México. El 13 de abril, en Roma, se abrió la Conferencia Internacional por la Libertad del Pueblo Español, con la presencia de destacadas personalidades de todo el mundo. Pese a la participación y adhesión de organizaciones socialistas, republicanas y libertarias del exilio, la Conferencia resultó notoriamente marcada por las consignas comunistas que, como en la de París, sólo tenían por objetivo acreditar la imagen de un PCE líder de la oposición antifranquista.

La primavera de 1962 se caracterizó por el recrudecimiento de los movimientos huelguísticos en todas las cuencas mineras. Entre el 6 de abril, fecha en que los mineros de fondo del pozo La Nicolasa de Mieres se declaran en huelga en solidaridad con siete picadores que habían sido despedidos, hasta el 6 de junio, en que las huelgas que afectaron durante dos meses a cuatro grandes provincias llegaron totalmente a su fin, España vivió un periodo de intensa agitación política y social que, traspasando las fronteras, sensibilizó a la opinión antifascista internacional. En pocas ocasiones se había seguido en el extranjero con tanta expectación los conflictos sociales en la Península. Sólo con ocasión de los movimientos huelguísticos de agosto de este mismo año y de julio de 1963, en Asturias nuevamente, las manifestaciones de solidaridad exterior llegarían a alcanzar parecida importancia, aunque ya no volverían a despertar la misma curiosidad e interés. Una serie de coincidencias y el hecho de ser la primera vez que las huelgas adquirían tal extensión y duración, a la vez que una relativa coordinación, dieron a los movimientos reivindicativos una dimensión política sin precedentes; lamentablemente, la oposición antifranquista no supo, una vez más, explotarlas consecuentemente para poner al Régimen en seria dificultad.

Sin entrar aquí en los detalles ni en el desarrollo cronológico de los paros, manifestaciones, vueltas al trabajo, acciones de solidaridad y las consiguientes brutalidades represivas de la fuerza pública, que se encuentra amplia y documentadamente narrado en el libro España hoy (5), es necesario subrayar la gran importancia de este movimiento que, en determinados momentos, llegó a alcanzar la cifra de 70.000 mineros en huelga.

Entre las «coincidencias» que facilitaron la generalización del movimiento a todas las cuencas mineras, nos parece importante destacar, como algunos lo hicieron en la época, el interés de los medios patronales por obtener del Estado fuertes subvenciones para las empresas consideradas deficitarias, en «esta rama industrial española que tiene una serie de problemas característicos, de los que los más importantes son la baja calidad y el alto coste de producción, debido a la estrechez y dislocación de las capas que impiden la utilización de máquinas de extracción de gran potencia»6. El aumento de salarios coincidió, a finales de mayo, con una substancial elevación del precio de la tonelada de carbón y así los sucesivos conflictos, derivados de la no aplicación de los convenios colectivos por parte de los patronos, pondrían en evidencia su interés por agudizar la llamada «crisis del carbón»7, a fin de obtener subvenciones para la modernización y racionalización de dicha industria, de clásica estructura «capitalista-familiar». El Estado, por su parte, dejó hacer al principio, tanto porque no podía imponer a la patronal minera el respeto de los convenios laborales como porque no le convenía reprimir con la brutalidad de antes a la clase trabajadora, en los momentos en que la España franquista solicitaba la apertura de negociaciones para su entrada en el Mercado Común.

Otro hecho que merece ser destacado, para comprender la rápida extensión y larga duración de este movimiento, es la intensa actividad desarrollada en pro de los huelguistas por las organizaciones católicas de base obrera, HOAC y JOC, y por la mayoría de los sacerdotes de las cuencas mineras. No sólo muchas reuniones de huelguistas tuvieron lugar en los locales de dichas organizaciones, sino que inclusive, siguiendo instrucciones de los obispos, en varias diócesis se dijeron misas en favor de los huelguistas. Pero, pese a que en

todo momento la alta jerarquía eclesiástica se mantuvo al lado del gobierno y del orden, resultaba evidente que:

> La independencia de que han dado prueba algunos prelados y el apoyo que los católicos prestaron a los huelguistas durante las huelgas de mayo pasado, no se deben, es casi seguro, a presiones del Vaticano, sino a la estimación del peligro que corre la Iglesia de ser identificada por completo con un régimen impopular que morirá más tarde, o más temprano, al temor de que aumente la fuerza del comunismo y a la influencia de los jóvenes sacerdotes que se dan perfecta cuenta de la descristianización de la clase obrera española y de las desafortunadas consecuencias de la intervención de la Iglesia en materia política. (Mr. Gilmour en el Sunday Times del 25-4-1962)

Igualmente hay que destacar la movilización de todos los grupos de la oposición, tanto en el interior como en el exterior del país, en solidaridad con los huelguistas. Puede decirse que ni un solo antifranquista dejó de sentirse concernido y de prestar su óbolo en las numerosas colectas que por todas partes se organizaron en favor de los huelguistas, a lo largo de esos dos meses de lucha obrera. Desde el Partido Comunista hasta las más ínfimas formaciones antifranquistas, pasando por los estudiantes e intelectuales8, nadie quiso o pudo permanecer indiferente ante el extraordinario ejemplo de combatividad de la clase trabajadora española. En este sentido, fueron particularmente eficaces las intervenciones de las sindicales obreras clásicas, a través de la Alianza Sindical CNT-UGT-STV, para conseguir declaraciones de apoyo moral y ayuda material de las Internacionales Sindicales Libres (CIOLS y CISC) aunque, salvo en contados casos, las medidas de boicot preconizadas contra mercancías y barcos procedentes de España no llegaron a ser aplicadas.

Las organizaciones exiliadas vivieron momentos de euforia y de sincera agitación. Manifestaciones, mítines, octavillas y toda clase de actividades propagandísticas fueron puestos al servicio de ese inigualado impulso de solidaridad despertado por la resistencia y el espíritu de lucha de los mineros en huelga. Y bien que sin atribuirse el mérito, cada formación se esforzó por

llevar el agua a su molino, resaltando sus particulares acciones en pro de la huelga o explotándolas como fundamento de sus respectivas tesis políticas. Así, la celebre «manifestación silenciosa de mujeres» en la Puerta del Sol (Madrid), en solidaridad con los huelguistas y en favor de la amnistía, y en la cual fueron detenidas unas 70 mujeres, entre ellas las esposas de conocidos intelectuales comunistas:

> Las mujeres que ayer desfilaban por Madrid, llevando a sus hijos con ellas para enseñarles a ser hombres, han abierto una página imborrable en los anales de la lucha por la libertad y la dignidad de España. (Alocución de Dolores Ibárruri por Radio España Independiente)

En Barcelona y Madrid, los estudiantes comenzaron a manifestar su descontento y su solidaridad con el movimiento huelguístico a los gritos de:

> «¡Opus, no; mineros, sí!». Con ello se ponía de relieve la creciente influencia opusdeísta en el interior del gobierno franquista y la repulsa popular por la línea política adoptada por los miembros de la «Obra».

La reacción gubernamental, que al principio se había limitado a decretar el estado de excepción en las provincias de Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa (4 de mayo), y a proceder a algunas detenciones, se hizo cada vez más violenta a medida que las manifestaciones de solidaridad y las huelgas se extendían a otras regiones, acentuándose de esta manera la politización del movimiento reivindicativo. En algunos lugares, la brutal intervención de la fuerza pública transformó pacíficas manifestaciones de sostén a los huelguistas en violentos enfrentamientos y manifestaciones de franco repudio del Régimen. No es de extrañar, pues, que a medida que pasaban los días y la lucha se endurecía, comenzaran a circular las consignas de huelga general y los llamamientos «al pueblo español» para que se opusiera «a la tiranía por la resistencia cívica» (manifiesto de ARDE) o para apoyar «a los millares de obreros y campesinos en su protesta masiva para conseguir el restablecimiento de un gobierno

democrático que garantice el derecho de huelga, la libertad de información y la constitución de sindicatos libres» (FLP).

Como decía *Le Figaro* del 24 de mayo:

> En menos de veinticuatro horas, es decir, más rápidamente de lo que pensaban los observadores madrileños, lo que desde hace seis semanas no era más que un vasto movimiento reivindicativo de la población obrera se transformó en un trampolín a partir del cual todos los partidos y movimientos de oposición al régimen del general Franco reclamaban una revisión en un sentido democrático de las estructuras nacionales.

Aunque, efectivamente, como lo precisaba claramente el corresponsal de la agencia France Presse, en un despacho enviado desde Madrid, el 27 de mayo:

> El gobierno español parece mostrar menos preocupación por la amplitud del movimiento reivindicativo que por los efectos políticos que éste producirá a más o menos largo plazo. Este es el caso, por ejemplo, del clima reinante en Barcelona, donde la politización de la crisis proviene, según diversas fuentes, más de los obreros que de los partidos y movimientos de oposición por más que éstos hayan prodigado últimamente sus manifiestos llamando a la unión contra el Régimen. A la luz de los informes de los gobernadores civiles y de las asociaciones obreras católicas, unánimes en este punto, el gobierno sabe que en las provincias del norte las huelgas han tenido un carácter perfectamente espontáneo. Según algunos observadores el espectro del comunismo, agitado por Franco, cuyo papel según ellos no ha sido muy grande, no obedece sino a una actitud de coherencia con las tesis sustentadas por él a lo largo de 25 años de poder.

A principios de junio, cuando la casi totalidad de los obreros en huelga había reemprendido el trabajo, y cuando las listas de los despedidos, deportados y

detenidos fueron siendo conocidas, la Dirección General de Seguridad publicó la siguiente nota:

> Las características y circunstancias de los pasados desórdenes laborales, seguidas de actividades de carácter político contrarias al orden público, dieron lugar a investigaciones, descubriéndose que procedían de consignas emanadas de organizaciones comunistas, a través de un llamado Frente de Liberación Popular, algunos de cuyos dirigentes han sido detenidos en distintas localidades, ocupándoseles multicopistas, clichés y diverso material de propaganda, en los que se excitaba al país a perturbar la paz de la vida pública. Los detenidos pasaron a disposición de las autoridades competentes. Se han frustrado una serie de actos de violencia que tenía preparados aquella organización, aunque llegó a producirse el pasado día 5 la explosión de un pequeño artefacto en el Vicariato General Castrense y de otros dos en la madrugada de hoy ante una entidad bancaria de la calle de Alcalá, también en Madrid, sin que en ningún caso se produjeran desgracias personales. (*ABC*, del 10 de junio de 1962)

La represión contra la clase trabajadora tenía que encontrar su justificación política. Y si bien las autoridades presentaban al FLP como el instigador de los «desórdenes laborales», la verdad es que las medidas represivas — aplicadas con un celo particular por la Brigada Social en Madrid, Barcelona y el País Vasco— iban dirigidas contra todos los grupos de la oposición que se habían movilizado con vistas a la politización del movimiento. Se trataba, por parte del gobierno, de aprovechar la ocasión para desarticular los cuadros clandestinos que, llevados por el impulso propagandístico y solidario, se habían manifestado demasiado públicamente y, al mismo tiempo, acreditar la idea del «complot internacional». Aunque, como siempre, la represión tenía por principal objetivo atemorizar e impedir que la combatividad obrera continuara manifestándose. Por ello, a las huelgas siguieron, en muchos sitios, además de numerosos despidos —de los obreros que más se habían destacado

en los recientes conflictos—, lock-outs gubernativos en diferentes empresas, a los primeros síntomas de nueva agitación obrera en solidaridad con los trabajadores despedidos, detenidos o desterrados.

Invitados por el Consejo Federal del Movimiento Europeo, que debía celebrar en los días 7 y 8 de junio su IV Congreso, se reunieron en la ciudad de Múnich, dos días antes, 118 delegados españoles procedentes de España9 o residentes en el destierro, a los que se les había cursado, según se afirmó, una invitación de carácter personal.

Después de vencer ciertas incidencias de forma («Gil Robles se negó con toda energía a discutir conjuntamente y redactar un documento único con los españoles provenientes del exilio, sosteniendo que eran los españoles del interior los que trazaban el pensamiento político de quienes quieren una evolución pacífica en España, y que los elementos del exilio podrían, si lo creían conveniente, adherirse a esas bases»), y tras haberse dividido en dos comisiones, a propuesta del secretario Van Schendel (la primera presidida por Gil Robles y la segunda por Madariaga), se llegó a la aprobación del texto común que el día 8 debía ser sometido a la Asamblea General del Movimiento Europeo10. Este texto, que fue aprobado por unanimidad, quedó como moción del Congreso sobre el caso español.

Salvador de Madariaga, hablando en nombre de los delegados residentes en el exilio, entre otras cosas picantes dijo:

> Aquí estamos todos menos los totalitarios de ambos lados; y mi amigo Gil Robles que hablará después lo hará no sólo por los suyos sino por todos los que de ella han venido y por nosotros los de fuera también.

Por su parte, Gil Robles no perdió la ocasión para reafirmar la parte fundamental de la resolución que más le interesaba:

> Creo que habrán comprendido que no se trata de pedir a nuestros amigos del Movimiento Europeo que resuelvan los problemas que afectan exclusivamente a España y que, por lo tanto, nos corresponde únicamente a los españoles resolverlos. [...] Por esta razón, precisamente, españoles de diversas tendencias hemos venido aquí para condenar toda violencia y para proclamar el ideal de una política que asegure la paz, con libertad y justicia.

Aparte de las candorosas ilusiones que algunos viejos líderes exiliados (los Madariaga, Llopis, etc.) se habían hecho nuevamente sobre los buenos propósitos de los demócratas europeos, de lo que se trataba en Múnich era de afirmar (al mismo tiempo que se renovaban ciertas esperanzas) «la renuncia a toda violencia activa o pasiva antes, durante y después del proceso evolutivo». Gil Robles sabía lo que decía y lo que buscaba; no en balde había comunicado «por conducto notarial, y con acuse de recibo», al gobierno español («para que se sirva informar a S.E. el Jefe del Estado») su decisión de asistir al Congreso de Múnich. En dicha comunicación, al igual que en la moción que hizo aceptar por todos en Múnich, no habla de combatir la dictadura ni de socialismo; sólo pide orden y evolución que evite la revolución. A tenor de las declaraciones, y del historial político de cada uno de los asistentes españoles al coloquio, indudablemente fue Gil Robles el más consecuente, además de ser el que en definitiva marcó la pauta.

Pese a ello, y pese a que todo el mundo, en España y en el exilio, comprendió en seguida la inocuidad de la resolución y los verdaderos objetivos del Coloquio «secreto» —que un distinguido republicano español, Claudio Sánchez-Albornoz (11), presidente del gobierno de la República española en el exilio, calificará de «Múnich de la Dignidad» que debía «permitir lavar el baldón de la ignominia del Múnich del Deshonor» que, en 1938, preparó el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial—, la prensa española desató durante varios días una furibunda y sarcástica campaña contra lo que calificaron de «contubernio político de españoles disidentes en Múnich» o «Múnich: nuevo abrazo de Vergara».

Como epílogo de esta campaña de prensa la policía española fue comunicando, a su regreso a España, a cada uno de los «invitados» del Movimiento Europeo la orden de escoger entre el exilio o el confinamiento en Canarias. Así fueron conociéndose los nombres de estos «invitados» y las fuerzas políticas que representaban. Poco a poco, tal representatividad (12) fue esfumándose ante la reacción gubernamental.

Aparte de Llopis, que representaba oficialmente al Partido Socialista, y alguna otra individualidad representativa de grupúsculos políticos de la «oposición tolerada» del interior (Dionisio Ridruejo, entre otros) o de las viejas glorias republicanas del exilio (Salvador Madariaga, etc.), los restantes invitados no se representaban más que a sí mismos. Hasta el propio Frente de Liberación Popular, que al principio había sido citado por las crónicas de los periodistas como una de las fuerzas representativas de las nuevas generaciones presentes en dicho coloquio, declaró ser «totalmente ajeno a dicha reunión» y la denunció con palabras que no se prestaban a ninguna confusión:

> En contraste con los movimientos huelguísticos, el pueblo no estuvo presente en Munich. La reunión de Múnich, objetivamente, representa un intento de buscar al régimen del general Franco una salida de tipo evolutivo, que garantice, en definitiva, a las clases dominantes el tranquilo disfrute del poder económico, oponiendo esta «solución» a la necesidad revolucionaria del pueblo que reclama para sí la totalidad del poder económico y político, con la implantación de una democracia real. El FLP no busca la violencia por la violencia, pero declara firmemente que, mientras el pueblo español sufra la violencia es una traición la renuncia anticipada a la violencia que libera frente a la violencia que oprime.

En cambio, el Partido Comunista, que ostensiblemente había sido dejado de lado en Múnich, no tuvo ningún escrúpulo en afirmar:

> La importancia de las cinco condiciones elaboradas por la reunión de Múnich desborda con mucho la cuestión de la asociación o no asociación de España a la organización monopolista europea. [...] Frente a la dictadura franquista, el Partido Comunista afirma su coincidencia con estas cinco condiciones, que podrían constituir la base fundamental para un acuerdo político de las fuerzas de la oposición, de derecha y de izquierda (13).

En los momentos en que el pueblo había comenzado a perder el miedo y a dar pruebas de una combatividad ejemplar, todas las fuerzas que representaban a la «burguesía liberal» o, como los comunistas, que buscaban aliarse a ella, se ofrecían por sorpresa «para garantizar la paz civil de los españoles mediante el acuerdo de la convivencia» (Ridruejo), y «la condenación preliminar de toda violencia» (Gil Robles). Como si la violencia no existiera ya en España, como una realidad cotidiana insoslayable, bajo el régimen franquista:

> Él es el que la impone. No podemos pues renunciar a ella, sobre todo en una perspectiva revolucionaria. En España reina una mistificación bien cuidada: combatir al Régimen es poner en marcha el sistema fatal de la guerra civil. Mas esta guerra no cesa desde hace veintiséis años. Todos los días se detiene, se deporta, se tortura, a veces se mata (14).

Contrariamente a lo que afirmaba la prensa franquista («la heterogénea reunión de comunistas, monárquicos, demócratas-cristianos, anarquistas y separatistas pretendía que el Movimiento Europeo se opusiera al ingreso de España en el Mercado Común»), los anarquistas no sólo no habían estado presentes en Múnich sino que, por el contrario, al condenar la violencia «antes, durante y después del proceso evolutivo», los asambleístas de Múnich pensaban en los anarquistas. Los Llopis, los Maldonado, los Ridruejo, etc., sabían que la CNT había adoptado, al mismo tiempo que su participación en la Alianza Sindical, acuerdos de lucha concretos, en los que el recurso a la violencia no sólo no estaba excluido sino que se afirmaba como el único medio eficaz para combatir la Dictadura. Sabían, además, que el MLE se estaba

preparando para aplicar dichos acuerdos, y que habían sido nombrados, para ponerse al frente del D-I, militantes de probado historial revolucionario.

A principios del mes de mayo, el D-I había enviado en «misión delega da» a uno de sus miembros a Marruecos y a Portugal. Se trataba de explorar «más oficialmente, y concretizar si ello era posible», ciertos ofrecimientos marroquíes con vistas a la instalación de una emisora «clandestina» en las cercanías de Tánger (15), y de establecer contactos más regulares y estrechos con los medios activos de la oposición portuguesa, particularmente con los afectos a la posición combativa del general Delgado (16).

En lo que concierne a los ofrecimientos marroquíes, tras una serie de conversaciones con diferentes personalidades oficiales que culminaron con una entrevista con el jefe del gabinete real, esta «misión» no obtuvo más que promesas, tanto para el reconocimiento del derecho de asilo para los perseguidos por el régimen franquista que eventualmente pudieran llegar a Marruecos, como para la posibilidad de «tolerar» la instalación de la emisora clandestina, que «quedaba en estudio».

En lo que respecta a los contactos con la oposición a la dictadura salazarista, los resultados fueron positivos y prometedores, por la coincidencia en la oposición violenta a las respectivas dictaduras y por su decisión de coordinar en el futuro las acciones contra las mismas.

A finales del mes de mayo, en reunión plenaria (17), el D-I decidió iniciar las acciones de hostigamiento contra el régimen franquista. Esta decisión fue explicada meses más tarde por un miembro del D-I, en una reunión de militantes exiliados en Francia, como sigue:

> Considerando que la situación en España así lo requería, y que la evolución exterior del problema español podía acelerarse favorablemente radicalizando la lucha contra el Régimen. [...] Para ello, en la primera fase se debía hacer sentir la presencia de una Resistencia activa, dispuesta a ir pasando progresivamente de la palabra a los hechos. [...] Con estas acciones se quiere llegar a diversos objetivos, todos concurrentes a la vigorización de la lucha:

1.º Para dar al descontento popular una expresión más combativa.

2.º Para respaldar las luchas obreras con una solidaridad más activa y para hacer frente a la impunidad represiva del Régimen.

3.º Para atizar las divergencias entre el «sector liberal» y el «sector integrista» del Régimen, opuestos fundamentalmente en torno a la política represiva.

4.º Para desenmascarar la política de doble juego de la Iglesia que, pese a las actitudes de algunos clérigos en pro de los huelguistas, sigue siendo uno de los puntales del Régimen. Sin olvidar que la presión activa sobre ella puede ser de una gran eficacia para frenar la represión, al obligarla a intervenir en los casos de brutalidad extrema de los sicarios de la Dictadura, cuyos desmanes no puede actualmente justificar y encubrir como antes. Con la puesta en marcha de esta actuación se quiere, al mismo tiempo, afirmar y radicalizar la posición aliancista y de frente antifranquista que ha aprobado el Movimiento. [...] El objetivo supremo es: intensificar y actualizar la lucha contra la dictadura fascista de Franco y obligar a todas las fuerzas políticas, tanto en España como en el extranjero, a definirse en consecuencia. Estamos en una encrucijada: los de la «vía pacífica» sólo buscan prolongar la situación que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial ha favorecido la continuidad del régimen franquista. Nosotros debemos intentar cambiar los términos del problema para hacer posible una solución favorable a la causa del antifascismo. Para ello sólo hay un camino: crear una situación verdaderamente subversiva (18).

Apagados los ecos de los últimos movimientos huelguísticos y en plena represión, la prensa internacional volvió a ocuparse de España y de las acciones de oposición al Régimen.

Habían transcurrido algo más de dos años desde las bombas puestas por un comando del DRIL, en marzo de 1960, y de nuevo la protesta antifranquista se manifestó violentamente.

El 5, el 7 y el 12 de junio, en Madrid, «hicieron explosión artefactos colocados en el antiguo edificio de la Nunciatura, hoy Vicariato General Castrense, en el Banco Popular de la calle de Alcalá y en el Instituto Nacional de Previsión, causando ésta última la muerte de Manuel Eleuterio Lláñez, quien, ignorando su contenido, había robado el paquete explosivo de una ventana de dicho Instituto» (*ABC*).

El 29 y el 30 de junio, en Barcelona, «estallaron artefactos en la Residencia de Monterolas y en las oficinas del Instituto Nacional de Previsión, así como otro que fue lanzado a un jardín en la residencia de Falange Española, en la plaza de Lesseps» (*ABC*).

El 14 de julio, en Roma, «la rudimentaria bomba de plástico provista de un sistema de relojería que ha estallado el sábado por la noche en San Pedro [...] ha causado, parece, más emoción en el mundo que en Roma misma. Fuera de aquí se ha pensado, a priori, en un atentado meticulosamente preparado. Aquí, dadas las circunstancias, no se quiere ver más que el gesto de un desequilibrado» (*Le Monde*). «Es posible que anarquistas españoles y no un demente, como se creyó en un principio, hayan sido los responsables de la explosión de una bomba, ocurrida el 14 de julio en la Basílica de San Pedro, se dijo hoy en círculos informados. La fuente reveló que una persona colocó la bomba en la base del monumento al Papa Clemente XII, dejando una nota que fue hallada por los gendarmes del Vaticano» (El Universal).

El 15 de julio, en Valencia, «una bomba hizo explosión en el umbral de las Casas Consistoriales» (*ABC*).

El 20 de julio, «una carga explosiva estalló ayer, a las cuatro de la mañana, en pleno centro de Barcelona y sembró el pánico entre los transeúntes, aunque sin causar víctimas. La policía pudo establecer que se trataba de un cartucho de los que se utilizan para señales en alta mar. Al parecer, había sido robado de un barco inglés y arrojado desde un automóvil en la Plaza del Teatro. Por otra parte, una hoja mimeografiada fue enviada a ciertos representantes de la prensa extranjera en Madrid, con el sello de “Defensa Interior”, indica que la bomba que estalló el domingo pasado en Valencia había sido arrojada desde el balcón principal del edificio del ayuntamiento, el mismo desde el cual el

general Franco habló recientemente. La hoja decía: “Te seguimos los pasos...” y terminaba con estos lemas: “Abajo Franco, el Opus Dei, la Falange y el fascismo. Viva España Libertaria”» (El Universal).

El 23 de julio, «un acto de sabotaje atribuido a la CNT, central sindical clandestina de tendencia anarcosindicalista, tuvo lugar anoche en la región catalana. Tres cargas de explosivos estallaron al lado de otros tantos postes eléctricos, interrumpiendo la corriente entre las ciudades industriales de Manresa y Sabadell, próximas a Barcelona» (La República).

El 8 de agosto, la prensa española anunciaba:

> Establecidos por unidades de la Guardia Civil de la 231ª Comandancia de Manresa los oportunos servicios de vigilancia, se ha llegado a la detención de uno de los individuos que intervino en la colocación de los petardos que hicieron posible la voladura de aquellas instalaciones eléctricas. (La Vanguardia)

El 12 de agosto, «una bomba ha explotado cerca del Escorial, en el mausoleo de los muertos de la Guerra Civil o Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. La bomba explotó detrás del altar, poco después del fin de la misa» (La Dépêche). «En una nota mimeografiada, recibida en las agencias de prensa de Madrid, se reivindica el atentado contra la Basílica del Valle de los Caídos, en nombre de un Comité de Defensa Interior. La nota termina con una amenaza: Franco: ni en tu tumba te dejaremos descansar tranquilo» (Últimas Noticias).

El 19 de agosto, en San Sebastián, «se sabe que una bomba ha explotado en un jardín situado a poca distancia de la residencia de verano del general Franco. El jefe del Estado estaba ausente, pero la señora Franco estaba ya instalada en ese palacio. [...] Sin embargo, no se puede considerar como un atentado contra el general Franco la explosión de una bomba a cierta distancia de su palacio de veraneo» (La Dépêche).

El mismo 19 de agosto, «han explotado petardos en las redacciones de los periódicos madrileños Ya y Pueblo, así como en el edificio del diario La Vanguardia de Barcelona» (*ABC*). «Así, en menos de 48 horas cuatro bombas

han explotado en España: una cerca de la residencia del jefe del Estado, en San Sebastián, las otras tres delante de los edificios de periódicos de tendencias tan diferentes como el católico Ya y el sindicalista Pueblo, en Madrid, y el periódico de gran información La Vanguardia, en Barcelona» (*L'Indépendant*).

El 19 de octubre, la prensa española daba a conocer una nota de la Jefatura Superior de Policía en la que se anunciaba: «Como resultado de laboriosas gestiones llevadas a cabo con incansable actividad por funcionarios de la Brigada de Investigación Social han sido detenidos y puestos a disposición de la autoridad competente los sujetos Jorge Conill Valls, Marcelino Jiménez Cubas y Antonio Mur Peirón, autores materiales de la colocación de artefactos que hicieron explosión en la madrugada del día 30 de junio último».

El 22 de octubre, *ABC* publicaba una declaración del nuevo ministro de Información, Fraga Iribarne: «En un plazo de unas horas se dará una amplia información a la Prensa para que conozca el alcance de estos episodios. La red descubierta es muy reducida, pero se ha cogido todo el engranaje, y los autores tendrán que comparecer ante un consejo de guerra, con lo cual quedará totalmente resuelta la cuestión».

El 23 de agosto, como lo había prometido el flamante ministro de Información, toda la prensa española publicó en primera página una «amplia información» para anunciar y justificar la oleada de detenciones con las que la policía franquista pretendía haber «desmantelado la organización terrorista»:

Utilizando todos sus medios de agitación, la organización clandestina del Partido Comunista, ayudada fuertemente desde el exterior, ha planeado y realizado, a lo largo de la primavera y el verano, actos de terrorismo que tenían como objetivos esenciales quebrantar la moral pública, frenar el creciente desarrollo de nuestra economía y debilitar el prestigio de nuestro país en el exterior a fin de retraer el turismo y la colaboración y las inversiones de capital extranjero. [...] El plan de los comunistas consistía en la aparición en la lucha clandestina de diversas organizaciones, al parecer contradictorias, pero influidas por ellos: así el llamado Frente de Liberación Popular. Enlazaron también con los grupos separatistas vasco y catalán... Desde el mes de diciembre de 1961, estos grupos celebraron reuniones, a las que asistieron

individuos de distintas nacionalidades y anarquistas españoles exiliados en Francia, entre ellos Jacinto Guerrero Lucas y Fermín Pérez Ramírez19. La campaña de terrorismo fue proyectada sobre templos, institutos religiosos, oficinas de la Administración pública y otros organismos, con el propósito de producir alarma en todo el país. Los individuos designados para realizar atentados recibían instrucciones en la escuela terrorista de Toulouse, rue Point 40, donde les fueron facilitados explosivos, medios económicos y cuantos elementos necesitaban para la ejecución de sus criminales propósitos. [...] El plan terrorista ha sido descubierto por la policía después de una tenaz e inteligente investigación. Sus organizadores y autores han sido identificados y detenidos. Julio Moreno Viedma, que realizaba frecuentes viajes a Francia, detenido en Madrid, confesó su participación en los actos terroristas y facilitó datos sustanciales sobre su organización y realización. [...] Toda la organización terrorista ha sido puesta al descubierto con la detención de dos enlaces femeninos: Yvette Marthe Henriette Parent, francesa, y Francisca Román Aguilera, española. [...] Se hacen públicos estos datos para que la sociedad española sepa que está firmemente defendida, en su paz y en su trabajo, por los vigilantes del orden público. (*ABC*)

La prensa española, que había sido tan parca para informar sobre las explosiones (20), desencadenó —al igual como lo había hecho en ocasión del movimiento huelguístico de abril y mayo— una nueva campaña de insidias contra los «tradicionales enemigos de la patria», buscando, de otra parte, provocar la intervención de las autoridades francesas al resucitar la fábula de la «escuela de terrorismo» de Toulouse.

Lo que sí estaba claro era la necesidad y el interés de los voceros franquistas de justificar de cara al exterior la ola represiva que, desde el mes de mayo, se había extendido por todo el país; y como además no habían encontrado otro eslogan más rentable que el de su tradicional caballo de batalla del anticomunismo, insistían, una vez más, en presentar toda la acción antifranquista como obra del comunismo.

El 10 de junio, la prensa española había publicado un comunicado de la Dirección General de Seguridad por el que se anunciaba la detención de «algunos dirigentes del FLP en distintas localidades», a los que se acusaba

entre otras cosas de las explosiones ocurridas aquellos días en Madrid. Tres meses más tarde, la misma Dirección General de Seguridad no tenía ningún reparo en acusar a los jóvenes libertarios de todas las acciones violentas ocurridas «a lo largo de la primavera y el verano». Incluidas, claro está, aquellas que antes había cargado a la cuenta del FLP. ¿Qué podía importar tamaña contradicción? Lo que interesaba al Régimen era poder repetir por la prensa, radio y televisión, «que la sociedad española sepa que está firmemente defendida». Dado que la FIJL propiciaba la acción violenta y algunas de las explosiones habían sido reivindicadas por el MLE, los jóvenes libertarios resultaban las víctimas propiciatorias ideales. Pese a las evidentes contradicciones —como burdamente resaltaba de la comparación de los diferentes comunicados de prensa de la policía (21)—, pese a las declaraciones de la mayoría de los detenidos, negando haber participado en dichas acciones, y pese a la falta de pruebas materiales de la culpabilidad de los encartados que, por el contrario, sólo corroboraban su filiación libertaria, las acusaciones fueron mantenidas y se prepararon una serie de consejos de guerra.

Reaccionando como le era consustancial cada vez que la situación interna se volvía explosiva, el Régimen se dispuso a hacer frente a la situación endureciendo y extendiendo la represión. Así, al centenar de detenidos del FLP, a los que hacía mención la nota de la Dirección General de Seguridad del 10 de junio, se sumaron, el 14 de ese mismo mes, un grupo de comunistas detenidos en Vizcaya, acusados también de «actividades subversivas y de participar en acciones cuyo propósito era cambiar por la violencia el régimen legal establecido en el país». Entre ellos se encontraba Ramón Ormazábal, «miembro del Comité Central del Partido Comunista de España» (según él mismo afirmó en declaración escrita «al tercer día de su detención»), el poeta Vidal de Nicolás, el crítico de arte Antonio Pericás y el pintor Agustín Ibarrola. A raíz de estas detenciones, el PCE puso en marcha una campaña internacional en su favor, movilizando los enormes recursos propagandísticos de todos sus partidos afines. Explotando, una vez más, la detención de un miembro destacado del partido para apropiarse la dirección de un movimiento de protesta popular. Lo que, por los demás, servía admirablemente a los designios franquistas para presentar al PCE como la fuerza determinante de la oposición al Régimen. La orquestación de la campaña, en la que

deliberadamente se olvidaba la represión contra las otras fuerzas antifranquistas, y la propia declaración de Ormazábal en la Jefatura Superior de Policía de Bilbao —reproducida íntegramente por *Mundo Obrero*—, no tenían otro objetivo que el de acreditar esta apropiación:

> Recabar para el Partido Comunista la responsabilidad por las grandes huelgas que en Euzkadi y en España entera han tenido lugar recientemente y asumir personalmente la plena responsabilidad de las actividades de los comunistas de Euzkadi tendientes a alcanzar los objetivos expuestos (22).

Los «objetivos», que el propio Ormazábal había sintetizado en su declaración, no eran otros que los de la línea política del Partido:

> Facilitar la reconciliación de los españoles y la instauración de un régimen de convivencia civil, que, posibilitando la libre expresión de la voluntad de los pueblos de España, respete y haga respetar todos los intereses respetables. [...] Mediante una huelga nacional que, sin nuevas conmociones graves y pacíficamente, asegure el tránsito de la actual situación política al nuevo orden de cosas (23).

A lo que Franco respondía indirectamente, el mismo día, con ocasión de su «triunfal» visita a Valencia:

> Esta obra de transformación social que España necesita sólo puede hacerla un régimen como el nuestro. Si descartamos el régimen liberal por su debilidad, su incapacidad y la podredumbre de sus frutos, puestos de manifiesto en un siglo de historia y en la triste herencia que nos legó, sólo nos quedaría el contemplar al régimen comunista como realizador de los ideales marxistas que animaban la lucha de clases; pero es el régimen del terrorismo policíaco.

Por eso, para diferenciar «su» régimen de los otros, y, sobre todo, del «régimen del terrorismo policíaco», Franco procedió el 10 de julio a una reorganización ministerial:

> Después de veintitrés años de régimen franquista los círculos madrileños se han acostumbrado a la técnica y métodos del jefe del Estado español: sin consultar a los ministros toma solo las decisiones importantes lo que da lugar a sorpresas de último momento. [...] Con la sustitución de Arias Salgado en Información, el hecho más importante de estos cambios es la creación del puesto de vicepresidente del Consejo de Ministros, atribuido a un militar: el general Muñoz Grandes24. [...] Designándolo para este puesto, el Caudillo mata dos pájaros de un tiro: designa su sucesor y satisface a la Falange. En efecto, el capitán general no esconde su simpatía por el Movimiento ni, al contrario que la mayoría de los jefes militares, su desconfianza hacia una monarquía «restaurada». [...] El ejército es el ganador de la operación. Si se considera que el contralmirante Luis Carrero Blanco, subsecretario de la presidencia, el general Jorge Vigón (Obras Públicas), y el general Camilo Alonso Veis (Gobernación) son mantenidos en sus funciones, son siete los oficiales generales que forman parte del nuevo gabinete. La modificación no pone en causa la política económica llevada por Ullastres. El Opus Dei mejora sus posiciones, pero por otra parte el señor Solís Ruiz queda en su lugar, lo que significa una victoria para el clan sindicalista. El general Franco es fiel a sus principios: mantener un equilibrio entre diversas tendencias, juego en el cual se ha consagrado maestro. (Grignon Dumoulin, *Le Monde*, 11-7-1962)

Ciertamente, el reajuste ministerial no tenía otro objetivo que el de mantener el equilibrio en el interior del Régimen. El nuevo equipo de ministros consolidaba, en general, las tendencias representadas en el anterior, y la creación de la vicepresidencia de gobierno no constituía más que una medida preventiva y provisional para el caso de muerte repentina de Franco. Era notorio que si el Opus Dei predominaba en el equipo anterior, en el nuevo reafirmaba y ampliaba su predominio, copando por completo las carteras

claves en lo que se refiere a las directrices económicas del país. La inclusión de algún que otro ministro joven, para reforzar el grupo de ministros con ciertos visos «liberales» y «europeístas», estaba bien compensada con el refortalecimiento del grupo de ministros militares «tradicionalistas», de tal suerte que así se podía abordar la necesaria política de «liberalización» con suficientes garantías para el mantenimiento del «orden» y la continuidad del Régimen.

Como diría poco tiempo después el propio Franco: «Por eso los movimientos e innovaciones han de ser para fortalecer y no para debilitar» (25).

Fue precisamente Fraga Iribarne, uno de los nuevos ministros que más cacareaba de liberal y de abierto a la Europa democrática, el encargado de puntualizar —al tomar posesión de su cargo— lo que el nuevo equipo gubernamental entendía por «liberalización»:

Vengo a defender el honor de España por todos los medios. El Departamento que voy a regir corresponde perfectamente al momento actual y encaja perfectamente dentro de los problemas sociales en vigor. El papel de la información es muy importante. Hay que saber de dónde, cómo y por qué el liberalismo es la gran trayectoria del tradicionalismo [...], eso sí, no bajaremos la guardia ante nuestros enemigos.

En efecto, a partir de entonces la información desempeñaría un papel importantísimo. La información debía servir y sirvió para dar ciertos visos de veracidad a una apariencia de liberalización. Toda la política del nuevo gabinete estaba montada sobre un solo objetivo: mantener la situación tal como estaba, aparentando que se ponían las bases de una nueva etapa, tanto porque así lo requerían las nuevas necesidades de propaganda «europeísta» del Régimen, como porque el hecho de que la clase obrera se hubiese manifestado por primera vez como tal clase había cambiado el panorama interno. Cualquier medida enérgica contra los trabajadores sólo obtendría un resultado seguro: hacerlos más conscientes de su verdadera situación y, por lo tanto, dar más cohesión a sus movimientos, con el riesgo de movilizar a la clase trabajadora del Mercado Común, en los momentos en que el Régimen

quería seguir cargando el peso de la estabilización y del desarrollo de la economía sobre las espaldas de los trabajadores españoles.

No habiendo cambiado ni la esencia ni los objetivos del Régimen, no le quedaba, pues, al franquismo más que una solución: hacer creer en la «liberalización» del sistema. Pero los hechos demostraron lo contrario.

El 16 de agosto los mineros asturianos volvieron a ponerse en huelga. La indignación de los mineros había subido de punto durante las últimas semanas, porque los aumentos que se les debían, por las 75 pesetas en que aumentó el precio del carbón después de las huelgas de la primavera, no eran justamente distribuidos. En pocos días más de 16.000 mineros se hallaron en paro. La táctica gubernamental fue, en esta ocasión, el lock-out. A los primeros síntomas de agitación el gobernador ordenó cerrar los pozos, demostrando así su voluntad de llegar al límite de la resistencia obrera, para forzar a los mineros a solicitar la reapertura de las fuentes de trabajo. Sin embargo, al prolongarse el movimiento, y ante el peligro de que éste se extendiera a otras provincias, las autoridades volvieron a proceder a la detención de huelguistas y a las amenazas.

El 29 de agosto, *Le Monde* informaba:

> Doce trabajadores de las minas de carbón, en Asturias, han sido detenidos y transferidos a Oviedo, capital de la provincia. Un portavoz del Ministerio de Información declaró: «Estas detenciones no tienen carácter político, sino que aseguran el orden».

El 5 de septiembre, el mismo diario anunciaba, a la vez, «la acentuación de la vuelta al trabajo» y que «habían sido suspendidos por indisciplina, según se dice, 360 mineros en total».

La política de «liberalización» estaba en marcha: la «suspensión por indisciplina» era el nuevo apelativo de la represión y la «información precisa y detallada» que ahora daba la prensa española sobre los «sucesos laborales que han perturbado la vida normal de las minas asturianas», era la prometida «atención a los estados de la opinión pública y sus lícitas manifestaciones a través del diálogo y la actividad informativa», que, tras «la primera reunión del nuevo Consejo de Ministros bajo la presidencia de S.E. el Jefe del Estado», anunciará el «joven y flamante» ministro de Información, en su primera declaración oficial publicada en la prensa española. Como decía la propia prensa franquista:

> Los periódicos españoles han informado objetiva y ampliamente, dando una prueba de buen sentido y de honradez. [...] La experiencia ha sido breve y no hemos de exagerar su importancia. Pero sí ha tenido significación, porque ha servido para dar una prueba de madurez, el resultado psicológico y social de esta campaña informativa. Estamos en buen camino. (Alerta, 6-9-1962)

En efecto, no se podía estar en más «buen camino». A lo largo de los meses de septiembre, octubre y noviembre, se sucedieron una serie de consejos de guerra sumarísimos, que mostraron ejemplarmente el camino que el Régimen pensaba seguir.

El 21 de septiembre, en la Sala de Consejos de la Auditoría Militar, se reunió el consejo de guerra para juzgar a Ramón Ormazábal, Gregorio Rodríguez, Agustín Ibarrola, María Francisca Dapena, Gonzalo José Villate, Vidal de Nicolás, Antonio Jiménez Pericás, Andrés Pérez Salazar, José María Ibarrola y Enrique Mújica, acusados de «actividades subversivas». Al día siguiente, el *ABC* decía:

> El consejo de guerra, en audiencia pública, los ha juzgado con arreglo a las leyes que defienden a la sociedad española contra el terrorismo y la subversión. Ormazábal ha sido condenado a veinte años de prisión, y el

> resto a penas que oscilan entre doce y cuatro años, inferiores a las peticiones del fiscal.

Ese mismo día, en Barcelona, en la Sala de Justicia del Gobierno Militar se celebró la vista de la causa que, por los trámites de sumarísimo, se instruía contra Jorge Conill Valls, Marcelino Jiménez Cubas y Antonio Mur Peirón, detenidos por «actividades subversivas y terroristas». Dos días más tarde, la prensa española decía:

> Los procesados han reconocido expresamente su personal participación en los hechos y sus relaciones con individuos extranjeros, así como la potencia de las bombas que prepararon; han sido acusados por el fiscal de delitos terroristas, que ha solicitado la pena de muerte para Jorge Conill, como más destacado organizador y ejecutor de los mismos, y la de veinticinco y veinte años de reclusión, respectivamen te, para los otros dos procesados. [...] Seguidamente se reunió el Consejo, en sesión secreta, para deliberar y dictar sentencia, que no será pública hasta su aprobación por la autoridad judicial militar. (Pueblo, 24-9-1962)

El 8 de octubre, es decir, a los seis días de haber sido liberado el vicecónsul honorario de España en Milán, Isu Elías, secuestrado el 29 de septiembre en dicha ciudad por un grupo de jóvenes anarquistas italianos, en protesta contra la pena de muerte solicitada por el fiscal contra Jorge Conill, era juzgado en consejo de guerra, celebrado en Madrid, Julio Moreno Viedma, «acusado de un delito de rebelión militar complicado con actos terroristas, en contacto con agentes del exterior». Al día siguiente la prensa española informaba al respecto:

> El encartado, al que el Tribunal ha impuesto la pena de treinta años de reclusión mayor, estaba convicto y confeso de haber participado en la colocación de artefactos explosivos en el Vicariato General Castrense, Banco Popular Español, Instituto Nacional de Previsión y diarios «Ya» y «Pueblo», de Madrid; en el Colegio Mayor Universitario de la calle Atenas, oficinas del Instituto Nacional de Previsión y diario «La Vanguardia» de Barcelona; en las Casas Consistoriales de Valencia, en la Cuesta de Aldapeta, en San Sebastián, y en la Basílica del Valle de los Caídos. [...] El pasado mes de septiembre fueron juzgados también por la jurisdicción militar los autores materiales de los atentados cometidos en Barcelona: Jorge Conill Valls, Antonio Mur Peirón y Marcelino Jiménez Cubas. Ahora, el Consejo Supremo de Justicia Militar ha visto, en segunda instancia, la causa instruida contra los mismos y ha confirmado las penas de prisión que se les impuso.
>
> Estos juicios y sentencias han provocado un movimiento extranjero en favor de los procesados, movimiento que ha tenido su más grave expresión en Milán, cuyos estudiantes han implicado al cardenal arzobispo, monseñor Montini. (*ABC*, 9-10-1962)

En efecto, el día anterior el cardenal Montini, arzobispo de Milán, había dirigido el siguiente mensaje telegráfico a Franco:

> En nombre de los estudiantes católicos milaneses y en el mío propio ruego a Vuestra Excelencia que acuerde clemencia a los estudiantes y trabajadores condenados, a fin de salvar vidas humanas y dejar en claro que en un país católico el orden público puede ser defendido de manera diferente y con principios cristianos.

El día 17 de octubre, se celebró en Madrid el consejo de guerra contra los procesados José Ronco Pecina, Eliseo Antonio Bayo Poblador y Rafael Ruiz Boreo, residentes en Zaragoza:

> ... afiliados a la Federación de Juventudes Libertarias y cuya principal misión era redactar el periódico clandestino Juventud Libre siguiendo instrucciones de Julio Moreno Viedma y otros dirigentes de la organización. Los procesados estaban al tanto de todos los planes de sabotaje y terrorismo realizados en España. (La Vanguardia, 18-10-1962)

El 20 de octubre, se vio también en Madrid la causa contra Francisco Sánchez Ruano, Ricardo Metola Amat, Helios Salas Martín, Alejandro Mateo Calvo, Antonio Astigarraga de la Puerta, Francisco Román Aguilera, Nicolás León Estella, José Martínez Rodríguez, Rafael Asenjo Barranco, Lucio de la Nava Hernández y Eugenio Cordero Regis:

> La causa ha investigado las actividades de la organización clandestina de las Juventudes Libertarias (antigua FAI) que se relacionaba con el exterior y tenía bases en París y Toulouse (Francia), desde donde enviaba enlaces, portadores de consignas para producir disturbios en el interior y distribuir propaganda clandestina. Los procesados participaron en actividades de la organización libertaria, y entre ellos se encuentran cuatro parachutistas licenciados que, en connivencia con otros elementos, se proponían apoderarse, en vuelo y a mano armada, de un avión de pasajeros de las Líneas Aéreas Iberia. Sánchez Ruano, estudiante de Ciencias Políticas, aparecía implicado en la colocación de un artefacto explosivo en el Valle de los Caídos, traído a España por un grupo extranjero. (*ABC*, 21-10-1962)

El 23 de noviembre, fueron procesados y condenados por el Tribunal Militar Especial de Madrid, por actividades de reorganización y distribución de prensa y propaganda clandestina, siete miembros de la CNT.

Tres de los procesados procedían de Vigo; Francisco Cáceres Víctor, acusado de ser el inspirador del grupo confederal y de repartir octavillas clandestinas, Jaime Garrido Vila, acusado de ser el representante de la CNT dentro del Frente Juvenil Democrático, Manuel Rodríguez González, acusado de ser cotizante de la CNT, y Agustín Cocampo Soto, acusado del mismo delito. Los cuatro otros compañeros condenados procedían de Valladolid y sus nombres constan entre los siete que habían sido detenidos en dicha localidad: Pedro Rodríguez, Luis Blanco García, Tomás Bueno Ordóñez, Lucio Malpeces Calvo, Hilario Manzana Hernández, Epitafio González Criado, Joaquín Rodríguez Vay. Al igual que a los compañeros de Vigo, se les acusa y condena por reali zar actividades reorganizativas y de propaganda en sus respectivas zonas de residencia. Las penas asignadas varían de 3 a 11 años de prisión. (Nueva Senda, noviembre de 1962)

En el lapso de dos meses la «liberalizada» justicia franquista había celebrado seis consejos de guerra sumarísimos, y el total de condenas ascendía a más de 360 años de cárcel, sin contar la condena a muerte pedida contra el joven estudiante catalán Jorge Conill.

No puede afirmarse que al constituirse el nuevo gobierno, que pomposamente debía presentarse como el que iba a «poner en marcha el proceso de liberalización», los jerarcas franquistas tenían la intención de proceder de inmediato a dar ejemplos tan significativos de su «voluntad liberalizante»; pero lo que está fuera de duda es que no debían haber pensado en las repercusiones internacionales que ellos iban a dar lugar.

Si el rapto del vicecónsul honorario de España en Milán no se hubiese producido, las repercusiones internacionales de toda esa oleada represiva no hubiesen excedido las habituales protestas escritas de los grupos antifascistas más sensibilizados por el problema español. Incluso ante el proceso de Ormazábal y su grupo, pese a que el PCE había intentado movilizar en su defensa todo el potencial propagandístico del comunismo internacional, la prensa y la opinión pública internacionales habían permanecido insensibles.

El hecho es que al difundirse la noticia sobre la petición de la pena de muerte para Jorge Conill, y a consecuencia del escándalo provocado cinco días más tarde por el «secuestro del vicecónsul de España por antifranquistas», se levantó una gigantesca ola de protestas en toda Europa (26).

Durante varios días las noticias relacionadas con la suerte que pudieran correr el vicecónsul y el estudiante catalán ocuparon las primeras planas de los voceros informativos internacionales, informando sobre la amplitud y brutalidad de la represión franquista. En Italia se le dedicaron páginas enteras al suceso, y tuvieron lugar numerosas manifestaciones estudiantiles en solidaridad con Jorge Conill.

Pocas horas antes de dejar en libertad al vicecónsul los autores del secuestro hacían la siguiente declaración a la prensa:

> El rapto ha sido organizado por un grupo de afiliados a la Federación Internacional de Juventudes Libertarias. Hicimos prisionero al vicecónsul español para que toda la juventud del mundo libre tome conciencia a través de ello de nuestro motivo. Nuestra finalidad ha sido llamar la atención de la opinión mundial sobre la triste suerte de los tres jóvenes libertarios condenados en Barcelona. Devolvemos al señor Elías a su familia, como lo habíamos prometido, para demostrar que nuestros métodos son diferentes a los que emplea el franquismo.

El día 5 de octubre, la agencia Associated Press difundía un despacho de Madrid confirmando que Jorge Conill había sido condenado a muerte por el Tribunal Militar27. Al ser conocida dicha noticia las protestas se volvieron aun más airadas, pues se temía lo peor. En Milán la policía cargó violentamente contra los manifestantes que querían tomar por asalto el consulado español. El día siguiente, a primeras horas de la mañana, en la residencia del cardenal Spellman28, en Nueva York, explotó una bomba que despertó

sobresaltadamente al célebre cardenal norteamericano, que debía salir unos días más tarde hacia Roma para asistir al Concilio ecuménico.

El 8 de octubre, la prensa hace público el texto del telegrama del cardenal Montini a Franco. Al día siguiente, la prensa española informa que Jorge Conill y su grupo «han sido juzgados en segunda instancia por el Consejo Supremo de Justicia Militar, que ha confirmado las penas de prisión que se les impuso». Ese mismo día, la prensa española publica el texto del telegrama que Franco envió por intermedio de su ministro de Asuntos Exteriores al cardenal Montini:

> Su Excelencia el Jefe del Estado, que conocía anticipadamente el texto de su telegrama por haberlo divulgado muchas horas antes las agencias de prensa, me encarga comunique a Vuestra Eminencia Reverendísima que su petición de clemencia carece de fundamento por no haber sido dictada ninguna pena de muerte contra los autores de los atentados terroristas, los cuales, por otra parte, hubieran merecido graves sanciones penales en cualquier país civilizado. Es de lamentar que una campaña de escándalo, iniciada precisamente en Milán con un hecho incalificable, haya podido sorprender a Vuestra Eminencia Reverendísima a quien siempre recuerdo con admiración y afecto. Besa respetuosamente su Sagrada Púrpura, Fernando María Castiella.

Siguiendo en esta línea la prensa española comentó «el incidente» en tonos más agresivos:

> Con una vehemencia tal vez muy meridional, pero, ciertamente, muy poco vaticana, el ilustre y admirable arzobispo de Milán se ha dejado llevar en la onda de emociones de una propaganda escandalosa que trabaja con gran provecho sobre la confusión del mundo actual. Creíamos también que la insigne tradición de la diplomacia vaticana, sabia y exquisita, impedía que un mensaje cardenalicio a un jefe de Estado llegara a manos de éste doce horas después que a las mesas de

> redacción de agencias y periódicos. [...] No queremos de ningún modo creer que esta acción del cardenal Montini, a quien tanto admirábamos, pueda quedar, aun involuntariamente por su parte, encajada dentro de un vasto plan político cuyas características nos son bien conocidas. (Del editorial de *ABC*, del 10-10-1962)

De esta manera el «incidente» fue adquiriendo proporciones de verdadero escándalo internacional, pues no sólo las relaciones con el Vaticano se resintieron, sino que se produjeron tensiones de cierta gravedad en las relaciones entre España e Italia al irse sucediendo, durante todo el curso del mes de octubre, manifestaciones y declaraciones de hombres públicos italianos contra el régimen franquista29. En España, los franquistas también organizaron ruidosas manifestaciones antiitalianas, paralelamente a la histérica campaña de prensa del mismo orden, que pretendían presentar como la expresión del sentimiento popular.

Si bien en los otros países las protestas contra el régimen franquista no alcanzaron la amplitud e importancia que tuvieron en Italia, por todas partes se levantó un clamor de indignación ante la monstruosidad de las condenas impuestas a un grupo de jóvenes cuyo promedio de edad oscilaba entre 23 y 24 años, y contra los cuales no se había podido presentar otra prueba de su culpabilidad que la de ser miembros de las Juventudes Libertarias; o, como en el caso de Francisco Sánchez Ruano, la de ser amigo de un afiliado a ellas30. La forma en que esos consejos de guerra fueron celebrados y lo endeble y confuso de las acusaciones que se hicieron públicas probaron lo falso de las mismas y el carácter netamente represivo de unos juicios montados para dar ejemplo e intensificar el clima de terror. Por ello la reacción de solidaridad antifascista fue tan intensa y general. Lo que también está fuera de duda es el carácter sorpresivo de la espectacular reactualización de la lucha antifranquista que había revelado «la existencia de una nueva generación de luchadores libertarios» y, al mismo tiempo, hecho sentir el significado y la fuerza de unas acciones que, pese a su empeño en minimizarlas

exteriormente, el régimen franquista había tomado en serio31. Con la detención, unos días después de la liberación del vicecónsul, de los jóvenes milaneses que lo habían secuestrado, y la preparación del proceso correspondiente, que tuvo lugar en la ciudad de Varese el 13 de noviembre de ese mismo año, la campaña en solidaridad con las víctimas de la represión franquista encontró un medio eficaz para dar un nuevo impulso a la lucha antifranquista. El proceso de Varese se convirtió en el «proceso del régimen franquista». El propio fiscal se vio obligado a aclarar en el transcurso del mismo que no se trataba de «un proceso contra el régimen español o contra la justicia de un Estado extranjero con el que actualmente estamos en muy buenas relaciones».

La prensa italiana volvió a dedicar páginas enteras al caso y a los numerosos testimonios de simpatía para los acusados y los luchadores antifascistas presos en España, que fueron aportando en el desarrollo del proceso destacadas personalidades que habían podido constatar personalmente los desmanes del fascismo español. La evolución del proceso y el resultado final aumentaron, como es de suponer, la rabia y resentimiento de las autoridades y prensa franquistas:

> Todo ha terminado como estaba previsto, es decir, con una suave condena y la puesta en libertad inmediata de los seis jóvenes que estaban en la cárcel desde hace casi dos meses. [...] Los procesados no han hecho hasta ahora declaración alguna, pero está claro que su satisfacción es grandísima en estos momentos, porque han visto coronada su empresa no con una absolución que no deseaban de ninguna manera, sino con una sentencia que es como una exaltación de su fechoría. (La Vanguardia, 22-11-1962). Bien comprenderá el lector que, en realidad, lo que se ha montado en Varese no ha sido un proceso para condenar el delito de que un grupo de gamberros armados hayan secuestrado a un indefenso diplomático español. La farsa de Varese ha levantado un tinglado en el que la justicia italiana ha servido de vehículo para zaherir a nuestro país. (*ABC*, 29-11-1962)

El hecho es que la lucha antifranquista había sido reactualizada, y que en contadas ocasiones el fervor combativo del antifranquismo había llegado a un grado tal de entusiasmo y de decisión. Por su parte, el anarquismo español había vuelto a ocupar, ante la sorpresa general, el puesto de vanguardia que en el pasado siempre había ocupado en la lucha contra la dictadura fascista de Franco, y del que muchos lo creían definitivamente excluido.

Ante esta impresionante movilización antifascista, que el comunismo vanamente había intentado provocar con motivo del proceso de Ormazábal, el PCE español no tuvo más remedio que conformarse con jugar un papel secundario e intentar reducir el alcance nacional e internacional de este «resurgir libertario». En el discurso que pronunció ante el X Congreso del PC italiano, Dolores Ibárruri (La Pasionaria) intentó recuperar el terreno perdido:

> Hace unas semanas, a causa de la injusta condena de un joven antifascista (32) español, han tenido lugar en Italia grandes manifestaciones de protesta que han revelado a todo el mundo cuán grande es el temor que siente la dictadura franquista ante la hostilidad de la opinión pública democrática. Permitidme expresar desde esta tribuna, frente a las mentiras y el histerismo de la propaganda franquista contra Italia, nuestra gratitud a todos aquellos que, en una u otra forma, han manifestado su solidaridad con la lucha del pueblo español y han pedido la amnistía para nuestros presos políticos. Y de manera particular nuestra gratitud a los jóvenes comunistas, socialistas democráticos y católicos que con tanta decisión han levantado su voz contra el terror policíaco en España.

Como se ve, los jóvenes libertarios italianos que con su gesto habían provocado todas esas manifestaciones de protesta no eran dignos de tal gratitud.

En el ámbito libertario, no todos los militantes habían visto con la misma simpatía y entusiasmo esta progresiva reactualización del «anarquismo activista». El que fuesen los jóvenes quienes aparecieran en el primer plano de la lucha y de la actualidad, no dejaba de avivar los resentimientos provocados por la vieja oposición generacional que siempre había dividido los medios libertarios. Y, en el caso de los españoles todavía más, dado que la FIJL había adoptado una posición crítica inflexible frente al sectarismo ideológico de los núcleos que pretendían ser los depositarios de la ortodoxia anarquista de la FAI. Hay que tener en cuenta que el proceso de «reunificación confederal» seguía alimentando, en el interior del Movimiento Liberta rio Español, las discordias entre grupos que se disputaban la dirección del Movimiento. Y que, justamente, los enfrentamientos entre militantes confederales se habían polarizado en torno al papel que la sección D-I debía jugar en la marcha del Movimiento. Los unos, pensando que sólo en la medida en que el trabajo de esta sección fuese ampliándose e intensificándose, como había venido ocurriendo, podría actualizarse la lucha contra la dictadura franquista y permitir a la CNT desempeñar un papel determinante en el seno de la oposición; los otros, considerando que el D-I podía convertirse en un «superorganismo» por encima de los comités y que, por ello mismo, era un peligro para la actuación orgánica de la CNT en el exilio. Pero, más allá de las pretendidas divergencias ideológicas, el fondo de esta nueva división entre libertarios españoles era la inevitable confrontación de dos actitudes incompatibles: el activismo revolucionario y el inmovilismo exiliado. A partir del momento en que el D-I había comenzado a actuar, planteaba a cada militante un verdadero problema de conciencia, pues, en adelante, ya no se podría rehuir la confrontación entre la voluntad —continuamente ratificada en los congresos— de luchar y la verdadera disposición de asumir personalmente la lucha. Aunque, desde luego, puede decirse que hasta finales de 1962 el inmovilismo fue totalmente desbordado por la intensidad de la labor activista y por la evolución de los propios acontecimientos.

El día 5 de julio y los días sucesivos, con ocasión de celebrarse en Berlín el VII Congreso de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), al que había sido «invitado a título fraternal y con carácter de observador» el secretario del Secretariado Intercontinental de la CNT exiliada,

el D-I designó a uno de sus miembros de más prestigio internacional para integrarse en la delegación confederal y plantear, a través de la representación española a dicho congreso, la necesidad de ayuda material para intensificar la lucha activa contra el régimen franquista (33).

Ante la actitud de la delegación de la UGT, francamente opuesta a plantear esta cuestión, la delegación confederal sólo pudo plantearla al secretario de la CIOSL en Europa, sin obtener ningún fruto (34).

De ahí que, al constatar la falta de calor de los demás sectores del antifranquismo exiliado (35) por radicalizar la lucha en España, el D-I decidiera proseguir solo y acelerar los preparativos de la acción que se consideraba podría ser decisiva: el atentado contra Franco en San Sebastián. Fue precisamente en la preparación de esta acción (paso del material de teleguidaje) cuando se establecieron las primeras bases de colaboración libertaria con ETA. Este atentado, aun fracasado, hizo comprender a unos y a otros la decisión del D-I y las posibilidades de realizar acciones capitales, lo que explica la brutal reacción franquista contra los jóvenes libertarios (36) y la singular expectación despertada por la reactualización de la lucha antifranquista.

En un ambiente de relativa euforia —aún no se habían producido las detenciones de jóvenes libertarios— y de intensa movilización militante, iba a tener lugar en Toulouse, el 25 de agosto y días sucesivos, el XII Pleno Intercontinental de Núcleos de la CNT de España en el exilio. En este pleno, la corriente confederal partidaria de la unidad y de la intensificación de la lucha en España obtuvo un éxito en toda línea, siendo nombrados para el Secretariado Intercontinental militantes identificados con esta posición. Lo que no quiere decir que los partidarios del inmovilismo no hubiesen ofrecido resistencia, y, mucho menos, que hubiesen desistido de sabotear los acuerdos mayoritarios. Los problemas de la «reunificación» de ciertas locales (Marsella y Venezuela, principalmente), que el congreso del año anterior había dejado sin solucionar —pese a haber adoptado «recomendaciones» al respecto—, seguían sirviendo de argumento para alimentar la cizaña y división entre militantes. Pero puede decirse que, en general, primaba un espíritu de relativa concordia, aunque la disposición militante para ayudar a que el D-I cumpliera

su cometido no era tan general, ni en colaboraciones humanas ni en aportaciones económicas. En el informe de gestión para el pleno el secretario de Coordinación decía:

> En cumplimiento con los acuerdos orgánicos se ha hecho lo necesario para dar viabilidad a la Sección D-I. [...] Señalada la cifra inicial extraordinaria de 10 millones de antiguos francos, la cantidad hasta hoy recogida es muy inferior.

En circulares posteriores, el Secretariado Intercontinental se veía obligado a insistir al respecto, pues los partidarios del inmovilismo habían comprendido que la mejor manera de paralizar la acción era reducir las aportaciones para este cometido, para lo cual no sólo negaban sus aportaciones personales (como les obligaban los acuerdos orgánicos) sino que buscaban por todos los medios limitar o desviar para otros fines las de los cotizantes regulares. Digamos también que esta situación se veía agravada por las maniobras que un grupo de militantes del interior venía realizando, tanto allí como en el exterior de España, para apropiarse de la representatividad orgánica tras la caída del Comité Nacional a finales del año anterior, maniobras que hacían surgir dudas sobre sus buenas intenciones, lo que aumentaba el confusionismo entre los militantes, al pronunciarse unos en su favor y otros en contra en base a sus tomas de posición más o menos reformistas.

Con todo, los resultados del pleno dieron nuevo impulso al sector que intentaba sacar el Movimiento libertario del ostracismo revolucionario. Con la propaganda y publicidad lograda a través de las acciones, y la consiguiente labor proselitista realizada entre la emigración económica, las locales del exilio vivieron un periodo de gran animación y de afluencia juvenil. Sin que por ello, o quizás más bien por ello, los partidarios del inmovilismo desistieran en su empeño de paralizar la acción. Era precisamente la delegación de la FAI en la C de D y en el D-I la que más obstáculos ponía a la intensificación de la acción. Eran los grupos de la FAI adictos al «esgleísmo» los que sembraban la

desconfianza y el descrédito contra dicha línea de actuación entre la base confederal y libertaria.

Digamos también que, en lo que concierne a la Alianza Sindical, la CNT y la UGT habían visto surgir en España una nueva Alianza Sindical Obrera (ASO), orientada por socialistas y cenetistas marginados, que no sólo disputaba a la primera la representatividad aliancista del interior, sino que pretendía mantener directamente relaciones con las grandes internacionales sindicales, replanteando el viejo y falso problema de la primacía del interior sobre el exilio.

Pocos días antes de que en Varese comenzara el proceso contra los jóvenes anarquistas italianos que habían secuestrado al vicecónsul de España en Milán, la prensa española daba a conocer una noticia que aumentaría la hostilidad internacional contra el régimen franquista:

> En la tarde de ayer fue detenido por funcionarios de la Jefatura Superior de Policía de Madrid, Julián Grimau García. Al saberse identificado manifestó por escrito «ser miembro del Comité Central del Partido Comunista de España y encontrarse en Madrid cumpliendo una misión». Instantes después, y antes de ser interrogado, se arrojó por el balcón del despacho en que se hallaba —de la planta entresuelo— y cayó al callejón de San Ricardo, produciéndose lesiones de carácter grave. El herido fue inmediatamente conducido al equipo quirúrgico; se instruyeron las correspondientes diligencias, que fueron remitidas al juez de Instrucción de guardia. (*ABC*, 9-11-1962)

Durante varios días, las noticias no fueron más precisas, pero poco a poco el caso comenzó a tomar importancia y a interesar a la prensa internacional. El PCE saltó sobre la ocasión e inició una inmensa campaña de propaganda en su favor, que unos meses más tarde, cuando un consejo de guerra lo condenaría a la pena de muerte, tomó una amplitud jamás igualada.

A principios de diciembre, se produjeron explosiones en diversas ciudades españolas, en la capital portuguesa y en el consulado español de Ámsterdam,

con lo que se venía abajo el pretendido «desmantelamiento de la red terrorista» y las acusaciones policíacas contra los jóvenes libertarios juzgados en consejos de guerra sin prueba alguna de participación en ese tipo de acciones.

En un comunicado enviado directamente desde Lisboa y Madrid, a los corresponsales de prensa extranjeros, por un organismo de coordinación de la lucha contra las dictaduras de Franco y Salazar se afirmaba:

> Ante las infames y brutales campañas represivas de los regímenes franquista y salazarista contra los miembros de las «Juventudes Libertarias» y otras organizaciones juveniles que luchan por la libertad de los pueblos de Iberia. El Consejo Ibérico de Liberación reclama la responsabilidad de todos los actos violentos realizados en tierras de Iberia contra la tiranía —cobarde e injustamente atribuidos a miembros de las «Juventudes Libertarias» que solamente se dedicaban a actividades de propaganda. Mientras las libertades y los derechos de expresión y reunión sigan siendo conculcados por la fuerza de las bayonetas, el estallido rebelde y justiciero de la bomba recordará al mundo la supervivencia del fascismo en Iberia y las ansias de libertad de nuestros pueblos.

Notas

1. Extraído del Dictamen secreto del D-I, del que ya se habló en el capítulo anterior, y que ha sido reproducido en la nota 26 de dicho capítulo.

2. Este tipo de críticas, generalmente basadas en resentimientos personales, fueron las más negativas, ya que daban pie a comentarios públicos que comprometían la situación de los compañeros designados y la obra que el D-I debía realizar.

3. La FIJL había conseguido, después de mucho insistir, la inclusión de un séptimo miembro, como delegado de la organización juvenil.

Es obvio que en 1974 no podíamos revelar los nombres de los miembros designados del D-I. Recuerdo que en 1978 o 1979, fuimos convocados por los inspectores de Renseignements Généraux para ser interrogados sobre las acciones que continuaban realizando los GARI, y que uno de los inspectores nos dijo que había leído con mucho interés (?) nuestro libro; pero que en él no habíamos revelado todo lo que sabíamos... Pues bien, hoy no hay por qué seguir guardando el secreto: el D-I quedó integrado por Germinal Esgleas, Vicente Llansola, Cipriano Mera, Acracio Ruiz, Juan Jimeno, Juan García Oliver y Octavio Alberola, en representación de la FIJL. Los dos primeros «representaban» la corriente inmovilista, y todos los restantes eran decididos partidarios de la unidad confederal y de la acción. Los tres primeros residían en Francia, el cuarto en Inglaterra, el quinto en Marruecos y los dos restantes en México. Alberola llegó a Francia a principios de marzo de 1962 para incorporarse al D-I y García Oliver lo hizo dos meses más tarde.

4. Resumen verbal hecho por un miembro del D-I, Octavio Alberola, en el curso de una reunión de militantes, celebrada poco después de su constitución, y conforme al acta levantada en dicha reunión.

5. Se trata del libro España hoy, Ruedo Ibérico, París, 1963.

6. S. P., «Historia de nuestro tiempo», 1-6-1962.

7. En el planteamiento y desarrollo de estos conflictos se conjugaron y chocaron intereses muy diversos. Vale la pena citar la memorable frase del ministro Solís, dirigida a los industriales del carbón reunidos en Madrid, el 24 de mayo, a su vuelta de Oviedo: «Tengo poco pelo, pero no estoy dispuesto a que ustedes me lo tomen. Creo que ahora estoy hablando con el verdadero comité de huelga de Asturias».

8. Causaron gran sensación, en su momento, las tres cartas que, durante el mes de mayo, hicieron públicas los intelectuales españoles: «invitando a los españoles a hacer uso del derecho de petición y exigiendo información sobre las huelgas de Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa, así como el reconocimiento de las justas reivindicaciones obreras».

9. La delegación española del interior estaba encabezada por Gil Robles, líder de la democracia cristiana.

10. El Movimiento Europeo, que sirvió de marco para lo que se llamó «Coloquio de Múnich», constituía una plataforma supranacional creada en 1948 «para impulsar o fomentar la unificación europea partiendo de los estados de opinión, formando parte del mismo representantes de todas las tendencias democráticas correspondientes a los diversos países europeos, y tiene por objeto promover una actuación pública, al margen de la política oficial, que tienda a la consecución de aquellos fines».

11. Para comprender el estado de impotencia del exilio, nos parece oportuno reproducir algunos pasajes de la carta que el historiador Claudio Sánchez-Albornoz dirigió al secretario general de la CNT, Roque Santamaría, al recibir el encargo de formar un nuevo gobierno en el exilio. «Ni con manifiestos ni por la fuerza nuestra lograremos acabar con la tiranía. Hay que acabar con ella desde dentro de sus filas. Así acabaron las dictaduras americanas. Parece que están un poco, o un mucho, asustados ante el porvenir muchos grupos de presión de los del interior.

¿Podríamos intentar ofrecerles una solución de gran prestigio y crédito y de unidad que les moviera a tratar con nosotros? ¿Sueños? Quizás. Pero los historiadores hemos visto convertirse en realidad muchos sueños. Además, quizás la coyuntura internacional no nos fuese tan desfavorable, sobre todo si brindamos un frente sólido y acreditado. Hay algunos indicios favorables. Procuraría constituir en el interior otro triunvirato misterioso que yo sólo conocería y pocos más.

¿Qué le parece a la CNT esta solución?».

12. El Consejo privado del conde de Barcelona y el propio Juan de Borbón afirmaron que: «Nadie, naturalmente, ha llevado a tales reuniones ninguna representación de su persona ni de sus ideas. Si alguno de los asistentes formaba parte de su Consejo, ha quedado con este acto fuera de él». La HOAC, por medio de un comunicado de la Comisión Nacional, publicado en el *ABC*, hizo constar que «dado su carácter de movimiento apostólico de la Acción Católica no podía estar ni ha estado representada en dicha reunión de Múnich».

13. Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España del 13 de junio de 1962.

14. De las declaraciones del escritor Fernández de Castro al periódico *Libération*, del 27-6-1962.

15. A causa del litigio por los enclaves de Ceuta y Melilla, las relaciones entre el gobierno español y el gobierno marroquí no eran muy cordiales. La misión había sido encargada a Octavio Alberola.

16. Conviene recordar que el general Delgado había podido entrar en su país —en el momento de la rebelión militar de Beja— gracias a un pasaporte prestado por un libertario portugués residente en Marruecos, y a la ayuda de algunos libertarios españoles exiliados en este país y en contacto con grupos de Andalucía.

17. El segundo miembro residente en México se había presentado para dedicarse enteramente a las tareas específicas del D-I.

18. Esta explicación verbal sobre la estrategia del D-I fue hecha por Juan García Oliver en el curso de una «reunión de información reservada», pocos días antes del frustrado atentado contra Franco en San Sebastián, el 19 de agosto de 1962.

19. Estos dos jóvenes habían formado parte de la delegación del interior que asistió al Pleno de la FIJL, a finales de 1961.

20. Como decía el periódico francés *L'Indépendant*, del 20 de agosto: «Los observadores han deducido que estas explosiones podrían tener como simple objetivo el mantener una cierta tensión después de la agitación social del principio del verano, al mismo tiempo que servirían para frenar el turismo, esa gallina de los huevos de oro de la economía española. Quizás sea por esto por lo que, para limitar los daños en este dominio, la prensa española limite sus informaciones sobre las explosiones».

21. Sin tener en cuenta que estos atentados habían sido atribuidos ya —por la propia policía— a «extremistas franceses e italianos que viajaban en auto-stop y a grupos de separatistas vascos», conforme iba aumentando el número de jóvenes libertarios detenidos se les atribuía, sin más consideración, la responsabilidad de los mismos.

22. De la declaración escrita hecha por Ormazábal en la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, el 16 de junio, reproducida por *Mundo Obrero* el 1-8-1962.

23. Ibíd.

24. Célebre por haber mandado la no menos célebre División Azul. Además, era el único militar español que, como Franco, tenía el grado de capitán general.

25. De las declaraciones hechas por Franco al periodista americano B. Welles, corresponsal de *The New York Times*, a mediados de agosto.

26. Intensidad y amplitud sólo superadas en ocasión del proceso de Julián Grimau y, más recientemente, en ocasión del «proceso de Burgos».

27. Posteriormente —mientras se desarrollaba el proceso en Varese—, dicha agencia «rectificó», declarando que su corresponsal había confundido la «petición fiscal» con la «sentencia del Tribunal».

28. Aparte del gran escándalo que la prensa internacional hizo en torno a este atentado, parece que haya que inscribirlo dentro de las acciones de presión sobre la Iglesia, si tenemos en cuenta que dos días más tarde el cardenal Montini enviaba el célebre telegrama a Franco.

29. Merecen recordarse, entre muchas otras, la del famoso alcalde de Florencia, Giorgio La Pira, la del alcalde de Roma, Della Porta, la del senador Ferrucio Parri y la del secretario general del Movimiento Europeo, Angelo Lotti, etc.

30. Entre los casos de más flagrante injusticia hay que destacar el de este estudiante de Ciencias Políticas y Económicas, condenado in extremis como responsable de la bomba del Valle de los Caídos, simplemente porque como guía de un grupo de estudiantes extranjeros había visitado ese día dicha Basílica, y por haberse encontrado en su casa propaganda anarquista.

Efectivamente, el caso de este estudiante es un ejemplo de la manera en que funcionaba la represión y la justicia franquistas. La acción por la que fue condenado la habían realizado un médico anarquista francés y Antonio Martín, que lo ha reivindicado públicamente estos últimos años. Además, hay que destacar que Ruano se había entrevistado pocas semanas antes, en París, con Jacinto Guerrero Lucas.

31. Prueba de ello era la serie de consejos de guerra sumarísimos, y la movilización de la fuerza pública en todo el territorio nacional.

32. Los comunistas empleaban el calificativo de «antifascistas» para no reconocer la filiación libertaria de las víctimas de la represión franquista.

33. No debe olvidarse que la CNT formaba parte de la Alianza Sindical (CNT-UGTSTV), y que en el seno de ella defendía la tesis de la radicalización de la lucha en España.

34. Al respecto hay que precisar que un inexplicable retraso, por parte del secretario del Secretariado Intercontinental, en comunicar el lugar, día y hora, en que Juan García Oliver, como miembro del D-I que había asistido al VII Congreso de la CIOLS en Berlín junto con el secretario general de la CNT, Roque Santamaría, debía encontrarse con el secretario de la CIOLS en Europa, frustró la negociación encaminada a obtener de dicha organización una ayuda efectiva para la acción subversiva antifranquista. Molesto por la actitud de Santamaría y por el fracaso del atentado contra Franco en San Sebastián, García Oliver regresó a México, desde donde continuó apoyando al D-I.

35. Las gestiones del D-I encaminadas a obtener, de diversas organizaciones antifascistas europeas, ayuda económica y en armamento, se vieron continuamente saboteadas por la interferencia de los partidos políticos exiliados. Inclusive una gestión, de un representante del gobierno de la República en el exilio —ofrecida voluntaria y expresamente—, para obtener esta misma ayuda en Yugoslavia, quedó en suspenso al cancelarse, a última hora, y sin otra explicación, el viaje de dicho representante a ese país.

36. Aunque en el caso de los 20 kilos de plástico que explotaron a escasos metros de la entrada principal del Palacio de Ayete, en San Sebastián, fueron los nacionalistas vascos los primeros en ser perseguidos. En esta acción se contó con ETA para el paso del material (uno de los «históricos» de ETA lo ha reconocido públicamente en un documental); pero, aunque fueron los nacionalistas vascos los primeros en pagar las consecuencias de la misma, la policía franquista no pudo inculpar directamente a nadie, ya que ninguno de los que participaron en la acción fue detenido.

IV

1963. La represión franquista y el «Eje París-Madrid»

«Será suficiente con que se mantengan las actuales tendencias para que la cooperación hispano-francesa adquiera una importancia y un volumen cada vez más grande.»

Ya, Madrid, diciembre de 1962

Aunque era de esperar la reacción represiva del Régimen, para hacer frente a la creciente agitación social y a la campaña de hostigamiento de los grupos de acción anarquistas, sorprendió la brutalidad de las condenas impuestas a los antifranquistas juzgados en consejos de guerra sumarísimos, celebrados en secreto, particularmente las impuestas a los jóvenes libertarios. Fueron numerosos los que volvieron a tomar conciencia de la persistencia del fascismo en España, y de la falsedad de las continuas afirmaciones de evolución del Régimen y de acercamiento a la Europa democrática hechas por los gobernantes franquistas.

El informe El imperio de la Ley en España, publicado en diciembre del año anterior por la Comisión Internacional de Juristas, levantó, tanto en España como en el extranjero, gran indignación en torno a las monstruosidades jurídicas y a la concepción fascista que seguía teniendo de la ley el Estado español.

Los jerarcas franquistas reaccionaron con gran virulencia contra lo que el ministro de Información, Fraga Iribarne, calificó de «un petardo más dentro de los que sin ningún resultado, pero con algún ruido, se están produciendo y que, naturalmente, nos preocupan relativamente poco». Al mismo tiempo que

se montaba el tinglado jurídico para juzgar a varios centenares de presos, mantenidos en detención preventiva desde los últimos conflictos laborales, el ministro de Justicia, Antonio lturmendi, en una conferencia de prensa con los corresponsales extranjeros y los periodistas españoles, afirmaba con todo cinismo que: «En España, nadie es condenado por sus ideas políticas, sino por las actividades delictivas de carácter subversivo, atentatorias al orden social e institucional del país tipificadas en la Ley Penal». Durante los meses que siguieron, los tribunales franquistas hicieron honor a las declaraciones del ministro de Justicia.

El 25 de enero, tiene lugar en Madrid el primer consejo de guerra del año contra 27 obreros y estudiantes detenidos en Valencia por solidarizarse con los mineros asturianos. El 26 del mismo mes, también en Madrid, segundo consejo de guerra contra 15 obreros de los complejos industriales de la zona de Getafe-Villaverde, acusados de «actividades con fines subversivos». Al mismo tiempo, son juzgados 17 detenidos procedentes de la región cata lana, acusados igualmente de pertenecer al FLP y de distribución de propaganda. El 26 de febrero, son juzgados en Madrid por otro consejo de guerra cinco militantes católicos del FLP de Vizcaya. En otro juicio sumarísimo son condenados otros 17 militantes del FLP de Vizcaya. El 4 de marzo, en Madrid, son juzgadas por un consejo de guerra trece personas detenidas desde julio de 1962. El 14 de marzo, son condenados tres militantes más del FLP. El 27 de marzo, en dos consejos de guerra en Madrid, son condenadas por rebelión militar diez personas, acusadas de «intentar formar un comité de oposición sindical». Por «actividades comunistas» comparecen ante un nuevo consejo de guerra cuatro obreros más. El 30 de marzo, son condena dos en Madrid por el Tribunal Militar seis militantes del Partido Socialista Unificado de Cataluña. En otro consejo de guerra celebrado el mismo día son juzgados en Madrid cuatro jóvenes acusados de pretender organizar la Unión de Juventudes Comunistas. El 3 de abril, se celebra en Madrid otro consejo de guerra para juzgar y condenar a doce inculpados de rebelión militar y propaganda ilegal, entre los cuales se encuentra un matrimonio acusado de haber dado albergue a Julián Grimau.

En total, y antes de que comenzara el esperado proceso contra el dirigente comunista Julián Grimau, detenido el año anterior, comparecen ante el consejo de guerra de Madrid —en un lapso de tiempo de tres meses— más de 100 personas, acusadas de pertenecer a diferentes organizaciones políticas clandestinas y de distribución de propaganda, además del joven poeta Manuel Moreno Barrancos, asesinado arrojándolo por la baranda de una galería de la prisión de Jerez de la Frontera, el día 22 de febrero, muriendo pocas horas después. Pero, según el ministro de Justicia, en España no se condenaba a nadie por sus ideas políticas...

Como puede verse, el régimen franquista seguía fiel a su tradición represiva y a su concepción totalitaria del ejercicio del poder. Pese a ello, y como afirmaba la prensa española a finales del año anterior, bastaba con que se fuesen manteniendo ciertas «tendencias» para que la cooperación hispano-francesa continuase adquiriendo una «importancia y un volumen cada vez mayor».

A los contactos oficiales celebrados en París, a principios de diciembre de 1962, entre los ministros españoles de Asuntos Exteriores, de Hacienda y de Comercio y sus homólogos franceses, siguieron las visitas a España del ministro del Interior, y la del jefe del Estado Mayor del Ejército francés, general Ailleret, realizadas a finales de enero y comienzos de febrero de 1963 respectivamente.

El acercamiento diplomático y político entre los gobiernos de París y Madrid adquiría una significación muy particular, pues no sólo confirmaba las «tendencias» fundamentales de la política internacional del general De Gaulle, sino que al mismo tiempo respondía a las exigencias de la política interior de los dos países. Franco había neutralizado los numerosos grupos de activistas de la OAS refugiados en España después de la independencia de Argelia. Era lógico pues que exigiese la contrapartida a De Gaulle. Como muy bien se afirmaba en un editorial de *Le Monde* titulado «¿Un Eje París-Madrid?»:

> El presidente de la República parece sentir cierta admiración por la habilidad política del Caudillo. Existe entre ellos un evidente parentesco filosófico y, más aún, un mismo empeño en defender, en medio de todas las vicisitudes de una época desordenada, la soberanía

> nacional. El general no es de aquellos que piensan que el régimen impuesto a este noble pueblo deba cerrarle las puertas de Europa y de la Alianza Atlántica. (*Le Monde*, 30-1-1963)

No debe sorprender, pues, que el Secretariado Intercontinental de la CNT exiliada alertara, en una circular interna dirigida a toda la militancia libertaria, sobre las posibles consecuencias de este acercamiento hispanofrancés:

> El Secretariado Intercontinental no descarta, pues, esa eventualidad a la que incluso los comunicados de prensa hacen alusión de manera lo suficientemente explícita. Las entrevistas de Madrid, relativas a la reciprocidad de «servicios», aparecen de forma suficientemente precisa para no abrigar ilusiones. El cambalacheo a realizar consiste en que los antifascistas españoles seremos moneda de cambio con los activistas de la OAS residentes en España [...] lo que implica que los compañeros deben estrechar al máximo los contactos con sus respectivos comités y mantenerse en estado de alerta. (Circular nº 11 del Secretariado Intercontinental de la CNT, Toulouse, 1-2-1963)

A finales de marzo la prensa francesa informaba de las primeras consecuencias de este «cambalacheo de servicios» en territorio francés: asignación en residencia del secretario de coordinación del Secretariado Intercontinental Marcelino Boticario, suspensión definitiva del portavoz juvenil Nueva Senda, amenaza de suspensión del periódico *Espoir* de la CNT, así como otras cuatro asignaciones de residencia.

En los momentos en que se hablaba con gran insistencia de las gestiones de la España franquista para obtener su entrada en el Mercado Común, todas estas medidas arbitrarias de las autoridades francesas contra antifranquistas exiliados en Francia y contra periódicos legalmente tolerados desde hacía muchos años ponían de manifiesto algo más que un simple cambalacheo de «servicios». Como lo hacía resaltar la prensa francesa de la época, Francia era

el país extranjero que había invertido más en España. Era pues lógico y natural que el gobierno francés mostrara gran interés en ayudar al régimen franquista contra toda tentativa de subversión.

En un discurso pronunciado por el ministro de Comercio, Ullastres, en el curso de un desayuno ofrecido por las cámaras de comercio francesas en España, tras haber recordado —precisamente— que Francia era el país extranjero que más invertía en España, se permitía afirmar sin ninguna vacilación que «franceses, ingleses y alemanes, al igual que los españoles, todos estaban interesados en la construcción de una Europa unida». Esta convicción del ministro franquista debía confirmarse con la visita a España, poco tiempo más tarde, del ministro francés de Finanzas, Giscard d'Estaing, visita que debía establecer y afirmar sobre bases prácticas la continuidad de la política de concertación entre los dos países, cuyos intercambios comerciales, que se habían doblado entre 1959 y 1961, habían aumentado después en más de un 30%. Y esto sin considerar el hecho de que Francia suministraba más de la mitad de los turistas que iban a España.

La verdadera motivación del recrudecimiento de la represión franquista era el temor de ahuyentar a los inversionistas extranjeros y al turismo si proseguían las acciones antifranquistas y la agitación social. Los jerarcas franquistas sabían que sin los aportes del capital extranjero y las divisas del turismo la economía española estaba al borde de la bancarrota. Y para que ni inversionistas ni turistas cogiesen miedo o buscasen otros horizontes más tranquilos, no les quedaba otro recurso que el terror.

Quizás sin saberlo, se iba avanzando hacia la prueba de fuerza. Los repetidos consejos de guerra en vez de aplacar los ánimos sólo aumentaban el resentimiento popular y la animosidad exterior hacia el fascismo español. Tanto en el interior como en el exterior no se desaprovechaba ninguna ocasión para testimoniar el repudio general contra el franquismo. Las manifestaciones y los hechos violentos contra las representaciones diplomáticas de las dos dictaduras ibéricas, denunciadas conjuntamente por un nuevo organismo de la resistencia hispano-portuguesa denominado Consejo Ibérico de Liberación, recomenzaron con más intensidad que antes.

A principios de enero el viceconsulado portugués en Milán era objeto de un atentado, que inmediatamente fue relacionado con el rapto del vicecónsul español en dicha ciudad, efectuado por un grupo de anarquistas italianos el año anterior.

A principios de marzo, el Consejo Ibérico de Liberación inició una espectacular campaña para prevenir a los turistas de los eventuales riesgos que podían correr en España.

Entre los días 3 y 4 de marzo se produjeron una serie de acciones que respondían, como afirmaba *ABC* en un titular de primera plana, «a una campaña sistemática y bien sincronizada». Poco antes de que explotaran varias bombas en el interior de aviones de las compañías nacionales españolas, Avianca e Iberia, estacionados sobre las pistas de los aeropuertos de Barcelona y Madrid, las torres de control de los aeropuertos de Londres, Ginebra, Frankfurt y París recibían llamadas telefónicas anónimas que les anunciaban que habían sido puestas bombas en los aviones de la compañía Iberia que estaban a punto de despegar hacia España. De suerte que, en todos los casos, al estallar las bombas sólo produjeron daños materiales. Esa misma noche los corresponsales de prensa extranjeros en Madrid recibían un comunicado del CIL en el que se declaraba lo siguiente:

> El Consejo Ibérico de Liberación, continuando la lucha por la libertad de los pueblos de Iberia, ha montado la operación «Advertencia» con objeto de prevenir al turismo internacional del serio peligro que éste corre de utilizar las líneas franquistas (Iberia y TAP) de navegación aérea y de continuar afluyendo a nuestro territorio. Hasta que el último foco del nazifascismo no sea eliminado de Iberia, la tranquilidad en Europa no será posible.

Al día siguiente explotaban, en las oficinas de la compañía Iberia y en los locales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas español en Roma, dos bombas que causaron grandes desperfectos e igual escándalo. En los

escaparates de Iberia los autores del atentado habían dejado una inscripción que no se prestaba a confusión: «No al turismo en España».

Días más tarde la prensa notificaba el descubrimiento de bombas, con sistema de relojería, en el interior de diversos aviones españoles en aeropuertos de la Península.

El eco publicitario despertado por estas acciones fue enorme, al ser comentadas ampliamente por los medios informativos (prensa, radio y televisión) internacionales, principalmente por los de Europa y América Latina. La campaña antiturística, propuesta por algunas organizaciones antifranquistas y apoyada por algunas centrales sindicales europeas, adquiría su verdadera dimensión e importancia.

Aunque si bien aparentemente estas acciones tenían como principal objetivo ahuyentar el turismo —que como afirmaba el ministro López Rodó había aportado en 1962 a España 400 millones de dólares, «cantidad que constituye un elemento esencial de nuestra balanza de pagos, y por consiguiente un factor esencial de desarrollo económico»—, el objetivo fundamental seguía siendo la denuncia de los regímenes fascistas español y portugués, así como de las democracias que les ayudaban a sostenerse.

El día 10 de abril, la prensa anunciaba simultáneamente la expulsión de tres estudiantes franceses —enviados por el periódico comunista Clarté para fotografiar los movimientos de agitación social— y la «detención de tres anarquistas franceses que habían cometido actos de terrorismo». Se trataba de tres menores de edad. El primero, Alain Pecunia, según el decir de la policía franquista, «hizo estallar el 6 de abril un petardo en el barco Ciudad de Ibiza, que regresaba de Palma de Mallorca a España». El segundo, Guy Batoux, era acusado de «haber intentado colocar un artefacto análogo en la embajada norteamericana en Madrid, el día 8 de abril». Y el tercero, Bernard Ferry, al que se quería hacer responsable del «petardo que había explotado en las últimas horas del día 8 en la delegación de Iberia en Valencia» (1).

Coincidiendo con estas detenciones y otros atentados, perpetrados contra oficinas y propiedades de la compañía Iberia y TAP, dentro y fuera de la Península, la prensa extranjera daba a conocer un nuevo comunicado del CIL:

Madrid. En una declaración, enviada a las agencias de prensa extranjera, los anarquistas anuncian que han puesto en marcha la segunda fase de su ofensiva contra el turismo en España y Portugal, que, según ellos, ayuda a la economía de Franco y Salazar. [...] El CIL previene nuevamente al turismo internacional del peligro que corre al utilizar las líneas de navegación aéreas y marítimas españolas y portuguesas. (*La Dépêche*, 10-4-1963)

Por esos mismos días, el CIL daba a conocer el texto de una «carta abierta al presidente Kennedy», enviada a través del embajador de los Estados Unidos en España, con ocasión de la visita que el renombrado representante demócrata Stevenson había hecho a Franco, para hacer avanzar las negociaciones para la renovación de los acuerdos económicos y militares entre los dos gobiernos.

El Consejo Ibérico de Liberación, haciéndose eco del sentir unánime de nuestro pueblo, le manifiesta a usted y al mundo su total repudio por la descarada intervención y el respaldo a la Dictadura de parte del capitalismo americano y del gobierno que usted preside. [...] Los amigos de Franco, aunque se llamen demócratas, serán siempre los enemigos de los auténticos demócratas españoles, que a través de la Alianza Sindical CNT-UGT-STV y de los organismos de lucha reconquistarán en su día la vigencia de la libertad en España. (FIJL, editado clandestinamente en junio de 1963)

Pese a que era a todas luces evidente el origen anarquista de toda la acción violenta antifranquista —reivindicada sin ninguna clase de ambages por los organismos de lucha y prensa libertaria—, la prensa adicta al Régimen y el propio Ministerio de Información continuaron, terca e intencionadamente, su propaganda para confundir y presentar toda la acción subversiva como obra del «comunismo internacional».

Al comenzar 1963, y bajo el titular de «Planes de agitación comunista contra la Península ibérica», el *ABC* decía:

> Los comunistas españoles que procuran ocultar sus verdaderas actividades con el disfraz de operaciones pacíficas y conciliatorias, hasta que en el mes de octubre 1961 el mismo Carrillo acabó con los disfraces y ordenó pasar a la agitación violenta, con huelgas y atentados armados. Consecuencia de ello fueron las bombas que estallaron el verano pasado en varias ciudades españolas y algunas en Portugal. (*ABC*, 3-1-1963)

Volviendo repetidamente a la carga con el mismo estribillo cada vez que tenía lugar una acción antifranquista:

Los agitadores profesionales comunistas italianos y franceses dirigieron las agitaciones obreras del pasado mes de septiembre en España, mediante un plan organizado con todo detalle, pero que terminó naufragando. [...] Se refiere a algunos atentados terroristas y a la existencia en Toulouse (Francia) de una escuela en la cual eran adiestrados los activistas comunistas. (*ABC*, crónica de su corresponsal en Roma, 15-2-1963). Las recientes explosiones ocurridas en las oficinas de la compañía Iberia y en el edificio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, han sido planeadas y organizadas por la citada red comunista. (*ABC*, 7-3-1963)

Es sabido el tradicional interés franquista en presentar al comunismo como el epicentro de la oposición al Régimen; pero también es verdad que el anarquismo aparecía nuevamente, y cada vez más, como la única fuerza auténticamente revolucionaria en el seno de esa oposición, y que la influencia radicalizadora de la acción directa anarquista, tanto en el interior como en el exterior del país, había despertado nuevos entusiasmos y esperanzas entre todos los simpatizantes de la causa antifascista. De ahí que también el PCE, y el comunismo internacional, intensificaran su propaganda para no desaparecer

de la escena política española o, por lo menos, para no perder el puesto de vanguardia que el anquilosamiento de las organizaciones antifranquistas clásicas le habían permitido ocupar desde hacía algunos años.

La agitación social, las huelgas de Asturias y las acciones violentas habían convertido la lucha antifranquista en noticia de primera actualidad. Y en medio de esa actualidad, por primera vez, desde hacía muchos años, el anarquismo acaparaba las primeras planas de la información, reapareciendo más combativo que nunca, como testimoniaban el impacto internacional de sus acciones y su influencia entre las nuevas generaciones. Los conflictos, las acciones, los procesos y la solidaridad desmentían cada día los propósitos confusionistas del Régimen en favor del PCE. Sólo la importancia numérica, financiera y propagandística del comunismo internacional permitían al PCE español seguir manteniéndose en primera línea. No es pues de extrañar que intentaran hacer del proceso del dirigente comunista Julián Grimau el centro de convergencia de toda la protesta antifascista mundial.

En efecto, aprovechando las extraordinarias circunstancias que concurrían en el caso (Julián Grimau había sido gravemente herido al ser arrojado por la policía desde el balcón del entresuelo de la Dirección General de Seguridad para simular un suicidio; había sido el jefe de una de las «brigadas de investigaciones criminales» durante la guerra, y se le presentaba como uno de los dirigentes de los recientes movimientos huelguísticos), las organizaciones comunistas orquestaron en su favor una campaña de propaganda y de movilización internacional sin precedentes. Habría que remontarse muchos años atrás, con ocasión del proceso e inmolación de los anarquistas Sacco y Vanzetti, para encontrar una movilización de protesta similar. Al ser conocida la sentencia del Tribunal Militar se organizaron grandes manifestaciones públicas y toda clase de actos de protesta en las principales capitales de Europa y de los otros continentes, con la participación de destacadas personalidades políticas e intelectuales del mundo entero y de todos los partidos y organizaciones antifascistas. Varios jefes de Estado occidentales intervinieron en su favor con el envío de telegramas personales dirigidos al general Franco.

Sin embargo, todo fue aparentemente en vano:

> Contrariamente a lo que esperaban la mayoría de los observadores, el consejo de guerra sumarísimo que ha tenido lugar en Madrid ha condenado a Julián Grimau, miembro del Comité Central del Partido Comunista, detenido en noviembre último, a la pena de muerte por «delito continuado de rebelión militar». El fiscal militar ha basado la mayor parte de sus acusaciones sobre las actividades «perversas» del señor Grimau durante la Guerra Civil; en tanto que el defensor, que ha solicitado para el acusado una pena de tres años de cárcel, no considera como delito más que sus tentativas para reorganizar en la clandestinidad el Partido Comunista Español. La sentencia debe ser ratificada por el Capitán General de la primera región militar. (*Le Monde*, 20-4-1963)

El franquismo se decidía a dar un paso que podía ser muy peligroso. La noticia llenó de consternación a todos cuantos se habían movilizado en defensa de Grimau. Y pese a las numerosas intervenciones de última hora para evitar esa «muerte inútil» —entre las que hay que destacar el sonado telegrama de Kruschev a Franco y una «exhortación a la caridad y al perdón cristianos» de la Santa Sede, transmitida por intermedio de la Nunciatura Apostólica de Madrid— Julián Grimau fue fusilado.

«La muerte inútil», como la llamaba Robert Escarpit en su rúbrica de *Le Monde*. ¿Para qué podía servir al franquismo? ¿Como simple venganza política?... ¿como ejemplo?

Al igual que tantos otros se plantearon en su momento el porqué de esa «muerte inútil», nos hemos planteado la misma cuestión. Además de inútil esa justicia sumaria y brutal (una venganza tardía de más de un cuarto de siglo), abría viejas heridas y destruía, de golpe, la idea que el Régimen trataba de propagar «con la intención de acercarse a una Europa que necesita: la de que se liberaliza y que ya no es el régimen totalitario de antes».

El fusilamiento de Julián Grimau no servía en nada a los designios políticos del franquismo, ni siquiera como seria advertencia frente a las crecientes actividades subversivas de la oposición. En ese caso, ¿para qué escoger un militante de un partido que no perdía ocasión de condenar el recurso a la violencia? Y en última instancia, a los únicos que podía beneficiar tal crimen era a los comunistas: «Julián Grimau, mártir de la reconciliación nacional». A causa de esa «muerte inútil», los comunistas volvían a ocupar el primer plano de la actualidad y, aparentemente, el primer puesto ante el furor represivo de la Dictadura.

Todo, en torno a la muerte de Grimau, resulta turbio. Salvo si se acepta la explicación que algunos avanzaron entonces: el telegrama de Kruschev a Franco —interpretado por éste como una inadmisible intromisión en los asuntos interiores de España— habría impedido al Caudillo mostrarse indulgente y conmutar la pena.

Este crimen no alteró, en lo fundamental, la actitud de las «democracias occidentales» y de las «populares» hacia la España franquista, ni los esfuerzos de la oposición antifranquista para combatir a la Dictadura, con las «armas» y la estrategia política que cada grupo había fijado con anterioridad. Ni siquiera en el campo de quienes preconizaban la «reconciliación nacional» la «muerte inútil» provocó cambio estratégico alguno.

Pocos días después de cometido el crimen, *Mundo Obrero* publicaba un manifiesto del Comité Ejecutivo del Partido Comunista por el que, respondiendo al acto criminal del general Franco, llamaba «a todos sus militantes, a las fuerzas de la clase obrera, a los trabajadores católicos, socialistas, anarquistas y desorganizados, a reforzar su actividad de organización de las masas, a intensificar las acciones parciales, con miras a la más pronta realización de la Huelga general política».

Desgraciadamente, este llamamiento «a todas las fuerzas de la clase obrera», en el que parecía vislumbrarse un espíritu unitario menos sectario que el que siempre había caracterizado al PCE, no tardaría en verse desmentido por los hechos.

En diversas regiones seguían produciéndose conflictos laborales, que inscribían en el orden del día el problema del salario mínimo y otras reivindicaciones materiales, y el problema —políticamente más importante— de la representatividad de los sindicatos verticales. Cabe destacar, por su amplitud y por ser la primera vez que las huelgas afectaban al campo español, los movimientos reivindicativos de los obreros agrícolas de Sanlúcar de Barrameda y de los vendimiadores de la región de Jerez, a mediados del mes de abril.

En líneas generales, puede decirse que 1963 fue un año difícil en el terreno de los conflictos sociales. Aunque discontinuos, los plantes y los movimientos de huelga se sucedían unos tras otros a través de toda la geografía española.

Al lado de la represión, el Régimen había puesto sobre el tapete el espinoso problema de las elecciones sindicales en la CNS. De cara al extranjero, se aparentaba la continuidad del «proceso evolutivo» y, de cara al interior, se intentaba provocar maniobras para dividir y paralizar el movimiento reivindicativo de la clase trabajadora española, que demostraba un grado de madurez política insospechada y peligrosa para el Régimen.

El 12 de abril, tras una nueva intervención del señor Solís, el Consejo de Ministros estimó que las elecciones sindicales podían presentarse muy difíciles y decidió autorizar a los mineros desterrados a que volviesen a Asturias, siempre y cuando su antiguo patrono no tuviera inconveniente en admitirles. [...] La mala voluntad del ministro de Gobernación, que sin duda intenta de este modo torpedear las elecciones sindicales, lo ha diferido. (*Combat*, 30-4-1963)

Dentro del propio Régimen se especulaba con los conflictos planteados por la oposición, lo que mostraba que la lucha por la sucesión proseguía encarnizadamente entre bastidores. Entre la Falange, que temía ser sacrificada, y el Opus Dei, partidario incondicional de la restauración monárquica, no había guerra a muerte, pero sí un zancadilleo sistemático para conseguir la hegemonía en el seno del gobierno y de las instituciones franquistas. Para aminorar el impacto de estas rivalidades, que comenzaban a

discutirse y ventilarse en plena calle, Franco revivió el Consejo Nacional del Movimiento, que tenía por misión poner de acuerdo a los franquistas de uno y otro bando con los proyectos del dictador. Ni república presidencial (como comenzaban a reclamar los falangistas del Círculo José Antonio), ni monarquía, como seguían exigiendo los miembros del Consejo privado de Juan de Borbón, sino continuidad de la política franquista de doble juego:

El duque de Primo de Rivera, ex ministro, ex embajador y hermano del fundador de la Falange Española, afirma en un artículo que España es, desde hace algunos años, un gobierno sin Estado. Ataca violentamente a los grupos de presión enraizados en el Opus Dei, que utilizan la condición de expertos que se han atribuido a sí mismos y que llevan a cabo una política de estabilización económica cuyos resultados no han sido en modo alguno positivos para el país. [...] Propone un Parlamento bicameral y una fórmula racional de selección y de representación pública mediante elecciones, excluyendo a la vez el pluralismo de los partidos políticos y el partido único. (*Le Monde*, 27-3-1963). El poeta José María Pemán, presidente del Consejo privado de don Juan, ha declarado en ocasión de una conferencia organizada por el Círculo Balmes de Cáceres: «España es un reino y la única sucesión posible al general Franco es la dinastía y una persona» (*Le Monde*, 2-4-1963)

Por su parte, la oposición seguía especulando con el falso dilema: «democracia o revolución». Con ello se escamoteaba el verdadero y único problema: el de la lucha efectiva contra el franquismo.

En el número de abril de *Mundo Obrero*, el Partido Comunista declaraba:

> Se trata de que ni el Opus, ni el llamado «Movimiento Nacional», ni la monarquía, ni ninguna de las superestructuras actuales puedan servir como puente hacia la democracia. El papel de puente hacia la democracia sólo podría desempeñarlo un gobierno provisional, sin signo institucional, que proclame una amplia amnistía, restablezca las libertades políticas y prepare unas elecciones auténticamente libres.

Gil Robles, haciéndose el intérprete de cuantos habían aprobado el Coloquio de Múnich, seguía afirmando que: «en el espíritu de quienes habíamos elaborado la fórmula y en el de quienes la aceptaron había, sobre todo, el deseo de evitar toda violencia el día de la caída del régimen de Franco o imposibilitar una nueva guerra civil». A lo que hacía coro el veterano dirigente socialista, Rodolfo Llopis, que con candidez muy significativa declaraba, a finales de abril, al periódico mejicano Novedades, que «propugnamos, pues, que España vuelva a ser dueña de sus destinos. [...] La Monarquía o la República no se regalan, hay que conquistarlas democráticamente. [...] En 1931, las circunstancias nos hicieron ir a la democracia por la República, ahora queremos ir a la República por la democracia».

Sólo el FLP, en sus declaraciones, y el MLE, con sus acciones, seguían planteando el problema en sus verdaderos términos. En julio de 1963, Frente, órgano del FLP, decía: «La finalidad de las acciones revolucionarias (ya sean pacíficas —propaganda, radio, etc.— o violentas —guerrillas, sabotaje, etc.—) es romper con el status actual, modificar la situación presente e influir, en sentido positivo, en el estado de ánimo de las masas».

El día 6 de junio, una nueva serie de acciones bien sincronizadas en diversos aeropuertos europeos y del continente americano acaparaban nuevamente la actualidad informativa internacional. Al día siguiente, los principales rotativos del mundo entero daban cuenta de esta espectacular acción del CIL, dedicándole grandes titulares y numerosas fotografías:

> Cinco aviones saboteados en una semana. Los anarquistas españoles quieren dar miedo a los turistas. [...] Desde hace una semana los sabotajes se multiplican a bordo de los aviones comerciales portugueses y españoles. (Paris-Presse *L'Intransigeant*, 9 y 10-6-1963)
>
> De Londres se informa que la policía ha montado una vigilancia especial en los aeródromos europeos a consecuencia de las explosiones que se han producido en equipajes cargados en aviones

> con destino a España y Portugal. Las explosiones se han producido en Ginebra, Frankfurt y Londres. (New York Herald Tribune, 13-6-1963)

Por su parte, en un extenso comunicado hecho público unos días más tarde, el CIL declaraba lo siguiente:

> Las campañas y operaciones que el CIL ha montado en los últimos meses responden a los planes que se han trazado para llevar la lucha hasta su punto decisivo, después de crear las condiciones favorables para el entendimiento y unión de todas las fuerzas auténticamente antifascistas, verdaderamente interesadas no en una lucha protocolaria y platónica de condenas intrascendentes, sino en una lucha efectiva contra el franquismo y el salazarismo.

Pero el turismo seguía acudiendo a España y Portugal, sin que aparentemente sirvieran de freno alguno las amenazas y las llamadas de los movimientos antifranquistas. Así, mientras varios millones de europeos en vacaciones venían o se aprestaban a venir a España en busca del sol, los obreros y mineros asturianos se veían obligados a ponerse una vez más en huelga.

El 19 de julio, las minas de Hullera Española, Figueredo, Llori, Tres Amigos y Dominica se declaraban en huelga, exigiendo una paga extraordinaria prometida para el 18 de julio, y que no había pasado de promesa, y el derecho al mismo número de días de vacaciones concedidos ya en la Fábrica de Mieres.

Poco a poco el movimiento de huelga se extendió por toda la cuenca minera, adquiriendo, a causa de las intransigencias patronales y las medidas represivas del Régimen, una politización cada vez más intensa.

En este contexto, tienen lugar el día 29 de julio dos atentados en Madrid que provocan una gran conmoción en la capital española y poco después en toda España. Tanto por la extraordinaria movilización policíaca, como por la publicidad a que dan lugar a través de la radio, prensa y televisión españolas,

al explotar las autoridades franquistas la circunstancia de que la primera explosión había causado, en la sección de pasaportes de la Dirección General de Seguridad, una veintena de heridos leves. La otra explosión se produjo a medianoche en la sede de los sindicatos falangistas, ocasionando únicamente desperfectos en el inmueble, al funcionar correctamente —sin duda— el sistema de retardo.

Tres días más tarde la policía presentaba, con gran despliegue publicitario, a los «presuntos autores» de los hechos:

> El Director General de Seguridad, don Carlos Arias, a quien acompañaban el subdirector jefe superior de Policía y el inspector señor Martín Herreros, acompañado de su brigada, informó que habían sido detenidos los autores de los dos atentados criminales llevados a cabo el día 29 de julio en la sección de pasaportes del propio edificio de la Dirección General y en la Casa Sindical. Los detenidos son Francisco Granado Gata y Joaquín Delgado Martínez, ambos de treinta años. Son afiliados a la organización «Juventudes Libertarias» y proceden de Francia. El pasado día 31 fueron detenidos en la Plaza de Oriente al despertar las sospechas de la policía. Ulteriores investigaciones descubrieron que poseían un arsenal compuesto por 20 kilos y 950 gramos de explosivo plástico, una ametralladora, cierta cantidad de balas y un radiotransmisor destinado a provocar explosiones a distancia por medio de onda corta. (*ABC*, 2-8-1963)

Sin el hecho desgraciado de que «el artefacto dejado en los locales de la Dirección General de Seguridad, que debía explotar por la noche, a una hora en que el público ya habría evacuado los locales» (2), explotara prematuramente causando heridos, el Régimen no habría podido desatar la campaña de denuestos contra el activismo antifranquista y, en particular, contra los «supuestos autores» de dichos atentados.

Contrariamente a lo que la prensa franquista afirmaba, y a pesar de los incesantes interrogatorios y las brutales torturas a que fueron sometidos, ni

Francisco Granado ni Joaquín Delgado reconocieron haber participado en los atentados que se les imputaban.

Pese a su juventud, treinta años, Joaquín Delgado ha llevado una intensa actividad conspirativa y organizacional. Llegó al exilio al lado de sus padres, viejos militantes de la CNT, en 1949. [...] Sus contactos con los compañeros del interior se multiplican y éstos encuentran en él un colaborador eficaz y abnegado. Sus misiones como enlace son innumerables. [...] En espacio de poco más de seis meses recorre de ciudad en pueblo más de 50.000 kilómetros. Francisco Granado tiene la misma edad que Delgado. Tiene una familia ya numerosa: una mujer y tres hijos. [...] Buscando un poco más de pan y un poco más de libertad, sale de España y llega a Francia en calidad de emigrado económico. Muy pronto se hace notar en esta región como uno de los antifranquistas más activos. (FIJL, agosto de 1963)

El 11 de agosto los corresponsales de prensa extranjera en Madrid recibían un documento del CIL en el que se precisaba lo que sigue:

> Lo mismo que hasta el presente, el Consejo Ibérico de Liberación, que siempre ha aceptado la responsabilidad de sus actos, declara hoy ante la opinión pública nacional e internacional: 1.º Joaquín Delgado y Francisco Granado son absolutamente ajenos a los hechos ocurridos el 29 de julio en Madrid. 2.º El depósito de armas atribuido a Francisco Granado —como tantos otros que existen en nuestro país para fines específicos— no ha sido utilizado y permanecía intacto al ser descubierto por la policía. 3.º Joaquín Delgado es ajeno a todas las acusaciones que ha fabricado la policía. 4.º El o los autores de los hechos ocurridos el 29 de julio no han sido, pues, detenidos. [...] Somos los primeros en lamentar esas víctimas, lloradas hipócritamente por la reacción para justificar sus atrocidades. [...] Los que tomaron parte en la protesta contra la sede nacional de los sindicatos falangistas y la

> Dirección General de Seguridad, nos comunican que la primera fue realizada para poner en evidencia a los Sindicatos oficiales como los más eficaces colaboradores del patronato, y que la segunda fue ejecutada en señal de protesta contra la represión de los mineros asturianos arbitrariamente detenidos y deportados, así como por ser el edificio en cuestión un lugar donde se tortura de manera bárbara a los hombres que son detenidos por delitos políticos y sociales.

De nada sirvieron estas declaraciones, por las que el CIL aportaba el testimonio de los verdaderos ejecutores de las acciones imputadas a Delgado y Granado, e igualmente de nada sirvieron las numerosas protestas que, ante la inminencia de un apresurado consejo de guerra sumarísimo, comenzaron a levantarse un poco por todas partes. Las autoridades franquistas no esperaron, como en el caso de Grimau, a que pasaran los meses. En dos semanas escasas procedieron al montaje de la farsa jurídicomilitar para dar una apariencia de legalidad al nuevo crimen que habían ya decidido perpetrar.

El día 13 de agosto por la tarde, las agencias de prensa recibían un comunicado oficial por el que se daba cuenta de la celebración del consejo de guerra sumarísimo y las condenas a muerte impuestas a los dos acusados:

> Madrid, 13 de agosto (AP). Francisco Granado Gata, de 30 años, y Joaquín Delgado Martínez, de 30 años igualmente, dos refugiados españoles, de los cuales uno, Martínez, ha obtenido la nacionalidad francesa, han sido rápidamente juzgados el martes en Madrid. [...] El proceso ha sido abierto sin previo aviso a la prensa, a las 8 de la mañana, y los debates han sido llevados con toda rapidez. (*Le Monde*, 14-8-1963)

> Miembros de las Juventudes Libertarias, Francisco Granado y Joaquín Delgado habían reconocido haber introducido de Francia a España 21 kilos de plástico y material explosivo; pero habían negado haber cometido los atentados por los cuales están inculpados, declarando que sus confesiones a la policía, después de su detención, estaban

> destinadas a cubrir a los verdaderos autores de los atentados. (*Le Figaro*, 14-8-1963)

Bien que la celebración del «juicio» había cogido desprevenidos a los observadores extranjeros y a la opinión pública casi totalmente, la inminencia de la ejecución hizo cundir la indignación en los medios sensibilizados por la lucha del pueblo español. Con toda premura se organizaron manifestaciones de protesta y diversas personalidades y organismos se apresuraron a enviar telegramas pidiendo la conmutación de la pena. Pero, en esta ocasión, apenas si hubo tiempo para lanzar los gritos de alarma. Además, el hecho de ser anarquistas no les hacía merecedores de la solidaridad del formidable aparato propagandístico del comunismo internacional. A los cuatro días de haber sido pronunciada la sentencia, un nuevo comunicado oficial a la prensa anunciaba su ejecución:

> En las primeras horas de la mañana de hoy y con sujeción a las formalidades de la ley penal común, ha sido ejecutada la sentencia de pena capital.

Ejecutados «con sujeción a las formalidades de la ley penal común» efectivamente lo fueron. Al menos en lo que a la aplicación del infamante y cruel garrote vil se refiere. Pero, ¿cómo podían ser condenados a la pena capital si, como la propia prensa franquista lo tenía que reconocer, las víctimas sólo habían sufrido heridas ligeras, que en ningún caso habían puesto en peligro la vida de ninguna de ellas?

La víctima más perjudicada, como se recuerda, por la citada explosión es María del Carmen Anguita, bella modistilla de 16 años, a la que gravísimas quemaduras ha afeado brazos y piernas.

Como en el caso de la ejecución de Grimau, las protestas internacionales fueron igualmente indignadas y violentas; pero en esta ocasión las grandes organizaciones y partidos, los representantes de los Estados democráticos y los

Kruschev guardaron silencio. Sin embargo, hubo voces dignas que intentaron romper el silencio:

> Ha sabido, el Caudillo, reunir su Corte marcial a puerta cerrada y orquestar secretamente el proceso: acusados y condenados por haber puesto dos bombas, Francisco Granado Gata y Joaquín Delgado Martínez han negado; el «Consejo Ibérico de Liberación» ha afirmado que los verdaderos responsables de esos atentados estaban en libertad, ¡qué importa!, se creerá que los dos jóvenes españoles muertos en la madrugada son responsables de su propia muerte y que lo han confesado. ¡Viva Franco! [...] Ha sabido escoger, entre las muertes innobles que se ejecutan fríamente la muerte más innoble: ¡el garrote vil! ¡Este asesinato de artesano! ¡Esta muerte de aprendiz! ¡Esta ejecución primitiva de la que se sirven los brutos! Esta muerte que hoy se niega a las bestias... ¡Viva Franco! (Yvon Le Vaillant, en *Témoignage Chrétien*, 22-8-1963)

¿Qué es lo que buscaba o lo que temía el franquismo para recurrir a procedimientos tan expeditivos y tan bárbaros?

Refiriéndose a «la condena y ejecución ultrarrápida» de F. Granado y J. Delgado, el periódico *Le Monde* —en un editorial de primera plana titulado «Verano tempestuoso en España»— decía el 5 de septiembre:

> ¿Eran sólo conductores de armas y de material de propaganda, como lo afirma una organización anarquista o preparaban un atentado contra el general Franco como algunos pretenden? Habiendo sido prohibida la entrada a los periodistas y al público en el proceso «sumarísimo» todas las hipótesis están permitidas.

Es muy posible que la razón determinante para la rápida y brutal ejecución de los dos jóvenes libertarios haya sido el constatar que el material que se les

había encontrado en su poder estaba destinado a un atentado contra el Dictador, confirmado por sus declaraciones tras las brutales torturas a las que fueron sometidos inmediatamente después de ser detenidos. Pero lo que es indiscutible es que esta posibilidad de atentado contra Franco se encuadraba en un verano efectivamente tempestuoso. Pese a los repetidos consejos de guerra, pese a las deportaciones y torturas, y pese al fusilamiento de Grimau, las huelgas y las acciones contra el Régimen se seguían unas a otras.

El 2 de agosto, un sabotaje en la vía férrea de Portbou a Barcelona había interrumpido el tráfico durante más de ocho horas. Casi simultáneamente se habían producido tres voladuras de otras tantas torretas de conducción eléctrica, en el lugar conocido por Can Prim, en el término municipal de Rajadell. Cinco días más tarde, la Guardia Civil, que había desplegado grandes efectivos por la comarca, descubría a dos guerrilleros. En el encuentro uno de ellos resultó muerto y el otro capturado.

Al igual que habían hecho con Granado y Delgado, las autoridades españolas —en su afán de presumir de haber descubierto siempre a los responsables— no vacilaron en cargar todos esos sabotajes a la cuenta de Ramón Vila Capdevila, más conocido por Caraquemada (3), que resultó ser el guerrillero matado por la Guardia Civil, pese a que era imposible que hubiese estado en los dos sitios, distantes entre sí dos o tres jornadas a pie.

En *Mundo Obrero* de abril se decía que, después de haber sido juzgado, Julián Grimau había dicho a sus compañeros lo siguiente: «No os engañéis, me fusilarán sin duda alguna. [...] Mi muerte será la última del franquismo». Pero Julián Grimau se equivocaba en su última previsión: los anarquistas Ramón Vila Capdevila, Joaquín Delgado y Francisco Granado continuaban engrosando la lista.

En el enfrentamiento entre la oposición activa y el Régimen, se había llegado a la prueba de fuerza. El franquismo había demostrado, con esas ejecuciones, no estar dispuesto a ceder en ningún terreno si el peso de los acontecimientos no le obligaba a ello. En cambio, la oposición activa se veía, en el momento decisivo, abandonada una vez más a su suerte. El cansancio y el miedo, explotados maquiavélicamente por los inmovilistas de todo tipo paralizaban al

exilio en los momentos en que su ayuda moral y material era más necesaria en el interior.

Ya hemos dicho que los libertarios españoles no habían terminado de digerir su «reunificación», y que el D-I y el sector que le apoyaba eran objeto de una campaña sistemática de críticas, calumnias y maniobras tendentes a reducir el respaldo que la base aportaba a la continuidad de la acción conspirativa, y facilitar así los propósitos del sector esgleísta de reconquistar la dirección del Movimiento. Sin embargo, hasta la convocatoria del comicio confederal correspondiente al año en curso, esta campaña no había tenido consecuencias graves, salvo las de reducir en forma sensible las aportaciones para el fondo «Pro España», que era el que alimentaba —en gran parte— la actuación del D-I.

A partir del momento en que se cursó el temario del congreso, el inmovilismo esgleísta se movilizó con todo descaro para la recuperación de los cargos del Secretariado Intercontinental. Para ello se avivaron todas las querellas intestinas derivadas de los casos de «reunificación» aún no totalmente resueltos (las federaciones locales de Marsella y Caracas); sin ningún escrúpulo, se aprovecharon demagógicamente todas las fallas orgánicas del Secretariado Intercontinental que podían ser presentadas como «pruebas» de su «inclinación reformista». Y, para colmo de los colmos, hasta las caídas de los jóvenes libertarios en España eran utilizadas con el mismo objetivo, deformando los hechos y prestando más veracidad a las versiones policíacas que a las informaciones responsables del propio Secretariado Intercontinental.

Por primera vez, en los medios libertarios españoles era puesto más o menos abiertamente sobre el tapete el problema de las candidaturas; pero la candidatura que podría considerarse como identificada con el D-I sólo fue posible concertarla bajo la presión de los jóvenes libertarios e in extremis, para intentar hacer frente a la maniobra de los que querían a toda costa paralizar la acción directa en España. No es de sorprender pues que esta maniobra fuese apoyada por la totalidad de los que aun no estando «doctrinalmente» de acuerdo con el esgleísmo, no querían sostener la línea de acción del D-I, ya fuese por su acomodamiento personal en el exilio o por formar parte de las corrientes auténticamente reformistas de la CNT. No hay que olvidar que

desde el comienzo de la gestión del D-I tanto los primeros como los segundos se habían mostrado alérgicos a la aplicación de los acuerdos de lucha.

Ya en una circular, cursada a la base de la organización confederal el 28 de mayo de 1963, el Secretariado Intercontinental se veía en la obligación de recordar que:

> ... nuestro organismo idóneo [C de D] nos incita a esta nueva llamada a la reflexión y al cumplimiento del deber. La D-I, sus actividades y perspectivas de acción en el terreno que le es propio —el interior de la península—, ha planteado la cuestión de manera acuciante al organismo de Defensa y las partes interesadas han convenido en que, ciertamente, las necesidades están muy por encima de los concursos que se ofrecen. [...] El juicio personal que nos merezcan los hombres, los métodos y objetivos que la Organización se ha dado no pueden inducirnos a rehusar nuestro concurso porque los acuerdos se materialicen. Como no puede ser motivo para adoptar posiciones negativas de orden destructivo de la moral de cooperación militante que nos circunda. [...] Los organismos del Movimiento reunidos a instancias del D-I hemos llegado a concluir que es indispensable -insoslayable— que todos y cada uno de los militantes ausentes de su deber constructivo ocupen el lugar que les imparte; a afirmar que nada explica ni justifica la actitud derrotista, desmoralizante y negativa.

En suma, que «los organismos del Movimiento reunidos» habían concluido en la necesidad de hacer un imperioso y urgente llamamiento «a todos los militantes» para que aportaran el respaldo necesario al D-I4. Pero de los tres organismos del Movimiento sólo el Secretariado Intercontinental (CNT) y la Comisión de Relaciones de la FIJL cursaron este llamamiento. En cambio, la Comisión de Relaciones de la «rama específica» (FAI) —controlada por los esgleístas—, no sólo no lo hizo sino que continuó siendo el trampolín de la campaña «derrotista, desmoralizante y negativa».

Para dar más peso a esta campaña la delegación esgleísta en el D-I había dimitido previamente. El primer representante de esta «delegación»

planteaba un problema de «desconfianza e interpretación de acuerdos» con respecto a los otros miembros del D-I, problema que sería explotado a continuación por la rama específica en su campaña de preparación del Congreso Confederal. Los ataques y la movilización esgleísta eran justificados con el falaz argumento de que el D-I quería convertirse en una superestructura dentro del Movimiento. El segundo miembro dimisionario lo hizo «por incapacidad personal para desempeñar la función», al no poder presentar una explicación aceptable del fracaso de la gestión que él mismo había reivindicado desde hacía un año. Estas retiradas «estratégicas» de la delegación esgleísta habían dado origen a una denuncia orgánica contra los dos dimisionarios, regularmente presentada al conjunto del Movimiento a través del organismo idóneo, por parte de los demás miembros del D-I; con anterioridad, pues, al congreso de octubre de 1963, y para ser resuelta en él, existía una «impugnación orgánica» contra esos dos ex miembros del D-I, a la vez militantes confederales y específicos.

La preparación de este congreso en las federaciones locales fue el campo de batalla en que dos concepciones, tanto del contenido revolucionario de la CNT como de la lucha antifranquista, diametralmente opuestas, dirimían sus diferencias para hacer prevalecer su respectivo punto de vista. En este enfrentamiento los menos favorecidos fueron los que, por las propias exigencias de la lucha clandestina y las inevitables consecuencias de la represión, tanto en España como en el extranjero, se veían obligados a dedicar la mayor parte de sus energías y de su tiempo a continuar la acción y a evitar las represalias policíacas.

Eran muchos los intereses opuestos al resurgir libertario, y la mayoría de las maniobras tendentes a provocar confusión y divisiones en la base obedecían, más que a pruritos de representatividad o a apetencias personales, a directrices bien definidas. En la mayoría de los casos los elementos confederales que a ello se prestaban sólo eran instrumentos inconscientes de aquellos intereses.

Los litigios que se plantearon en el interior a propósito del Comité Nacional y de la ASO (5), además de servir de pretexto al esgleísmo para atacar al Secretariado Intercontinental, por supuestas concesiones de principio frente a

grupos más o menos marginados de la Organización, sirvieron para acentuar la confusión y la dispersión de la militancia.

Por las consecuencias decisivas que tuvieron sobre el resultado final del congreso, y por su significación particular, hay que destacar dos medidas de las autoridades francesas cuya coincidencia no era en modo alguno fortuita: la una era la amplia represión desencadenada por orden del Ministerio del Interior contra la FIJL y algunos militantes confederales conocidos por su simpatía con la posición combativa de la organización juvenil; la otra era la autorización dada por esas mismas autoridades para la celebración del Congreso Confederal en Toulouse, autorización que había rechazado durante muchos años.

La primera medida, desencadenada el 11 de septiembre a las seis de la mañana por orden del «Parquet de la Seine» (Ministerio público), consistió en la detención de 21 libertarios españoles —tras haber procedido al interrogatorio y al registro de domicilios de unos sesenta—, acusados de «asociación de malhechores»:

Una serie de operaciones de policía han sido efectuadas, en la mañana de ayer, en Francia, en los medios anarquistas españoles pertenecientes principalmente a la FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias), que es una emanación de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo en el exilio), que tiene su sede instalada en el nº 4 de la calle Belfort, en Toulouse [...] Al lanzar a la policía tras estos hombres, a los cuales no obstante hemos dado asilo y que, como cualquiera puede constatar, no perturban en manera alguna el orden público, nuestros gobernantes obtendrán sin duda alguna satisfacción en contrapartida. (*La Dépêche*, 12-9-1963)

En el documento reservado de la Dirección de Informaciones Generales («Renseignements généraux») de la Dirección General de Seguridad Nacional del Ministerio del Interior francés, que sirvió de base para la redada policíaca del día 11 de septiembre, titulado «Les menées terroristes des anarchistes espagnols en France», se hace una distinción neta entre la CNT y la FJJL, pese a

que las autoridades francesas no podían ignorar los acuerdos de lucha de ambas organizaciones:

Creada en Madrid, en agosto de 1932, la FIJL no tiene existencia legal en el territorio francés. Disfruta simplemente de una tolerancia administrativa, como la organización hermana «Confederación Nacional del Trabajo». Las dos tienen su sede en Toulouse, en el nº 4 de la calle Belfort. Pero la última, la CNT, es un movimiento anarcosindicalista que se propone instaurar la democracia y después la anarquía en España por medio del sindicalismo, y no aprueba la violencia y el terrorismo.

La FIJL estima que si «los sectores democráticos nacionales e internacionales no llegan a promover una solución política al problema del fascismo en España, las vías que conducen a acciones de carácter más expeditivo estarán irremediablemente abiertas. [...] Ciertos de sus militantes constituyen lo esencial del equipo terrorista del CIL, con algunos elementos franceses, portugueses e italianos (6).

Entre los veintiún libertarios que quedaron encarcelados hay que destacar muy en particular a Cipriano Mera (7) y José Pascual (8), por ser dos viejos militantes confederales cuya influencia era determinante en el seno de la Federación Local de la CNT de París, la más numerosa del exilio.

La segunda medida, la autorización de celebración del congreso en Toulouse —ciudad en la que finalmente habían quedado detenidos seis jóvenes libertarios, la mayoría de ellos militantes activos de la Federación Local de la CNT de dicha ciudad, y en la que previamente había sido asignado en residencia el propio secretario de coordinación del Secretariado Intercontinental, Marcelino Boticario (9)— adquiría una significación muy especial. Estaba claro que las medidas represivas contra la FIJL tendían a ejercer sobre la CNT una presión indirecta para que ésta sacrificara la acción antifranquista por la continuidad de la legalidad exiliada. Ambas medidas, decretadas tan oportunamente, favorecían las ambiciones del inmovilismo, y sólo a los muy crédulos o timoratos se les escapó la intención de las mismas. El esgleísmo no perdió, en cambio, la ocasión de aprovecharse de las ventajas

que las autoridades francesas le ofrecían —ningún militante de la corriente esgleísta había sido molestado—, ni de prestarse a servir tan descaradamente a los intereses políticos del gobierno francés.

Los resultados del congreso, celebrado a mediados del mes de octubre, no sorprendieron a nadie; ya que pese a la aprobación de los acuerdos de lucha y la gestión del Secretariado Intercontinental, el «triunfo» de la candidatura específica (10) representaba el entierro definitivo de dichos acuerdos, el triunfo del inmovilismo y la continuidad de la legalidad exiliada de la CNT.

La reconquista de los cargos de dirección del Secretariado Intercontinental por el esgleísmo solamente fue posible por la abstención (11), para la elección de dichos cargos, de la Federación Local de París, además de las presiones y de una serie de maniobras menores —entre las que cabe destacar la ausencia en el congreso del núcleo de Provenza, enfrascado todavía en el conflicto unitario— que permitieron a los incondicionales del esgleísmo seguir especulando con el peligro escisionista.

El sector que podríamos denominar «aliancista» (12) presentó a la discusión del congreso el viejo problema de las responsabilidades en el seno del Consejo General del Movimiento Libertario, del que Germinal Esgleas había sido secretario general. Pero aunque el planteamiento de este deba te, tan difícil de ventilar por el tiempo transcurrido —casi 20 años—, estaba probablemente motivado por la voluntad de colocar en posición moral difícil al jefe del esgleísmo, en realidad sólo sirvió para escamotear el debate, más urgente y capital, sobre la impugnación orgánica presentada por el D-I contra los dos miembros dimisionarios del mismo que formaban parte de la candidatura específica.

El silencio en torno a esta impugnación fue decisivo (13); de haberse informado al congreso, los integrantes de la candidatura específica no podrían haber aceptado los cargos, o la Organización hubiera tenido que reconsiderar los acuerdos que acababa de ratificar casi por unanimidad, después de aprobar la gestión del D-I o, al menos, hubiera obligado a la militancia a tomar posición, una vez por todas, en pro o en contra del inmovilismo, haciendo abortar la maniobra electoral preparada desde hacía meses con el fin exclusivo de

apoderarse nuevamente de la dirección del Movimiento. El inmovilismo conquistaba la posibilidad —aparentemente «legal»— de proseguir su labor paralizante, desmoralizadora y disgregadora, avalada por los «cuños» del Secretariado Intercontinental, controlando la mayor parte de los recursos materiales y de las cotizaciones de la Organización.

El congreso de octubre de 1963 abrió las puertas a la crisis orgánica, ideológica y generacional más grave de toda la historia de la CNT y del anarquismo español en general. Por sus consecuencias en el terreno de la acción antifranquista, ayudó a dar un golpe mortal a las perspectivas unitarias de la oposición antifascista y del exilio, al enterrar la única tentativa verdaderamente seria de movilizarlos contra la Dictadura.

El 11 de octubre era detenido en Bélgica el joven libertario español Francisco Abarca, por «comisión rogatoria» del gobierno suizo que reclamaba su extradición por considerarle implicado en un atentado contra un avión de Iberia efectuado en el aeropuerto de Ginebra. Abarca encabezaba la lista del documento del Ministerio del Interior francés a que hemos hecho ya alusión, en el que se daban 105 nombres de los militantes libertarios españoles que había que detener en territorio francés. Su detención era una prueba más de la estrecha colaboración represiva establecida entre las policías europeas y la policía franquista; en el citado documento se dice claramente que:

> En Ginebra, las sospechas de la policía federal recayeron sobre el llamado Abarca Ruiz que, procedente de París, había pernoctado en un hotel de Ginebra, el 3 y 4 de junio. Ahora bien, Abarca Ruiz era conocido como militante de la FIJL con residencia en París. [...] El conjunto de informaciones recogidas con ocasión de las declaraciones hechas en Madrid por Delgado-Martínez y por Granado-Gata han confirmado las informaciones precedentes (14) relativas a la presencia en Francia de los principales organizadores de las expediciones terroristas hechas en nombre del CIL. Los elementos identificados pertenecen todos a la «Federación Ibérica de Juventudes Libertarias»,

> cuyo Comité Nacional (5 miembros) es abiertamente inspirador de la campaña de octavillas contra el turismo en España (distribución abundante en París, Toulouse, Ginebra y Madrid, a principios de junio) y, secretamente, el coordinador de la acción terrorista.

Días más tarde, se celebraba en Madrid el juicio contra los tres estudiantes franceses detenidos desde el mes de abril. En esta ocasión, bien porque los detenidos eran extranjeros o porque por vez primera se disponía de pruebas de las acusaciones, las autoridades franquistas accedieron a que el juicio fuese público y a que el ejercicio de la defensa por parte de los encartados fuese efectivo:

> Tres jóvenes estudiantes franceses, acusados de actos de terrorismo, han sido condenados el jueves en Madrid por un consejo de guerra extraordinario a penas de cárcel que van de 15 años y un día hasta 30 años. El tribunal, no obstante, ha seguido las tesis del fiscal -«Comando formado por la FIJL (Frente Ibérico de Juventudes Libertarias) y el PSU francés (Partido Socialista Unificado) con vistas a alterar el orden y la tranquilidad de un país soberano»— y ha aplicado la ley en todo su rigor «para ejemplo». [...] Al final del proceso, el cónsul general de Francia, señor Guy de Coulhac, y un grupo de periodistas españoles y extranjeros que le acompañaban fueron expulsados de la sala, con gritos de un oficial superior del ejército que estimaba que no se marchaban suficientemente aprisa. (*Le Monde*, 19-10-1963)

La prensa francesa trató con gran publicidad el caso de los tres estudiantes franceses, que un periódico, Candide, calificaba de «nuevos Ravachol», en un artículo que ocupaba toda una plana, bajo el significativo titular de: «Cómo en 1963 se llega a ser anarquista a los 20 años». Aparte de los aspectos espectaculares de la detención y del propio proceso, el interés periodístico parecía explicarse por el hecho de que los tres estudiantes eran «muchachos

de dieciocho a veinte años, muy idealistas, que habiendo pasado por todos los partidos, decepcionados por el letargo de la izquierda, su aburguesamiento, habían querido hacer algo efectivo», como afirmaba un artículo publicado por *L'Express* (24-10-1963). Era evidente que la lucha antifranquista, propugnada por los jóvenes libertarios, estimulaba en los medios más rebeldes de la juventud francesa el espíritu revolucionario que, con ocasión de la guerra de Argelia, se habían movilizado más o menos activamente.

Pero ello no bastaba para explicar las acciones represivas de las autoridades francesas contra los jóvenes libertarios españoles, y menos todavía la descarada colaboración de las policías europeas con la policía franquista.

A primera vista podría creerse que el gobierno francés se prestaba a dar la mano al régimen fascista de Franco en un momento difícil para este último. ¿No se encontraba entre los libertarios detenidos en Francia otro español, naturalizado francés, acusado por la policía española de haberse visto con Delgado en Madrid días antes de la detención de éste en compañía de Granado?

Un hombre está en la cárcel, en Fresnes, desde hace dos meses. Detención preventiva. Inculpado de participación en una asociación de malhechores. Nada hay en su expediente; sólo una frase de diez palabras extraída de un informe de la Dirección de «Renseignements généraux» sobre las «actividades terroristas de los anarquistas españoles en Francia»: «Ha participado en la operación terrorista de Madrid el 29 de julio». El 29 de julio, este hombre no estaba en Madrid sino en París. [...] Se llama Robert Ariño. Tiene 28 años. [...] El 11 de septiembre, vasta redada de policía en los medios anarquistas en Francia. [...] El objetivo es buscar armas, recoger panfletos subversivos y correspondencia entre anarquistas españoles, italianos, portugueses y franceses. (*L'Express*, 7 de noviembre de 1963)

A instigación de la policía española, las policías europeas se movilizaban contra la subversión revolucionaria anarquista. Esa solidaridad represiva significaba algo más serio que una simple reciprocidad entre servicios o, como se afirmaba en el citado documento de «Renseignements généraux», porque «en

razón de sus llamamientos a la violencia y de su acción, con vis tas a la subversión en España, perjudicial a los intereses diplomáticos de Francia», la FIJL no merecía ya la «tolerancia administrativa».

Era lógico que los gobiernos europeos, gobiernos democráticos pero esencialmente capitalistas, fuesen sensibles al temor del contagio revolucionario en el resto de Europa, al calor de la lucha contra el fascismo en España. Lucha que, de continuarse activamente, acabaría por replantear a la izquierda europea el problema de la revolución, con más fuerza y proximidad que lo planteara la guerra de Argelia a la izquierda francesa.

La explicación dada en aquellos momentos —simple «reciprocidad de servicios al nivel policial»— nos parece pueril. En el otoño de 1963, la OAS estaba en proceso de extinción. Además, las represiones políticas son decididas por los gobiernos, y siempre obedecen a razones más profundas que las simples exigencias de los servicios técnicos de la represión.

La conjunción de los movimientos huelguísticos y de la acción violenta antifranquista había determinado una situación subversiva extremadamente grave. La emulación revolucionaria, de haber continuado, habría estimulado a todos los sectores de la oposición auténticamente antifascista. Esta emulación era ya manifiesta en las declaraciones y programas de organizaciones de composición netamente juvenil, como el FLP y ETA, y en la politización y radicalización de los movimientos huelguísticos.

Este peligro era el que había despertado y puesto en movimiento a hombres que, como Gil Robles, estaban dispuestos a servir de apaciguadores, con pretexto «de evitar toda violencia el día de la caída del régimen de Franco e imposibilitar una nueva guerra civil».

Las brutales sentencias y los asesinatos de Madrid, las detenciones de libertarios en Francia y las presiones e interferencias para obligar al Movimiento Libertario a paralizar la actuación subversiva no fueron más que aspectos de una sola voluntad: mantener el statu quo en España, en Europa y en el mundo.

Como en 1945, la España fascista era preferida a la España antifascista. El orden totalitario de Franco era merecedor —sin contrapartida— de un respaldo del mundo llamado democrático que no merecían las aspiraciones democráticas de un pueblo que, en su lucha por reconquistar la libertad, podía ir nuevamente demasiado lejos.

Hasta los comunistas, pese al fusilamiento de J. Grimau y a tener en las cárceles numerosos presos, preferían denunciar la acción violenta («estos actos, tan inútiles como provocativos») y desmovilizar la oposición:

> Al intento deliberado, fría y cruelmente decidido por Franco, de situar los términos del problema político español en un ambiente de guerra civil, el Partido Comunista de España responde y responderá reforzando su lucha por el cumplimiento de las tareas históricas que se desprenden de su línea de reconciliación nacional. (*Mundo Obrero*, abril de 1963)

Esta actitud del Partido Comunista no era nueva, pero en aquellos momentos revestía una significación especial; si se tiene en cuenta que, pese «al intento deliberado, fría y cruelmente decidido por Franco, de situar los términos del problema político español en un ambiente de guerra civil», la Unión Soviética y otras «democracias populares» acrecentaban los intercambios comerciales, culturales y diplomáticos con el gobierno de Franco.

En este contexto político, económico y diplomático internacional pueden apreciarse, en su justo valor, los esfuerzos del PCE por contrarrestar la influencia creciente del activismo anarquista entre la juventud española.

A finales de agosto, con gran despliegue propagandístico —inclusive en la prensa comunista internacional—, el PCE daba a conocer una carta dirigida, desde el Penal de Burgos, «A los amigos libertarios de la FIJL», por Jorge Conill. En esta carta —con la que el PCE quería explotar la «conversión» de Conill al comunismo— la crítica iba dirigida exclusivamente contra el activismo revolucionario de la FIJL:

> La «acción directa» ha sido una circunstancia, un primer encuentro con el quehacer revolucionario, una consecuencia de una etapa en la que nada más supe o pude encontrar. [...] Pero hoy, en la cárcel, más que nunca estoy seguro de haber encontrado el justo camino en el que desarrollar mis posibilidades y ser útil a la lucha de nuestro pueblo.

La acción subversiva antifranquista sufrió, tras todas estas presiones y ataques concertados, un rudo golpe y una notoria regresión; pasarán aún años antes de que vuelva a levantar la cabeza, con posibilidades de éxito y perspectivas de crear un verdadero problema al franquismo.

El franquismo y el capitalismo internacional tenían a su disposición recursos suficientes (mercenarios de toda especie y capitales para pagar los) para hacer frente y aplastar esa tentativa de recuperación antifranquista y revolucionaria; pero una gran parte de la responsabilidad incumbe al antifascismo en general y, en particular, a los libertarios.

El antifascismo no supo o no quiso aprovechar los movimientos huelguísticos que se extendieron por toda la Península, para consolidar el resurgir de una verdadera oposición antifranquista, y crear un claro problema de conciencia a todos los sectores y Estados que se consideran democráticos.

Los libertarios fueron —si no todos, sí al menos buena parte de ellos— quienes sabotearon y acabaron paralizando la única línea de actuación que había permitido poner en difícil situación a la Dictadura, adoptando, en este sentido, la misma posición que los comunistas. Fue aquella línea de actuación lo que obligó al franquismo a mostrar su verdadera naturaleza totalitaria, trastocando sus planes evolutivos y de integración en Europa, probando, como decía claramente *Le Monde*, en su editorial del 5 de septiembre de 1963, que «la hora de la verdadera liberalización no había sonado aún en el gran reloj de la Puerta del Sol». Algunas actitudes tuvieron irremediables consecuencias para la continuidad de aquella actuación, y sin las cuales no sería posible explicarse la brutal paralización de la línea de acción violenta, aprobada hasta entonces

por el conjunto del Movimiento. Hay que dejar constancia de ello, porque al analizar esas actitudes quedan al descubierto, son más comprensibles, hasta para los no informados, las posiciones de ciertos grupos que jugaron un papel decisivo en la orientación que tomaron los acontecimientos.

El verdadero motivo de enfrentamiento y división entre libertarios era el derivado de la aplicación de los acuerdos de lucha aprobados en el congreso de la CNT de 1961. Los personalismos y la lucha de tendencias entre «políticos» y «apolíticos» deben entrar en línea de cuenta, pero por sí solos no habrían bastado para provocar la crisis. Las decepciones de 25 años de exilio y la amarga constatación del debilitamiento provocado por la escisión confederal, habían hecho comprender a unos y otros que nada ganaban con una nueva escisión. Todos sabían que sin la actualización de la lucha antifranquista, sin la posibilidad de forzar un cambio de régimen, sus pretensiones y sus esperanzas serían vanas. Hay que buscar la explicación de los enfrentamientos y de la ruptura en algo más fundamental: la ambición de «dirigir» la lucha desde los comités para decidir la orientación política y el objetivo final de la misma. En 1961, todas las tendencias habían aprobado unánimemente los acuerdos de constitución del D-I. La aguda lucha posterior para arrinconar esos acuerdos tras haber intentado dejarlos en letra muerta era la consecuencia de su aplicación efectiva. Tanto porque esta aplicación había provocado una serie de consecuencias represivas, en España y en el exilio, como porque había abierto —ante la sorpresa de muchos— inesperadas perspectivas políticas y revolucionarias. De ahí que en esta segunda escisión confederal y libertaria se adopten posiciones tan contradictorias.

Antes del Congreso de octubre de 1963, el secretario general del Secretariado Internacional dimisionario, Roque Santamaría, había hecho mención a la impugnación presentada por el D-I contra los dos miembros del mismo que habían dimitido y que eran los representantes máximos de la corriente inmovilista (15). La referencia hecha por Santamaría, en su circular «a la militancia confederal», del 28 de mayo de 1963, no era lo suficientemente clara y comprensible para que las federaciones locales se dieran por enteradas. Tampoco abordó esta grave cuestión en la sesión reservada de dicho congreso. Los dos dimisionarios del D-I fueron elegidos (16) en ese

congreso para ocupar los principales cargos del nuevo Secretariado Internacional; su elección planteaba un problema de incompatibilidad por haber sido aprobada por el congreso la gestión del D-I y ratificados los acuerdos a cuya aplicación se habían opuesto los dos dimisionarios.

El maniobrismo, los sabotajes, las calumnias y las presiones de los inmovilistas no habrían logrado dar al traste con el D-I y su actuación, si no hubiesen contado tan oportunamente con el silencio del secretario general del Secretariado Intercontinental saliente. Con su mutismo y su actitud — sin duda, por el temor a que se declarara fuera de la ley a la CNT exiliada— facilitó aquellos propósitos.

El concurso de circunstancias expuesto fue facilitado por cuantos, aun afirmando ser opuestos al inmovilismo, prefirieron sacrificar la continuidad de la acción a renunciar a su «representatividad histórica» o a sus mediocres ambiciones en el marco del exilio legalizado, en particular quienes, estando en pleno ejercicio de los cargos del Secretariado Intercontinental, escamotearon los medios necesarios para la acción antifranquista inmediatamente después de la muerte de Francisco Granado y Joaquín Delgado (17).

Mientras los representantes del inmovilismo exiliado dejaban pasar unas circunstancias propicias para la generalización de la lucha antifranquista —en espera de que «el fruto, por viejo y podrido, se desintegrase por sí solo»18— nuevos acontecimientos aumentaron el malestar en las filas libertarias y en las de los sectores más combativos del antifranquismo.

Las huelgas de Asturias, que tanto entusiasmo y esperanza habían despertado, a mediados del mes de julio, llegaban a su fin mostrando la impotencia de la oposición frente a la política represiva del Régimen y a la intransigencia patronal, no sin que los oportunistas de siempre pretendiesen explotar el arrojo y el sacrificio de los mineros para justificar su demagógica línea política:

> El duro forcejeo de los huelguistas con el gobierno, la patronal y los jerarcas sindicales, no sólo llena de admiración a los trabajadores de

> toda España sino que va creando las condiciones para un comienzo de otoño de acciones generalizadas, precursor de la huelga general política, en la cual las grandes masas populares ven cada vez el mejor medio para acelerar el derrocamiento de la dictadura. (Declaración del Comité Ejecutivo del PCE, del 18-8-1963)

La realidad era desgraciadamente diferente:

> La huelga minera va ya para 50 días. [...] Abrigábamos la esperanza de que el paro se extendería a varias de las provincias más importantes. Mas al no suceder así, los compañeros y en general la mayoría de los trabajadores, se decepcionan y lamentan la falta de unidad y solidaridad en las demás provincias (19).

Como lamentaban los cenetistas asturianos, salvo casos aislados, que no tuvieron trascendencia —ni en el plano político ni en el de la solidaridad—, las huelgas no se extendieron a las otras provincias.

Como manifestaciones de solidaridad eficaces —por la resonancia periodística que llegaron a tener— sólo pueden citarse la serie de explosiones atribuidas al grupo del llamado coronel Montenegro y la carta de los «intelectuales españoles» contra la represión.

Un petardo ha estallado el jueves en Madrid —el octavo en seis días— frente al domicilio del señor Aramburu, gobernador civil y jefe del Movimiento. (*Le Monde*, 28-9-1963)

Un centenar de intelectuales han dirigido el lunes una carta al ministro de Información, Fraga Iribarne, para pedirle que se realicen investigaciones respecto a ciertas torturas que al parecer han sufrido algunos mineros y sus esposas con motivo de las huelgas de Asturias. (*Le Monde*, 3-10-1963)

A lo que hay que añadir las tradicionales «declaraciones de simpatía» de las grandes centrales sindicales internacionales y de algunas otras entidades antifascistas de diversos países, que recogieron también fondos para ayudar a los huelguistas, fondos que, filtrados por las organizaciones exiliadas, no siempre llegaron a su destino.

Mientras las fuerzas represivas acababan con los últimos focos de resistencia obrera, imponiendo la «normalización laboral» en la cuenca minera, se firmaba, el 26 de septiembre, la «prórroga, complementada, de alquiler por los Estados Unidos de varias bases militares en España», lo que aportaba en plena crisis un balón de oxígeno al franquismo.

La brutal inmolación de los dos jóvenes libertarios, Delgado y Granado, la condena de los tres estudiantes franceses, los resultados del congreso de la CNT y el triste final del movimiento huelguístico hicieron cundir un amargo pesimismo en el seno de la oposición activa.

El 20 de noviembre, se reunían en París los ministros de Asuntos Exteriores de España y Francia para proseguir «la consolidación de las buenas relaciones entre los gobiernos respectivos». Debieron parecer particularmente satisfactorias al ministro español las dos medidas por las cuales las autoridades francesas manifestaban su buena disposición hacia el régimen franquista: la puesta fuera de la ley de la FIJL, por decreto del ministro del Interior aparecido en el *Journal Officiel* el 20 de octubre, y la prolongación, sin justificación jurídica valedera, de la detención de varios de los jóvenes libertarios detenidos en la redada del 11 de septiembre.

Pero si el panorama era desmoralizador a fines de 1963, no es menos cierto que algunos «optimistas» empedernidos remozaban sus «entusiasmos» con las tomas de posición, más o menos atrevidas, de los medios católicos progresistas.

Con ocasión de la dura represión de un plante de los presos políticos de la prisión de Burgos, el abad de Montserrat, Aureli Escarré, hizo unas sonadas declaraciones contra el Régimen, en las que, entre otras cosas, afirmaba:

España, y éste es el gran problema, está dividida aún en dos partidos. No tenemos tras nosotros veinticinco años de victoria. Los vencedores, incluida la Iglesia que fue obligada a luchar al lado de estos últimos, no han hecho nada para acabar con esta división entre vencedores y vencidos: esto representa uno de los fracasos más lamentables de un régimen que se dice cristiano, pero cuyo Estado no obedece a los principios básicos del cristianismo. La mayoría de sus dirigentes son honrados y son católicos de buena fe, pero no ven claramente lo que es ser cristiano en cuanto a los principios políticos. No han meditado sobre la encíclica «Pacem in Terris», que es la expresión evangélica y tradicional de nuestro tiempo; a la luz de ésta, la primera subversión que existe en España es la del gobierno. [...] Por el momento lo que me preocupa son esos prisioneros, no creyentes, de la prisión de Burgos, que se encuentran en celdas de castigo por haber seguido su conciencia y rehusado asistir a misa... En principio nadie quiere una guerra civil, pero yo tengo miedo. (*Le Monde*, 14-11-1963)

Empero, el franquismo había vencido la crisis sin renunciar a ninguno de sus principios esenciales. Y pese al descrédito que para el Régimen significaban estas declaraciones y otras de la misma índole, la hábil explotación de las mismas, por el ministro de Información, relegó a segundo plano los recientes crímenes del franquismo y centró de nuevo la atención sobre las posibilidades de liberalización, basadas en la especulación un tanto ingenua de ruptura entre la Iglesia y el Estado franquista. Si bien se podía percibir cierta división —en pro y en contra del Régimen— en el seno del catolicismo español, el ala integrista seguía siendo predominante. El fogoso abad de Montserrat marcharía al exilio, en medio del silencio cómplice de las jerarquías eclesiásticas españolas.

Al finalizar el año, la «oposición clásica» volvía a replegarse y a ocupar el puesto secundario que venía ocupando en el contexto político y social español desde hacía muchos años. Pero el activismo revolucionario anarquista había situado al Movimiento Libertario en la vanguardia de la lucha antifranquista, y había dado golpes decisivos al Régimen (20), contribuyendo a radicalizar las posiciones de los otros grupos de la oposición.

Ante la creciente agitación popular y la acción subversiva, todos los interesados en mantener el statu quo, o que sólo aspiraban a cierta liberalización, volvieron a esgrimir el argumento desmovilizador de la «guerra civil». Aun denunciando la intransigencia y la violencia represiva del franquismo, rehusaron aprovechar unas circunstancias excepcionalmente favorables.

Notas

1. Desde la detención de Jorge Conill, la policía española procedía sistemáticamente al interrogatorio de todo joven extranjero que, por cualquier indicio le fuera sospechoso, cada vez que tenía lugar una acción violenta antifranquista. Al parecer, ésa era la explicación de la detención de los tres jóvenes franceses, aunque Pecunia asegura que Jacinto Guerrero sabía que él iba a España. Sean cuales sean las razones reales de su detención, la verdad es que de todos los jóvenes libertarios detenidos desde el comienzo de las acciones del D-I hasta la detención en 1963 de Francisco Granado y Joaquín Delgado, sólo los tres jóvenes franceses habían cometido o intentado cometer las acciones por las que fueron condenados.

2. Esta explicación nos fue dada por el compañero Sergio Hernández a su regreso de Madrid, pues era él quien colocó el artefacto en la Dirección General de Seguridad. Podemos dar hoy su nombre porque, en un documental presentado primero (4-12-1996) por la televisión francesa y después (7-11-1997) por la televisión española, tanto Sergio Hernández como Antonio Martín reconocieron ser los autores de esa acción y de la realizada el mismo día contra la sede de los sindicatos franquistas. Antonio Martín es actualmente uno de los animadores de la campaña pro revisión del juicio sumarísimo que en 1963 condenó a muerte a los compañeros Francisco Granado y Joaquín Delgado.

3. Miembro muy activo de la Resistencia francesa que, desde el final de la guerra, había continuado la lucha guerrillera contra las fuerzas franquistas en las montañas catalanas. Ahora sí se puede decir la verdad sobre la muerte de Ramón Vila Capdevila Caraquemada, y ésta es la siguiente: Ramón, que ya estaba muy viejo, fue enviado a España por Ángel Carballeira, entonces secretario de coordinación del Secretariado Intercontinental y por ende de la Comisión de Defensa, con el acuerdo de Esgleas y Llansola y sin consultar a los demás compañeros del D-I. Carballeira le proporcionó el material para que saboteara varias torres de alta tensión (ésta había sido su especialidad en su época de guerrillero). El objetivo de realizar tal acción era la de poderse presentar en el próximo congreso con alguna acción en su activo. Lamentablemente, Caraquemada entró sin saber que por esa zona había un grupo del D-I preparando un sabotaje a la vía férrea cerca de Portbou.

4. Sin que se pueda afirmar que en la constitución del D-I se hubiesen requerido

«delegaciones de tendencias», sus miembros —por su historial o por su actividad actual— no podían hacer abstracción de su posición dentro del Movimiento. Los dos miembros que constituían la que hemos llamado «delegación esgleísta» eran los principales representantes de esa corriente.

5. La ASO había sido constituida clandestinamente en España por grupos de militantes disidentes de la UGT y de la CNT, que no querían reconocer la representatividad nacional e internacional de los comités exiliados de ambas organizaciones, lo que creaba una dualidad con la ASE, constituida en el exilio.

6. En este documento se dan instrucciones para los interrogatorios y registros, así como la lista de personas que hay que detener y locales que se deben registrar. Las consideraciones preliminares prueban que la «información» proviene de las «declaraciones» de los libertarios detenidos en España, facilitadas —claro está— por la policía franquista.

Hay que resaltar el aspecto puramente político (acceder a las exigencias del gobierno de Madrid) de esta medida represiva, pues no sólo todos los compañeros detenidos recuperaron poco a poco la libertad (los cuatro últimos a los seis meses de encarcelamiento), sino que, además de que nunca fueron juzgados, las autoridades francesas tuvieron que tomar (muchos años más tarde y a petición de los propios compañeros que necesitaban regularizar su situación por razones familiares o

profesionales) decisiones judiciales (de «non-lieu») para anular la acusación judicial de 1963. También hay que resaltar que en dicha lista figuraba en lugar relevante Jacinto Guerrero y que la policía francesa no lo encarceló.

Años más tarde, para justificarse, Guerrero escribió que lo habían dejado libre gracias a la intervención de personalidades francesas en su favor.

7. Viejo y probo militante confederal, que había desempeñado un papel decisivo en la reunificación de la CNT en el exilio. Célebre por su participación en la defensa de Madrid y por haber hecho fracasar, al final de la guerra, en compañía del coronel Casado, un intento de golpe de Estado comunista.

8. Había llegado a ser, pese a su juventud, secretario de coordinación del Secretariado Intercontinental, de 1949 a finales de 1952, años en que los grupos de acción libertarios sufrieron los más duros reveses en el interior. Durante los años en que trabajó como minero en Francia contrajo la silicosis; en el momento de su detención era inválido en un 100%.

9. Este militante confederal había sido anteriormente secretario general de la FIJL en la que seguía militando activamente. La medida administrativa adoptada contra él por las autoridades francesas coincidía con una «orden de búsqueda» contra Jacinto Guerrero, joven libertario madrileño que la policía y prensa franquistas presentaban como uno de los principales responsables de la FIJL en el interior.

Lo que ignorábamos entonces (1974) es lo que descubrimos años más tarde (1985), confirmando las dudas que sobre él se fueron acumulando desde que, en 1963, provocara (por irresponsabilidad, creímos entonces) la caída de los compañeros Francisco Granado y Joaquín Delgado. En el documental Granado y Delgado: un crimen legal, emitido en la televisión francesa y española, lo hemos explicado detalladamente. Efectivamente, es a partir de 1985 que comenzamos a saber (entrevistas en la prensa, etc.) que Guerrero había reaparecido en España como consejero de los ministros del Interior y de Seguridad españoles, de esa época, para «la lucha antiterrorista contra ETA». A partir de esa fecha, su nombre fue mencionado y vinculado regularmente en la prensa española y francesa con la «guerra sucia» de los GAL, así como revelaciones sobre su pasado de informador de la policía francesa.

10. Esta «candidatura» estaba integrada, precisamente, por los mismos que habían redactado y firmado el Dictamen del D-I, en el Congreso de 1961 en Limoges.

11. Esta abstención tenía su origen en el acuerdo adoptado, en una asamblea previa a la celebración del congreso, como protesta por la existencia de «candidaturas». Este acuerdo —apoyado por todos los que se oponían a la continuidad del D-I— resultó ser el factor determinante del triunfo de la «candidatura específica», por ser París la FL más numerosa del exilio y su adopción sólo fue posible gracias a que C. Mera, J. Pascual y otros militantes juveniles continuaban detenidos por las autoridades francesas.

12. En este sector deben incluirse, a excepción de la corriente inmovilista integrada por los adictos al esgleísmo, todas las demás corrientes libertarias exiliadas aunque el «fervor» aliancista no tuviera en todas el mismo origen o el mismo objetivo. Los había que lo esperaban todo de la Alianza Sindical —apoyada por las grandes centrales sindicales internacionales democráticas—, y los había que veían en la Alianza una simple posibilidad de comprometer a esas centrales para obligarlas a ayudar a radicalizar la acción antifranquista.

13. En efecto, el secretario general del Secretariado Intercontinental saliente, en aquellos momentos Roque Santamaría, debería de haber informado al congreso del problema existente en el seno del organismo idóneo, tanto en su calidad de representante de la CNT en el mismo, como porque así lo había prometido in extremis a los miembros del D-I que querían informar directamente al congreso, alegando que eso le competía y que por razones de seguridad se oponía a que los miembros activos del D-I se presentasen al congreso. Los dos miembros del D-I, presentes en

Toulouse, pero que Santamaría no quiso que se presentaran ante el congreso (pretextando el carácter secreto del D-I), eran Cipriano Mera y Octavio Alberola.

14. Las «informaciones precedentes» se refieren a las consideraciones preliminares del citado documento, en las que se hace mención a supuestas declaraciones de Pecunia, Ferry y Batoux hechas a la policía española.

15. «Si el problema es de confianza, si de lo que se trata es del factor militante en misión delegada, nada más simple que propiciar su reemplazo. Inhibirse puede significar, en el peor de los casos, la adopción de actitudes corrosivas tendentes a una justificación que nada puede justificar».

16. Elegidos por una mayoría que sólo en función de los artificios del escrutinio nominal podía considerarse como tal. Según puede comprobarse en las actas correspondientes, para el puesto de secretario general, descontados los votos que se «adherían a la mayoría» (158), Germinal Esgleas solamente representaba

2.366 (2.212 nominativos más 154 afines); mientras que en oposición a los inmovilistas, Acracio Ruiz representaba 2.659 (1.774 nominativos más 885 afines). Los números prueban, pues, que esta última candidatura, pese a representar tendencialmente la mayoría, perdió la elección por no haber sido trabajada tan eficazmente como la otra.

17. Según se afirma en un «informe reservado» de la FIJL, la decisión de paralización fue impuesta por el Secretariado Intercontinental —en una reunión del organismo idóneo celebrada días antes de la ejecución de los dos libertarios— como un «compás de espera» para evitar la suspensión del congreso por las autoridades francesas, prometiendo volcar los medios necesarios para la continuidad de la acción antifranquista inmediatamente después de celebrado el mismo.

18. De una carta del Comité de la CNT de Asturias, del 2 de septiembre de 1963, reproducida en el Boletín de Información de la CNT exiliada el 10 de septiembre de 1963.

19. Ídem.

20. Es necesario hacer mención a una serie de entrevistas, celebradas en Perpiñán y Marsella, entre el secretario general de la CNT exiliada y una delegación de coroneles en la reserva del ejército español, que venían a ofrecer sus servicios para la defensa de los presos libertarios, etc., en contrapartida de la paralización de la acción violenta anarquista y de facilitar así un cambio de régimen. Estas entrevistas tuvieron lugar inmediatamente después de los atentados contra los aviones de las líneas aéreas españolas.

V

1964. Triunfo del inmovilismo exiliado y agravación de la crisis ideológica

«Los anarquistas, que explícitamente se distinguen del conjunto del movimiento obrero por su convicción ideológica, iban a reproducir entre ellos esta separación de competencias, ofreciendo un terreno favorable al dominio informal, sobre toda organización anarquista, de los propagandistas y defensores de su propia ideología, especialistas, en regla general, tanto más mediocres por cuanto su actividad intelectual se propone, principalmente, la repetición de algunas verdades definitivas».

G. Debord, La sociedad del espectáculo

El anarquismo español había intentado reconquistar, en el curso de los dos años anteriores, su antiguo prestigio revolucionario y el lugar predominante que hasta el final de la Guerra Civil había ocupado en el seno del movimiento obrero español.

En este intento de resurgimiento orgánico y combativo (reunificación de la CNT, acuerdos de lucha subversiva y acuerdos de alianza sindical y de frente antifascista), el Movimiento Libertario había puesto todas sus esperanzas y sus mejores energías tanto para provocar la caída de la Dictadura como para afirmar su derecho de existencia en tanto que movimiento dispuesto a preservar el porvenir de la revolución —mantenida en cuarentena por la

continuidad de la dictadura franquista y por la claudicación de la propia izquierda clásica española—.

Entre los anarquistas españoles —particularmente entre los exiliados—, durante muchos años se había alimentado la ilusión de la inminencia de la caída de Franco y de la vuelta a España. No eran pocos los que consideraban el exilio como un simple «intermedio», en espera del retorno que debía permitirles proseguir las actividades revolucionarias interrumpidas por el triunfo faccioso. Empero, pese a que al acumularse los fracasos y las decepciones eran menos los que se aferraban a esta ilusión, no por ello las declaraciones de los portavoces periodísticos, las mociones de los congresos y los discursos de días festivos o de asamblea dejaban de proclamar esta fe inquebrantable en la marcha de la historia y en la concepción mesiánica de la ideología. Esta logomaquia ideológica había hecho posible la unanimidad (verbal y en votos) en torno a los acuerdos de lucha adoptados en el congreso de 1961. Indirectamente, también hizo posible la tentativa de resurgimiento que, de no haber sido tan encarnizadamente saboteada por parte de los propios libertarios, habría llegado a provocar situaciones más difíciles a la Dictadura, corrigiendo la deplorable impotencia de la oposición en general. Pero de ahí también que la no prevista aplicación de esos acuerdos, y sus consecuencias en el terreno de la represión estatal, provocara una reacción de miedo en todos aquellos que, habiendo vivido los horrores de la guerra, se habían apoltronado en sus nuevas situaciones en España y en el exilio, y con mayor razón entre quienes habían hecho de este apoltronamiento una plataforma para convertir los organismos tradicionalmente revolucionarios en demagógicos pasatiempos, ya sea en las filas «ultraradicales» del purismo anarquista (FAI) o en las «ultrarreformistas» del colaboracionismo político (la denominada «escisión»).

Lo cierto es que, aun sin creer en ellos, en ambos sectores militantes extremos del MLE se seguían adoptando acuerdos de lucha para «provocar la caída de la Dictadura», en ridícula competición demagógica. Pero, aunque con argumentos y objetivos diferentes, ambos sectores coincidieron en su crítica contra los que tomando esos acuerdos en serio trataban de aplicarlos. En ambos casos se trataba del mismo fenómeno inmovilista que había paralizado

al antifranquismo y al antifascismo internacional, desde el final de la guerra mundial. Lo que no era óbice para que, aun considerando explicables las causas profundas de aquel inmovilismo, en lo que se refiere a las grandes masas y a los partidos simplemente «reformistas», los hubiese que no se resignaran a aceptarlo como definitivo, y menos aún en un movimiento que, como el libertario, pretendía ser revolucionario, pero cuyo persistente repliegue en sí mismo significaba, fatalmente, su progresiva extinción.

La conciencia del peligro de extinción había incitado a los restos del movimiento libertario exiliado a proceder a su reunificación y a la adopción de acuerdos desmedidos para su disponibilidad combativa y su voluntad de supervivencia y continuidad revolucionaria. Esta voluntad sólo era compartida por reducidos grupos de veteranos militantes confederales y el conjunto de la organización juvenil.

La amplitud de esta impotencia colectiva era francamente reconocida por el propio secretario general del Secretariado Intercontinental en su intervención en la sesión reservada del Congreso de octubre de 1963:

> Lo cierto es que en 1961 se creó un edificio al que había que aportar todas las energías acumuladas, las cuales, al ser liberadas, debían producir un impacto susceptible de provocar el colapso del Régimen, o, al menos, sacudirlo de tal manera que se impusiera por su eficacia nuestra práctica de acción directa. ¿Que esto no ha ocurrido? ¿De quién es la culpa? No de los hombres a quienes se ha encomendado la ingrata labor de conseguirlo. Convengamos, si acaso, que la Organización se equivocó pretendiendo alcanzar más allá de sus posibilidades y disposición real de lucha (1).

Empero, pese a esta grave «equivocación», el MLE había comenzado a resurgir, y había ayudado a intensificar y radicalizar la acción de otros grupos de la oposición. En esos dos años de conjunción de la acción violenta y de la agitación obrera, se provocó una excepcional movilización política —inclusive

de la «oposición pacífica»— contra el Régimen; movilización que en sus momentos culminantes pareció que iba a ser decisiva para el restablecimiento de las libertades democráticas en España. Esas esperanzas no eran ya, al comenzar 1964, más que recuerdos de amargas decepciones.

En lo que al Movimiento Libertario Español se refiere, la situación era sumamente confusa. La labor de zapa de los incondicionales del esgleísmo proseguía, encaminada a copar los comités regionales (2) para completar su obra de «recuperación de la Organización» —como ellos la llamaban—, obra en la que notorios «reformistas» comenzaban a aportar su concurso (3).

La FIJL se había visto obligada a pasar, en Francia, a la clandestinidad.

Al finalizar 1963, después de haber puesto en pie la nueva estructura clandestina de la organización juvenil, la Comisión de Relaciones «emergente» había comenzado los preparativos para la celebración de un comicio extraordinario («Pleno Juvenil Emergente»). Los problemas más urgentes eran hacer frente a la situación creada por las detenciones del 11 de septiembre en Francia, afrontar las consecuencias derivadas de la paralización de la línea de acción conspirativa y denunciar las prácticas y propósitos antilibertarios del inmovilismo (de «izquierda» y de «derecha») confederal y específico.

El 1 de diciembre de 1963, se había reunido clandestinamente el pleno extraordinario de la FIJL, con la presencia del único miembro de la anterior Comisión de Relaciones que había quedado en libertad. Después de escuchar las explicaciones de este último, y de un largo debate sobre la situación en el seno del organismo idóneo (Comisión de Defensa del MLE), el Pleno Emergente acordó:

> ... recabar, por medio de nuestra delegación en la C de D, información completa sobre el grave problema existente en la misma, provocado por la paralización en la línea de actuación y por el caso de las dos dimisiones en el seno del organismo en función delegada (D-I). Esta información, por mandato del Pleno, deberá pasar a la base para que ésta decida sobre la aplicación de la condicional4 del Dictamen juvenil del 615.

En cumplimiento de este acuerdo, la nueva Comisión de Relaciones de la Organización Juvenil (OJ) (6) solicita una reunión de la C de D, que todavía está integrada, por lo que a la delegación confederal se refiere, por el secretario general y el de coordinación del Secretariado Intercontinental saliente. Esta reunión tiene lugar el 14 de diciembre. En el curso de la misma el delegado juvenil informa del acuerdo del Pleno Emergente:

> En la primera reunión de la C de D, a que asiste la delegación de la nueva C de R, se le entregan por el secretario de aquélla dos documentos presentados por los miembros del organismo en función delegada (documentos 1 y 2) (7). En esta reunión, a la petición de continuidad formulada por la Organización Juvenil, se le contesta que no hay fondos y, para el caso de las dos dimisiones, al no poderse llegar a conclusiones, se acuerda que: «Informadas las respectivas C de R de las ramas, obren en consecuencia». La delegación de la OJ deja constancia de que para nuestra Comisión el obrar en consecuencia es el pasar la información que se le ha proporcionado a la base, ya que el mandato del Pleno así le obliga (8).

Sin embargo, para facilitar la solución del problema, la Comisión de Relaciones de la Organización Juvenil obtuvo una reunión extraordinaria entre los dos secretarios generales y de coordinación (entrantes y salientes) de la rama confederal y una delegación de tres miembros de dicha Comisión. En esta reunión, celebrada el 23 de diciembre, la delegación de la OJ planteó la irresponsabilidad de los primeros —al haber aceptado su nombramiento sin tomar en cuenta la grave impugnación de que eran objeto— y por los segundos —que tenían la obligación de informar a la organización confederal de tan delicada situación y no lo habían hecho—. A continuación, la delegación juvenil exigió la celebración de una reunión (previa al traspaso de cargos) de la C de D con el D-I, incluidos los dos miembros dimisionarios, para el estudio y solución del problema que planteaban dichas dimisiones. La OJ consideraba inadmisible que los dos miembros dimisionarios pudieran venir, precisamente,

a dirigir el organismo en función delegada, sin antes responder a la acusación formal que este organismo (D-I) había presentado normativamente contra ellos.

Al ser rechazada esta exigencia juvenil por los dos entrantes (los dos dimisionarios del D-I) y también por el secretario general saliente9, la delegación de la OJ tuvo que reiterar que se veía obligada a informar a la base de su organización. A los pocos días de esta inútil reunión se procedía al traspaso de cargos del Secretariado Intercontinental; la CNT exiliada quedaba irremediablemente bajo la férula inmovilista.

La Organización Juvenil cursa una circular, con fecha 3 de enero de 1964, en la cual informa a su base sobre el litigio y de la grave situación que atraviesa el Movimiento Libertario:

> Ante la situación de inmovilismo y pasividad en que se encontraba el MLE, cuyas actividades se reducían a vegetar lastimosamente en el exilio y para el exilio, manteniendo una oposición simbólica de acuerdo con la línea del menor esfuerzo impuesta por el conservadurismo y acomodamiento de buena parte de la militancia, las Juventudes Libertarias mantuvieron, después de la reunificación confederal, la urgencia de reaccionar ante esta situación suicida para colocar de nuevo al MLE a la altura de sus responsabilidades históricas frente al problema español y frente al problema de nuestra propia supervivencia como movimiento revolucionario. La crisis interna del franquismo, cuyo síntoma más revelador es el enorme descontento popular que viene manifestándose en estos últimos años, exigían del MLE una toma de posición concreta y realista. Esta toma de posición se vio concretada en los acuerdos de las tres ramas en el año 1961. En previsión de que esos acuerdos transcendentales fueran saboteados por quienes persisten en mantener al MLE en el inmovilismo y la decadencia, las Juventudes Libertarias aprobaron una condicional por la que se reclamaba su independencia de acción para el caso en que alguna de las ramas hermanas faltara a sus compromisos o vulnerara sus acuerdos del 61

> en la materia. Nuestros temores del año 61 se han ido confirmando lo que nos obliga a informar a nuestra militancia del peligro en que se encuentra la continuidad de la línea de actuación adoptada y que tanto sacrificio ha costado. Hemos podido constatar que, en el caso de las renuncias, respondían efectivamente a una falta de entrega, por parte de los interesados, a los acuerdos y a la actuación del Movimiento y no queriendo aceptar la responsabilidad del rompimiento de la línea de actuación a que ha conducido la desasistencia del organismo de lucha, nos remitimos a la base para que ella determine lo conveniente, en lo que a la aplicación de la condicional de nuestro Dictamen del 61 concierne (10).

A partir del 4 de enero, varias delegaciones en gira informativa amplían oralmente la información sobre el problema abordado en la circular. A las reuniones de información, celebradas en las principales federaciones locales del exilio, es invitada la «militancia responsable» de las otras dos ramas del Movimiento, sin discriminación de tendencias o posiciones.

El inmovilismo esgleísta fue afectado duramente por esta campaña de información directa a la base libertaria, porque ésta tomaba conocimiento, por primera vez, de esos graves problemas. Sólo los incondicionales del inmovilismo esgleísta replicaban acusando a los jóvenes de «irresponsables» por sacar «a la luz del día» problemas tan delicados. Pero, pasada la sorpresa, y dejando sin respuesta las protestas de muchas federaciones locales, los nuevos detentadores del poder confederal prosiguieron su labor confusionista, seguros de que el tiempo trabajaba en su favor.

En su afán de hacer frente a los propósitos de enterrar definitivamente la acción conspirativa, los jóvenes libertarios fueron encenagándose en un conflicto esterilizador. Desde que el nuevo Secretariado Intercontinental entró en funciones hasta la ruptura entre las Juventudes Libertarias y las otras dos ramas del Movimiento Libertario, transcurrieron varios meses que, sumados a los transcurridos desde que el SI saliente impuso la suspensión («momentánea») de la acción, paralizaron durante medio año las actividades

conspirativas antifranquistas. Seis meses perdidos en gestiones inútiles y descorazonadoras. Pasadas las primeras reacciones de protesta11, la base confederal y específica se fue acomodando resignadamente a la nueva situación orgánica en espera de que el nuevo comicio permitiera poner las cosas en claro.

A finales de marzo, la Comisión de Relaciones de la Organización Juvenil publicó un folleto (12) en el que se daban a conocer los documentos intercambiados entre dicha Comisión y los «comités superiores» de las otras dos ramas del Movimiento. En la introducción, los jóvenes libertarios exponían el fondo del problema y su alcance:

> La importancia y gravedad del problema que abordamos en el presente informe radica, precisamente en que, por razones que nos son completamente ajenas y frente a las cuales nos levantamos firmemente, la línea de conducta acordada en el 61 y ratificada posteriormente por todo el Movimiento está en peligro de quedar definitivamente rota, por la situación planteada por las representaciones máximas de las otras dos ramas, que no sólo han obrado con verdadera irresponsabilidad en el planteamiento y solución de los problemas del organismo idóneo, sino que han llevado el sabotaje de los acuerdos conjuntos hasta los límites de lo admisible, particularmente para la militancia juvenil, que es la que con más entusiasmo se entregó a su cumplimiento. Nos vemos obligados a precisar... que la aplicación de la condicional de nuestro Dictamen del 61 resulta desplazada por cuanto hemos quedado fuera del organismo idóneo de hecho [...] por el arbitrario proceder de las representaciones actuales de las otras dos ramas que se han apoderado del mismo por procedimientos inadmisibles, con una total desconsideración para la Organización Juvenil y vulnerando todas las normas orgánicas y todas las normas de la ética libertaria.

Lo que la juventud libertaria denunciaba no era, pues, solamente el inmovilismo exiliado, sino la degeneración ideológica y revolucionaria que iba mediatizando al Movimiento Libertario Español. En la «conclusión» del citado folleto, los jóvenes libertarios no vacilaban en denunciar esta grave degeneración:

> El que estos hechos hayan podido producirse es síntoma de una profunda crisis interna que viene manifestándose en el seno del Movimiento con características alarmantes, como son: 1.º El colocar los intereses personales o de grupo por encima de los intereses generales del Movimiento. 2.º El abuso del derecho «al secreto» orgánico, en manos de representaciones que tratan a la base como menor de edad, lo que permite que problemas graves queden sin solución, y que conduce, fatalmente, a la neutralización de los propios militantes. 3.º La existencia de intereses creados, de toda índole y condición, en el exilio, que lo desvincula y desolidariza, en gran parte, de las luchas de nuestro pueblo y que, a su vez, convierten a esa parte del exilio en masa conservadora, impropio de un movimiento revolucionario. 4.º El abandono de toda labor proselitista, digna de ser considerada como tal, particularmente entre la juventud española. 5.º El sabotaje y descrédito sistemático de la línea de acción directa, acordada en el Dictamen del 61, por quienes no están ya dispuestos a comprometerse, ni directa ni indirectamente, con las responsabilidades de una acción revolucionaria. 6.º La influencia creciente y determinante en el seno del Movimiento de la mentalidad derrotista que lo está castrando y llevando al inmovilismo, cayendo cada vez más en la pendiente de la demagogia y en la dejación de lo que un día fue su razón de ser.

A la Organización Juvenil sólo le quedaban dos caminos a elegir: o aceptar los hechos consumados, convirtiéndose en cómplice de quienes representaban el conservadurismo, la esterilidad y el inmovilismo demostrado en largos años de

actuación, llámense como se llamen o, por el contrario, denunciar los hechos ante el Movimiento Libertario.

A principios de febrero, pese a que las autoridades francesas habían procedido a sucesivas liberaciones, quedaban en la prisión de Fresnes cuatro jóvenes libertarios y el veterano militante confederal José Pascual, gravemente enfermo de silicosis. El 19 de febrero, decididos a romper el silencio y a poner punto final a esa situación, comenzaban los cinco una «huelga del hambre», que duraría varios días. Por ella exigían que se diese fin a su larga detención preventiva, «sea por un juicio rápido, si hay motivo, sea por nuestra puesta en libertad inmediata» y «en demostración de solidaridad total con nuestro compañero Francisco Abarca detenido en Bélgica...» (13).

A los seis meses de haber tomado aquella arbitraria medida represiva, el gobierno francés dejaba en libertad provisional a José Pascual, a los cuatro días de la huelga, y al décimo a Agustín Sánchez y Vicente Martí; al día siguiente eran liberados Antonio Ros y Salvador Gurrucharri. La «huelga de hambre» había sido, pues, necesaria y eficaz. Las anteriores liberaciones sólo se habían producido al ritmo de una por mes, después de la primera liberación «selectiva». El carácter puramente político de la medida represiva tomada por la democracia francesa en ayuda del régimen fascista de Franco quedaba en evidencia.

1962. S. Gurrucharri, Antonio Ros y Alberola en Biarritz

Durante esos últimos meses, los jóvenes libertarios habían contado con las campañas de protesta organizadas por los anarquistas franceses y de otros países. En particular con la intensa actividad desplegada por el Comité pro España Libre (14), fundado en el curso del mes de diciembre de 1963 por el veterano de las causas de solidaridad Louis Lecoin.

Este comité organizó una prolongada campaña de grandes carteles murales (15) por todo el territorio francés y belga, y una serie de mítines en las principales capitales de provincia, culminando con la gran «manifestación de solidaridad por la España Libre» celebrada en la Mutualité de París el 19 de marzo.

Francisco Abarca, detenido en Bélgica desde el 11 de octubre de 1963, seguía bajo la amenaza de extradición, pese a una huelga de hambre de 25 días que fue interrumpida al ser internado, gravemente enfermo, en la enfermería de la prisión de Saint-Gilles de Bruselas.

El sábado 14 de marzo, la policía franquista invadía la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, para desalojar a un centenar de estudiantes y a tres profesores que desde el día anterior se habían encerrado en la misma. La víspera, una manifestación de estudiantes que reivindicaban el derecho de libertad sindical había sido brutalmente disuelta por la policía frente al edificio de la facultad. Esta manifestación era la respuesta a la prohibición de una conferencia del profesor Tierno Galván, a causa de sus declaraciones al corresponsal de un periódico francés, y expresión de la voluntad de los estudiantes de testimoniar su solidaridad a los trabajadores que, pocos días antes, se habían pronunciado públicamente contra los sindicatos falangistas, exigiendo el derecho de libre asociación sindical.

Simultáneamente tuvieron lugar manifestaciones análogas en Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Granada, Huelva, Bilbao y Pamplona, en las que los estudiantes ocupan las universidades destruyendo los retratos de Franco y de José Antonio Primo de Rivera. La FUDE (Federación Universitaria Democrática Española) despliega gran actividad y consigue que los estudiantes exijan, en Madrid, la dimisión del delegado nacional del SEU, Martín Villa. Por primera

vez, son distribuidas, en Madrid, Barcelona y Zaragoza, octavillas firmadas por los «Estudiantes Libertarios» junto a las distribuidas por otros grupos de la oposición.

El mes de abril, los mineros de la compañía Peñarroya se ponen en huelga en solidaridad con dos mineros detenidos por haber firmado una petición solicitando el derecho de libertad sindical, prolongando el conflicto de Riotinto, donde los mineros habían estado una semana en huelga exigiendo el respeto de sus derechos. Poco tiempo después el movimiento huelguístico volvía a extenderse a la cuenca minera asturiana. En mayo se contaban más de 12.000 mineros en huelga.

Mientras tanto, principalmente en Madrid y Barcelona, la oposición sindicalista clásica redoblaba sus esfuerzos para orientar las reivindicaciones obreras hacia la obtención del reconocimiento legal de un «sindicalismo libre», preconizado por las grandes centrales sindicales internacionales.

Respondiendo a una ofensiva patrocinada por las fuerzas inteligentes del «mundo libre» y del Vaticano, el Régimen adoptaba toda una serie de medidas en favor de la total liberalización de la economía española y, en menor medida, en el terreno de los «derechos sociales» (los seguros sociales, los convenios colectivos, el derecho al paro, etc.). Una parte del clero español comienza a suscribir las reivindicaciones populares y a criticar al Régimen: «La Iglesia siempre dice la verdad; si esta verdad no es agradable para los que nos gobiernan, a ellos corresponde el cambiar» (declaración de monseñor Viscarré en Barcelona).

Pero el reajuste de la España reaccionaria con el mundo capitalista moderno no puede producirse sin fricciones. No todas las fuerzas reaccionarias han comprendido esta necesidad, y las tensiones que entre ellas se producen vienen a unirse al descontento popular, a la oposición al Régimen del catolicismo «progresista» y a los esfuerzos de los demás sectores de la oposición clásica orientados hacia la afirmación de la liberalización política. El temor del Régimen a ser desbordado le obliga a mantener una política represiva brutal. Paradójicamente, la España franquista sigue aspirando a conseguir su entrada en el Mercado Común y cerrándosela ella misma.

A principios de año, el rumor de que los gobiernos francés y alemán presionarían sobre el italiano y el holandés en favor de España había cobra do crédito en los medios pro gubernamentales. La actividad desplegada por los grupos sindicalistas reformistas de la oposición —respaldados moral y materialmente por el sindicalismo católico y socializante euro peo— parecían confirmar este rumor. Pero no sólo el Estado franquista no estaba en condiciones de ser admitido en la Comunidad Europea, sino que tampoco la clase trabajadora española estaba preparada para asimilar sin sobresaltos peligrosos esta integración.

En la empresa de incorporar España a Europa, por razones diversas, todos los sectores de la «oposición tolerada» querían colaborar; pero no era fácil resolver satisfactoriamente las contradicciones que amenazaban la estabilidad del Régimen. La Dictadura, Franco, y detrás de él los integristas del Ejército y la Falange, sólo podían mantenerse en el poder siendo necesarios para mantener el orden y evitar el peligro del desbordamiento revolucionario. Por eso, en el seno del propio Régimen, había quienes preconizaban la liberalización y quienes aplicaban la política del sectarismo ideológico y de represión. Una liberalización más o menos efectiva era incompatible con la realidad de la Dictadura. O una u otra. Y, sin embargo, la integración económica de España en Europa era vital para la supervivencia de la propia Dictadura. El Régimen daba tumbos entre ambas exigencias irreconciliables; ganando tiempo sin sacrificar nada de cuanto le era esencial. La oposición clásica seguía perdiendo tiempo, renunciando a lo que era esencial para su supervivencia, ilusionándose con el carácter irreconciliable de los términos en que estaba planteado el dilema evolutivo para la España franquista.

Los propios militantes sindicalistas que trabajaban clandestinamente por un sindicalismo libre, apolítico y puramente reivindicativo, de estilo europeo, eran perseguidos; aunque sus esfuerzos fuesen encaminados a facilitar, consciente o inconscientemente, la integración sindical del proletariado español necesaria para el ingreso de España en la Europa del Mercado Común.

En el curso del mes de mayo un comunicado del Comité de Coordinación de la ASO anunciaba que habían sido detenidos en Barcelona y puestos a disposición del Tribunal Especial de Orden Público «los compañeros Francisco Calle Mancilla (carpintero) y Mariano Pascual Ramón (metalúrgico)», que desempeñaban respectivamente los cargos de «delegado del interior para Asuntos Exteriores y de secretario del Comité Regional de la CNT de Cataluña y Baleares» en el seno de dicha Alianza. Con ellos había sido detenido igualmente «el compañero José Casas Alfonso (impresor), acusado de la impresión de propaganda al servicio de la Alianza Sindical Obrera [...] que lucha en España por obtener el derecho de huelga y libertad sindical para los trabajadores españoles».

Francisco Calle era un viejo sindicalista confederal que, en el curso de 1963 y principios de 1964, había adquirido una cierta notoriedad en sus múltiples andanzas por los países del Mercado Común, para disputar a los dirigentes de la Alianza Sindical exiliada el apoyo moral y material de las principales organizaciones sindicales reformistas de estos países, principalmente en Alemania y Bélgica, lo que había dado origen al conflicto entre las dos Alianzas y, en el seno de la CNT, había servido de pretexto a los inmovilistas para acusar al SI de Santamaría de entendimiento con la ASO.

La detención de Francisco Calle no ponía punto final a las rivalidades entre sindicalistas reformistas del interior y del exilio, pero mostraba la decisión del Régimen de no permitir —más allá de lo que pudiera servir a sus propios intereses— la extensión de ese embrión de sindicalismo reformista clandestino. A finales de mayo, la entrevista Couve de Murville-Castiella, en Madrid, un triunfo más de la diplomacia franquista, aportaba la prueba irrecusable de lo bien que se acomodaban los gobiernos europeos a la a todas luces ficticia liberalización franquista.

Durante el mes de mayo y principios de junio, mientras el Régimen se aprestaba a celebrar con pompa los «veinticinco años de paz», la actividad antifranquista redobló en intensidad en los dos frentes que más temía la Dictadura: el de la acción violenta y el de la agitación obrera. Paralela a la acción de los trabajadores —manifestada mediante las huelgas que se habían ido extendiendo desde Asturias y León a Andalucía, Murcia, Valencia y

Cataluña—, la acción violenta se había manifestado a través de una nueva serie de bombas que, sin causar víctimas, creaban un ambiente de alarma en la capital española.

La policía vigila de cerca las gradas levantadas sobre la ancha Avenida de La Castellana, en Madrid, para el desfile militar que, en presencia del jefe del Estado, mañana conmemorará los «veinticinco años de paz» franquista. Han sido tomadas precauciones excepcionales para ese día. El fuego de artificio de bombas, de escasa potencia, que explotan desde hace tres días delante de los Bancos, Ministerios y otros edificios públicos (hasta el día de ayer se habían contado catorce) es atribuido por la policía a grupos anarquistas. (*France-Soir*, 14-5-1964)

El «fuego de artificio» sirvió para que la prensa extranjera pudiera recoger la protesta de la oposición antifranquista durante el curso de ese mes que los franquistas habían querido celebrar con pompa y terminar en la apoteosis de la alianza militar que el general De Gaulle ofrecía al general Franco, sin exigencia alguna de liberalización. Pero, como decía el *France-Soir* del 30 de mayo, en un titular a tres columnas: «El “portazo” durante las conversaciones Couve de Murville-Castiella: la explosión de una bomba».

Hasta la detención de Andrés Ruíz Márquez (16), el llamado coronel Montenegro, ocurrida el 24 de junio, siguen explotando bombas en Madrid en centros oficiales, coches de funcionarios, bancos, embajadas pro franquistas y en el hotel Castellana Hilton, que frecuentaban los grandes magnates norteamericanos. Hubo gran alboroto en la prensa nacional a propósito de esta detención, que inmediatamente fue ligada con el nombre de Álvarez del Vayo (17) y del llamado FELN (Frente Español de Liberación Nacional). Esta organización antifranquista, cuya constitución se había hecho pública el 16 de febrero de 1964, agrupaba, además de a algunos disidentes socialistas y de otros partidos, a los restos de la llamada «III República», cuya sede estaba en Argel.

En declaraciones a *Le Monde*, Álvarez del Vayo había afirmado:

> Lo que caracteriza al Frente Español de Liberación Nacional es que está abierto a todos los partidos, a todas las tendencias, a condición de que estén de acuerdo con dos puntos esenciales: 1.º Continuar la lucha en el interior del país; 2.º Hacer todo lo necesario para derrocar al franquismo. [...] Por error algunos periódicos han anunciado que yo presidía el FELN. Yo me ocupo de él como Ortega y Gasset, hermano del gran filósofo, o Pérez Sanz. Pero el Frente está, ante todo, constituido por fuerzas del interior decididas a luchar contra el poder. (*Le Monde*, 27-3-1964)

El 7 de julio era condenado a muerte por un Tribunal Militar Andrés Ruiz Márquez. Como en ocasiones anteriores, la prensa franquista había lanzado toda clase de denuestos contra la oposición activa y elogiado la eficacia de los servicios represivos de la Dictadura y, como había ocurrido ya en otras ocasiones, algunos portavoces exiliados se sumaron a esta campaña con cobardía y oportunismo:

No deja de ser extraño —por lo menos extraño— que la policía franquista, que ha llenado de agentes especializados los medios de la emigración política y ha apelado a los procedimientos más repugnantes para corromper dichos medios, que los ha inundado de provocadores disfrazados de revolucionarios, hasta el punto de que no hay redada ni actos terroristas donde no se advierta la intervención de algún siniestro agente franquista, que esa policía haya esperado tanto tiempo para «descubrir» y «capturar» al principal actor de esa «red terrorista», según expresión de la propia policía. Y que haya permitido que pongan y estallen hasta cincuenta petarditos. Sobre todo tratándose de quien combatió con el Ejército franquista con el grado de teniente (18). (Declaración de la Comisión Ejecutiva del PSOE publicada en el número 134 del periódico *Le Socialiste* de Toulouse)

Desgraciadamente para Andrés Ruiz Márquez, las autoridades franquistas no tuvieron en cuenta esas cobardes y gratuitas insinuaciones: condenado a 30 años de cárcel, después de serle conmutada la pena de muerte por Franco,

para salvar las apariencias en torno al estribillo «Veinticinco años de paz», en un momento en que fuera de España se desarrollaba una intensa campaña contra la falsa «liberalización» franquista.

La opinión pública europea había sido movilizada por diferentes movimientos de solidaridad antifranquista en favor de las huelgas mineras de Asturias y, particularmente en Bélgica —sede de la Comunidad Económica Europea—, en favor de Francisco Abarca. Tras ocho meses de incertidumbre, y gracias a sus repetidas huelgas de hambre (19) y a la movilización de todos los sectores democráticos belgas, Abarca había sido puesto en libertad el 12 de junio, evitándose su extradición a Suiza y su posterior entrega a las autoridades españolas. Los hechos demostraban la importancia de la movilización de la opinión pública internacional como respaldo de la lucha antifranquista. También habían demostrado la incapacidad del antifranquismo exiliado, que después de tantas experiencias y de tantos años de exilio, no había llegado a constituir un organismo, permanente y unitario, de solidaridad antifascista (20), capaz de aprovechar el potencial moral y material del antifascismo internacional en favor de las víctimas del fascismo español. El caso de Francisco Abarca, acusado de presunta complicidad en actos de terrorismo y en cuya defensa participaron destacadas personalidades políticas y universitarias belgas, puso de relieve la eficacia de un organismo permanente de solidaridad antifascista (21). Su eclipse —una vez resuelto el caso Abarca— puso una vez más de relieve el conjunto de mezquinos intereses de todos los sectores antifranquistas exiliados que se oponían a la continuidad de tal organismo. La responsabilidad de esta carencia defensiva y solidaria incumbe por entero al conjunto de las organizaciones exiliadas que no han dejado en ningún momento de rivalizar entre sí y de boicotear las tentativas de organizar la solidaridad internacional cada vez que cada una de ellas no podía monopolizarla en exclusiva, descorazonando a cuantos, al responder a los llamamientos de solidaridad, eran objeto de apropiaciones políticas inaceptables (22).

De todos los sectores antifranquistas era el libertario, y más particularmente su rama juvenil, quien más sufría de la falta de sólidos respaldos internacionales. Y no sólo porque defendiese posiciones de lucha consideradas

por todos los demás sectores como demasiado radicales, sino fundamentalmente porque su denuncia del inmovilismo exiliado implicaba una crítica del burocratismo paralizante que había anquilosado las formaciones de la izquierda reformista y de la izquierda revolucionaria internacionales.

No sorprende, pues, que el antifranquismo clásico, las organizaciones antifascistas internacionales clásicas, los Estados democráticos, los comunistas y el propio régimen franquista coincidieran, después de coincidir objetivamente en defensa de los planteamientos pacíficos, en el aislamiento, condena y persecución de todos cuantos ponían en evidencia esa connivencia de facto.

Liquidada la tentativa activista de los socialistas disidentes (FELN), tras la desarticulación del grupo del coronel Montenegro, sólo los jóvenes libertarios (FIJL) y los jóvenes nacionalistas vascos (ETA) proseguían la acción violenta contra el franquismo.

En el seno del Movimiento Libertario los campeones del inmovilismo exiliado y los partidarios del neosindicalismo de signo «democrático occidental» (23) habían ido acercándose e integrándose en las corrientes sindicalistas reformistas, patrocinadas por las grandes centrales internacionales del llamado «sindicalismo libre». Sus diferencias, sus enfrentamientos y sus polémicas se reducían a un simple problema de representatividad: los del interior reivindicaban el derecho de no aceptar más directivas que las del interior y el de establecer relaciones directas con los aparatos dirigentes de las centrales internacionales; los del exterior acusaban simplemente de disidencia a los primeros por no reconocer la supremacía de los comités exiliados.

Los jóvenes libertarios se negaron rotundamente a participar en este galimatías aliancista y confederal, y con motivo del juicio contra Francisco Calle Mancilla, Agustín Mariano Pascual y José Cases Alfonso —militantes confederales comprometidos en la constitución de la ASO— los jóvenes libertarios expusieron claramente su posición:

Aunque disentimos en lo fundamental con la actitud de esos compañeros en lo que concierne a la posición frente al régimen franquista, en cuya campaña de pretendida «liberalización» ellos parecen honestamente creer, así como en los límites de la colaboración con la nueva «oposición católica», consideramos necesario, sin embargo, alertar a la opinión pública sobre la detención de estos obreros cenetistas que, pese a su posición pasiva frente al Régimen, han sido encarcelados y juzgados por actividades que en cualquier país civilizado son completamente legales y toleradas (24). (Boletín de Información FIJL, agosto de 1964)

Apenas transcurrida una semana de este juicio, el 11 de agosto, eran detenidos en Madrid el joven anarquista inglés Stuart Christie y el militante libertario Fernando Carballo Blanco. La versión dada a la publicidad ponía el acento en el destino final de los explosivos que, según la policía, Stuart Christie tenía que entregar a Carballo para que éste «perpetrara una serie de atentados contra edificios públicos y privados». En el momento del juicio, la propia prensa franquista daba a conocer una supuesta declaración de Fernando Carballo en la que afirmaba: «que se le había confiado colocar los explosivos en el Estadio Santiago Bernabeu en la final de la Copa de España de fútbol, a la cual debía asistir el general Franco; pero que no cumplió su misión pues, según dice, no tenía la intención de colaborar con sus antiguos amigos».

Las condenas que les fueron impuestas por el consejo de guerra sumarísimo, celebrado el 2 de septiembre en Madrid, daban lugar a pensar que los explosivos estaban destinados a algo más importante que a simples atentados contra «edificios públicos y privados». Los 30 años de reclusión impuestos a Carballo y los 20 impuestos a Christie (de algo le tenía que servir el ser inglés) mostraban que el Régimen no temía enfrentarse con la opinión pública extranjera cuando se trataba de reprimir tentativas contra el jefe del Estado. Gracias a la gran movilización de solidaridad en Inglaterra, en favor de Christie, en la que participaron numerosas personalidades laboristas al lado del Comité de los Cien, encabezado por el filósofo Bertrand Russell, pudo evitarse lo peor para Carballo (25).

1979. Gransac y Stuart Christie en París

La detención de Stuart Christie puso nuevamente de manifiesto la colaboración de los jóvenes anarquistas europeos al lado de la FIJL en la lucha contra el franquismo. A este propósito, hay que resaltar la constitución, en los meses de junio y julio, de un Comité de Relación entre los jóvenes anarquistas (CLJA) y un Comité de Relación entre los estudiantes anarquistas (LEA) franceses, que servirían de soporte público a los proscritos de la FIJL. Anteriormente, los jóvenes anarquistas franceses habían publicado legalmente, en colaboración con los españoles, un periódico mensual, *Action Libertaire* (26), órgano de la sección francesa de la Federación Internacional de las Juventudes Libertarias, que servía para cubrir la edición simultánea de cuatro páginas en español que daba continuidad al portavoz de la FIJL, Ruta, suspendido por las autoridades francesas.

Con la constitución de una Delegación Exterior de la FIJL, el 9 de agosto, con residencia en Bélgica, al frente de la cual figuraba Francisco Abarca, la FIJL reaparecía públicamente, en cumplimiento del acuerdo adoptado en su congreso extraordinario clandestino celebrado en Francia en julio. Al mismo tiempo, se procedía a la edición, en Bélgica, del portavoz de la FIJL, Ruta, suspendido en Francia. Se ampliaba su radio de acción propagandístico con el

Boletín de Información FIJL, editado en Inglaterra por la Comisión de Relaciones juvenil, y con esporádicas publicaciones clandestinas en el interior, y numerosas octavillas. Puede decirse que en pocas ocasiones había desplegado la FIJL tal actividad propagandística y conseguido mayor audiencia en los medios anarquistas internacionales. En sus respectivos congresos anuales, tanto la Federación Anarquista Italiana como la Federación Anarquista Francesa aprobaron por unanimidad mociones de respaldo hacia la FIJL, lo que representaba una censura implícita para las representaciones oficiales de la CNT y la FAI, en manos de los inmovilistas. La denuncia del inmovilismo en el seno del Movimiento Libertario Español había hecho de la FIJL el símbolo de la radicalización y «contestación» juvenil en el seno del movimiento anarquista internacional.

Las relaciones entre las tres ramas del MLE habían continuado deteriorándose. Mientras el sector de militantes que se había hecho eco de la denuncia presentada orgánicamente por la rama juvenil seguía exigiendo el esclarecimiento de la misma, el otro sector proseguía la lucha por el control de los comités y la cruzada en defensa de los «principios», incubándose así la epidemia de expulsiones que más tarde acabarían por instituir una escisión de hecho en las filas libertarias (27).

La FIJL representaba —según las posibilidades de la época— un intento de reacción contra la esclerosis desde dentro del propio Movimiento, confiando en una hipotética toma de conciencia de la militancia en general, lo que explica su terca insistencia en mantenerse dentro de la «normativa orgánica» establecida en el exilio. La Comisión de Relaciones de la FIJL había continuado exigiendo una «reunión de confrontación».

La presión de la FIJL sobre la «base libertaria» había sido tal, que el Secretariado Intercontinental se vio finalmente obligado a convocar la tan traída «reunión de confrontación» en las condiciones exigidas por la Organización Juvenil. Es decir, en presencia «de los miembros de la C de D anterior y del D-I».

Pero, contrariamente a las ingenuas ilusiones juveniles, para el Secretariado Intercontinental la convocatoria de la reunión no quería decir voluntad alguna

de realizarla, y aún menos de facilitar con ella el esclarecimiento de la situación.

El 15 de agosto por la mañana, después de «una reunión previa de una hora de la C de D» —en la que también participa el delegado de la Organización Juvenil—, comienza, por fin, la «reunión de confrontación y esclarecimiento»:

Las dos primeras y únicas sesiones de esta frustrada reunión transcurrieron normalmente, con las intervenciones de las partes interesadas sobre el caso de la dimisión —en el organismo en función delegada— del actual secretario del SI (por haberse convenido así); afirmándose cada parte en sus respectivas posiciones. Lo que implicaba —como lógicamente se empezó a señalar— que finalmente tendrían que ser las bases de las tres ramas, debidamente informadas, las que resolvieran y sancionaran el caso, puesto que quedaba evidenciada la existencia de una flagrante contradicción e incompatibilidad de actuación entre el dimisionado, actual miembro de la C de D, por su designación confederal, y los demás miembros de la función delegada, cuya gestión había sido aprobada por los Comicios regulares de las tres ramas. En la sesión de la noche, en la que se tenía que entrar a estudiar el caso de la segunda dimisión del organismo en función delegada, actualmente secretario de coordinación del SI y secretario de la C de D, se le comunicó a nuestra delegación que la representación confederal había solicitado una reunión previa de la C de D antes de iniciar la sesión. Iniciada esta reunión, sin la presencia de los otros compañeros que nos estaban esperando, nuestra delegación escuchó con estupor la intervención de la delegación confederal, que —resumiendo— dijo: Que visto el desarrollo de la reunión de confrontación y el tono de las intervenciones, que no se habían producido como ellos esperaban, y visto que a fin de cuentas el problema tendría que remitirse a la base, el SI reunido (tres de sus cinco miembros) había tomado la decisión de suspender la reunión. Al negarse nuestra delegación a compartir tal responsabilidad y exigir que la delegación confederal planteara su decisión ante todos los reunidos, el propio secretario de la C de D, que dijo que no había tomado parte alguna en esa decisión, pidió a la delegación confederal que reconsiderara su actitud. Así se pasó, después de dos horas y media de retraso, a iniciar la sesión de la noche de la «reunión de confrontación y

esclarecimiento». La delegación confederal repitió lo dicho en la reunión previa de la C de D y ratificó la decisión a la que habían llegado los tres miembros del SI de suspender la reunión por los motivos antes enunciados. La totalidad de los presentes, excepto la delegación específica, hicieron ver a la delegación confederal la responsabilidad en que incurría si saboteaba de esa manera la reunión; sobre todo teniendo en cuenta que el tono en que todos se habían manifestado era correcto y que el argumento esgrimido para suspender la reunión era completamente insostenible y evidenciaba claramente la maniobra. La delegación confederal reconsideró su actitud y pidió que se suspendiera la reunión hasta la mañana siguiente, para tener tiempo de reunirse con todo el SI y ver si reconsideraban la decisión de suspensión, comprometiéndose a transmitir a los otros dos miembros del SI todas las consideraciones que se le habían hecho a la delegación. A la mañana siguiente, se llamó de nuevo a nuestra delegación para una reunión previa de la C de D, en la que se le dijo a nuestra delegación que el SI se había reunido y había reafirmado su decisión de suspender la «reunión de confrontación y esclarecimiento» por la actitud de la Organización Juvenil de no haberse reintegrado a la C de D, asumiendo todos sus derechos y deberes fuese cual fuese el resultado de la reunión de confrontación. Comprendiendo lo absurdo de tal argumento y los alcances de la maniobra, nuestra delegación pidió que se informara a todos los presentes en la «reunión de confrontación y esclarecimiento» para de una vez por todas acabar con esa comedia. (Extractado de la «Carta informativa a la base», cursada por la C de R de la Organización Juvenil, del 25 de agosto de 1964)

El maquiavélico maniobrismo del secretario general del Secretariado Intercontinental, Germinal Esgleas, para suspender la confrontación que tanto había costado realizar y que tantos gastos había ocasionado (28), era incalificable. Al igual que en el caso de la dimisión del D-I para llegar a neutralizarlo después de apoderarse del SI y de la C de D, había quedado plenamente probada su capacidad de maniobra política29. Pero, para los jóvenes libertarios y para buena parte de la militancia confederal y específica era inadmisible dejar a Germinal Esgleas que considerase al MLE como un

partido político. De ahí su denuncia y rebelión ante procederes incompatibles con la más elemental ética libertaria.

Pero, por ingenuidad o por fidelidad a las normas de organización, los jóvenes habían perdido un tiempo valioso y energías que les eran necesarias para proseguir, en mejores condiciones, la acción antifranquista.

Desde la denuncia del problema interno hasta la frustración de la «reunión de confrontación y esclarecimiento», y de la consiguiente suspensión definitiva de relaciones entre la rama juvenil y las otras dos ramas, habían pasado diez meses, sin que se hubiese conseguido nada importante. Si había quedado en evidencia la voluntad del «esgleísmo» de hundir los acuerdos de lucha e impedir toda posibilidad de resurgimiento del Movimiento, también había quedado de manifiesto la incapacidad de reacción de la mayoría de la militancia exiliada. Lo único positivo para el futuro —a nuestro entender— es el planteamiento hasta las últimas consecuencias de la crisis ideológica, dejando bien delimitada la línea de ruptura entre las viejas y las nuevas generaciones libertarias.

Los jóvenes libertarios comenzaban a comprender que la dialéctica de la realidad cotidiana había provocado, en España y en el mundo, cambios fundamentales en las actitudes de los dos bandos que habían hecho la guerra; el Régimen, después de verse obligado a arrinconar la euforia nacionalsindicalista y su rigidez castrense-clerical, se había convertido en «una dictadura específicamente capitalista»; las «viejas glorias» republicanas, socialistas, comunistas y libertarias, que aún quedaban en pie, habían acelerado su proceso de acomodamiento, tanto en España como en el exilio, abandonando las viejas quimeras de restauración de la legitimidad republicana o de una vuelta al 19 de julio.

Del lado franquista todo se orientaba hacia la consolidación de las estructuras económicas y políticas exigidas por su vocación de dictadura capitalista adaptada a su época, a través del proceso de institucionalización de la perspectiva monárquica, de la afirmación de la hegemonía de los «tecnócratas» del Opus Dei y de las medidas de «liberalización» de las costumbres (30) para facilitar el desarrollo de lo que se había convertido en

primera industria nacional: el turismo. España había batido ese año un doble record: el del número de visitantes extranjeros y el de entradas de divisas: más de trece millones de turistas gastaron más de novecientos millones de dólares. No es de extrañar, pues, que, pese a que la OCDE seguía informando que «la situación económica de España deja mucho que desear», los capitales extranjeros siguiesen afluyendo al calor de las ventajas fiscales que el Régimen ofrece a los inversionistas con divisas. Seguían explotando graves escándalos de corrupción administrativa (31), que dejaban al descubierto los compadrazgos consustanciales al sistema franquista. Se seguía agitando la bandera nacionalista para reclamar la restitución de Gibraltar; Franco rememoraba públicamente su connivencia con las hordas nazis al convocar, el 12 de octubre, a todas las jerarquías del Régimen y al cuerpo diplomático en la ciudad de Guernica (arrasada en 1937 por la aviación hitleriana) para conmemorar el Día de la Raza.

Del lado antifranquista, la «oposición tolerada» sigue redactando cartas de tímida denuncia de los excesos policiales en la represión de los paros obreros o contra los presos políticos de Burgos (32); a los republicanos apenas se les oye; los comunistas acentúan sus divisiones a raíz del enfrentamiento entre «los revisionistas de derecha y los de extrema izquierda», al agravarse la querella chino-soviética; los socialistas —como ya hemos visto con su actitud frente a la detención del coronel Montenegro—, ni siquiera cuando está en juego la vida de un hombre guardan silencio ni dejan sus denuestos para momento más propicio; los libertarios, enfrascados en su «problema interno», constatan la fragilidad de su «unificación». Sólo ETA y la FIJL se afirman en la línea de la acción revolucionaria.

ETA había seguido ganando crédito y aumentando sus efectivos a medida que proseguía su acción en Euskadi. Durante los primeros meses de 1964, el periódico madrileño El Español (portavoz oficioso del Ministerio de Información), dedicaba páginas enteras a «ETA, organización terrorista vasca». En el curso del año, ETA celebra su tercera asamblea, ratificando su línea revolucionaria y nacionalista. Tras algunos tiroteos en zonas cercanas a la frontera, en noviembre son asignados en residencia en Francia cuatro

refugiados vascos acusados de militar en ETA, después de haber sido expulsados de los departamentos fronterizos.

Al finalizar 1964, la FIJL se ve obligada a dedicar sus energías al combate ideológico con notorio detrimento del combate antifranquista. El 27 de noviembre, explotaban frente a la entrada del Colegio Pontificio Español de Roma dos cócteles molotov y un mes más tarde, el 26 de diciembre, se frustraba un intento de incendio del Consulado General de España en París.

Notas

1. Hay que señalar que Roque Santamaría siempre se solidarizó en sus declaraciones con los miembros activos del D-I, pero no es menos cierto que al final de su mandato fue quien decidió la paralización de la acción (al rehusar los fondos necesarios), al mismo tiempo que ocultaba a la base confederal la verdadera situación del organismo de defensa. Solamente había hecho referencia a esta situación en una de sus últimas circulares y en términos tan vagos que sólo los enterados podían comprender algo: «En este orden de problemas, la continuidad de actividades emanantes del Congreso de 1961, de cara a España, se encuentra en situación dubitativa. Ciertas incompatibilidades se nos han puesto en evidencia y, dada su reciente manifestación y nuestro pronto reemplazo, no creemos del caso ser nosotros quienes lo abordemos» (Circular del Secretariado Intercontinental, de 17-12-1963).

2. Aunque resulte paradójico tratándose de una organización libertaria, el control de estos comités resultaba decisivo para la orientación de las reuniones plenarias del Secretariado Intercontinental (a las que sólo podían asistir los miembros del mismo y los secretarios regionales), y de los plenos (que desempeñaban la función de congreso, pero a los cuales sólo podían acudir delegaciones nombradas en los plenos regionales). Este control era posible gracias al llamado «voto nominal» (un voto por cada federación local): pues aun siendo, en total, numéricamente inferiores en militantes, las federaciones locales pequeñas contaban más en las votaciones de los plenos regionales que las federaciones locales grandes, siendo en estas últimas en donde el inmovilismo esgleísta no podía maniobrar con tanta impunidad. El objetivo de este control se puso de manifiesto en la Plenaria de Secretarios Natos convocada por el Secretariado Intercontinental saliente, poco antes de traspasar los cargos, y en la que Santamaría tampoco planteó —pese a que se había comprometido a hacerlo— el problema de las «incompatibilidades» en el organismo de defensa. Fue confirmado en el pleno convocado por el SI entrante, inmediatamente después de haber entrado en funciones. Al igual que en la primera plenaria, en la segunda, salvo dos o tres delegaciones, las demás estaban en manos de esgleístas.

3. Entre éstos vale la pena citar a Ramón Liarte, pues no sólo se trataba de un

«reformista y político» notorio, sino que, además, había sido el secretario general del Subcomité Nacional del sector «escisionista».

4. Esta «condicional» consistía en una moción por la que la Organización Juvenil recababa su total independencia para continuar la lucha en el caso de que las otras ramas no cumplieran los acuerdos en ese sentido.

5. Del folleto Información sobre el problema interno de la C de D, editado por la

Organización Juvenil el mes de marzo de 1964.

6. En el Pleno Emergente, de finales del año anterior, se había decidido designar — en la documentación orgánica— con las iniciales de OJ (Organización Juvenil) a la FIJL.

7. Estos documentos son los presentados por el llamado «organismo en función delegada» (D-I) en el seno de la C de D, sobre el problema de las dimisiones y de la continuidad de la línea de acción.

8. Extractado del folleto antes mencionado.

9. Según informó la delegación de la OJ, Roque Santamaría dijo textualmente: «A mí lo que me interesa es que se proceda lo más rápidamente posible al traspaso».

10. Circular nº 1 de la Comisión de Relaciones de la OJ.

11. En realidad fueron muchas las federaciones locales, e incluso regionales, que exigieron al SI el esclarecimiento de dicho problema, sin que éste se dignase a considerar tales exigencias.

12. Citado anteriormente.

13. Se había puesto nuevamente en huelga para protestar por la prolongación de su detención.

14. Este comité estaba integrado por las siguientes personalidades francesas: Colette Audry, Claude Autant-Lara, Robert Barrat, André Breton, Ch.-Aug. Bontemps, Claude Bourdet, Jean Cassou, Alfred Kastler, Jean Cotereau, Henri Laugier, Morvan Lebesque, Denis Forestier, Jean Galtier-Boissiére, Maurice Joyeux, Louis Martin-Chauffier, Georges Montaron, Jean Paulhan, André Philip, Emmanuel Roblès, Laurent Schwartz, el decano de abogados Thorp y Henry Torrès.

15. Con el gigantesco cartel-mural de casi 4 m^2, titulado Qu'il aille au diable! (¡Que se vaya al diablo!), en el que se reproducía la célebre fotografía del encuentro Hitler-Franco, en Hendaya, a finales de 1940.

16. Que representaba a los comandos armados de la Unión Democrática Española (UDE).

17. Que había sido ministro de Asuntos Exteriores de la República.

18. Aunque esto sea verdad, hay que precisar que su padre y su hermano habían sido fusilados por los franquistas por su calidad de militantes socialistas. Además, había asistido al VI Congreso del PSOE, como miembro de la tendencia Máximo Muñoz, opuesta a la del inamovible dirigente del partido, Rodolfo Llopis.

19. La última duró más de veinte días y le obligó a comparecer en camilla ante el Tribunal.

20. Sin menospreciar todas las diversas tentativas hechas en este sentido, y menos aún la del Comité organizado por Lecoin, hay que reconocer este fracaso del antifranquismo exiliado en el terreno de la solidaridad frente a la represión.

21. Se trata del antiguo Comité por la Paz en Argelia, que el 19 de noviembre de 1962 se había convertido en el «Comité contra el neocolonialismo y el fascismo». Este comité estaba dirigido por los profesores Pierre Le Grève y Jean Godin.

22. Ni siquiera en los casos de movimientos huelguísticos importantes lograban ponerse de acuerdo las organizaciones exiliadas para obtener y canalizar la solidaridad, haciéndolo separadamente y sin garantía de reparto equitativo de dicha solidaridad.

23. Tanto por los que habían puesto sus esperanzas en la alianza sindical exiliada (ASE), como por los que las habían puesto en la alianza sindical del interior (ASO).

24. Francisco Calle Mancilla fue condenado a 6 años y 4 meses, Agustín Mariano Pascual a 3 años y 3 meses y José Cases Alfonso a 5 años de prisión.

25. Hacía poco más de un año que Joaquín Delgado y Francisco Granado habían sido ejecutados.

26. Este periódico, editado por jóvenes libertarios franceses, había comenzado a aparecer a principios de 1964 con el propósito de cubrir legalmente un órgano de expresión en español de la FIJL. Llegó a tener una tirada de 5.000 ejemplares.

27. Esta incubación había sido ya puesta de manifiesto por el delegado del núcleo de Inglaterra en la Plenaria Extraordinaria de Secretarios Natos del 23 de febrero, inmediatamente después del traspaso de cargos. En su intervención, dicho delegado afirmó: «Hemos sabido que la específica (FAI) se propone expulsar de su seno a unos militantes por su comportamiento en la CNT y esto es un aspecto exterior que contribuye al malestar y al recelo».

28. Para conseguir su realización habían sido necesarias previamente muchas giras y reuniones, y enviar muchas cartas y circulares; habían sido convocados, además de los miembros del SI, los del Organismo de Defensa y los de la Comisión de Relaciones de la FAI y de la OJ, así como los miembros del D-I, algunos de los cuales residían en el extranjero.

29. Como afirmaba la Comisión de Relaciones de la OJ, en su Boletín de Información de agosto: «La suspensión de la reunión, después de que la habían aceptado y convocado, en los momentos en que la militancia confederal tiene que pronunciarse —según consulta por ellos lanzada— sobre el carácter del próximo comicio, y después de que habían proclamado que todo estaba a punto de solucionarse, demuestra los alcances de esta maniobra tendente a dar la impresión, por una parte de la inutilidad de un comicio y, por otra, para ir dando largas a la clarificación de la denuncia presentada por la OJ, conscientes como están de lo comprometido de su situación y del fallo que la militancia habría dado si ya hubiera tomado conocimiento completo del caso».

30. Para asegurar la industria turística, el flamante ministro de Información y Turismo, Fraga Iribarne, había hecho editar una pequeña guía en varias lenguas en la que se precisaba: «Las autoridades eclesiásticas les piden, cuando ustedes visiten las iglesias, que sus ropas estén en armonía con el respeto debido a un lugar donde la belleza tiene por misión el honrar al Creador. Pero no crean que nosotros vamos a hacer en el lugar un auto de fe y quemar a todos los que llevan shorts en la ciudad o bien ese famoso bikini en la playa».

31. Véase España hoy, op. cit.

32. Buscando reducirles al silencio y romper sus acciones de protesta, las autoridades carcelarias habían confinado nuevamente a los presos de Burgos en celdas de castigo.

VI

1965. La degeneración burocrático-autoritaria de las élites confederales en el exilio y en el interior

«Estamos convencidos de que desde el momento en que la Asociación Internacional se fraccionase en dos grupos —el uno comprendiendo a la inmensa mayoría, compuesto por miembros que no tendrían por toda ciencia más que una fe ciega en la sabiduría teórica y práctica de sus leyes y el otro compuesto solamente por algunas docenas de individuos directores—, esta institución que debe emancipar a la humanidad, se transformaría en una especie de Estado oligárquico, el peor de todos los Estados.»

Miguel Bakunin

El año 1964 fue el del triunfo del «inmovilismo exiliado»; 1965 confirmaría la degeneración burocrático-autoritaria de las élites confederales del exilio y del interior, que irremediablemente traería como consecuencia la puesta en pública subasta del prestigioso historial revolucionario de la CNT, tanto por las «élites» del reformismo confederal como por las «élites» de los defensores de los sacrosantos principios, tácticas y finalidades. Sin que pueda servir de justificación, hay que reconocer que las primeras no habrían podido llegar al extremo de indignidad a la que llegaron si las otras no hubiesen facilitado el proceso (1) con su actitud inmovilista y su derrotismo. Frente a esta degeneración burocrático-autoritaria, sólo la militancia juvenil había decidido romper las amarras orgánicas que hipotecaban su actuación. Para hacer frente a las numerosas peticiones de congreso extraordinario —formuladas por todas las federaciones locales y regionales inquietas por «la lentitud con que se presenta la solución de problemas internos y a la vista de la necesidad de

desarrollar nuestras actividades de cara a España» (2)—, el Secretariado Intercontinental abre, el 20 de julio de 1964, una consulta sobre «el carácter que debe tener el próximo comicio a celebrar», afirmando «que en todo deben respetarse los acuerdos orgánicos y que a la Organización le corresponde decidir».

Esta consulta que, en principio, debía terminarse el 30 de agosto (el inmovilismo necesitaba ganar tiempo), se termina el 22 de septiembre, al anunciar el Secretariado Intercontinental —en su circular n.º 21— que «la resolución mayoritaria es determinativa para celebrar el Congreso Intercontinental de Federaciones Locales», al tiempo que se daba de plazo hasta el 31 de octubre para presentar sugerencias para el orden del día del mismo.

Después de alargar dicho plazo hasta el 15 de noviembre, el Secretariado Intercontinental advierte —en su circular n.º 25— que: «En principio, el SI tiene proyectado que el congreso tenga lugar en el mes de enero de 1965. Pero siendo muchas las federaciones locales que todavía insisten, al enviar sus sugerencias, en que el congreso se celebre en época de vacaciones, el SI, aún manteniendo el criterio de celebrar en enero el Comicio, cree que aún pueden las federaciones locales determinar sobre esa fecha u otra posterior consultándoles sobre los dos puntos siguientes: ¿Se acepta celebrar el congreso en enero de 1965? ¿Debe efectuarse en julio de 1965?». El 21 de diciembre el Secretariado Intercontinental decretaba —en su circular n.º 27—, que por 3.109 votos contra 2.283 votos el congreso no se celebraría hasta julio de 1965.

El escamoteo del congreso correspondiente a 1964 había sido descarado. Pero pese a las numerosas y airadas protestas en el seno de las federaciones locales y regionales de la militancia contra estos procederes burocrático-autoritarios, el SI mantuvo su actitud dirigista. Lo esencial era ir ganando tiempo para asegurarse el control del máximo de federaciones locales. Así comenzaba 1965...

El 2 de enero, explotaba una bomba en el Consulado de España en Nápoles. En dos mensajes hallados en el lugar de la explosión puede leerse en italiano:

> «Viva la España libertaria», y «Mientras que el pueblo ibérico continúe siendo oprimido y frustrado por la dictadura fascista, la dinamita recordará que la voz de la libertad no puede ser ahogada. Viva la Anarquía». Los dos mensajes están firmados: «FIJL, CNT, FAI».

El 15 de enero, en un manifiesto público titulado «La FIJL frente al contexto político español actual», los jóvenes libertarios ratifican su posición de lucha frente al Régimen, tras hacer un análisis de las fuerzas en presencia en el contexto político español del momento.

Además de ser distribuido en forma de millares de octavillas dentro y fuera de España, este documento sirve de colofón a un número especial3 del Boletín de Información FIJL, en el que se incluyen doce estudios sobre los diferentes grupos de presión franquista y las fuerzas de la oposición, con la intención de «presentar una visión panorámica del contexto político español actual al finalizar 1964». Los jóvenes libertarios concluían su análisis así:

> Que la «liberalización» impuesta, como norma de «desarrollo y evolución progresiva del Régimen», por los representantes de las nuevas capas de tecnócratas de la economía y la política, a través de los ministerios claves para todo desarrollo del país —Industria, Comercio, Turismo e Información, etc.—, sólo se ha traducido y sólo puede aspirar a un ligero aumento de bienestar material, mediante un plan de expansión industrial y comercial respaldado por el inversionismo extranjero; y que esta política no tiene más objetivo que preservar el Régimen de todo riesgo revolucionario que podría implicar cualquier movimiento social del proletariado español que lograse generalizarse. Y porque, además, sin este «proceso» no podría cumplirse el necesario «proceso de expansión económica» que también requiere su propia supervivencia. [...] Que, sin embargo, el «Franquismo» —con todas las estructuras ligadas al Movimiento Nacional— aún se siente y es necesario. Y que, por lo tanto, su desplazamiento del poder puede aún tardar unos años.

No es menos cierto que en ciertos dominios el Régimen daba algunos pasos tímidos o demagógicos en la dirección de un relativo relajamiento de su absolutismo. Así podía ser interpretada la aprobación por el Consejo de Ministros de un proyecto de ley sobre «la condición jurídica de las confesiones no católicas y de sus miembros en España», que autorizaba, en condiciones muy restrictivas, la libertad del culto protestante. Pero a tal punto era limitada esta medida que Ruiz-Giménez (4) hizo saber su intención de dimitir de su cargo de procurador en Cortes, al aprobar estas últimas dicho proyecto. Si, para reconocerles el derecho de practicar el culto a los protestantes, se había ido tan despacio y con tantas precauciones, no quedaba lugar a dudas de lo alejada y lenta que iba a ser la susodicha «liberalización». Y eso que las inversiones norteamericanas seguían aumentando (5) y que la Iglesia marchaba ya a la hora del Concilio.

Tras el Concilio Vaticano II, las fuerzas vivas de la Iglesia iban imponiendo las mudanzas que permitieran a la Iglesia sobrevivir en el mundo del siglo XX. Estas fuerzas estaban integradas por las facciones de jóvenes católicos de los países en los que el clero intenta reconquistar a la clase obrera y por el clero de los países donde la competencia con las creencias rivales imponía la adopción de métodos más directos para la conquista de las masas.

No obstante, a esta corriente aparentemente irresistible se oponían fuerzas que desconfiaban de las transformaciones que querían introducir en un cuerpo que ha dado pruebas de eficacia sobreviviendo durante veinte siglos. Estas fuerzas eran importantes en España, de suerte que la Iglesia española era una de las voces más disonantes de la Iglesia conciliar. Sin embargo, a pesar de la influencia determinante del integrismo en el seno del clero español, la prensa internacional comenta vivamente la «rebelión de las sotanas» y los aparentes conflictos y enfrentamientos entre la Iglesia española y el Régimen franquista6. Ante el impacto de las nuevas generaciones de eclesiásticos y la presión de los fenómenos que determinaron la celebración del Concilio Vaticano II, la Iglesia española trata de conciliar su tradicional conservadurismo con los esfuerzos de las minorías católicas progresistas que quieren adaptarla a nuestros tiempos:

> La característica esencial de estas minorías rebeldes del clero español es casi siempre la de su edad. La mayoría de sus componentes tienen de 35 años para abajo. No pertenecen a la generación de la guerra ni fueron «manchados» por ella. Moralmente están relativamente intactos de responsabilidades aunque emocionalmente estén estrechamente ligados a ella. Esta nueva promoción del bajo clero, culturalmente mejor formada que nunca y sinceramente preocupada por los problemas sociales, es el producto de una nueva forma de vivir y de pensar. De una mentalidad nueva, de una sociedad dinámica que quiere cambiar y que en definitiva está cambiando, incluso en España. Es una nueva generación de curas «a la europea» a la que los españoles, poco acostumbrados, tendremos que habituarnos. (*Ruta*, marzo de 1965)

Conscientes de la importancia de este fenómeno, las altas jerarquías eclesiásticas españolas jugaron una carta contra la otra, colaborando estrechamente con el Régimen y proyectando su fórmula de recambio a través de las diversas manifestaciones públicas del catolicismo progresista. En esta ofensiva de doble filo no falta nada: frente a los sacerdotes rebeldes hay los adictos; frente a la Iglesia de las «vírgenes guerreras» —patronas de los ejércitos del Caudillo— y de los «obispos azules» —procuradores en Cortes— está la Iglesia de las Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC, JOC y FST), que participan, sin grandes riesgos, en el combate clandestino por un sindicalismo libre; frente al Opus Dei, presente de lleno en el gobierno, está el recién creado partido de la Unión Demócrata Cristiana (7), que desarrolla su «oposición pacífica» en una semiclandestinidad.

Bajo los auspicios de prominentes personajes de la democracia cristiana se había iniciado —al comenzar el año— una ofensiva tendente a acreditar la tesis de que existía una tensión real entre el Régimen franquista y la Iglesia española.

No apagado aún el eco de la ejemplar movilización estudiantil en Portugal del mes de enero8, duramente reprimida por la PIDE de Salazar, comenzaba en

España un periodo de profunda agitación estudiantil que llegaría a adquirir proporciones de verdadero enfrentamiento contra el Régimen.

El punto de arranque de las manifestaciones en la Universidad fue la suspensión por las autoridades académicas de un ciclo de conferencias titulado: «hacia una paz auténtica». El profesor Mariano Aguilar Navarro, conocido puntal de la democracia cristiana, debía pronunciar la última conferencia sobre el tema «La democracia cristiana», encargándose el padre José María González Ruiz de tratar de la «Visión cristiana de la alienación religiosa»9. Aunque el conflicto se remontaba al 17 de enero, al haberse negado varias facultades a participar en el nombramiento del jefe de Distrito de la Universidad de Madrid10, exigiendo la desaparición del SEU y la creación de un nuevo sindicato libre de la tutela del Estado y auténticamente representativo de la masa de los estudiantes. Estas reivindicaciones se extienden rápidamente por toda la Península, a pesar de la represión gubernamental y del cierre de las facultades rebeldes, poniéndose en marcha espontáneamente y generalizándose las asambleas libres.

En la primera manifestación de protesta, celebrada el 18 de febrero, participaron más de dos mil estudiantes, desfilando por las calles de Madrid a los gritos de: «Democracia sí, Dictadura no».

El 3 de abril, el gobierno da a conocer el «decreto por el que se regulan las asociaciones profesionales de estudiantes» que, según afirma el ministro de Información, «significa una reestructuración del SEU».

Pero antes de llegar aquí, la agitación estudiantil, que se había extendido por las principales capitales de provincia, se había nutrido con numerosos incidentes que habían acabado por dar al movimiento una insospechada dimensión política. En Barcelona, la suspensión de la proyección de Viridiana, pese a haber sido autorizada previamente, da lugar a una manifestación que interrumpe el tráfico en la Diagonal, el 4 de febrero. Cuatro días más tarde, una manifestación en la Plaza de la Universidad y ante el Rectorado es disuelta violentamente por la policía. Durante el mes de marzo, en Barcelona, Granada, Salamanca, Bilbao, Murcia, Valencia, Santiago, Sevilla, Zaragoza, Pamplona,

Oviedo, Valladolid y La Laguna, se reúnen numerosas asambleas libres, se organizan manifestaciones de apoyo a los estudiantes represaliados, siendo en la mayoría de los casos disueltas brutalmente por la fuerza pública. El 20 de dicho mes era entregada una protesta firmada por 1.161 catedráticos, estudiantes, sacerdotes, artistas, obreros, etc., al ministro de Información, que la rechaza «por no haberse cumplimentado los requisitos formales del derecho de petición». En ella se solicitaba: «1.º La libertad de asociación y muy especialmente la libertad sindical, planteada hoy como problema candente tanto en el campo obrero como en el universitario; 2.º El derecho de huelga; 3.º La libertad de información y expresión; y 4.º La libertad para aquellas personas que sufren condena por los hechos mencionados, el reingreso a sus puestos de trabajo de todos los despedidos y la rehabilitación de todos los estudiantes expedientados, así como la cancelación de cualquier tipo de responsabilidad por hechos sucedidos durante nuestra guerra civil» (11). El 26, son detenidos más representantes sindicales estudiantiles. El 27, más de 250 estudiantes de Económicas se encierran en la facultad en huelga de hambre hasta que no se libere a los detenidos. Por la noche, ante la presión ejercida por estudiantes y catedráticos, son puestos en libertad los representantes sindicales. El 4 de abril, después de ser conocido el decreto de la Presidencia del gobierno, se constituyen en asambleas libres en Madrid y Barcelona las Cámaras de Distrito libremente elegidas por los estudiantes. Pero las autoridades académicas, después de decretar la pérdida de matrícula y otras medidas coercitivas, deciden finalmente el cierre de todas las facultades. Además, se suspende a cinco catedráticos que habían tomado posición en favor de los estudiantes, incoándoseles un expediente académico.

Las repercusiones internacionales de la agitación estudiantil en la Península ibérica fueron inmensas. Comenzando por la prensa, que concedió destacado lugar a las informaciones sobre la evolución de los acontecimientos, así como numerosos comentarios favorables a la causa de los estudiantes, hasta las múltiples y entusiastas manifestaciones de apoyo al movimiento estudiantil ibérico organizadas en las principales capitales europeas.

En un manifiesto distribuido el 10 de abril en España y el extranjero, titulado: «La FIJL y el movimiento estudiantil», los jóvenes libertarios precisaban su posición:

> En diversas fases de los movimientos de protesta y lucha estudiantil contra el SEU y el régimen de opresión franquista nos hemos tenido que manifestar, bien sea en forma pública o a través de nuestros compañeros —militantes del organismo sindical clandestino FUDE (12)— denunciando las brutalidades represivas de la Dictadura y sus sicarios así como denunciando también las maniobras de aquellos sectores políticos llamados de la «oposición» que han pretendido especular, para satisfacer sus propios fines, con el movimiento de rebeldía estudiantil. Hoy, después del eco resonante —nacional e internacional— de las manifestaciones públicas de los estudiantes, en Madrid y otras ciudades, enfrentándose abiertamente a las fuerzas represivas, nos vemos obligados a denunciar públicamente la maniobra del franquismo, secundada por personajes influyentes de la llamada «oposición tolerada», tendente a apaciguar todo el descontento estudiantil con el señuelo de un reconocimiento oficial de la «representatividad democrática» dentro del Sindicato Estudiantil Universitario. La FIJL denuncia esta maniobra [...] tras la que se esconde el traicionero propósito de doblegar y decapitar al movimiento estudiantil clandestino, que tantos problemas y trastornos ha planteado últimamente a la Dictadura.

Sin poner en duda la sinceridad de la aspiración democrática de la mayoría de los participantes de filiación católica, no hay que olvidar que las orientaciones que éstos intentaban dar al movimiento iban encaminadas a que la «liberalización» se hiciese desde el sistema y no desde fuera de él. Pese a la heterogeneidad del catolicismo español, resultaba sintomática la coincidencia en la manifestación de fervor democrático de los principales grupos católicos con vocación política o social.

La universidad española es una universidad frecuentada casi exclusivamente por hijos de la burguesía. Su rebelión era pues también la rebelión de los hijos de los vencedores de ayer (13), lo que ponía de relieve el fracaso de la ideología oficial, aunque sea necesario subrayar la ambigüedad política del movimiento estudiantil español, sometido a presiones contradictorias engendradas por la situación privilegiada que ocupaba dentro de la sociedad española. Uno de los hechos singulares de esta agitación estudiantil fue la activa participación de grupos de estudiantes libertarios, que más tarde constituirían el núcleo esencial del movimiento llamado de los «ácratas» y el motor del justamente llamado «pronunciamiento estudiantil» de finales de 1966. Pero, como podía leerse en sus propias declaraciones de principios [«Por ello debe crearse un medio acorde con el modo de vida colectivo de hoy que, facilitando al estudiante su plenitud tanto profesional como social, le ponga en condiciones de asumir su papel histórico de integración y proyección en esta sociedad» (14)], el movimiento estudiantil se dejaba encerrar en los límites de una reivindicación estrictamente corporativa. Esta acción, cortada de las luchas obreras, sin carecer de sentido, no tenía la profundidad y la fuerza necesarias para poner en peligro serio al Régimen franquista y transformar la sociedad española.

En el terreno de las luchas obreras, pese a que la combatividad de los trabajadores había continuado manifestándose en diversos conflictos (15) y en una espontánea cadena de sabotajes económicos16, la situación era todavía más confusa, sobre todo al nivel de las organizaciones sindicalistas clásicas. Tanto la ASO como la ASE pretendían luchar por los mismos postulados sindicalistas democráticos. En ninguno de los dos casos, iba la CNT más allá de una moderada fraseología revolucionaria. Ni siquiera la presencia de Germinal Esgleas —que se pretendía el más puro de los anarcosindicalistas españoles— al frente de la CNT exiliada había aportado el más mínimo cambio a las orientaciones reformistas de la ASE. Al contrario, en un número de Alianza (Boletín de información de la ASE), distribuido a principios de enero, Esgleas les aportaba su caución en un artículo titulado: «La Alianza Sindical es necesaria», y en el que, en síntesis, decía:

> Conviene que las esperanzas puestas en la Alianza Sindical no sean defraudadas, ni por la Alianza en sí, que debe consolidarse y extenderse cada día más y mostrarse cada vez más dinámica, ni por cuantos, en virtud de los acuerdos de nuestras respectivas Organizaciones además del propio convencimiento personal de su utilidad, estamos en el deber de defenderla, de fortalecerla, con el apoyo de todos y de convertirla en el arma de lucha más formidable y eficaz.

En este mismo número, el ugetista José Barreiro hablaba de la «eventual adhesión de un sindicalismo cristiano» a la Alianza, sin que el Secretariado Intercontinental esgleísta levantase la más mínima objeción. También en ese número quedaban en evidencia las causas de la incompatibilidad surgida entre los dos comités aliancistas (uno con sede en el interior y el otro en el exilio). En el editorial, precisamente intitulado «La ASO y nosotros», se decía:

> Cuando la Alianza Sindical ha logrado ser reconocida nacional e internacionalmente (17) como la genuina representación del proletariado de nuestro pueblo surge, por arte de ilusiones bien pagadas, un organismo —de alguna manera tenemos que denominarlo— que, para intentar perturbar la marcha ascendente de la verdadera Alianza Sindical se bautizó a sí mismo con el nombre de «Alianza Sindical Obrera». Con respeto absoluto a las opiniones ajenas hemos dialogado con quienes se proclaman dirigentes de esa Alianza Sindical Obrera (18) [...] sin perjuicio de que, si obstinadamente se persistiera en el error, nos veríamos forzados a declarar quiénes son los que alimentan estas acciones perturbadoras, quiénes las financian, acusando a los servidores de este engendro de ser, consciente o inconscientemente, servidores del totalitarismo comunista, de la burguesía y de la dictadura franquista.

No dejemos de observar que en el terreno concreto de las luchas obreras ambas Alianzas habían demostrado tener escasa audiencia. Pero al menos la ASO podía explotar en su favor el que algunos de sus dirigentes hubieran sido detenidos y condenados a fuertes penas de reclusión (19), y que su principal animador, Cipriano Damiano (quien a la caída de Calle Mancilla había asumido en Barcelona la dirección de la misma), podía galardonarse de estar perseguido por la policía franquista y de tener incoado un expediente, después de su detención, fuga (20) y correspondiente paso clandestino al exilio.

Éste era el clima de las alianzas sindicales de signo «democrático» que se aprestaban a intervenir en el terreno de las luchas obreras. Para aumentar la confusión, en el curso del mes de abril aparecían tres manifiestos aliancistas dirigidos a la clase trabajadora, pretendiendo cada uno ser la legítima expresión de la Alianza Sindical, sin más diferencia que la firma: el primero con las siglas «UGT, CNT, STV», el segundo con las siglas «UGT, CNT, FST» y el tercero simplemente con la sigla «ASO».

En este contexto confuso tuvo lugar la visita a España de Fritz Erler, vicepresidente del Partido Socialdemócrata Alemán, invitado expresamente por el Instituto de Estudios Jurídicos de la CNS (21), en momentos en que el nacionalsindicalismo y la Falange sentían peligrar sus privilegiadas posiciones en el Régimen tras la ofensiva opusdeísta (22).

Para comprender el efecto que produciría entre los trabajadores españoles la visita oficial del dirigente socialista alemán, basta leer el editorial dedicado por *ABC* a comentar la conferencia pronunciada por Erler en el citado Instituto:

> Algunos esperaban posturas más avanzadas. En rigor, no hay razón para sorprenderse, porque lo que ha hecho el señor Erler ante sus oyentes no ha sido, ni más ni menos, que glosar el programa hoy vigente del partido socialista alemán.

Y si a esto agregamos que la llegada al poder de los «laboristas» en Inglaterra tampoco había determinado modificación alguna en las relaciones de este país

con la España franquista (pese a sus profesiones de fe democrática en el curso de la campaña electoral), es fácil concluir que las alianzas sindicales patrocinadas por el llamado «sindicalismo libre» no fuesen vistas con buenos ojos por los trabajadores españoles. Tanto el socialismo europeo como el «sindicalismo libre» aparecían cada vez más claramente como lacayos del capitalismo y, cuando llegaban al poder, del imperialismo yanqui.

Los comunistas españoles se hundían poco a poco en las contradicciones de su política de «reconciliación nacional» y en el pantano del conflicto «ideológico» surgido entre las direcciones políticas de la China Popular y la Unión Soviética. Esta desavenencia había determinado entre los comunistas españoles una profunda escisión, planteándose también —con sus características propias— el conflicto interior-exilio que había escindido las demás organizaciones antifranquistas. Los ataques recíprocos entre *Mundo Obrero* Revolucionario (órgano de la tendencia pro china) y *Mundo Obrero* (órgano de la dirección pro soviética de Carrillo y compañía), cada vez más virulentos, ponían en evidencia la caótica situación que atravesaba el PCE. Seguía salvando a los comunistas españoles del descrédito más total la descarada connivencia franquista con el imperialismo americano y las repetidas profesiones de fe anticomunista de Franco. Pero eso no bastaba para dar al PCE los resultados proselitistas que su potencial económico y propagandístico parecía prometerle. En el seno del movimiento estudiantil su retroceso proselitista era notorio y significativo. Tanto en la FUDE como en las «Asambleas Libres», el Partido Comunista veía fuertemente combatidas sus pretensiones de control político del movimiento estudiantil por grupos cada vez más numerosos de estudiantes, que acusaban al PCE de integrar, junto con el Opus Dei y Defensa Universitaria, la llamada «izquierda maquiavélica».

Los libertarios españoles seguían «preparando» el pospuesto Congreso Confederal de 1964, finalmente anunciado para el verano de 1965, unos para echar tierra al asunto y esquivar el verdadero debate, otros para saber por fin

a qué atenerse, y los terceros para intentar manipular el proceso en favor de sus intereses propios (23).

La polémica se había continuado dentro del Movimiento Libertario, particularmente en la CNT, a través de boletines (24) al no encontrar eco en la prensa oficial de la CNT que, pretendiendo ignorar el malestar interno, seguía publicando notas insidiosas contra los jóvenes. Estos dedicaron las cuatro páginas en español del bimensual *Action Libertaire* a una «tribuna libre», que sirvió para que pudiesen manifestarse todos los militantes que no podían hacerlo en los órganos periodísticos confederales, y para dar a conocer algunos de los artículos ideológicamente más comprometedores de los «ultras» faístas, con el objeto de facilitar una confrontación de actitudes, posiciones y objetivos.

Los primeros seis meses de 1965 fueron pródigos en enfrentamientos «ideológicos». Ante el próximo congreso, se llegó a provocar un inicio de polémica que, pese al apasionamiento, auguraba la posibilidad de llegar por fin al fondo de la crisis interna. Pero después de imponer el aplazamiento del congreso, el Secretariado Intercontinental esgleísta se dedicó —con su maquiavelismo característico— a escamotear el debate previo de los litigios en curso y de sus causas (25), a agravar todos los conflictos locales y regionales (26), a sembrar la discordia y a dividir la militancia (27). El propio Germinal Esgleas había encomendado a un militante de la OJ (amigo personal de Ramón Liarte, que se había convertido en el brazo derecho del secretario general del SI) una extraña misión (28) en la Plenaria Juvenil celebrada en el curso del mes de marzo. Para el Secretariado Intercontinental esgleísta el fin justificaba los medios, y todo cuanto podía aumentar la confusión y exacerbar el clima pasional servía a sus intereses.

Los opositores al inmovilismo (los había de todos los «colores») intentaban sensibilizar a quienes no querían ser sensibilizados, a quienes preferían la demagogia ideológica exiliada antes que afrontar las responsabilidades inherentes a un antifranquismo y a un revolucionarismo consecuentes. En pos de esta quimera, quienes querían imponer el estudio sincero de la crisis al conjunto del Movimiento se dejaban también encenagar en la inextricable

«guerrilla» orgánica en torno a los conflictos locales y regionales (29) creados por el esgleísmo.

La «élite» esgleísta cursaba a finales de mayo un «informe de gestión» del SI, para «estudio y discusión» en las asambleas de las federaciones locales. Este informe, que hacía recaer sobre la OJ la responsabilidad de la situación y del fracaso de la «reunión de confrontación y esclarecimiento», comenzaba afirmando:

> De todo lo que se hace y se dice en contra de un Secretariado Intercontinental no es el SI finalmente el perjudicado, sino toda la Confederación Nacional del Trabajo, todo el pueblo español.

Comentando esta insólita declaración del Secretariado Intercontinental, que reducía a polvo la doctrina federalista y libertaria de la CNT, fundada en el rechazo total de toda diferencia entre dirigentes y dirigidos, los jóvenes libertarios concluían:

> Esta forma de autodefensa de los Comités superiores, de corte y concepción genuinamente estaliniana (el secretario general es el partido y el partido es la revolución...), resulta una innovación de muy graves alcances para la vida de nuestro Movimiento como entidad libertaria. (FIJL, Boletín Interno, Londres, 5 de julio de 1965)

Dos meses más tarde, el 31 de julio, comenzaría el tan ansiado congreso en la ciudad de Montpellier.

Tras una intensa preparación electoral (otra curiosa innovación introducida en los medios libertarios por el esgleísmo), el Secretariado Intercontinental se dedicó a movilizar el máximo de delegaciones afines (cubriendo gastos de desplazamiento y estancia de las mismas, lo que resultaba otra innovación más), después de haber escogido Montpellier como sede del congreso por

encontrarse precisamente en una región que le era adicta y cercana a la de Provenza que todavía le era más rabiosamente afín.

El SI, sin representar el sentir mayoritario de la Organización, disponía del control del congreso por la presencia de una mayoría aplastante de delegaciones de pequeñas federaciones locales (en algunos casos creadas con esa intención), trabajadas por los incondicionales de la rama específica (FAI), tras un año y medio de gestión dedicada exclusivamente a este objetivo.

Como muchos habían previsto30, ese congreso iba a ser «decisivo para la supervivencia de un Movimiento Libertario coherente y eficaz». Se había hecho todo para que lo fuera.

El clima pasional, creado por los esgleístas, puede colegirse de la lectura de un Boletín específico —de triste recuerdo— dedicado a esta preparación previa.

Pasó a la historia el papel de Cristo, y lo que no debe ni puede pesar son las aplicaciones de las reglas sanitarias, higiénicas, definitivas, contundentes [...] ya que si no hay el debido saneamiento y se permite todavía el sostenimiento de lo carcomido o putrefacto siempre existirá el peligro de la corrupción.

Era, precisamente, el militante que había escrito esto (31) quien marcaba, con gritos e insultos, la pauta a las delegaciones esgleístas presentes en el congreso, la mayoría de ellas integradas por militantes que residían en lugares apartados y que sólo habían tenido acceso a la unilateral información enviada por el SI o por la organización específica. Se les había hecho creer que quienes impugnaban al SI atacaban a la Organización entera, que tras la denuncia del «inmovilismo» lo que se buscaba era «la desaparición del anarquismo en las filas obreristas», que los jóvenes estaban manipulados por los reformistas. En otras palabras, que la única salvación del anarquismo español era el esgleísmo. El nivel ideológico y la voluntad combativa de esta militancia eran sumamente bajos. Contrariamente a lo que exigía de ella el planteamiento juvenil, el esgleísmo sólo les pedía una movilización verbal y un voto de confianza, sin riesgo de afrontar la lucha o las consecuencias represivas de la misma, sin olvidar que el esgleísmo había explotado con habilidad las cuerdas sensibles de la Organización, el Anarquismo con mayúscula.

Desde la primera sesión, el congreso apareció dividido en dos fracciones irremediablemente opuestas en lo fundamental. Para las delegaciones esgleístas no existía otra motivación que el pasar «a la aplicación de las reglas sanitarias [...] para hacer frente a los difamadores, a los que de una manera o de otra forma intentan desprestigiar a la Anarquía», como afirmaba (convencido de su intransigente sectarismo) el citado Mingo, con cuya imagen acabaría por identificarse totalmente el congreso. Después del discurso de bienvenida pronunciado por el secretario general del SI, Germinal Esgleas, las primeras sesiones fueron dedicadas exclusivamente a la eliminación de algunos delegados (32) que, pese a haber sido ya objeto de las «reglas sanitarias» (expulsiones) aplicadas por los esgleístas en las federaciones locales y regionales bajo su control, estaban presentes en el congreso, tras haberse apoderado los esgleístas de la Comisión de Escrutinio de Credenciales y de la Presidencia del Congreso.

Es de señalar la actitud del Secretariado Intercontinental en el caso de los recursos que le habían sido presentados por las víctimas de tales expulsiones. En respuesta a la acusación que le había sido formulada por haber dejado -durante más de un año— sin solución estos casos, el secretario general del Secretariado Intercontinental dijo en el curso de la segunda sesión:

El Secretariado se ha encontrado con recursos de alzada que se referían a ciertas expulsiones. El problema no es simple sino complejo. De haber dado a la Organización los recursos llegados, ¿cómo había de hacerse? ¿por referéndum? [...] Si la Federación Local no aceptaba la resolución y se declaraba en rebeldía con la Organización, ¿qué había que hacer? ¿habría que expulsar a la Local? Que el Congreso reflexione (33).

Esgleas, buen conocedor del estado de ánimo de la organización y de la mecánica orgánica, sabía lo que hacía. A pesar del profundo malestar inter no y de la existencia de problemas graves sin ventilar, se había obtenido —casi desde el comienzo del congreso (tercera sesión)— un voto masivo de confianza de las numerosas pequeñas federaciones locales que aprobaban el Informe de Gestión del Secretariado Intercontinental (34), que de antema no equivalía al rechazo sin discusión previa de la impugnación presentada contra el Secretariado Intercontinental. La advertencia del Secretariado

Intercontinental al principio de su Informe (todo ataque contra aquél es un ataque contra la CNT) había logrado el efecto buscado. La característica general de las intervenciones de las delegaciones de las federaciones loca les que aprobaban el Informe era la defensa de la CNT a través la defensa del SI. He aquí cómo se manifestaban algunas delegaciones pro esgleístas:

Por lo demás, el SI ha estado a la altura de las circunstancias y a la altura de la respuesta que los ataques a la Organización merecían. Ha defendido lo que es línea de conducta CNT y no se ha prestado al chantaje que se hacía al SI y por ende a toda la Confederación. (Federación Local de La Grande-Combe)

Aprueba el Informe y advierte al Congreso que preste atención al significado y a la envergadura que refleja el lenguaje de los que participan en eso que ellos mismos han bautizado de «escalada guerrera». (Federación Local de Thiais)

El Informe de este año es de los pocos Informes con los que la historia de la CNT deberá contar para documentarse. Es todo un documento, explica cómo se ha urdido a lo largo de la gestión todo un ataque contra la CNT y cómo se ha hecho frente. (Federación Local de Saint-Henry, p. 12 de las actas)

En el curso de la quinta sesión —todavía dedicada a la aprobación o rechazo del Informe de Gestión del Secretariado Intercontinental—, el propio Esgleas se veía obligado a intervenir para apuntalar, en un nuevo y largo discurso, «su» tesis de defensa de la CNT en respuesta a las críticas formuladas por las federaciones locales que no aprobaban su conducta y su Informe de Gestión. Con maquiavélica insistencia, y de cara a sus partidarios, afirmaba:

Al aceptar la gestión ya sabíamos a qué ardua tarea nos entregábamos. Porque lo sabíamos no hemos perdido nunca la serenidad, porque lo sabíamos quisimos cumplir enteramente con nuestro deber defendiendo a la CNT allí donde su militancia nos decía que debía ser nuestro puesto para la defensa. Alguien ha hecho mención a la tirantez orgánica calificando al SI de ser un Secretariado de Guerra. ¡No somos nosotros quienes desencadenamos la guerra, al contrario, se nos ha hecho la guerra de muchas maneras y en cambio sólo hemos ofrecido paz y concordia. En todo momento hemos

querido mantener la independencia de la CNT, la hemos mantenido y la hemos defendido, se defenderá siempre que se atente contra ella, venga este atentado de donde viniere. Cuando antes de tomar posesión de nuestros cargos se nos hace la guerra por el hecho de haber aceptado; cuando casi tres meses después del Congreso de 1963, nos viene una representación —que no era de la CNT— a rogarnos «muy fraternalmente», según ellos, que no tomáramos posesión de los cargos hasta que ciertas cosas fueran aclaradas, cosas ignoradas por este Secretariado, pensamos y les dijimos que no podíamos aceptar esta imposición. Y en virtud de ese concepto obramos y se ajustó nuestra conducta. No puede admitirse otra cosa para no sentar el precedente de que unos compañeros nombrados en un Congreso dejen de ocupar sus puestos por el veto que ponga una Organización ajena (35). [...] Se nos acusa de hacer la guerra, otros de dilación para solucionar los asuntos de las acusaciones, otros se quejan por no haber salido el SI al paso de las calumnias. A unos, a otros y a los terceros diremos que teníamos confianza en la militancia, sabíamos que la Organización daría un mentís formal (36) y una respuesta adecuada por deducción propia, por razonamiento militante, porque se engañan los que creen que a los trabajadores de la CNT se les puede llevar de cualquier manera y a cualquier parte, cual si fueran seres inferiores.

Dejando de lado el tono y el fondo demagógicos, propios de un líder de partido y no de un responsable de una organización libertaria, no puede comprenderse que un militante del prestigio e historial de Germinal Esgleas pudiera mentir con tanta desvergüenza. ¿Quién era quien tomaba a los militantes de la CNT por «seres inferiores»? ¿Eran los que le acusaban de no haber abandonado a lo largo del exilio los cargos retribuidos o eran los que habían convertido a la CNT exiliada en una vulgar asociación de ex combatientes?

Viejo zorro de los manejos orgánicos en el exilio, Esgleas sabía que era machacando en esa tónica como se aseguraría la incondicional adhesión de la mayoría de las delegaciones presentes en el congreso. Y eso era todo lo que le importaba: una mayoría, aunque fuese ficticia, para justificar su permanencia en los cargos y asegurarse el control y administración de la Organización

legalizada. ¡Qué lejos estaban los tiempos en que, ante una simple suspicacia, los libertarios ponían a disposición de la Organización sus mandatos! En el caso presente se trataba, llanamente hablando, de la defensa del poder conquistado. Conquistado y defendido sin reparar en los medios (37).

Hasta el 5 de agosto por la tarde —después de cinco días de agrios y violentos debates en torno a problemas menores (38), que siguieron agravando el ambiente pasional en que había comenzado el congreso— no comenzó la primera sesión (privada) de las cinco que se dedicarían a la elucidación del «problema interno».

A la luz de los resultados posteriores al Congreso de Montpellier, sólo se puede afirmar que la elucidación pública, pese al carácter reservado de dichas sesiones, del «problema interno» no sirvió más que para confirmar el grado de impotencia revolucionaria y de inconsecuencia ideológica a que 25 años de exilio habían reducido a la otrora revolucionaria y anarquista CNT. La lectura de las actas (compuestas por el Secretariado Intercontinental esgleísta) permite dar cuenta de la inutilidad del combate contra el inmovilismo en el seno de una Organización sin resorte revolucionario, dedicada a vegetar en espera del milagro, mayoritariamente vuelta hacia el pasado y cuya dirección pasaba de una a otra «élite» burocrático-autoritaria.

Se dejó hablar a los impugnadores y a cuantos habían tenido que ver con el desarrollo del proceso de dicha impugnación; pero los impugnados se presentaban a sí mismos como víctimas de una «conspiración» contra la CNT y, con el asentimiento tácito de sus incondicionales, en vez de dar las explicaciones que se les pedían respondían exigiendo «pruebas», «pruebas concretas» a los que habían presentado la impugnación. Como si no fuesen ellos los que debían aportarlas.

Germinal Esgleas comenzaba una de sus intervenciones, que duró casi dos sesiones, afirmando:

Varias horas llevamos escuchando a los acusadores y a otros compañeros. Nada nuevo se ha aportado. El Congreso ya lo había observado. Ninguna prueba, ni la más mínima. Ni una noticia de la que la militancia, toda la

Organización, no estuviese informada ya. No hay, pues, nuevos elementos de juicio.

Qué duda cabe de que, para Esgleas y cuantos le seguían, la incompatibilidad que suponía su dimisión del organismo conspirativo (en el que nada había hecho por conspirar, alegando «falta de medios y de concursos») y su vuelta a la dirección y control del mismo, no era prueba más que de su deseo de servir a la Organización «con amor y lealtad». El propio secretario de coordinación, V. Llansola, que reconocía su fracaso, se salía por la tangente —con la venia de las delegaciones esgleístas— exigiendo también «pruebas» a los que a él se las pedían:

Si por un fracaso que he tenido, si por haberlo explicado con franqueza (39) se me inhabilita, se me condena y se levantan mil repulsas contra mí, [...] se me impide tener cargo, ¿qué será, que se hará con los que han perdido cosas que valían más? Acepté el cargo de coordinación, una revisión de cuentas va a hacer el Congreso, ella dirá si están hechas como corresponde o si hay malversación. La Comisión de cuentas tiene la palabra sobre este particular.

Ni para Esgleas y Llansola, ni para quienes les seguían existía incompatibilidad alguna entre sus posiciones y los acuerdos en vigor. Y el no haber hecho nada, absolutamente nada, para poner dichos acuerdos en práctica, durante año y medio de gestión al frente del SI y de la C de D, empleando los fondos —que a aplicar estos acuerdos estaban destinados— en otros menesteres, tampoco era una malversación.

Ante esta posición, que respondía al sentir de la corriente inmovilista (40), se comprende el grave error cometido por los impugnadores del SI en la apreciación de la crisis interna, al presentar el dilema, entre la continuidad de la lucha y la renuncia a la misma, en forma de impugnación orgánica.

El afán de transformar en actitud concreta, la voluntad unánimemente manifestada en la simple aprobación y ratificación de los acuerdos, había puesto frente al D-I y la FIJL a cuantos —por unas u otras razones— no querían que se alterase el statu quo. Provocó el aislamiento de los defensores del dictamen «Acción directa y revolucionaria», elaborado en el Congreso de 1961 por la propia tendencia esgleísta. En medio de gritos, acusaciones recíprocas,

insultos y amenazas (41), al final de la quinta sesión (privada), el congreso aprueba una resolución de circunstancias que tras ratificar su confianza a los impugnados «no aplica sanciones» a los impugnadores, «en aras a la armonía orgánica y del Movimiento». Impuesta por la presidencia esgleísta, la no reconsideración de esta moción da pie para que se retiren del congreso una serie de federaciones locales (42) que consideran que su permanencia significaría caucionar procederes contrarios a las normas, impuestos por las delegaciones pro esgleístas.

Con la retirada de estas delegaciones, el esgleísmo quedó con las manos enteramente libres para liquidar el congreso, en cuatro sesiones más, a su entera satisfacción. Empero, la crisis interna adquiría, a partir de ese momento, una nueva dimensión al escindir —sin escisión oficial— a la militancia libertaria en dos sectores irreconciliables sobre la concepción y la práctica de la ética libertaria.

Algunos años más tarde, en el suplemento de Cuadernos de Ruedo Ibérico dedicado al Movimiento Libertario Español (43), alguien que conocía de cerca este proceso de decadencia del MLE daría esta visión objetiva de la situación interna:

La guerra civil, la represión, la clandestinidad y el exilio efectuaron una selección negativa en las filas de las organizaciones anarquistas españolas. Los vacíos fueron cubiertos en escasa medida. Si los hombres a que hemos aludido antes o, mejor aún, los hombres que ellos elevaron a la responsabilidad de dirigentes de las organizaciones libertarias, hubieran seguido siendo anarquistas, se hubieran opuesto con mayor éxito a los determinismos negativos derivados de esa situación. La primera reacción de un individuo o de un grupo es la de contrarrestar los determinismos que encierran en sí la destrucción del individuo o del grupo en cuestión. En vez de eso, aquellos individuos y los grupos que les habían confiado su dirección han vivido de cara a un pasado mitificado, víctimas del complejo, explicable individualmente, pero injustificable políticamente, de considerar el periodo de la guerra civil como la edad de oro del anarquismo español. Desde esa edad de oro, cuando miraban hacia atrás, pecaban de inmodestia respecto a sus predecesores, cuando miraban hacia adelante desconfiaban gravemente de sus sucesores y

enteramente de sí mismos. Referirse reiterativamente, exclusivamente, a lo que se fue capaz de hacer es en sí confesión de que ya no se está dispuesto a hacer. Los procesos de autojustificación han sido más frecuentes en esos hombres que los de autocrítica. Triunfalismo estridente y profunda desgana iban a la par y han favorecido el desarrollo de la inclinación a la evasión, el recurso a métodos mágicos para volver a la edad de oro aquella —el pacto o el acto terrorista aislado—, la tendencia a negociar o actuar con siglas en la mano y no con triunfos en la mano. Desaparecidas las posibilidades de pactar o de enviar militantes al acto suicida sólo quedó el fetichismo de las siglas. Se refugiaron en la vida «orgánica». Creció con ellos el instinto de propiedad en el sentido más pequeño burgués respecto a la «organización», sentimiento que se exacerbaba a medida que disminuyó el predio. Se estrecharon los horizontes de los grupos. Las polémicas degeneraron en querellas de campanario. Textos a veces preteridos, siempre mal digeridos, con frecuencia sin referencia explícita siquiera, fueron elevados a doctrina sagrada, a dogma inmutable. Las organizaciones exiliadas fueron reduciéndose a esqueletos de comités manipulados por una gerontocracia cada vez más exigua y con la voluntad aparente de no dejar nada tras ella. No se trata de caracteres privativos del exilio como muchos pretenden. La clandestinidad da otro talante a la vida «orgánica», pero no fundamentalmente diferente. Aquí son grupos alrededor de algún notable, dependientes en lo esencial de la gerontocracia exiliada, aunque esgriman con toda sinceridad el eslogan de que la «organización» está en España, eslogan utilizado en este o aquel campo, una y otra vez, para seguir en el exilio ocupando los primeros palcos en nombre de organizaciones en tanto que tales inexistentes ya hace tiempo en la clandestinidad.

Y esto nos lleva, por haberse puesto al descubierto igualmente en el curso de este congreso, a otra gran maniobra inmovilista puesta en marcha —en España— por representantes de la «oligarquía demagógica» (la Falange) en connivencia con un reducido grupo de militantes madrileños de la CNT. Nos referimos a los «diálogos» entre esto grupo de militantes del interior y algunos jerarcas de la CNS con vistas a la elaboración de una plataforma sindical común que posibilitara la adhesión al sindicalismo verticalista de la militancia anarcosindicalista dispersa por todo el país.

Esta maniobra se inicia en 1964, pero hasta la desarticulación del Comité Nacional de Cipriano Damiano, en los primeros meses de 1965, no comienza a tomar cuerpo oficialmente, al participar en las negociaciones —con el visto bueno de Franco y del sector del Opus Dei en el gobierno— el nuevo secretario nacional de la llamada CNT del Interior (44).

En su lucha contra el Opus Dei, que le disputaba la hegemonía del poder en el interior del Régimen, la «oligarquía demagógica» quiso, al «dialogar» con este reducido grupo que se había apropiado indebidamente de las siglas confederales, darse un barniz de mayor progresismo que sus concurrentes, que preconizaban la apertura hacia la Europa democrática y que se presentaban como los campeones de la liberalización. Franco y el Opus Dei dejaron hacer, no sólo porque sabían que esos «diálogos» estaban condenados de antemano al fracaso, sino fundamentalmente porque podían ser utilizados para ahondar las divisiones en el seno del MLE y de la oposición en general, sirviendo, además, para completar el aislamiento en el que las medidas represivas en España y Francia habían confinado a los partidarios del dictamen de «Acción directa y revolucionaria».

Hay que señalar que el citado secretario del Comité Nacional del Interior se presentó en Montpellier, apenas comenzado el congreso. Después de haber ingenuamente informado de la existencia de estos «diálogos» a un reducido grupo de militantes opuestos al inmovilismo esgleísta, que le manifestaron su total oposición a tan indignas conversaciones, se entrevistó con Esgleas y éste aceptó que el congreso pudiera escucharle, pero a condición de que no se le hiciera ninguna pregunta al finalizar su intervención (45). Esgleas, enterado —por un enlace enviado dos meses antes al interior— de lo que allí se tramaba, dejó hablar y luego regresar tranquilamente al interior a quien más tarde calificaría de «traidor», sin molestarse en informar al congreso de la existencia de dichos diálogos ni, por lo menos, afearle públicamente su conducta.

Mientras tenían lugar estos hechos, los estudiantes y los intelectuales eran objeto, en España y Portugal, de una vasta campaña de intimidación. A las numerosas detenciones de estudiantes, había que sumar las convocatorias

policíacas de profesores e intelectuales, la disolución de la Sociedad Portuguesa de Escritores —con ocasión de la adjudicación del Gran Premio de novela al escritor Laudino Vieira, condenado a 14 años de prisión por actividades «terroristas» en Angola— y la expulsión «de por vida» de la Universidad de los catedráticos José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván y Agustín García Calvo, por decisión adoptada en el Consejo de Ministros franquista, el 13 de agosto. A otros dos catedráticos incursos en el mismo «expediente de disciplina académica», Santiago Montero Díaz y Mariano Aguilar Navarro, se les impuso una separación temporal de dos años. Dada la personalidad de estos catedráticos, principalmente de los tres primeros, la publicación en el Boletín Oficial del Estado de las «cinco órdenes del Ministerio de Educación Nacional», que hacían efectivas las sanciones, produjo gran conmoción en los medios de la oposición y de la intelligentsia internacional. Al mismo tiempo, en previsión de la próxima reanudación de cursos, se hacía público el derecho a expulsar a los estudiantes políticamente sospechosos o que incitasen a sus compañeros al desorden, dentro o fuera de las clases, otorgado a los rectores de las universidades españolas.

Estas medidas dieron pie a la publicación por *Le Monde* de unas declaraciones del profesor Tierno Galván que provocaron gran revuelo en España. En ellas, el máximo defensor de la teoría de la «oposición legalizada», brillante exponente del neosocialismo español y sempiterno entrevistado de la prensa extranjera, se veía obligado a reconocer las sombrías perspectivas que para la evolución ofrecía la actualidad franquista:

> Las sanciones adoptadas por el gobierno español contra los profesores que intervinieron durante las reivindicaciones estudiantiles del mes de febrero último actualizan, a mi parecer, y de manera fuertemente sombría, no solamente para la oposición, sino también para todos los españoles, el más grave de los problemas que afronta nuestro país: la lenta pero inexorable reducción de la vida pública española al nivel casi vegetativo de una pasividad sin porvenir. Si se quiere comprender perfectamente esta pasividad, es necesario recordar aquí la significación del actual gobierno después del cambio ministerial de julio:

a) Se trata de uno de los gobiernos más homogéneos que el país haya tenido después de la guerra civil. Se puede decir que las personas que tienen las riendas del poder están sometidas, prácticamente todas, a una misma disciplina religiosa, moral y, quizá, también política: hablo del Opus Dei. b) Este gobierno posee la mayor concentración de poderes que hayamos conocido. Todas sus funciones se encuentran subordinadas a un esfuerzo principal: el plan de desarrollo y el fortalecimiento de las bases económicas de la clase dirigente. En estas condiciones, el hecho de expulsar a tres profesores de la Universidad y de condenar a una pesada pena a dos más, por haber contribuido a canalizar pacíficamente el descontento de los estudiantes por parte del gobierno significa: 1.º Una firme voluntad de no aceptar ningún movimiento social espontáneo. 2.º La firme voluntad de no dar opción al país. 3.º La firme voluntad de permanecer sordo a una evolución democrática. 4.º La firme voluntad de gobernar sin oposición. Todos los que forman, en términos vagos, la oposición están profundamente preocupados por esta actitud. La preocupación a la que hago alusión es tanto más grande cuanto que la oposición española, bien que opuesta al Régimen, es constructiva y rechaza la violencia por principio y por táctica. La oposición, cuando ha ofrecido su opción, la de la democracia, implica un programa de gobierno más allá de las vagas promesas de una mejor dieta. Para esto es necesario evitar ante todo que la tensión latente entre el país y el gobierno estalle. Llenos de una buena voluntad patriótica, sin duda, señalamos una vez más el peligro que corre el país.

Más tarde, el Opus Dei replicaría publicando en el mismo diario parisino una carta del secretario de «la Obra», afirmando que el Opus Dei es una asociación religiosa y apostólica, sin otra doctrina que la de la Iglesia, y que no ha ejercido nunca actividades políticas. Lo que no impedía, claro está, que se reconociese que los López Rodó y compañía, miembros del Opus Dei, formaban parte del gobierno «a título personal».

El gobierno opusdeísta había continuado afirmando su voluntad de «no aceptar ningún movimiento social espontáneo», de «no dar opción al país», de «permanecer sordo a una evolución democrática» y de «gobernar sin oposición».

Al reanudarse los cursos se volvió a imponer el SEU a los estudiantes, pese a que en su inmensa mayoría continuaron dándole la espalda. Las «elecciones sindicales» convocadas por este espúreo organismo fueron boicoteadas por los estudiantes que ni siquiera presentaron candidaturas. La agitación estudiantil volvía a adquirir dimensiones nacionales. El Régimen reaccionaba empleando la fuerza. En Madrid era condenado a un año de reclusión el abogado Cierco, que había enviado una nota de protesta a la jerarquía eclesiástica y a la prensa extranjera denunciando las torturas infligidas a dos estudiantes detenidos.

Empero, pese a estos «incidentes menores», el Régimen proseguía imperturbablemente sus «planes» de «perfeccionamiento institucional» y de «desarrollo económico». El turismo y las inversiones extranjeras seguían aumentando; se presentaba el «proyecto de ley de prensa»; se promulgaba un nuevo «indulto»; se acrecentaban de forma cada vez más descarada los intercambios comerciales, artísticos y deportivos con las «democracias populares» y con la propia Unión Soviética; se hablaba de la «crisis del campo español» —a la vez que se seguía fomentando la emigración de trabajadores al extranjero— y del «grave problema de la educación» —se admitía que sólo el 50% de los niños de edad escolar podían asistir a escuela—; se anunciaba un boom económico sin precedentes y se exigía a los trabajadores que siguiesen resignándose al miserable salario mínimo de 60 pesetas diarias46.

No puede sorprender, pues, que las tensiones entre las autoridades y la masa estudiantil y obrera siguieran aumentando pese a las amenazas y a la aplicación de las medidas represivas. En este período de luchas comienzan a perfilarse nuevas corrientes de inspiración libertaria entre los estudiantes y los trabajadores: el «movimiento ácrata» en la Universidad, los grupos de jóvenes sindicalistas de origen cristiano que, inspirándose en el historial del anarcosindicalismo español, constituían el sector más radical de las nacientes Comisiones Obreras. Estos jóvenes militantes obreros se agrupaban en torno a

la Editorial ZYX —que había publicado diferentes textos anarcosindicalistas— y a la organización sindical clandestina AST.

El año de 1965 terminaría con la visita a España del secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, y la condena de Portugal por su política colonialista en la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Los jóvenes libertarios de la FIJL, conscientes de la inutilidad del combate contra el inmovilismo del MLE y de la imperiosa urgencia de afirmar la presencia anarquista en el contexto español e internacional, dedicaban sus esfuerzos a actividades concretas en el terreno sindical, aumentando sus contactos con los sectores más combativos del sindicalismo clandestino, y en el terreno político, tratando de internacionalizar la lucha antifranquista a través de la solidaridad revolucionaria internacional.

Para ello seguían esforzándose en sumar adhesiones a su «campaña internacional: libertad para los presos políticos en España y Portugal» (47), convencidos de que era necesaria una sensibilización previa de la opinión pública internacional, fundándose en la denuncia de la falsa liberalización del fascismo ibérico.

Frente al derrotismo y al desviacionismo de las llamadas fuerzas de la izquierda española clásica opongamos la acción de todas las fuerzas auténticamente revolucionarias de la juventud española, que no comprenden ni aceptan una «libertad» legalizada o tolerada por los Estados capitalistas o por la propia dictadura fascista liberalizada.

Así definía su posición la FIJL al finalizar 1965.

Notas

1. Nos referimos a la «operación diálogos», comenzada oficialmente en la primavera de 1965 con las primeras entrevistas entre el grupo de viejos cenetistas madrileños (Iñigo, Royano, etc.) y los delegados del sindicalismo verticalista.

2. De la resolución enviada al Secretariado Intercontinental por el núcleo de la CNT en Gran Bretaña, el 3 de mayo de 1964.

3. Se trata del Boletín n.º 9, correspondiente al mes de enero de 1965.

4. Ex ministro de Educación Nacional de Franco, Ruiz-Giménez se había convertido en el representante más calificado de la «oposición pacífica», en el abogado defensor de comunistas y sindicalistas perseguidos. En esta época era el director de la revista Cuadernos para el Diálogo.

5. La última misión norteamericana que había visitado España —presidida por Bradley Murray— afirmó haber estudiado «más de cuatrocientas oportunidades específicas de inversión».

6. Entre otros hechos significativos, el abad de Montserrat tuvo que exiliarse en Italia al final de su polémica con el gobierno español.

7. Este nuevo partido —cuya existencia legal no fue autorizada— había sido constituido de hecho en una reunión celebrada en el Parador de Gredos, a la que habían asistido más de un centenar de personalidades de la corriente de la democracia cristiana patrocinada por los Gil Robles, Ruiz-Giménez, el cardenal Herrera, etc.

8. Al impedírseles celebrar «el día del estudiante libre», el 22 de enero, los estudiantes portugueses se enfrentaron durante varios días con las fuerzas represivas en las calles de Lisboa. Estas manifestaciones desembocaron en una protesta general contra el régimen salazarista, tras la detención y tortura de 29 estudiantes.

9. Este ciclo de conferencias había sido organizado por el capellán de la facultad, Zurita.

10. Los delegados de facultad debían elegir al jefe de Distrito entre una terna propuesta por el gobierno. Este y el jefe nacional del SEU no eran, pues, más que simples funcionarios nombrados por el gobierno, ocupando aquél un escaño en las Cortes.

11. Extraído de un documento distribuido por la Comisión Informativa de la Cámara Permanente de la Facultad de Ciencias de Madrid para informar sobre los sucesos universitarios.

12. Federación Universitaria Democrática Española.

13. Entre los estudiantes perseguidos se encontraban algunos con apellidos célebres en los medios franquistas.

14. Del «Manifiesto de la Reunión Nacional de Delegaciones de Centros separados del SEU». Esta reunión se celebró los días 22 y 23 de marzo en Barcelona.

15. El enviado especial de *Le Figaro* titulaba una de sus crónicas de esta manera: «Si las reformas prometidas desde hace dos años tardan, los cambios se harán en caliente».

16. A principios del mes de enero eran detenidos una treintena de ferroviarios, acusados de sabotajes en locomotoras y trenes de mercancías en la estación ferroviaria de Bobadilla, provincia de Málaga. El 16 de febrero, se producen varias explosiones en el alcantarillado de Oviedo. El 19, tienen lugar nuevos incendios en las pilas de pacas de algodón almacenadas en los muelles de

Barcelona. El 22, arden dos vagones de mercancías en la estación de La Sagrera. El 11 de mayo, se produce otro incendio en los muelles de Barcelona. El 15, es una fábrica de perfumes la que es pasto de las llamas en Barcelona. El día anterior habían sido los locales de periódico alicantino Informaciones los destruidos por el fuego. En todos los casos la prensa franquista habla del «origen criminal» de dichos siniestros. Además, hay que agregar las acciones imputadas a los nacionalistas vascos, como el atentado contra el monumento a los navarros caídos en la Cruzada, y el asalto de la Comisaría de Mieres por un grupo de obreros que querían poner en libertad a dos de sus compañeros detenidos.

17. El subrayado es nuestro. El desacuerdo entre las dos Alianzas partía, precisamente, del hecho que la ASO también había conseguido ser recibida por esas Internacionales (la CIOLS y la CISC), recibiendo incluso ayudas directas de la Federación Internacional de Trabajadores de Industrias Metalúrgicas.

18. Gran parte de la militancia cenetista y ugetista exiliada no comprendía por qué los dirigentes exiliados se oponían, después de haber dialogado con ellos, a reconocer a los dirigentes de ASO.

19. Recuérdese que Calle Mancilla, que había sido condenado el verano de 1964 a más de seis años de cárcel, era uno de los fundadores de ASO.

20. Esta rocambolesca fuga —pocas horas después de su detención (en el mes de abril)— servía a sus detractores para poner en duda el interés de la policía en detenerle; pero, más tarde, después de haber vuelto a España, fue detenido (en abril de 1970) y condenado a 11 años de reclusión, al ser agrupados dos sumarios.

21. A través de este Instituto los sindicatos falangistas llevaban a cabo una campaña de captación de «incautos», tanto en España como en el extranjero, y a un precio ridículamente bajo, ya que sólo ofrecían una demagógica apertura al diálogo.

22. En Gijón, el 29 de marzo, y en La Coruña unos días más tarde, se habían organizado manifestaciones públicas (toleradas, claro está) de millares de falangistas

«para testimoniar su adhesión a los principios del 18 de julio». Más tarde, en Madrid, los «falangistas de izquierda», de los Círculos de José Antonio, desfilaban por las calles contra el Opus Dei.

23. Nos referimos a todos cuantos estaban interesados en la solución «evolutiva» del «problema español», tanto en el seno de la oposición como en el Régimen mismo.

24. Hay que destacar, del lado esgleísta, el Boletín específico (FAI) y el Boletín del Núcleo de Provenza, y, del lado opuesto, los boletines de la Federación Local de Toulouse y del Núcleo de Gran Bretaña.

25. Reaccionando contra este «escamoteo» de información por el Secretariado Intercontinental, la Federación Local de la CNT de Toulouse dedicó un prolijo boletín a todos los litigios orgánicos en que ella se veía implicada.

26. Además de los conflictos intencionadamente creados por algunas comisiones regionales (en los núcleos de Zona norte y Alto Garona) en manos de los esgleístas, todavía estaban sin resolver los casos conflictivos entorno a la «unificación» en los núcleos de Provenza y Venezuela.

27. Un grupo —integrado por los hijos de un ex secretario de coordinación de reconocida incondicionalidad al esgleísmo y por otro joven que, en tanto que cenetista, formaba parte del Secretariado Intercontinental: Ángel Carballeira y Floreal Samitier— acusaba a la Comisión de Relaciones de la OJ de «ejecutivismo» por haber decidido enviar una delegación al Congreso de la FAI celebrado a finales de 1964, delegación que ni siquiera había podido dirigirse a la militancia

específica allí reunida al ser violentamente expulsada por las delegaciones esgleístas, pese a que estaba integrada por algunos de los jóvenes que acababan de ser puestos en libertad en Francia.

28. Esta extraña misión consistía en invitar, al margen de la OJ, a uno de sus militantes para tener una conversación privada. Al ser informada la Plenaria se acordó hacer saber a Esgleas que sólo se asistiría si confirmaba por escrito la invitación, lo que no hizo, provocando la indignación del compañero que había transmitido la invitación verbal. El compañero en cuestión era Martín Moisés, que residía en Cahors.

29. Hasta la propia FIJL, creyendo en la posibilidad de provocar una toma de conciencia, siguió perdiendo tiempo y energías en esta «guerrilla».

30. Entre los muchos artículos dedicados a lo que debía o podía ser dicho congreso merece especial mención el escrito por el infatigable militante libertario José Pascual, publicado en El Rebelde del mes de mayo, y al que había puesto este título premonitorio: «Un congreso decisivo».

31. Se trata de uno de los más rabiosos animadores de la específica en la región bordelesa, acabado ejemplar de la intransigencia sectaria y de la antiherejía. Su nombre debe constar en las Actas del Congreso de Montpellier.

32. Particularmente en el caso de un conocido militante confederal de la Federación Local de Perpiñán, que habiendo sido expulsado por los esgleístas había ingresado en otra local próxima a esa ciudad, que lo había delegado al congreso. El nombres de este compañero puede encontrarse en el Boletín específico previo al Congreso de Montpellier.

33. Después de violentas discusiones en torno a la situación de estos delegados, la mayoría esgleísta impuso —al final de la segunda sesión— un acuerdo por el que se excluía de la organización a todo militante expulsado de una federación local, si éste no lograba un resultado favorable en su recurso ante el SI.

34. Según consta en las actas, eran 141 federaciones locales las que aprobaban este Informe y 26 las que lo desaprobaban, aunque estas últimas totalizaban casi el mismo número de afiliados que las primeras.

35. En la frustrada reunión de «confrontación y esclarecimiento» se culpaba del fracaso a la OJ, ya que eso facilitaba su «estrategia defensiva» ante la militancia confederal.

36. Esgleas retrasó el congreso hasta que le fue posible organizarlo seguro de disponer de una mayoría de delegaciones incondicionales al Secretariado Intercontinental.

37. Justificándose en la posición adoptada por la OJ, el SI había omitido invitarla al congreso.

38. Entre éstos cabe citar el de la jura de bandera —en el Consulado de Toulouse— de un miembro del Secretariado Intercontinental, Floreal Samitier, el de los casos no resueltos de «unificación», y los relativos a las diversas expulsiones.

39. Lo que le era reprochado no era la «franqueza» con que había reconocido su fracaso sino el que, habiéndolo reconocido —sin dar explicaciones suficientemente convincentes—, hubiera aceptado el cargo de coordinación para aplicar la línea contraria a los acuerdos que, desde el principio habían querido imponer, él y Esgleas, al D-I, y que era lo que verdaderamente explicaba su «fracaso»; es decir, que en año y medio de gestión no hubiesen hecho absolutamente nada para aplicar los acuerdos de «Acción directa y revolucionaria». De ahí que finalmente impusieron al Congreso la anulación de este Dictamen, pese a que eran ellos mismos los que lo habían redactado en 1961.

40. Aunque eran muchas las federaciones locales de esta corriente que desaprobaban las maniobras del SI.

41. Para ver hasta dónde llegó este ambiente pasional, valga mencionar este incidente: en el curso de la intervención de uno de los impugnadores del Secretariado Intercontinental (se trataba de un viejo y probado militante confederal), un energúmeno esgleísta le interrumpió y le gritó: «¡Más valdría que te hubieran fusilado!», sin que ninguna delegación pro esgleísta afeara este proceder. El «viejo y probado militante confederal» era Cipriano Mera. Los esgleístas le acusaban de haberse quedado 5.000 francos de la CNT que, en realidad, habían sido entregados a Octavio Alberola por el secretario de coordinación, Marcelino Boticario, de común acuerdo con el secretario general, Roque Santamaría, para que Alberola pudiese regresar a México después de la ejecución de Francisco Granado y Joaquín Delgado. Y acusaban a Mera a pesar de saber que era falso y de que Alberola lo había explicado ante el Congreso para que se supiera que el Secreta riado Intercontinental les había cortado la ayuda económica para continuar las acciones, y que, en cambio, sí la daban para que él se marchase de Francia.

42. Entre ellas cabe citar, por orden de importancia de afiliados, las federaciones locales de París, Toulouse, Cahors, Coulommiers, etc.

43. Editado en París a finales de 1973. En este suplemento (revista libre) se incluyen, entre otros, un interesante trabajo firmado por Felipe Orero, del que se ha sacado el párrafo citado. Felipe Orero era el seudónimo de Pepe Martínez, el director de la editorial Ruedo Ibérico, quien en su juventud había pertenecido a las Juventudes Libertarias en España.

44. Se trata del ex delegado en Madrid, Royano, del Comité Nacional de Cipriano Damiano, y que a la detención de éste se hizo cargo del Comité, sin contar con más respaldo que el de su grupo de Madrid.

45. Esta intervención se produjo en las últimas sesiones del Congreso, cuando la mayoría de las delegaciones en desacuerdo con las maniobras esgleístas se había retirado del mismo.

46. Que la propia patronal afirmaba no podía ser inferior a 250 pesetas, para ser considerado como un «salario decente». El Consejo Provincial de Trabajadores lo evaluaba, por su parte, en 248,85 pesetas para una familia de 4 personas.

47. Esta campaña había sido lanzada a principios de julio, y a la misma habían aportado su entusiasta concurso la mayoría de las organizaciones anarquistas europeas y de América. El documento básico de dicha campaña (que contenía un extenso informe sobre la situación de los presos políticos en España y Portugal) había sido distribuido en cuatro lenguas, así como octavillas y pasquines. En muchas capitales se habían organizado manifestaciones, mítines y protestas frente a las delegaciones diplomáticas españolas y portuguesas (el asesinato del general Delgado por la PIDE portuguesa en territorio español había hecho más necesaria la colaboración entre los antifascistas ibéricos).

VII

1966. El Grupo Primero de Mayo y la reactivación internacional del anarquismo

La lucha faccional y el proceso de división interna del Movimiento Libertario habían continuado agravándose, tanto en el exilio como en el interior. Las arbitrarías conclusiones del Congreso de la CNT exiliada del año anterior, por una parte, y las «negociaciones» entre el grupo de «cenetistas» madrileños y ciertas personalidades representativas de los sindicatos verticales, por otra, provocaban el enfrentamiento de los militantes libertarios españoles y sembraban la confusión entre la militancia anarquista internacional.

En el terreno ideológico la situación era todavía más grave. El Secretariado Intercontinental de la CNT exiliada estaba en manos de militantes que, en teoría, defendían los principios del anarquismo revolucionario y «representaban» a la FAI en el seno de la organización confederal, pese a ser los responsables de la paralización de la acción de hostigamiento contra el franquismo.

Tanto para los militantes españoles como para los anarquistas de otros países, la FAI seguía encarnando el anarquismo más puro y revolucionario. Sus militantes más destacados eran los símbolos y la garantía de la presencia anarquista en el seno de la CNT. De ahí que, con una explicable constancia, los hubiesen «llamado» para tomar las riendas de la Organización. Su continuidad en los cargos representativos del Secretariado Intercontinental podía justificarse, en la medida en que el «reformismo» confederal seguía disputándole el control de los comités. Presentarlos, como lo hacían las Juventudes Libertarias, como promotores de las intrigas orgánicas que habían

paralizado la aplicación del Dictamen de Acción Directa y Revolucionaria —que ellos mismos habían elaborado en el Congreso de 1961— resultaba difícil de admitir.

Pese a lo evidente de dicha paralización, al peso de la denuncia presentada por la FIJL, y a la práctica de maniobras y hábitos burocráticos y autoritarios, la demagogia de esos militantes y el conformismo de la base bastaban para asegurarles el respaldo de la mayoría y neutralizar las denuncias de los jóvenes libertarios. Su «oposición» a los «cenetistas-negociadores» de Madrid daba visos de veracidad a su demagogia anarquista. La campaña de calumnias propagada por ellos contra la FIJL, fundada en pretendidas concomitancias con elementos reformistas, comunistas, pro chinos y otros, sin olvidar a los agentes del franquismo y de la CIA, sembraba la desconfianza en la base confederal, que sólo era receptiva para las consignas y la verborrea purista de las vestales del anarquismo, que en asambleas, en mítines y en prensa del movimiento exiliado se presentaban como los únicos defensores de los «principios, tácticas y finalidades» de las organizaciones libertarias.

En el terreno de la acción revolucionaria la situación era igualmente precaria (1). El «inmovilismo» había ganado posiciones y se estaba en un círculo vicioso: falta de medios igual a paralización; paralización igual a disminución de medios. Para el Secretariado Intercontinental la reducción de las aportaciones de los militantes no era de consecuencias tan graves como lo era para la FIJL. La CNT había vuelto a sus rutinas burocráticas: asambleas, mítines, festivales, congresos. Para esta actuación tranquila y legal, la progresiva reducción de las aportaciones (por cuotas y por el Fondo Pro España) no era alarmante, pues las aportaciones bastaban para continuarla durante algunos años más en espera del milagro. La FIJL, en cambio, no sólo debía hacer frente a la ilegalidad en España y en Francia, sino que no podía renunciar a la lucha contra el franquismo y el capitalismo español sin condenarse a la desaparición. Por eso la FIJL no podía aceptar que la paralización de la línea activista se prolongara.

El franquismo —consecuente con su política de integración en la Europa del Mercado Común— seguía avanzando por el camino de las «reformas» institucionales previstas en el marco de su política de «lenta liberalización» y

de consolidación de las estructuras orgánicas del Estado «fuerte». La Iglesia, por su parte, se afirmaba en su política tradicional de «doble juego»: mientras en la base los militantes de la HOAC y la JOC proseguían abiertamente su oposición al Régimen, en las «altas esferas», la Iglesia reafirmaba su identificación con el franquismo.

La llamada «oposición tolerada» (los demócrata-cristianos de Ruiz-Giménez y los amigos del socialista Tierno Galván) seguía prestando su concurso, consciente o inconscientemente, a la mascarada de liberalización del Régimen con sus intervenciones de «oposición no necesariamente clandestina» que, de cara al exterior, hacían pasar a segundo plano la represión y la ausencia de las libertades democráticas más elementales. Ante las perspectivas de una hipotética liberalización del Régimen, la oposición se confundía en una misma posición de claudicación y de olvido de las razones fundamentales de su propio «ser» (2). A pesar del descontento popular y de las continuas manifestaciones de protesta de los estudiantes y de los trabajadores, el conformismo y el rechazo de toda forma radical de lucha caracterizaban la posición común del antifranquismo. La FIJL consideró que se imponía reaccionar frente a la desmovilización combativa del antifranquismo, frente a las tácticas continuistas del franquismo. Debía ponerse coto a la pérdida de influencia del anarquismo, consecuencia del inmovilismo exiliado y del entreguismo del grupo «cenetista» madrileño. La FIJL no podía olvidar que en las cárceles franquistas los presos políticos continuaban abandonados a su suerte. En julio del año anterior, había iniciado una campaña internacional (3) en su favor que, como afirmaba la C de R, comprendería dos «fases»:

Consideramos que los objetivos supremos de la «oposición tolerada», secundada por la «oposición clásica», limitados a la simple petición de «libertad sindical» y «derecho de huelga», deben ser desbordados por una exigencia más general, más concreta, más urgente y más positiva: la libertad de todos los presos políticos. [...] Se trata de sensibilizar —en esta primera fase— al máximo a la opinión pública sobre la situación de los presos. Esta campaña servirá indiscutiblemente para alentar e incrementar después todas las otras formas de lucha contra el fascismo ibérico (4).

Desde esta circular, desde el comienzo de la «campaña internacional» había transcurrido casi un año. Era necesario, pues, pasar a la «segunda fase».

Se imponía «olvidar» las querellas internas, y dar por definitiva la ruptura de contactos con el sector inmovilista, oficialmente representativo de la organización confederal (CNT), por haber llegado a la convicción de que era un proceso irreversible, que el «inmovilismo» era un fenómeno inseparable de la existencia legal de las organizaciones exiliadas, incluidas las libertarias. Así, la C de R de la FIJL, consecuente con las decisiones de su último comicio, que se había pronunciado por la «autonomía de los grupos de acción», procedió al estudio, con varios de ellos, de las posibilidades de la «segunda fase». De esta confrontación, los «grupos de acción» salieron responsabilizados para aplicar y orientar, con un contenido más preciso y una proyección más internacionalista, la estrategia de la FIJL: atacar al Régimen —mediante el escándalo internacional— en su punto más débil: su demagógica «liberalización». En el interior, debía ser desenmascarado el grupo de cenetistas madrileños que parlamentaban con los jerarcas del sindicalismo vertical, tanto para poner fin al descrédito que éstos arrojaban sobre la CNT y sobre el anarquismo en general, como para poner al descubierto y agudizar las luchas intestinas en el seno del propio Régimen, particularmente entre los tecnócratas del Opus Dei y la Falange.

La C de R, descargada de la responsabilidad de la acción de hostigamiento a la Dictadura, dedicaría sus esfuerzos a la labor de propaganda y relación con los grupos juveniles del interior y del exilio, así como con los diferentes grupos de militantes confederales marginados por el Secretariado Intercontinental por estar en desacuerdo con su inmovilismo y demagogia revolucionaria. La FIJL se aprestaba a afrontar sola —con el único apoyo de un reducido sector de la militancia libertaria— la lucha contra el Régimen y la difícil labor de recuperación ideológica y orgánica del movimiento anarquista español.

El día 6 de abril, el diario francés *Le Monde* comunicaba que Luis A. Edo, secretario de la Federación Local de la CNT de París, había declarado, en conferencia de prensa clandestina dada en Madrid el día 5, que el Movimiento

Libertario Español condenaba enérgicamente las negociaciones llevadas a cabo entre los dirigentes del sindicalismo vertical y un grupo de «cenetistas».

La actitud de Luis A. Edo, que representaba el sentir anarcosindicalista de dentro y fuera de España, pareció durante bastantes días no alcanzar mayor trascendencia que la acordada por *Le Monde* que se había hecho eco de un despacho de la AFP (5), la cual había asistido a la conferencia de prensa clandestina de Edo. Aunque el portavoz oficial de los sindicatos falangistas, *Pueblo*, publicaba el día 9, en su rúbrica habitual «Brújula» (6), con el titular «Nuevo viejo», una nota a todas luces alusiva, sólo el lunes 18, el director de Pueblo habla por primera vez públicamente sobre el tema en su editorial:

> Hay una dialéctica inhabilitadora del Régimen en bloque que clama: que nada cambie ni evolucione para que muera todo por paralización; pero si evoluciona, sacar a esa evolución todo el partido que se pueda para precipitar la caída. Esta es una actitud inaceptable por injustificada y destructiva. El pueblo quiere reformas y no quiere violencia.
>
> La posibilidad de que un grupo de antiguos miembros de la Confederación Nacional del Trabajo pudieran conversar positivamente con dirigentes de la Organización Sindical, alborotó a los núcleos irreductibles de la terca empresa anti-Régimen.

El director de Pueblo añadía:

> Sin embargo, si esas conversaciones, u otras, pudieran ser positivas, convenientes o eficaces, no habría políticamente nada más rentable, con el pensamiento puesto, sinceramente, en la paz y en la grandeza de España (7).

La publicación de este artículo, por el cual Emilio Romero oficializaba la «posibilidad» de las «conversaciones» que Luis A. Edo había denunciado — y que ya había sido objeto de rumores en los círculos bien informados de Madrid—, desencadenó amplios comentarios en la prensa española.

El martes 19, el diario vespertino de Barcelona Tele-Expres —controlado por el Opus Dei— publicaba, en primera plana, una crónica de su corresponsal en

Madrid, Gerardo G. Martín, donde, comentada la noticia, se quejaba de que se hubiese tardado tanto en informar al público de estas conversaciones y simulaba no haber comprendido claramente a Romero:

> ¿Pero se conversó o no se conversó? Esto es lo que se pregunta el hombre de la calle ante aquella frase, incrustada en un comentario sobre otro tema. [...] Si hubo conversaciones con la Organización Sindical - CNT, lo correcto es que, en tal supuesto, entonces y hoy, se diera a conocer a todos los españoles.

A partir del miércoles día 20, los comentarios se multiplican en toda la prensa nacional a raíz de los amplios despachos cursados por las agencias Logos y Fiel. La relativa objetividad informativa y la ausencia de una criticación directa del Ministerio de Información y el visto bueno del Régimen sobre esos contactos.

Las informaciones de estas agencias insistían en las «conclusiones» a que habían llegado los «negociadores», y que habían sido recogidas en un «documento final», de carácter doctrinal, en el que se afirmaban «las bases que se consideraban necesarias para una acción sindical cara al futuro».

Entre ellas destacaban: la «oposición a la pluralidad sindical», la «independencia respecto al Estado y a las organizaciones empresariales», el «derecho de huelga» («mientras las estructuras de la sociedad contemporánea permitan el abuso antisocial») y la «preservación de la administración de las entidades que se engloban en la consideración de mutualismo laboral» (8).

Todo el escándalo periodístico en torno a la información dada respondía a que la posición afirmada por el anarcosindicalismo, a través de Luis A. Edo, había obligado al Régimen a divulgar lo que silenciaba desde hacía aproximadamente un año. Y si lo silenciaba era porque el objetivo que perseguía tenía su importancia, cuando la «carta europea» era jugada a fondo por el Régimen: el sindicalismo vertical representaba descaradamente el pasado totalitario que todos simulaban querer olvidar. La caución moral y política que un cierto «cenetismo» podía aportarle era enorme, aunque fuese simplemente para cubrir las apariencias de una relativa «democratización» de las altas esferas sindicales. De ahí el interés de los «negociadores» en invitar y facilitar la vuelta a España de viejos líderes cenetistas susceptibles, por

vanidad, de prestarse a tal mascarada. La denuncia de Edo había abortado la maniobra. La vieja táctica de absorber cuanto de tradición revolucionaria representa la CNT quedaba nuevamente desenmascarada.

Toda la militancia del interior (salvo «cuatro renegados») y del exilio (salvo los burócratas del SI) se había identificado con la denuncia de Edo, denuncia que, al mismo tiempo, había puesto en evidencia la actitud pasiva del cenetismo oficial exiliado. La denuncia había permitido probar, una vez más, que sólo las actitudes que pongan al descubierto las maniobras del régimen para perpetuarse son realmente eficaces.

Sin la conferencia de prensa clandestina, la denuncia no habría despertado expectación, ni desencadenado las repercusiones políticas que hicieron abortar la maniobra «verticalista». Los militantes libertarios del interior decidieron, de común acuerdo con Luis A. Edo, que fuese éste quien «diera la cara y el nombre» en representación del MLE, tanto para acreditar el «origen» de la fuente, como para evitar la expatriación de un militante residente en España, expatriación que hubiera sido necesaria para escapar a las represalias policíacas y de los propios «negociadores» (9).

Contrariamente a lo que la policía pareció suponer por el riguroso control ejercido durante varios días en las fronteras y aeropuertos, Luis A. Edo no intentó salir de España. Prosiguió sus entrevistas clandestinas con grupos de militantes libertarios en previsión de nuevas acciones contra el régimen franquista.

El 30 de abril, la prensa vespertina romana anunció «la misteriosa desaparición de monseñor Marcos Ussía, consejero eclesiástico de la embajada española ante el Vaticano». La noticia circulaba ya a primeras horas de la mañana, después de haber sido dada la alerta por los carabinieri romanos, «quienes habían encontrado —la noche anterior —el coche del padre Ussía abandonado en la Via dei Farnesi con el motor en marcha, los faros encendidos y las puertas abiertas».

A la mañana siguiente la noticia era comentada en la prensa, radio y televisión internacionales. Hasta la noche, la desorientación fue completa. Se especuló sobre si había sido víctima de una amnesia, o si había desaparecido en una

noche de dolce vita, o si había sido agredido por un rival rocambolesco. El domingo por la noche, el misterio comenzó a desvanecerse. En declaraciones hechas ese mismo día, 1.º de mayo, a la agencia France Presse de Madrid -difundidas pocas horas después por el mundo entero—, Luis A. Edo reivindicaba el hecho. El comunicado de la agencia afirmaba, sin ambages, que el prelado español había sido raptado por un «comando anarquista» que exigía a cambio la libertad de todos los presos políticos recluidos en las cárceles franquistas.

El lunes 2, las declaraciones de Edo son reproducidas con grandes titulares en las primeras páginas de los voceros informativos internacionales. El martes 3, la noticia salta de nuevo a primera plana, ante la confirmación de las declaraciones de Edo por una carta enviada por un grupo anarquista español, que firmaba «Grupo Primero de Mayo (Sacco y Vanzetti)», al director del periódico Avanti, portavoz del Partido Socialista Italiano:

> Somos un grupo de anarquistas españoles que nos hemos visto obligados a utilizar esta forma de acción para que el embajador de España ante la Santa Sede envíe una petición al Papa, para que éste a su vez solicite públicamente al gobierno del general Franco la libertad de todos los demócratas españoles (obreros, intelectuales y jóvenes estudiantes) condenados a diferentes penas en las cárceles franquistas.

La publicación de esta carta corroboraba la declaración de Luis A. Edo, pero no aclaraba todos los puntos obscuros que rodeaban el caso. No es de sorprender, pues, que la prensa sensacionalista siguiera especulando con versiones rocambolescas, provocando reacciones agrias de la prensa franquista:

> Esta afirmación de los anarquistas ha sido suficiente para que *France-Soir* titulase ayer a ocho columnas en primera página, como si se tratase de la invasión de los marcianos, que «Jacqueline ha salvado a Garrigues», pues, según la prensa de «coeur», si nuestro embajador no hubiese corrido detrás de la bellísima señora Kennedy, estaría ahora en el lugar de monseñor Ussía. (*Pueblo*, 3-5-1966)

Empero, pese a todas estas especulaciones sensacionalistas, la prensa española tuvo que reconocer el éxito propagandístico de la acción del Grupo Primero de Mayo: «En este aspecto (propagandístico) la operación ha surtido efecto, puesto que las declaraciones del cenetista Edo y la carta enviada por un grupo de anarquistas españoles al director del diario socialista Avanti, de Roma, han tenido eco que pudiéramos decir mundial y, por lo tanto, todos saben ya a través de la prensa cuáles eran o son los fines que los autores del secuestro se proponían» (*La Vanguardia*, 4-5-1966).

En Madrid, el corresponsal de la Agencia France Presse que tomó las declaraciones de Edo fue detenido por la policía e interrogado durante varias horas, después de retirarle la copia escrita de la «declaración» que Edo le había entregado para su divulgación.

En declaraciones exclusivas al corresponsal del *France-Soir*, publicadas por este periódico el 3 de mayo, Edo afirmó:

> Nuestro objetivo, al principio, era desenmascarar, secuestrándolos, a los antiguos compañeros, Royano e Iñigo, que han usurpado el nombre que la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) para entablar conversaciones con los representantes de los sindicatos del régimen franquista.

Por su parte, el corresponsal de dicho periódico agregaba:

> Desde ayer, la policía ha establecido una discreta vigilancia alrededor de Royano e Iñigo con el fin de protegerles. Parece temerse que los anarcosindicalistas, partidarios de la «línea dura», representados por Luis Edo, podrían intentar un nuevo ajuste de cuentas. Por otra parte, todos los puertos, aeródromos y fronteras están vigilados para impedir que Luis Edo, directamente asociado al secuestro de monseñor Ussía, pueda salir de España. Su captura podría no ser más que cuestión de horas.

Pese a la simpatía general que esta acción había despertado en los medios antifascistas, y más aún en los libertarios, los dirigentes del Secretariado Intercontinental de la CNT exiliada, Germinal Esgleas y Miguel Celma —en una declaración pública, de la que se hizo eco toda la prensa y en particular la española— condenaron el hecho:

> ... ignoramos esta historia. Se trata de una acción marginal, realizada, seguramente, por militantes de nuestra organización pero sin contacto alguno con los órganos directivos. Dada la actual situación de la lucha política, retenemos tal iniciativa de naturaleza puramente negativa. (*Pueblo*, 5-5-1966)

En la prensa francesa las declaraciones de dichos dirigentes eran comentadas más extensamente. Bajo un titular que tampoco dejaba lugar a dudas («Los dirigentes de la CNT: Una operación negativa de la que no conocemos los autores»), *La Dépêche* de Toulouse del 4 de mayo, concluía su información al respecto transcribiendo el final de dicha declaración que, contrariamente a su pretendido apoliticismo, dejaba entrever los verdaderos móviles de tan precipitada condena:

> No es, en efecto, en el momento en que se está realizando en España la conjunción de elementos antifranquistas cuando conviene emprender iniciativas que pueden contrariar los esfuerzos de unión que se manifiestan en el seno de importantes sectores de la opinión española, estimaron también los dirigentes de la CNT.

Por no querer contrariar a «ciertos sectores» de la opinión española, los dirigentes confederales preferían condenar una acción auténticamente antifranquista y libertaria, que denunciaba —con una resonancia internacional— la farsa de la liberalización franquista y desenmascaraba a quienes en Madrid trataban de negociar, en nombre de la CNT, con los falangistas el fortalecimiento del sindicalismo vertical. No es de sorprender que, tras esa vergonzosa confesión de sumisión a los imperativos de la legalidad exiliada y a los compromisos «con otros sectores»10, los miembros directivos del Secretariado Intercontinental, hasta entre sus seguidores más

acérrimos surgieran voces de repudio por tan indigna actitud, protestas que más tarde obligarían a esos dirigentes a hacer una semirectificación —en una circular interna—, diciendo que sus declaraciones «habían sido mal interpretadas por los periodistas», pero negándose a exigir de dichos periodistas una rectificación, pretextando «que ya era demasiado tarde».

Por su parte, *L'Osservatore Romano* se apresuraba a salir al paso de la insinuación lanzada por ciertos periódicos italianos, según la cual monseñor Ussía había sido secuestrado con su consentimiento, «dadas sus supuestas simpatías hacia ciertos movimientos (ETA) antifranquistas». El órgano del Vaticano afirmaba:

> Tal hipótesis no tiene ningún fundamento en la personalidad y en la conducta de monseñor Ussía, sacerdote de una gran discreción, que desde hace quince años presta sus servicios en la Embajada de España.

El día 5 de mayo, toda la prensa reproducía lo esencial de una nueva carta enviada por el Grupo Primero de Mayo a las oficinas en Roma de la AFP:

> Nos comprometemos a liberar a monseñor Ussía tan pronto hayamos obtenido una declaración de la Iglesia en favor de la liberación de los presos políticos detenidos en España. Nuestra acción tiene por objetivo poner a la Iglesia frente a su conciencia y a su responsabilidad, en este momento crítico para el pueblo español, puesto que después de 27 años de dictadura fascista los demócratas que reclaman un mínimo de libertad de expresión y de asociación, reconocidos por la Carta de los Derechos del Hombre, siguen en la cárcel.

Igualmente se decía que monseñor Ussía era tratado «tan cordialmente como las circunstancias lo permiten».

Mientras en Roma la policía «proseguía inútilmente sus pesquisas» para hallar a monseñor Ussía y sus raptores, pese a todas las supuestas pistas y al «gran

despliegue de fuerzas movilizadas en su búsqueda», la iniciativa seguía en manos del Grupo Primero de Mayo, lo que irritaba a los corresponsales de la prensa franquista que insistían en que «el retraso en localizar al sacerdote español puede acarrear serios riesgos a la política internacional de Italia» (*ABC*, 7/8-5-1966).

Los nulos resultados de las pesquisas hicieron que la atención periodística se concentrara en torno a las misivas enviadas por el Grupo Primero de Mayo o por monseñor Ussía a los periódicos, a la Embajada de España y al Vaticano por intermedio de su órgano periodístico. Todo da a entender que el tratamiento dado a tales misivas respondía a un plan bien estudiado y con un objetivo preciso. Se dieron a conocer íntegramente algunas de ellas; en cambio, de otras sólo se facilitaban extractos o, sencillamente, se mantenían en secreto.

La prensa resaltaba las idas y venidas del embajador español ante la Santa Sede:

> Hay que registrar la visita realizada esta tarde, siguiendo los intensos contactos de los días pasados, por el embajador Garrigues a la Secretaría de Estado, donde han seguido con extraordinaria ansiedad y lógico interés todo lo relacionado con el cada vez más incomprensible episodio del rapto de un eclesiástico y diplomático en pleno centro de Roma. El cardenal Cicognani, así como monseñor Samore y monseñor Dell'Acqua, expresaron una vez más al embajador español su disgusto personal y el del Vaticano en general ante el prolongarse de la situación. Nos consta también que el propio Pablo VI ha estado interesadísimo desde el primer momento en conocer los más mínimos detalles relacionados con el secuestro de monseñor Ussía. (*ABC*, 9-5-1966)

El Grupo Primero de Mayo había conseguido situar públicamente a la Iglesia «frente a su conciencia y su responsabilidad», al mismo tiempo que obligaba al régimen franquista a reconocer, con sus falsas e hipócritas justificaciones, lo que pretendía ocultar o hacer olvidar: la existencia de presos políticos.

El martes 10 de mayo, tras la publicación de un largo comentario sobre el hecho —en la sección editorial que generalmente reflejaba el sentir personal del Papa—, *L'Osservatore Romano* manifestaba «el deseo del Vaticano de que pronto se llegase a una convivencia pacífica entre todos los españoles»; la prensa internacional volvió a dedicar sus primeras planas a las noticias y comentarios sobre la inminente liberación de monseñor Ussía.

En efecto, tanto la AFP como el periódico Momento-Sera daban a conocer íntegramente los textos de las respectivas cartas que el Grupo Primero de Mayo les había enviado, para anunciar por qué y en qué forma sería liberado monseñor Ussía:

> Nuestra acción tenía como objeto llamar la atención del Papa, en tanto que máxima autoridad de la Iglesia, para que hiciese una declaración pública pidiendo al gobierno español la libertad de los presos políticos españoles. Por esto decidimos secuestrar a monseñor Ussía y no al señor Garrigues. Al ser dada la noticia por la prensa y la radio, nuestros compañeros en Madrid decidieron que el primer objetivo ya no era posible, ya que el Papa no cedería ante una coacción pública. A partir de este momento, ya no quedaba otra solución que la de denunciar la dramática situación de los antifascistas españoles detenidos en las cárceles de la dictadura franquista; presentando al Papa y a la Iglesia un problema de conciencia, en el mismo momento que la represión franquista se abate brutalmente contra los obreros y estudiantes católicos y también contra los sacerdotes.
>
> Para demostrar, por nuestra parte, el profundo respeto que tenemos de la libertad —la nuestra y la de los demás— vamos a dar el primer paso restituyendo a monseñor Ussía a su vida normal, confiando que el actual gobierno español —que con tanto énfasis se proclama cristiano— muy pronto demostrará, por su parte, su conciencia y voluntad de concordia concediendo la libertad a los demócratas españoles que hoy están privados de ella.

Confirmando las declaraciones del Grupo Primero de Mayo, los periódicos vespertinos y los comunicados informativos, de las estaciones de radio y televisión del mundo entero, anunciaron el día 11 la liberación del prelado español y sus primeras declaraciones en torno a su secuestro. La prensa española recibió la noticia con gran revuelo y alegría, aunque lamentando la ineficacia de la policía italiana. Así, una edición de *ABC* del 11 reconocía con cierta objetividad, a lo largo de las dos páginas que dedicara al «retorno a la libertad» del prelado, que:

> Desde que en las últimas ediciones de los periódicos de la tarde de ayer apareció la sorprendente carta de los anarquistas del Grupo Primero de Mayo, en la que se anunciaba para hoy, miércoles, a las siete y media de la tarde, la liberación de monseñor Ussía, cundió por Roma la idea de que la fijación de la fecha, sitio y hora no podía pasar de ser una simple maniobra para despistar. Era ya demasiado desafío a la policía romana, que en las últimas horas trataba a toda costa de recobrar su prestigio después de once días de búsqueda infructuosa. [...] El que se trate de un grupo aislado no quita para que el golpe haya sido pensado escrupulosamente y con aparente seguridad por parte de los secuestradores, tanto en su preparación como en su desarrollo y desenlace.

La prensa internacional resumía sus conclusiones sobre el «valor político y moral» del hecho. *L' Express*, del 9-15 de mayo, terminaba su artículo

—que había titulado: «La guerra no ha terminado»— con este comentario:

> ¿Éxito para los anarquistas? Quizás, desde el punto de vista de la publicidad. Pero, cada vez más, los líderes de la oposición española piensan que el tiempo de las reacciones pasionales ha pasado. Estiman, como lo han dicho públicamente los dirigentes socialistas en el exilio en Toulouse la semana última, que ese tipo de raptos es «perjudicial a la

> causa de las fuerzas antifranquistas». Puesto que, en la España de hoy, hay otros medios para manifestar su oposición: las universidades están en ebullición. Y el 1.º de mayo, en Barcelona y Madrid, varios miles de obreros, actualizando una vieja tradición que parecía olvidada, hacía treinta años, han desfilado en las calles al grito de ¡Libertad!

El editorialista de *L'Express* parecía ignorar la represión que seguía a tales manifestaciones (11), y que —como se demostraría años más tarde con motivo del «proceso de Burgos»— el Régimen seguía, como en el pasado, fiel a sus «reacciones pasionales».

¿Golpe espectacular? ¿Acción perjudicial? ¿Operación fracasada?

El gesto del Grupo Primero de Mayo actualizó la lucha de los antifascistas españoles contra la Dictadura, ganando la simpatía de propios y extraños, tanto por su desenlace como por la justa causa que animaba sus propósitos.

El editorial del periódico socialista belga *Le Peuple*, del 12 de mayo, «El secuestro como gesto político», reflejaba con bastante exactitud el sentido de la acción del Grupo Primero de Mayo:

> El epílogo del secuestro de monseñor Ussía no es sorprendente: el prelado ha sido liberado tras varios días de una captura bien organizada. El Vaticano no podía ceder airosamente, desde luego (?), ante el ultimátum de los anarquistas autores del golpe y exigir del gobierno de Madrid la puesta en libertad de los presos políticos. Se preguntará: ¿cuál ha sido el objeto de esta operación? En la sociedad en que vivimos la opinión pública está por lo general adormecida por la clase dirigente con su prensa y sus llamados órganos de información. Las mayores injusticias y las más grandes locuras suscitan únicamente la protesta de minorías, con frecuencia reducidas. Para despertar un instante el interés, para llamar la atención sobre una situación, es preciso un enorme «golpe publicitario» que obligue a la «gran prensa» a emplear de repente sus grandes titulares que, a sus ojos, no merecen

normalmente los hechos políticos y sociales más cargados de injusticia. El rapto de Fangio por los revolucionarios cubanos, poco antes de la caída de Batista, el golpe del Santa María, el secuestro de monseñor Ussía. Para que se entere más gente de que miles de presos políticos están encarcelados en España por motivos de subversión, por hacer huelga, por el simple hecho de propaganda incluso. Para que se sepa que hay centenares de personas torturadas y hombres que desesperan de poder volver a respirar el aire libre, mientras millones de turistas están tumbados en las playas. Turistas llegados del otro lado de los Pirineos, que facilitan al gobierno español, por muy buenos demócratas que sean, la mitad de sus divisas, sin las cuales no podría evitar una grave crisis revolucionaria. El suceso de Roma habrá servido para plantearle al Vaticano, de manera particularmente engorrosa, la siguiente pregunta: ¿en un país donde el propio clero progresista es perseguido12, cree verdaderamente que una evolución progresiva del franquismo es posible? ¿No cree más bien que se impone una ruptura política total? De lo contrario, ¿los «reformadores» son otra cosa acaso que cómplices que prolongan la vida de un régimen insoportable?

Los viejos dirigentes antifranquistas del exilio condenaron la acción. Acciones tales ponían inevitablemente en evidencia su pasiva oposición. Y como era de esperar, en un comunicado publicado por la prensa española del jueves 12 de mayo, Royano Fernández, Iñigo Granito y Marco Nadal, en nombre de la CNT, condenaban el rapto «que habría sido ejecutado por disidentes del exilio». Curiosa coincidencia en la condena pública del hecho por los «cenetistas-negociadores» y por aquellos que, en Toulouse, pretendían representar la continuidad del cenetismo revolucionario. Si la declaración de los «tres dirigentes madrileños» —hecha a las pocas horas de haber sido anunciada la liberación de Ussía— podía ser el resultado de una exigencia de la policía o de sus «amigos» de los sindicatos verticales, la de los dirigentes de Toulouse sólo podía explicarse como un intento de excusa ante las autoridades francesas, o como el resultado de una discreta presión de las mismas para seguir respetando la existencia legal de la CNT exiliada.

Por el contrario, para quienes mantienen actitudes combativas frente al Régimen, son precisamente esas acciones las que facilitan el acercamiento y su solidaridad:

> La campanada cenetista ha resonado en el imperio azul y católico más que la bomba de Palomares, y el secuestro libertario, realizado limpiamente por el Grupo Primero de Mayo, en vísperas de ese día, ha conmovido a los trabajadores, a los universitarios y a los demócratas que luchan por su liberación. (*Tierra Vasca* de Buenos Aires, mayo de 1966)

Entre los libertarios españoles —particularmente en los del interior, que veían de nuevo a la CNT y el anarquismo en las primeras planas de la prensa del país—, y en los medios anarquistas internacionales, la denuncia de Luis A. Edo y la acción del Grupo Primero de Mayo despertaron entusiasmo, consolidando la corriente de simpatía y solidaridad hacia la FIJL.

En Italia y en Francia los anarquistas constataron la «reactualización publicitaria» del anarquismo y, lo que era más prometedor: el creciente interés por las ideas ácratas y las tesis espontaneístas del anarquismo revolucionario. En París, a las entrevistas hechas por *France-Inter* y *Europa N.º 1* a diversos cenetistas exiliados anónimos, habían sucedido en Radio-Luxemburgo las intervenciones de Daniel Guérin y Ch. Bontemps, que habían sido invitados a explicar «las grandes líneas de la acción libertaria». Maurice Joyeux escribía en *Le Monde Libertaire* del mes de junio de ese año:

> ¡Salud, camaradas! Por todas partes, sobre esta tierra, donde existan anarquistas, habéis demostrado que la anarquía en ningún caso capitulará ante la opresión y que sabrá sacar de sí misma los recursos necesarios para la liberación de la humanidad. ¡Salud, camaradas, y hasta pronto!

Esta simpatía se vería ratificada en los Congresos Nacionales de las Federaciones Anarquistas Francesa e Italiana, que tuvieron lugar algunos meses más tarde, al aprobarse mociones de solidaridad hacia la FIJL.

Sin embargo, el viejo inmovilismo anarquista no cejaba en su rencor y su oposición al activismo juvenil. Los dirigentes del Secretariado Intercontinental, sin atacar de frente, continuaron su crítica corrosiva para justificarse y para aislar a la FIJL. Para lograrlo no vacilaron en recurrir, como en el pasado, a toda clase de maniobras y calumnias, al mismo tiempo que incitaban a sus afines de otras nacionalidades a hacer lo mismo. Siguieron haciendo circular rumores y calumnias, que tendían a despertar dudas sobre la solvencia ideológica y moral de los militantes juveniles más conocidos. En los semanarios Espoir y Combat Syndicaliste aparecían críticas e insinuaciones sobre el comportamiento del Grupo Primero de Mayo con monseñor Ussía. Ni siquiera las noticias aparecidas en la prensa internacional, en las que se daba cuenta de la inminente detención de los raptores del prelado español o de las intensas pesquisas de la Interpol para localizarles, lograban hacerles callar. Combat Syndicaliste se vio obligado a publicar — aunque fue la primera y última vez que lo hizo—, en su «tribuna libre», la respuesta de un militante anarcosindicalista francés a uno de esos ataques tan calumniosos:

¿El resultado del secuestro? Interviews de anarquistas en la radio, la televisión, los periódicos. El acto despertó en España lejanos recuerdos, demostrando que los anarquistas no renuncian. No se puede más que felicitar a los secuestradores. Hacer propaganda por la anarquía, ridiculizar a la policía romana13. ¿Cómo, después de todo esto, podría creerse que estaban de acuerdo con la Iglesia? ¡No han logrado obligar al Papa a tomar posición contra Franco! Han hecho algo importante. Ellos, al menos, viven en el presente y no en el pasado, como algunos viejos militantes que fueron valederos, o en el futuro, como otros que hacen anarquía como harían modelos reducidos después de las horas de trabajo o cuando tienen tiempo. [...] Estimamos que la CNTF (14) no puede menos que expresar su solidaridad hacia esos camaradas y aportar su sostén moral y efectivo, si es necesario, a proyectos seculares para que viva la anarquía. G. Debras.

El propio Edo tuvo que hacer frente, en repetidas ocasiones, a insidiosas preguntas formuladas por los adictos del Secretariado Intercontinental en relación con su «salida de España» (15), en momentos en que gran parte de la policía franquista estaba movilizada para detenerle.

Las causas de la discordia entre los anarquistas españoles eran demasiado profundas y viejas para que una simple acción pudiese hacerlas olvidar. Luis A. Edo se presentaba en la sede del Secretariado Intercontinental, en Toulouse, a las pocas horas de haber pasado la frontera (16), para entregar a Germinal Esgleas una carta de los militantes del interior —firmada por el propio representante del Secretariado Intercontinental— solidarizándose con la acción realizada. Ni siquiera esto hizo admitir a estos «dirigentes» lo negativo de su actitud. Paradójicamente, los esfuerzos de la FIJL para devolver al anarquismo su viejo prestigio y su influencia entre las masas ahondaban aún más el divorcio orgánico. En las asambleas de las locales de la CNT exiliada, las discusiones en torno a la «gestión» de Luis A. Edo y la acción del Grupo Primero de Mayo degeneraban; a través de ellas aparecía la verdadera motivación: la lucha de generaciones planteada por el activismo revolucionario de la FIJL.

A principios de junio, semanas después de la liberación de monseñor Ussía, y mientras los cenetistas exiliados polemizaban entre sí, las autoridades españolas liberaban a los jóvenes franceses Bernard Ferry y Guy Batoux, que habían sido condenados respectivamente a 30 y 15 años de cárcel por actividades «subversivas» en octubre de 1963. Esta liberación causó cierta sorpresa, pero no influyó en el ambiente de enfrentamiento que existía en los medios anarquistas, pese a que muchos vieron en ella una maniobra del Régimen para reponerse del impacto internacional provocado por la acción del Grupo Primero de Mayo.

En torno a la posición juvenil se fueron agrupando los militantes y simpatizantes —sin distinción de edades— que no querían seguir «viviendo en el pasado», cuantos se rebelaban contra el sectarismo y anquilosamiento de los «anarquistas-burócratas» que controlaban la CNT y la FAI en el exilio. El

polo de convergencia ideológica y práctica era la revista Presencia, que había comenzado a publicarse a finales de 1965 y que aparecía más o menos regularmente cada dos meses. En ella colaboraban, además de los militantes juveniles y los componentes del grupo editor17, todos aquellos que la censura «esgleísta» había declarado indignos de colaborar en los voceros oficiales de la CNT. Después de la acción del Grupo Primero de Mayo, la revista Presencia adquirió una importante audiencia y difusión en el interior. Los contactos establecidos por la organización juvenil con los diferentes grupos de viejos y jóvenes militantes facilitaban esta distribución clandestina. Las buenas relaciones de solidaridad consolidadas por Luis A. Edo durante sus gestiones en el interior con jóvenes militantes de la más izquierdista de las organizaciones sindicales clandestinas de procedencia católica, la AST, facilitaron la distribución de la revista fuera de los medios propiamente libertarios.

Presencia fue, durante este periodo, como lo eran los Cuadernos de Ruedo Ibérico y la revista Mañana, uno de los tres portavoces más importantes de la «nueva izquierda» española en el exilio. Presencia era de claro matiz y proyección libertaria, mientras que las otras lo eran, respectivamente, del marxismo antidogmático y del neoliberalismo intelectual. En Presencia se había abandonado el lenguaje del viejo «anarquismo romántico» y de los que «aún seguían creyéndose en 1936», así como los resabios del sectarismo antimarxista heredado del pasado (18), tan fuertemente arraigado en la militancia libertaria española por la conducta del Partido Comunista durante la Guerra Civil (19). No es de sorprender que, desde su aparición, los grupos juveniles que en España intentaban reconstituir las bases de un nuevo sindicalismo revolucionario, vieran en ella nuevas perspectivas libertarias y la acogieran con gran interés. En sus páginas comenzaron a confrontarse varias de estas corrientes, lo que provocó el recelo de los viejos militantes que la respaldaban, recelo que descubría el irrealismo revolucionario de la vieja militancia libertaria, incluso en el sector que se había rebelado contra la esclerosis ideológica y revolucionaria representada por el «esgleísmo». Eran incomprendidas las intenciones del grupo animador de Presencia —que fundamentalmente eran airear las ideas libertarias «fuera de casa» y facilitar la necesaria confrontación ideológica para enriquecerlas y actualizarlas—, se

olvidaba que las generaciones que en 1966 se enfrentaban a la Dictadura no eran las mismas que en 1936 habían hecho la guerra al fascismo.

El artículo «La herejía del materialismo histórico. Acabemos con el dogmatismo antimarxista» (20), de Édgar Emilio Rodríguez, en el que éste se pronunciaba contra los viejos «resentimientos» que habían propagado en los medios libertarios el «dogmatismo antimarxista», dio pie a una serie de respuestas que animaron, en números sucesivos, una interesante polémica doctrinal. Se había osado, aunque algunos rechinaran los dientes, denunciar uno de los dogmatismos más nocivos en boga en los medios libertarios. En el número correspondiente a los meses de marzo-abril, Rodríguez continuaba avanzando por el camino iniciado con un artículo titulado:

«Dialogar, ¿pero con quién?», en el que analizaba las conclusiones y contradicciones del XI Congreso del Partido Comunista Italiano, del libro de Santiago Carrillo Después de Franco, ¿qué? y de la Conferencia Tricontinental celebrada en La Habana en el mes de enero. Rodríguez concluía:

> Sea nuestro lema —uno de nuestros lemas— dialogar con los comunistas. Dialogar desde abajo, en la base, aprovechando la magnífica cantera humana y revolucionaria que representan sus militantes. Dialoguemos no para convencerles de que deben renunciar al comunismo, sino para que luchen por él, empujando a sus dirigentes por un camino que lleva hacia adelante y no hacia atrás. Procuremos, valga la perogrullada, que el Partido Comunista sea comunista. ¿Que la tarea es difícil? De acuerdo. Pero tal vez es la única posibilidad para la revolución, que no se conseguirá dialogando con el Vaticano, ni reivindicando el monopolio de una pureza, ni propugnando una revolución perfecta, ni invocando una estéril fidelidad a principios que, nos guste o no, aún no han dado frutos.

En el mismo número, José Peirats exponía la otra cara de la nueva heterodoxia libertaria. Su posición completaba, en cierto modo, la de É. E. Rodríguez,

posición común a la militancia libertaria que iba haciendo de Presencia su portavoz ideológico y su instrumento de propaganda. En su artículo titulado «El porvenir del Movimiento Libertario. Nuestras grandes opciones», Peirats se rebelaba contra el otro dogmatismo libertario: el que consiste en negar «la legitimidad del acto autocrítico ni su llevar a la última consecuencia», fundándose en que la herencia ideológica de nuestros mayores es intocable:

> Que no hay nada nuevo bajo el sol. Que el arcano ya no tiene secretos. Que todo ha sido anunciado por los profetas. Que estamos en posesión de la verdad absoluta.
>
> En este punto, puede decirse que la coincidencia era total entre todos los colaboradores y simpatizantes de Presencia. Pero, si bien la coincidencia, en cuanto a la actitud crítica y antidogmática del anarquismo, acercaba estas dos posiciones, divergían al tratarse de la acción revolucionaria inmediata. Todos estaban de acuerdo con Peirats en que la ...opción crucial es resolver si somos solamente una escuela filosófica intrascendente. Sin angustias ni urgencias. Fuera del tiempo y del espacio. O una corriente militante realizadora.

1961. Alberola con el matrimonio Peirats en Andorra

Pero, no todos lo estaban cuando Rodríguez afirmaba:

> Hagamos lo posible, pues, por evitar que los comunistas lleguen a convertirse en un partido totalmente burgués, desprovisto de ansias

> renovadoras. Hagamos lo posible —mediante una actitud crítica pero jamás sistemáticamente negativa— por liberarles de la absurda tutela que les ata a la política internacional de Moscú. Hagamos lo posible por ganarlos para la causa de la revolución, causa que, sin lugar a dudas, no será nunca idéntica a la nuestra, pero con la cual es más lo que nos une que lo que nos separa. Confiemos en que el Partido Comunista no traicionará a los comunistas, es decir, a sus militantes que creen en la revolución. Confiemos en que, más tarde o más temprano, entable un diálogo, un verdadero diálogo con los únicos interlocutores válidos: anarquistas, socialistas revolucionarios, sindicalistas, comunistas de distintos matices, todos ellos partidarios de una sociedad que va más allá de la tímida democracia burguesa.

Como tampoco todos lo estaban cuando Peirats concluía sus «opciones» con una mal disimulada apología de las tesis del neoreformismo confederal:

En este futuro que ya puede llamarse hoy, nuestras grandes opciones son optar por la vieja tesis revolucionaria excluyente o por una nueva óptica que ve la dictadura en todo exclusivismo revolucionario. En aferrarse al milagro de la revolución liquidadora o comprender que no hay saltos en la historia gratuitos. En seguir practicando la lucha de clases con rigidez, inconsecuencias y sofismos, o con planteamientos más flexibles. Teniendo en cuenta que al enemigo se le crece con la amenaza del exterminio tanto como se le disminuye por superación ética y por capacidad de maniobra. Que la legislación social del Estado, mal que nos pese, es irreversible. Ni regalo gracioso ni vituperable en bloque.

En los números que siguieron, Presencia abordó temas y problemas que desbordaban el marco propiamente libertario y que invitaban a todos los grupos interesados en el quehacer revolucionario a participar en su análisis y discusión. En el número 5 (septiembre-octubre) se inició una encuesta sobre el tema: «¿Se renunció a la revolución?», en la que debía debatirse la «opción colaboracionista» de julio de 1936. En el número 6 (noviembre-diciembre) se iniciaba una polémica sobre el problema de la «violencia como táctica

revolucionaria», a la vez que se abría el «diálogo» con los nuevos grupos de acción sindical con el artículo «El nuevo sindicalismo español», de J. López Pérez (21).

En España, el régimen franquista proseguía su «evolución». Si resulta excesivo hablar de «descomposición del Régimen», palabra-comodín utilizada abusivamente por los partidos y organizaciones de la oposición clásica, sí que puede afirmarse que la necesidad de una adecuación de las instituciones españolas a la nueva fase de desarrollo industrial imponía al Régimen una reconversión y creaba, automáticamente, las condiciones para una nueva fase, más politizada, de las luchas de la oposición.

La nueva burguesía española y la generación de ejecutivos que ocupaban los puestos clave del gobierno intentaban sustituir los viejos mecanismos inservibles para perpetuar su dominación económica y política, dentro de un marco inspirado en los sistemas al uso en las sociedades industriales europeas. El derecho condicional de huelga, la nueva Ley de Prensa, los proyectos de reforma de los sindicatos oficiales, eran el complemento natural de la reorganización de la economía, iniciada en 1959 con el Plan de Estabilización y proseguida más tarde con el Plan de Desarrollo, que marcaba la renuncia definitiva a la autarquía de la posguerra.

Simultáneamente, el «despegue» de la economía, al favorecer a ciertas capas de la sociedad española, representaba un factor de estabilización, gracias al acceso de estos grupos sociales a un nivel económico superior y a ciertos tipos de consumo de estilo occidental: televisión, nevera, coche, etc. Sin embargo, la radical revisión —efectuada por el propio Régimen— de las bases económicas de la sociedad española había provocado —en un país caracterizado por la falta de fluidez de sus estamentos sociales— una serie de transformaciones que habían destruido su equilibrio. El peligroso bache político que provocaría la desaparición de Franco —obsesión no sólo de los dirigentes franquistas sino de los líderes de la oposición respetuosa— incitaba a unos y a otros a seguir insistiendo en las reformas urgentes del marco institucional.

El monopolio del poder iba pasando de los grupos «malthusianos» —restos épicos de la Guerra Civil— a los tecnólogos «evolucionistas», a los dirigentes sindicales y, en general, a los altos funcionarios del Estado y de los influyentes trusts nacionales. Este «evolucionismo», inteligentemente propugnado por esta nueva capa de dirigentes, no rehuía el diálogo y no vacilaba en practicar la política de «mano tendida» a los enemigos de antaño que admitían el hecho consumado de la vigencia del Régimen y de la inatacabilidad de los intereses que lo sostenían. De ahí, el aumento progresivo del volumen de intercambios comerciales entre España y los países comunistas, los ofrecimientos de diálogo de la CNS a los tránsfugas de la CNT, la Ley de Prensa que ponía «fin» a la censura previa para la «prensa legal», el traspaso a la jurisdicción civil de los procesos políticos, juzgados hasta entonces por tribunales militares, sin que por ello disminuyera el rigor de la represión contra los opositores al Régimen; y tantas otras «reformas» emprendidas con toda precipitación para controlar eficazmente aquella «evolución». Por ejemplo, la parodia de democratización del SEU y la legislación sobre las huelgas laborales.

Pero como todo ello no bastaba para mantener la estabilidad política y social dentro de límites tolerables, el Régimen intensificaba la publicidad en torno de su demagógica reivindicación patriótica de Gibraltar, al tiempo que se aprestaba a una movilización publicitaria sin precedentes en vistas del próximo referéndum. En uno y otro caso, trataba de suscitar una reacción nacionalista en el pueblo para desviar su atención de los graves problemas políticos y sociales del momento.

La FIJL, consciente de esa situación y de la necesidad de denunciar unas maniobras que tendían a desmovilizar e integrar a la clase obrera, y a consolidar las apariencias de liberalización con vistas al exterior, decidió salir al paso con una nueva acción de resonancia internacional.

El 28 de octubre de 1966, la prensa española y las agencias de prensa internacionales daban a conocer un comunicado oficial del gobierno español anunciando la detención en Madrid de un grupo perteneciente a las Juventudes Libertarias:

Un grupo de elementos armados, formado por cinco personas, pertenecientes a las Juventudes Libertarias, y que proyectaban secuestrar a una importante personalidad extranjera en Madrid, ha sido detenido como resultado de un brillante servicio realizado por funcionarios del Servicio de Investigación Social de la Dirección General de Seguridad. Los detenidos y las armas descubiertas han sido puestas a la disposición del Tribunal de Orden Público. A la cabeza de este grupo figuraba Luis Andrés Edo, que fue secretario general de la Federación Local de las Juventudes Libertarias de París y que pertenecía al grupo anarquista que secuestró en Roma al consejero eclesiástico de la embajada española ante la Santa Sede, monseñor Ussía. En el apartamento donde habían montado el «cuartel general» y donde, como se ha dicho, iban a retener a la víctima, los funcionarios de la policía descubrieron una metralleta Stern, una pistola parabellum con sus cargadores y las municiones correspondientes, pasaportes falsos que sirvieron para su entrada en España, así como documentos donde se reflejaban las instrucciones enviadas desde París con todos los detalles para llevar a buen término esta segunda «operación Ussía». La policía busca a otros elementos que podrían estar implicados en estas actividades (22).

1974. París. Luis Andrés Edo, Alberola, Eliseo Bayo y Antonio Téllez

La redacción de este comunicado, así como la extraordinaria publicidad con que la prensa nacional presentaba el caso, no dejaba lugar a dudas. Las

primeras intenciones de las autoridades eran perfectamente claras: presentar al grupo de Luis A. Edo como si se tratase del Grupo Primero de Mayo. Tanto para resaltar la inigualable eficacia de la policía española —los titulares de la prensa hablaban del «desmantelamiento del Grupo Primero de Mayo»—, como para no hablar del verdadero objetivo de la acción que el grupo de Edo se proponía realizar. Objetivo que, como se demostrará más adelante, había llenado de embarazo al gobierno español, provocando la inmediata intervención del ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella.

En la prensa extranjera, todas las primeras noticias y comunicados sobre la detención del grupo de Edo también estaban redactados en este sentido. El diario *Le Monde*, del 29 de octubre, bajo el titular «En España, la policía habría encontrado a los autores del secuestro de monseñor Ussía», reproducía el siguiente comentario de la agencia France Presse:

Según la dirección de la policía, los militantes de las Juventudes Libertarias detenidos el jueves en Madrid formaban parte del Grupo Primero de Mayo, que organizó en abril último el secuestro en Roma del consejero eclesiástico de la Embajada de España ante el Vaticano. La detención el domingo último, en el rápido Barcelona-Madrid, de Antonio Cañete (23), considerado como un líder anarquista, fue la que provocó la detención en un apartamento de Madrid de los cuatro miembros restantes del grupo, que proyectaba el rapto de una «importante personalidad extranjera». Las personas detenidas son Luis Andrés Edo, antiguo secretario general de las Juventudes Libertarias de París; Jesús Andrés Rodríguez Piney, escultor; Alberto Herrera Dativo y Alicia Mur Sin. Los cinco inculpados residían en París, donde, según la policía, se encuentra el jefe del Grupo Primero de Mayo, Octavio Alberola (24).

1968. Alicia Mur en la cárcel de Alcalá de Henares

Inmediatamente después, las agencias de prensa internacionales comenzaron a avanzar los posibles nombres de esta «importante personalidad extranjera». Ante la insistencia con la que se le señalaba, el embajador de los Estados Unidos en España, Biddle Duke, se vio obligado a precisar —en las columnas de la prensa norteamericana— que no pensaba que pudiera ser él la víctima del rapto, pues nada había notado en sus hábitos cotidianos que pudiera permitir pensar en tal posibilidad, ni tampoco había sido objeto de ninguna amenaza. Sin embargo, fueron particularmente significativas las declaraciones hechas a la prensa por el almirante Norman Gillete, comandante de la misión americana: «No sé mucho sobre este caso, pero prefiero no divulgar lo que sé».

Con fecha de primero de noviembre de 1966, la agencia France Presse daba a conocer desde Madrid las declaraciones que el Grupo Primero de Mayo le había hecho llegar clandestinamente:

> La policía española pretende responsabilizar, al grupo de anarquistas detenido la última semana en Madrid, del secuestro de monseñor Ussía realizado en Roma por el Grupo Primero de Mayo. Como ustedes pueden comprobar, comparando la caligrafía de esta nota con la de todas las enviadas por el «Grupo Primero de Mayo» en la época, y como deberá desmentirlo monseñor Ussía, si es confrontado con los compañeros detenidos en Madrid, ninguno de ellos ha participado en el secuestro del prelado español. Lo que prueba que son totalmente falsas las afirmaciones de la policía franquista, jactándose de haber desmantelado al Grupo Primero de Mayo. Decididos a demostrar que las acusaciones del régimen fascista del general Franco, contra Luis Edo y nuestros compañeros, son falsas, los miembros del Grupo Primero de Mayo demostraremos, en su momento, lo que afirmamos en este comunicado, así como nuestra firme decisión de proseguir nuestras acciones hasta obtener la liberación de todos los presos políticos en nuestro país.

Poco tiempo después, la agencia France Presse anunciaba que los abogados madrileños Jaime Cortezo (25) y Alfonso Sevilla se hacían cargo de la defensa de los cinco anarquistas detenidos.

Posteriormente, en declaraciones exclusivas a las agencias de prensa, el abogado Jaime Cortezo confirmaba que el Tribunal de Orden Público se había inhibido del expediente, y que éste era pasado a la jurisdicción militar, lo que significaba que los cinco detenidos corrían el riesgo de ser juzgados en consejo de guerra sumarísimo (26).

La noticia de la inhibición llenó de consternación los medios libertarios, pues ponía en evidencia que los partidarios de la «línea dura», en el seno del Régimen, habían impuesto nuevamente su punto de vista. Dada la personalidad de Luis Andrés Edo, el armamento que les había sido intervenido y el tipo de acción que se proponían realizar, era lógico suponer que los militares acelerarían el juicio y pronunciarían condenas severas. Nadie había olvidado el monstruoso asesinato, después de un rapidísimo consejo de guerra

sumarísimo, de los jóvenes libertarios Delgado y Granado, en 1963, ni las condenas a treinta años pronunciadas por los tribunales franquistas contra jóvenes libertarios en los últimos años. No es de extrañar, pues, que el llamamiento a la solidaridad internacional, lanzado por la FIJL inmediatamente después de ser conocida la noticia de la detención del grupo, haya encontrado amplio eco, despertando de nuevo una corriente de simpatía en los medios anarquistas internacionales.

2003. Madrid. Antonio Martín, Eladio Villanueva y Alberola.
Acto por la revisión del juicio a Delgado y Granado

En *Le Monde Libertaire*, órgano de la Federación Anarquista Francesa, del mes de diciembre de 1966, Maurice Joyeux afirmaba una vez más su simpatía por el Grupo Primero de Mayo e invitaba a los trabajadores franceses a movilizarse para secundar una campaña internacional que impidiera un nuevo crimen franquista.

Con fecha del 9 de diciembre, la agencia France Presse daba a conocer, desde Nueva York, la celebración, en dicha ciudad, de una conferencia de prensa clandestina sobre el caso de los cinco anarquistas detenidos en Madrid. El largo comunicado de la agencia —que tuvo amplia resonancia en la prensa de América Latina— afirmaba:

No era el señor Angier Biddle Duke, embajador de los Estados Uni dos en Madrid, sino el contralmirante Norman G. Gillette, comandante en jefe de las fuerzas americanas en España, a quien el comando de anarquistas detenidos el 24 de octubre de 1966 en la capital española habría secuestrado al día siguiente, si la policía española no hubiese descubierto a tiempo su escondite e impedido así «la operación Durruti». Esta precisión ha sido hecha el jueves 8 de diciembre en Nueva York a varios periodistas convocados en un hotel de Manhattan, por Octavio Alberola, encargado de la coordinación entre el Comité Peninsular y la Delegación Exterior de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, que ha declarado haber venido especialmente de España para esta conferencia de prensa, la primera que su organización ha celebrado en los Estados Unidos. Alberola ha revelado las condiciones en las que debía haberse producido el secuestro del comandante de las fuerzas americanas en España, mediante un accidente de carretera que se proponían simular entre la base de Torrejón y Madrid; después, el contralmirante Gillette habría sido transferido por sus secuestradores de su coche a otro vehículo que lo habría conducido a un apartamento de la capital, en donde, en presencia de un grupo de periodistas extranjeros, habría asistido, «símbolo viviente de la ocupación americana en España», a la lectura de un documento de la FIJL. No habiendo sido hecho público el documento a causa del descubrimiento del complot, lo ha dado a conocer Alberola a los periodistas de Nueva York, poco después de haber enviado copia a U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, así como a todas las delegaciones de los países miembros de la ONU. La FIJL denuncia en él la «demagogia patriótica del gobierno de Franco en sus reivindicaciones sobre Gibraltar27 y su complicidad con los proyectos agresivos de las fuerzas militares norteamericanas» que, ha declarado Alberola, «encuentran en sus bases de España apoyos logísticos de una importancia primordial para imponer, por medio de la amenaza termonuclear que constituyen los aviones de bombardeo de la SAC, la escalada de la guerra en el Vietnam. Alberola ha puesto acto seguido el acento sobre los siguientes puntos: 1.º Según él, la amnistía

pronunciada por el general Franco no es más que una farsa y existen aún numerosos presos políticos en España. 2.º Es falso que «el régimen totalitario español marche hacia la democratización y que el referéndum28 del 14 de diciembre de 1966 deba representar un elemento fundamental de este proceso. 3.º La FIJL estima que la Operación Durruti, aunque fracasada, ha dado un resultado positivo por las repercusiones que ha tenido, y se propone proseguir activamente la lucha hasta alcanzar su objetivo inmediato: la liberación de todos los presos políticos y el fin de la represión en España, por el restablecimiento de la libertad de reunión, de asociación y de expresión.

Tal como afirmaba el comunicado de la agencia France Presse, las delegaciones asistentes a la Asamblea General de las Naciones Unidas y su secretario general recibieron una carta firmada por la Delegación Exterior de la FIJL, en la que se adjuntaba copia del documento intervenido por la policía española a Luis A. Edo, titulado «Reivindicación patriótica de Gibraltar e hipoteca del territorio nacional. Las bases norteamericanas en España» (29).

Las reacciones de protesta y de solidaridad habían comenzado a manifestarse. En Ámsterdam, los días 30 de octubre y 3 y 4 de noviembre, el movimiento «provo» y los anarquistas organizaron importantes manifestaciones delante del consulado español. En Milán, el 31 de octubre y el 1 de noviembre, grupos de manifestantes pasean por la ciudad la reproducción de un «garrote», recordando a todos que el fascismo no ha muerto. En Bruselas, el 19 de noviembre, los grupos «provos» belgas organizaron en la plaza de Brouckère un happening de solidaridad «con los cinco “provos” detenidos en Madrid». En París, en la Mutualité y en el Teatro Alhambra se realizaron sucesivamente mítines para denunciar al régimen franquista, en el curso de los cuales diversos oradores —entre ellos Daniel Mayer, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre— hablaron sobre la situación del grupo de Luis A. Edo.

El 26 de diciembre, la prensa europea publicó el siguiente comunicado de la agencia France Presse enviado desde Roma:

> Atención Madrid. Si los cinco anarquistas españoles detenidos el 25 de octubre en Madrid, acusados de haber raptado en Roma a monseñor Ussía, consejero eclesiástico en la embajada española ante la Santa Sede, son condenados a más de tres años de cárcel, los jóvenes anarquistas europeos destruirán cinco propiedades españolas situadas en Europa. Ésta es una de las resoluciones adoptadas por los participantes a la Conferencia Europea de la Juventud Anarquista, cuyos trabajos, empezados el sábado 25, terminaron el lunes 27 de diciembre de 1966. Los anarquistas estudiaron, además, la despolitización de los jóvenes en Europa, la lucha de clases, el movimiento «provo», la solidaridad con la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias. Una cincuentena de anarquistas alemanes, ingleses, daneses, españoles, finlandeses, franceses, holandeses, italianos y suecos participaron en esta reunión.

Este comunicado de prensa testimoniaba la estrecha afinidad que existía entre la FIJL y la juventud anarquista europea, al mismo tiempo que la firme decisión de no abandonar a su suerte a los militantes que, en Madrid, debían afrontar la justicia militar franquista.

Mientras el Régimen finalizaba el año con la movilización publicitaria en torno al referéndum, para probar que el pueblo español decía «sí» a su «caudillo», la FIJL se disponía a continuar sus acciones en pro de los compañeros presos.

Notas:

1. La CNT había seguido ratificando, sin aplicarlos, claro está, los acuerdos de acción (el Dictamen del D-I) hasta el congreso del año anterior.

2. En apoyo de esta tesis, puede recordarse que no sólo los que respaldaban o llevaban las «negociaciones» con los sindicalistas verticalistas, sino que también todas las organizaciones de la oposición se fundaban sobre esta evolución política del Régimen y de la sociedad española.

3. Se trata de la campaña internacional bajo el tema: «Libertad para los presos políticos en España y Portugal», a la que se ha hecho referencia en el capítulo anterior.

4. Carta-circular de la C de R de la FIJL, del mes de junio de 1965, cursada a la base de la organización juvenil.

5. «Madrid, 5 de abril (AFP): El Movimiento Libertario Español ha condenado enérgicamente las negociaciones que ciertos viejos dirigentes anarcosindicalistas han tenido con los jefes de los sindicatos gubernamentales. Luis A. Edo, secretario de la Federación Local de París de la CNT, que ha entrado clandestinamente en España, ha dado esta noche una conferencia de prensa, durante la cual ha leído una declaración del Movimiento Libertario. [...] Por último, Edo ha añadido que había intentado tener una reunión con los viejos dirigentes anarcosindicalistas para "obligarles a renunciar a colaborar con la dictadura". Por ello, considera terminados sus intentos de contacto con los "colaboradores", aunque se propone quedarse en España para ver a los militantes que actúan en la clandestinidad». Esta conferencia de prensa clandestina era una es especie de «introducción» previa a la acción que poco tiempo después realizó el Grupo Primero de Mayo en Roma, y que Luis Andrés Edo reivindicó desde Madrid.

6. Esta nota, aparecida en la tercera página de dicho periódico, estaba firmada con un seudónimo. Pese al eufemismo, se percibía claramente la intención de anular los efectos de la denuncia hecha por Edo, al mismo tiempo que se intentaba minimizar el valor del gesto.

7. Esta interpretación de los «diálogos» hace pensar en el sentido y objetivo que, en su época, tuvieron y significaron las negociaciones entre monárquicos y determinados sectores antifranquistas, incluidos los cenetistas del sector político. Emilio Romero es conocido por sus «tomas de posición» y su dialéctica equilibrista, en tanto que portavoz oficial de la CNS y, por lo mismo, del ministro del Movimiento.

8. Entre las «perspectivas» que lograron ilusionar a algunos cenetistas del exilio — bien pocos, por cierto— estaba, precisamente, la posibilidad de apropiación (?), por el «nuevo sindicalismo», de todo el poder financiero que el «mutualismo laboral» representaba y representa aún en España.

9. Entre las acusaciones lanzadas contra Luis A. Edo vale la pena destacar la que hizo por escrito Royano, afirmando que Edo había pretendido hacerles caer en «una emboscada para asesinarles».

10. No hay que olvidar que la CNT exiliada formaba parte de la Alianza Sindical, junto a la UGT (socialista) y la STV (católicos vascos), y que oficiosamente mantenía contactos con todos los demás partidos políticos del exilio, salvedad hecha del PCE.

11. Manifestaciones que a lo largo del año 1971 darían ocasión a la fuerza pública de asesinar impunemente a varios obreros en Granada, en Madrid y en Barcelona, obreros que sólo intentaban manifestarse para apoyar sus reivindicaciones salariales.

12. El mismo día que el Grupo Primero de Mayo dejaba en libertad a monseñor Ussía, en Barcelona la policía disolvía a porrazos una manifestación de 100 sacerdotes que protestaban contra los malos tratos infligidos por la policía a los estudiantes detenidos en las últimas manifestaciones estudiantiles.

13. Poco tiempo después de la liberación de monseñor Ussía, la prensa dio la noticia de la destitución del general Allavena, jefe de los servicios de contraespionaje de Italia, «por su incapacidad en resolver tan sensacional caso» (AFP, 10 de junio).

14. Combat Syndicaliste era, a la vez, portavoz de la CNT exiliada de la zona norte (París y Normandía) y de la CNT francesa.

15. A las preguntas formuladas en este sentido, Luis A. Edo respondía simplemente con un: «¡Preguntádselo a Germinal Esgleas!». Efectivamente, dándose cuenta de lo difícil que le sería pasar la frontera valiéndose del pasaporte falso que llevaba, Edo tuvo la genial idea de pedirle a un compañero de Barcelona, que representaba allí al Secretariado Intercontinental, que le hiciera «pasar» por medio del «guía» utilizado regularmente por el Secretariado Intercontinental para «pasar» la propaganda y los enlaces orgánicos. Sin darle, claro está, al «guía», ninguna indicación que pudiera hacerle pensar quién era el que iba a «pasar». El «guía» y la policía jamás habrían imaginado que Edo emplease ese medio, dada su posición personal frente al Secretariado Intercontinental.

16. Luis A. Edo salió de España varios días antes de la liberación de monseñor Ussía, el cual, en cierto modo, había servido de «rehén» para cubrirle la retirada.

17. En el grupo editor había, además de militantes de la FIJL, diversos exponentes de corrientes abiertas al diálogo con toda clase de marxistas no dogmáticos.

18. A partir de las viejas querellas ideológicas entre Marx y Bakunin en el seno de la Primera Internacional.

19. Los acontecimientos de mayo de 1937, en Barcelona, y la lucha por el control de Madrid, al final de la guerra, son las etapas culminantes de este enfrentamiento entre comunistas y anarquistas.

20. Artículo aparecido en el segundo número (enero-febrero) de la revista Presencia.

21. Este artículo había sido escrito especialmente por J. López Pérez, militante de la AST, para abrir —en las páginas de Presencia— el diálogo y colaboración entre los nuevos grupos del sindicalismo clandestino.

22. Este comunicado oficial, con pocas variantes, era reproducido por toda la prensa española en sus primeras páginas, encabezado por grandes titulares y acompañado de las fotografías de los cinco detenidos y del armamento que se había encontrado.

23. Este militante había decidido volver precipitadamente a Francia, al considerar que su presencia en España había sido descubierta, habiendo conservado sobre él el contrato de alquiler del piso en donde se encontraba alojado el resto del grupo. Primero, la policía italiana no pudo acusar ni detener a nadie en relación con la acción de Roma y, segundo, todo parece indicar hoy que la policía franquista orientó sobre Cañete la responsabilidad de la caída para cubrir a Inocencio Martínez, un inmigrante español en Francia que formaba parte del grupo y que salió del piso antes de las detenciones.

24. A partir de esa época, la policía franquista ha insistido regularmente a través de la prensa española en atribuir la responsabilidad de todas las acciones antifranquistas de los libertarios a O. Alberola.

25. Destacada personalidad de la democracia cristiana.

26. Efectivamente, en «Providencia magistrado» del 4 de noviembre de 1966, el juez del Tribunal de Orden Público, ordenaba: «Los anteriores despachos, únanse al sumario de su razón; elévese testimonio a la Superioridad del auto fecha treinta y uno del pasado octubre en que se acordaba la inhibición de este juzgado en favor de la jurisdicción militar, y cuya resolución ha adquirido el carácter de firme. Participese a la Prisión Provincial de Hombres de esta capital que Antonio Cañete Rodríguez, Luis Andrés Edo, Jesús Andrés Rodríguez Piney y Alfredo Herrera Dativo, y por otra parte a la Prisión Provincial de Mujeres, que Alicia Mur Sin, queden en calidad de presos a

la disposición del Excmo. Sr. Capitán General de la Primera Región Militar, por la inhibición acordada. Remítase la causa a dicha autoridad militar con atento oficio y previa notificación de esta resolución a los mencionados inculpados».

27. Precisamente, en esos días la Asamblea General de la ONU debía pronunciarse sobre la reivindicación de Gibraltar, presentada a discusión por el gobierno español. La conferencia de prensa clandestina en Nueva York la organizamos con la complicidad del corresponsal de la agencia France Presse; y al día siguiente

Ariane pudo salir para Francia y Alberola (con pasaporte falso) para México, en donde se quedó poco más de un mes y medio antes de volver a Europa.

28. El famoso referéndum constituía otra maniobra más del Régimen para justificar, cara al exterior, su pretendida «liberalización», sin ninguna otra significación política ni de orden «institucional».

29. Este documento, en el que se estudiaba y denunciaba «la hipoteca de pedazos del territorio nacional para la implantación de las bases militares yanquis en España», había sido reproducido en miles de ejemplares para su distribución en España y en el extranjero, en respaldo de la acción que debía realizar el grupo de Luis A. Edo.

VIII

1967. La solidaridad internacional y la radicalización de la «contestación»

«Que no es hora de "conciliación" alguna con el llamado enemigo común, a saber, el encarnado por las absurdas, humillantes y violentamente impuestas estructuras. Que por ello mismo, la lucha, creemos, tendrá que servirse —de una manera conjunta— de pensamientos y de acción, no olvidando, en esta última, la violencia como único camino existente en ciertos procesos y en ciertas medidas.»

De un panfleto ácrata, Madrid, 15-10-67

Al reanudarse las clases, para dar comienzo al segundo trimestre, la agitación en la universidad se ve estimulada por la aplicación de las anunciadas medidas represivas contra los estudiantes partidarios del Sindicato Democrático. Tras la detención, a principios de enero, de los trotskistas que habían llevado adelante las «elecciones libres», la Cámara quedó en manos del reformismo estudiantil. Sin embargo, pese a que se procura el olvido inmediato incluso de los nombres de los detenidos, en la base aumenta la indignación:

El 27 de enero hay manifestación obrera en varios puntos de Madrid. Se apedrearon muchos autobuses y se llegaron a volcar dos turismos. El FUNS protesta por el «abuso policíaco». Tres días más tarde, el 30, se convoca una marcha al Rectorado «contra la represión de la policía y los expedientes académicos, contra la prensa tergiversadora y vil, en solidaridad con los detenidos». Resumiendo, el esquema clásico «manifestación-detenidos-manifestación de solidaridad». Tan conocido que nadie esperaba un brote de violencia como el que estalló. Por primera vez, se hizo retroceder a varios jeeps y mangueras; e incluso se rescataron detenidos. El contraataque de los grises se concentró, con una rabia nerviosa, en los comedores del SEU. Fue el

llamado «lunes de comedores». El *ABC* amonesta a la Policía. Económicas es cerrada definitivamente. A los pocos días lo será toda la Ciudad Universitaria. Cuando se volvió a abrir, una Tribuna Libre organizada en Económicas aplazó sine die toda protesta. Los esdeumistas, aún con el SDEUM non nato, intuían que la violencia se convertiría en el mayor enemigo de su organización «de masas». Para muchos, el lunes de comedores era el internacional ejemplo de cómo, sin ninguna reivindicación concreta ni menos académica, se puede politizar a grandes masas en la acción. Para otros era la muestra de la debilidad ideológica de las masas y por tanto de la necesidad de su encuadramiento y adoctrinamiento. Quizás no hubiera sido válida esta aparente disyuntiva de haberse continuado la acción en la calle, pero, al apagarse ésta, las dos opiniones fueron alejándose irremisiblemente (1).

Al mismo tiempo que tenía lugar el famoso «lunes de comedores» (2) en Madrid, se celebraba en Valencia la primera reunión coordinadora del SDEU, reunión en la que fue bastante mutilada la concurrencia a causa de la movilización policíaca. Sus conclusiones se limitaron a: «tender hacia la autoorganización, rechazar las estructuras impuestas y coordinación nacional con vistas al Congreso de Estudiantes de España».

Esta corriente intentaba centrar la lucha sindical exclusivamente en la elaboración «por los cursos» de los Estatutos de Facultad. Mientras que la derecha seguía lanzando panfletos en los que se denunciaba el escándalo de los sindicatos pagados por la CIA y contra los que pretendían la «revolución cultural a la moda china».

Pero, pese a que hubo manifestaciones (empezaba a ser rutinaria la pedrada) en Agrónomos y Comedores, los delegados del SDEUB (3) fueron juzgados sin que fuese posible movilizar a los Centros. Puede decirse que el segundo trimestre acabó en casi completa paz.

No cabe duda de que se estaba aún lejos del pronunciamiento estudiantil. Los coincidentes esfuerzos del reformismo universitario y de las autoridades académicas por encauzar las exigencias democráticas de los estudiantes a través del poco peligroso cambio de las estructuras orgánicas de la

Universidad seguían dando sus frutos. El oportunismo y el sectarismo de los diferentes grupos políticos con mayor presencia en la Universidad, particularmente los controlados por el PCE, seguían sirviendo de freno a la insurgencia estudiantil al mantener permanentemente el peligro de la recuperación partidista de las luchas de los estudiantes. Las acciones y el cuestionamiento dialéctico de los grupos activistas más radicalizados no habían aún alcanzado un desarrollo suficiente para hacer incontrovertible la contradicción entre los planteamientos reformistas —de todos esos grupos políticos— y la lucha por la auténtica liberación política, aunque por la propia naturaleza totalitaria del Régimen, la imbricación entre las cuestiones universitarias y las políticas resultase a todas luces evidente.

Los ejemplos de las luchas de los estudiantes de Berkeley (1964) y de Berlín (1965 y 1966), exigiendo el derecho a ejercer libremente actividades políticas dentro de los recintos universitarios, estaban ahí; pero faltaba, entre los estudiantes españoles, un grupo que pasara de la reivindicación puramente corporativa a la reivindicación política global, sin cortapisas partidistas de ningún género. Y este grupo —capaz de plantear la libertad política como algo intrínseco a la lucha antiautoritaria— estaba aún en gestación (4).

En el terreno de las luchas obreras la situación era igualmente contradictoria, a causa de la disparidad de posiciones adoptadas por los grupos que impulsaban el sindicalismo clandestino. La huelga de los obreros de la fábrica de Laminación de Bandas, de Echevarri, que duraba desde el 30 de noviembre pasado y que se convertía en un símbolo para toda la clase obrera del país, y parecía que iba a señalar nuevos derroteros al sindicalismo de oposición, tanto por la combatividad ejemplar de los trabajadores como porque los despidos masivos ordenados por el gobierno y el lock-out impuesto por la empresa demostraban que los planteamientos reformistas, desde dentro o desde fuera de la CNS, no eran viables.

Uno de los aspectos más importantes de la Ley Orgánica había sido el anuncio de la creación de una nueva reglamentación sindical. Las elecciones sindicales que habían seguido a ese anuncio debían, en principio, señalar una primera etapa de la reforma del sistema corporativo en vigor. Al menos, así lo esperaban los sectores de la oposición sindicalista que habían hecho campaña

por la participación en dichas elecciones, con la intención de hacer elegir delegados auténticamente representativos. Pero la esperanza de un cambio de orientación de la política sindical del gobierno se veía impugnada por los hechos: falsificación de numerosos resultados de las elecciones sindicales, detención y multas impuestas a numerosos delegados obreros, intransigente actitud gubernamental frente a los movimientos reivindicativos de los trabajadores, etc.

Como decía un destacado militante de la AST (5) en el número de abril-mayo que la revista *Presencia Tribuna Libertaria* dedicó a «el sindicalismo en la España de hoy»:

Creyendo aún el régimen franquista que la conciencia de clase de la masa obrera española era mínima e infravalorando la fuerza de las organizaciones clandestinas, permitió al principio que se celebrasen con entera libertad las elecciones de enlaces y vocales de empresa. Como consecuencia de esta libertad, la oposición obrera al régimen consiguió un triunfo absoluto al lograr un 90% de los puestos a los que se presentó. Ante estos resultados el gobierno se atemorizó y decidió emplear inmediatamente otros procedimientos como no permitir a los trabajadores que lo solicitaron presenciar las votaciones, apertura antirreglamentaria de urnas, agresiones y palizas a candidatos, composición parcial de las masas electorales con candidatos del Régimen formando parte de las mismas, despidos y detenciones previas de dirigentes caracterizados para eliminarlos de las elecciones, etc.

A pesar de la actitud represiva del Régimen, puede afirmarse que estas elecciones han sido un triunfo completo para las Comisiones Obreras y demás grupos clandestinos. Aunque las organizaciones sindicales tradicionales, CNT y UGT, preconizaron la abstención, la afluencia a las urnas, salvo en algunos pequeños sectores, fue masiva, lográndose en general los objetivos previstos por la oposición obrera.

Avanzando en esta dirección, las Comisiones Obreras (6) presentan, en una asamblea clandestina celebrada el 21 de abril en Madrid, un documento (programa) que refleja las reivindicaciones de esta organización frente a la inminente Ley Sindical. En este documento se dice:

Las Comisiones Obreras, plenamente conscientes de nuestra responsabilidad como trabajadores, de nuestros objetivos profesionales, de la conveniencia para el país de que se establezca un diálogo constructivo con las fuerzas del trabajo, creemos inaplazable el momento de que se nos reconozca legalmente por el Estado a los trabajadores el derecho a estructurar nuestra propia organización sindical. [...] Teniendo en cuenta que 28 años de cotización sindical obligatoria han creado un patrimonio cuya partición dañaría los intereses de los trabajadores. Considerando igualmente que existe un gran espíritu unitario en el mundo obrero español, la estructura organizativa del futuro sindicato deberá unir a todas las tendencias. [...] Una vez designada por el Congreso Sindical Constituyente la nueva dirección de los Sindicatos, se constituirá una Comisión Mixta Liquidadora, con representantes obreros y patronales. Las Comisiones Obreras estimamos que para cumplimentar las bases anteriormente expuestas, es necesaria una democratización de la legislación general actual y de la Ley de Asociaciones en particular.

Como puede verse, las Comisiones Obreras —al igual que todas las otras formaciones reformistas— se limitaban al «sindicalismo de oposición al sindicalismo vertical», sin otra aspiración que la de sustituirlo como representación oficial de la clase trabajadora en el «inevitable» proceso de «democratización evolutiva» de la sociedad española, presentándose, teórica y prácticamente, como opción «democrática» al sindicalismo falangista, que tendría que ser sacrificado el día que el capitalismo español se considerase apto para entrar de lleno en el sistema comunitario de la Europa «democrática». Un sindicalismo que, en espera de obtener su reconocimiento por el Estado franquista, renunciaba a la lucha contra la Dictadura y a la lucha por la revolución.

Las consecuencias de esta doble renuncia —en la que coincidían todas las otras formaciones sindicales de la oposición (7)— serían nefastas para el porvenir de la causa antifranquista en general, sin siquiera mitigar la represión contra los sectores obreros que la propugnaban.

El 24 de abril, tres días después de la celebración de la asamblea de las Comisiones Obreras, la policía detenía en Madrid a Luis Royo, Juan Bautista, Manuel Traba, Víctor Martínez y Julián Ariza. Simultáneamente, en Barcelona, eran detenidos 20 miembros más de las Comisiones Obreras. A principios de marzo, ya había sido detenido quien la propaganda del PCE y del propio Régimen convertiría en el líder máximo de las Comisiones Obreras: Marcelino Camacho. Todos estos sindicalistas contaban con el respaldo, más o menos declarado, de las figuras de la Democracia Cristiana más representativas y de algunos de los «tecnócratas» del equipo del Opus Dei en el gobierno.

Lo que olvidaban los que defendían tal orientación, era que los dirigentes del sindicalismo vertical tenían la perspicacia política suficiente —la habían demostrado con sus maniobras más recientes: diálogos, elecciones sindicales, consejos de trabajadores— para otear el futuro y preparar con tiempo los cambios necesarios para que ese sindicalismo se adaptase al proceso «evolutivo» del Estado franquista. Como se constataría años más tarde, la evolución del franquismo dependía aún, en grado superlativo, de los intereses de los jerarcas del nacionalsindicalismo español.

En el interior de España, los cenetistas que se habían entregado con gran entusiasmo a la reconstrucción de la estructura orgánica, tras la sonada denuncia de los «diálogos» de Madrid por Luis A. Edo, volvían a sumirse en el pesimismo. Habiendo constatado las múltiples interferencias del SI y de otros grupos confederales, que impedían llevar a cabo las tareas de reorganización, los militantes que se habían hecho cargo de la Secretaría General de la Comisión Nacional de Relaciones de la CNT-MLE en el interior presentaron, el 1.º de febrero, su renuncia:

> En el breve periodo de tiempo de seis meses y de cara al trabajo de revertebración nacional de nuestra CNT, la Secretaría de la Comisión Nacional de Relaciones ha viajado miles de kilómetros, ha entrevistado a muy diversas representaciones en largas y laboriosas reuniones, ha dirigido a las Regionales una sistemática y voluminosa correspondencia, se han redactado tres extensas comunicaciones —

> circulares con información orgánica, social y política— y orientaciones ideológicas que considerábamos de utilidad a los fines reorganizativos. [...] Se ha intentado revalorizar al máximo la Alianza Sindical Española, animándola de manera efectiva y a este fin aparte de acciones locales, se ha sostenido incluso una entrevista de máximo nivel con el secretario general de la Comisión Nacional Permanente de la UGT del interior. La actividad realizada ha constituido un esfuerzo modesto pero serio y quizá importante. [...] Las posiciones adoptadas tanto por ciertos grupos regionales del interior como por el propio Secretariado Intercontinental, al hacer con su actitud prácticamente imposible, en esta etapa, la integración total de la CNT a escala nacional en el interior, representan no sólo la comisión de un error histórico trascendental, sino también la realización de un mal servicio para la causa misma de la CNT y para los intereses inmediatos y reales del pueblo español.

En el plano internacional, los anarquistas de los diferentes países que mantenían relaciones con la Comisión Internacional Anarquista, con sede en Londres, estaban dedicados a la preparación de un Congreso Anarquista Internacional que se celebraría en el verano de 1967 o 1968 en la ciudad de Carrara. La corriente inmovilista de la FAI española había intervenido cerca de las principales federaciones anarquistas europeas (la francesa, la italiana y la búlgara, exiliada en Francia) para conseguir el aislamiento de la FIJL, aprovechando que esas federaciones se veían igualmente enfrentadas a la impugnación juvenil. Provocando la indignación de numerosos grupos anarquistas europeos, la comisión preparatoria de dicho Congreso (compuesta por cuatro delegados adictos al inmovilismo burocrático autoritario) (8) había aprobado una proposición del delegado español para que «no se aceptaran en el congreso —con carácter deliberativo— a otras delegaciones que las que representaran a federaciones nacionales». Al contrario que los españoles, los anarquistas de los demás países eran poco propicios a los controles orgánicos y, hasta entonces, incluso los propios españoles se habían pronunciado por la «fraternal participación de todos los grupos, de todas las organizaciones,

publicaciones y militantes, sin discriminación de tendencias ni de particularismos, en toda reunión, conferencia o congreso internacional».

La FIJL se veía confrontada por entonces con una situación más urgente y dramática. En Madrid, la suerte del grupo de Luis A. Edo seguía siendo incierta. Pese a la inhibición de los militares —que había apartado el peligro de un consejo de guerra—, la policía buscaba la forma de agravar la situación de los cinco detenidos, y en particular la de Luis A. Edo. Si la sorprendente inhibición de los militares9 había hecho creer en la perspectiva de un juicio regular sin gran peligro para los encartados, un proyecto de fuga —«ofrecido» por presos comunes a Luis A. Edo— hacía temer la aplicación de la «ley de fugas» contra este último.

Aun desconfiando de ese proyecto, la FIJL había enviado en tres ocasiones grupos a Madrid para tomar contacto con el «enlace» exterior de los presos comunes que preparaban la fuga, y para participar en la etapa final de la misma. Para hacer frente al peligro de aplicación de la «ley de fugas», desde diferentes países se hacían llegar a Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, serias advertencias para el caso en que se intentase la eliminación física de alguno de los detenidos.

Al percatarse de las intenciones de la policía (10), la FIJL decidió poner fin a tal maniobra haciendo llegar a los «comunes» una nota anunciando que se daba fin a las «gestiones» y que se iba a proceder a presionar desde el extranjero en favor de los cinco detenidos. La reacción de las autoridades franquistas fue expeditiva. Simulando haber descubierto un proyecto de fuga, Luis A. Edo fue internado en celda de castigo, al mismo tiempo que la policía española enviaba a Francia al citado «enlace», acompañado de un grupo de agentes con la intención de dar con el paradero de los miembros del Grupo Primero de Mayo.

Tras retener por algunas horas a la secretaria del embajador y al consejero jurídico de la embajada española en Londres, el Grupo Primero de Mayo hacía llegar al embajador —en plena reunión del personal de la embajada— una carta dirigida al ministro de Asuntos Exteriores conminando a proceder a la celebración del juicio del grupo de Luis A. Edo y advirtiendo que en el caso de

que las condenas no fuesen moderadas las retenciones de diplomáticos sin distinción de sexos serían efectivas e ilimitadas (11).

Pocos días después el «enlace» se presentaba nuevamente acompañado del grupo de agentes en el domicilio de un militante de la FIJL de París, formulando una última amenaza, tras intentar obtener informaciones sobre el paradero de algunos presuntos miembros del Grupo Primero de Mayo. Una semana más tarde, el 1.º de mayo precisamente, era asesinado en la ciudad de México el viejo militante de la CNT, José Alberola: «Ninguna pista hay hasta el momento que conduzca a la localización, ni siquiera a la identificación de los cuatro jóvenes señalados como presuntos responsables del homicidio del profesor de literatura José Alberola Navarro, quien fue encontrado ahorcado y amordazado en el departamento en donde vivía. [...] Lo anterior fue informado esta mañana por los detectives encargados de la investigación. Añadieron que sólo cuentan, para el esclarecimiento del caso, con datos muy confusos aportados por la portera del edificio» (*Ultimas Noticias*, 3 de mayo de 1967, México).

A mediados de mayo, la prensa española anunciaba la fecha definitiva de celebración del juicio contra el grupo de Luis A. Edo por el Tribunal de Orden Público de Madrid: el 4 de julio. No faltando más que un mes para la vista juicio, la FIJL decidió esperar.

Los trabajadores celebraron el 1.º de mayo con diversos actos y manifestaciones, en Madrid y las principales capitales de provincia. La intervención de la «fuerza pública» provocó numerosos y violentos choques con los manifestantes. Se practicaron más de quinientas detenciones, quedando los más comprometidos a disposición del Tribunal Militar.

Los estudiantes de Madrid, comenzado el tercer trimestre académico, preparaban la Asamblea Constitutiva del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid (SDEUM). La convocatoria finalizaba:

«Estudiantes: por la defensa de tus reivindicaciones democráticas participa esta semana en: Asamblea Constituyente del SDEUM, día 26. Manifestación

Pro Vietnam, día 28, a las 7:30 en la Embajada USA. 1.º de Mayo, a las 20:30, Gran Vía-Callao».

Como puede verse aún se consideraba que la mejor manera de fortalecer el Sindicato era saliendo a la calle. Pero, dos semanas más tarde, el primer conflicto serio demostraba la debilidad del SDEUM y su ineficacia burocrática, originada en buena parte por su fidelidad a planes fijados (no exclusivamente por el PCE) con meses de anticipación.

El 16 de mayo fueron detenidos F. Alburquerque, M. Portela y C. Hernández, que formaban parte de la delegación universitaria madrileña. El esquema represión-asamblea-encerrona iba a funcionar una vez más. La encerrona fue aprobada por unas doscientas personas; pero el comunicado final del claustro propugnó la «paz académica» y el diálogo. Al día siguiente se asaltó por primera vez el Decanato de Ciencias y, ante la actitud de la Asamblea y de algunos piquetes, los exámenes de Económicas tuvieron que ser aplazados.

El 22 de mayo, con la huelga votada y aprobada por los cursos, la Cámara rechazó (37 votos sobre 70) la continuación del boicot de exámenes y se negó a discutir la decisión en la Asamblea de Facultad. M. Portela leyó una carta (apócrifa, como se demostró casi en el acto) que enviaban desde Carabanchel F. Alburquerque y C. Hernández, en la que pedían que se celebraran los exámenes. La Asamblea se opuso a las medidas de la Cámara, hubo amagos de pelea entre la izquierda y los esquiroles y por primera vez se gritó: «Ni Franco ni Carrillo».

Al día siguiente se publica la Hoja Informativa número 5 del Sindicato Democrático de Estudiantes de Ciencias políticas y Económicas. En ella se condena «la inasistencia a exámenes» que podría conducir a un cierre de la facultad, «lo que sería un durísimo golpe para el SDEUM». Y se termina afirmando que «con la unidad y con el instrumento que es el Sindicato, todos los estudiantes llegarán a la reforma democrática de la Universidad»...

Simultáneamente era difundido un panfleto firmado por la FUDE, en el que se denunciaba a «los imprevistos aliados del inmovilismo» y se afirmaba:

Claudicar significa traicionar [...] el camino ya iniciado no permite integrar nuestro Sindicato Libre en las actuales estructuras del país [...] por la huelga de exámenes hasta la liberación de nuestros delegados, por la desmilitarización de nuestro recinto universitario, por una no aceptación de posturas inmovilistas y oportunistas.

Pero, los representantes, temerosos del expediente, se convirtieron en los más convencidos propagandistas de la vuelta a la normalidad. La FUDE había mostrado su desorganización absoluta y la escasez de sus miembros; pero un nuevo tipo de «solidaridad» entre los izquierdistas había sido halla do. La huelga de exámenes había servido para que se conocieran y actuaran al unísono gran número de estudiantes convencidos de la inutilidad del SDEUM y de la necesidad de una rigurosa desmitificación del PCE. A los cuatro o cinco días de la Asamblea citada, comenzaron las reuniones informales que darían origen al fenómeno «ácrata».

Frente a la fraseología pseudorrevolucionaria de la izquierda en aquellos días (12), irrumpió el talante ácrata de la izquierda independiente. Partiendo de escuetos propósitos, se configuró un movimiento que iba a informar las características fundamentales de lo que la Gaceta Universitaria calificaría como «el año más importante de la Universidad de Madrid».

A finales de mayo, prácticamente terminado el año académico, el ambiente se hace cada vez más tenso y circula la opinión de que el año siguiente sería «el año del terrorismo en las facultades», pues al haber tomado la policía, con casco y mangueras, las entradas de los centros se pensaba que no sería posible una acción conjunta en el campus, y menos aún una «explosión popular» al estilo del lunes de comedores.

La polémica alrededor de la huelga de exámenes reunió en contra del PCE, con un objetivo inmediato, a varios miembros de la FUDE y a diversos independientes. En el ánimo de todos ellos estaba el luchar contra la ineptitud y superabundancia de líderes, contra la ausencia de democracia interna en las organizaciones extremistas y contra su falta de imaginación (13). Los grupos políticos clandestinos marchaban a la deriva. Su proselitismo era poco menos que nulo y su fuerza efectiva continuaba decreciendo. Los que impugnaban a

estos grupos intentaban también apoderarse de la FUDE, para limpiarla de los cotilleos que la habían aislado de los asuntos cotidianos. Con estos objetivos comenzaron las reuniones que darían origen al folleto Revolución y Universidad.

Aunque apoderarse de la FUDE era uno de los objetivos de los impugnadores, se desistió del proyecto al comprender que no sería rentable revitalizar tal firma; los futuros ácratas decidieron quemar las naves respecto a todos los grupos constituidos a partir de cero en la elaboración de una nueva mentalidad política. En su primer «antipanfleto» afirmaban:

> La Universidad está inmersa y depende de la sociedad, ésta misma impone las normas a la Universidad. Tratar de organizarla mejor técnicamente, sólo supone favorecer a esta sociedad. Sólo cuando se esté de acuerdo con una sociedad convendrá favorecer técnicamente a su Universidad. [...] Al pretender destruir la estructura de la sociedad actual y dado que nuestro campo de acción más directo es la Universidad, la lucha revolucionaria dirigida a este fin tendrá que encaminarse también a la desorganización de la Universidad, pues como agente y campo de acción revolucionaria tiene dos objetivos: la destrucción de las estructuras sociales y la desorganización de su propia estructura. Nuestra labor estará dirigida preferentemente a los estudiantes demócratas burgueses, reformistas y sindicalistas; así como al desprestigio político de aquellos que para conseguir la revolución utilizan métodos burgueses y para-legales que frenan las actividades revolucionarias. [...] Los grupos de la izquierda han demostrado su incapacidad para conectarse en un frente común por su negación de los elementos por ellos llamados «independientes». Se hace pues necesario plantear el estudio de otros cauces organizativos que posibiliten nuestro objetivo. [...] Luchar contra las estructuras no equivale a efectuar en las mismas reformas parciales. La lucha, por ello, consistirá en la radical transformación de las estructuras, siendo esto último lo que entendemos por «Revolución».

Lo más sorprendente es que este decreto constitutivo de lo que sería, se quisiera o no, un nuevo grupo político no iba, aparentemente, destinado a hacer prosélitos ni a dar justificaciones de nacimiento. Ni siquiera iba firmado. El método seguido para redactarlo fue el inverso del utilizado en casi todos los programas políticos. Las ideas básicas fueron explicitadas antes de su posterior resumen panfletario. Por ello, aunque estaban presentes algunos marxistas-leninistas convencidos y algunos miembros de otras tendencias, ni se mencionó al marxismo ni al anarquismo, ni se intentó su mezcla. Al propio Che Guevara se le apreciaba por su elemental retorno a los orígenes de la rebelión.

Acabados los exámenes, se cerró la universidad y los estudiantes madrileños se dispersaron. Políticamente, a aquel mes de junio siguió sin solución de continuidad septiembre de 1967, al comenzar el curso 1967-1968, que se convertiría en «el año de la cólera».

El 17 de junio, el profesor Agustín García Calvo, que comenzaba a ser identificado con la tendencia ácrata de la Universidad, compareció ante el Tribunal del Orden Público acusado de reunión ilegal y de apología pública de delitos15. El 9 de julio, el Tribunal Supremo dictaba sentencia desestimando los recursos presentados por los catedráticos Aranguren y Tierno Galván contra las resoluciones del Consejo de Ministros del 13 de agosto y 8 de octubre de 1965, que les impusieron la sanción disciplinaria de separación definitiva del servicio en tanto que catedráticos de la universidad.

El 4 de julio, un comunicado de la agencia France Presse —reproducido por la prensa internacional— anunciaba que:

> Los cinco anarquistas acusados de haber proyectado el rapto de un alto jefe de una de las bases americanas en España han comparecido hoy ante el Tribunal de Orden Público. El procurador pedía inicialmente para los acusados penas que iban de 6 a 15 años de cárcel. [...] La Policía había adoptado precauciones extraordinarias para este proceso, pues temía que los hombres del Grupo Primero de Mayo intentaran un

> golpe de mano para liberar a sus compañeros. La sala del Tribunal estaba vigilada desde la víspera. [...] Después del interrogatorio de los acusados y del periodista americano Edmond Gress, citado como testigo de cargo —según ciertas versiones, era él quien tenía que ser raptado—, el fiscal pidió una suspensión de un cuarto de hora para modificar sus conclusiones. [...] En la Sala, que estaba completamente llena, se señalaba la presencia de cuatro observadores internacionales: los abogados Dechezelles, de París, H. Van Wyk, de Ámsterdam, Lord Gifford, delegado de «Amnesty International» de Londres, y Jean Regnier Thys, abogado de Bruselas.

Días más tarde se anunciaba el fallo del Tribunal, que condenaba a tres años y tres meses de prisión a Jesús Rodríguez Piney y Antonio Cañete, a tres años y seis meses a Alicia Mur y a nueve años y tres meses a Luis A. Edo, siendo puesto en libertad Alfredo Herrera que, condenado únicamente a tres meses de prisión, había purgado ya la pena. La reducción obtenida de las penas solicitadas por el fiscal era importante. La propia prensa franquista lo señaló sin dar mayores precisiones. Sin embargo, en el caso de Luis A. Edo la reducción no había llegado a la mitad de la pena inicialmente pedida. Por ello, el Grupo Primero de Mayo se decidió a volver a la carga.

El 18 de agosto, por la noche, eran ametrallados los coches de dos consejeros de la Embajada de España en Londres (16). Dos días más tarde era tiroteada la embajada americana en esa misma ciudad, provocando un gran revuelo periodístico. Las otras dos acciones no transcendieron al público.

La última operación, reivindicada por el Movimiento de Solidaridad Revolucionaria Internacional, tenía por objetivo (17) apoyar la presión a favor de los presos políticos españoles y lanzar un movimiento de solidaridad revolucionaria internacional contra la política agresiva del imperialismo yanqui, sostén de todas las dictaduras en el mundo.

Poco tiempo después, el Grupo Primero de Mayo publicaba un llamamiento, «A todos los movimientos y organizaciones revolucionarias del Mundo», que definía las bases de la práctica de esta solidaridad:

Las actuales «luchas de liberación» de los pueblos y, particularmente, las luchas revolucionarias de las «guerrillas» en América Latina y de los negros en los Estados Unidos, han provocado una toma de conciencia, y han hecho reaccionar contra la línea reformista a todos los auténticos revolucionarios de las corrientes ideológicas que se reclaman de la Revolución. [...] Las graves divergencias y divisiones existentes entre los diferentes movimientos revolucionarios —en cada país y en el mundo— son el resultado del absurdo y negativo sectarismo ideológico con el que, hasta ahora, se han expuesto y aplicado las diversas ideologías revolucionarias. Como lo afirman todos los núcleos guerrilleros en América Latina, «la revolución no es patrimonio de ningún partido, sino de los revolucionarios que se deciden a luchar por ella armas en la mano»... ¡Revolucionarios de todos los países, uníos para hacer efectiva la solidaridad revolucionaria internacional e impedir el exterminio de los que, en cualquier parte del mundo, luchan por la revolución!

El 21 de septiembre, ante la sorpresa general, Franco indultaba a Stuart Christie (18), tras haber cumplido tres años de prisión de la condena a veinte que le había sido impuesta en 1964. La prensa española, y la propia TVE, al igual que la inglesa, dieron amplia publicidad a este indulto, concedido un mes después de la última acción del Grupo Primero de Mayo en Inglaterra.

Desligada de la actuación de los jóvenes libertarios, la militancia confederal y específica seguía absorbida por los «problemas orgánicos» (expulsiones en el exilio, «estructuración» de la CNT del Interior, condena de los «dialogantes», etc.) de cara a los plenos próximos (19). El Secretariado Intercontinental proseguía sus gestiones para constituir un Comité Nacional dentro de España que le fuese adicto, y justificar con ello su ineficaz gestión orgánica.

A principios del mes de junio, con asistencia de una delegación del Secretariado Intercontinental, tuvo lugar el Pleno Nacional de Regionales de la CNT de España que, tras ratificar todo lo que tradicionalmente era ratificable,

acordó «proceder a la formación del Comité Nacional de la CNT con representación de todas las Regionales y con los compañeros que éstas designen». El acuerdo era fácil de tomar sobre el papel; en la práctica la cosa era diferente. Algunas regionales seguían incondicionalmente las consignas esgleístas, pero otras las denunciaban, y algunas se oponían al nombramiento de un Comité Nacional ficticio que no representaría el sentir mayoritario de la militancia confederal de España.

Los jóvenes libertarios continuaban publicando el boletín Acción Sindical, en colaboración con militantes de la CNT del interior.

En el número 11 de ese boletín, correspondiente al mes de julio, se abordaba el problema de la «unidad y solidaridad obrera», que las Comisiones Obreras venían agitando:

> Nadie niega las diferencias de fondo. Sabemos que los objetivos de las Comisiones Obreras en la actualidad son limitados. No ignoramos que el PCE intentará utilizar —lo hace ya— estas Comisiones para sus particulares fines políticos y para crearse una clientela electoral propia. Tampoco dudamos de que los jóvenes militantes cristianos estarán limitados con frecuencia a causa de sus vinculaciones confesionales. Pero nosotros sabemos, también, que la dinámica propia de la lucha, puede hacer desbordar todos los cauces. Y la misión de la CNT ha de ser, precisamente, la de empujar y alentar esta dinámica revolucionaria, propia de la clase obrera, y la de velar para que ni unos ni otros pongan trabas a los intereses reales de los trabajadores. [...] Sin la unidad de clase, el enemigo común vencerá siempre nuestros esfuerzos divididos. Sin la solidaridad de clase, no nos sentiremos lo suficientemente respaldados para enfrentarnos a la lucha.

La posición de estos grupos juveniles del interior coincidía con la defendida a través de Presencia por los jóvenes libertarios exiliados.

El 8 de agosto, las Comisiones Obreras hacían públicas las conclusiones de la Asamblea Nacional celebrada clandestinamente en Madrid el mes de junio.

Como afirmaba el corresponsal de *Le Monde*, en el curso de esta asamblea las Comisiones Obreras se definían como «un movimiento obrero unitario, democrático, independiente y como un movimiento de reivindicación que busca agrupar todos los trabajadores que se encuentran frente al sindicato gubernamental». Al mismo tiempo, reafirmaban su decisión de «actuar abiertamente y de rechazar todas las tentativas con vistas a hacerlas entrar en la clandestinidad» (20).

En septiembre, las Comisiones Obreras distribuyeron numerosas octavillas invitando a los trabajadores a participar en la llamada «semana de lucha», que debía tener lugar del 21 al 27 de octubre.

En un llamamiento «a la clase obrera española», la AST explicaba su posición en términos inequívocos:

> La «semana de lucha» organizada por las Comisiones Obreras, que habrá culminado el 27 de octubre con una jornada nacional de protesta contra «la represión política y la carrera de precios», ha constituido un paso decisivo en la lucha obrera actual, al demostrar el nivel elevado de organización y de conciencia alcanzado por los trabajadores. [...] Durante los meses que han precedido el verano, en marzo, abril y mayo, 11.653 trabajadores han sido despedidos gracias a un nuevo instrumento de represión antiobrera bautizado con el nombre púdico de «expediente de crisis» (21). [...] La AST aplicando, como en otras ocasiones, su concepto de la unidad obrera en la base [...] ha decidido asumir el papel que le correspondía en esta lucha. Comenzaremos saliendo al paso de los que pretenden que las Comisiones Obreras son un simple apéndice o un mero instrumento del Partido Comunista. De estar realmente mediatizadas por el PCE, la AST escogería otra línea de acción [...] considerando, además, que este instrumento, las Comisiones Obreras, inventado espontáneamente por los trabajadores, exigía su presencia para ayudar a que triunfase en él su concepto de un sindicalismo auténticamente revolucionario. El PCE puede tener su propia estrategia que le conduce a luchar como nosotros en el seno de

> las Comisiones Obreras: esto no nos hará renunciar a situarnos en el terreno escogido por los propios trabajadores para defender y hacer triunfar sus intereses de clase. Quedando sobreentendido que luchamos para la conquista de los derechos elementales de la clase obrera, para mejorar su condición material, sin olvidar sin embargo que nuestro objetivo fundamental no es la supresión de los abusos del capitalismo sino la liquidación del sistema de explotación que encarna, gracias a la instauración de una auténtica sociedad socialista.

La «semana de lucha» tenía que permitir la organización de «asambleas democráticas de trabajadores» para preparar la Jornada Nacional de Protesta del 27, paros de trabajo y ocupación de fábricas, boicot de los transportes públicos, boicot indefinido del diario Pueblo (órgano oficial de los Sindicatos Verticales), con consigna de destruir ejemplares en la vía pública, y el día 27 manifestaciones a la salida de las fábricas y mítines relámpago en los puntos de concentración fijados de antemano. Pero la acción de la policía se desencadenó a partir de los primeros días de octubre: en Sevilla y Madrid, principalmente, fueron encarcelados numerosos militantes de la AST y de las Comisiones Obreras; entre ellos se encontraban Julián Ariza, Manuel Traba y Antonio Briones, que acababan de ser puestos en libertad por el Tribunal de Orden Público.

La represión consiguió su objetivo, al desarticular el plan previsto por las Comisiones Obreras, pero éstas reforzaron su prestigio.

En las páginas de Presencia, los libertarios continuaban polemizando en torno a las Comisiones Obreras, pues la valoración de éstas por la redacción de la revista no era compartida por toda la militancia —vieja y joven— que se reunía en torno a ella. En el número 9, correspondiente a los meses de octubre y abril, Cipriano Mera (que había dirigido una «carta abierta» a la redacción de Presencia) afirmaba que:

> Recomendando la incorporación inmediata a las Comisiones Obreras, Presencia no hace otra cosa que empezar la casa por el tejado. [...] Aun admitiendo la idea [...] que por imperativos de la situación interior de España hubiera necesidad ineludible de ir a las Comisiones Obreras para conectar con la clase trabajadora y ayudarle en sus afanes de emancipación y de justicia, lo primero que tendríamos que hacer todos, y destacadamente Presencia, es volcar todas nuestras energías y nuestros recursos de persuasión y organización en rehacer en el plano nacional la CNT de España y si fuera posible el MLE [...] marginando la experiencia negativa de la ASO, la aventura claudicante de Madrid, los sueños julianos, depasados por el tiempo, de la fracción inmovilista del destierro.

A ello respondía la redacción de la revista con unas «puntualizaciones» que permitirían clarificar su posición:

> Nuestra línea de acción debe ser fijada independientemente de lo que haga o deje de hacer el PCE. Sabemos de sobra que éste actúa dentro de las Comisiones [...] que lo hace para conseguir unos objetivos finales que no son los nuestros. Pero esa certidumbre no debe conducirnos en absoluto a deducir que sea necesario abandonar la partida; si el terreno en que esta última se juega es el terreno de la acción obrera, el de la lucha en la fábrica y en el tajo, en el taller y en la obra, ¿acaso vamos a renunciar e ella por obra y gracia de un anticomunismo visceral, anticomunismo que, en última instancia, se reduce a confesarse impotente ante el PCE? [...] ¿Existe entre nuestras posiciones y las del compañero Mera un antagonismo total y una oposición irreductible? Creemos que no. Y lo creemos no sólo por estar persuadidos de que nos unen objetivos comunes, sino también porque estimamos que, por encima de las divergencias de orden táctico, coincidimos en una necesidad fundamental: la de revitalizar el

sindicalismo revolucionario, única fuerza que podrá traernos un mundo mejor.

Empero, frente al sindicalismo revolucionario, seguía presente en España el franquismo. La actualidad española se veía sacudida por noticias «sensacionales» e «inesperadas»: Franco se muere, Franco se va, el rey viene, el rey no vendrá, el Régimen se liberaliza, los Sindicatos Verticales se democratizan, el Movimiento se institucionaliza, referéndum, Ley Orgánica del Estado, cese de Muñoz Grandes, nombramiento de Carrero Blanco y «España retorna (con otros modos) a la representación y a la democracia», como titulaba en primera plana el diario Pueblo para anunciar las «elecciones» de procuradores en Cortes. Pero la nota más significativa de este conjunto de noticias «sensacionales», el nombramiento del almirante Carrero Blanco como titular de la Vicepresidencia del Gobierno, reflejaba sin equívocos posibles la verdadera naturaleza de la evolución política del régimen franquista. Resumir la situación —como lo hacía Paris-Match— diciendo: «El almirante Carrero, designado como delfín, es más franquista que Franco», es superficial, porque el nombramiento era el reflejo de algo más complejo que la ascensión política de un fiel e íntimo servidor del Caudillo. En 1967, el Régimen no era ya el bloque monolítico de «intereses e ideologías» que fue hasta hacía algunos años. Las contradicciones internas del sistema de poder establecido, las «aspiraciones de futuro» del neocapitalismo español, las «ambiciones políticas» de las generaciones que «no hicieron la guerra» —ubicadas o no en el Movimiento—, los «grupos de presión» que representaban otros tantos «intereses internacionales», los funcionarios por «méritos durante la Cruzada» y los «nuevos» que pretendían reemplazarlos, originaban una «situación diferente», que no era otra que «la misma de los últimos treinta años», pero con una «crisis» abierta, casi pública, del régimen a cuya sucesión aspiraba cada uno de los sectores que lo integraban.

En una nota editorial en *Pueblo*, Emilio Romero afirmaba:

> Antes de que tuviéramos la Ley Orgánica del Estado, la figura de un vicepresidente del gobierno cubría, principalmente, la preocupación sucesoria. [...] Hay un nuevo vicepresidente del gobierno, el almirante Carrero Blanco. ¿Qué significa esta designación? Para este comentarista, no se trata de cubrir meramente una vacante, sino que acaba de abrirse la crisis de gobierno, sin que esto quiera decir que sea inmediata, ni próxima. Pienso que esa crisis no deberá plantearse hasta después de constituirse las Cámaras, si antes no se produjeran acontecimientos que aconsejaran apresurar los cambios.

Estaba claro que, en la lucha que enfrentaba a los falangistas con los monárquicos y con el Opus Dei, el nombramiento de Blanco disipaba la «confusión»: se trataba de garantizar la continuidad del franquismo después de Franco, que era, a su vez, la continuidad del Movimiento, de la estructura sindical verticalista y del aparato burocrático falangista22. Comentando las «elecciones» para consejeros nacionales y procuradores en Cortes, el propio Romero resumía la situación política:

> Hay algo, además, que parece perfilado con la publicación de los designados, tanto para el Consejo Nacional como directamente para las Cortes, y es el mantenimiento de las raíces del régimen (falangistas y tradicionalistas); la consolidación de ramas posteriores que ya no aparecen comprometidas solamente con las realidades de gobierno, sino con el régimen mismo, y cierto debilitamiento de los sectores político-católicos clásicos, más otro debilitamiento que corresponde a lo que podríamos llamar la impaciencia aglomerada.

Como se ve, la «democratización» no incluía a ningún demócrata.

Septiembre se presentó con malos augurios en el sector estudiantil tras el optimismo confiado de junio. La ausencia de algún destacado participante y la inactividad motivada por la falta de clases provocaron las primeras disensiones internas entre los componentes del nuevo grupo político «independiente». Se registraron abandonos significativos, por nostalgia de las viejas organizaciones o por miedo al presunto anarquismo teórico que —según afirmaban los que abandonaban— empezaba a configurar a los «independientes».

En los números de septiembre y octubre, Revolución Socialista, tras recordar el boicot de la huelga de exámenes del curso pasado por la Cámara y denunciar al PCE como burócrata, convoca a Unidad, FOC, Universitat Popular y Acción Política a la constitución del Frente Obrero-Estudiantil (23).

Un panfleto de un «independiente» (24) afirmaba que «el carlismo, que ha sido una constante guerrillera en la historia del pueblo español, también luchaba contra el imperialismo»; otro difundido por la AET informaba sobre la muerte del Che, ocurrida una semana antes. Pero la literatura se veía desbordada por la acción. En el nuevo grupo, las perspectivas del comportamiento político para el curso en marcha se caracterizaban por la decisiva influencia que tenía en ellas la violencia. El grupo reunía, prácticamente, a los activistas jóvenes de primero y segundo curso. La primera oportunidad que tuvieron para manifestarse fueron los actos «prefabricados» del 23 de octubre, Día Internacional por el Vietnam. El Sindicato (democrático) no quiso ser menos y para «caldear el ambiente electoral» convocó a la huelga para el día 26, en las puertas de los centros «para dirigirse en marcha pacífica y silenciosa hacia el Ministerio de Educación y Ciencia».

El SDEUM, todavía dominado por el PCE, programaba estos actos para dar la impresión de que su lucha iba unida a la del sector obrero representado por las Comisiones Obreras (25). Pero la agitación de la mañana del 27, en la Ciudad Universitaria, no hubiera sido tan importante (26) sin la preparación del día pro Vietnam. La consigna de marcha hacia el Ministerio fue interpretada por muchos «independientes» como maniobra para que las violencias en la Ciudad Universitaria fueran menores que otros días y

disonaran menos de las previstas manifestaciones obreras. Pero dejamos lo que puede parecer interpretación excesivamente tendenciosa, para pasar al gran tema de todos los comienzos de curso: las elecciones.

Quienes más se distinguieron en la campaña crítica contra las elecciones fueron los «independientes», provocando algunas retiradas de candidaturas, aunque no existiera una política unitaria a este respecto: a condición de no comprometerse con el Sindicato, cada cual era libre de votar, abstenerse o incluso promover elecciones. Dependía de la madurez política de su centro.

El ala sindicalista propugnaba que las elecciones debían programarse de cara a la «reforma democrática de la Universidad y del país en general». La FUDE pro china denunciaba, a mediados de noviembre, «a los grupos reaccionarios que haciendo uso del espíritu demócrata de un sindicato al que siempre han combatido, se han introducido en él para desproveerle de su esencia combativa».

Frente a las posturas de los extremistas o de los moderados del reformismo al servicio de las estructuras académicas, los «independientes» no defendían la supresión pura y simple del Sindicato27 sino la creación de nuevos grupos que pudieran actuar dentro o fuera del SDEUM, afirmando que sólo si surgía otra articulación (sindicato-grupos a la izquierda) podría mantenerse el ritmo de lucha. Temían que los representantes, con la perspectiva de «un año de poder» por delante, se limitaran a preparar meticulosamente una ofensiva que nunca comenzaría, a intentar «captar» adeptos o definir sus sempiternas líneas políticas (28).

No existía ahora verdadero peligro para la derecha estudiantil (29), ni el gobierno se mostraba deseoso de interrumpir las votaciones, mantenía una equívoca postura: amenazaba en unos lugares y permitía en otros que los profesores avalaran las urnas.

Los «independientes», conscientes de su escasa fuerza, esperaban sin nerviosismo la primera imprudencia del gobierno, mientras se esbozaba una actitud general frente a la represión policíaca y un mínimo de organización. Con el principio básico de la necesaria ausencia de líderes, se constituyeron dos «libres asociaciones». La coordinación era establecida por dos o tres

personas que pertenecían a la vez a ambos grupos y que se comprometían a trasvasar los debates con la máxima objetividad. El poder de decisión correspondía a cada rama por separado y se procuraba evitar las votaciones. Pero, transcurridas las dos o tres primeras semanas de lucha real (finales de noviembre), estos esquemas habían sido olvidados y los ácratas se habían reagrupado, forzados por las vicisitudes diarias.

La amistad era el gran lubricante de las relaciones políticas y el nexo de unión en el grupo; la fuerza y talón de Aquiles al mismo tiempo, pues cualquier diferencia personal ponía en peligro las libres asociaciones (30).

El lunes 27 de noviembre, sin mediar disturbio previo que hiciera prever tal medida, apareció cerrada la Delegación de Ciencias. Los estudiantes se agitan e ipso facto se violentan las puertas, dirigiéndose un grupo al Decanato con ánimo de asaltarlo; la llegada de un grupo numeroso de agentes lo impide.

El martes todo vuelve a estar en calma; el miércoles se celebra una conferencia en Filosofía sobre ateísmo, pronunciada por un cura «moderno», conferencia que acabó con gran escándalo al acusar los activistas a la Iglesia de alianza con el poder. Como la conferencia había despertado grandes pasiones, los ácratas habían exigido al Sindicato garantías legales para que los ateos pudieran expresar sus argumentos; en el caso de que las autoridades académicas se negasen, provocar el mitin, y si los delegados no tramitaban esta propuesta, acusarles de asfixiar «toda iniciativa de la base».

Pero el jueves día 30, apareció inopinadamente tapiada la delegación de Ciencias31. Esta estúpida provocación encrespó los ánimos y, abandonando el «plan cultural», se entró de lleno en la batalla que duraría prácticamente todo el curso 1967-1968.

Ese mismo jueves, se coloca una alambrada entre Derecho y Filosofía. El profesor Mariné (sustituto de García Calvo en la cátedra de Latín) es lapidado. A las cuatro de la tarde, la policía entra en Derecho y Filosofía. A partir de ese momento el campus universitario de Madrid se convierte en terreno de batalla diario entre la policía y los estudiantes. Durante dos semanas no cesan los incidentes más o menos graves. Hasta los delegados del Sindicato, abandonando sus costumbres legalistas, tiran incluso piedras, al ver que su

prestigio iba decreciendo rápidamente. La agitación trasciende la Universidad al declararse el boicot a la prensa (salvo SP y Madrid) por parcialidad en la información de los incidentes. En uno de los choques, un agente de la Social dispara varias veces. La policía procede a detener a numerosas personas, entre ellas muchos representantes de los estudiantes. El 13 de diciembre, eran expedientados por un año los delegados de Económicas (entre los que había varios muy reaccionarios de la Falange y del Opus Dei incluso), y las autoridades decretan el cierre de la Ciudad Universitaria.

Esas dos semanas de lucha violenta permitieron poner en evidencia, además de las contradicciones del Régimen, entre «duros» y «liberales» (32), la fragilidad de las estructuras sindicales que fueron desbordadas por la base activista estudiantil. Y, dentro de ésta, llevando la voz cantante, los «ácratas» fueron la mecha que propagaba el incendio en las distintas facultades.

El auge repentino de los «ácratas» y el papel decisivo que tuvieron en la marcha de los acontecimientos se explica por la dignificación y popularización automática de la política de la pedrada; por su decidida oposición a entrar en el juego de la política de cargos, por la flexibilidad de su proselitismo que hacía caso omiso de edades, saberes o procedencias partidistas con tal que se demostrara interés por oxigenarse políticamente; y por su concepción totalizadora de la actividad política. Que su estrategia fuera o no aprobada, lo fundamental es que fue comprendida por la masa estudiantil y puesta en práctica de manera generalizada; como volvería a serlo en Mayo del 68.

Las luchas guerrilleras en la América Latina, los «movimientos de liberación» en el Tercer Mundo, la revuelta de los negros en los Estados Unidos y la serie de pronunciamientos estudiantiles que iban teniendo lugar, unos tras otros, en los campus universitarios de América, Europa y Asia habían radicalizado los planteamientos revolucionarios de cuantos rechazaban las estructuras autoritarias de la sociedad actual. Paralelamente a la radicalización de la acción revolucionaria, fueron impugnadas las doctrinas y los dogmas revolucionarios que, escudados tras la «racionalización» de la teoría y la

práctica, confiscaban la acción en favor del reformismo legalista que había enterrado la revolución.

En esta radicalización revolucionaria juvenil, el Grupo Primero de Mayo encontraba las condiciones favorables para canalizar un movimiento de solidaridad revolucionaria internacional a través de la intensificación de contactos y acciones comunes con los grupos activistas europeos. Como testimoniaría tiempo después la prensa europea, la concertación para acciones comunes de solidaridad entre los jóvenes libertarios, provos y antiautoritarios sirvió para afirmar la posición internacionalista del Grupo Primero de Mayo, hecha pública al explicar las motivaciones de su acción contra la embajada americana en Londres.

Un mes después de la muerte de Che Guevara en las montañas bolivianas33, explotan simultáneamente, el 12 de noviembre, bombas en las embajadas de Grecia, Bolivia y España en Bonn, de Venezuela en Roma, de los Estados Unidos, Grecia y España en La Haya, de los Estados Unidos en Madrid y en las oficinas de turismo español en Milán y Ginebra. En un comunicado de prensa posterior, el Grupo Primero de Mayo desmentía el carácter «pro castrista» que le atribuían (¿intencionalmente?) diversos periódicos, confirmando su voluntad —destacada por periódicos alemanes— de continuar sus acciones de solidaridad con cuantos luchan contra las dictaduras en el mundo.

Como era de esperar, la policía española —en colaboración con la Interpol y las policías de varios países europeos— redobló sus esfuerzos para poner fuera de combate al Grupo Primero de Mayo, que había conseguido ya notoriedad internacional. Fruto de esta colaboración, el 26 de diciembre es detenido el joven libertario David Urbano Bermúdez a su llegada a Madrid procedente de Francia. Otro joven libertario, Julio Millán Hernández (34), es detenido al llegar a Barcelona, procedente de Francia, a principios de octubre. Se acusaba a ambos de estar comprometidos con la actuación de la FIJL, aunque no existiera contra ellos más información que la de simpatizar con los jóvenes libertarios exiliados en Francia.

El año se termina —como los anteriores— en plena represión, protestas (35) y acciones diversas (36) en España. Pero la radicalización de la rebelión juvenil en el mundo es una nueva y prometedora esperanza.

Frenado el impulso rebelde por la brutalidad de la represión aquí, y surgiendo súbitamente allá, la conciencia y el gesto del rechazo de la imposición autoritaria suscitan apasionados debates y enfrentamientos en todas partes entre un mundo que nace y otro que quiere eternizar su agonía. Se impugnan las oligarquías, feudales y financieras, los imperialismos que oprimen continentes enteros, la racionalidad tecnológica capitalista y burocrática, las ideologías convertidas en doctrinas sagradas, el concepto del hombre esclavo de su imagen social. Se impone la lucha en la vida cotidiana contra la miseria y el aborregamiento, contra el privilegio y la automatización de la existencia, contra cuanto pretende reducir el hombre a simple mercancía.

Los fermentos de la marejada contestataria que, en Mayo del 68 llegaría a plantear un problema de «crisis de civilización», estaban ya activos en estas luchas por la dignidad y la libertad del hombre. La radicalidad de los nuevos planteamientos revolucionarios daba a la rebelión juvenil su verdadera dimensión modal y su carácter de impugnación global de la sociedad autoritaria.

La línea de solidaridad revolucionaria internacional y la radicalización de la «contestación» convergían en un mismo objetivo: en la negación de todo poder jerárquico y de toda forma de alienación cultural, económica o ideológica, en la reinvención de la praxis revolucionaria lejos de esquemas y dogmas doctrinales que, a partir de la sistematización marxista, la habían reducido a la obediencia ciega de las consignas de un partido que aspiraba a la conquista del poder.

Notas

1. Del folleto Pequeña historia de la llamada Acracia, redactado por estudiantes del movimiento «ácrata» de Madrid. Aparecido en el curso del año 1969.

2. Los cuarenta activistas que cortaron la circulación frente a Medicina no habían previsto, sin duda, el movimiento que iban a desencadenar.

3. El SDEUB se había constituido en el convento de capuchinos de Sarriá el 9 de marzo de 1966.

4. Nos referimos al llamado movimiento ácrata, del que volveremos a hablar más adelante.

5. Pese a que los militantes de la AST habían estado siempre presentes en la gestación y desarrollo de las Comisiones Obreras, hasta el mes de enero de 1967 la AST no entra a formar parte oficialmente de ellas.

6. En el año 1962, con motivo del gran movimiento huelguístico de Asturias, surgen las primeras Comisiones Obreras, que llegan a ser recibidas incluso por el ministro Solís, que tuvo que reconocer que eran los auténticos representantes de los trabajadores. Estas comisiones desaparecieron al extinguirse el movimiento huelguístico. Surgen de nuevo en 1964, en Vizcaya, integradas por militantes de la HOAC y del PCE, aunque pronto desaparecen por incompatibilidad entre ambas organizaciones.

7. En el Boletín Informativo de USO-UGT, de abril de 1967, se declara: «Nuestra acción en la CNS está encaminada a ponerla en poder de los trabajadores y convertirla en un auténtico sindicato obrero. Es necesario mantener una acción constante y eficaz, reivindicando la separación de patronos y obreros, la abolición de la línea política falangista y la representación democrática de abajo a arriba, reclamando su patrimonio que pertenece a los obreros y agudizando al máximo las contradicciones existentes en su seno».

8. Los delegados de la Federación Anarquista Ibérica, de la Federación Anarquista Francesa, de la Unión Anarquista Búlgara exiliada y del secretario de la Comisión Internacional Anarquista de Londres.

9. Esta inhibición fue tanto más sorprendente: además de haberlo hecho inicialmente el Tribunal de Orden Público en favor de la jurisdicción militar, al grupo se le habían intervenido diferentes armas y se le acusaba de preparar una acción que, hasta entonces, era normalmente juzgada por esa jurisdicción.

10. Después de haber rechazado el enlace de los presos «comunes» a los tres grupos enviados por la FIJL a Madrid, exigiendo la presencia de determinados militantes de esa organización, se vio claramente que todo era una trampa de la policía, sirviendo los «comunes» de simples comparsas para atraer al Grupo Primero de Mayo.

11. En un informe cursado por la FIJL, a finales de abril, inmediatamente después de la realización de estas acciones, se reproducía el texto del Grupo Primero de Mayo en que se decía: «... al igual como la detención de nuestra compañera, Alicia Mur, prueba que ustedes no hacen discriminación de sexos, en lo que a la aplicación de la represión se refiere, nosotros tampoco la haremos». De todo esto no trascendió absolutamente nada en la prensa. Sólo a mediados de 1968, con ocasión de la detención de un grupo libertario en Valencia, hablaría *ABC* de estas acciones de intimidación realizadas por el Grupo Primero de Mayo. A pesar de la coincidencia de la fecha (el 1.° de mayo) y de que el *ABC* publicó una nota diciendo que «Octavio Alberola pretende que la policía franquista es la responsable del asesinato de su padre», sin que Alberola hubiese hecho declaración alguna, no reaccionamos públicamente para que no prosperase la intimidación: tanto en el ámbito familiar como en el militante.

12. En el órgano de la FUDE, Comuna (dominado entonces por los pro chinos) de mayo, se leía: «La FUDE es la organización combativa de vanguardia de los estudiantes demócratas [...] es la única organización estudiantil que liga la lucha de la universidad por objetivos democráticos revolucionarios [...] FUDE lleva una línea política antifranquista, antimonopolística y antiimperialista». En el número de junio, hablando sobre los comienzos del sindicalismo en España, se decía: «A medida que los dirigentes se ideologizan el movimiento sufre una radicalización».

13. El uso de esta palabra, tan famosa a partir del Mayo del 68 francés, era constante en la nueva fraseología.

14. La primera edición de este «antipanfleto» constó de unos 300 ejemplares.

15. El representante de la ley afirmaba que «respondiendo a la convocatoria contenida en una hoja clandestina, se celebró el día 27 de octubre del pasado año, en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, una reunión no autorizada que, bajo el título de "aula de poesía", en realidad era una asamblea que se titulaba contra la "represión", y en la que intervino el procesado, ajeno a la función docente del centro y que no tiene relación alguna con él, por lo que acudió al mismo expresamente para dirigir la palabra a la reunión. Exhortó a los asistentes —más de setecientos— a luchar contra la represión, les incitó a que se olvidaran de su condición social de estudiantes y que, en vez de protestar manifestándose y organizando reuniones más o menos ilegales, lo hicieran despreciando convocatorias extras, decidiéndose a perder cursos adrede y de una forma comprometida, ya que de otra manera no estarán en lucha contra la represión y no conseguirán que ésta deje de ser eficaz».

16. Según se dice en una carta informativa del Grupo Primero de Mayo, cursada con fecha 30 de agosto: «sobre el parabrisas del segundo coche se dejó un mensaje sin firma, para que la policía no pudiera seguir ninguna pista, salvo que los propios diplomáticos la facilitaran, haciendo público el asunto».

17. Como se decía claramente en la carta informativa del Grupo Primero de Mayo a que nos hemos referido anteriormente.

18. La explicación dada por la prensa española era que tras haberse dirigido «en tres distintas ocasiones al Caudillo, la madre de Stuart Christie obtuvo, como consecuencia de la última de ellas, el perdón de su hijo».

19. Pese a que el esgleísmo había conseguido expulsar a casi todos sus opositores, seguía prefiriendo la convocatoria de plenos en lugar de congresos, por la facilidad con que podía manipular los primeros sin ninguna oposición.

20. Una sentencia del Tribunal Supremo declaraba que las Comisiones Obreras constituían una asociación ilegal.

21. El «expediente de crisis» daba el derecho a las empresas de despedir —mediante indemnización— a sus obreros, que de este modo se encontraban, en pleno periodo de crisis, sin trabajo, desorganizados y separados del resto de sus compañeros.

22. Los acontecimientos posteriores, particularmente la designación de Arias Navarro para suceder a Carrero Blanco, en 1973, lo demostrarían.

23. Entre los derechos que propugna cara a las elecciones destacaban, por su carácter pretencioso, los siguientes: «organización política (concretada en la autorización de partidos obreros dentro de la Universidad y admisión de la variedad de tendencias en el Sindicato Democrático) y «control estudiantil», que «se ejercerá por el gobierno obrero-estudiantil de la Universidad que estará formado por Juntas de obreros, estudiantes y profesores».

24. Este panfleto provocó una discusión interna, durante la cual se llegó a la conclusión de que todo «independiente» debía aclarar, sin dejar lugar a dudas, el origen de toda iniciativa que tomara fuera del grupo.

25. Después de los actos del 27 de octubre, las Comisiones Obreras lanzaron un panfleto ensalzando la «gran jornada» y pidiendo que «no cayeran en el olvido los que ya habían caído en las manos del tirano oligarca».

26. Acudieron a Filosofía el nuevo rector, Isidoro Martín, y el nuevo decano de Ciencias Políticas y Económicas García Trevijano. Hubo un momento en el que estuvieron a punto de ser tratados como rehenes frente a la policía que cercaba la facultad.

27. En un panfleto afirmaban claramente: «Admitimos un sindicato democrático como medio de lucha, nunca como fin».

28. Comuna, órgano de la agrupación estudiantil revolucionaria FUDE, trotskista, volvía a disertar sobre la Central Sindical Estudiantil y a insistir en el tópico Frente Obrero-Estudiantil.

29. Durante las elecciones sólo publicaron una hoja que pedía la elección de los «no comprometidos», de los «no extremistas», se «llamen SDEUM, FUDE, Defensa». Fue titulado: «Democracia, sí; demagogia, no».

30. A los que mentían se les hacía leer en público una página de la Ética de Kropotkin, en la que narra las aventuras de un antropólogo. Este libro era en la práctica el misal de los «libremente asociados», junto con Bakunin, Trotski y los escritos «no políticos» de Engels.

31. Circuló el rumor de que en reunión de la Junta de la Universidad, el decano de Ciencias había dicho: «han intentado volarme la puerta, pero yo he tomado las represalias pertinentes. Ahora mismo un piquete de obreros está allanando la delegación».

32. El Opus Dei, apartándose de la línea dura preconizada incluso por el católico Ya («lo primero, el orden»), representaría en adelante la línea liberal del Régimen en el «problema universitario».

33. Unas semanas antes de la muerte de Che Guevara, el Grupo Primero de Mayo había sido contactado por un grupo revolucionario italiano (que mantenía relación con el editor izquierdista Feltrinelli) para organizar en común acciones en solidaridad con los guerrilleros bolivianos, etc. Unos meses antes, aprovechando el paso por París del compañero Líber Forti, asesor cultural de la Federación de Mineros de Bolivia, habíamos convenido con él de estrechar los contactos en previsión de la lucha revolucionaria en ese país.

34. Julio Millán permanecería hasta 1973 en detención preventiva.

35. El 1.º de diciembre, fue dirigida a Franco una carta firmada por 8.837 intelectuales, obreros y familiares de presos políticos, pidiendo una amnistía general, apoyándose en la gracia acordada meses antes a Stuart Christie.

36. El 19 de diciembre, ETA hizo explotar una bomba en la sede de las Juventudes Falangistas en Eibar.

IX

1968. La revuelta antiautoritaria en Europa

«Este fenómeno de resurrección del anarquismo entre la juventud estudiantil es debido a que en todos los países, incluyendo Francia, una parte de la juventud quiere cambiar su vida tanto como quiere cambiar la sociedad. Lo que quieren estos jóvenes es ser auténticamente libres.»

Edgard Morin, en el *Magazine Littéraire*, julio de 1968

Sin poder afirmar que la pasión de la libertad sea patrimonio exclusivo de la juventud, y menos aún una constante de la historia, sí que es dado constatar la frecuencia de este fenómeno de insurgencia juvenil frente a las esclerosis sucesivas de la sociedad autoritaria. De la misma manera que es posible constatar que el endurecimiento represivo provoca, generalmente, la radicalización revolucionaria de los reprimidos, según la fórmula hoy clásica: agitación-represión-revolución.

En España, como en casi todos los países en que los gobiernos recurrían a la violencia represiva para ahogar la agitación estudiantil, se había constatado una significativa «resurrección» de las tesis del anarquismo revolucionario como fundamento y acicate de la rebelión antiautoritaria de la juventud.

El «fenómeno ácrata» no habría llegado a ser lo que fue en la Universidad española, si las autoridades académicas y el gobierno hubiesen hecho frente a la agitación estudiantil con más perspicacia y liberalismo; si hubiesen procedido a poner en marcha las reformas estructurales reclamadas por los sectores más politizados (las «vanguardias» de los partidos) en el seno del estudiantado. Pero el franquismo no sólo se había negado a ello sino que, con su autoritarismo tradicional, se oponía a cualquier concesión que pudiera

entrañar el más mínimo riesgo para sus privilegios adquiridos en el dominio universitario.

Aunque el segundo trimestre del curso 1967-1968 había empezado con gran tranquilidad en toda la Universidad española, el 11 de enero, las autoridades decidieron cerrar hasta marzo la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, con pérdida de matrícula para todos los alumnos. Esta medida, tomada en «previsión de nuevos disturbios» y —sin duda— por la impaciencia en aplicar un castigo ejemplar, provocaría la indignación general y reavivaría la llama. La respuesta estudiantil no se hizo esperar. Ese mismo día es incendiado un autobús y falla la destrucción de varios otros. Las acciones de los activistas sorprenden a los propios dirigentes estudiantiles. Los de Derecho dimiten porque la Junta de Facultad «ha perdido los mandos y el control de la situación». La prensa empieza a comprender la verdadera naturaleza de esos hechos:

> No se puede admitir la consolidación de una figura, la del agitador profesional, con campo de acción sin restricciones. [...] Otras veces pudo tratarse de reivindicaciones universitarias, desde hace algún tiempo, no. (*Ya*, 12 de enero de 1968)

> No hay país que aguante durante un largo periodo la convulsión estudiantil. En todas partes son movimientos esporádicos. Aquí se ha visto bien claro, desde que empezó el asunto, el propósito de alterar el orden estudiantil de manera permanente. (*Pueblo*, 12 de enero de 1968)

Al día siguiente es incendiado otro autobús y la «normalidad no vuelve al recinto universitario hasta alrededor de las ocho y media de la noche», como señalaría después un periódico. Al mismo tiempo, aparecen los primeros chistes gráficos sobre la Universidad en la prensa española. El rector anuncia que no cerrará ningún otro centro.

El día 13, en Barcelona, los estudiantes empiezan a solidarizarse tibiamente. En Madrid, algunas clases de Ciencias Políticas y Económicas son trasladadas a los

Colegios Mayores. Pero, «desgraciadamente, lo que hubiera podido ser una magnífica antiuniversidad, con enseñanzas sencillamente subversivas (en su temática y en la relación profesor-alumno) se transformó por la timidez de los organizadores en una mecánica, y por tanto forzosamente languideciente, continuación de las clases magistrales» (1).

Tras continuarse intermitentemente los disturbios, el 20 de enero es arrojado un crucifijo por una ventana de Filosofía, provocando el cierre automático de dicho centro. Cuatro días más tarde es clausurada la Facultad de Ciencias; y el 26 lo es, a su vez, la de Medicina. Ese mismo día se informa, en el Consejo de Ministros, «sobre la situación universitaria».

Un grupo de estudiantes reedita, con una nota aclaratoria, el panfleto *Revolución y Universidad*.

El 27 de enero, sale a relucir descaradamente la política gubernamental de cal y arena, al ordenarse para el día 8 de febrero la apertura de Ciencias Políticas y Económicas y absolverse del pago de nueva matrícula a los alumnos que presenten un escrito de disculpa, al mismo tiempo que se aplican 27 expedientes (que se añaden a los 12 de Ciencias del día 17, a los 13 de Barcelona del día 18 y a los 22, también de Barcelona, del día 26) y que, dos días más tarde, entre en servicio la Policía de Orden Universitario, con su guantelete de acero en el bolsillo.

El día 30, el ministro Fernández Miranda declara: «la pasión y la subversión quieren destruir nuestra Universidad»; mientras que la prensa, tras citar muchos nombres de intelectuales, reduce a 185 el número de cabezas que cortar.

Al empezar febrero, el gobierno reacciona con la convocatoria de un Claustro General, con cinco catedráticos por facultad y con una misa de desagravio patrocinada por los «ultras» —con el pretexto del Cristo defenestrado en Filosofía—. A ella acuden Lora Tamayo, Castiella, Alonso Vega, el arzobispo de Sión y el vociferante Blas Piñar, entre muchas otras prominentes personalidades del Régimen.

El día 3 de febrero, tras ser expedientados en Barcelona los 137 estudiantes que intentaban ocupar Arquitectura, comienzan las «sentadas» en los vestíbulos de los centros bajo la mirada inquisitorial de los policías con chapa de «Orden Universitario». El día 15, en medio de la expectación de todo el país, se abre la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas (el día 8 se había aplazado su reapertura a causa de varias peleas con Defensa Universitaria). Los estudiantes atacan a los «grises» que controlan la entrada, rociándoles con un extintor. Cuando intentan llegar hasta el bar explotan varios petardos.

Así como los activistas, que se habían visto obligados por la ansiedad del ambiente a dar el do de pecho, no dudaron en la línea a continuar, el SDEUM no dudaría tampoco cuatro días más tarde en perpetuar su política «respetuosa» (2).

Desde el día 16, en que tras dimitir los decanos de Económicas y Derecho se autorizó una asamblea presidida por el profesor Alcaide, las autoridades permiten a los delegados expedientados volver a clase. Al fin habían comprendido que, en esos momentos, constituían una preciosa rémora para la espontaneidad estudiantil. Sin embargo, continuarán las sentadas y las frecuentes incursiones de la policía en los centros para acallar a los que cantan «canciones subversivas» y para despegar carteles-murales.

El 21, Día Internacional por el Vietnam, pasó sin gran jaleo. Sólo se distribuyeron panfletos y se pintaron algunos murales en diversos centros.

El 26, los ácratas lanzan un panfleto3 contra el profesorado aprovechando la convocatoria del Claustro de Catedráticos (51 miembros «electos») para el 4 de marzo. Ese mismo día la Policía de Orden Universitario se retira de Filosofía y Derecho. En Económicas era tal la oposición que nunca se había dejado ver.

El 27, el fiscal del TOP pide tres meses de arresto contra F. Albuquerque y C. Hernández, por pertenecer al SDEUM. Dos días más tarde el SDEUM programa para el 4 de marzo el Día del Estudiante. Ese mismo día La Actualidad Española publica un análisis de los grupos políticos universitarios.

ÁCRATAS. Grupo de activistas que, aunque compuesto por universitarios, suele reunirse y planificar sus actividades al margen de la Universidad. Su ideología es la anarquista utópica, pero se mueven al margen de los grupos anarquistas en el exilio. Junto con los PCML constituyen la fuerza de choque universitaria4.

INDEPENDIENTES. Grupos de personas que, por coincidir reiteradamente en todos los actos de protesta, han establecido entre ellos determinados vínculos político-afectivos que les llevan a conjuntar su acción de acuerdo con las diversas consignas de las delegaciones, las comisiones o los diversos grupos.

Pero hasta el día 8 de marzo los ácratas no provocarán el incidente que iba a marcar el último acto espectacular del curso 1967-1968 y que sería la apoteosis internacional del movimiento estudiantil madrileño: la repulsa de J.-J. Servan-Schreiber. Este flamante «manager del periodismo moderno», tras haber tenido un mesurado coloquio con 2.000 estudiantes catalanes y haberse hecho lenguas de la madurez política de los estudiantes españoles, intenta repetir el número en Madrid siendo abucheado, silbado y expulsado. A pesar de haber ofrecido los derechos de autor de la edición española del entonces famoso libro suyo a las Comisiones Obreras y al SDE, su coche es apedreado. Al huir, atropella a varios estudiantes, hiriendo de consideración a uno de ellos. El revuelo internacional es enorme.

Ese mismo día, al ponerse en huelga las universidades de Sevilla, Zaragoza, Santiago de Compostela, Bilbao, La Laguna y la de Navarra del Opus Dei, llega a su punto culminante la rebelión de los estudiantes españoles5. En la Mutualité de París tiene lugar un mitin en favor del SDEUM bajo el patrocinio del SDEE, la SNE-Sup y la UNEF, que finaliza con gran escándalo de algunos miembros del Partido Comunista ante el «aventurerismo» o el «anticomunismo visceral» de algunos de los oradores. El eslogan del mitin había sido: «Contra la represión organizada, la organización de la lucha».

Poco después, eran detenidos en España algunos de los más destacados ácratas y sobre todos los restantes se lanzaba una furiosa persecución. En el transcurso de un mes van a ser localizadas y castigadas con penas diversas (desde 5.000 pesetas de multa hasta los 10 años de cárcel que se piden para algunos) alrededor de 15 personas, relacionadas más o menos vagamente con

la «acracia». Decimos más o menos vagamente porque, como hemos señalado ya, nunca existió una separación tajante entre «militantes» y «simpatizantes». Como se afirmaba en todas sus declaraciones, podría decirse que buena parte de los esfuerzos ácratas estuvo encaminada a eliminar tan convencional distinción.

Hasta ser puestos fuera de circulación, los ácratas no se darían cuenta de su influencia y del alcance de sus opiniones fundamentales. Y de ahí que las ideas y la práctica acrátas quedaran bien asimiladas por la rebelión estudiantil antiautoritaria, inclusive al desaparecer las figuras originales, los «representantes», se quiera o no, de la acracia.

En el curso del mes de febrero, habían sido juzgados y condenados por el Tribunal de Orden Público cuatro anarquistas sevillanos acusados del delito de «propaganda ilegal» (distribución de la revista Presencia Tribuna Libertaria y otras publicaciones de la FIJL). Les fueron impuestas condenas de uno a cuatro años de reclusión y diez mil pesetas de multa a cada uno.

El día 8 de marzo, *Le Monde* publicaba un despacho de la agencia Reuter de Bruselas:

> La policía belga ha confirmado que ha procedido, hace casi un mes, a la detención de un dirigente anarquista español y que éste se encuentra en arresto preventivo. Se trata de Octavio Alberola Suriñach, de cuarenta años, dirigente de primer plano del movimiento anarquista clandestino llamado Grupo Primero de Mayo. Su detención tuvo lugar el 9 de febrero último. De origen mexicano, Alberola era objeto desde hacía algún tiempo de una vigilancia especial cuando efectuaba «viajes más allá de las fronteras belgas». Según la policía ha sido inculpado de «uso de seudónimo en público», de «estancia ilegal» en Bélgica y de «posesión ilegal de armas».

Hasta el 5 de marzo, la policía belga parecía haber guardado un mutismo absoluto sobre nuestra detención. En esa fecha, y sin que sepamos la razón, el

diario londinense *The Times* da a conocer el primero la noticia6 de nuestra detención en Bélgica, en el curso del mes anterior, relacionada con las acciones del 3 de marzo contra organismos norteamericanos en Turín y Londres, y contra las embajadas de España, Grecia y Portugal en La Haya, reivindicadas por el Grupo Primero de Mayo.

Pocos días después, el diario francés *L'Aurore* vuelve a la carga con motivo de una serie de atentados contra las sedes de una compañía de aviación y dos bancos estadounidenses en París. En grandes titulares de primera plana y con extensos comentarios que abarcan casi enteramente una de las páginas interiores, los gacetilleros de este periódico —conocido por su tendencia reaccionaria— lanzan una serie de afirmaciones sensacionalistas cuyo objetivo era acreditar la idea de una conspiración internacional, en la que estarían reunidos todos los extremismos revolucionarios:

> La policía, que teme una nueva «noche azul» antiamericana, guarda noche y día los establecimientos USA de la capital. El dinero viene de Pekín. Los jefes son «anars» españoles. «¡Recomenzaremos! ¡El verano será ardiente! ¡El mundo occidental volará en pedazos!». Eso es lo que declaraba, en una serie de octavillas incendiarias, el Grupo Primero de Mayo, después de la ola de atentados puesta en marcha el 3 de marzo último en La Haya, Londres y Turín, contra embajadas griegas y españolas, consulados y clubes culturales americanos. Los «guerrilleros» no han esperado mucho tiempo. He aquí que vuelven a la carga en el corazón mismo de París. [...] 250 comandos armados. El Grupo Primero de Mayo, que se ha especializado en el dinamitaje de embajadas y establecimientos USA, está constituido por un reclutamiento muy heteróclito. En la base, un núcleo de trotskistas y de anarquistas españoles, procedentes de la guerra civil. Han conservado el gusto por la lucha. Organizados en pequeños comandos de cinco o diez hombres, enteramente autónomos, se han contentado durante mucho tiempo con hostigar a las autoridades franquistas, introduciéndose clandestinamente en España, poniendo bombas en los aviones de la compañía Iberia, secuestrando en Roma, el 1.º de mayo

de 1966, a monseñor Marcos Ussía, consejero eclesiástico de la Embajada de España, para reclamar la amnistía de los antifranquistas. A continuación, cuando las guerrillas revolucionarias se extendieron por América Latina, la acción del Grupo Primero de Mayo adquirió nueva extensión. De simples antifranquistas, se convirtieron en antiamericanos resueltos, acusando a los Estados Unidos de sostener a los gobiernos burgueses de América del Sur, y de enviar a los «boinas verdes» a encuadrar las fuerzas de policía que reprimían las guerrillas.

Esta nueva tendencia en el seno del Grupo Primero de Mayo fue reforzada por elementos pro chinos que se infiltraron en la organización. El dinero para imprimir las octavillas y los panfletos, para comprar el plástico y organizar los atentados venía ahora de Pekín, llegando, ya por Rótterdam, ya por Suiza. Los Países Bajos, en donde la colonia china es muy importante, se convirtieron en una de las principales plataformas del grupo que dispone allí de 250 comandos armados. Los restos del movimiento «provo» pasaron a la organización. También soñaban con la acción violenta y la destrucción de los valores y bienes burgueses. [...] Estos últimos meses, el Grupo Primero de Mayo fue reforzado, en particular en Alemania del Oeste y en Berlín, por estudiantes revolucionarios que, por una serie de atentados y de manifestaciones escandalosas, quisieron protestar contra la guerra en el Vietnam. [...] Su patrón está a la sombra. El «grupo» se ha especializado igualmente en la deserción de soldados americanos, organizando vías de evasión que conducen a Alemania del Este. Pese a todo, la dirección del grupo continúa en manos del pequeño núcleo de anarquistas españoles que lo fundaron. Su gran patrón, Octavio Alberola, 40 años, llamado El Gran Juan, revolucionario profesional, mexicano de origen, tenía su cuartel general en París. Desde allí se proyectaba en todas las capitales de Europa del Oeste, organizando, supervisando sus comandos. En febrero fue detenido, por tenencia de armas prohibidas, en Bruselas. Los policías belgas, preocupados por preservar las nuevas instalaciones de Estados Unidos y de la OTAN, lo habían «cogido al pasar», creyendo que el movimiento, así decapitado, se quedaría quizás tranquilo. La réplica

vino algunos días más tarde con los atentados en serie del 2 de marzo en varios países. En Francia, igualmente, el Grupo Primero de Mayo prueba que no piensa quedarse inactivo. Su jefe, El Gran Juan, les ha enseñado a «desenvolverse» sin él. (*L'Aurore*, 19 de marzo de 1968)

Por otra parte, L'Express, basándose en las «revelaciones» de un joven asistente de facultad de la ciudad de Ámsterdam, presentaba en su edición del 11-17 de marzo la crónica de su enviado especial en los Países Bajos con un titular premonitorio: «Los "anars" preparan un verano caliente». En esta crónica se afirmaba igualmente que: «el Grupo Primero de Mayo, que reivindica la responsabilidad de las últimas explosiones, está constituido [...] por un núcleo de anarquistas franco-españoles operando en colaboración con los diferentes grupúsculos de la extrema izquierda internacional. En Holanda puede contar, para el transporte y los escondites, con el concurso de cerca de doscientos cincuenta grupos, conservando cada uno una completa autonomía de acción. En total, 3.000 militantes prestos a movilizarse por la causa de la "solidaridad revolucionaria"».

El Grupo Primero de Mayo aportaba por su parte, en el Boletín de Información n.º 4 del Movimiento de Solidaridad Revolucionaria Internacional, una serie de precisiones para explicar y justificar la naturaleza y el objetivo de sus acciones:

Estas acciones, como el secuestro de Mr. Ussía en Roma, el ametrallamiento de la Embajada de los Estados Unidos en Londres y los atentados contra las embajadas de Grecia y de Bolivia en Bonn, que algunos periódicos han recordado en esta ocasión, tienen un carácter esencialmente psicológico. Estas acciones tienen dos objetivos principales: llevar a conocimiento del público, por intermedio de las agencias de prensa, las reivindicaciones que motivan estas acciones; mostrar, a través de las reivindicaciones, la realidad de la «escalada del terror» que se desarrolla actualmente en el mundo bajo la égida del gobierno de los Estados Unidos, y oponer una «contraescalada» de la rebelión bajo todas sus formas y en todos los dominios. Puesto que no se trata de oponer al terrorismo a escala planetaria de las grandes potencias técnicas,

un terrorismo «artesanal», sino más bien de generalizar un movimiento ofensivo capaz de romper la pasividad en que los gobiernos intentan someternos por medio de un condicionamiento cada vez más científico.

El genocidio del Vietnam, el sometimiento de la América Latina, los conflictos dirigidos en el Oriente Medio por los «pistoleros» de la Casa Blanca y del Pentágono, son los aspectos parciales de un mismo programa de dominio sistemático del mundo. [...] Frente a este estado de hecho, estimamos que la acción revolucionaria generalizada, dirigida contra los capitalismos y todas las burocracias reinantes (comprendida la burocracia deísta china), es la única vía posible de que dispone la humanidad explotada para volver a tomar en sus manos su destino.

También hay que señalar que en esa misma época eran detenidos en Frankfurt varios miembros del grupo llamado Facción del Ejército Rojo (popularizado más tarde por la prensa reaccionaria con el nombre de Banda Baader-Meinhof). Se les acusaba del incendio de un supermercado de esa ciudad. Entre ellos se encontraba el propio Andreas Baader (7).

En lo que a nuestra detención y a las fábulas periodísticas sobre nosotros se refiere, queremos dejar constancia de que el resultado del proceso incoado por las autoridades belgas probó lo infundado de todas esas invenciones. Extractamos de la prensa belga:

> La Cámara 22 del Tribunal Correccional de Bruselas, presidida por M. Fischer, ha comprendido muy bien la situación ilegal de Octavio Alberola, militante antifranquista, detenido el 8 de febrero último por estancia ilegal en Bélgica. Alberola era objeto de cuatro acusaciones: uso de nombre falso, de pasaporte falso, entrada ilegal en el país y tenencia de armas. Ha sido absuelto de las dos primeras y condenado a una pena mínima por las otras dos: un mes con condicional y un mes de cárcel cubierto ya por la detención preventiva. [...] Alberola había venido a Bruselas para ver al Sr. Ullastres, jefe de la delegación

> española ante el Mercado Común, y obtener de este ministro la liberación de los presos políticos detenidos arbitrariamente tras 18 años de cautiverio. Si no obtenía ese resultado estaba decidido a denunciar los horrores de la represión política en España ante la prensa y las organizaciones de la CEE. [...] El objetivo perseguido por Alberola ha sido alcanzado. [...] Alberola ha recordado muy oportunamente que en España, «país de millones de turistas», hay hombres que aún viven enterrados en vida. Un caso típico, entre muchos, es el de Miguel García8. Gravemente enfermo se le impide recuperar su libertad, pese a que hace muchos meses que debería haber sido libertado. (Le Peuple, 30 de abril de 1968)
>
> Su amiga, Ariane Gransac, de París, detenida en su compañía, pero puesta en libertad más tarde, ha sido absuelta. (*La Dernière Heure*, 30 de abril de 1968)

El 26 de abril, el Tribunal de Orden Público de Madrid condenaba a un joven libertario, David Urbano, a seis años de cárcel por el hecho de pertenecer a la FIJL en Francia; Urbano viajaba con su verdadera identidad y no podía ser acusado de haber cometido ningún delito en España o en Francia. Su caso probaba, una vez más, los intercambios de informaciones políticas entre los servicios encargados de vigilar a los exiliados españoles en Europa y la policía franquista.

Días más tarde, en Madrid, la conmemoración del Primero de Mayo no fue muy alentadora. Se había programado en tres etapas: actos del 30 de abril, manifestaciones del 1.º de Mayo y asamblea final en la Puerta del Sol para pedir la libertad de los detenidos los días anteriores. Los resultados no fueron los esperados. Las cifras absolutas de participantes fueron ligeramente inferiores a las del día 27 de octubre del año anterior. Sin embargo, se pudo apreciar la extensión de la protesta a provincias ajenas anteriormente a ella como Badajoz, así como la actuación de comandos de jóvenes obreros y estudiantes que apedreaban los bancos y desaparecían rápidamente para reaparecer en otro barrio. Esta nueva forma de lucha fue practicada por

primera vez por grupos de ácratas y grupos de Comisiones Obreras juveniles puestos en contacto al efecto. Pese a que se llevó a cabo con la implícita y, en algunos casos, explícita oposición del PCE, éste no dudó en atribuirse —dos o tres días más tarde— su invención y organización. Las acciones de estos comandos probaron lo equivocados que estaban los que creían en la total extinción de los ácratas. Una prueba más irrefutable la darían los ácratas en la tradicional traca final del curso: la propuesta de huelga de exámenes.

Ya hemos mostrado cómo presentaba la prensa el activismo revolucionario anarquista en estrecha relación con el movimiento de «contestación» estudiantil y juvenil de Europa occidental; profundamente sensibilizado éste por la escalada de la agresión yanqui en el Vietnam. Sin necesidad de la pretendida «conspiración internacional», que la prensa ávida de sensacionalismo explotaba sin ton ni son, esta conexión era inevitable, dado que la juventud ha manifestado siempre una propensión espontánea a dar la mano a las víctimas y a enfrentarse con los verdugos.

Como ocurría en los Estados Unidos y en América Latina, donde la juventud animaba el combate contra la política imperialista norteamericana, en Europa se había generalizado esta actitud generosa y solidaria en pos de los grupos más radicalizados. Los síntomas que anunciaban la explosión de la rebelión juvenil eran numerosos y significativos, pero no podía preverse que sería en Francia en donde sacudiría a la sociedad autoritaria hasta sus cimientos —poniendo en peligro la estabilidad del régimen gaullista—, y mucho menos que, tras contagiar a la clase trabajadora y provocar un movimiento reivindicativo sin precedentes, obligaría al PCF a descubrir descaradamente su política contrarrevolucionaria y de sostén del orden establecido.

Nuestro trabajo resultaría incompleto e inconexo si omitiéramos referirnos a algunos de los aspectos más significativos y esperanzadores del Mayo francés. Fue el resultado de la conjunción del activismo revolucionario y de la «contestación» estudiantil, y representó la culminación del movimiento juvenil de impugnación de todas las estructuras autoritarias de la sociedad y de todos los dogmatismos ideológicos en vigor.

Sobre el origen del fenómeno, nos parece necesario recalcar que uno de los objetivos tradicionales del activismo revolucionario ha sido el de servir de detonante de las formas de rebelión frente al poder. Nadie podrá probar por qué en Francia esta explosión libertaria alcanzó proporciones casi insurreccionales, y por qué esta sacudida se produjo en mayo de 1968 y no en abril. «La Historia», reconoció el propio Marx, «sería de naturaleza demasiado mística si los "azares" no jugaran ningún papel en ella. Estos azares entran naturalmente por sí mismos en la marcha general de la evolución y se encuentran compensados a su vez por otros "azares" (9).

Pero, ¿acaso es necesario probarlo para comprender el alcance de este desbordamiento de inquietudes y ansias libertarias de una generación hastiada de obedecer y consumir?

Lo importante en todo caso es que Mayo de 1968 ha servido para dar al movimiento «antijerárquico y libertario» —como Sartre lo llama— una nueva dimensión histórica; y que, a consecuencia directa de él, han sido numerosos los intelectuales, los obreros y los jóvenes que han tomado conciencia del papel desempeñado por los partidos y las organizaciones «de la clase obrera» en la desmovilización revolucionaria general.

El interés y la eficacia del «imprevisto» resurgir de las ideas antijerárquicas y libertarias de Mayo de 1968 estriba, precisamente, más en sus repercusiones posteriores que en los resultados inmediatos o en las particularidades de los acontecimientos mismos. El propio Sartre dijo años más tarde:

«Yo estaba en una torre de marfil, provisionalmente, y de ella Mayo del 68 ha tardado un año en hacerme descender». Y más tarde, fiel a Mayo de 1968, diría: «Votar es dimitir de tu soberanía en favor de un grupo que ejerce la suya por la tuya y en tu lugar. Por esta razón me acerqué al grupo maoísta; lo que me fastidia es que, hacia los años 70-71, éste tomó un cambio de dirección legalista» (10).

Mayo de 1968 fue el momento culminante de un largo periodo de gestación de la nueva rebelión antiautoritaria de la juventud que rechazaba el papel que las viejas generaciones le querían imponer. «No son solamente los estudiantes quienes se rebelan; es la juventud la que lleva la lucha revolucionaria global»,

afirmaba el Movimiento 22 de Marzo en plenos acontecimientos de Mayo de 1968.

Hasta entonces, el sistema parecía —siempre parece— perpetuarse dentro de la resignación general. La vieja (porque es ya vieja y muy vieja) sociedad represiva hacía lo imposible por impedir que los jóvenes tomasen conciencia de su posible liberación; al mismo tiempo que, ofreciéndoles ciertos privilegios, esperaba ganárselos. La escuela, el medio cultural todo, y la sociedad de gran consumo estaban ahí para cumplir esa función. La violencia (padre, profesor o policía) no es necesaria si la aceptación está arraigada en la propia conciencia del joven-estudiante-obrero-consumidor; y si de ella emerge, controlada ya por la resignación, la protesta contra la explotación. Pero lo que la vieja sociedad no había previsto era que su poder de corrupción podía ser puesto en entredicho por sus propias contradicciones, permitiendo rebelarse a la conciencia no condicionada totalmente frente a ellas en un despertar apasionado de dignidad y libertad. La quiebra era evidente: en lo político, en lo social y en lo moral. El reparto del mundo entre los grandes imperialismos, que culmina en el genocidio del pueblo vietnamita (11), la superalienación obrera en el mundo del trabajo y del consumo, el desgaste y depreciación de los valores tradicionales: religión, patria, familia, conducían inevitablemente a la ruptura.

Sólo los jóvenes optan por un cambio radical que libere al hombre y purifique el mundo; sólo ellos parecen dispuestos a correr los riesgos de la improvisación y del salto hacia lo desconocido. Ante ellos, formando bloque, se encuentran todos los inmovilismos, los intereses creados y las rutinas de la vieja utopía revolucionaria recuperada por el burocratismo. Pero los jóvenes han comprendido y se impacientan. Denuncian todos los compromisos. Quieren la vida para hoy, no para mañana. Se rebelan y hacen tabla rasa de todos los tabúes y dogmas —inclusive los pretendidamente revolucionarios—, y ponen en peligro el orden supuestamente seguro. Los viejos sólo saben parapetarse detrás de un autoritarismo cada vez más totalitario, inclusive entre quienes se pretenden portadores del ideal libertario.

Unos, al lado del poder, dirán que:

> En este estadio, no es ya, créanme, el gobierno el que está en crisis, ni las instituciones, ni siquiera Francia. Es nuestra civilización misma. Todos los adultos y todos los responsables, todos los que pretenden guiar a los hombres deben preocuparse, padres, maestros, dirigentes profesionales o sindicales, escritores y periodistas, curas y laicos. (Pompidou, en su alocución del 14 de mayo en la Asamblea Nacional).

Otros, al lado de la «oposición», mostrarán su inconsciencia o sus verdaderas intenciones:

> No satisfechos de la agitación que propugnan en los medios estudiantiles —agitación que va contra los intereses de la masa de los estudiantes y favorece las provocaciones fascistas—, he aquí que estos pseudorrevolucionarios se arrogan ahora la pretensión de dar lecciones al movimiento obrero. (Marchais, en *L'Humanité*, 3 de mayo) (12)

Quienes así hablaban, representantes genuinos de los dos polos del autoritarismo moderno, y cuantos les seguían no podían comprender que entre «su mundo» y el mundo que querían los jóvenes se abría un abismo cada vez más profundo:

Tal vez esté surgiendo en estos jóvenes una nueva manera de pensar, un tipo humano nuevo, con otro instinto de la realidad, la felicidad y la vida. Andan en busca de una libertad que no tiene nada que ver con las libertades practicadas en nuestra envejecida sociedad. Se trata, en suma, de una implacable negación del sistema vigente (13).

Pero esta implacable negación del sistema vigente no era el resultado — como cierta prensa y las propias autoridades llegaron a afirmar— de una «conspiración internacional», sino el reflejo de aspiraciones comunes, de inquietudes nacidas de situaciones similares vividas por la juventud en todo el mundo. En la base —qué duda cabe— encontramos, como terreno favorable para su desarrollo, la no bien controlada «explosión demográfica estudiantil mundial». Después, desempeñando un papel ciertamente importante, la oposición a la guerra en el Vietnam, que aparece a ojos de todos como una guerra de agresión particularmente escandalosa y que suscita un comienzo de toma de conciencia en los medios estudiantiles e intelectuales, que desborda los estrechos límites del simple «antiimperialismo yanqui», al comprobarse que, frente a la tentativa ideológica y política de imponer su ley al mundo, los Estados llamados socialistas se acantonan en una posición neutralista cada vez más evidente y menos justificable.

Es verdad que la oposición a la guerra no ha rebasado —en general— los límites del verbalismo contestatario tradicional, salvo algunas manifestaciones particularmente violentas y las acciones de los grupos activistas revolucionarios. Pero la tragedia del pueblo vietnamita había traumatizado a buena parte de la opinión y puesto en evidencia la dialéctica del orden impuesta a los pueblos por las burocracias democráticas y comunistas. Por ello, desde los primeros momentos, la insurgencia estudiantil atacará los fundamentos del sistema autoritario. En Berkeley, sede de la más importante universidad de los Estados Unidos y, para muchos, cuna de la «contestación» estudiantil, hacía ya varios años que los estudiantes afirmaban claramente su oposición total al sistema, a la «máquina»:

Ha llegado el momento en que el funcionamiento de la «máquina» se ha hecho tan odioso y repulsivo, que ya no cabe colaborar con ella, ni siquiera tácitamente. Tenemos que abalanzarnos sobre los engranajes, las ruedas, las palancas, los mecanismos todos de la máquina, y hacer que se detenga. Y estamos obligados a decirle a la gente que la mueve que, si queremos ser libres, tenemos que impedir que siga funcionando (14).

En Berlín, un año antes de la ocupación de la Sorbona y de las barricadas del Barrio Latino, los estudiantes de la Universidad Libre ocupaban locales y se pronunciaban en términos igualmente claros y enérgicos:

> Lo que está ocurriendo aquí en Berlín —igual que lo que está pasando en la sociedad— es un conflicto cuyo tema esencial lo constituye la destrucción del dominio de la oligarquía y la realización de la libertad democrática en todos los ámbitos de la sociedad (15).

Luchamos contra las universidades y los centros docentes que producen el tipo del adaptado, elogian a los oportunistas e impiden el desarrollo de la conciencia crítica. Queremos destruir todas las formas de tiranía en la Universidad y en la sociedad y que se implante la democracia por todas partes (16).

En Francia, desde finales de 1966, en el célebre folleto De la miseria en el medio estudiantil considerada bajo sus aspectos económicos, políticos, psicológicos, sexuales y especialmente intelectuales y de algunos medios para remediarla, editado por la Federación General de Estudiantes de Estrasburgo, se denunciaba la alienación estudiantil y se incitaba a la rebelión.

Este texto, de buena presentación literaria (17), constituye un rechazo sistemático de todas las formas de organización social y política existentes actualmente tanto en el Oeste como en el Este y de todas las oposiciones que intentan transformarlas. (*Le Monde*, del 9 de diciembre de 1966)

En la larga y confusa gestación de mayo de 1968, todas las inquietudes y esperanzas de esta juventud se orientan hacia la búsqueda de un nuevo modelo revolucionario que permita superar las contradicciones y las barreras que —en el seno de las viejas formaciones revolucionarias— han impedido el progreso hacia la revolución, ya sea por la aceptación de la legalidad burguesa

y de las instituciones a través de las cuales se integra al proletariado, ya sea por la incapacidad de superar los sectarismos que han paralizado a la izquierda clásica.

Rudy Dutschke afirmaría sin ambages, poco antes de ser víctima de un atentado que estuvo a punto de costarle la vida:

> Los partidos no sirven para otra cosa que para ser instrumentos del Ejecutivo. [...] En vez de la espontánea actividad que surge desde abajo, no hay sino manipulación desde arriba. Los dirigentes no quieren dialogar con la masa, ni tienen ningún deseo de que se produzcan discusiones, pues todo ello significaría la muerte de los dispositivos burocráticos. [...] Al declararnos extraparlamentarios, lo que queremos decir es que apuntamos a un sistema de democracia directa que permita a los hombres elegir y deponer directamente a sus representantes temporales, tal como esos mismos hombres creen que es exigible, fundándose en una conciencia crítica que se opone a todas las formas de tiranía. De esta suerte podrá reducirse al mínimo el dominio del hombre por el hombre (18).

En plenos acontecimientos de Mayo de 1968, Cohn-Bendit hablando en nombre del Movimiento 22 de marzo, que representaba en aquellos momentos la conciencia revolucionaria de los estudiantes franceses, precisaría aún más profundamente la nueva posición antiautoritaria:

> Es imperativo abandonar la teoría de la «vanguardia dirigente» y adoptar la concepción —mucho más sencilla y mucho más honesta— de minoría actuante, que desempeña una función de fermento permanente, promoviendo la acción sin pretender dirigirla. [...] La fuerza de nuestro movimiento radica, justamente, en que se apoya en una espontaneidad «incontrolable», que impulsa sin pretender

canalizar la, sin pretender utilizar en beneficio propio, la acción que ha puesto en marcha (19).

Mayo de 1968 fue, pues, todo eso más diez millones de trabajadores que declaran en toda Francia la huelga general sin esperar para ello consigna alguna de las burocracias sindicales. También fue, claro está, la gran fiesta de la «contestación permanente», las «barricadas» y el bochornoso espectáculo de los dirigentes comunistas ufanándose de haber suplido las carencias del Estado burgués en el restablecimiento del orden:

La opinión pública, intimidada por los desórdenes y las violencias, desorientada por posiciones equívocas y por la pasividad del Estado, ha visto en la CGT la gran fuerza tranquila que ha venido a restablecer el orden (20).

Con medios materiales diferentes, pero con las mismas prácticas, los comunistas franceses se situaban —sin vergüenza alguna— en la línea de la ortodoxia bolchevique que había justificado, en 1956, el restablecimiento del orden en Hungría y que, pocos meses después de Mayo de 1968, repetiría la proeza en la Checoslovaquia del «socialismo de rostro humano».

La gran lección de Mayo de 1968 fue, indiscutiblemente, la fría y descarada traición del PCF y del sindicalismo comunizante. Puestos ante el dilema de adoptar una actitud revolucionaria o de colaborar con el régimen gaullista en la restauración del orden, optaron por esta última actitud, defraudando las esperanzas revolucionarias de la juventud, rompiendo el impulso combativo de la clase trabajadora movilizada en un movimiento de huelga general sin precedentes y que quizá ya no vuelva a repetirse.

Sin embargo, más allá de la frustrada quimera y de las peripecias contradictorias del movimiento en su conjunto, Mayo de 1968 demostró que la vía hacia la revolución no está cerrada en el mundo desarrollado:

No creo que la revolución sea posible, así, de un día para otro. Creo que sólo se pueden obtener arreglos sucesivos, más o menos importantes; pero estos arreglos, estos cambios, no podrán ser impuestos más que a través de acciones revolucionarias. Es en esto en lo que el movimiento estudiantil, que al menos habrá culminado en una reforma importante de la Universidad, aunque pierda transitoriamente su energía, adquiere un valor de ejemplo para muchos jóvenes trabajadores. Utilizando los medios de acción tradicionales del movimiento obrero — la huelga, la ocupación de la calle y de los lugares de trabajo— hemos hecho saltar el primer obstáculo, el mito según el cual «nada se puede contra este Régimen». Nosotros hemos probado que eso no es verdad.

Así se manifestaba Cohn-Bendit en un diálogo con J.-P. Sartre publicado por *Le Nouvel Observateur*. Y, en efecto, Mayo de 1968 sería en el futuro una referencia obligada, una enseñanza y un estímulo en la lucha revolucionaria contra el régimen impuesto por la burguesía.

La revuelta antiautoritaria, la «crisis de civilización», el «fenómeno de impugnación global» en sus aspectos más originales y prometedores, había abortado. La vida cotidiana, con su fárrago de exigencias, con sus compromisos de toda especie, volvía a imponer su ritmo. Mayo de 1968 comenzaba a formar parte del pasado:

> Antes que nada me mantendré absolutamente fiel al espíritu de Mayo en sus esencias más profundas. Y digo absolutamente porque el acontecimiento fue absoluto. Y digo en sus esencias más profundas porque a veces he necesitado descifrarlo lentamente, y porque quizás en algunas ocasiones habrá que recordar a sus autores, humildemente, su primera inspiración. Digo fiel, y también agradecido, porque antes estábamos a punto de morir de asco (21).

El mes de mayo había sido pues en Francia pródigo en acontecimientos históricos de importancia capital para los años que iban a seguir. Por un lado, la concretización de un movimiento antijerárquico y libertario enteramente nuevo, que, con altos y bajos, seguiría proyectando su influencia a través de los movimientos contestatarios posteriores. Por otro, en París precisamente, los Estados Unidos comenzaban a negociar su «retirada» del Vietnam a cambio de la «vietnamización» de la guerra; que debía conducir a una nueva era en las relaciones internacionales entre las grandes potencias, en detrimento de la ya de por sí precaria autonomía de los pueblos.

Ahora bien, curiosamente, ni la formidable conmoción social francesa ni el repudio internacional contra la política belicista e imperialista del Pentágono americano impedirían que su equivalente ruso continuara preparando la invasión de Checoslovaquia, que vivía las últimas semanas de la «Primavera de Praga».

En Francia, el restablecimiento del orden —pese a ciertos amagos de intervención militar— no había provocado ningún sentimiento de derrota ni de imposición brutal. Desde los estudiantes hasta los gaullistas, pasando por los sindicalistas, todos se consideraban vencedores. Como ocurre siempre con ese tipo de fenómenos, cada bando interpreta el epílogo a su manera. Para unos la victoria eran los «acuerdos de Grenelle», que obligaban a la patronal francesa a conceder un aumento general de salarios del orden de un 25 a un 30%. Para otros lo era el resultado de las elecciones legislativas del mes de junio que dieron al gaullismo la mayoría absoluta. Y para los grupos de las barricadas se resumía en: «continuemos el combate». Empero, la realidad es que ni la «victoria» de los sindicalistas ni la «victoria» electoral gaullista podían representar históricamente el epílogo de Mayo de 1968, como tampoco podía representarlo el renovado impulso adquirido por el movimiento de concertación entre comunistas y socialistas con vistas a lo que más tarde se llamaría «programa común» (22).

Por ser, al mismo tiempo, el fenómeno de «contestación» antiautoritario de Mayo una incitación al descubrimiento y la construcción de un sistema de convivencia antijerárquico y libertario, su epílogo fue el final del socialismo humano preconizado por el «mayo» checoslovaco, fríamente asesinado por el

totalitarismo comunista ruso. En el campo «socialista» esta vez el autoritarismo mostraba su verdadera faz. El imperialismo bolchevique demostraba no ser muy diferente del imperialismo americano, probando de paso que el pleonasmo «socialismo humano», puesto en boga por los dirigentes de Praga, era una exigencia incompatible con la práctica del poder marxista.

Con un intervalo de pocos meses, tanto en el Oeste como en el Este quedaba demostrado que el peor enemigo de la revolución socialista —de un socialismo con libertad— era el sectarismo totalitario de los partidos comunistas obedientes a Moscú. Y no sólo porque éstos siguieran pretendiéndose revolucionarios y socialistas, neutralizando por ese hecho a millones de trabajadores en el mundo entero, sino porque en su afán de alcanzar el poder, o de mantenerse en él, son capaces de aliarse objetivamente con el capitalismo en defensa de la vieja sociedad autoritaria y en el mantenimiento del statu quo internacional impuesto al final de la última guerra mundial. La complicidad objetiva, en el terreno del terrorismo ideológico y del terrorismo militar, de la contrarrevolución capitalista y de la contrarrevolución comunista era un hecho desde que en Yalta se habían distribuido el mundo en zonas de influencia. Pero hasta agosto de 1968, esta evidencia no había sido jamás tan evidente. Hasta entonces, los dirigentes y los dirigidos, los privilegiados y los oprimidos, se comportaban como si la situación estuviese inmovilizada para siempre, tanto en el Este como en el Oeste. Después de mayo y agosto de 1968, esta ficción se había desvanecido. Se había probado que las corrientes renovadoras existían, al igual que habían quedado desenmascaradas las fuerzas retardatarias que se oponían a ellas. La traición del Partido Comunista en Francia y la intervención imperialista del Partido Comunista Soviético en Checoslovaquia probaban, pues, que no les interesaba provocar ni respaldar ningún cambio fundamental en el seno del Bloque Occidental, de la misma manera que se oponían a todo intento evolutivo de las estructuras políticas, económicas y sociales del Bloque Comunista (23). Con su «realismo» característico, que les había hecho aceptar compromisos con fuerzas y con regímenes reaccionarios y fuertemente represivos, si con ello podían sacar alguna ventaja para el partido o para la Unión Soviética, los comunistas se

habían convertido en los más firmes defensores del statu quo autoritario internacional.

En marzo de 1968, en la reunión del Pacto de Varsovia celebrada en Dresde, Gomulka le decía cínicamente a Dubcek: «Una revolución socialista en Occidente no nos interesa. Europa está congelada para cincuenta años, por lo menos. Lo que nos interesa es defender lo que tenemos: nuestras fronteras».

Empero, la intervención de los soviéticos en Checoslovaquia no estaba determinada por el interés de salvaguardar «sus» fronteras, sino porque temían que la experiencia de los comunistas checoslovacos fuese contagiosa y llegara a poner en tela de juicio su propio sistema de gestión burocrática. Más que la independencia política o económica del gobierno de Dubcek en el seno del Bloque Socialista, lo que realmente temían era el abandono del dogmatismo ideológico, la existencia de consejos obreros, el nacimiento y el reconocimiento de corrientes dentro del Partido Comunista Checoslovaco.

La «Primavera de Praga» era un intento de rehabilitar el socialismo a la luz de las concepciones más humanas del marxismo, buscando armonizar su teoría y su práctica para construir una sociedad más justa, pero también más libre, que la sociedad capitalista. Y por esto el dogmatismo comunista puso fin a la experiencia, sin tomar siquiera en cuenta que demostraba que el socialismo convertido en ideología de Estado se vuelve irremisiblemente opresivo. Por muy revolucionario que se pretenda, todo aparato tiene el pensamiento y la conducta que le dictan sus estructuras. En Francia y en la Unión Soviética, las estructuras del Partido Comunista, osificadas, burocratizadas, fuertemente jerarquizadas, produjeron un pensamiento autoritario y actitudes reaccionarias completamente opuestas a la teoría revoluciona ria y a las inquietudes populares. El partido, elevado a la categoría de institución, se convierte en su propio fin, en su propia moral. Sólo él representa el porvenir, y cuanto se le opone es considerado como una provocación, como una herejía que hay que exterminar para salvar la institución.

El comunista de partido, es decir, el dogmático, quiere explicar todos los fenómenos a través de los escritos de Marx, de Engels o de Lenin, erige en dogma el papel monopolístico del partido, no concibe la colectivización más

que en términos de nacionalización (propiedad de la burocracia del Estado), no puede admitir que otras organizaciones de masas posean ni el más mínimo grado de autonomía. Cargado de consignas y de prohibiciones, propalando historias maniqueas e ingenuas que otros militantes le han contado, y que acepta y trasmite sin reflexionar, este militante es el que, en Mayo, acusaba a los estudiantes y a los «izquierdistas anarquizantes» de «sembrar el desorden, la duda, el escepticismo entre los trabajadores y en particular entre los jóvenes» (24); y el que, en agosto, acusaba a los comunistas y al pueblo checoslovaco de «lacayos del imperialismo americano» y de «pretender restablecer el capitalismo» (25).

No es sorprendente que los comunistas hayan sido los enemigos más acerbos de la «contestación» estudiantil y juvenil; ésta, al exigir la revolución no para mañana sino para hoy mismo, situaba al partido y a sus organizaciones afines a la derecha del movimiento revolucionario. De ahí que, al igual que en el mundo capitalista, se recurriese también en el «socialista» a la represión policíaca para combatir las revueltas estudiantiles contra el sistema autoritario de enseñanza y de convivencia.

La rebelión estudiantil era contagiosa. Las repercusiones del Mayo francés se hicieron sentir rápidamente en todas las latitudes, avivando los rescoldos y encendiendo nuevas hogueras. Las ocupaciones de los campus universitarios y los enfrentamientos con las «fuerzas del orden» se fueron sucediendo unos tras otros, con la misma exigencia y la misma respuesta: democracia directa, por un lado, y represión, por otro.

En junio, los principales focos de agitación y de interés informativo habían estado localizados en Italia y Yugoslavia, en donde los choques con la policía habían sido particularmente violentos. De menor resonancia, pero de igual radicalidad crítica, eran las agitaciones estudiantiles de las universidades inglesas, belgas y argentinas. Pero, en julio, con las vacaciones, la tempestad estudiantil pareció calmarse definitivamente.

Sin embargo, en septiembre, apenas empezados los cursos, la agitación recomenzaba con fuerza.

En Berkeley, como resultado de la violenta intervención de la Guardia Federal para disolver una manifestación de estudiantes organizada en protesta contra las brutalidades policíacas en la ciudad de Chicago, con ocasión de la Convención Nacional del Partido Demócrata (26), resultan heridos varios manifestantes y un oficial de policía es alcanzado por una bala. Durante tres días prosiguen los enfrentamientos que culminan con la ocupación del campus universitario por los militares y la imposición de un verdadero toque de queda en la ciudad, «con el fin de asegurar el orden y la protección de vidas y bienes».

Para justificarse, y sin duda para atemorizar, las autoridades propalan «informaciones» sobre la existencia de un «plan» revolucionario:

El director de la Policía Federal (FBI), Sr. Hoover, acaba de «prevenir», en el Boletín del FBI, a los directores de las universidades americanas de la existencia de «un plan de ataques generales dentro de las instituciones de enseñanza para el otoño próximo», puesto a punto por los grupos de la nueva izquierda. Los educadores, las autoridades locales y los representantes del orden no deben ignorar esos movimientos y no deben tomar a la ligera la oleada de «terrorismo revolucionario que ha invadido los campus», ha seguido afirmando el Sr. Hoover.

Aunque la existencia de ese «plan» no fuese más que un pretexto inventado por los servicios del FBI, para justificar «legalmente» las medidas represivas puestas en pie contra los estudiantes y los negros, el hecho es que a partir de ese momento el «orden» fue mantenido sin ninguna clase de miramientos.

El propio movimiento de rebelión de los negros estadounidenses que, tras la constitución de los grupos que reivindicaban el «poder negro» había combatido decididamente la discriminación por parte de la mayoría blanca, se resignaba ahora a vegetar dentro de la legalidad bajo el peso de la represión y las maniobras orquestadas para dividirlo. Se seguía hablando del «poder negro», pero detrás de él no había la menor cohesión. El movimiento activista

de los «panteras negras» era perseguido, diezmado sin compasión por la policía que tenía «carta blanca» contra ellos. Y el célebre Comité de Coordinación de Estudiantes No Violentos (SNCC), del que acababa de dimitir el no menos célebre y fogoso Stokely Carmichael, se pronunciaba prudentemente por «la formación de una conciencia política negra». Su nuevo presidente, Phil Hutchings, reconocía sin ambages la impotencia del movimiento negro frente a la represión blanca:

Pensamos que hay que meter algo en la cabeza de los negros antes de ponerles un fusil en las manos. [...] Estamos enfurecidos pero debemos ser dueños de nosotros mismos. El hombre blanco quiere que haya disturbios y que el hombre negro descienda a la calle. El hombre blanco ha armado a sus policías y desea tener la oportunidad de matar negros. (*Le Monde*, 5 de septiembre de 1968)

Por todas partes, las «fuerzas del orden» parecían empeñadas en la emulación represiva. Las porras y las granadas lacrimógenas habían sido reemplazadas por fusiles y balas de verdad. Estaba claro que el orden establecido no estaba dispuesto a tolerar nuevos «desórdenes» y mucho menos si éstos reflejaban un malestar popular auténtico. ¿Cómo sorprenderse de que, en tal ambiente de exaltación del orden, las autoridades mexicanas no hayan vacilado en poner fin a la agitación estudiantil con un baño de sangre sin precedentes «en tiempos de paz», con tal de «asegurar el desarrollo de los Juegos Olímpicos en calma y alegre despreocupación»? La matanza de estudiantes y gente del pueblo en la Plaza de las Tres Culturas de la ciudad de México (27), por la soldadesca armada con ametralladoras y tanques, sería el punto culminante de la represión estatal internacional contra los «desórdenes» estudiantiles. La fría decisión de matar gente indefensa quedaba justificada —una vez más— con la simple invocación del restablecimiento del orden.

El horror y la indignación fueron grandes pero, al igual que ocurría con las atrocidades yanquis en el Vietnam y la confiscación de la soberanía checoslovaca por el Ejército Rojo, la opinión pública internacional se apresuró en olvidar. Sólo, de cuando en cuando, algunos gritos de indignación, de protesta y de solidaridad de las conciencias independientes que aún quedaban por ahí y de los grupos juveniles más radicalizados.

Quedaba plenamente probado que la represión disponía de carta blanca, que la violencia del orden establecido reinaba impunemente en el mundo y que la moralidad cívica —nacional e internacional— sólo era invocada para condenar las acciones del activismo revolucionario, pese a que éste no se había manifestado nunca con tal ferocidad y que su violencia hiciera raramente víctimas.

Experiencia tras experiencia, matanza tras matanza, injusticia tras injusticia, los pueblos sufrían el triunfo de la fuerza y la mentira —impuesto y aceptado como un fatalismo histórico—. El poder se consideraba autorizado a mentir y actuar según sus intereses, seguro de que tal cinismo sería recompensado por el «realismo» que preside las relaciones entre Estados.

Las complicidades del poder en los crímenes que se cometían en uno y otro campo eran de tal orden que, necesariamente, la crítica tenía que desembocar en crítica del poder autoritario en general. Ayudada por el impacto de la «contestación» juvenil, la crítica anarquista del poder y del burocratismo fue de nuevo un polo de atracción ideológico en los medios revolucionarios e inclusive fuera de ellos, aunque en estos casos fuese para ir demagógicamente en el sentido de la historia:

Por primera vez en la historia de Francia, la sacudida revolucionaria que acaba de sufrir el poder inamovible puede tener otra consecuencia que asentar más sólidamente sobre sus bases la jerarquía centralizadora. El Estado está en condiciones de decidir lo que jamás ha hecho en tres siglos: compartir las responsabilidades del poder, dando ejemplo de una participación que debe extenderse a todos los dominios (28).

Como lo pondrían de manifiesto la mayoría de las numerosas obras dedicadas a Mayo de 1968, a la Primavera de Praga y al movimiento de «contestación» estudiantil, las tesis y el activismo ácratas habían marcado profundamente, como nunca antes, la reflexión revolucionaria, afirmando la esperanza en el porvenir de la utopía libertaria.

En España, a pesar de que el movimiento de los ácratas había sido amputado por la represión de algunos de sus elementos más dinámicos, su influencia seguía sintiéndose en el seno del estudiantado. En la Universidad de Madrid, que era en esos momentos la que principalmente marcaba la pauta a la agitación estudiantil.

El tercer trimestre había comenzado con la disputa entre la «izquierda institucionalizada» y la «independiente» a propósito de los exámenes finales. En una asamblea celebrada en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, los representantes de la «izquierda institucionalizada», es decir, los delegados del SDEUM, quisieron oponerse a que se planteara una proposición de huelga de exámenes presentada por los «independientes». Al constatar que la mayoría no les seguía, y para manifestar su oposición a tal propuesta, los delegados se retiraron; pero la asamblea continuó sin ellos. Era ésta la primera vez que se realizaba en Madrid una asamblea —con la asistencia final de más de quinientas personas— en contra del dirigismo esdeumista que pretendía ahogar toda iniciativa de la izquierda, so pretexto de una desfavorable relación de fuerzas y en beneficio de un mítico «afianzamiento entre la base». Sin embargo, a pesar de la campaña llevada a cabo por ácratas y afines, la huelga de exámenes no tuvo la repercusión que hubiera tenido de haber sido más intensamente explicada, aunque la apoyaran en la medida de sus fuerzas algunos representantes esdeumistas.

Empero, los esfuerzos realizados por el reformismo para justificar el desinterés de la masa estudiantil dieron sus frutos, y la Universidad de Madrid que había estado en la punta de la «contestación» en España, vegetó hasta final de curso

«sumida plácidamente en el estudio de sus específicas alienaciones y en la contemplación venturosa y censurada de la revolución de Mayo en Francia».

No obstante, aunque la polémica no llegara a plantearse en términos radicalmente violentos, posiblemente por ausencia de algunos de los ácratas más radicalizados, fue en buena parte gracias a ellos que los estudiantes empezaron a percatarse de la manipulación a que les sometía muchas veces el sindicato «democrático», así como de la necesidad de otros grupos a la izquierda del mismo para dar al movimiento estudiantil un contenido y una práctica revolucionarios.

El fenómeno ácrata había sido, sin duda, el suceso clave de un curso durante el cual había habido más de doscientos expedientes, cerca de 2.000 detenidos, varios decanos, rectores y un ministro dimitidos, disparos y heridos en el campus madrileño, facultades incendiadas y ocupadas, cócteles Molotov en apreciable cantidad y, en fin, toda la gama que una subversión profunda y sistemática puede ofrecer. Dicho con otras palabras: los ácratas habían puesto la Universidad madrileña a nivel mundial, al mismo nivel que las de Berlín o Roma y a nivel superior que las de Varsovia o París (antes de mayo por supuesto). [...] La izquierda clásica, tan dada a no lanzarse a la acción mientras no dispone de una formidable coraza ideológica, recibía con una mezcla de indulgencia y de escándalo a los enloquecidos ácratas que traían el culto de la diosa Acción, preocupándose bastante menos por la elaboración de las grandes construcciones del «futuro socialista». Con el bocadillo de ideología que les permitiría resolver los problemas de hoy y de mañana tenían suficiente. Ahora bien, nada autoriza a suponer que sea necesario prever sistemáticamente hoy lo que habrá que razonar pasado mañana. [...] Cuando se recapacite sobre las figuras de los grandes pensadores socialistas, comprometidos toda su vida en la lucha política más próxima y peligrosa de su tiempo, destacando estos aspectos prácticos, se habrá equilibrado la balanza sempiterna que artificialmente divide el pensamiento y la acción. En la vida universitaria del curso 67-68 los ácratas dieron el primer paso para su consecución y ello supone una gran novedad (29).

Y, en efecto, el desequilibrio entre el pensamiento y la acción seguía siendo una de las causas principales del anquilosamiento y decadencia del movimiento anarquista clásico, en España y en el mundo. Lo que se pondría una vez más en evidencia con ocasión del Congreso Internacional Anarquista celebrado en Carrara (la ciudad de más abolengo anárquico de Italia), a principios de septiembre, en plena expectación a causa de la reactualización del anarquismo —lo que justificaría la presencia en él de enviados especiales de la prensa, la radio y la televisión internacionales—.

Como hemos explicado en los capítulos anteriores, el abismo que separaba la teoría de la práctica, provocando tantas polémicas y escisiones en el seno del anarquismo organizado, y que estaba en el origen de la ruptura entre las Juventudes Libertarias y la vieja militancia confederal apegada a la legalidad exiliada, había conducido a una división de hecho entre los partidarios de un anarquismo combativo y los que se atribuían como principal misión la salvaguarda del ideal. Como es de suponer, Mayo de 1968 había ahondado esta división y, aunque no correspondía a una estricta separación generacional, situaba de un lado a los anarquistas jóvenes y del otro a los que no lo eran ya.

Sin embargo, eran muchos los militantes que se habían forjado grandes ilusiones con la celebración de este congreso, en un momento que no podía ser más oportuno para la renovación del movimiento, de un movimiento que vivía, desde hacía muchísimos años, petrificado por la inacción, disgregado por rencillas personales o sectarias, y, en el mejor de los casos, tratando de mantener inhiesta la bandera del anarcosindicalismo, pero que la «contestación» anarquizante parecía predestinar a un prometedor resurgimiento. Así debían creerlo los organizadores del congreso, pues ¿que otra explicación podían tener sino las invitaciones cursadas a los Rudy Dutschke y Cohn-Bendit? ¿Acaso no era un momento excepcionalmente propicio para hacer la síntesis, tanto tiempo esperada, entre el activismo juvenil y la tradición ideológica de la vieja guardia?

Pero el desarrollo del congreso probaría lo que ya se sabía (y que Mayo de 1968 había agravado), es decir, que la oposición entre las dos actitudes era irreductible y que el divorcio entre las dos generaciones era definitivo, aunque hubiera militantes viejos que aprobaban la actitud de los jóvenes:

«Hay aquí entre nosotros un español de sesenta años que piensa como nosotros», gritaría Cohn-Bendit para rechazar ser catalogados en grupos de edad. Sin embargo, el hecho generacional era evidente y las dos mentalidades seguirían sin encontrarse.

Un congreso anarquista no puede desarrollarse como cualquier otro. Así, en Carrara, donde los libertarios de unos veinte países están reunidos desde el sábado por quinta vez en la historia de su movimiento, no hay uno sino dos congresos: uno está reunido en un pequeño teatro [...] desarrollándose según las reglas más estrictas de los concilios políticos heredados del siglo diecinueve, con discursos, banderas y proposiciones. El otro congreso se ha desarrollado en la calle, según los procedimientos rejuvenecidos en Nanterre, popularizados por el Mayo de la «contestación», puestos a punto en el Festival de Aviñón, utilizados en Venecia y que encuentran aquí su terreno más propicio. Entre los dos congresos, ¿se pasará de la coexistencia celosa a la ruptura declarada? (Crónica del enviado especial de *Le Monde*, Jean Lacouture, 3 de septiembre de 1968)

Los viejos militantes, sobre todo los apegados al ritual y al burocratismo orgánico, reaccionaban visceralmente escandalizados ante las críticas y las conductas inconformistas de los jóvenes.

Impugnados por los jóvenes «anars» en su cargado «martirologio» y por su «fraseología» socialdemócrata. Decapitados, perseguidos, deportados, diezmados por las sucesivas oleadas revolucionarias, no quieren ser «una vez más los cornudos de la Historia» y no teniendo «nada que revisar o corregir en cuanto a los principios fundamentales del anarquismo» se refugian voluntariamente en sus recuerdos heroicos. [...] Tradiciones anarquistas contra invención anarquista, Cohn-Bendit contra Joyeux, herederos rituales de Bakunin contra enterradores sacrílegos del anarquismo de papá, los que sirven

a la anarquía contra los que se sirven de ella, no es sólo la dialéctica de dos generaciones, es la de dos momentos históricos diferentes. La síntesis no se ha hecho en Carrara. Pero, ¿no es la esencia misma del anarquismo el ser un movimiento abierto? (Crónica del enviado especial de *Le Nouvel Observateur*, Mariella Righini)

La incompatibilidad de puntos de vista y de conductas fue, pues, irreductible. Los jóvenes, que habían llevado la «contestación» antiautoritaria hasta sus últimas consecuencias, impugnando a la vez toda forma de paternalismo ideológico y de desviación burocrática del ideal revolucionario, no podían renegar por razones sentimentales o partidistas ante el nefasto paternalismo burocrático que había desnaturalizado el movimiento anarquista clásico.

La confrontación fue violenta y exagerada por ambas partes. Unos, cerrándose a toda crítica, llegando a amenazar con la «excomunión»; otros, saboteando conscientemente el congreso con sus intervenciones «irrespetuosas», «antirreglamentarias», «satíricas», aunque estos últimos se justificasen plenamente al afirmar: «lo peor que podría ocurrirle al anarquismo sería que se convirtiese en una institución».

Empero, la polémica seguía girando en torno al dilema de siempre: servir al anarquismo como a un ideal, o servirse de él para preparar la revolución. Cohn-Bendit lo resumió claramente en su intervención antes de la ruptura final:

> ¿Por qué nos oponemos a la marcha de este Congreso? Porque el Congreso vuelve la espalda a la espontaneidad, que es, según nosotros, la clave de la revolución. [...] Decimos que estáis en el error, porque no es encerrándoos como lo hacéis, blandiendo exclusivas, prosiguiendo el eterno debate entre Bakunin y Marx como haréis avanzar la causa de la revolución. [...] Para nosotros el problema no está entre marxismo y anarquismo. El problema está en descubrir y poner en acción métodos más radicales con vistas a la revolución.

Como debía ocurrir, el Congreso Internacional Anarquista terminó sin ningún resultado positivo para la anarquía. En un lado quedaron los defensores de la tradición organizada y en el otro los de la rebelión renovada por cada generación.

En lo que al anarquismo español se refiere, este congreso ahondó la escisión que existía de hecho en el seno del MLE. La presencia de Federica Montseny en Carrara, vociferando contra las Juventudes Libertarias, no tenía otro objetivo que impedir que la FIJL pudiera hacerse oír en dicho congreso. Con una constancia y un rencor extraños, Esgleas, Montseny y compañía seguían empeñados en combatir y aislar a la FIJL en el seno del anarquismo internacional. Como si los jóvenes libertarios españoles no tuvieran bastantes problemas con la clandestinidad y la represión que pesaba sobre ellos.

El 11 de septiembre, la prensa española daba a conocer con estrépito «la detención de activistas de las Juventudes Libertarias que operaban en la zona levantina». Inmediatamente, la prensa extranjera se hizo eco de la noticia:

> Siete miembros de las Juventudes Libertarias y de la FAI han sido encarcelados en Valencia después de una larga investigación, ha anunciado el miércoles el periódico madrileño *ABC*. Una abundante cantidad de material de propaganda anarquista, libros y documentos de carácter subversivo han sido confiscados. [...] Siempre según este periódico, los detenidos estaban en relación con el Grupo Primero de Mayo, que opera igualmente en el extranjero. (*Le Monde*, 13 de octubre de 1968)

Efectivamente, *ABC*, del 11 de septiembre, daba cuenta de la detención de los siete militantes libertarios en un artículo firmado por Alfredo Semprún, «periodista» al servicio del Ministerio de Información franquista, en el que se decía lo que sigue:

> Hace algunos días dábamos cuenta a nuestros lectores de que, probablemente y según nuestras noticias, la justicia belga iba a poner

> en libertad en breve plazo al jefe del grupo anarquista libertario llamado Primero de Mayo, apellidado Alberola, pero más conocido bajo el «alias» de «Juan el Largo» (30). Ayer, un magnífico servicio de la policía española vuelve a traer a la más rabiosa actualidad el nombre de este sujeto de nacionalidad hispanoamericana, que se siente en la obligación de «liberar» a los españoles bajo el pretexto de que su padre perdió la vida derribado por las balas de la policía «franquista». Como decimos, hace muy pocas horas que nuestros agentes, y en especial los afectos a la Brigada Regional de Investigación Social de Valencia, han detenido a los miembros actualmente en España del citado grupo Primero de Mayo, que bajo las órdenes directas del citado Alberola venían actuando en aquella provincia, desarticulándolo por completo. [...] Todos ellos recibían las órdenes y el dinero, abundante dinero, de las Juventudes Libertarias de Clermont-Ferrand, en Francia.

La realidad es que la detención de este grupo, (31) que se encargaba de la distribución de propaganda libertaria en las zonas centro y sur de la Península, servía de pretexto al Ministerio de Información franquista —valiéndose del falso periodista Alfredo Semprún— para presionar a través de la prensa sobre el gobierno belga que debía resolver nuestra situación legal (el asilo político) después de haber sido puestos en libertad. De ahí que, sin importarles las contradicciones y las mentiras, sacaran nuevamente el cuento de Juan el Largo y el otro más absurdo de «jefe del grupo anarquista libertario llamado Primero de Mayo».

A partir de entonces, y cada vez que los libertarios realicen alguna acción antifranquista en el interior o en el exterior de España, la prensa —en particular *ABC*— repetirá esta burda maniobra con el objetivo de hacer más difícil nuestra estancia en el extranjero.

Pero, ¿cómo podría sorprendernos esta violación de la deontología periodística por un gacetillero franquista a sueldo del Ministerio de Información, cuando el propio jefe de la diplomacia española descubría sin vergüenza alguna su política de doble juego en plena ONU?

Entre las numerosas paradojas que se observan en las Naciones Unidas, la actitud de la España del general Franco no es la menos notoria. [...] Por tanto, todos los récords del cinismo han sido batidos

—lo que no es nada fácil en las Naciones Unidas— cuando el representante del régimen franquista, que se enorgullece de ser el más anticomunista, se ha abstenido de pronunciarse sobre la invasión de Checoslovaquia. [...] Los diplomáticos soviéticos no ocultaban, después del discurso del Sr. Castiella, que éste les había complacido, que «España había dado una lección de buena conducta a las potencias de Occidente». (*Le Monde*, 18 de octubre de 1968)

¿Quién más calificado para apreciar el cinismo de un diplomático franquista que un diplomático soviético?

Con las elecciones norteamericanas, que harían al ambicioso Nixon nuevo presidente de los Estados Unidos, 1968 llegaba a su fin. Las negociaciones sobre la guerra en el Vietnam seguían su «curso normal» en París, mientras los militares yanquis continuaban destrozando sistemáticamente los campos y los pueblos de aquel país con sus máquinas de guerra programadas con los computadores de Robert McNamara. Pero en el horizonte de 1969, la llegada de Nixon, con su lema de «primacía del orden y de la ley» y sus promesas de sacar a los jóvenes reclutas americanos del avispero vietnamita, no auguraba —pese a todo— ningún cambio fundamental en la política internacional.

En cambio, la progresiva grupusculización del izquierdismo impugnador y la decidida inclinación del activismo revolucionario por los planteamientos nacionales y de «guerrilla urbana», en la América Latina y en la propia Europa (32), facilitarían una represión más selectiva en los objetivos y en los métodos de la represión autoritaria.

Notas

1. Del folleto Pequeña historia de la llamada Acracia, editado en 1970.

2. El SDEUM acordó celebrar asambleas de curso para «informar» y enviar una carta al decano. En su Boletín Informativo, aparecido anticipadamente el día 20 de febrero, el SDEUM se definía claramente: «Nosotros deseamos el diálogo y no queremos en ningún momento la violencia. Sólo exigimos que este diálogo sea auténtico y como tal nosotros entendemos que ha de establecerse entre representantes [el subrayado es suyo] de ambos estamentos, situación que no se da en la actualidad al no ser las autoridades académicas representantes del estamento docente».

3. En este panfleto, que se encabeza con una frase de Pablo Neruda: «Silenciosos cómplices del verdugo», los ácratas acusan: «al finalizar la guerra civil nuestros mejores intelectuales hubieron de exiliarse. Aquí quedaron los segundones de entonces que, prostituyendo la Ciencia, viven aún de las rentas de unas oposiciones más que dudosas. Durante treinta años, con su rutina, su pereza, su situación de privilegio, su falta de curiosidad y de moral han conseguido mantener al país en un estado de protectorado científico (patentes, traducciones, etc.)».

4. La Gaceta Universitaria calificaba a los ácratas de ser «los panzer de la universidad, los que pueden estar un día y otro en medio del fregado sin dar nunca señales de cansancio».

5. *Le Monde*, del 8 de marzo de 1968, después de reseñar los diversos centros universitarios en huelga y describir las medidas policíacas para impedir las «asambleas libres», ponía de relieve el sentido de esta rebelión: «Los universitarios madrileños, expulsados de la Facultad de Ciencias mientras tenían una asamblea, han afrontado la policía con gritos de: «¡Ni Franco ni Carrillo (secretario general del Partido Comunista Español) nos moverán; luchamos por la libertad!».

6. «Es a un grupo anarquista español clandestino, que tendría su sede en Bélgica, al que se atribuye la responsabilidad de la ola de atentados a la bomba cometidos en Londres y La Haya. Su líder, conocido bajo el nombre de Juan el Largo, Mr. Bing, está preso en Bélgica y se piensa que su grupo intenta probablemente mostrar que ese contratiempo no ha disminuido su combatividad». A partir de ese momento la leyenda —para consumo periodístico— estaba lanzada, y la fábula de Juan el Largo —inventada por algún agente policial — sería explotada repetidamente por la prensa sensacionalista y en particular por la española.

Nuestra detención en Bélgica nos pareció entonces fortuita; pero en 1974 pudimos tener la certeza de que había sido provocada por Inocencio Martínez (al que ya hemos hecho referencia en la nota sobre la detención de Luis Andrés Edo y su grupo en 1966 en Madrid. Martínez había comenzado a colaborar con las Juventudes Libertarias después de la ejecución de Granado y Delgado en 1963. Hasta 1966, se había dedicado a introducir propaganda en España con los grupos de la FIJL del sur de Francia. Su primera participación en una acción debía ser en Madrid en 1966. En 1968 aceptamos de nuevo su participación para la acción que preparábamos en Bélgica. A su llegada fuimos detenidos, y Martínez y otro compañero (que más tarde fue detenido al entrar en España) pudieron volver a Francia. Tampoco dudamos de él porque pensamos, por el lugar en dónde habíamos sido detenidos y el interrogatorio de la policía, que la causa de nues tra detención había sido fortuita.

7. Todos ellos fueron sentenciados a tres años de cárcel, pero saldrían en libertad en 1969 con ocasión de una amnistía para los presos políticos.

8. En una carta, que la policía había interceptado en la American Express de Bruselas, se denunciaba «la nueva estructura de las prisiones para presos políticos», las «arbitrariedades en las extinciones de penas» y «un caso inquisitorial»: el de Miguel García que, a los 60 años, era «el preso político más antiguo de España» y que tras veinte años de cárcel se hallaba desde hacía varios meses «en detención ilegal» al no aplicársele la libertad condicional a la que tenía derecho.

Más tarde, cuando Miguel García pudo salir de España se pasó unos meses con nosotros en Bélgica (para recuperar la voz, pues se había quedado afónico de tanto hablar después de tantos años de cárcel) en un instituto médico-psíquicopedagógico en el que Alberola trabajaba como «educador».

9. Cita de Marx (Carta a Kugelmann, 17 de abril de 1871) en Le Gauchisme, de los hermanos Cohn-Bendit.

10. On a raison de se révolter, de Ph. Gavi, J.-P. Sartre y P. Victor.

11. En esos mismos días en que los estudiantes levantaban barricadas en las calles de París comenzaban, en uno de los palacios del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, las «negociaciones por la paz en el Vietnam».

12. Cita sacada de Le Gauchisme, p. 166.

13. El fin de la utopía, de H. Marcuse.

14. The Berkeley Student Revolt, de S. M. Lipset y S. S. Wolin, p. 218.

15. Declaración de la Asamblea General de Estudiantes de la Universidad de Berlín.

16. K. Novermann, presidente de la Alianza General de Estudiantes de Berlín, en 1967.

17. Las tesis desarrolladas en este folleto y el estilo de su redacción mostraban la influencia de la revista L'Internationale Situationniste en ciertos medios estudiantiles.

18. R. Dutschke, citado por K. Hermann, en Los estudiantes en rebeldía, p. 166-170.

19. D. Cohn-Bendit, citado en La insurgencia estudiantil.

Antes de nuestra detención en Bélgica nos reuníamos con los estudiantes anarquistas franceses de la Universidad de Nanterre en el apartamento que Daniel Cohn-Bendit tenía en París. Uno de estos estudiantes había participado en la fase final de la operación de Roma: la retirada del grupo que la había realizado.

20. G. Séguy, secretario general de la CGT, citado en Le Gauchisme, p. 181.

21. Maurice Clavel, en Le Nouvel Observateur, de septiembre de 1968.

22. Con el que la izquierda francesa intentaría hacer la síntesis imposible de las esperanzas renovadoras de Mayo de 1968 y el descarado pragmatismo tricolor comunista.

23. En la querella chino-soviética encontramos, además de las causas conflictivas propias de la rivalidad entre grandes potencias, y aún más cuando éstas tienen una frontera común, indiscutibles divergencias en la interpretación práctica de la teoría oficial, el marxismo-leninismo, que prueban esta resistencia a la evolución de las estructuras.

24. «Estos falsos revolucionarios deben ser enérgicamente desenmascarados porque, objetivamente, sirven a los intereses del poder gaullista y a los grandes monopolios capitalistas. Hay que combatir y aislar a todos los grupos izquierdistas que buscan perjudicar al movimiento democrático tras mera fraseología». Declaraciones de G. Marchais, miembro del Comité Central del PCF. Citado en Le Gauchisme, p. 167.

25. Entre las diatribas lanzadas contra la Primavera de Praga, para justificar la invasión del ejército ruso, la de Fidel Castro fue una de las más sectarias y más duramente resentidas por la izquierda internacional que había puesto sus esperanzas en el «socialismo de faz humana». Fidel justificó la intervención rusa porque, según él, la Checoslovaquia de Dubcek «resbalaba sobre una pendiente abrupta hacia el capitalismo o iba a caer inexorablemente en los brazos del imperialismo».

26. Una pacífica manifestación de jóvenes opuestos a la guerra del Vietnam fue disuelta por la policía cuando pasaba frente al hotel donde los demócratas debían elegir su candidato a la presidencia. La sorprendente e innecesaria violencia policíaca provocó una oleada de protestas en toda la nación americana.

27. Aunque nunca fue dada a conocer la cifra exacta de las víctimas, la prensa extranjera se hizo eco de una cifra que oscilaba entre 300 y 400 muertos.

28. De un discurso pronunciado por el ex ministro francés de Educación, Alain Peyrefitte, el 2 de septiembre de 1968.

29. Extractado del folleto Pequeña historia de la llamada Acracia. Este folleto lo editamos «clandestinamente» en Bélgica, en el instituto médico-psíquico-pedagógico en donde Alberola trabajaba de «educador».

30. En efecto, y muy curiosamente, el 4 de septiembre, *ABC* había publicado un artículo —firmado por el mismo Alfredo Semprún— en el que tras dar cuenta de una serie de acusaciones falaces sacaba a relucir el mito de Juan el Largo y del aún más absurdo «jefe del Grupo Primero de Mayo», para justificar, como se vería una semana tarde, las acusaciones contra el grupo levantino. El autor de este artículo, el «periodista» Alfredo Semprún, era el mismo que en 1967, después del asesina to del padre de Alberola, había firmado la nota publicada por el *ABC* para «disculpar» a la policía franquista. Por ser un ejemplo de la descarada doblez de la información periodística en la España franquista reproducimos algunos párrafos de dicho artículo: «Con la detención, aunque momentánea, de Juan el Largo, se puso coto a una serie de actividades delictivas contra el Estado español que, desde el secuestro de monseñor Ussía en Roma, la colocación de explosivos en diversas representaciones consulares españolas en el extranjero (Ginebra, Londres, Ámsterdam y Bonn entre otras), pasando por las bombas colocadas en algunos aviones, que no llegaron a explotar, así como la colocada en la Dirección General de Seguridad de Madrid, se llegó a actos de violencia del calibre del asalto y retención por pocas horas de dos funcionarios de la embajada española en Londres, en cuyo despacho principal dejaron incluso una carta dirigida al ministro de Asuntos Exteriores en términos de amenaza, pidiendo la libertad de miembros del "grupo" detenidos en España y una "amnistía" de los "presos políticos" que "llenaban nuestras cárceles". [...] Todo ello, a la vez que en la prensa y radio extranjera, así como por los más diversos medios de propaganda a su alcance, se llevaba a efecto una intensa publicidad contra el Régimen español, en la que se declaraban públicamente autores de todos los hechos que someramente hemos recordado. [...] Y Octavio Alberola, convicto y confeso como dirigente de intento de rapto, petición de rescate y posterior eliminación, según su propia confesión (?), de don Alberto Ullastres, fue encarcelado, no obstante únicamente bajo los cargos antes señalados, y si nuestras noticias son tan ciertas como suponemos, dentro de pocos días gozará nuevamente de libertad para llevar a cabo hazañas por el estilo de las relatadas, así como las amenazas hechas, al parecer por escrito y desde la cárcel, a diversas autoridades españolas, ya que, y siempre al parecer, a Juan el Largo no le quita nadie de la cabeza el que su detención se debe a un magnífico servicio de la policía española en colaboración con sus colegas belgas».

31. Estos siete militantes libertarios serían condenados más tarde a largas penas de reclusión, sin que pudiera probárseles la realización de ningún hecho violento, aparte de la distribución de propaganda y la posesión de armas. Floreal Rodríguez de la Paz, que era el propietario del camión dedicado al transporte, fue condenado a más de 20 años de presidio.

32. Así, en Inglaterra, comenzarían las acciones de la Brigada de la Cólera (atentado contra el Museo Imperial de la Guerra, de Londres), en Alemania, el grupo Facción del Ejército Rojo (cócteles Molotov contra el Ministerio del Interior, en Berlín occidental, y contra el Rectorado de la Universidad Libre de esa misma ciudad) y, en Francia, un efímero grupo estudiantil que realizó algunos atentados contra sedes de instituciones bancarias y de fabricación de automóviles.

X

1969. La recuperación ideológica de la «contestación» antiautoritaria

«De hecho, si se respeta la legalidad, no se puede obrar contra el Sistema; se está dentro.»

J.-P. Sartre, *On a raison de se révolter*

Con opuestos objetivos pero con la misma pretensión apropiativa, los grupúsculos revolucionarios «organizacionistas» y el reformismo político (de izquierda y de derecha) prosiguieron la lenta «digestión dialéctica» del sobresalto impugnador de Mayo del 68. Los primeros —que se autoconsideraban sus más legítimos herederos— seguían buscando, a través de formas cada vez más legalistas, la prolongación del impulso revolucionario que, tras provocar una profunda toma de conciencia frente la alienación autoritaria, había amenazado con subvertir todas las estructuras jerárquicas de la sociedad establecida. Los otros —que a pesar de saberse impugnados seguían considerándose como los «instrumentos históricos más responsables» para conducir el cambio— proseguían descaradamente su obra de recuperación de la «contestación» en favor del sistema.

Es innegable que el pronunciamiento antiautoritario de Mayo del 68 planteó —no obstante su brevedad y sus prisas de querer formularlo todo de nuevo— el problema del cambio de orientación sin complejos y en términos justos, aunque no siempre claros, en todos los campos de la actividad humana. Pese a ciertas inevitables derivaciones folclóricas, consiguió que la necesidad del

cambio fuese sentida con lucidez inclusive en sectores que hasta entonces parecían exteriores a la alienación autoritaria: el arte y la cultura.

Pero el eco internacional y la profundidad del sobresalto impugnador aguzaron el reflejo de autodefensa en el seno de todas las castas dirigentes. En el Este, porque la simple pluralidad de puntos de vista era considerada —porque lo es en efecto— como una seria amenaza para el sistema, y porque en caso de ser admitida sería muy difícil evitar el paso al pluralismo institucionalizado; es decir, la institucionalización del «socialismo de rostro humano». En el Oeste, porque la simple liberación de la imaginación abría automáticamente los ojos al alienado, mostrándole el divorcio entre la degradante monotonía de la vida cotidiana del ciudadano y el prestigio de la racionalidad superior del sistema: la democracia.

Con la radical impugnación de los tabúes ideológicos y de todas las formas de alienación, Mayo del 68 había facilitado la conjunción, en una exigencia revolucionaria global, de todas las reivindicaciones parciales de las minorías marginadas por el autoritarismo. Y todas esas reivindicaciones — que no constituyen más que una sola exigencia: la liberación de la vida— no cesan de resurgir con cada nueva impugnación antiautoritaria, denunciando la alienación y extendiendo la rebelión. Por ello, a partir del momento en que ha dado pruebas de su peligrosidad, esta corriente de agitación —que no parece querer detenerse— se ve sometida al doble proceso recuperativo que ya hemos señalado antes y que busca desnaturalizarla: ya sea integrándola en el marco de las reformas legales o en el de un folclore marginal irrisorio, teorizado a partir de su específico sectarismo.

Por provenir del interior de la «contestación» misma y ser llevada adelante por las propias fuerzas revolucionarias que deberían preservarla de una nueva ideologización, la recuperación ideológica es la más peligrosa de las recuperaciones. La ideologización del antiautoritarismo es una contradicción y, a la larga, su negación, como ha sido probado reiteradamente por todos los movimientos revolucionarios que en la acción eran antijerárquicos, y que después, en su afán de ideologizar y de organizar la revolución, matan el espontaneísmo, encierran de nuevo la imaginación y acaban por restablecer el burocratismo, reduciendo la acción al lenguaje y perdiendo la calle al ganar la

permanencia y la vitrina, por no referirnos a la forma todavía más sutil con que el sistema desvía a las masas de la acción dándoles en pasto su inquietud reducida a una simple moda literaria. Aunque fuera sabido de siempre (al menos, desde que hay retórica) que los medios de comunicación, el lenguaje y los signos en general podían servir para imponer o modificar los esquemas de conducta de los hombres, jamás se había visto a una sociedad buscar la recuperación de las fuerzas que la negaban y la combatían a través de la difusión masiva de su literatura, como si, a un cierto nivel del desarrollo económico, la literatura revolucionaria, convertida en mercancía, contribuyese a la salud del sistema, sirviendo como agente subconsciente de transformación de la inquietud revolucionaria en el esfuerzo literario de escribir o leer.

A partir de Mayo del 68, con la literatura «izquierdista» se pusieron de moda los «izquierdistas» y sus «grupúsculos» más o menos institucionalizados o efímeros —según cultivaran el rigor de la disciplina organizada o la pasión espontaneísta. Un poco por todas partes, hace su irrupción el «izquierdismo». Una nueva izquierda «extraparlamentaria» y más o menos activa, integrada por tres corrientes revolucionarias que se detestan cordialmente (la trotskista, la maoísta y la anarquista), pero que en los momentos álgidos seguirán encontrándose en la calle.

En algunos países, el «izquierdismo» ayudó a relanzar —con posiciones revolucionarias más radicales— toda una serie de movimientos autonomistas que, sin embargo, no podían ser clasificados propiamente como «izquierdistas»: los vascos, los bretones, los irlandeses, etc.

En líneas generales, podría decirse que la característica fundamental que define a esta nueva izquierda surgida de la «contestación» es el rechazo de la sociedad capitalista y de la sociedad comunista tal como ha sido instaurada en la Unión Soviética. Ninguno de los dos sistemas le parece soportable o siquiera perfeccionable, reprochándole a ambos la misma tara congénita: reservar el poder a una minoría de privilegiados llamados dirigentes. Pero de esto no puede deducirse que las corrientes que la integran hayan superado los viejos sectarismos y que hayan llegado a formular una ideología común. Fragmentos, más bien. Algunos antepasados más o menos gloriosos y más o menos venerados según los casos: muchas veces Marx (pero no siempre el mismo),

Rosa Luxemburgo y Lenin (por su praxis revolucionaria), W. Reich y Marcuse (por su aporte a la «contestación»), Mao y Trotski, Proudhon y Bakunin (por ser sujetos de permanentes controversias y por polarizar en torno a sus posiciones las tres principales corrientes). El punto común es el socialismo: un socialismo purificado, antiburocrático, sentimental y libertario para unos; teórico y cerebral, y mucho menos libertario para otros; con otro común denominador más nuevo y más próximo a las inquietudes de las nuevas generaciones: la impugnación de las estructuras de clase y las relaciones sociales en que se asientan: la familia, la escuela, la fabrica, la sexualidad, la cultura y el trabajo y el principio de autoridad que las ha sustentado hasta ahora, aunque la unanimidad en la impugnación de la autoridad hoy no quiere decir que haya la misma unanimidad para afirmar la libertad de mañana. Pese a tantos rasgos comunes, las diferencias entre las diversas corrientes son numerosas, como numerosas son también las subdivisiones en grupúsculos.

Veamos como se operó la recuperación ideológica de la «contestación». Por ser la «contestación» estudiantil el más importante semillero de militantes para esta nueva izquierda revolucionaria, apoyaremos nuestro análisis en el folleto De los modos de integración del pronunciamiento estudiantil; en él se aborda el proceso recuperativo de los estudiantes europeos en particular, pero nos parece que, en sus líneas generales, corresponde al proceso operado en los demás continentes. Como se precisa muy bien en ese folleto,

> La cadena más pesada y la reja más espesa que se nos presenta cuando nos ponemos a considerar que el peligro de integramiento del pronunciamiento de los estudiantes está en que los estudiantes sean algo determinado, en que los «estudiantes» sean también una denominación del Ser: pues procedimiento para ello más eficaz y más seguro que todas las literaturas políticas y religiones, será siempre en la mayoría de los casos el de que los estudiantes sigan siendo estudiantes sencillamente, esto es, examinados (y por ende sucesivamente graduados, doctorados, opositores, y al final definitivamente hombres), puesto que sostén del ser es el saber y el saber en verdad es saber que uno sabe y que se sabe.

Que éste es el peor peligro y la dura realidad lo prueba

> ... la historia del pronunciamiento en estos pocos años. Vosotros habéis visto que, en tanto que, a pesar de todo lo dicho, las religiones, las pedanterías políticas, la historifícación de las acciones, las propias necesidades psicológicas de los individuos podían verse saltar por los aires y esconderse avergonzadas en las buenas ocasiones de las marchas o de las grandes asambleas, en cambio el pronunciamiento se rendía y se reintegraba ante la amenaza de las fechas académicas fatídicas y bajo la presión de los mecanismos examinatorios: allí asomaba la verdad de la Realidad al lado de lo cual hasta los monstruos de la religión y las ideologías parecían espantapájaros y quimeras.

El movimiento estudiantil llevaba —lleva— el enemigo en su seno. La recuperación comienza en el instante en que el estudiante redescubre y acepta su propia especificidad. Cuando renuncia a rechazar las modalidades operantes entre los estudiantes mismos y «por las que el proceso pedagógico trata de reconstruirse»; sin comprender que «todos los rasgos que caracterizaban a las viejas instituciones pedagógicas y académicas, la literatura, la pedantería, la autoridad, el sectarismo, la sumisión a la religión, la posesión del saber, el espíritu de promoción social y el espíritu de cuerpo intentan continuamente, al mismo tiempo que mantenerse en los residuos de la vieja institución, reproducirse en el seno mismo de los participantes en el pronunciamiento estudiantil; y cuando digo “seno”, ya podéis suponer que me refiero simultáneamente al de las agrupaciones y al interior de sus individuos».

Donde la recuperación ideológica de la «contestación» juvenil se muestra más eficaz y más nefasta es al nivel del proselitismo político:

> Una de las tentativas de más éxito, al perderse el sentido de las instituciones pedagógicas y no atreverse ya casi nadie a sostener la dignidad de los fines académicos, consiste en encontrar otra justificación y otro sentido a las actividades de los estudiantes en rebeldía: un sentido político [...] una incorporación a las líneas y

> movimientos políticos que ya de antes se sabía que regían la marcha de la Historia.

Tanto más nefasta cuanto que

> ... la tentación de adoptar los viejos métodos y doctrinas, más o menos remozados, se apoyaba en muy fuertes fundamentos: por un lado la necesidad precisamente de cauce, de estructura y de sistema (así en la mente como en la organización de las actividades), tanto más imperiosa en momentos en que lo sorprendente y balbuceante del pronunciamiento lo hacía aparecer como un hiato del caos mismo; de otra parte, la manera en que la mala conciencia de las clases burguesas sigue con frecuencia operando en los hijos de los burgueses, bajo forma de misericordia para con los oprimidos, que hace que, despreciando como ensoñaciones o paradojas otras proclamaciones revolucionarias, se prefiera en fin de cuentas seguir una línea que puede llevar a una transformación real de la explotación y una mejora del nivel de vida de dichos oprimidos o de sus nietos; y en fin, en tercer lugar, el hiriente resplandor con que habían analizado los mecanismos de la miseria y denunciado la reducción de la fuerza del trabajo del hombre a medio de la producción capitalista los escritos de Carlos Marx y algunos otros, que, en virtud de ciertos accidentes históricos escasamente relacionados con la veracidad de los escritos, algunos de aquellos grupos políticos más serios se arrogaban como cosa suya.

Y he aquí cómo la politización del movimiento estudiantil fue —y es— uno de los modos más seguros para recuperar la «contestación» y transformar el pronunciamiento en un episódico combate partidista. Vaciado de todo su contenido revolucionario, el pronunciamiento tuvo que contentarse con servir —en el mejor de los casos— de plataforma a los planteamientos revolucionarios de la nueva izquierda, empeñada no ya en tirar propaganda o

en hacer mítines mixtos, obrero-estudiantiles, sino en convertir a los propios estudiantes en obreros, con la quimérica esperanza de romper el statu quo del sindicalismo clásico. De ahí que el «izquierdismo» acabara organizándose en torno a los grupúsculos más activos o más vociferantes en el militantismo obrerista, con la vana ilusión de transformar el sindicalismo revolucionario, y fundiéndose finalmente —con una mayor radicalidad, es cierto— en las cotidianas luchas reivindicativas.

Hay que anotar aún en este trance que 1969 se significó por un neto repliegue de la agitación estudiantil, al ser voluntaria o involuntariamente encarrilada en la lucha «de puertas adentro» en la mayor parte de los centros universitarios que más se habían distinguido en el pronunciamiento estudiantil del año anterior. Pero esto no quiere decir que la calma fuera total y que no se produjeran, en diversas ocasiones y en varios países, cortas pero violentas manifestaciones frente a las «fuerzas del orden» movilizadas para impedir que los estudiantes ganaran nuevamente la calle.

Los incidentes, las ocupaciones de locales universitarios, las marchas y los enfrentamientos con las fuerzas represivas fueron bastante frecuentes, en los primeros meses de 1969, en Alemania, Francia, Italia y los Estados Unidos (Berkeley, nuevamente). Sin embargo, aunque estos enfrentamientos fueron menos violentos y numerosos que los del año anterior, el número de estudiantes encarcelados, en virtud de las nuevas leyes represivas promulgadas a tal efecto, fue mayor.

En España, el cansancio que la constante y primaria actividad contra los

«grises» produjo el año pasado, es patente. El miedo ha cundido y no son pocos los que temen una trampa similar a la que el Partido Revolucionario Institucional preparó a los estudiantes mejicanos el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas. El grupo de los «ácratas» —que hasta entonces había estado en la vanguardia del activismo estudiantil, aunque ni siquiera el núcleo originario está, ni mucho menos, extinguido, ni se ha circunscrito exclusivamente a Madrid— ha perdido lo mejor de su combatividad al proseguir su inconsciente y fatal especialización en activistas y teóricos, y al

irse paulatinamente centralizando; de aquel grupo abierto empieza difusamente a concretarse una nueva «familia» política (el FUR). Al desperdigarse los activistas (por la represión y el exilio) y al verse obligados los estudiantes a mantenerse «puertas adentro» por la masiva presencia de los grises en los alrededores de la universidad, los «ácratas» acaban fundiéndose en los núcleos que aún intentan proseguir la «contestación» en el terreno de la pedagogía y en un contexto cada vez más propicio a la recuperación ideológica:

> Los núcleos rojos parecen decidirse a luchar contra la fuente de alienación que se tiene más a mano (entendida tal expresión en su sentido literal): el profesorado y la «ciencia» por ellos enseñada. Pero desgraciadamente, se dispone de un bajo nivel de conocimientos, lo cual no hace fácil la confrontación directa con ellos ni tampoco la creación de una antiuniversidad o Universidad Crítica dentro de los muros de la «otra» Alma Mater.

El panfleto, que ya sufrió una gran decadencia el curso pasado, parece seguir languideciendo, siendo sustituido por el mural y el cartel, más prácticos y leídos, menos engorrosos de fabricar y, en definitiva, menos peligrosos, como ya se vio el curso anterior. Los esdeumistas se autocritican, se oponen al liderismo en la campaña electoral y aceptan modificaciones en las formas de los consejos de curso y de la facultad. Los comités de acción pueden surgir de un momento a otro. De hecho, hay varias comisiones o comités de parecidas características. El FLP acepta la tesis de la destrucción de «esta» Universidad. Los partidos comunistas, revisionistas u ortodoxos, se parecen cada vez más, fiados sólo en el marxismo «ultra», asfixiados por su casi septuagenaria concepción del Partido (Qué hacer de Lenin fue escrito en 1901-1902) y esterilizados por su falta de imaginación y su demagogia: uno a nivel reformista, otro a nivel más violento. Hay gente que ve la acracia como la antítesis de la organización y el sindicato como la tesis exacerbada de la misma. Y esperan confiadamente que este curso (o el próximo, o el otro...) les

dé la síntesis superadora, personificada en una especie de asociación «pseudosindical» revolucionaria, al estilo del SDS alemán o el Movimiento Studentesco Italiano. Otros acarician la idea del «poder» (o «control») estudiantil sintiendo que, si todo el país se portara como los universitarios, otro gallo cantaría. Lo malo es que al «excedente de fuerza» que pueda producirse no se le encuentra la manera de verterlo en los otros terrenos revueltos (1).

Sin embargo, a pesar de que la gran masa estudiantil fue recuperada por el sistema, lo esencial era que los estudiantes —y entre ellos los «ácratas»— habían dado muestras de imaginación en la búsqueda de un nuevo tipo de organización no jerárquica; y que en la radicalización de la lucha habían desarrollado prácticas de acción directa que le daban a aquélla su verdadera dimensión revolucionaria frente a la violencia represiva del Estado.

Más revelador aún es el hecho de que, para esta juventud, Marx no es ya «tan Dios» ni Bakunin «tan petardista». Que al primero se le reconoce su decisiva aportación a la teoría de la libertad con las nociones de alienación o necesidad, y que al segundo se le aprecian sus conocimientos económicos y su insistencia en el concepto de autogestión, y sin que por ello a nadie se le ocurra a priori realizar su síntesis histórica «mitad y mitad».

El proceso formativo y radicalizador de la nueva izquierda antiautoritaria y revolucionaria comenzó, en España y en los demás países sensibilizados por la «contestación», a partir de la espontánea conjunción teórico-práctica de los marxistas y anarquistas no sectarios durante el pronunciamiento estudiantil, prosiguiéndose después, a través de la difícil confrontación con las trampas y los escollos recuperativos y represivos, hasta llegar a la reactualización del activismo revolucionario del periodo posterior a la gran marejada «contestataria».

Los jóvenes (2) libertarios españoles agrupados en la FIJL, que por haber sido hasta entonces fervientes partidarios de la radicalización e

internacionalización de la lucha antifranquista —como el medio más eficaz para la concienciación revolucionaria de las nuevas generaciones— deberían haber participado activamente en el proceso formativo de esta nueva izquierda antiautoritaria y revolucionaria, comienzan, paradójicamente, a dudar de la línea de actuación que hasta esos momentos habían mantenido contra viento y marea, pasando de las dudas al abandono puro y simple de la actuación, provocándose con ello en el seno de la FIJL la misma crisis que tiempos atrás les había llevado a enfrentarse con el inmovilismo de las organizaciones residuales del Movimiento Libertario Español.

¿Cuál puede ser el origen, la profunda motivación, de este cambio tan radical en la posición de muchos militantes de la FIJL? ¿Frustración? ¿Cansancio? ¿Integración? ¿Realismo? Sin duda, un poco de todo, pero fundamentalmente el fin del entusiasmo combativo.

En efecto, en el Pleno de la FIJL celebrado en otoño de 1969 se constata ya la ausencia de muchos de los militantes que, hasta Mayo de 1968, formaban el núcleo más dinámico de la organización juvenil. En principio, todavía no es el abandono definitivo, sino simplemente cierto desinterés por lo orgánico y una repentina animosidad contra los que persisten en mantener la línea de acción violenta antifranquista y la Comisión de Relaciones como centro de la estructura orgánica juvenil.

Este «desinterés» y esta «animosidad» son argumentados, por los que parecen querer integrar una nueva tendencia3 al margen de la FIJL, en base a las tesis grupusculares y espontaneístas puestas en boga por los Comités de Acción surgidos al calor de los acontecimientos de Mayo del 68. Pero, más que al «formalismo» de la FIJL, es a su línea conspirativa a la que manifiestan su oposición. Pese a no coincidir en lo tocante a la «disolución» de la FIJL, esta oposición y esta animosidad fueron igualmente manifestadas en el pleno por las delegaciones que tenían interés en alinear la organización juvenil con los «grupos de presencia confederal» que seguían polemizando en el problema interno de la CNT.

Lo grave no era que se discrepara sobre la forma de organizarse o sobre la línea de actuación a seguir, sino el hecho de que no se osara y no se quisiera

reconocer la verdadera motivación de esta discrepancia; y al plantearla impropiamente y defenderla con sectario apasionamiento, se acabó creando un profundo malestar que sería decisivo para la «continuidad» de la FIJL. En esta miniguerra intestina entre «jóvenes» libertarios, reaparecieron -haciéndolos más evidentes —todos los traumatismos psicológicos que en el seno de la CNT exiliada habían conducido, en el curso de las últimas crisis internas, a los nefastos paroxismos pasionales en los debates y en las relaciones entre militantes, hasta llegar a la aberración de las expulsiones por el hecho de discrepar. Aunque en el caso de la FIJL no se llegó en ningún caso a tales extremos, hay que reconocer que, en general, tenían el mismo ori gen: la mala conciencia resultante de la contradicción entre el revolucionario que se pretendía ser y el «revolucionario» no dispuesto a correr riesgos que realmente se era.

La discrepancia interna había comenzado a apuntar en el Pleno de la FIJL celebrado en 1968, pocos meses después de los acontecimientos de Mayo, y en el cual se había decidido dividir la Comisión de Relaciones en tres comisiones completamente autónomas (4). En principio, el fraccionamiento de la responsabilidad y de las actividades parecía corresponder a una verdadera intencionalidad espontaneísta; la práctica demostró todo lo contrario. Si juzgamos por los resultados, sólo fue una excusa para que cierto número de militantes (hasta entonces muy activos) dejaran de colaborar en todas las actividades de la FIJL. En todo caso, no pudiendo ser justificada por más tiempo la «discrepancia» con tales sofismas, en el Pleno de 1969 la FIJL (lo que quedaba de ella) tuvo que hacer frente al verdadero problema: la disgregación de la militancia juvenil y el abandono de los acuerdos de Defensa Interior que habían servido de caballo de batalla para denunciar el inmovilismo confederal y específico. No obstante, en un último esfuerzo por mantener un mínimo de coherencia y continuidad orgánica, el pleno acordó «dejar a cada grupo la autonomía necesaria para proseguir la acción conspirativa en función de sus posibilidades, con el compromiso de mantener informada la C de R para que ésta pueda tomar las medidas pertinentes a fin y efecto de preservar las actividades propagandísticas y la solidaridad a los presos de las consecuencias represivas de la acción conspirativa». Pero lo cierto es que, aunque se conservaron las siglas y se intensificó la colaboración con la nueva floración de

grupos de jóvenes libertarios (grupos autónomos) del interior, la FIJL quedó, de hecho, disuelta en 1969.

El desencanto ideológico provocado por el largo e inútil combate interno frente al conservadurismo de la vieja militancia libertaria, obsesionada por el control de los cargos orgánicos y la preservación de los dogmas, la frustración debida a la volatilización de las esperanzas vividas en las apasionantes jornadas de Mayo del 68, el cansancio y la integración social (trabajo, formación de un hogar, etc.) determinarían —tal como había ocurrido ya en otras ocasiones desde el final de la Guerra Civil— la «desaparición» de muchos militantes de la generación que había contribuido a reactualizar la FIJL y el anarquismo español en el curso de los diez últimos años.

Este desgaste de la militancia no era ni más ni menos grave que el que podía constatarse en las demás formaciones antifranquistas; pero, en el caso de los jóvenes libertarios, los que seguían militando y luchando no recibían ninguna ayuda, ningún estímulo, de las organizaciones «mayores» —cómodamente instaladas en el exilio—. Al contrario, habiendo caído casi todos los comités de estas organizaciones en manos de los inmovilistas, los jóvenes libertarios ni siquiera podían reunirse en los locales que hasta entonces les habían cobijado, lo cual dificultaba enormemente su labor proselitista y, en consecuencia, el reemplazo de los que se retiraban por el camino.

Es difícil saber si, a los treinta años de exilio, aún habría sido posible contrarrestar el proceso de desánimo y la hemorragia de militantes; pero no cabe duda de que la actitud de la gerontocracia inmovilista, que aún proseguía a tambor batiente su campaña de expulsiones en el seno de la organización confederal, continuaba siendo uno de los factores más desmoralizantes y disgregadores (5).

La militancia confederal marginada por la burocracia inmovilista intentaba reaccionar frente a este deprimente panorama, pero sus buenas intenciones se veían frecuentemente anuladas por la extrema diversidad de las tendencias reunidas en el seno de los llamados «grupos de presencia confederal». Estos grupos se habían trazado como principal objetivo reunir — al margen de las

estructuras oficiales de la CNT exiliada— al mayor número posible de militantes confederales dispuestos a aportar todo su respaldo a los grupos libertarios del interior, que, bajo la denominación común de «grupos autónomos», representaban una prometedora base para el resurgir del Movimiento Libertario en España. Pero, en realidad, sus principales esfuerzos seguían encaminados a «incidir» en el estéril combate interno a través de algunas de las federaciones locales que aún no habían sido expulsadas.

La única tentativa realmente seria para realizar una labor concreta, de cara al inmediato futuro, fue la animada por el grupo de militantes que comenzó a editar, a mediados de 1969, *Frente Libertario*:

> El problema reside en captar esa floración de voluntades, en coordinar lo mejor posible, sin recetas pasadas por agua ni normas rígidas o definitivas, la labor de los militantes más avezados y la de los jóvenes obreros y estudiantes que, reaccionando contra el sarampión vanguardista, se agrupan autónomamente por todas partes. Tomando en cuenta esa perspectiva, y en la espera de que el Movimiento Libertario en su conjunto se percate de la incuestionable necesidad de la reconciliación colectiva [...] surgió hace tres años la idea, adoptada por militantes de distintas localidades, de lanzar en Francia una nueva publicación que, por encima de rivalidades ocasionales, pudiera contribuir a la propaganda y al afianzamiento de las posiciones libertarias en el movimiento revolucionario que se desarrolla dentro de España. Nació así Frente Libertario, periódico mensual que, a diferencia del mismo título aparecido en Madrid al principio de la guerra, órgano de las Milicias Confederales del Centro, no había de invocar en su cabecera siglas de ninguna organización en particular, sino las de las tres ramas tradicionales del Movimiento Libertario, proponiéndose, pues, al margen de toda bandería, reducir los antagonismos entre militantes, propiciar la actuación común, divulgar las luchas obreras y antifascistas sin caer en la especulación sectaria y realzar en todo instante los objetivos del antiautoritarismo del anarcosindicalismo hispano (6).

Por causas muy diversas y sin concertación previa, los grupos que reúnen a los militantes libertarios más activos —en el exilio y en el interior— se organizan y actúan, a partir de 1969, autónomamente. Pero el único que siguió reivindicando la línea estratégica de la FIJL fue el Grupo Primero de Mayo (7).

Está claro que la cuestión de la estrategia era la que separaba cada vez más los grupos menos radicalizados de aquellos que, en el seno de la nueva izquierda antiautoritaria, habían escogido la vía de la acción directa revolucionaria. Como es natural, la divergencia volvía a girar en torno a la oportunidad de ésta y a la preparación de las famosas condiciones objetivas. Por eso, los primeros, que no renunciaban a cierto grado de violencia verbal e inclusive de violencia física (principalmente en las manifestaciones callejeras), se instalaban cada vez más irremediablemente en la actitud de simples concurrentes de las formaciones políticas y sindicales clásicas. Los otros, en cambio, sin dejar de mantener una dura posición crítica frente a estas formaciones y sin pretender que era suficiente con crear un determinismo exterior para llegar a movilizar las masas, se imponían como misión el despertar la conciencia de aquéllas a través de arriesgados planteamientos de guerrilla urbana. Estaban convencidos de que nunca sería posible contar con un nuevo «espontaneísmo» si se le seguía buscando un a priori; es decir, sin intensa propaganda acompañada de hechos reales.

Por diferentes derroteros, pero ciertamente con los mismos anhelos, las diversas corrientes constitutivas de esta nueva izquierda transitaron en 1969 en busca de las bases de sustentación de sus estrategias respectivas.

En Francia, se acentuó la pugna entre los grupúsculos marxistas-leninistas (maoístas y trotskistas) y el Partido Comunista en los terrenos del sindicalismo estudiantil (lucha por el control de la UNEF) y del sindicalismo obrero (lucha contra la infiltración «izquierdista» en los centros de trabajo), así como en el seno de las organizaciones de solidaridad con los pueblos víctimas de la agresión yanqui —que en el curso de 1969 organizaron frecuentes manifestaciones y actos diversos contra la guerra en el Vietnam—. También participó el «izquierdismo» en agitaciones menores con motivo de la represión del activismo de los autonomistas bretones (FLB) y de un grupo de jóvenes

obreros de la región de Burdeos; pero estas manifestaciones de solidaridad trascendían cada vez menos al plano nacional.

En Italia, en donde el Partido Comunista contaba con una fuerza igualmente considerable, el «izquierdismo» se esforzaba por crear —con un programa más preciso— una corriente de «izquierda extraparlamentaria» para contrarrestar la política de colaboración de clase de los comunistas y los socialistas; al mismo tiempo que para hacer frente a la confabulación de los órganos represivos del Estado con la conspiración fascista. En efecto, después de las «misteriosas» bombas del 25 de abril en la Feria Exposición y en la Estación de Milán, y sin que se pudiera probar su responsabilidad en dichos atentados, se puso en marcha una campaña represiva contra los medios juveniles anarquistas más radicalizados. Campaña que, después de las bombas del 12 de diciembre en Milán y Roma, que causaron dieciséis muertos, se transformó en una verdadera caza del anarquista, pese a que se trataba a todas luces de una provocación fascista más, perpetrada para apuntalar su llamada «estrategia de la tensión», que apuntaba a la preparación de un golpe de Estado. Frente a esta campaña de intoxicación fascista, que, con la complicidad de ciertas autoridades, intentaba cargar sobre el activismo anarquista la responsabilidad de las masacres y del clima de terror que poco a poco se instauraba en Italia, los anarquistas llegarían a contar con el masivo respaldo de la izquierda extraparlamentaria e inclusive de gran parte del antifascismo; pero antes de que este respaldo llegara a poner al descubierto la maquinación fascista-policíaca8, los anarquistas sufrieron una cruenta represión. En la primera redada estaban los anarquistas Giovanni Corradini y Eliane Vincileone, que animaban una corriente revolucionaria bastante influyente en los medios «izquierdistas» milaneses. En la segunda redada, que se extendió a los medios anarquistas romanos, las principales víctimas fueron, el militante anarcosindicalista milanés Giuseppe Pinelli9, cuya muerte, después de ser defenestrado en el curso de un interrogatorio policial, se quiso presentar como suicidio, y el bailarín Pietro Valpreda, contra el que la policía montó una descarada intriga para cargarle la responsabilidad de la bomba que había ocasionado la muerte de dieciséis personas (10). Dos años más tarde, daría pie a un escándalo nacional al ser puesta al descubierto la intriga con la detención

de los fascistas autores de la masacre. Pero, mientras tanto, la izquierda oficial asistía, casi impasible, a la caza del «anarquista» y del «maoísta».

En Inglaterra y Alemania los grupos más radicalizados (que constituirían en 1970 los núcleos más activos de la Brigada de la Cólera y de la Facción del Ejército Rojo) continuaban la evolución teórico-práctica que les llevaría de la izquierda extraparlamentaria al activismo revolucionario.

El activismo antifranquista atravesó en 1969 uno de sus periodos más difíciles; además del durísimo golpe recibido por ETA, tras las numerosas caídas que siguieron al ajusticiamiento del esbirro policíaco Melitón Manzanas, la crisis interna en la FIJL forzó al Grupo Primero de Mayo a una larga y penosa reestructuración. Sin embargo, prosiguiendo su colaboración con los grupos activistas extranjeros, afines a su línea antiautoritaria y revolucionaria, se manifestó en varias ocasiones con acciones contra sedes bancarias españolas en Inglaterra y contra la embajada española en la capital de Alemania. En relación con algunas de estas acciones, fueron detenidos en Londres dos jóvenes anarquistas ingleses, lo que originó una extensa campaña en su favor en Inglaterra, y en la cual participaron destacadas personalidades intelectuales de ese país, precisamente en los momentos en que, con la llegada del ejército inglés a Irlanda del Norte, se agrava el conflicto nacionalista que opone la comunidad católica a la comunidad protestante instalada en esa «provincia inglesa». La violenta represión del activismo católico irlandés por las tropas inglesas provocó, en los medios «izquierdistas», una corriente de solidaridad que acabaría manifestándose posteriormente en diversas acciones de la Brigada de la Cólera, aunque en el orden ideológico la divergencia fuese profunda.

En líneas generales, puede afirmarse que, al finalizar 1969, el orden autoritario —tanto en el Este como en el Oeste— ha ido reconquistando todas las posiciones que la «contestación» antijerárquica le había arrebatado. Las luchas de los años 1968-1969 habían creado, por primera vez desde 1945, la base real sobre la que podría haberse construido una alternativa antiautoritaria de la sociedad, pero la izquierda institucionalizada no supo o no quiso aprovechar la ocasión para afirmar prácticamente la marcha hacia la revolución. Su principal esfuerzo estuvo orientado hacia la desmovilización revolucionaria de las masas

y la recuperación del movimiento de rebelión juvenil. En estas condiciones, y con el apoyo del aparato represivo del Estado, la sociedad autoritaria recobró la tranquilidad y se instaló de nuevo en el statu quo político y social. La recuperación ideológica de la «contestación» había cumplido su misión.

Notas

1. Extractado del folleto Pequeña historia de la llamada Acracia.

2. La realidad es que el promedio de edad comenzaba a ser ya bastante elevado.

3. Los militantes más consecuentes de este grupo constituyeron, algún tiempo después, un «grupo editorial». Tras vencer muchas dificultades llegarían a editar dos libros y varios folletos.

4. Estas comisiones quedaron radicadas en localidades bastante alejadas y, en principio, debían encargarse con total autonomía de las relaciones, la propaganda y la solidaridad con los presos. De esta manera se había dejado el problema conspirativo en la más completa ambigüedad.

5. Entre las expulsiones que levantaron más indignación, y que acabaron provocando la retirada y la marginalización de varias locales, debe señalarse la del incansable y probo militante libertario Cipriano Mera. Lo más bochornoso del caso es que el pretexto (la recepción de una cierta cantidad de dinero) había sido ventilado públicamente en el Congreso de la CNT celebrado en 1965 en Limoges. Además de que el compañero que realmente había recibido dicha cantidad, y que había justificado plenamente el uso de la misma, en diversas ocasiones escribió al SI esgleísta para responsabilizarse totalmente de dicha recepción y empleo de fondos orgánicos.

6. Del artículo escrito por Fernando Gómez Peláez sobre las «publicaciones libertarias en el exilio», que la revista Cuadernos de Ruedo Ibérico publicó en su número especial dedicado al Movimiento Libertario Español a finales de 1973.

7. Aunque hay que señalar que algunos de los «grupos autónomos» del interior defendían las tesis de la «guerrilla urbana».

8. Para más amplia información consúltese el libro *L'Etat massacre*, publicado por Editions Champ Libre de París, en 1971.

9. La muerte de Giuseppi Pinelli causó una gran emoción y su entierro dio lugar a una manifestación de protesta que reunió a más de cinco mil personas. En el grupo de Pinelli militaban los compañeros que nos habían contactado en 1967, antes de la muerte del Che Guevara en Bolivia, por encargo de Feltrinelli.

10. Lo más tenebroso de esta intriga policíaca es la misteriosa desaparición (muerte) de una serie de testigos de cargo a medida que se iba demostrando públicamen te la inocencia de Valpreda.

XI

1970. La dinámica del activismo revolucionario europeo

«Si las ideas solas pudieran salvar el mundo, en el seno de la Internacional han sido propuestas más de las que haría falta para salvarlo [...] No es tiempo para las ideas sino para los actos.»

Bakunin, 1873

Sin que pueda afirmarse categóricamente que la influencia del movimiento revolucionario armado sudamericano, y en particular el de los Tupamaros, haya sido decisiva para el renacimiento del activismo revolucionario europeo, sí hay que reconocer que ésta fue considerable; sobre todo, en la concepción teórica de la dinámica activista. Es indiscutible que, por una parte, los ecos periodísticos de aquellas luchas y, por otra parte, las polémicas que su análisis suscitó en el seno de los núcleos juveniles más radicalizados en Europa abonaron el terreno en que debía operar este nuevo resurgir activista, terreno ya de por sí receptivo a esta influencia a causa de la facilidad con la que el reformismo político había recuperado la «contestación» estudiantil. Al mismo tiempo, el fracaso de la guerrilla rural preconizada por el castro-guevarismo, con su concepción militar de la lucha, había probado que el ejemplo cubano era excepcional y su exportación más bien resultado de un análisis subjetivista que fruto de una seria evaluación de las posibilidades concretas de su experimentación en otros países. Se había querido universalizar mágicamente la experiencia cubana, desembarazándola de todo lo que precisamente había permitido su victoria: la oposición interna a la dictadura de Batista y el

contexto político y económico particular del imperialismo de aquella época. Y, para completar esta absurda sacralización, se la quiso elevar al rango de nueva teoría revolucionaria (1) por el simple hecho de que Castro había conquistado el poder en Cuba.

Así pues, tras el trágico final de la aventura guevarista en Bolivia y la brutal desarticulación del movimiento guerrillero mixto (rural y urbano) que en el Brasil había intentado poner en marcha el ex comunista Marighella, sólo quedaba como ejemplo y referencia la lucha de guerrilla urbana de los Tupamaros en el Uruguay. Referencia tanto más apreciada por el activismo anarquizante europeo cuanto que, en lo esencial, implicaba un neto distanciamiento con el objetivo castrista de la toma del poder. Puesto que los Tupamaros no sólo no quieren ser «el pequeño motor que debía arrastrar al gran motor popular», sino que no tratan de imponer su conciencia a las capas revolucionarias, y mucho menos a la clase obrera, para dirigirla; sus acciones buscan situarse —en todo momento— en los puntos de coincidencia entre su visión total de la lucha y la visión parcial de las reivindicaciones de las masas, para demostrar con los hechos que la conciencia de clase no es algo abstracto, y que se afirma en la medida en que niega y combate a la clase dominante en el terreno de su legalidad.

Así, más que por sus acciones espectaculares, ejemplares y —hasta entonces— casi siempre logradas, es por el planteamiento de la lucha contra la legalidad burguesa por lo que los Tupamaros despiertan el interés de los activistas revolucionarios europeos. Aunque los revolucionarios sudamericanos se vean obligados a actuar en un contexto «tercermundista», su actuación es la más próxima a las inquietudes de la juventud revolucionaria europea, tanto por su antidogmatismo doctrinal como por su posición frente a las demás organizaciones revolucionarias, a las que no disputan ni la clientela ni papel alguno. No actúan ni en su lugar ni como vanguardia, sino como esclarecedores de una situación bloqueada, política y socialmente. Y, al mismo tiempo que clarifican por sus acciones, muestran el nivel de violencia en que se puede y se debe actuar para salir del statu quo capitalista y plantear en términos concretos la perspectiva del cambio revolucionario.

De ahí que la característica fundamental de este activismo sea manifestar su línea revolucionaria mediante actos que, por su propia naturaleza, desenmascaren al sistema poniendo en evidencia su carácter represivo; pero la naturaleza de estos actos, la violencia, está circunscrita por el objetivo: la justicia popular frente a la justicia del orden establecido. «Es el Estado el que fija la cuota de violencia que corresponde a los revolucionarios». Así definían los Tupamaros los límites de su violencia. Y así la concebían también los activistas revolucionarios europeos.

La violencia del Estado franquista seguía invariable, pese a que el nombramiento de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Franco, en julio del año anterior, había sido presentado como síntoma de evolución. Se había puesto fin al estado de excepción; pero las detenciones y las torturas continuaban al ritmo de siempre, particularmente en Cataluña y en el País Vasco.

El malestar social había invadido nuevamente el país. A principios de 1970, estaban en huelga cerca de 30.000 mineros en Asturias, 5.000 trabajadores agrícolas en Andalucía, 3.000 metalúrgicos en Barcelona y otros tantos en el País Vasco. La reacción gubernamental era, como en ocasiones anteriores, la intimidación y la violencia de las «fuerzas del orden». De suerte que la solidaridad con los presos políticos y la lucha contra la represión seguían planteándose en términos urgentes y prioritarios. Otra vez, en el plano internacional, la lucha del pueblo español contra la Dictadura era vista con indiferencia; en plena huelga de los mineros asturianos, los barcos de los países «socialistas» desembarcaban en Bilbao el carbón extraído en Polonia, sin que se levantara entre los antifascistas ninguna corriente de indignación.

La opinión pública internacional veía con naturalidad que en España se encarcelara y se torturara con impunidad. Para romper este silencio, para aportar una solidaridad efectiva a los perseguidos por el franquismo, no quedaba otra alternativa que la protesta exterior a través de la acción violenta de los grupos activistas. Coincidiendo con algunos atentados contra sedes

franquistas en diversas capitales europeas, un grupo anarquista intentó secuestrar al embajador español en la UNESCO, Emilio Garrigues:

Delegado permanente de España en la UNESCO, Emilio Garrigues [...] ha sido objeto en París de una tentativa de secuestro, siendo detenidos los autores. En efecto, el señor Garrigues estaba desde hacía algún tiempo protegido por la policía. Así, en el momento en que tres hombres, con tampones de éter, lo rodearon al salir de su despacho [...] fueron inmovilizados inmediatamente y detenidos. [...] Se trata de tres españoles: Juan García Macareno, 24 años, José Cabal Riera, 21 años, y José Cañizares Varela, 35 años, que no han querido revelar a qué organización política pertenecen. «Nuestra acción tenía únicamente un objetivo político, han declarado en el curso de las audiciones. Queríamos presionar sobre el gobierno español para obtener la liberación de nuestros compañeros detenidos en España». Los tres, de tendencia anarquista, residían en Francia desde el verano pasado. (*Le Monde*, 5 de marzo de 1970).

Sin embargo, la prensa española, que, sin duda, se consideraba mejor informada que la prensa francesa, repetiría, nuevamente a través del periodista Alfredo Semprún, las inverosímiles acusaciones que, desde el año anterior, lanzaba contra nosotros:

> El intento de secuestro del señor Garrigues parece relacionado con el de monseñor Ussía en 1966. El «comando» encargado de la acción lo integraban siete personas, repartidas en dos automóviles. Un cabecilla del movimiento anarquista había organizado la operación. (*ABC*, 5 de marzo de 1970)
>
> Los tres fracasados secuestradores del señor Garrigues, autores de numerosos delitos subversivos en España, pertenecen al grupo llama do «Primero de Mayo» de las Juventudes Libertarias. El «cerebro» de la operación, Octavio Alberola, huyó a Bruselas, desde donde se proponía orquestar cómodamente una campaña de desprestigio contra nuestro país. (*ABC*, 6 de marzo de 1970)

Como revelan los textos que siguen a estos titulares sensacionalistas, al franquismo le irritaba que a través de acciones, incluso fracasadas, se sensibilizara a la opinión pública internacional sobre la situación de los presos políticos en España. Sin reparar en la inverosimilitud de las acusaciones (de las que no se hizo eco ningún periódico francés), la prensa española insistía en una leyenda absurda: la de los «jefes» y «cerebros». El *ABC* del día 5 precisaba, además, que la policía española campaba a sus anchas por Europa vigilando a los antifranquistas:

> Pese al hermetismo oficial que rodea el caso del frustrado secuestro del embajador de España ante la UNESCO, se han podido conocer nombres y detalles del mismo. [...] El súbdito español Octavio Alberola, cabecilla del movimiento anarquista Juventudes Libertarias-Primero de Mayo, que posee ramificaciones en diversas ciudades europeas, pasó hace unas semanas de Bélgica, su lugar habitual de residencia, a París, con el objeto de planear el secuestro de un diplomático español. El secuestro tendría por objeto el canje de dicho diplomático por varios «libertarios» encarcelados en España, uno de los cuales sería Luis Edo. Según todo hace suponer, los movimientos de Alberola fueron perfectamente seguidos por la Policía española, que, a su vez, alertó a la francesa, de suerte que en todo momento el embajador Garrigues fue objeto de una vigilancia eficiente para velar por su seguridad y, al mismo tiempo, discreta, para poder sorprender a la organización anarquista.

Semprún volvía a la carga, en la edición de *ABC* del día 6:

> El joven Cabal Riera se encuentra huido de España, donde pesa sobre él una condena del Tribunal de Orden Público por sus actividades de tipo subversivo en las universidades de Madrid y de Oviedo. En el momento

> de ser detenido, José Cañizares Valera estaba en posesión de una falsa documentación. [...] Y, como sus compañeros, también se encuentra acusado por haber llevado a cabo en territorio nacional delitos de tipo subversivo. [...] Se espera en las próximas horas más detenciones, ya que desde los primeros momentos se viene interrogando a varios españoles exiliados, residentes en Francia, conocidos por sus simpatías anarquistas. [...] Al parecer, se ha sabido por sus declaraciones que sus propósitos eran que tan pronto como se hubiera secuestrado al señor Garrigues y se le tuviese en lugar seguro, el antedicho Alberola, desde su tranquilo puesto de Bruselas, dirigiría sendas cartas al Jefe del Estado francés y a diversos embajadores acreditados en París, exponiéndoles las «razones» del secuestro y sus exigencias con respecto al Gobierno español, ya conocidas. Es decir, la libertad de ciertos individuos detenidos como anarquistas en España. Todo ello, según lo tenían previsto, derivaría en una gran campaña internacional de prensa en desprestigio del Régimen español, así como en pro de una inmediata amnistía general a los mal llamados presos políticos.

La prensa francesa y las agencias de prensa internacionales con sede en París, cuyas fuentes de información eran las propias autoridades francesas, no se hicieron eco de las acusaciones lanzadas por la prensa española (2). En cambio, lo que sí destacaron fue el objetivo solidario, «llamar la atención internacional sobre la situación de los 1.200 presos políticos encarcelados en España», y el objetivo político buscados a través de esa acción:

> Es indiscutible que si el «rapto de la UNESCO» hubiese salido bien, habría tenido una resonancia espectacular en la opinión pública española. (*France-Soir*, 6 de marzo de 1970)

El franquismo no sabía cómo contrarrestar la campaña de sensibilización de la opinión pública iniciada por el Grupo Primero de Mayo, en colaboración con

otros grupos activistas europeos, campaña que iría aumentando en intensidad en el curso del año, denunciando la represión fascista en España. Las acciones simultáneas contra los aviones y los locales de Iberia en los aeropuertos de las principales capitales europeas, causaron gran expectación, como los atentados contra las embajadas de Grecia y de España y algunas dependencias italianas en el extranjero en solidaridad con los anarquistas víctimas del complot fascista, y por último, el ametrallamiento de la embajada española en Londres, poco antes de que comenzara el «proceso de Burgos» contra ETA.

Téngase en cuenta que, ya antes de que el Grupo Primero de Mayo comenzara estas acciones, el franquismo sabía que, a medida que se fuera acercando la fecha del Proceso de Burgos, tendría que hacer frente a una gran movilización de la opinión pública internacional. Tras haber conseguido que la prensa internacional diera una extraordinaria publicidad a su campaña en favor de los presos políticos, a causa de sus acciones contra los aviones de la compañía Iberia, el Grupo Primero de Mayo las interrumpe cuando la campaña internacional en favor de los jóvenes vascos que debían ser juzgados en Burgos comenzó a tomar auge.

Las acciones contra Iberia no tenían otra finalidad que presionar sobre el gobierno franquista para obligarle a proceder a una amnistía, Por esos días circularon rumores en Madrid de que el Consejo de Ministros había discutido la posibilidad de una amnistía, aunque la prensa se refirió a «la preocupación del Gobierno por la acción terrorista contra Iberia».

No debe descartarse la hipótesis de que el Grupo Primero de Mayo, que siempre había afirmado no querer hacer víctimas, no podía llegar hasta las últimas consecuencias para obligar al gobierno franquista a ceder.

Hay que resaltar que, en todas estas acciones, el activismo revolucionario anarquista evitó escrupulosamente hacer víctimas, buscando únicamente hacer constar su protesta y su solidaridad con quienes sufrían la represión del Estado.

Tanto para los anarquistas europeos como para aquellos que residen en otros continentes, no son los motivos de acción los que faltan, ni las posibilidades prácticas de testimoniar su presencia y de mostrar el camino a seguir. Particularmente en nuestra Europa, hipócritamente indiferente y cómplice real de los crímenes cometidos cotidianamente en el interior de sus fronteras (en España, Grecia y Portugal), aún queda la posibilidad de demostrar por medio de hechos, por medio de ejemplos evidentes, de qué lado están la razón y la libertad. (De la declaración del Grupo Primero de Mayo, Por una práctica anarquista internacional)

Los anarquistas del Grupo Primero de Mayo mostraron, en efecto, que aún era posible manifestar la solidaridad anarquista con las víctimas de la represión; pero, al testimoniar igualmente un escrupuloso respeto de la vida humana, redujeron el alcance de sus acciones y la posibilidad de llegar a resultados concretos con su estrategia de presión sobre el régimen franquista, acostumbrado a los métodos expeditivos. En cierta manera, el Grupo Primero de Mayo mostró el camino de «una práctica anarquista internacional», pero no fue capaz de situar su activismo a la altura de las nuevas circunstancias internacionales, que exigían un alto grado de violencia o una amplitud y continuidad extraordinarias.

Sin olvidar que, en el curso de 1970, los comandos palestinos siembran el pánico en las líneas aéreas internacionales al apoderarse de varios aviones en pleno vuelo, situando su lucha en el primer plano de la actualidad; en el estricto marco europeo son los grupos antiautoritarios, surgidos de la conmoción de Mayo de 1968, los que darán al activismo revolucionario su nueva dinámica. En Inglaterra, la Brigada de la Cólera; en Alemania, la Facción del Ejército Rojo, y en Italia los grupúsculos de Lucha Continua, Poder Obrero y las Brigadas Rojas.

Pese a que, en líneas generales, todos estos grupos se proponen dar a la lucha revolucionaria el mismo talante, cada uno actúa por su cuenta en el plano nacional que le es propio y según la coyuntura política y social del momento. Las únicas coincidencias se manifiestan en el plano teórico y de crítica

antiimperialista y antibolchevique, pero sin complementarse con una colaboración concreta al nivel de la práctica.

Su principal objetivo será la denuncia de la legalidad burguesa y su actividad más importante, aparte la propaganda, el enfrentamiento permanente con las fuerzas represivas del orden establecido, no tanto porque el recurso a la lucha clandestina sea considerado como una condición sine qua non para alcanzar sus objetivos, sino porque es la consecuencia inevitable de la organización represiva del sistema capitalista. De ahí que, en la medida en que ello les es posible, estos grupos formen parte y actúen en movimientos más amplios, con base más pública y legal. Esto no quiere decir que, en general, no estén aislados política y socialmente, pues todos los grupos de la izquierda reformista huyen de su contacto, reprochándoles —en sustancia— el no emplear los «buenos» medios y acusándoles de provocar el descrédito de la izquierda en general.

Salvo la Brigada de la Cólera, de origen e inspiración netamente anarquistas, los demás grupos activistas revolucionarios están fuertemente impregnados por los análisis y el lenguaje marxista-leninista-maoísta; bien que, en su práctica e incluso en muchos de sus razonamientos teóricos, esta influencia fuese contrarrestada por posiciones antiautoritarias y espontaneístas. Y de ahí que, con frecuencia, se les presentara como grupos anarquistas o, al menos, como formando parte del activismo revolucionario anarquista.

En el caso de la Brigada de la Cólera, la influencia anarquista era tanto más notoria cuanto que, durante la primera etapa, sus acciones se integran en la lucha contra el fascismo español animada por el activismo anarquista, resultando de tal colaboración una confrontación ideológica con los jóvenes libertarios españoles. Esta colaboración en la acción antifranquista no será óbice para que, más tarde, orienten sus acciones hacia la denuncia de la legalidad burguesa y del aparato represivo inglés: atentados contra una comisaría de policía, contra las residencias del jefe de la policía londinense y del fiscal general, contra el Ministerio del Trabajo, con ocasión de las manifestaciones obreras contra la Ley Antihuelgas, y contra un camión-transmisor de la BBC para perturbar y denunciar la farsa de la elección de Miss Universo.

En Alemania e Italia el activismo revolucionario tenía que hacer frente a la provocación fascista de los sectores nostálgicos de la era hitleriana y mussoliniana, que no vacilan en recurrir al terrorismo y al chantaje en gran escala contra los grupos revolucionarios. Estos grupos tienen que adoptar posiciones fundamentalmente defensivas.

En ambos países, los grupos revolucionarios tienen que organizarse para hacer frente, simultáneamente a la represión policíaca y a las agresiones de los nazifascistas (3). Pero mientras que el activismo revolucionario alemán llega a estructurarse definitivamente en el curso de 1970, constituyendo la Facción del Ejército Rojo (4), pasando sin tardanza a la acción, las diferentes tendencias del activismo revolucionario italiano continúan buscando fórmulas para conciliar la acción clandestina y la movilización pública del antifascismo, sin lograr poner en pie nada sólido en 1970. La estrategia fascista de la tensión no sólo había sembrado el pánico y la confusión en la calle, sino que había hecho nacer la desconfianza y la desorientación en el seno de los grupos «izquierdistas» que defendían las tesis de la acción directa en Italia (5).

En España, con el llamado Proceso de Burgos, culminaba la campaña repre siva orquestada por el franquismo contra los resistentes vascos de ETA, después de que éstos hubieran ejecutado al jefe de la Brigada Político-Social de la Policía de Guipúzcoa, campaña represiva que, con las detenciones de abril y mayo de 1969, había obligado a ETA a un repliegue defensivo que duraría hasta finales de 1970.

La larga preparación y desarrollo de este consejo de guerra permitió la sensibilización de la opinión pública internacional y la organización de una campaña de protestas que, en ciertos aspectos, igualó a las movilizaciones antifranquistas de 1963 con ocasión del proceso contra Julián Grimau. El resultado final, la conmutación de las nueve condenas de muerte pronunciadas, fue considerado como un repliegue del Régimen ante las presiones exteriores, provocando en el interior de España una serie de manifestaciones de exaltación fascista por parte de los ultras.

Si bien es verdad que ETA adquirió una celebridad internacional como resultado de este proceso, y seguramente importantes apoyos, también puso de manifiesto sus disensiones internas y, por lo mismo, los flancos vulnerables de dicha organización, que saldrían a la luz con el rapto del cónsul alemán en San Sebastián, Eugen Beihl: mientras una facción de ETA reivindicaba el hecho, generalmente bien acogido en los medios antifascistas, otra facción criticaba dicha acción por considerar inoportuna la lucha armada. Esta fracción, a la que se adherían la mayoría de los procesados en Burgos, era partidaria de la conversión de ETA en un partido de los trabajadores vascos.

ETA se encontraba dividida en varias corrientes y, a partir de entonces, quedaría definitivamente escindida en lo que se ha dado en llamar «ETA V Asamblea» y «ETA VI Asamblea», por referencia a los acuerdos de las respectivas asambleas que cada facción arguye frente a la otra, acuerdos que revelan la hegemonía de uno u otro grupo. Esta escisión determinó el abandono de ETA por algunas corrientes minoritarias, socialistas y libertarias.

ETA quedó pues dividida en dos organizaciones radicalmente opuestas, tanto en lo que concierne a los objetivos políticos como a las tácticas para conseguirlos. Una, fuertemente dominada por los trotskistas, y otra por los nacionalistas (los «milis», llamados así por su estructura militar y por ser partidarios de la acción armada). Cada una con una concepción particular de la lucha del pueblo vasco:

Abstraer completamente de nuestra lucha su carácter de lucha de clases les lleva a los traidores expulsados a afirmar que a quien realmente nos enfrentamos es a España y a Francia, es decir, que el enfrentamiento se realiza no a nivel de clases, como es evidente, sino a nivel de comunidades nacionales. Pretender enfrentar de esta forma a dos comunidades nacionales, por encima de las clases que las integran, es una monstruosidad y una salvajada burguesa. (Del documento de los presos de Burgos)

Muy al contrario, nos parece que en este diciembre de 1970 el nacionalismo de la burguesía vasca ha puesto claramente de manifiesto su papel objetivamente revolucionario al enfrentarse a la oligarquía por unos objetivos

convergentes con los del proletariado. Objetivos que coincidían básicamente con los que los acusados estaban proclamando ante el tribunal en nombre del proletariado y el marxismo-leninismo. Cuando Larzábal declaraba que no era comunista, pero que quería un Estado vasco independiente, estaba proclamando un principio fundamental de la revolución popular en Euskadi. Sus palabras mostraban al mundo que marxistas y no marxistas vascos luchan por objetivos revolucionarios comunes. (Del documento de los presos de Cáceres)

El único beneficiario de esta división entre resistentes vascos fue el franquismo. A causa de sectarismos ideológicos se malograban las formidables movilizaciones populares contra la Dictadura, provocadas por el Proceso de Burgos.

En el orden de los sectarismos, el «izquierdismo» mostró que no iba a la zaga de la izquierda clásica, particularmente en los países que, como Francia, permitían una exteriorización pública al juego político de los grupúsculos «izquierdistas». En el curso de 1970, se acentúan las divisiones y las polémicas. Por un lado, con sus aspiraciones de partido político y sus candidatos electorales, se irán los trotskistas de la Liga Comunista. Por otro, los maoístas de *La Cause du Peuple*, en busca de una conciliación imposible: el rigor doctrinal del marxismo-leninismo y el espontaneísmo antijerárquico y libertario, búsqueda que les llevará a una praxis más revolucionaria al intentar impugnar y provocar a la legalidad burguesa.

Serán pues los maos, a lo largo de todo 1970, los más perseverantes en la agitación contra el orden establecido, lo que les acarreará un enfrentamiento casi permanente con la policía y los juzgados. Los directores de *La Cause du Peuple* serán sucesivamente encarcelados y procesados, hasta que, al asumir J.-P. Sartre la dirección, el poder comience a cerrar los ojos y permitir poco a poco la circulación del periódico, lo que no impedirá que muchos militantes maoístas sean condenados en virtud de una ley votada expresamente contra los «izquierdistas» (la Ley «anti-casseurs»), y que su líder, Alain Geismar, sea

juzgado por el Tribunal de Seguridad del Estado por incitación a la rebelión. La presencia de J.-P. Sartre al lado de los maoístas, participando en algunas manifestaciones callejeras y como testigo de la defensa en algunos procesos, contribuye a la celebridad de este movimiento, pero también a su progresiva intelectualización: la especialización periodística, que acaba convirtiéndose en toda su actuación al abandonar las acciones activistas propiciadas a través de los Comités del Socorro Rojo. Lo paradójico de esta evolución es que persista en la denuncia de la legalidad burguesa, buscando anclarse en ella. De la misma manera que lo era su referencia a Mao en los momentos en que éste estrechaba sus relaciones con la Francia de Pompidou.

Entre los acontecimientos más significativos de 1970 en relación con la lucha revolucionaria, deben señalarse los siguientes:

El secuestro de un avión de las líneas aéreas japonesas por un grupo activista revolucionario japonés, hasta entonces poco conocido: el Ejército Rojo Revolucionario.

El rapto y asesinato del ex presidente argentino Aramburu, punto de partida de un periodo de intensa actividad subversiva contra el gobierno de los militares, que más tarde dará origen a un potente movimiento de guerrilla urbana en Argentina.

El rapto del diplomático inglés, James Cross, por un grupo del Frente de Liberación del Québec, que será una de las últimas acciones del activismo revolucionario en el Canadá.

Las manifestaciones contra la guerra del Vietnam en los Estados Unidos, que muestran la fuerza del movimiento pacifista.

El endurecimiento, tras la llegada de Heath al poder, de la represión contra el IRA en Irlanda del Norte, donde se instaura un verdadero clima de guerra civil.

Las maniobras diplomáticas en Oriente Medio con vistas al sacrificio de la resistencia palestina, cuyas posiciones revolucionarias amenazaban la estabilidad del régimen reaccionario de Hussein.

Los misteriosos viajes del «consejero especial» del presidente de los Estados Unidos, Kissinger, con el objetivo de poner fin a la política de «guerra fría» y establecer las bases de una nueva entente internacional entre las grandes potencias.

La victoria electoral del socialista Allende en Chile, que permitirá la llegada al poder del Frente de Unidad Popular para comenzar la experiencia de la «revolución por la vía pacífica».

La agravación de la crisis política y social en Italia, en donde la conspiración fascista alcanza proporciones verdaderamente alarmantes; no sólo por la extensión y gravedad de las provocaciones, sino porque poco a poco se van descubriendo sus ramificaciones dentro del propio Estado, y particularmente del Ejército y la industria, conspiración que, con la complicidad de una parte de la policía, sigue responsabilizando a los anarquistas del clima de «terror ciego» que va extendiéndose por la península, llegando la policía italiana a matar a un estudiante en el curso de una manifestación en pro del anarquista Valpreda y de los antifranquistas que iban a ser juzgados en Burgos.

En este contexto internacional, la izquierda esgrime la «experiencia chilena» para replantear en todas partes los programas de «frente popular», buscando neutralizar definitivamente al «izquierdismo» antilegalista y colmar las brechas que había abierto la «contestación» antiburocrática de Mayo de 1968 en el seno de la izquierda.

Notas

1. Nos referimos al libro de Régis Debray, Revolución en la revolución.

2. En la «requisitoria definitiva» contra los tres supuestos secuestradores, sólo existía esta referencia a Octavio Alberola: «El registro efectuado en el domicilio de García Macareno llevó al descubrimiento de numerosos documentos manuscritos o impresos, principalmente octavillas de inspiración anarquista provenientes de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, correspondencia destinada a la Embajada de Bélgica en Francia y al Ministerio de Justicia de Bélgica, referente a un llamado Octavio Alberola». Esta correspondencia era de la época en que Alberola estaba detenido en Bélgica, en 1968.

El «periodista» Alfredo Semprún, siempre en el *ABC*, tenía la misión de hacer la contrainformación sobre nosotros. Cuando la Transición permitió a la prensa sacudirse la dependencia franquista anterior, se denunció públicamente a este sujeto como colaborador de la policía franquista.

3. Particularmente en Italia, en donde con la excusa del terrorismo fascista, que oficialmente se seguía cargando en cuenta a los anarquistas, la policía organiza continuas razzias en los medios «izquierdistas» y la «caza del anarquista y el maoísta», incluso haciendo detener al anarquista Yvo della Savia en Bélgica.

4. Poco después de haber organizado la evasión de Andreas Baader, el núcleo principal se fue a Jordania para entrenarse con los feddayin. A su vuelta anuncian el nombre que han dado al grupo y declaran: «Queremos mostrar que la lucha es posible aquí y ahora». A partir de ese instante, y hasta finalizar el año, asaltan varios bancos para financiar su movimiento, y varias alcaldías para obtener sellos oficiales, pasaportes y documentos de identidad. Pero a principios de octubre, la policía había logrado detener en una emboscada a tres miembros del grupo.

5. A causa de la psicosis provocada por el descubrimiento de agentes fascistas infiltrados en algunos de estos grupos.

XII

1971. La guerrilla urbana en Europa

«Si somos atacados por el enemigo podemos estar satisfechos, pues ello prueba que hemos establecido una demarcación bien neta entre él y nosotros. Y si éste nos ataca con violencia, pintándonos con los colores más sombríos y denigrando todo lo que hacemos, es todavía mejor, pues eso quiere decir que hemos conseguido éxitos importantes en nuestro trabajo.»

Mao Tsetung, 26 de mayo de 1939

A medida en que Mayo de 1968 iba quedando atrás y que se acentuaba el reflujo del movimiento internacional de «contestación» estudiantil, más fuerte era la tentación de pasar a la acción armada en los grupos revolucionarios más radicalizados, particularmente en los grupos que habían sobrevivido a aquella formidable movilización de la rebeldía juvenil.

A medida en que esta tentación se concretaba en un esbozo de actuación violenta y clandestina, más profundo y significativo era también el aislamiento de estos grupos. No sorprende, pues, que la mayoría de ellos, tras breves escaramuzas con las «fuerzas del orden» y con sus propias contradicciones, abandonaran la acción, dispersándose en la resaca nostálgica que espera devotamente la resurrección de la «contestación».

El «izquierdismo», al menos el más organizado, se había resignado finalmente a ocupar el rincón reservado a la «extrema izquierda» legalista, completándose con este repliegue el aislamiento de los grupos activistas que persistían en la tentación de la lucha armada contra el orden establecido.

Tal era el contexto en el que evolucionaba en 1971 el activismo revolucionario europeo, en busca de un nuevo impulso hacia la revolución, exceptuados los movimientos revolucionarios específicamente autonomistas (vascos, bretones, irlandeses, etc.) y los movimientos de «resistencia» en España, Grecia y Portugal, que se desarrollaban en contextos particulares y con objetivos más políticos que revolucionarios.

Este impulso no podía venir más que de una radicalización en la lucha, para dar a la denuncia de la legalidad burguesa una dimensión revolucionaria, pasando de la simple solidaridad antifascista (objetivo fundamental del activismo anarquista, hasta entonces) a la solidaridad de clase, en las luchas sociales nacionales, y al enfrentamiento con las fuerzas represivas del Estado burgués. La Brigada de la Cólera y la Facción del Ejército Rojo, que son en 1971 el ejemplo más radical del activismo revolucionario europeo, manifiestan, tanto en sus análisis teóricos como en su práctica, el firme propósito de desarrollar una acción de guerrilla urbana adaptada a sus posibilidades materiales y a las condiciones políticas y sociales de sus respectivos países.

Dado que sólo pueden contar con «sus» propios recursos y con los frutos de su acción clandestina, su lucha estará fundamentalmente orientada a la creación y consolidación de una subestructura de sostén y a la sensibilización de la opinión en torno a su línea estratégica de acción directa. Buena parte de sus acciones van orientadas a la consecución de los medios necesarios para el sostenimiento de la lucha, y la verdadera proyección revolucionaria de ésta se encuentra en sus textos más que en sus actos:

El ejemplo revolucionario práctico es la única vía de «revolucionarización» de las masas que encierra la posibilidad histórica de la realización del socialismo. [...] ¿No han mostrado los acontecimientos de Mayo de 1968 en Francia que la contradicción entre la organización y la espontaneidad es el problema central de la revolución? Los reactualizados debates sobre esta cuestión muestran esencialmente que no se puede alcanzar la síntesis de los contrarios escogiendo tal o tal posición teórica: luxemburguista aquí, leninista allá, y en el medio trotskista quizás; no se «liquida» la cuestión de la organización por una

reedición del anarquismo sino solamente por el paso a la práctica de la lucha revolucionaria. [...] Debemos pasar al ataque para despertar la conciencia revolucionaria de las masas. En esto, nos topamos inevitablemente con la resistencia movilizada por una falsa conciencia queriendo mantener la adaptación, queriendo conservar el equilibrio mental tan penosamente adquirido dentro de la situación de opresión. Esta resistencia, comparable, precisamente, al momento de inercia mecánico, es el perro guardián del sistema de explotación en la cabeza del oprimido. Las bombas que nosotros lanzamos contra el aparato de opresión, las lanzamos dentro de la conciencia de las masas (1).

Las acciones de la Facción del Ejército Rojo, como las de la Brigada de la Cólera, se dirigían —ante todo— a despertar la conciencia de las masas, mostrándoles que el verdadero enemigo de su liberación era su conciencia de adaptación.

Nos hemos mantenido tranquilos y hemos sufrido la violencia del Sistema desde hace demasiado tiempo. Hemos sido atacados cotidianamente. La violencia no existe sólo en el Ejército, la policía y las prisiones. Está presente en la alienación de la cultura de pacotilla mostrada por la televisión, las películas y las revistas, está presente en la fea esterilidad de la vida urbana. Está en la explotación cotidiana de nuestro trabajo, que da a los grandes patronos el poder de controlar nuestras vidas y dirigir el Sistema a su gusto [...] el Sistema no se hundirá ni capitulará jamás por sí mismo.

Actualmente, los trabajadores comprenden esto cada vez más y transforman la unión consciente en política militante ofensiva. Esta semana, un millón de trabajadores lo han comprendido... En la Ford, en Correos, en la BEA... [...] Nuestro papel es intensificar las contradicciones políticas a todos los niveles. A nada llegaremos concentrando nuestro pensamiento sobre las «salidas» o utilizando las intrascendentes soluciones socialistas. En Irlanda del Norte, el Ejército británico y sus mercenarios han encontrado un campo de

entrenamiento: el gas CS y las balas de Belfast explotarán mañana en Derby y Dagenham.

Nuestro ataque es violento. [...] Nuestra violencia está organizada. La cuestión no es si la revolución será violenta. Organizar la lucha militante y organizar el terrorismo van a la par. Ahí están las tácticas del movimiento de las clases revolucionarias. Donde dos o tres revolucionarios utilizan la violencia organizada para atacar al Sistema de clases, allí está la Brigada de la Cólera. Los revolucionarios utilizan ya este nombre por toda Inglaterra para explicar sus acciones contra el Sistema. Ninguna revolución ha triunfado jamás sin recurrir a la violencia. En el instante en que las estructuras y los programas de una nueva sociedad revolucionaria sean incorporados en cada base organizada, en cada momento de la lucha, se deberá organizar la violencia para acompañarla, hasta que la clase de los trabajadores revolucionarios armados derribe el sistema capitalista. (Comunicado nº 6 de la Brigada de la Cólera)

Sobre estos análisis, se desarrollaría, a lo largo de 1971, el movimiento de «guerrilla urbana» preconizado por los activistas revolucionarios ingleses y alemanes.

En Francia, se operaba un fenómeno completamente diferente. Desde la socialdemocracia hasta la izquierda maoísta, se hacen esfuerzos para superar las contradicciones y las querellas que han provocado la división de la izquierda y su derrota electoral frente al gaullismo y los partidos más representativos de la burguesía francesa. La operación está apenas en su primera etapa y el camino se presenta lleno de obstáculos. El Partido Socialista y la Convención de las Instituciones Republicanas, animada por Mitterrand, se fusionan con el objetivo de «promover el socialismo» y llegar a «la unión de la izquierda», es decir, la búsqueda de una alianza con el Partido Comunista y «la perspectiva de una victoria electoral en 1973, en 1976 o 1978». El análisis político parte de una constatación: «el país ha entrado, irreversiblemente en la competición capitalista internacional y, con la multiplicación de los intercambios y la extensión de las empresas multinacionales se ha impuesto,

también en Francia, un tipo de sociedad relativamente uniforme, en la que el desarrollo de la producción y de los beneficios determina el del consumo y de las necesidades». Esta sociedad es poderosamente integradora: no porque suprima los conflictos sino porque los asimila y hace de ellos uno de los elementos de su progreso. Como las demás socialdemocracias europeas, la francesa no impugna radicalmente el sistema. Al contrario, quiere participar en su «perfeccionamiento» y está dispuesta a desempeñar plenamente el papel de «oposición» legal que le ha asignado la burguesía que controla el poder: «una oposición estructurada, con sus cuadros y su doctrina, participando en tanto que tal en los debates ante el país como en la acción parlamentaria, es necesaria» (Pompidou); «la oposición es tan necesaria para la mayoría como la sombra para el color» (Giscard d'Estaing).

Con la política de «unión de la izquierda», tal como la definían sus protagonistas, toda la izquierda quedaba neutralizada. Y, como lo probaría la progresiva coincidencia de sus programas, la izquierda y la burguesía coincidirían cada vez más en la defensa del sistema.

Los «izquierdistas» franceses, con el mensual *J'accuse* —dirigido por J.- P. Sartre— a la cabeza, siguen denunciando «la política burguesa de hoy [...] que busca integrar a las clases trabajadoras de la "nueva sociedad" [...] y que en ocasiones intenta recuperar hasta a los izquierdistas». Pero, en el fondo, la vieja inclinación parlamentarista les hace desear la «unión de la izquierda» y su triunfo. Lo que no impide que, en la calle y en la tribuna, no pierdan la ocasión de lanzar invectivas contra el reformismo y contra el Partido Comunista, dando pie a las réplicas airadas de los comunistas, que los tratan de «provocadores» y de «izquierdistas-fascistas» (2), pese a ser objeto de continuas medidas represivas y de procesos más o menos sonados. El paso de los maoístas por las prisiones francesas contribuyó, ciertamente, a la politización de los grupos de ayuda a los presos, extendiendo una agitación que culminaría en los motines de final de año en los centros penitenciarios franceses —poco después de la brutal represión de la revuelta de los presos de la Prisión Federal de Attica, en los Estados Unidos—.

Otra de las razones que ayudarían a la neutralización del «izquierdismo» francés —y de otros países—, por la izquierda parlamentaria, fue la

experiencia de la Unión Popular en Chile. Y eso que, desde el mes de mayo, el MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria) denunciaba «la represión policíaca del gobierno de la Unión Popular de Salvador Allende contra los que habían ocupado propiedades agrícolas» en ese país. Pese a ello, y pese a que las contradicciones de la experiencia chilena de «vía pacífica hacia el socialismo» eran cada más evidentes, la izquierda francesa persistía en tomarla como modelo.

A principios del mes de agosto se reunió en París el Segundo Congreso Internacional de Federaciones Anarquistas; el segundo de la nueva época al que sólo podían asistir las federaciones nacionales reconocidas por el Comité Organizador. Este Congreso había sido convocado para constituir la nueva Internacional y «definir una estrategia revolucionaria», que la presencia de los «anarcoizquierdistas» de Cohn-Bendit había impedido concretar en el Congreso de Carrara. En aquella ocasión sólo un grupo reducido de federaciones había suscrito el «pacto de asociación» y constituido la Comisión de Relaciones Internacionales de Federaciones Anarquistas (CRIFA), cuyo Secretariado era regentado por la ORA francesa.

Pasada la euforia de mayo de 1968, continuamente sometido a luchas intestinas, el anarquismo organizado iba de mal en peor. Las deliberaciones y el resultado final del Congreso estuvieron a la altura de la incoherencia y del sectarismo que campeaban en el interior del anarquismo institucionalizado. La verdad es que, como resumiría un periodista en *Le Monde*, «si el Congreso no ha hecho nada de concreto es porque nada podía hacer. Los desacuerdos son demasiado profundos, en efecto, para que pueda desarrollarse una discusión sobre lo esencial. Toda opción estratégica concreta entraña necesariamente una escisión. Convocado para llegar a una opción, el Segundo Congreso ha remitido esta responsabilidad a una tercera audiencia que no se sabe dónde ni cuándo tendrá lugar».

Las divergencias eran múltiples aunque, fundamentalmente, giraban en torno a la primacía de la institución orgánica frente al espontaneísmo y el libre asociacionismo. Los viejos núcleos tradicionalistas e inmovilistas, encabezados

por la Federación Anarquista Ibérica exiliada3, se aferraban a las siglas y a la rigidez de las estructuras en un vano intento de controlar el movimiento. Un movimiento que se les escapaba a través de los grupos juveniles que los impugnaban y, sobre todo, de la acción revolucionaria anarquista que se efectuaba fuera del movimiento organizado y contra la voluntad de sus dirigentes.

Precisamente, en una de las mociones presentadas al Congreso por los burócratas del anarquismo español quedaba bien reflejada esta situación:

BASE ORGÁNICA. La Internacional de Federaciones Anarquistas estará constituida por las Federaciones Anarquistas de cada país. [...] La IFA no reconocerá más que una sola Federación Anarquista en cada país como sección de la Internacional Anarquista..

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL. Proponemos que sea definida claramente, sin dejar lugar a ningún equívoco, nuestra total diferencia con el izquierdismo; que sea puesta en evidencia su verdadera naturaleza y todo lo que representa como sostén del Estado, que sean limitados los contactos y la acción con todos los elementos dudosos.

LA LUCHA REVOLUCIONARIA. Como no podemos esperar que todo el mundo venga en masa a engrosar las filas de las Federaciones Anarquistas, lo que, sin ninguna duda, dada la no preparación ideológica y la carencia de asimilación que se haría día en los adherentes, podría desfigurar las propias características y la fisonomía de la organización específicamente anarquista, será conveniente que sostengamos al movimiento obrero organizado que nosotros consideramos más cerca de nosotros orientando hacia él a los trabajadores que se harían una montaña de aceptar en bloque todo lo que es fundamental en las ideas anarquistas.

No es de sorprender que, ante este sectarismo y paternalismo tan primarios, fueran muchos los anarquistas que acabaran separándose del anarquismo institucionalizado, particularmente en los medios libertarios españoles. En

Francia, estos militantes se agruparon en torno al mensual Frente Libertario, que había comenzado a aparecer a mediados de 1969 en París, dedicándose a partir de entonces a respaldar el resurgir de los grupos juveniles libertarios «autónomos» que, en España, realizaban una intensa labor propagandística y proselitista.

La irresponsabilidad, el maniobreo y el dogmatismo de los burócratas exiliados habían llegado a tal extremo, y el ambiente en los medios libertarios a tal relajamiento, que, aun necesitando imperiosamente la ayuda del exilio, los «grupos autónomos» del interior preferían arreglárselas solos y reducir al mínimo los contactos con el exilio organizado.

Pero en donde esta desconfianza queda más claramente manifestada es en la introducción al trabajo titulado «Bases teóricas del comunismo libertario», publicado en el n.º 5 de Tribuna Libertaria editado por estos grupos, y en el cual se afirma lo siguiente:

> La corriente antiautoritaria sufrió un largo eclipse tras la derrota de la Revolución Social en España. La época contemporánea señala, por el contrario, un fuerte resurgimiento de ésta en las aspiraciones de los trabajadores. El análisis de los acontecimientos actuales nos conduce a apoyarnos de nuevo en el Comunismo Libertario, columna vertebral del anarquismo, lo que implica una ruptura con los medios anarquistas tradicionales, que han perdido de vista todo tipo de transformación social o que no encuentran los medios para tal objetivo. La realidad nos obliga a pasar por encima de posiciones fijas, de esquemas rígidos elaborados en otros tiempos y en otras circunstancias.

Contrariamente a la mayoría de la vieja militancia libertaria, una de las características de estos nuevos militantes es el rechazo de los sectarismos ideológicos que han dividido al Movimiento Libertario en facciones irreductibles y estériles. En sus boletines Tribuna Libertaria, Tierra Libre, etc., repetían que eran portavoces «abiertos al pensamiento anarquista, en el que

creemos necesaria la participación de todos los militantes libertarios (revolucionarios) comprometidos en el actual proceso de clarificación ideológica y acción revolucionaria». El contenido de estos boletines es prueba de su voluntad de «clarificación ideológica y acción revolucionaria» en el contexto peligroso y difícil de la clandestinidad en España.

En el campo marxista internacional también estaban al orden del día las polémicas y las divisiones. Las incidencias del «proceso de normalización» en Checoslovaquia, la pugna chino-soviética —que se transforma en verdadera polémica doctrinal y en disputa geográfica—, y la política de «coexistencia pacífica» con el mundo capitalista, e inclusive con las dictaduras fascistas, obligaban a los comunistas a recurrir a piruetas dialécticas para explicar las graves contradicciones internas y justificar su actitud colaboracionista con el capitalismo. Todo ello alimentaba la disidencia y servía de pretexto a las oposiciones internas, a las rivalidades personalistas y, a fin de cuentas, a la escisión de la mayoría de los partidos comunistas, entre pro chinos y pro soviéticos, impugnados en la base por numerosos grupos marxista-leninistas marginales.

Hasta el propio maoísmo, que parecía haber recuperado su unidad tras la «revolución cultural», se veía confrontado a una nueva y seria oposición interna, que no sería conocida en Occidente hasta la desaparición del general Lin-Pao.

En el plano español, el conflicto entre la dirección oficial (Carrillo-Pasionaria) del PCE y el Partido Comunista Soviético aparecía, cada vez más, como simple justificación táctica para distanciarse de la actitud rusa en Checoslovaquia, pese a que la entrada en liza del «generalísimo» Líster y su grupo, disputando ásperamente la dirección del partido y preconizando una fidelidad incondicional al Kremlin, permitiera pensar en un divorcio más profundo. Pero, aparte la rivalidad personal, el enfriamiento con Moscú era una cortina de humo para hacer olvidar las contradicciones demasiado evidentes del maniqueísmo de la URSS y los Estados socialistas, que, sin consideración por

las luchas de los trabajadores españoles, seguían incrementando los intercambios comerciales y diplomáticos con el régimen franquista.

En el plano nacional, el carrillismo aplicaba el mismo maniqueísmo al propiciar la infiltración y colaboración en los estamentos franquistas y con sus halagos a la Iglesia y al Ejército, así como con su política sindicalista a través de las Comisiones Obreras, que incitaban a los trabajadores a participar en las elecciones sindicales organizadas por los Sindicatos Verticales, aunque el franquismo siguiera asesinando obreros4 para aplastar la combatividad de la clase trabajadora española.

En el curso de 1971, el mundo capitalista ha ido acomodándose a la agresiva política económica de los Estados Unidos, cuyo objetivo era el restablecimiento del equilibrio de su balanza de pagos y la recuperación del terreno que el Japón y la Comunidad Económica Europa le habían ganado. Esta «guerra económica» entre las grandes potencias del capitalismo occidental, que ve la primera devaluación del dólar, pondrá en evidencia todas las contradicciones del sistema capitalista y su incapacidad de resolverlas en beneficio de los pueblos.

La economía norteamericana aprovechará las ventajas que le confiere su superioridad militar frente a sus competidores. Nixon sorteará el escollo de la «recesión»5 e impondrá, en la reunión de «los diez países más ricos», celebrada en Washington, un nuevo equilibrio económico mundial —después de que Heath y Pompidou hubieran puesto en marcha la integración de Inglaterra en el Mercado Común—. Equilibrio que no impide, por otra parte, que estallen nuevos conflictos bélicos en el mundo (la guerra entre la India y el Pakistán), y que la paz en el Vietnam continúe siendo una quimera. Lo importante para el sistema es conservar firmemente en sus manos el poder y que la confrontación con los verdaderos problemas sociales se postergue para más tarde. Por ello, todos los regímenes autoritarios organizan una represión implacable para aplastar la «subversión revolucionaria izquierdista», paralela a las grandes maniobras internacionales de quienes dirigen el sistema.

En Inglaterra, ante las acciones de la Brigada de la Cólera, la policía, secundada por la prensa reaccionaria6, se lanza a la caza de los activistas revolucionarios. Son detenidos dos jóvenes anarquistas, Jake Prescott y Ian Purdie, acusados de haber cometido los atentados contra el domicilio del ministro de Empleo (enero de 1971) y otros atentados del año anterior, simplemente porque se ajustaban al estereotipo burgués de «persona subversiva». Jake había estado en prisión cinco años por un asunto de droga y Ian durante seis meses por un pretendido atentado contra el Departamento de Asuntos Irlandeses, en Londres, en el curso de una manifestación. Sin embargo, después de ser detenidos y encarcelados, la Brigada de la Cólera prosiguió sus acciones, con gran indignación de la prensa que clamaba que aquello era una negación de lo británico, por el hecho de ser violento. La imagen de lo británico fue después más deteriorada por los métodos de la policía.

La continuidad de las acciones determinó la creación de una rama especial de la policía para desarticular la Brigada de la Cólera. A finales de agosto, pretendió haberla desarticulado, al detener a seis anarquistas ingleses en el domicilio de uno de ellos, donde fueron halladas varias armas y material explosivo. Pero, tras haber dado una gran publicidad a esa operación represiva, por encontrarse entre los seis detenidos el conocido anarquista inglés Stuart Christie, la policía se veía obligada a reconocer que la Brigada de la Cólera seguía actuando. Sus acciones no sólo continuaron sino que fueron más sonadas. Entre ellas, el espectacular atentado contra la Torre de Correos de Londres y varios atentados contra puestos de policía y cuarteles del Ejército.

El 1.º de diciembre, Jake Prescott fue condenado a 15 años cárcel por «conspiración», siendo absuelto Ian Purdie. Mientras tanto, la policía había detenido a otros cuatro jóvenes anarquistas por estar en relación con los detenidos en agosto.

La condena de Jake Prescott provocó gran indignación en los medios «izquierdistas» y entre la intelectualidad inglesa, dando lugar a una campaña de protestas contra la brutalidad de la sentencia.

La prensa inglesa dedicó numerosos editoriales y extensos comentarios a la actuación y al proceso de la Brigada de la Cólera. Los rotativos insistían en que las ideas básicas de la Brigada de la Cólera eran sostenidas sin reservas por los grupos y la prensa underground londinense, y algunos de ellos intentaban desprestigiar a las mujeres relacionadas con los acusados por el hecho de vivir en comunidad. En cambio, el *Daily Telegraph* (conservador) publicó un editorial notablemente lúcido:

> Contra los tiranos y los dictadores de toda suerte, que no pueden ser derrocados legal y pacíficamente por el voto, el uso de la bomba o de las armas, por penoso que pueda ser en ciertos casos particulares, es comprensible. Allí donde la democracia es imperfecta, allí donde los pobres o las mujeres o los grupos religiosos o étnicos ven negado el derecho de votar, la violencia puede aparecer como la única manera de ampliar el derecho electoral. Las acciones de Prescott y de la Brigada de la Cólera constituyen una llamada saludable que muestra que la democracia perfecta, en el sentido de «un hombre (o una mujer), un voto», no acaba con todas las veleidades de oposición violenta. Tenemos tendencia a considerar que la voluntad de la mayoría es la voluntad general, la voluntad de todos; contamos con que las minorías esperan tranquilamente su hora, confiando en convertirse un día en mayorías. Pero no siempre sucede así. Hay quienes consideran a nuestra democracia, por perfecta que sea, un simulacro, un simulacro perfecto si se quiere, corrompido —hasta el punto de impedir cualquier esperanza— por el marco económico y social, supuesto viciado radicalmente en el que funciona. Para ellos, estos mecanismos son puramente arbitrarios.

Pero, en general, los ataques lanzados contra los grupos anarquistas revelaban lo necesario que es para el aparato del Estado atacar espectacularmente a quienes mejor simbolizan la negación total del Estado y la voluntad de impugnación global de la sociedad, es decir, aquellos que luchan, según las palabras del Evening Standard, por «una revolución que incluya a trabajadores, estudiantes, profesores, sindicalistas, homosexuales, parados y mujeres en búsqueda de liberación». La ofensiva desencadenada simultáneamente contra los grupos anarquistas en diferentes países ponía de relieve la importancia del desarrollo simultáneo de los movimientos revolucionarios en esos países.

En Alemania, la policía se moviliza a escala nacional para dar caza a la Facción del Ejército Rojo, lo que determina una serie de enfrentamientos en el curso del año en las principales ciudades de ese país. La policía recurre a los métodos más expeditivos, y son muertos varios miembros del grupo activista revolucionario. El 15 de julio, Petra Schelm es asesinada durante un control de la policía en las calles de Hamburgo. El 21 de octubre, después de un tiroteo, es matado Norbert Schmid y detenida Margit Schiller, que le acompañaba. El 4 de diciembre, es asesinado por la policía de Berlín occidental el joven anarquista Georg von Rauch, sin que ni siquiera estuviera armado.

Esta ola de asesinatos (la desproporción en fuerza entre las victimas y los verdugos es enorme) provoca manifestaciones de protesta de los grupos «izquierdistas» alemanes y de algunos intelectuales. La prensa del monopolio Springer empieza, a finales de diciembre, una grosera campaña de difamación contra la Facción del Ejército Rojo, tomando como pretexto el que, en el asalto de un banco, había resultado muerto un policía, sin que nada probara que fuese ese grupo el responsable del asalto. El escritor Heinrich Böll toma posición, en unos artículos publicados en Der Spiegel, contra las tentativas de intoxicación de la opinión pública por la prensa reaccionaria. Más tarde, el propio canciller Brand se verá obligado a dirigirse públicamente a la población para incitarla a conservar su serenidad.

En Turquía, después de las acciones de los activistas revolucionarios del grupo llamado Ejército de Liberación Popular, que provocaron la intervención de la policía en la Universidad de Ankara (tres muertos y veinticinco heridos) para liberar a los cuatro soldados americanos secuestrados por los «izquierdistas»,

el Ejército impone un nuevo gobierno que decreta, el 26 de abril, el «estado de sitio» y procede a la detención de numerosos estudiantes, profesores universitarios y sindicalistas. Lo que no impide que, el 17 de mayo, sea secuestrado el cónsul general de Israel en Estambul, Ephraïm Elrom, que será encontrado muerto, una semana más tarde, al proceder la policía y el ejército a una operación de intimidación en la que participan más de diez mil soldados y policías. A partir de entonces se suceden los procesos y las condenas a muerte de los militantes del Ejército de Liberación Popular. En España, la policía centra la represión en el País Vasco y en Cataluña, pues son los grupos autonomistas los que han estado más activos. En Cataluña, aparece un grupo activista llamado Grupo Libertad de Cataluña, que reivindica varios atentados contra instituciones oficiales (Palacio de Justicia, la Organización Sindical, etc.) realizados durante el mes de mayo (7).

Dos semanas más tarde se anuncia la detención de un grupo marxistaleninista, Frente de Liberación, que pretendía ser el equivalente de ETA en Cataluña.

En Portugal, deben señalarse las acciones de los grupos de la Acción Revolucionaria Armada (ARA) que reivindican dos importantes atentados: uno, en junio, contra la Central Telefónica de Lisboa durante la celebración de la reunión de la OTAN; otro, a fines de octubre, contra el nuevo Cuartel General de la OTAN.

En América Latina continúa la difícil lucha de los grupos guerrilleros contra la represión apoyada por los equipos especiales enviados por el gobierno norteamericano.

Y, en fin, en Irlanda del Norte el conflicto entre protestantes y católicos se agrava a causa de la nueva política impuesta por Heath, con sus medidas de «internamiento administrativo» (más de 400 personas detenidas a principios de noviembre) y con las torturas infligidas a los militantes del IRA. Un conflicto que, en cierta manera, recuerda a la guerra de Argelia y que, año tras año, va complicándose política y socialmente.

Notas:

1. «Sobre la lucha armada en Europa occidental», texto de la Facción del Ejército Rojo, reproducido en el libro La «Bande á Baader» ou la violence révolutiannaire, Editions Champ Libre, París.

2. Particularmente después de la «profanación» de las tumbas de los líderes comunistas Maurice Thorez y Marcel Cachin, con ocasión de la manifestación «izquierdista» del Primero de Mayo, sobre las que unos desconocidos habían escrito

«Viva la Comuna» y «Traidor».

3. Dominada por el sector esgleísta (inmovilista) que, con sus intrigas, había determinado la expulsión de las Juventudes Libertarias del seno del Movimiento Libertario Español y de muchos militantes opuestos al sectarismo encarnado por dicho sector.

4. Uno, en verano, con ocasión de las manifestaciones de apoyo a la huelga de la construcción, en Madrid, y dos más, en el mes de octubre, durante la huelga de la SEAT en Barcelona.

5. A finales de 1970, había en los Estados Unidos más de cuatro millones y medio de personas en paro forzoso.

6. El *Daily Mirror* ofreció 10.000 libras a quien facilitara informaciones sobre los miembros de la Brigada de la Cólera. Pese a ello, la Brigada de la Cólera prosiguió sus acciones: contra un generador y un edificio administrativo de la Ford y contra el domicilio del director-gerente de la Ford en Europa; en un almacén «chic», después de llamar por teléfono para que evacuasen el edificio; contra una computadora de la policía, causando daños considerables. Al mismo tiempo tenían lugar en París acciones similares contra compañías británicas. Estos atentados revelaban claramente que los cargos contra Jake e Ian eran meras maquinaciones.

7. El Comité de Coordinación Libertaria de Cataluña hizo circular una declaración distanciándose de esas acciones y saliendo al paso de las «calumnias» lanzadas «por ciertos grupos de ideología marxista-leninista [...] con el único fin de lanzar la represión policíaca contra el movimiento libertario». La declaración concluía afirmando que: «por otro lado, no creemos que en el momento actual haya condiciones para desarrollar este tipo de acciones y nos declaramos partidarios de la violencia de masas en esta fase de la lucha, tomando como ejemplo el nivel de combatividad desarrollado en los meses de noviembre y diciembre, las luchas obreras habidas en los últimos meses y los recientes sucesos del pueblo de Santa Coloma de Gramanet».

XIII

1972. La represión autoritaria y las nuevas generaciones revolucionarias

«Si, en efecto, la historia, fuera de todo principio, no es más que la lucha entre la revolución y la contrarrevolución, no queda otra solución que abrazar enteramente uno de estos dos valores, para morir o resucitar con él.»

Albert Camus, *L'homme révolté*

La brutal represión de la «guerrilla urbana» por el terrorismo de Estado, respaldado por su potente aparato intimidador y por la pasividad de las masas, reactualizaba —una vez más— la vieja discusión en torno a la eficacia del activismo revolucionario como factor de progreso de la causa de la revolución.

Así, en Inglaterra, el principal reproche argüido contra los partidarios de la acción de la Brigada de la Cólera era, precisamente, el que «tras los catastróficos resultados de la represión no hay ninguna salida al atolladero sino una retirada poco gloriosa hacia una acción política más convencional o, si no, hundirse aún más en las arenas movedizas del terrorismo, con todos los peligros que eso comporta —un dilema que siempre ha terminado por imponerse en las campañas precedentes y que difícilmente puede ser esquivado» (1). En Alemania, en donde la represión se había transformado en una verdadera caza del hombre, la crítica era aún más severa:

> El asalto contra los centros de decisión capitalista se asemeja más a la locura furiosa, que gira en redondo sin saber dónde va en el círculo del capitalismo, que a una estrategia revolucionaria (2).

Lejos de hacerse eco de estas críticas, los activistas revolucionarios responderían al endurecimiento represivo con la radicalización de su acción, probando que habían abrazado enteramente la causa de la revolución y que estaban dispuestos a morir o resucitar con ella.

El activista revolucionario cuando lo es por decisión consciente, sabe que, por el solo hecho de que se enfrenta a la opresión en el terreno de la violencia, ha escogido la solución extrema: matar o ser muerto por el triunfo de su ideal. Sabe que «si hubiera escogido no matar se habría puesto en ese mismo instante fuera de la historia». Pues sabe que la opresión, el Estado, ha escogido desde siempre matar para mantenerse y sobrevivir, para seguir forjando la historia a su imagen. Y si en algunos momentos y en ciertas condiciones tolera ser criticado, el Estado no admite que se le desobedezca y, mucho menos, que se intente violar su poder. En cuyo caso no vacila, para defender su orden, en matar y en imponer el terror si lo considera necesario. Sin que, en esta línea de conducta autoritaria, ningún Estado difiera en su aplicación concreta, sea éste totalitario o democrático. Así, toda trasgresión del orden es considerada como un crimen, y es reprimida como tal, obligando al transgresor, al revolucionario, a defenderse o a abdicar.

¿Cuál debe ser entonces la actitud del revolucionario? No puede apartarse del mundo y de la historia sin renegar del principio mismo de su rebelión, escoger la seguridad de la no transgresión sin resignarse, en cierto sentido, al triunfo de la contrarrevolución. Si quiere ser un revolucionario consecuente, sin buscarse excusas para rehuir su responsabilidad, debe ir hasta el final, pues si no lo hace caricaturiza su revuelta, reduciéndola a una simple provocación, y al aceptar la protección del sistema ayuda a convertir la protección en el arquetipo de la dominación: la forma más sutil de la opresión. «La esencia de la legalidad es la perpetuación de la dominación por el respeto de las instituciones, obtenido a través la ilusión de la protección».

El activista revolucionario, por el solo hecho de serlo, ha rechazado la trampa de la ilusión ideológica, que afirma que el mundo moderno —y principalmente el mundo capitalista— está fatalmente condenado a desaparecer, y que de la

noche a la mañana todo cambiará, que nada es posible antes y que todo será posible después. Cualquiera que sea la imperfección de su lucha, el activista revolucionario está convencido de que sólo la negación violenta del orden establecido cambiará el curso de la historia; provocando el despertar de la conciencia colectiva y el comienzo del proceso evolutivo, a partir de las situaciones creadas por el desarrollo dialéctico del activismo frente a la violencia opresiva del sistema. Para él, la lección de la historia —sobre todo, la de la historia reciente— es clara y concluyente:

«No es el juego político clásico, que se apoya en la estabilidad y en la inercia del cuerpo electoral, el que construye el porvenir, sino la interacción de la conciencia colectiva con ciertos acontecimientos y ciertas situaciones». Son las exigencias, materializadas en actos, en hechos, las que ponen en marcha el proceso evolutivo. Las fuerzas institucionalizadas se contentan con transformar las exigencias en «derechos», las conquistas en «leyes».

«Todas las reformas han sido impuestas por este medio; nada ha sido obtenido gratuitamente». La historia es la evolución de «la lucha de las clases oprimidas contra la represión». Y en esta lucha, la opresión, que es el verdadero crimen, se ha parapetado siempre detrás del orden, calificando a la subversión del orden establecido, que es la liberación, de criminal. De ahí que la guerrilla urbana fuese calificada y perseguida como una actividad criminal, particularmente por los gobiernos «democráticos», que llevan su fariseísmo hasta el extremo de no querer reconocer la subversión revolucionaria como una lucha política.

Hoy como ayer, la rebelión es la fase más vulnerable (moralmente) del combate político, en el que todo está falseado por adelantado y en el que la generosidad y la sinceridad no pesan frente a los inmensos medios puestos en obra por la arbitrariedad y la hipocresía del orden establecido. Indefectiblemente, «se califica de criminal y se castiga todo comportamiento que, directa o indirectamente, pudiera poner en peligro el sistema de explotación».

El 24 de enero, el diario alemán *Der Spiegel* publicaba una declaración de Horst Mahler, miembro de la Facción del Ejército Rojo, en la que quedaba precisada esta visión de la lucha:

> La esencia de la legalidad es la perpetuación de la dominación por el respeto de las instituciones. [...] Se hace abstracción de las formaciones históricas concretas, se ignoran y se consideran como naturales el poder y la violencia de la clase dominante. [...] Vivir y actuar significan, hoy, luchar contra la rapacidad capitalista legalizada y destruir el orden burgués. Pero esto es criminal, ya que va contra las leyes de la clase dominante. Esto es revolucionario, porque este aspecto de la lucha es la condición necesaria para la revolución. La criminalidad vulgar sirve a intereses privados, mientras que la criminalidad revolucionaria tiene por objetivo la satisfacción de necesidades sociales. Apunta a los ricos y a los poderosos y protege a los oprimidos, a los que no poseen nada. Venceremos.

Hasta entonces, y a diferencia del activismo fascista —voluntariamente terrorista (3)—, el activismo revolucionario europeo —particularmente el anarquista y el «izquierdista» en general— se había limitado a una violencia simbólica, psicológica; descartando sistemáticamente el hacer víctimas, pues apuntaba a las instituciones opresivas y no a los hombres; contrariamente a la represión que apuntaba más a los hombres que a la propia rebelión. Como lo había probado la forma, manifiestamente premeditada, en que fueron asesinados varios de los presuntos miembros de la Facción del Ejército Rojo por la policía alemana; lo que obligó al activismo «izquierdista» a defenderse con las armas en la mano, pasando así, definitivamente al estadio de la guerrilla urbana. Líneas que, en general, habían adoptado las nuevas generaciones activistas revolucionarias de otros países.

En estas condiciones, el enfrentamiento entre las fuerzas represivas y los grupos activistas revolucionarios fue, en 1972, mucho más violento que antes. Si bien las jerarquías estatales se habían decidido a movilizar todo su potencial represivo para «aplastar la subversión», el activismo revolucionario también había decidido pasar de la violencia simbólica, psicológica, a la resistencia armada.

Pero la desproporción de fuerzas era tal que, aun no consiguiendo aplastar totalmente la resistencia y, mucho menos, la subversión, el resultado del enfrentamiento fue favorable a las fuerzas represivas, al no vacilar éstas en recurrir a los procedimientos más inhumanos y expeditivos, llegando en su propósito a provocar verdaderas matanzas, para salvaguardar el orden que, a partir del cínico y significativo apretón de manos de Pekín, entre Nixon y Mao, patrocinaría —en la cumbre del poder planetario— el trío Breznev, Nixon y Mao, brillantemente orquestado por la estrategia de las «soluciones en caliente» de Kissinger, estrategia que tantas víctimas seguía causando en el Vietnam y en otras partes, pese a las «negociaciones de paz» y a las «misiones de buena voluntad» del «consejero especial» del presidente norteamericano, cuya misión no era otra que la de mantener el statu quo internacional para asegurar la supervivencia del orden autoritario capitalista y comunista. Desde 1966, había escrito que tal entente era posible:

Las manifestaciones más revolucionarias del comunismo, como la China comunista, poseen un fervor ideológico más grande que otros países revolucionarios. Pero, paradójicamente, su estructura da más margen. [...] Para ellos, la realidad significativa del mundo es el mundo que intentan crear, no el mundo que quieren derribar.

Reconciliado el orden en la cúspide, la base represiva podía dedicarse tranquilamente a la liquidación de los revolucionarios cuya «realidad significativa» era, precisamente, la destrucción de este orden.

Pese a sentirse acorralado, el activismo revolucionario no renunciaba a proseguir su acción, tanto en su forma específicamente anticapitalista y antiimperialista, como en su forma política de movimientos de liberación nacional. La confrontación con las fuerzas represivas se transformó en una serie ininterrumpida de choques sangrientos a lo largo de todo el año, y cuyo desenlace fue, en general, catastrófico para los movimientos de guerrilla urbana que habían aceptado el combate a un nivel superior al de sus fuerzas reales.

En Turquía, a finales del mes de marzo, a las pocas horas de haber sido prorrogada la Ley Marcial, un grupo activista del Ejército de Liberación Turco

secuestró a tres técnicos ingleses para obtener la libertad de tres estudiantes revolucionarios que habían sido condenados a muerte, y que estaban a punto de ser ejecutados. A los pocos días, el grupo era cercado por importantes fuerzas militares. Las autoridades, sin dar tiempo a negociación alguna, ordena ron el asalto de la casa en que se habían refugiado los activistas con sus rehenes, y bajo sus escombros (el asalto se realizó con bombas de mano ofensivas) fueron retirados 14 cadáveres; entre ellos los de los tres técnicos ingleses. Satisfechos de su acción, los militares prosiguieron la represión contra los medios universitarios y sindicalistas de tendencia progresista.

En Alemania, para responder a la escalada de los bombardeos estadounidenses en el Vietnam, la Facción del Ejército Rojo realizó, en el curso del mes de mayo, una serie de atentados4 contra los centros de las fuerzas americanas estacionadas en ese país, así como contra el monopolio periodístico Springer, que proseguía su campaña de intoxicación de la opinión pública incitando al «exterminio de los malhechores de la Banda de Baader». Estos atentados, que provocaron la muerte de varios oficiales del Estado Mayor norteamericano en Europa, crearon una enorme expectación y determinaron la movilización general de la policía alemana en busca de los miembros más destacados del grupo activista. La prensa y la televisión reprodujeron sus fotografías y ofrecieron importantes primas a quienes dieran «informaciones para localizar a los terroristas». La caza se organizó con un impresionante despliegue de fuerza, respaldado por una insidiosa publicidad con miras a crear una atmósfera de terror entre la población. El 1.º de junio, más de 250 policías cercaron la casa en que se refugiaban tres activistas, en los suburbios de Frankfurt. El asalto fue transmitido en directo por la televisión. Al final resultan heridos y detenidos Andreas Baader y dos miembros de su grupo. Una semana más tarde son detenidos otros tres miembros del grupo y, el 19 de junio, lo son Ulrike Meinhof —presentada por la prensa reaccionaria como el «cerebro» del grupo— y Gerhard Moller. Con estas detenciones llega a su fin la experiencia de guerrilla urbana en Alemania, lo que obligaría a los restos de la Facción del Ejercito Rojo a cambiar radicalmente de estrategia: participando en una nueva etapa de «autocrítica» en el seno del «izquierdismo» alemán, orientado más bien hacia el comunalismo y el militantismo obrero, como ocurría en Francia e Italia, en donde el activismo

«izquierdista» quería ser un soporte de la acción de infiltración y radicalización de la base obrera, objetivos prioritarios del «izquierdismo».

En Francia, la acción activista de más relieve —el secuestro de un miembro de la dirección de la empresa Renault por un comando maoísta— se produce como protesta por el asesinato de un joven maoísta, Pierre Overney, por un miembro de la milicia privada de dicha empresa. Pero el secuestro es condenado por todas las organizaciones de la izquierda, e inclusive por muchos grupúsculos «izquierdistas». La reconciliación, al menos entre los «izquierdistas», se hace en la imponente manifestación que constituye el entierro del joven maoísta —en que participan más de doscientas mil personas— pese al boicot del Partido Comunista que sigue denunciando a los «izquierdistas» como «provocadores al servicio del Poder». La actitud comunista y cegetista es duramente criticada, inclusive por los socialistas, con quienes están discutiendo «un pacto de legislatura» con vistas a las elecciones. El activismo antilegalista «izquierdista» no va más allá de esta acción; sin embargo, pese a que el secuestrado había sido dejado en libertad a las 48 horas, la policía prosigue las detenciones en los medios «izquierdistas». El 20 de marzo, el ministro del Interior anuncia que, desde los acontecimientos de Mayo de 1968 hasta la fecha, han sido condenados a diversas penas 1.035 «izquierdistas», a los que se agregarán más tarde los autonomistas bretones detenidos durante el mes de mayo, tras haber organizado varios atentados contra los edificios de alcaldías y de recaudación de impuestos.

En Italia, pese a que era cada vez más evidente el origen fascista de los atentados que causaban víctimas, la represión oficial y la clandestina seguían orientándose hacia los medios «izquierdistas». Inclusive en el caso de la «misteriosa» muerte del editor «izquierdista» Giangiacomo Feltrinelli, encontrado muerto «por el estallido de una bomba» al lado de una torre de conducción eléctrica, se orientaron las sospechas en dirección de los medios «izquierdistas» y, en particular, de las Brigadas Rojas. Y así hasta que, gracias a la decisión de dos magistrados que no se dejaron «guiar» por las tesis policíacas, fueron detenidos tres conocidos fascistas implicados en el atentado de la Banca Nacional de Agricultura, que había sido imputado hasta entonces al anarquista Pietro Valpreda. Ello no sería suficiente para probar su inocencia,

pues el complot fascista seguía beneficiándose de importantes protecciones en las altas esferas gubernamentales, como sería puesto en evidencia más tarde. Lo que explica que, ante una situación tan turbia y amenazadora, el «izquierdismo» se viera obligado a hacer bloque con los demás sectores antifascistas, y que el propio Valpreda se prestara a ser candidato por el grupo de Il Manifesto en las elecciones de diputados, estando aún preso. Los grupos nazifascistas, por su parte, seguían adelante con su «estrategia de la tensión», mostrando, con su violencia asesina, que «el peligro fascista» no era una simple invención «izquierdista», sino una trágica realidad en Italia como, con otras formas, en el resto del mundo.

En Sudamérica, a pesar de la valerosa resistencia del activismo revolucionario, se acentuaba el reforzamiento de los regímenes autoritarios o francamente dictatoriales (Brasil, Bolivia, etc.). La aparición del «neofascismo criollo», tras las botas de los militares uruguayos y argentinos, reforzaba la oposición reaccionaria al gobierno de Unión Popular chileno, que no parecía darse cuenta de que se quedaba solo en un continente cada día más sometido a la dominación americana. En el Uruguay, el presidente conservador Bordaberry había ido confiscando las libertades democráticas y entregado el poder a los militares instruidos en las escuelas especiales «antisubversivas» del Ejército yanqui. Voluntaria o involuntariamente, la guerrilla urbana tupamara se ve obligada a enfrentarse al Ejército, que ha asumido la dirección y el peso de la represión, y la fase final del enfrentamiento terminará en favor de los militares, pese a que los tupamaros, convertidos en Movimiento de Liberación Nacional, hubieran conseguido realizar una serie de importantes operaciones (5) antes de que el gobierno proclamara el «estado de guerra interna» y suspendido las garantías individuales. Tras haber vivido varios meses en un ambiente de guerra civil, todos cuantos logran escapar a la represión se ven obligados a exiliarse o a esconderse; esta desbandada consuma el aplastamiento de la guerrilla urbana tupamara y el consiguiente debilitamiento del activismo revolucionario latinoamericano e internacional, que tanto se había inspirado en ella. Aunque en contextos diferentes, el activismo revolucionario siguiera manifestándose en otros países del continente (6) y en otras latitudes. Aunque por sus implicaciones religiosas y nacionalistas fuesen menos asimilables al activismo revolucionario propiamente dicho, no se debe

olvidar que las acciones del IRA y de la resistencia palestina ponen igualmente de relieve la problemática de la acción violenta en un contexto legalista, aparentemente democrático, y que su principal justificación es también la solidaridad revolucionaria. Practicando métodos de lucha generalmente recusados por los activistas revolucionarios, el activismo del IRA y el de los resistentes palestinos fueron vistos con simpatía por aquéllos, pues, en un caso como en el otro, los ejércitos de ocupación (el inglés y el israelita) daban el ejemplo con sus brutales acciones de intimidación.

En Irlanda del Norte, después del tiroteo del domingo 30 de enero, en el que resultaron muertos trece católicos irlandeses en Londonderry, el IRA intensifica los atentados contra las tropas inglesas estacionadas en el Ulster e inclusive en la propia Inglaterra, donde, el 22 de febrero, un atentado contra un centro de oficiales paracaidistas causa siete muertos, entre los cuales seis civiles, mostrando el IRA su decisión de responder al terrorismo de los militares ingleses con un contraterrorismo aún más violento.

En el caso de las acciones de la resistencia palestina, la intransigencia y la violencia represiva del gobierno israelita conducirán a una verdadera escalada de la violencia en 1972, cuyas principales etapas fueron: el asalto por los paracaidistas israelitas del Boeing de la Sabena, en el que un comando palestino retenía como rehenes a noventa pasajeros, y por cuya liberación exigía la de cien palestinos detenidos en Israel. En el asalto, realizado por sorpresa en el curso de las negociaciones, los paracaidistas de Dayan mataron a dos miembros del comando y a un pasajero, declarando, a continuación, el propio jefe del Estado Mayor israelita que la negociación sólo había sido «una cortina de humo para ganar tiempo». Tres semanas más tarde, el 30 de mayo, un comando palestino (integrado por tres japoneses7, que el FPLP de Habache reivindicará en seguida) provoca en el aeropuerto de Lod (Israel) una matanza: resultan muertas 26 personas, incluidos dos de los tres miembros del comando. Esta escalada culmina en Múnich, a principios de septiembre, con ocasión de las Olimpiadas, cuando un comando palestino logra retener como rehenes a nueve atletas israelitas, exigiendo a cambio de su liberación la de doscientos palestinos presos en Israel, acción que se terminará con una nueva matanza, al abrir fuego la policía alemana en el momento en que los rehenes y

el comando llegaban al aeropuerto para subir en un Boeing, como se había convenido en las negociaciones previas. El resultado final será de once israelitas, cinco palestinos y un policía alemán muertos, a causa de una nueva intransigencia y afirmación del principio de autoridad.

En relación con el activismo revolucionario, aunque con diferentes motivaciones y resonancias internacionales, se celebraron en 1972 dos grandes procesos: uno en los Estados Unidos, contra la militante comunista negra Angela Davis; el otro en Inglaterra contra los ocho anarquistas acusados de pertenecer a la Brigada de la Cólera.

En el primero, la justicia americana —que acusaba a la profesora Davis de haber comprado las armas que fueron utilizadas en plena audiencia de un tribunal, el 7 de agosto de 1970, por tres negros para cubrir su fuga y en el curso de la cual resultaron muertos junto con el juez— fue objeto de una denuncia internacional (por su «carácter racista y de clase») de la izquierda y de todos los sectores «progresistas». Es cierto que, en el caso de Angela Davis, se conjugaban tres hechos movilizadores en aquellos momentos: el ser una intelectual negra (había sido asistente del célebre profesor Herbert Marcuse), el que uno de los negros muertos en la tentativa de evasión era George Jackson (uno de los «tres hermanos Soledad») y el ser juzgada en los Estados Unidos. Todo ello, más el hecho fundamental de ser una militante comunista, contribuyó a hacer de ella una nueva «Pasionaria»; el comunismo internacional no perdió la ocasión de denunciar el racismo capitalista de la sociedad americana y, al mismo tiempo, dorarse el blasón revolucionario con tal heroína.

En el segundo, comenzado el 30 de mayo y terminado el 6 de diciembre, la justicia inglesa pudo juzgar a los ochos anarquistas sin ser inquietada por ninguna denuncia internacional. La izquierda y las fuerzas «progresistas» lo ignoraron, simplemente. El viejo sectarismo político haría una nueva discriminación en el campo del activismo revolucionario. La solidaridad para los comunistas sólo podía tener un beneficiario: ellos mismos. No obstante, «el proceso de la Brigada de la Cólera» —como sería presentado por la prensa—, que resultó el más largo y costoso de la historia inglesa, reavivó el interés por las tesis del activismo revolucionario anarquista entre los sectores más

radicalizados del «izquierdismo» europeo. El resultado final del proceso —cuatro condenas a diez años «por conspiración»— mostró, pese a los cuatro absueltos, la decisión de la «democracia» inglesa de castigar duramente «la subversión del orden establecido» (8).

En España, el totalitarismo franquista seguía dejando la represión autoritaria «democrática» ridículamente atrás, sin que las democracias se sensibilizaran por el drama del antifascismo español. Bochornoso ejemplo de ello sería el juicio contra el militante libertario Julio Millán Hernández, juzgado en consejo de guerra el 11 de febrero, después de cuatro años y medio de detención preventiva, por dos atentados que no hicieron victimas y apenas causaron ligeros daños materiales, siendo condenado, casi diez años después de los hechos, a 23 años de cárcel.

No debe olvidarse que la España franquista era un caso aparte, y que el verdadero drama estaba en la desunión de los sectores antifranquistas, incapaces de aprovechar el ejemplar espíritu combativo de amplios sectores del estudiantado y de la clase trabajadora, así como la acción de los grupos activistas que hostigaban al Régimen. Se malograban —una vez más— una fuerte agitación estudiantil (que se prolonga desde enero hasta mayo, con continuos choques con las fuerzas represivas) y un movimiento de huelga general en El Ferrol (en cuya represión la fuerza pública mata a dos obreros), sin que la oposición de dentro o de fuera hiciera otra cosa que lanzar los habituales anatemas contra el Régimen. Ni siquiera las acciones de ETA, que despliega a todo lo largo de 1972 gran actividad y por la cual varios de sus militantes mueren en el curso de las refriegas con la policía y la Guardia Civil, logran sacudir el derrotismo y provocar un despertar unitario del antifranquismo, aunque algunas de las acciones de ETA suscitaran gran simpatía y entusiasmo9 y su continuidad probara que es posible desarrollar la resistencia armada contra el franquismo; como se demostrará igualmente en Cataluña, donde las nuevas generaciones libertarias inician una etapa de activismo revolucionario anarquista, poniendo en práctica los métodos de expropiación que permitían a ETA financiar su actuación.

Los sucesos de los astilleros de El Ferrol contribuyeron a radicalizar las posiciones de los grupúsculos revolucionarios catalanes. Pero entre los más

cercanos a los libertarios, sólo uno adoptaba como línea de acción «la violencia revolucionaria mediante el acto y la palabra», el MIL. Su evolución hacia el activismo ha sido lenta y un tanto caótica (como lo ha sido, en general, la de todos los grupos activistas europeos surgidos de Mayo del 68); pero es indiscutible que es resultado de la voluntad de autenticidad revolucionaria y de eficacia.

En abril de 1970, el MIL desarrolla una crítica abierta a todas las líneas reformistas e izquierdistas («El movimiento obrero en Barcelona»). En este mismo año desarrolla un trabajo sobre la crítica al leninismo («Revolución hasta el fin»). Su crítica al dirigismo, grupusculismo, autoritarismo, etc., le lleva en aquel momento a romper con las organizaciones de base que querían apoderarse de luchas y experiencias llevadas a cabo en común —como la de Harry Walker—, y así grupusculizarse. El MIL, a partir del aislamiento político y para su supervivencia político-militar, pasa a tener compromisos políticos con grupos militares; por ejemplo, con los nacionalistas, que en aquel momento eran los únicos que aceptaban pasar a la lucha armada. Tales compromisos, forzados por el aislamiento del grupo, le llevaron a olvidar sus perspectivas anteriores. [...] La sociedad actual tiene sus leyes, su Justicia, sus Guardianes, sus Jueces, sus Tribunales, sus Prisiones, sus Delitos, su «Normalidad». Frente a ello, aparecen una serie de órganos políticos (partidos y sindicatos, reformismo e izquierdismo), que fingen contrarrestar esta situación cuando en realidad no hacen otra cosa que consolidar la sociedad actual. La justicia en la calle no es más que denunciar y atacar todas las mixtificaciones de la actual sociedad (partidos, sindicatos, reformismo, izquierdismo, leyes, justicia, guardianes, jueces, tribunales, prisiones, delitos, es decir, su «normalidad»). (De *CIA* [Conspiración Internacional Anarquista], editado por el MIL)

En los últimos meses de 1972, el MIL aparece en primera plana en la prensa nacional, tras una serie de «acciones expropiadoras» (atracos a instituciones bancarias) y de propaganda en la región barcelonesa.

Este nuevo activismo libertario surge paralelamente a una nueva floración de grupos juveniles anarquistas autónomos, que rechazan toda vinculación con las formaciones anarquistas clásicas, inclusive con la FIJL, que prácticamente se

ha extinguido al suspender su participación en la acción violenta contra el franquismo.

La característica común a estos «grupos anarquistas autónomos» y a los «grupos autónomos de combate» (MIL) es, precisamente, su ruptura con los planteamientos organicistas del anarquismo clásico y, en un sentido más general, su antiautoritarismo de estilo Mayo del 68:

> Rechazamos lo que no es actual, pero reafirmamos lo que la práctica revolucionaria mundial ha indicado como actual en el pensamiento socialista libertario y en la acción del anarquismo: la acción directa popular, en sus múltiples facetas, como método para la lucha anticapitalista y la construcción de la verdadera sociedad socialista. (Del Grupo Acción Directa, enero-febrero de 1972)

La agitación armada, como toda otra forma de agitación, marca el sentido de la lucha de clases de las amplias masas ayudándolas a orientarse, radicalizarse y avanzar con una dureza cada vez mayor. Al mismo tiempo, los objetivos concretos de dicha agitación cubren también una función de apoyo a la lucha de clases. (De los Grupos Autónomos de Combate, diciembre de 1972)

La aparición de estos grupos10 marca una nueva etapa en la historia del anarquismo español, tanto porque aseguran una continuidad al «anarquismo histórico» —que sigue agonizando junto con sus vacías estructuras orgánicas exiliadas—, como porque representan su propia liberación del sectarismo ideológico antimarxista, pues, aunque profundamente antiautoritarios, no rechazan a priori la crítica marxista del sistema capitalista ni la coincidencia con los marxistas revolucionarios en la lucha contra la dictadura y el capitalismo.

En el plano internacional, lo más significativo es la triunfal reelección de Nixon a la presidencia de los Estados Unidos en las elecciones de noviembre, a pesar de que todavía no se ve el fin de la guerra del Vietnam y de que el «asunto Watergate» ha saltado ya a las primeras planas de algunos periódicos

americanos. La reelección de Nixon, que asegura la continuidad de la política exterior preconizada por Kissinger, será celebrada con grandes demostraciones de satisfacción en Moscú y en Pekín.

Para finalizar el año, en plena euforia de la «coexistencia pacífica internacional», los Estados Unidos reanudan el bombardeo del Vietnam del Norte, llegando inclusive los B-52 americanos a bombardear Hanoi y los «diques» que protegen de las inundaciones a extensas zonas de ese país, mostrando su determinación de imponer condiciones a la vietnamización del conflicto tras la retirada de las tropas yanquis.

Notas:

1. De *Freedom*, órgano de la Federación Anarquista Inglesa.

2. De *Hochschulkampf,* órgano de un grupo marxista-leninista de Berlín occidental.

3. Los atentados organizados por las células nazifascistas en Italia habían hecho ya más de un centenar de víctimas entre la población civil.

4. A los dos meses escasos de haber sido muerto un miembro del grupo y herido otro por la policía, la Facción del Ejército Rojo hace explotar, el 11 de mayo, una poderosa carga en el cuartel general de las fuerzas americanas en Frankfurt, resultando muerto un coronel y 13 oficiales heridos. Al día siguiente explota otra bomba en el cuartel de la policía de Augsburgo, en donde había sido asesinado el miembro del grupo antes citado. El día 15, es destruido el coche del juez encargado de la instrucción contra el grupo. El día 19, estallan dos potentes bombas en las oficinas de la editorial Springer, resultando varias personas heridas al ser ignoradas las llamadas telefónicas preventivas. El 24, explota otra bomba en el cuartel general del Ejército americano en Europa, resultando muertos un capitán y dos sargentos.

5. A mediados del mes de abril, los tupamaros pasan a la ofensiva, matando en el espacio de pocas horas a un ex secretario de Estado, un oficial de la Marina y dos oficiales de la policía responsables de las torturas y la represión contra los guerrilleros. Esta acción de represalia era justificada con los testimonios de los 15 tupamaros que se habían fugado unos días antes de la Prisión de Punta Carretas. Tras la proclamación del «estado de guerra interna», que conduce a la detención de más de un centenar de tupamaros y al descubrimiento de la «cárcel del pueblo», en donde estaban retenidos desde hacía casi un año el presidente de la compañía de Teléfonos y el ex ministro de Agricultura, los tupamaros logran matar a un coronel del Ejército que participaba en la represión contra el MLN. Esta acción, realizada el 21 de julio, es una de las últimas demostraciones de fuerza de la guerrilla urbana. Por su parte, los anarquistas del grupo OPR 33 (Organización Popular Revolucionaria 33) seguían reteniendo al hijo de un industrial que tenía planteado un conflicto con sus obreros.

6. En Argentina, con los secuestros del presidente de la Fiat argentina y el de la filial de Philips, los militantes trotskistas del Ejército Revolucionario Popular se afirman públicamente como la principal organización revolucionaria de Sudamérica. En México, pese a la muerte del jefe guerrillero Genaro Vásquez Rojas, varios grupos guerrilleros se van implantando en regiones rurales de la costa del Pacífico, realizando algunos secuestros de industriales para obtener la libertad de presos políticos y rescates.

7. La participación de los activistas revolucionarios japoneses al lado de la resistencia palestina, después de haber reconstituido en el exterior la estructura clandestina del Ejército Rojo Unificado, parece ser el resultado de su decisión de internacionalizar su acción revolucionaria. Grupo de origen estudiantil, que la policía japonesa había creído desarticular completamente en el curso de la operación del mes de febrero contra un chalet de montaña, en el que se habían refugiado varios de los jóvenes activistas. Esta operación, que duró diez días y que se saldó con el descubrimiento de numerosos cadáveres de militantes del Ejército Rojo Unificado y la muerte de dos policías, sirvió de pretexto para una campaña de prensa y televisión encaminada a desacreditar al activismo revolucionario japonés y justificar su implacable represión.

8. Salvo Stuart Christie, que era obrero, los cuatro condenados (John Barker, Hilary Creek, Anna Mendelson y James Greenfield) y los tres absueltos (Angela Weir, Christopher Bott y Catherine McLean) eran jóvenes universitarios que habían destacado en los movimientos antiautoritarios y comunitarios del «izquierdismo» inglés. Al finalizar el proceso, la prensa inglesa dedicó páginas enteras a la Brigada de la Cólera y a los procesados; la campaña de propaganda realizada en favor de los anarquistas a través de la prensa underground alcanzó una publicidad enorme; la BBC encomendó a uno de sus principales realizadores un documental sobre la Brigada de la Cólera y el activismo anarquista internacional. En este documental de la BBC está integrada una entrevista (clandestina) que nos hicieron en París los productores de dicho documental. Alberola seguía asignado a residencia en Bélgica.

9. Entre ellas hay que destacar: el secuestro del industrial Lorenzo Zabala, a mediados de enero; la ocupación de una iglesia por un comando armado en Galdácano, en los primeros días de abril, interrumpiendo una ceremonia religiosa y repartiendo numerosa propaganda; la destrucción del monumento al compositor del himno de la Falange, de un club privado y de varios talleres de los periódicos de San Sebastián, a principios de abril; tiroteo en las cercanías de la frontera franco-española, a principios de septiembre, resultando muerto un guardia civil; y, a principios de diciembre, la destrucción de los oficinas de las Casas Sindicales en Hernani, Tolosa, Rentería e lrún.

10. Para más amplia información léase el ensayo, «Apuntes sobre el anarquismo histórico y el neoanarquismo en España», publicado en el suplemento de la revista Cuadernos de Ruedo Ibérico: El movimiento libertario español. En él se estudian la génesis y las posiciones de los «grupos mixtos autónomos libertarios» y de los «grupos obreros autónomos» (GOA), que eran más bien partidarios de la acción sindicalista.

XIV

1973. El fascismo y la «vía pacífica hacia el socialismo»

«Es ciertamente la última ocasión que tendré de hablarles. Las fuerzas aéreas han bombardeado las antenas de Radio Portales y de Radio Corporación. [...] En este instante final [...] espero que ustedes sacarán provecho de la lección: el capital extranjero, el imperialismo unido a la reacción han creado el clima que ha permitido a las fuerzas armadas romper con su tradición [...] víctimas de esta misma capa social que hoy espera, bien protegida, que una mano extranjera le devuelva los privilegios.»

Salvador Allende, 11 de septiembre de 1973

Una vez reducida al silencio la voz del activismo revolucionario —al menos, en sus manifestaciones más radicales y antijerárquicas— y conseguida la recuperación ideológica de la «contestación» juvenil, el mundo autoritario vuelve a hacer sentir su peso y a impregnar los acontecimientos con el viejo fatalismo carismático tan característico de la historia de la racionalidad autoritaria: «así ha sido y así será siempre».

El orden —es decir, la autoridad y la fuerza— aparece nuevamente con su inmutable carácter profundo, confirmado por la aparente estabilidad del statu quo mundial y por el resignado conformismo de las masas al aceptar el destino que les es impuesto desde arriba; toda tentativa de transformación cualitativa de la sociedad autoritaria parece vana y condenada irremisiblemente al fracaso. Tanto en el Este como en el Oeste, pese a la relativa diversidad de los regímenes en vigor y a sus oposiciones conflictivas, que en ocasiones les llevan hasta la guerra económica o militar, el orden prima sobre cualquier otra consideración e identifica a las élites gobernantes en un mismo culto del autoritarismo político y de la expansión capitalista, en esa sorprendente

síntesis del capitalismo privado y del capitalismo de Estado que todas las castas dirigentes han acabado por conciliar en su provecho.

De ahí que la política de «apaciguamiento», que tiene por objetivo la permanencia de este orden, encuentre en los dos bloques un asentimiento unánime, no cambiando los designios y las prácticas de las fuerzas imperialistas. Y aunque en el seno de los dos bloques autoritarios se manifiesten voces discordantes, ya sea en nombre de ciertos tabúes ideológicos o en el de la desconfianza recíproca, la dinámica del «apaciguamiento» desborda las reticencias y gana un consenso cada vez mayor, al presentarlo como un incentivo al desarrollo económico internacional y como la única alternativa al apocalipsis atómico. Sirviéndose de esta terrible amenaza como de un espantajo, quienes la han hecho posible y quienes conservan en sus manos el poder de convertirla en una «inimaginable realidad», imponen la preservación del statu quo, que eterniza las injusticias y los privilegios, como un modelo universal de convivencia:

> ¿Existe otra alternativa que el apaciguamiento ante los crecientes peligros para la pervivencia del hombre, la ruinosa carrera de armamentos y los problemas planetarios que afrontamos? ¿El destino del apaciguamiento puede depender del acierto político de Breznev o de Nixon? Creo que las respuestas soviéticas a estas cuestiones serían parecidas a las dadas por los americanos. Veo en ello la prueba de que los Estados Unidos y la Unión Soviética, el Oeste y el Este, conocen hoy en muchos conceptos las mismas desesperanzas y las mismas aspiracio nes. Los dos países se encuentran encerrados en un círculo vicioso que no comporta más que dos salidas: la una lleva la inscripción «Apocalipsis»; la otra, «Apaciguamiento», con todos los riesgos y las ambigüedades que esta noción implica. [...] Es en la sólida realidad económica, más que en las maniobras diplomáticas, espectaculares o en la rígida lógica militar, en lo que fundo mi confianza en el porvenir de la coexistencia Este-Oeste. Por frágil que sea, pienso que la dinámica del apaciguamiento es irreversible, con o sin Nixon, con o sin Breznev (1).

Lo más significativo es la manera en que esta dialéctica neutralizadora cuaja incluso en la estrategia política de la izquierda internacional (socialdemócratas y comunistas), reduciendo sus aspiraciones fundamentales a la consolidación de la democracia burguesa y de la expansión económica, dentro del marco del orden establecido, ayudando así a acentuar el conformismo general y el sentimiento de impotencia de las masas frente a las decisiones de los estrategas de la geopolítica planetaria y del gran capital, que siguen determinando el curso de los acontecimientos a espaldas de los pueblos y lejos de toda consideración moral, humana, y sin respetar otra legalidad que la que se impone o se mantiene por la fuerza de las armas. Todo ello conduce al reforzamiento de las estructuras autoritarias, al descaro de la intervención imperialista en sus respectivas zonas de influencia y a la cínica manipulación de los conflictos bélicos en diversas regiones del globo, alentados y mantenidos artificialmente por las grandes potencias exportadoras de armas con fines más bien comerciales que políticos, aunque concertándose para no comprometer el «equilibrio del terror» impuesto al mundo, y asegurando la continua expansión del mercado internacional de armas.

Tanto del lado de la dominación como del lado de los que la sufren, se colabora objetivamente en la restauración del más crudo pragmatismo político y en el escarnecimiento de los fundamentos mismos de la democracia, el socialismo, el comunismo y todos los demás ismos humanitarios y progresistas. El nuevo y brillante estratega del imperialismo americano, Henry Kissinger, se ve cortejado en todas las latitudes y en todos los ambientes y, para recompensarle por sus «soluciones en caliente» (¡los bombardeos masivos de Vietnam del Norte hacen posible la firma del Acuerdo de Paz tres meses más tarde en París!), es finalmente premiado con el Nobel de la Paz, en el mes de mayo, y ascendido, unos meses más tarde, a la categoría de secretario de Estado por el presidente Nixon.

Con la «vietnamización» de la guerra, la izquierda internacional se desinteresa de la misma y se acomoda a la línea de «apaciguamiento» preconizada por los Estados Unidos, dejándoles las manos libres para que sigan interviniendo impunemente en todos los países en donde sienten peligrar sus intereses.

En los mismos instantes en que Breznev abrazaba a Nixon en Washington, a finales del mes de junio, Kissinger autorizaba a la CIA para que ésta diera millones de dólares (2) a los grupos fascistas chilenos que preparaban un golpe de Estado contra el gobierno de Unión Popular de Salvador Allende.

Pese a que era a todas luces evidente la injerencia americana para impedir la continuidad de la experiencia de «vía pacífica hacia el socialismo», Breznev se prestaba a tal comedia. No es de sorprender que, al ocurrir el golpe de Estado y al triunfar los militares facciosos, el Bloque Comunista y la izquierda internacional no hayan hecho otra cosa que derramar algunas lágrimas y suscribir otras tantas declaraciones de protesta, pero sin poner en entredicho la política de «apaciguamiento» que sólo favorecía la dominación imperialista americana y el refortalecimiento del fascismo en el mundo.

La sublevación militar y la imposición de un régimen descaradamente fascista, en un país en el que el Ejército tenía la reputación de respetar la legalidad, demostraban que el capitalismo internacional seguía contando con el fascismo como solución última cuando el intermedio democrático dejaba de ser eficaz para salvaguardar sus privilegios. Pero la izquierda persiste en ignorar esta realidad, pese a que la evolución de los acontecimientos la confirman cada día —incluso en los países superdesarrollados en los que la democracia formal goza aparentemente de una sólida estabilidad— y sus organizaciones, que deberían tener por misión impugnar la legalidad burguesa —por ser ésta la que hace posible aquélla—, son las primeras en aferrarse a ella y en reforzarla con su terco empecinamiento en las soluciones reformistas y en la condena del marginalismo revolucionario (el único que sigue defendiendo la necesidad de una activa solidaridad frente a las fuerzas reaccionarias). Al encerrar la solidaridad en los cauces legales, la izquierda facilita la acción de las fuerzas reaccionarias, que sólo respetan la legalidad cuando la detentan. Sin embargo, esta izquierda, que parece sinceramente conmovida por el drama del pueblo chileno, no aprovecha la lección —como pedía Salvador Allende en su último discurso— y sigue gastando sus energías en las luchas políticas legales que, en cada país, «el capital extranjero, el imperialismo unido a la reacción» le plantea para comprometerla en el respeto de la legalidad y hacerla renunciar al internacionalismo revolucionario.

Paralelamente a la ascensión del fascismo en Chile, en Argentina el peronismo, tras repudiar progresivamente los apoyos de la izquierda, se orienta hacia posiciones cada vez más derechistas, en un ambiente de exacerbación nacionalista y de demagogia populachera después del retorno del general Perón al poder, desapareciendo así las últimas esperanzas de la «vía pacífica hacia el socialismo» en América Latina.

Los estrategas del «apaciguamiento» preparaban entretanto la guerra del Kippur en Oriente Medio, que justificaría el estado de «alerta general» decretado el 25 de octubre por el presidente norteamericano para recordar al mundo que la amenaza del «apocalipsis» atómico no era una invención de la ciencia-ficción.

Este nuevo conflicto bélico, cuya prolongación es la llamada «guerra de la energía» (3), puso de manifiesto —una vez más— las ventajas de la política de concertación soviético-americana para restablecer el statu quo en su beneficio —tras el sacrificio de unos cuantos miles de vidas humanas y la imposición de un «alto el fuego» que seguirá manteniendo viva la tensión bélica y que dará lugar a un rearme más intenso en dicha región—. En suma, más allá de la rivalidad entre los Estados árabes —que han encontrado en ella un buen argumento de movilización nacionalista— y el expansionismo del Estado de Israel, aparecen otras fuerzas interesadas en la perpetuación del conflicto y en sus implicaciones directas en la «guerra económica» internacional, que es el verdadero trasfondo del «apaciguamiento». Está fuera de duda — salvo para los exegetas de la crisis final del capitalismo— que la proliferación de los conflictos bélicos locales, si bien encuentra su justificación en las contradicciones internas del sistema y en la inevitable confrontación por las «zonas de influencia» entre las grandes potencias, responde más bien a una necesidad vital del expansionismo imperialista, siendo uno de los elementos esenciales de su estrategia planetaria. Particularmente, en el caso del conflicto del Oriente Medio.

Los americanos —y Kissinger el primero— saben que en el estado actual de la tecnología y del desarrollo de la sociedad de consumo, el sistema económico capitalista está condenado a asegurar un crecimiento continuo para sobrevivir sin sacrificar sus estructuras de clase fundamentales. Y saben que este

crecimiento sólo puede ser garantizado por una política global de dominación, capaz de resolver los renovados egoísmos nacionales debidos a las disparidades económicas y monetarias de la coyuntura internacional, y por la transformación escalonada de las técnicas de producción, principalmente, las relacionadas con las nuevas fuentes de energía. De ahí la importancia y el verdadero significado de la crisis, puesta en marcha con el embargo4 y la posterior elevación del precio del petróleo por los países productores. Esta crisis favorece —a corto y a largo plazo— los intereses y los proyectos del capitalismo norteamericano. Tanto porque, en lo inmediato, reportará substanciales beneficios (más de cinco mil millones de dólares) a las compañías petroleras americanas y provocará el debilitamiento de los concurrentes comerciales más peligrosos para los Estados Unidos (Europa y Japón), como por el hecho de que esta crisis determinará una mayor dependencia del mundo occidental respecto a la política norteamericana. Servirá de pretexto para hacer soportar a los contribuyentes el peso de la transformación tecnológica que exige la continuidad del crecimiento sin tocar los fundamentos del capitalismo.

El imperialismo norteamericano dispone de equipos de estrategas para planificar su política y de los recursos necesarios para realizarla. El hombre del momento, Henry Kissinger, escribía hace algunos años, en El camino de la paz: «El valor de un hombre de Estado depende, pues, de su talento para evaluar la exacta relación de fuerzas y después hacer servir esta evaluación a los fines que se ha propuesto».

Y a nadie se le ocurriría poner en duda que, en el caso de Kissinger, estos «fines» no sean el fortalecimiento del sistema capitalista y la supremacía norteamericana en el mundo. Bases esenciales para satisfacer su ambición personal. Como se ha puesto en evidencia más tarde, no se ha detenido en escrúpulos5 cada vez que lo ha considerado útil para llegar a sus fines...

En el contexto general de 1973, el activismo revolucionario y el «izquierdismo contestatario» no logran dar a sus luchas una proyección internacionalista, y deben contentarse con acciones esporádicas, de alcance limitado, y cada vez

más inmersas en los particularismos locales: las luchas de liberación contra las oligarquías nacionales y los conflictos reivindicativos de los trabajadores.

En América Latina, donde el movimiento guerrillero ha sido fuertemente diezmado por la represión, sólo continúan manifestándose, con acciones de resonancia nacional e internacional (6), los grupos revolucionarios de inspiración trotskista de México y de Argentina. Hacia finales de año, el fracaso de la «vía pacífica hacia el socialismo» de la Unión Popular chilena y la rápida evolución del peronismo hacia posiciones cada vez más reaccionarias reactualizan las tesis de la lucha armada en el seno de la izquierda revolucionaria latinoamericana.

En Europa, el activismo revolucionario ha quedado reducido a la lucha antifranquista y a los fenómenos crónicos de la resistencia católica irlandesa y la resistencia palestina, obligadas a extender el terrorismo fuera de sus fronteras para hacer frente a la represión y a la indiferencia internacional. En el caso del IRA, pasando al ataque en la propia Inglaterra, donde lleva a cabo una serie de atentados, en los meses de marzo y agosto, que originan una gran conmoción y reactualizan las reivindicaciones de los católicos irlandeses contra las tropas inglesas de ocupación. En el caso de los comandos palestinos, pasando al ataque en varias capitales europeas (Ámsterdam y París) tras el fracaso de la ocupación de la Embajada de Arabia Saudita en Jartum —en donde fueron matados el embajador y el encargado de negocios de los Estados Unidos— y la reanudación de los atentados israelitas contra dirigentes de la resistencia palestina en misión en Europa (7).

Sin embargo, a causa de las crecientes interferencias políticas, económicas y religiosas de estas luchas, el «izquierdismo» europeo se desinteresa de las mismas y se concentra en sus problemáticas nacionales.

En Italia, donde el peligro fascista es una preocupación de todos los días, los grupos «izquierdistas», objeto de continuas amenazas y agresiones, dedican todas sus energías a la creación de «grupos de autodefensa» y a la preparación de estructuras clandestinas. Pero los sectarismos ideológicos impiden que se constituya un embrión de frente antifascista: cada grupo se organiza y actúa

independientemente, lo que aumenta el confusionismo y facilita las provocaciones fascistas y la acción represiva del Estado.

Precisemos que, desde mediados del año anterior, las Brigadas Rojas se habían organizado clandestinamente para defenderse y responder a los atentados fascistas contra los centros y los militantes «izquierdistas» que participaban en las luchas obreras y populares más radicalizadas:

> Tenemos buena memoria y recordamos una a una las agresiones a la vanguardia del barrio; la acción en grupo armado contra el «Circolo Perini», el TNT en el coche del camarada Marra. [...] Quarto Oggiaro es para todos los patronos el espectro de la resistencia revolucionaria a la explotación de los alquileres. Por eso no han vacilado en usar la fuerza, el terror y la violencia fascista. Hoy sabemos que la lucha contra la explotación, contra los patronos y contra el Estado quiere decir también abrir camino con acciones de justicia proletaria. Por eso nos hemos organizado: para combatir no sólo con asambleas, manifestaciones y comités, sino con los hechos; para construir también aquí un poder armado y proletario que en las cosas pequeñas y en las grandes se contraponga, combata y venza el poder de los cerdos... No somos violentos pero no nos detendremos cuando se trate de defender y desarrollar con los hechos nuestra autonomía y nuestra lucha. (Comunicado de las Brigadas Rojas)

A pesar de que la acción de las Brigadas Rojas se desarrollaba en un contexto un tanto particular, su actitud revolucionaria está muy próxima a la de los demás grupos activistas revolucionarios europeos surgidos del choque de la rebelión juvenil con las contradicciones de las ideologías revolucionarias clásicas.

En Francia, el «izquierdismo» se moviliza para impedir la celebración de un mitin del movimiento fascista Orden Nuevo, con el que esta organización trata de poner en marcha una campaña racista contra los trabajadores extranjeros.

Orden Nuevo celebra el mitin bajo la protección de abundantes fuerzas policíacas. Tienen lugar numerosos enfrentamientos callejeros, procediendo la policía a la detención de varios «izquierdistas» y a la inculpación de Alain Krivine y a la disolución de la Liga Comunista, lo que da pie a una campaña de protestas de la izquierda, en la que por primera vez participa el PCF en defensa de los «izquierdistas». Ha comprendido que no puede seguir ignorándolos o atacándolos, si quiere recuperar sus votos para la Unión de la Izquierda. El «izquierdismo» se deja cortejar. Las tendencias maoísta y trotskista intentan conseguir una implantación sindical en competencia con las grandes centrales reformistas. El conflicto obrero con la empresa Lip8 será convertido por el «izquierdismo» en símbolo del nuevo «sindicalismo autogestionario», y a cuya defensa y publicidad dedicarán los «izquierdistas» la mayor parte de sus energías en el curso de 1973.

En España, la situación política y social no ha variado. Se habla con insistencia de «fuertes tensiones en el interior del Régimen». Se especula con la actitud de la Iglesia, «que parece distanciarse» en un documento del episcopado9 en el que se enuncia que, «aunque el Estado español se proclama oficialmente católico y afirma que sus leyes se inspiran en la doctrina de la Iglesia», ello no significa «que la Iglesia o su jerarquía las caucionen». Pero, con el pretexto de que «debe servir de fermento sobrenatural para la sociedad humana», la Iglesia se acomoda a la situación y a las maniobras con vistas a la «sucesión». Ésta sigue preparándose en las altas esferas del Régimen, mientras la oposición se hunde en la impotencia al resignarse a la idea de que nada es posible frente a los designios y la fuerza de la Dictadura. Los acontecimientos demuestran, sin embargo, que los trabajadores y los grupos activistas no participan de ese derrotismo.

A mediados de enero, ETA secuestra al industrial Felipe Huarte y logra imponer a su empresa la readmisión de todos los trabajadores despedidos. A consecuencia de esta acción, el juicio que en esos días se celebra en Bilbao contra quince militantes vascos acusados del secuestro del industrial Lorenzo Zabala (10) concluye con penas relativamente moderadas.

En el curso de los tres primeros meses del año, coincidiendo con una serie de conflictos obreros en Cataluña, el MIL realiza una serie de «expropiaciones» en instituciones bancarias, acompañadas de reivindicaciones y de incitaciones a la lucha armada contra el Régimen (11).

El 3 de abril, en la barriada de San Adrián, de Barcelona, la Guardia Civil abre fuego contra una manifestación de dos mil obreros de la construcción (12), matando a dos manifestantes e hiriendo a muchos más.

En Madrid, el 1.º de Mayo, un agente policíaco es mortalmente herido en el curso de un choque con un grupo de manifestantes. La policía procede a numerosas detenciones (13). La prensa se hace eco de la histérica campaña de odio organizada por los «ultras». Al entierro asisten las primeras personalidades del Estado y, en Madrid y otras capitales, se organizan manifestaciones de policías y falangistas a los gritos de: «¡Franco, sí; Opus Dei, no!», «¡Garicano Goñi, dimisión!» y «¡Los rojos al paredón!». Esta agitación «ultra» sirve de pretexto para el nombramiento del almirante Carrero Blanco como jefe del gobierno y la formación de un nuevo equipo ministerial, en el que la Falange gana terreno en detrimento del Opus Dei (14).

A partir de este momento la represión se endurece. Son testimonio de ello los numerosos tiroteos entre la policía, que ha recibido carta blanca, y los militantes de ETA y del MIL, que se defienden con las armas en la mano. La policía tortura a los detenidos para arrancarles confesiones y descubrir los refugios de los grupos clandestinos. En el periodo que va de mayo a diciembre, la policía asesina a cinco militantes de ETA y hiere a varios más. En Barcelona, el 25 de septiembre, el militante del MIL, Salvador Puig Antich, cae en una emboscada preparada por un grupo de agentes de paisano y es gravemente herido y detenido, pero en la refriega resulta mortalmente herido uno de los agentes. Ello sirve de nuevo pretexto para una campaña contra los «rojos».

En este contexto, el 20 de diciembre, ETA consigue ejecutar al presunto sucesor de Franco, el almirante Carrero Blanco, en un atentado que causa una enorme conmoción, tanto por la personalidad del almirante y el vacío político que su desaparición provoca, como por la meticulosa preparación del atentado y la potencia del explosivo empleado. Se trata del atentado más importante de

cuantos ha realizado el antifranquismo, cuyas consecuencias son una nueva crisis del Régimen al quedar completamente alterado el orden sucesorio (15).

Los «ultras», falangistas a la cabeza, aprovechan los funerales de Carrero Blanco para insultar al alto clero: «¡Asesinos! ¡Tarancón al paredón!» y «¡Los curas rojos al paredón!». El objetivo perseguido es la eliminación del Opus Dei del gobierno, por considerar que sus miembros son partidarios de una liberalización peligrosa. La sorpresa es el nombramiento del ex director general de Seguridad y ex ministro de la Gobernación, Arias Navarro, como sucesor de Carrero Blanco en la Jefatura del Gobierno. Permite suponer que en el nuevo equipo ministerial no entrará ningún miembro conocido del Opus Dei y que, pese a las manifestaciones aparentemente conciliadoras del discurso de fin de año del Caudillo, se va hacia un mayor endurecimiento del régimen franquista, que hace temer por la vida de Salvador Puig Antich y sus compañeros del MIL, a punto de ser juzgados por un consejo de guerra sumarísimo.

Este sentimiento de impotencia —ante la casi segura venganza franquista— era unánimemente compartido por la oposición en España y en el exilio, particularmente en los medios libertarios. Nadie podía olvidar que el franquismo había manifestado siempre una predilección morbosa por el ensañamiento contra los anarquistas, sobre todo cuando éstos son activistas. No sorprende pues, que, por encima de las divergencias ideológicas que les separaban de ellos, todos los grupos autónomos y, en general, la mayoría de los militantes anarquistas marginados por la dirección de la CNT exiliada participaran activamente en los diferentes comités creados en España y Francia para defender a los militantes del MIL. Como en otras muchas ocasiones, la militancia anarquista no sectaria convergía para hacer frente a la represión y solidarizarse con las víctimas del momento. En las postrimerías de 1973, comienzan a establecerse vínculos más estrechos entre la nueva generación de anarquistas activistas, los «grupos autónomos» y los grupos residuales más consecuentes del Movimiento Libertario, iniciando esta vinculación una nueva etapa del anarquismo español en la lucha antifranquista. En este contexto, la dirección oficial del anarquismo español exiliado lanza una circular-informe: «A la conciencia anarquista mundial, y

especialmente al anarcosindicalismo español», para justificar las intrigas que han escindido el MLE y para denunciar públicamente a la corriente activista, haciendo públicos los nombres de los militantes que se supone más radicalizados.

Nunca se había producido algo semejante en los medios libertarios. Sin embargo, el ingenuo optimismo de los viejos militantes marginados o expulsados por los «oficiales», agrupados desde mediados de 1972 en el llamado Movimiento Anarquista Español, seguía creyendo en la posibilidad de una «fraternal reconciliación». Aunque aquella circular —modelo de calumnia y sectarismo primario— mostraba hasta dónde podían llegar la inconsciencia o la mala fe de los dirigentes de la FAI oficial, los militantes del Movimiento Anarquista Español concluían con estas palabras su «respuesta razonada» a la circular:

> Hemos estigmatizado aquí el procedimiento y nos hallamos dispuestos a exponer ante los militantes y organizaciones del mundo, la inexactitud de cada acusación, ya que no se nos ha permitido hacerlo ante las instancias internas del Movimiento Libertario Español. Tenemos perfecta conciencia de que a nadie pueden interesar seriamente estos «problemas de familia», si no es para condenar el procedimiento acusatorio, sólo comparable, como lo hemos señalado más arriba, a los métodos marxistas empleados en los comienzos de nuestra «historia organizativa» en el seno de la Primera Internacional.
>
> Por nuestra parte hemos querido ponernos por encima de tales «problemas de familia», presentando someramente, con brevedad de detalles, los síntomas de la crisis de autoritarismo que permanentemente emerge de las particularidades más ingratas que dominan el «clima orgánico» de nuestro Movimiento.

Los problemas internos del Movimiento Libertario Español pueden y deben tener solución, si por ambas partes se pone el necesario gesto de voluntad conciliadora. La discusión se impone, a fuer de que unos y otros nos inspiremos en un sano afán de entendimiento, afán imprescindible, si en

verdad se estima que la «organización» ha de servir para algo aprovechable, en el reto que los anarquistas hemos planteado a la sociedad estatal y autoritaria.

¿Cómo podía soñarse en una reconciliación, cuando los hechos y las conductas probaban la existencia de una concepción opuesta al respeto de los acuerdos y, fundamentalmente, al respeto a la discrepancia, base de la organización anarquista?

Los hechos seguirían probando que la «escisión» era un hecho irreversible, y que las organizaciones residuales del Movimiento Libertario Español en el exilio se habían acomodado a una situación que justificaba la desmovilización revolucionaria de sus militantes.

Notas

1. Samuel Pisar, en un artículo titulado «La dinámica del apaciguamiento», publicado en la revista francesa *L'Express*. Como hemos manifestado en el Prólogo, las declaraciones de Samuel Pisar nos reafirmaban en nuestro análisis del final al que conduciría la política de «apaciguamiento». En otro artículo publicado en *Le Monde* se presenta a sí mismo de la manera siguiente: «Después de las elecciones de 1960 fui encargado, por cuenta del presidente de los Estados Unidos, de sugerir los medios prácticos de hacer saber al mundo comunista que América estaba presta a reducir las tensiones. Yo estaba convencido de que sólo los lazos económicos podrían asegurar el progreso del apaciguamiento». En otro artículo, publicado el 8 de octubre de 1973 en *L'Express*, polemizó con el sabio soviético Andrei Sajarov, quien consideraba que sólo serviría para que el totalitarismo ruso se endureciera.

2. Esto ha sido confirmado en 1974 por las declaraciones de uno de los jefes de la CIA.

3. Muchos comentaristas internacionales lo han imputado a las maniobras de Kissinger para crear problemas a las economías de Alemania y del Japón.

4. Las medidas coercitivas empleadas por los países árabes productores de petróleo contra los países acusados de sostener la política de Israel.

5. Además del golpe de Estado fascista en Chile hay que adjudicarle la intervención, a través los agentes de la CIA, en el golpe de Estado de noviembre en Grecia, cuando una junta de generales aprovechó la represión de la agitación estudiantil (más de 14 muertos) para poner término al tímido proceso de liberalización interior y de apertura hacia el Este del dictador Papadopoulos.

6. El secuestro, el 6 de mayo, del cónsul americano de Guadalajara para obligar al gobierno mexicano a poner en libertad a un numeroso grupo de presos políticos. El secuestro, el 2 de abril, de un contralmirante antes de que los militares pasaran el poder al peronista Cámpora, y la serie de secuestros de importantes personalidades (dos industriales, un coronel de Estado Mayor y un dirigente político) realizados en el curso del mes de diciembre por el Ejército Revolucionario Popular, de inspiración trotskista, que rompía la tregua para poner a prueba las orientaciones de la política del general Perón.

7. En efecto, los agentes israelíes habían asesinado a un dirigente del FPLP y a un conocido militante del Al-Fatah en las calles de París, el 6 de abril y el 28 de junio respectivamente.

8. Aunque el objetivo final de los trabajadores de Lip era obligar al Estado a nombrar un nuevo patrón, para asegurar la continuidad de la empresa, la garantía del empleo y el mantenimiento de las ventajas conquistadas, este conflicto permitió poner en práctica nuevas formas de «control obrero» y de solidaridad, así como una relativa impugnación de las relaciones jerárquicas en el mundo del trabajo.

9. Este documento fue aprobado por 59 prelados contra 24 que se abstuvieron, y fue hecho público a mediados del mes de enero.

10. Se recordará que este industrial había sido secuestrado por un comando de ETA a principios de 1972. Sólo cuatro de los encartados, de los nueve presentes en el juicio, fueron condenados a penas de entre 12 y 17 años.

11. «El MIL es producto de la historia de la lucha de clases de estos últimos años. Su aparición va unida a las grandes luchas proletarias desmitificadoras de las burocracias —reformistas o grupusculares— que querían integrar esta lucha a su programa de "partido". Nace como grupo específico de apoyo a las luchas y fracciones del movimiento obrero más radical de Barcelona. Tiene presente en todo momento la necesidad de apoyar la lucha proletaria y su apoyo como grupo

específico es: material, de agitación, de propaganda, mediante el acto y la palabra». Del Acta del Congreso de autodisolución del MIL, en agosto de 1973.

En ese momento no tenemos ningún contacto directo con el MIL. Es después de la detención de Salvador Puig Antich, poco antes de que él y sus compañeros sean juzgados por un consejo de guerra sumarísimo, que sus amigos en Francia nos contactan para intentar algo en caso de condenas de muerte; pero la falta de recursos económicos nos impidió hacerlo con la rapidez que el caso requería...

12. Los hechos provocan una gran indignación en los medios obreros, pues todavía está fresco el recuerdo de otros dos obreros muertos por la policía en octubre de 1971.

13. Haciendo recaer la responsabilidad de la muerte del agente sobre un comando del FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico), de orientación marxista-leninista.

14. Con el nombramiento del secretario del Movimiento, Torcuato Fernández Miranda, como vicepresidente del Gobierno. Arias Navarro, considerado como íntimo de la familia de Franco, es nombrado ministro de la Gobernación.

15. El día anterior al atentado, Carrero Blanco había recibido la visita de Henry Kissinger, quien había declarado que: «Este gran país debe ser socio pleno de los Estados Unidos en la construcción del nuevo mundo».

XV

1974. La «democratización», la «crisis» capitalista y la revolución

«La irreversible inflación, los trastornos monetarios y financieros, la aguda crisis energética, la extensión del paro forzoso, son los síntomas económicos de la enfermedad del capitalismo de nuestros días. [...] Todos aquellos que quieran la paz y la cooperación pacífica, que muestren buena voluntad y realismo, pueden contar firmemente con la positiva reacción de la Unión Soviética. [...] Continuaremos oponiendo una enérgica resistencia a los organizadores de provocaciones y aventuras internacionales, a los partidarios de la carrera de armamentos y de la guerra fría, a los enemigos de la paz y la seguridad internacional.»

Leónidas Breznev, 11 de octubre de 1974

Hasta aquí, como hemos podido constatar ampliamente, el espectro de la subversión revolucionaria no ha dejado de obsesionar al mundo autoritario. Pero una fuerza, la de la seguridad, montaba la guardia. Presta a evitar, con su represión «preventiva», y a castigar, con su represión vindicativa, todos los ataques contra el orden establecido.

Ya se trate de los Estados capitalistas o de los capitalismos de Estado, de los coroneles griegos o de los africanos, de los generales fascistas (los Franco y los Pinochet) o de los generales «populistas», como Perón, en la mayoría de las naciones la palabra «seguridad» ha adquirido un sentido bien preciso: Seguridad con mayúscula. Es decir, la fuerza represiva del Estado, el vasto y complejo aparato policial. Así, gracias a la «coexistencia pacífica» y la «distensión», que han facilitado la extensión de esta Seguridad a todo el orbe,

el organismo internacional más representativo no parece ser las Naciones Unidas sino la Interpol. De ahí que actualmente se desprenda del planeta un fuerte olor a policía.

La gran Internacional de las Policías que se ha ido constituyendo no se reduce simplemente a una concomitancia, a los paralelismos y a una coexistencia en el espacio. Es una verdadera Internacional: un sistema de cooperación y de colaboración, una sociedad de seguros mutuos para la seguridad de los Estados (1).

Frente a esta confabulación policial internacional, que es la expresión práctica de los compromisos políticos y económicos al nivel de los gobiernos, la subversión revolucionaria sólo puede contar con sus propias fuerzas, con su dinamismo clandestino y su imaginación, para pasar al ataque y sobrevivir a la represión. Es muy posible que en ello pensaran los revolucionarios de ETA cuando, después de realizada la «Operación Ogro», la reivindicaron en una conferencia de prensa dada clandestinamente en Francia:

> La operación que ETA ha realizado contra el aparato del poder oligárquico español en la persona de Luis Carrero Blanco debe ser interpretada como una justa respuesta revolucionaria de la clase obrera y de todo nuestro pueblo vasco al asesinato de nueve camaradas de ETA desde el comienzo del año y al de todos los que han contribuido o contribuyen al advenimiento de una humanidad definitivamente liberada de toda explotación o de toda opresión. Luis Carrero Blanco, un hombre duro, violento en sus actitudes represivas, era la pieza maestra que garantizaba la estabilidad y la continuidad del sistema franquista.

Pero el 4 de enero, tras dar a conocer la composición del nuevo gabinete (2), Arias Navarro resumía —a la manera franquista clásica— su programa político afirmando que: «El gobierno concede la más alta importancia a la participación política, que debe ser incrementada y estimulada, teniendo en cuenta la madurez cívica de que ha dado prueba nuestro pueblo y las necesidades del momento presente». Agregando que el gobierno usaría «toda su autoridad, con vigor y serenidad» para «defender el bien común» y «mantener un orden dentro del cual los españoles puedan ejercer y desarrollar sus derechos y sus libertades». Si la composición del gabinete de Arias Navarro no representaba, en razón de la exclusión de López Rodó y su equipo (Opus Dei), la estabilidad, por lo menos garantizaba la continuidad del sistema franquista. El editorialista del diario Ya escribía al respecto:

> La muerte del almirante Carrero Blanco ha desembocado en una gran crisis que ayer aún parecía imposible. Con López Rodó desaparece el líder de una familia política que ha mandado mucho. Al mismo tiempo se esfuma un concepto, a saber, que el desarrollo económico es suficiente para gobernar a los pueblos. [...] Debemos esperarnos a una reactivación de la vida política.

En efecto, aparte de los persistentes rumores y comentarios en torno al conflicto entre los «ultras» y los «liberales», encabezados por el general Díez Alegría (3), y la aplicación de severas medidas represivas, cuyo punto culminante es la pena de muerte impuesta al joven anarquista catalán Salvador Puig Antich (4), la vida política sigue su curso normal. Ni la «oposición pacífica» ni la «oposición activa», pese al profundo choque psicológico provocado por la muerte de Carrero Blanco, logran canalizar la situación en favor de una efectiva reactivación del antifranquismo.

La visita del cardenal Enrique Tarancón, arzobispo de Madrid, a Arias Navarro, en la segunda quincena de enero, es presentada por toda la prensa nacional como el claro testimonio de la buena entente existente entre el gobierno y las jerarquías eclesiásticas. Según el semanario Vida Nueva, que se dice refleja las

intenciones del arzobispo de Madrid, monseñor Enrique Tarancón habría renovado al jefe del gobierno el deseo de «independencia y cooperación de la Iglesia», lo que no impide que el propio semanario concluya afirmando que «el nuevo gobierno, en razón misma de su composición, ha sido acogido con una profunda confianza».

El 16 de febrero, al mismo tiempo que se hacía pública la decisión del Consejo Supremo de Justicia Militar confirmando la pena de muerte a Salvador Puig Antich, el periódico belga La Libre Belgique publicaba unas declaraciones exclusivas del ministro de Información y Turismo, Pío Cabanillas, bajo el título «Es urgente perfeccionar los mecanismos de una participación política activa en España», en las que el flamante ministro declaraba:

> Aparte de los grupos minúsculos de extremistas que desarrollan una acción violenta y subversiva, el Régimen está abierto a todos los españoles. Los que quieren trabajar en paz, dentro del respeto a nuestra Constitución y dentro de la legalidad, pueden hacerlo y participar en la evolución política en el marco de la legalidad. [...] Es verdad que es urgente perfeccionar los mecanismos de una participación política activa. Es una tarea fundamental que el gobierno se ha dado. En esta obra de perfeccionamiento de la participación, de democratización si usted prefiere, se plantean dos problemas básicos: los mecanismos y los sujetos de la participación. A uno y a otro se les darán las soluciones adecuadas.

Dos semanas más tarde, el 2 de marzo, pese a las numerosas peticiones de clemencia enviadas a Franco por destacadas instituciones y personalidades nacionales y extranjeras (5), era ejecutado —por el procedimiento del garrote vil— Salvador Puig Antich, quedando demostrado una vez más lo que significaba para los franquistas la «democratización». El 4 de marzo, el obispo de Bilbao, monseñor Añoveros, que había defendido los «derechos del pueblo vasco» en una homilía leída en las iglesias de la diócesis el domingo 24 de febrero, era conminado a abandonar el país (6).

La simultaneidad de estas dos medidas y, en particular, la intransigencia con que había sido rechazada la gracia para Puig Antich y la anulación de la expulsión de monseñor Añoveros, disipaban los equívocos en torno a la personalidad del nuevo jefe del gobierno y a la política represiva del régimen franquista. Los libertarios comprendieron que la represión seguiría abatiéndose ferozmente sobre ellos y que era urgente afirmar la solidaridad con los militantes del MIL encarcelados. El choque emotivo provocado por la ejecución de Puig Antich reavivó los medios libertarios (no oficiales) del interior y del exilio, que reivindicaron unánimemente al joven anarquista catalán.

Sin que puedan compararse a otras manifestaciones culminantes (fusilamiento de Grimau, huelgas de Asturias, Proceso de Burgos), los movimientos de protesta por la ejecución de Puig Antich y la expulsión de monseñor Añoveros permitieron que se manifestara extensamente el repudio popular a la Dictadura.

No obstante la profunda indignación suscitada en España y el extranjero (7) por el bárbaro comportamiento del gobierno de Arias Navarro, todavía había quienes insistían en atribuirle una voluntad democratizadora:

> El gobierno del Sr. Arias estaba presionado, por la policía y la derecha, para que tomase severas medidas. [...] La ejecución del joven Puig Antich y las medidas tomadas contra monseñor Añoveros son sin duda el «precio» que ha debido pagar para hacer aceptar las medidas de «democratización»: liberalización de la censura que se ejercía sobre la prensa, la edición y los espectáculos, reintegración de profesores y de estudiantes excluidos de la Universidad, etc. Los sindicatos son de ahora en adelante invitados a ser menos «dóciles» y los españoles invitados a participar en las instituciones. (*France Soir*, el 4-3-1974)

No le era, pues, difícil al régimen franquista hacer creer en sus propósitos democratizadores. Empero, en los medios de la oposición, y en particular entre

los libertarios, no sólo no se creía en estos propósitos sino que se temía que se pronunciaran nuevas penas de muerte en el segundo proceso que debía celebrarse pronto contra los compañeros de Puig Antich (8). De ahí que los comités de sostén a los presos del MIL y los activistas libertarios continuasen intentando movilizar a la opinión pública internacional para impedir que el régimen franquista cometiese nuevos crímenes (9).

Durante esos meses, bajo la presión de las tensiones derivadas de la situación en Próximo Oriente y de las escandalosas revelaciones en relación con el asunto Watergate, el contexto político internacional parece instalarse en la precariedad y en la paradoja.

Las tribulaciones «morales» del presidente americano Nixon con la justicia de su país (10), en los momentos en que su secretario de Estado, Kissinger —manipulando los diferentes elementos del conflicto entre árabes y judíos para el restablecimiento de la «paz» en esa región tan importante para la estrategia mundial de los USA—, consigue importantes triunfos para la política exterior norteamericana (11).

La publicación, a finales de febrero, del libro Portugal y su porvenir, escrito por el general Antonio de Spinola, provoca su revocación como jefe adjunto del Estado Mayor y la de su jefe directo, el general Francisco Costa Gómez. La dictadura portuguesa está pasando por momentos críticos a causa de su catastrófica política colonialista. El 6 de marzo, el dirigente socialista Mario Soares escribe en *Le Monde*: «Algo se mueve finalmente en Portugal. Después de algunos meses, la agitación social y el descontento político crecen en todos los sectores de la sociedad portuguesa. [...] Hay muchos síntomas anunciadores de un próximo cambio en el escenario político». Y el 16 de marzo, en un cuartel de Caldas da Rainha, en el norte del país, un regimiento intenta una marcha sobre Lisboa en protesta por las destituciones de Spinola y Costa Gómez. El gobierno puede proclamar que

«el orden reina en el país», pero sin precisar con qué prudencia ha puesto fin al motín el Ejército. Desde ese mismo instante se precisa la proximidad de la prueba de fuerza (12) para el régimen fascista portugués.

El «triunfo» electoral de los laboristas conduce a la formación de un gobierno «minoritario» por el ya veterano primer ministro Wilson, a principios de marzo; y la muerte del presidente francés, Georges Pompidou, el 2 de abril, abre una súbita perspectiva de ascensión al poder del candidato de la Unión de la Izquierda, François Mitterrand.

En relación con el activismo revolucionario, además de varias acciones de resonancia internacional de los comandos palestinos (13) en colaboración con el grupo del Ejército Rojo japonés, de las tentativas de los movimientos revolucionarios latinoamericanos en busca de nuevas perspectivas de acción (14) y las acciones más esporádicas de los movimientos autonomistas europeos (15) y de la resistencia antifascista griega (16), lo más significativo es la aparición del Movimiento Simbiótico de Liberación en el sur de los Estados Unidos. Este grupo activista revolucionario, que se da a conocer el 4 de febrero con el rapto de la hija del magnate de la prensa americana Randolph Hearst —al que obligan a proceder a una distribución de víveres entre las familias indigentes de San Francisco de varios millones de dólares— está constituido por un núcleo de militantes negros y de jóvenes universitarios blancos, entre los que destacan varias militantes del movimiento de liberación de la mujer. Los principios revolucionarios reivindicados por este movimiento son: el antirracismo, la abolición del sistema penitenciario y la destrucción del sistema capitalista a través de la lucha armada y de los atracos a las instituciones bancarias: para «restituir al pueblo el dinero que les ha sido expoliado». La gran sorpresa, con el consiguiente escándalo para la burguesía americana, es la decisión de Patricia Hearst de unirse a sus secuestradores en su lucha contra la sociedad capitalista americana. En una cinta magnetofónica, enviada a principios de abril a una estación de radio, Patricia declara: «He decidido unirme a la causa del ESL. Me han dado a elegir entre ser liberada sin ningún riesgo o alistarme en el Ejército Simbiótico para combatir por su libertad y la del pueblo oprimido». La nueva Tania (Patricia ha adoptado como nombre de guerra el de la compañera del «Che» en la guerrilla boliviana), que apare ce —en la fotografía que se adjunta a la cinta— empuñando una metralleta, quedará ligada a todas las peripecias de la lucha clandestina de dicho movimiento, al que la policía americana acosa con una decidida voluntad de exterminio (17). Lo cierto es que el acontecimiento crea un gran desasosiego

entre las clases altas estadounidenses. Como dice la prensa: «Se ha producido la subversión ideológica de un significado vástago de la sociedad dorada con un simple cursillo acelerado».

Aunque aparentemente el Movimiento Simbiótico de Liberación parece una simple secreción radicalizada del marginalismo socio-cultural norteamericano, en «simbiosis» con el problema racial propio de los USA, sería una ligereza no reconocer una motivación revolucionaria global y unos objetivos cercanos a los de los demás movimientos activistas revolucionarios de otros países. ¿Qué otra alternativa tienen los movimientos revolucionarios incipientes, si no es el fundar sus luchas en los particularismos y problemáticas nacionales, o en las discriminaciones políticas y sociales de que son víctimas las minorías?

En Italia, el 18 de abril, las Brigadas Rojas secuestran al fiscal de la República Mario Sossi, que había dirigido el proceso contra varios militantes de dicho movimiento, y continúan intentando organizar una resistencia armada para oponerse al peligro fascista (18).

Y hemos llegado al 25 de abril de los «claveles rojos», de la «fiesta popular como no se había visto otra en Portugal desde hacía medio siglo», de la desaparición «del régimen fascista más antiguo de Europa», del «renacer de la esperanza» para todos los antifascistas ibéricos. Súbitamente liberado de una «dictadura aplastante, morosa, tenebrosa, el pueblo portugués se ha sentido identificado de corazón con el Ejército», pues en Portugal es el Ejército el que «en trece horas apenas, por una operación de mano maestra, ha sabido poner fin al régimen de Marcelo Caetano», el fiel sucesor del dictador Antonio de Oliveira Salazar. Conducido por un grupo de jóvenes capitanes vueltos de las guerras de África, en las que Portugal «malgastaba, desde hacía trece años, cerca de la mitad de su presupuesto nacional», el Ejército ha barrido del poder a los civiles que no sabían o no querían sacar al país del cenagal colonial. Y después de exiliar a los antiguos dirigentes a la isla de Madeira y vencer la resistencia de la policía política, la fatídica PIDE, instala una junta militar de seis oficiales y llama al general Spinola para presidirla, el cual se apresura a declarar:

> Garantizaremos todas las libertades fundamentales y los derechos de los ciudadanos, en particular la libertad de expresión. Autorizaremos la creación de partidos políticos y organizaremos elecciones libres.

Al día siguiente, los presos políticos son puestos en libertad y los agentes de la PIDE comienzan a ocupar las celdas que antes llenaban aquéllos. El 28 de abril, Spinola abraza a Mario Soares, secretario general del Partido Socialista Portugués, pocas horas después de que éste vuelva del exilio. Al día siguiente, acoge al secretario general del Partido Comunista, Álvaro Cunhal, que vuelve de su exilio en Moscú. El 1.º de Mayo es celebrado en Lisboa por más de trescientas mil personas, en un extraordinario clima de alegría. El 15 de mayo, la Junta Militar nombra al general Spinola presidente de la República y se forma un Gobierno Civil «provisional» dirigido por un primer ministro «moderado de centro derecha», del cual forman parte Mario Soares y Álvaro Cunhal. Así pues, al contrario de lo que ocurrió en Chile, en Portugal es el Ejército el que no sólo ha restablecido la democracia, sino que ha permitido al Partido Comunista —el único en Europa occidental— integrarse en el poder. Pero a finales de mayo, Spinola dirige una severa advertencia a «los partidarios del desorden y la anarquía», y con la ayuda del PCP, que acusa a los «izquierdistas» de «fomentar el desorden para justificar un golpe de Estado fascista», el movimiento de huelgas que había desbordado a los nuevos dirigentes sindicales (19) es frenado y los trabajadores deben contentarse con los aumentos establecidos por las autoridades. El 7 de junio, el director del diario Lucha Obrera, órgano del movimiento de extrema izquierda PRP, es detenido, pese a que los movimientos izquierdistas habían cesado toda acción espectacular hacía varios días.

Poco a poco van trascendiendo las «serias divergencias» que oponen a los «moderados» con la izquierda en el seno del gobierno e incluso en el seno de la propia Junta Militar. El 9 de julio, el primer ministro, Palma Carlos, y cuatro ministros «moderados» dimiten por razón de sus disensiones con los representantes de la izquierda en el gobierno. Y el 11, el general Spinola revoca a todos los miembros del gobierno. Siguen conciliábulos, negociaciones y arbitrajes difíciles para la constitución de un nuevo gobierno de coalición,

sobre todo entre los representantes del movimiento de los «capitanes», que fueron los verdaderos actores del levantamiento de abril, y los generales, más cercanos al espinolismo. El 17, se anuncia la composición del nuevo Gobierno presidido por el coronel Gonçalves, y en él figuran tres representantes del movimiento de los «capitanes», junto a los ministros socialistas y comunistas que conservan sus carteras. Mario Soares lo define así: «Nuestro primer gobierno estaba en el centro, pero bizqueaba hacia la derecha, el segundo continuará en el centro, pero mirará a la izquierda». Sin embargo, el 18 de julio, en la toma de posesión del nuevo equipo ministerial, Spinola declara que «la anarquía será considerada de ahora en adelante como un crimen contra la sociedad». Y Gonçalves, por su parte, declara que su política será «el programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas y nada más». Los comunistas se dan por satisfechos y afirman que «el actual gobierno constituye una ocasión única de asegurar un régimen democrático estable y elegido por el pueblo».

De hecho, y pese a la inquietante incógnita que representa la presencia del autoritario general Spinola al frente del Estado, el fin del fascismo lusitano parece un hecho irreversible. Tanto en lo que respecta a la política de descolonización (20) como en la orientación de la política interior hacia una auténtica democratización dentro del marco institucional burgués.

La actitud adoptada por los militares «progresistas» hacía poco probable la eventualidad de un contragolpe de Estado fascista, y menos aún que éste tuviera éxito. Aunque fuera prematuro formular —a los tres meses escasos del «golpe de Estado militar libertador»—conclusiones definitivas sobre las intenciones de los dirigentes del Movimiento de las Fuerzas Armadas, estaba claro que el nuevo régimen no quería hacer la revolución.

La extrema izquierda revolucionaria lo había comprendido así. No obstante, esa convicción no podía justificar el desinterés o la oposición al proceso «democratizador» en curso. Pero no distanciarse y no oponerse implicaba también la colaboración tácita de los revolucionarios en la consolidación de la democracia burguesa.

Tal era el dilema que el restablecimiento de la «legalidad democrática», preconizada por el Movimiento de las Fuerzas Armadas y los partidos de la

izquierda clásica (PCP y PSP), planteaba a los revolucionarios portugueses. Dilema que quedaba también planteado para los revolucionarios españoles y de otros países de América Latina y del «Tercer Mundo», pues no podían descartar a priori la eventualidad de verse confrontados —a corto o largo plazo— con una situación del tipo de la «original solución portuguesa».

Ya es de suponer que estos acontecimientos no podían pasar desapercibidos en España y que, lo mismo en las altas esferas del Régimen que en el seno de la oposición, fueron seguidos con un enorme interés. La prensa nacional, en pleno proceso de «descongelación informativa», no escatimó espacio para las noticias y los comentarios sobre lo que ocurría en el vecino país, llegando, en algunos casos, hasta a atreverse a sacar consecuencias cara al futuro del pueblo español, lo que no dejó de provocar furibundas reacciones en los medios «ultras» contra tales órganos de prensa, que fueron calificados de «canallescos». La verdad es que la situación en Portugal, lejos de estimular la política de «apertura» prometida por el equipo Arias Navarro, la comprometía, pues los «ultras», apoyados por la «camarilla del Pardo», conseguían la suspensión de la mayoría de las medidas liberalizadoras y el reforzamiento de la represión. Por ello, ante la inminencia del segundo consejo de guerra contra los militantes del MIL, y ante las perspectivas de una nueva petición de pena de muerte, los anarquistas organizarán una acción espectacular en el extranjero para sensibilizar a la opinión pública y obligar a las autoridades franquistas a moderar su actitud represiva. En relación con el secuestro del director del Banco de Bilbao en París, realizado el 3 de mayo (21), un despacho de la AFP —reproducido por la prensa internacional— precisaba:

> Los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista (GARI) declararon en un comunicado enviado hoy (9 de mayo) a la AFP que el «secuestro de Baltasar Suárez en París es nuestra respuesta a la actual represión contra el movimiento revolucionario español». El GARI, que se atribuyó el martes pasado el secuestro del director del Banco de Bilbao en París y formuló sus primeras exigencias en una conferencia de prensa secreta en Barcelona, declaró además: «No permitiremos

que tras el asesinato de Salvador Puig Antich se cometa una nueva ejecución».

Asamblea del Comité de Defensa de los imputados en el secuestro del Director del Banco de Bilbao en París

El significado de esta acción, que movilizó el interés periodístico durante casi tres semanas, quedó definido en el extenso documento dado a conocer por los miembros del Comité Libertario Antirepresivo en el curso de la conferencia de prensa dada clandestinamente en Barcelona, y en el que se precisaban las exigencias de los autores del secuestro:

> 1.º La publicación en los periódicos españoles de todos los comunicados, textos y documentos. 2.º La libertad provisional de Santiago Soler Amigó, gravemente enfermo e implicado en el asunto del MIL. 3.º La publicación del acta de acusación contra los supuestos militantes del FRAP detenidos en relación con los hechos del 1.º de Mayo de l973, para hacer frente a las posibles peticiones de penas de muerte. 4.º Aplicación de la libertad condicional a todos los presos políticos que se encuentran en periodo de extensión de su pena. La no aplicación de esa libertad condicional es considerada como un secuestro por parte del régimen franquista de todos los presos políticos.

Por un movimiento anarcosindicalista.

Pertenecemos a un núcleo libertario que trabaja por la reconstrucción del movimiento anarcosindicalista. Hemos asumido nuestras responsabilidades para explicar y reivindicar el rapto de Ángel Suárez, realizado por los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista. [...] Las condiciones en las cuales los núcleos revolucionarios, y particularmente los libertarios, desarrollan su actividad están marcadas, desde el comienzo, por proposiciones ideológicas, es decir, la no diferenciación entre el fin y los medios, el rechazo de una hipoteca ideológica en el marco de una política, el cambio no de la forma sino del fondo del sistema de relaciones humanas y sociales. [...] Frente al nuevo impulso de las fuerzas antiautoritarias y libertarias, consideramos como vital la coordinación de nuestras fuerzas para poder llegar a desarrollar una actividad más eficaz. El Comité Libertario Antirepresivo, al difundir el hecho producido, no tiene otro objetivo que el de hacer circular las noticias, explicándolas abiertamente y asegurando su veracidad. [...] Creemos que esta acción es una de las variantes que puede adoptar la lucha actual y por eso nos esforzamos por difundir ampliamente su verdadero contenido y sus objetivos.

El 20 de mayo, la policía anuncia en Bilbao que el comando de activistas de ETA, que fue descubierto cuando intentaba desembarcar en una playa de Fuenterrabía, pretendía secuestrar a Juan Vollner, director de la fábrica La Palmera.

Señalemos de paso que en esos días, en Francia, la Unión de la Izquierda había estado a punto de conquistar el poder con su candidato a la presidencia de la República. Éste, tras haber reunido en torno a su candidatura a toda la izquierda reformista e inclusive, en la segunda vuelta, el «izquierdismo» y los gaullistas «decepcionados», tuvo que darse por vencido la noche del domingo 19 de mayo por un 1% de votos en favor de Giscard d'Estaing. La prensa española, reflejando el sentir de los medios oficiales, se congratuló de la victoria de este último, afirmando su «confianza en la consolidación de las

buenas relaciones entre los dos países» y en «la adopción de severas medidas contra los terroristas españoles que encuentran refugio en Francia» (22).

A los pocos días de haber sido liberado el banquero, y en plena razzia policial, el GARI hacía público el siguiente comunicado:

> El asunto Suárez, en tanto que acontecimiento espectacular, ha terminado efectivamente, como lo afirma la prensa, contenta de ver a los malos castigados y a la inocente víctima sana y salva. Lo que no ha terminado es el enfrentamiento entre nuestra voluntad revolucionaria y el poder franquista; nuestro combate, nuestra fuerza de intervención en un mundo capitalista, que pretende ver en nosotros a unos «desesperados» y no a un reagrupamiento de gentes determinadas a actuar para destruirlo en relación con todos los que luchan. Que haya habido o no petición de rescate, nuestra gestión estaba clara y nuestros objetivos políticos también [...] las detenciones que han tenido lugar en Francia, y la pesquisas que prosiguen para intentar acosar a los «culpables», muestran claramente el sentido real de la política francesa. Jamás se había visto tal cooperación policíaca franco-española: Mitterrand intervenía cerca de Franco para evitar que Puig Antich fuese ejecutado; hoy, que nuestro compañero ha sido ejecutado y que varios otros podrían correr la misma suerte antes de que interviniéramos, la derecha francesa lanza a su policía y se atreve a detener a personas acusadas de haber prestado su apoyo a una acción que se ha revelado eficaz para obtener el resultado esperado por muchos. [...] La infiltración de nuestros grupos por las policías y los comunicados triunfalistas de éstas, nos hacen reír: ¡Ottavioli, Bernard, cesad vuestra ridícula caza de brujas! Hemos ayudado a nuestros compañeros en peligro de muerte, que es lo que preconizan vuestras leyes y vuestros principios morales. [...] Hemos cumplido nuestro compromiso; al gobierno español corresponde cumplir los suyos en los plazos fijados.

El 12 de junio, la prensa extranjera se hace eco de rumores según los cuales el general Manuel Díez Alegría será destituido próximamente de su cargo de jefe del Alto Estado Mayor, «pues desde hace varios meses es el blanco preferido de los medios de la extrema derecha». Y, en efecto, el 14 se anuncia que es reemplazado por el general Carlos Fernández Vallespín, que había combatido con la División Azul en el frente ruso. Según los comentaristas extranjeros, la dimisión del que era «considerado, en los medios militares, como el jefe de fila del ala liberal de las Fuerzas Armadas españolas, puede explicarse por el deseo de restablecer el equilibrio de tendencias en el seno del Ejército». Sin embargo, al día siguiente, en Barcelona, Arias Navarro pronuncia un discurso en el que afirma que «las asociaciones políticas van a nacer en el marco del Movimiento». Y contestando a las críticas formuladas por los «ultras» (Blas Piñar y José Antonio Girón) dice que no está dispuesto a dejar a las «minorías exasperadas» frenar su programa, puesto que «nuestro interlocutor es y será siempre el pueblo español»...

En relación con la situación en España, la prensa francesa del 21 de junio da cuenta de una conferencia de prensa dada por Santiago Carrillo en los alrededores de París a un grupo de periodistas españoles acreditados en la capital francesa. En el curso de la misma, y tras afirmar que la «portugalización» de España es evidente, preconiza la participación, en el futuro político de España, «de una serie de personalidades que, bien que salidas del Régimen, merecen, tanto por su valor personal como por su conducta en el curso de los últimos años, participar en la democratización de nuestro país».

En el mitin «monstruo» celebrado el 23 de junio en Ginebra con la ayuda del Partido Comunista Suizo, la Pasionaria y Carrillo elogian a «la nueva Iglesia de España» («Iglesia renovada, con una jerarquía progresista y miles de curas que reconcilian por su conducta al pueblo con la Iglesia») y a los militares («que deben poseer una técnica y medios que les permitan jugar el papel que la nación debe darles en su propio interés»). Para terminar con esta exclamación de impotencia: «¿Habrá una mano que abrirá la puerta de la fortaleza fascista al pueblo, para evitar violencias evitables?».

«Lo que yo sé», añadió Carrillo, «es que esta mano no podrá ser en ningún caso la del sucesor designado por Franco para estar a la cabeza de lo que llaman la monarquía del Movimiento, es decir la mano de Juan Carlos».

Precisamente, el día anterior, en Estoril, en el curso de un banquete que le ofrecían una cincuentena de personalidades monárquicas, Juan de Borbón afirmaba que mantenía «excelentes relaciones con su familia» y que ésta «era de las más unidas».

El opusdeísta Rafael Calvo Serer, exiliado en Francia, escribe en *Le Figaro* del 26 de junio: «Hoy en Portugal, mañana en España, la derecha no puede invocar ya los argumentos que utilizó en los momentos de la guerra fría para excluir a los partidos comunistas de los gobiernos».

Y en éstas estábamos cuando se anuncia por sorpresa, el 9 de julio (23), que Franco ha sido internado en el Hospital Francisco Franco para ser operado de una flebitis en la pierna derecha. Cunden los rumores y las especulaciones de toda índole, así como las maniobras de los grupos de presión con vistas a la sucesión que parece inminente, lo que permitirá a los periodistas extranjeros afirmar que «Madrid vive en un clima de fin de reino». Empero, los partes médicos son tranquilizadores, hasta que el día 19 la prensa anuncia que «el general Franco ha cedido el poder al príncipe Juan Carlos». Los rumores y las especulaciones llegan entonces a su punto culminante, pues para nadie es un secreto que la familia de Franco no ve con buenos ojos ese nombramiento y que las intrigas de Palacio están en su apogeo. En líneas generales se nota un sensible movimiento en favor del príncipe y para que le sea acordada la plenitud del poder. Emilio Romero publica un editorial de primera plana en Pueblo, que titula: «Toda la autoridad», en el sentido general es, ni más ni menos, toda la autoridad «para el futuro rey». La prensa se congratula de que Franco haya dejado «todo atado, y bien atado». Lo que no impide a Santiago Carrillo reclamar en una conferencia de prensa, celebrada en París el 22 de julio, la formación de un «gobierno provisional democrático de reconciliación nacional». Mientras tanto, Franco va recuperando la salud y los Consejos de Guerra siguen funcionando también: el 24 de julio, en Barcelona, José Oriol Solé (24) y José Luis Pons son condenados a 48 y 24 años respectivamente. El 30 de julio, cuando Franco se preparaba para abandonar el hospital, Calvo

Serer y Santiago Carrillo anuncian, desde París, la constitución de una Junta Democrática de España que «queda abierta a todos» (25), y lanzan un llamamiento «al pueblo español a estar preparado para una acción democrática nacional».

Como puede apreciarse, el restablecimiento de Franco es considerado solamente como un simple «aplazamiento» de los «vencimientos» de las diferentes etapas del «inevitable proceso de democratización del país».

En esos mismos días, y como resultado de su fracasada «aventura» en Chipre, los generales fascistas que gobiernan en Atenas pierden la partida, pues, aunque quizás haya que atribuir a los designios del Pentágono americano en esa región (26) la «aventura» contra Makarios, aparentemente, es el fracaso de la misma —con el consiguiente desprestigio para los militares que la han caucionado— lo que obliga a los generales helenos a llamar a Caramanlis, para que constituya un gobierno civil y ponga fin a siete años de fascismo en Grecia.

Pero antes de analizar este nuevo e importante acontecimiento, debemos señalar que, en la escena internacional, la «distensión» había seguido abriendo nuevas perspectivas a la colaboración económica entre el mundo capitalista y el mundo comunista. A finales de junio, como preámbulo a la próxima visita de Nixon a Breznev, tuvo lugar en Moscú una conferencia sobre el comercio Este-Oeste, con la participación de varios centenares de presidentes de grandes firmas industriales y bancos de 32 países del mundo occidental. La

«distensión» parecía traducirse en una relativa «liberalización» en la propia Rusia; el científico Sajarov seguía haciendo declaraciones y llamamientos en favor de los disidentes soviéticos detenidos, sin ser seriamente molestado, llegando incluso, con ocasión de la visita de Nixon, a declararse en huelga de hambre durante varios días para dar más fuerza a sus denuncias.

Parecía que, salvo algunos «islotes» (27) autocráticos, la «democratización» era la nueva tendencia dominante en la historia. Inclusive en China, relegando por algún tiempo a un segundo plano la crítica contra Confucio y Lin Piao y los conflictos fronterizos e ideológicos con los «revisionistas» de Moscú,

reaparecían los famosos panfletos murales en los que los simples ciudadanos exponían sus críticas contra los cuadros dirigentes. En la legendaria Abisinia, el ejército iba completando la conquista del poder y la liquidación del régimen feudal del Negus. Y más cerca, en Italia, las autoridades parecían —al fin— decidirse a reaccionar «seriamente» contra la «subversión fascista» (28).

En este contexto, se comprende que la «aventura» chipriota de los generales fascistas helenos haya causado profunda indignación internacional, y que, tras la intervención militar turca, el jefe de la diplomacia americana, Henry Kissinger —cuya responsabilidad en los acontecimientos era cada día más criticada en su propio país y en el mundo—, se viese obligado a reaccionar para arreglar el desaguisado:

> Ya sabíamos que «Dear Henry» mostraba su desenvoltura de buena gana respecto a los aliados, amigos o agradecidos de los Estados Unidos. Pero jamás el jefe de la diplomacia americana había anunciado públicamente un golpe de Estado en una capital amiga. Acaba de hacerlo implícitamente al asegurar que no puede «formular un juicio claro sobre las fuerzas que podrán apoderarse del gobierno en Atenas». [...] Kissinger tendrá dificultad para disfrazar un restablecimiento en triunfo y arrancar los aplausos a un público que comienza a estar hastiado. (*Le Monde*, 24-7-1974)

La situación no le dejaba otra alternativa, y para los demócratas de todo el mundo la caída de la dictadura en Grecia bien valía el olvido del hastío contra Kissinger:

> Podemos sin embargo, de nuevo, quedar perplejos ante los métodos expeditivos de Kissinger. Ha logrado una vez más transformar, in extremis, en triunfo diplomático un agudo desaire. [...] El vergonzoso fracaso de la Junta y el posible retorno a cierta forma de democracia representan sin duda una buena noticia para todas las víctimas de la

> dictadura estúpida de los militares. Pero está claro que en este asunto Grecia no ha sido ni siquiera tratada como protectorado sino como colonia. Caramanlis, pese a su popularidad, entra en cierta manera en Atenas en los furgones del extranjero, y la formación de un gobierno de unión nacional quizás no sea suficiente para impedir una formidable explosión de nacionalismo. (*Le Figaro*, 24-7-1974)

Tras la vuelta de los exiliados, la liberación de los presos políticos y el restablecimiento de las «libertades democráticas fundamentales», el cinismo y la eficacia de los métodos kissingerianos se pondrían nuevamente de manifiesto al completar la ocupación de la mitad de la isla de Chipre las tropas turcas, lo que, en efecto, provoca una «formidable explosión de nacionalismo», rápidamente capitalizada por Caramanlis al romper con la OTAN y rechazar las repetidas invitaciones de Kissinger y del nuevo presidente norteamericano, Gerald Ford, para reunirse con ellos a fin de estudiar la situación.

A partir de ese instante, Caramanlis, que ha constituido un Gobierno de «unión nacional» con los centristas, y restablecido la Constitución de 1952 -reemplazando no obstante la mención de «rey» por la de «presidente»—, y que ha prometido convocar elecciones para antes de que finalice el año, prosigue la consolidación de su poder personal y el realce de su «imagen de marca» con vistas a la muy cercana confrontación electoral. Pues, como declara a un periodista, lo que más le sorprende y le tranquiliza «es el espíritu de disciplina, de madurez, de que dan prueba los griegos después de haber sufrido la opresión de la dictadura». Así pues, también en Grecia la «democratización» estaba en marcha.

Para completar este cuadro del «renacimiento» democrático internacional, nada pudo ser más oportuno que la sorprendente y patética renuncia de Nixon: «Yo no soy un hombre que abandone. Abandonar mi cargo antes de su término hiere todas las fibras de mi cuerpo. [...] Pero América tiene necesidad de un presidente a tiempo pleno y de un Congreso a tiempo pleno... ¡Pueda la gracia del Señor estar con vosotros en todos los días venideros!»

Mas allá de la novela (los dos periodistas, transformados en detectives, acusando y obligando, al final, al criminal a confesar su crimen) y de la explotación política, que quiere presentar la dimisión de Nixon como un triunfo de la legalidad democrática («el caso Watergate ha demostrado de una manera espectacular que, para los americanos, el presidente de los Estados Unidos no puede ser un hombre por encima de las leyes. Debe someterse a ellas, como cualquier otro ciudadano» (29), lo que ha demostrado el «extraordinario arreglo de cuentas» entre los grandes clanes políticos americanos es el grado de corrupción a que ha llegado la sociedad democrática estadounidense:

> Una sociedad, en la que las altas esferas y los escalones intermediarios son considerados generalmente como una red de astutos negocios, no puede producir hombres dotados de un profundo sentido moral. Una sociedad que es únicamente hábil no puede producir hombres dotados de conciencia. Una sociedad que limita el sentido del «éxito en la vida» a la gran fortuna y que, según este criterio, condena el fracaso como su principal vicio, elevando el dinero al nivel de valor absoluto, produce el falsificador astuto y el negociante sospechoso. [...] Cierto, quizás hay hombres corrompidos en el seno de instituciones sanas, pero cuando las instituciones son corruptoras, muchos hombres que viven y trabajan en ellas son necesariamente corrompidos. En la era de la sociedad anónima, las relaciones económicas se vuelven impersonales y el dirigente se siente personalmente menos responsable. En los mundos anónimos de los negocios, de la guerra y de la política, la conciencia individual se atenúa y la alta inmoralidad se institucionaliza. No es solamente un problema de administración corrompida en la Empresa, el Ejército o el Estado; es una característica de los ricos de la Empresa, en tanto que capa capitalista profundamente imbricada en la política del Estado militar (30).

La llegada a la Presidencia de los Estados Unidos del «deportista» Gerald Ford es saludada con increíble euforia por la prensa americana, y la opinión pública, tranquilizada, lo ve en la televisión «nadando en su pequeña piscina privada tras una pesada jornada de trabajo en la Casa Blanca».

Pero, aparte de algunos desplantes demagógicos y pequeñas innovaciones en el ritual publicitario de rigor, la vida y la política siguen el mismo curso de antes. Nada esencial ha cambiado. En política extranjera, el imprescindible Kissinger continúa manipulando los diversos elementos de la crisis económica mundial con la ambición de conservar para los Estados Unidos el liderazgo del mundo occidental, aunque tenga que hacer una apasionada defensa de la «distensión» ante cierto número de parlamentarios americanos que le acusan de claudicación frente a las exigencias rusas. No es sin duda por casualidad que el periódico moscovita Izvestia publica, el mismo día en que Ford es «consagrado» presidente, un poema de Evtuchenko titulado «Distensión internacional»:

> Guerra fría, has muerto / Tengo fe, creo que nadie tiene la fuerza / La fuerza de separar / A América de Rusia / Por un nuevo raudal de agua helada...

A lo que se añadía este comentario: «Con la joven América marchamos sin fruncir el ceño. Discutimos, no estamos de acuerdo; después nos acercamos un poquito. En esto, no hay contradicción con la lucha de clases» (31). En el mundo turbulento de finales de 1974, la «distensión» Este-Oeste aparece como un hecho irreversible que domina las relaciones, en la «cumbre» y en la «base», de las naciones que componen los dos grandes bloques en que ha quedado dividida la Humanidad. Es innegable que las consecuencias de esta política serán enormes para el futuro de todos los pueblos, pues implica la voluntad de perpetuar el statu quo mundial del orden autoritario presente y la consiguiente postergación para las calendas griegas de la marcha hacia la revolución.

Aunque esto no implica necesariamente que, en ciertos momentos, los que preconizan la «distensión» no sean capaces —por razones de prestigio o de política interior— de ponerla en cuestión. Pero sin poner realmente en peligro la continuidad del statu quo político y social internacional.

Ahora bien, si las lecciones de la historia de cada día no fueran suficientes, los acontecimientos ocurridos en el curso de 1974 muestran que el mundo no es homogéneo y que los conflictos locales pueden escapar a las «leyes del determinismo histórico» bajo el efecto de circunstancias «imprevistas» e «imprevisibles», imponderables que abren inopinadamente resquicios a través de los cuales los pueblos entrevén nuevas perspectivas revolucionarias.

La característica de los tiempos que corren es la precariedad, y lo es más aún en relación con la autoridad política; ésta sufre más directamente la influencia de la creciente diversidad socio-cultural de las sociedades modernas y de la continua variación de la relación de fuerzas resultante. Las contradicciones propias al capitalismo y al autoritarismo se acentúan con el progreso de las técnicas y resultan cada vez más flagrantes e insoportables, tanto en el plano de la justicia social como en el del bienestar colectivo y de la supervivencia de la especie humana.

Aun no participando del catastrofismo que intencionadamente han ido extendiendo por todo el mundo occidental los tecnócratas de la economía y la política, basado en los peligros —supuestos o reales— derivados de la «inflación», el «desorden monetario» y el «encarecimiento de la energía», consideramos que la crisis actual es inherente al sistema capitalista y puede desembocar en algunos países en soluciones de tipo totalitario, de izquierda o de derecha. Desde los partidarios del centralismo burocrático hasta los socialistas revolucionarios, desde los neofascistas europeos hasta los oligarcas latinoamericanos, pasando por los socialdemócratas y liberales hasta los tecnócratas opusdeístas, todos están obsesionados por el restablecimiento de la economía sin atacar lo fundamental de las estructuras capitalistas. La idea fuerza del saneamiento económico es el «orden social», es decir, el Orden con mayúscula. El socialismo, a través de las urnas o en compañía de los militares, ha tenido que renunciar por todas partes a la revolución, amoldándose a la sociedad jerarquizada y sirviendo descaradamente de freno a la lucha de

clases, pese a los demagógicos emplastos de última hora de la autogestión, pues «si la autogestión debe existir, no es como lujo prometido para después de la victoria sino, desde ahora, como reivindicación de base. Como lugar donde se definen y se equilibran las prioridades y las necesidades. Si no, la economía de mercado se transformará en economía de Estado, y, bajo el nombre de socialismo, reinará siempre la misma ley, productivista y burocrática, como lo muestra la convergencia de los sistemas del Oeste y del Este»32.

La gran paradoja del momento consiste, precisamente, en que la «enfermedad del capitalismo de nuestros días» exige una solución socialista, y el socialismo es cada vez más incapaz de dar una orientación revolucionaria a las luchas que se preparan; sólo sabe renunciar a la revolución (33) y ofrecerse para corregir los errores de la gestión capitalista y asegurar la «expansión», el «pleno empleo» y el «aumento del nivel de vida», sin comprender que la mutación cultural que se inscribe ya en las costumbres exige la radical impugnación del orden jerárquico para responder a la inmensa necesidad de libertad y de fraternidad que ha surgido en la juventud, e impedir que sea desnaturalizada con ilusorias liberaciones que el reformismo de las nuevas capas dirigentes le están ofreciendo ya.

Los acontecimientos siguen probando que, pese a la corriente democratizadora que parece estremecer a los baluartes más reaccionarios de la sociedad presente, todo se orienta hacia un reajuste de las estructuras autoritarias en función de las nuevas necesidades desarrolladas por la política económica de la sociedad «permisivo-liberal», reajuste estructural que no tiende a la destrucción del sistema capitalista, sino a su «perfeccionamiento» y preservación. Este sistema está animado de una dinámica que le confiere una prodigiosa capacidad de innovación, de corregirse, de programarse y de hacer entrar en esta programación hasta los temas más radicales de la impugnación de las costumbres. Fundándose en un «progresismo» compatible con las aspiraciones de la izquierda reformista y de la izquierda «ex totalitaria»

—que la «disensión» y las perspectivas electorales acercan en el mundo occidental—, el capitalismo moderno no tiene mayor dificultad en adaptar su ideología a las circunstancias. Se trata, pues, de no facilitar su adaptación al

nuevo orden tecnológico que nos acecha al final de la «crisis» y de poner nuevamente en cuestión, hasta la raíz, la ideología autoritaria que lo sustenta. El propio catastrofismo de las clases dirigentes hace posible una crítica global del poder económico y político.

El problema esencial con que se enfrenta el socialismo en esta coyuntura histórica, y del que depende el futuro de la revolución, es el de saber si va a ser conservada la vieja concepción de los partidos políticos (engendrada por el sistema parlamentario burgués, fundado en el principio de delegación del poder y de alienación del poder), que desde finales del siglo XVIII ha servido para confiscar la iniciativa de la base y reservar el monopolio a algunos dirigentes.

Sin embargo, la experiencia de este último decenio ha probado hasta la saciedad que sólo la impugnación antijerárquica y el activismo revolucionario osan enfrentarse, simultáneamente, al dogmatismo y al burocratismo que paralizan el socialismo y al statu quo del orden establecido.

A pesar de los optimistas que esperan que la actual «crisis» económica acabará provocando la bancarrota del capitalismo, es obligado constatar los progresos del «apaciguamiento» y la concertación de importantísimos intercambios comerciales (34) entre el Este y el Oeste, que sienta los bases de una larga colaboración para mantener los actuales equilibrios en los dos campos (35-36).

Incluso la China comunista incrementa cuanto puede los intercambios comerciales y las relaciones diplomáticas con todas las naciones, sin distinción de regímenes políticos (37) y sin que las campañas contra Confucio y Lin Piao, las luchas intestinas en torno a la sucesión de los viejos «timoneles» (Mao y Chu En-lai) y la reeducación por el trabajo manual de los cuadros dirigentes del Partido tengan ninguna repercusión en la orientación de su política exterior. Con ligeras variantes en los folclores revolucionarios, todos los países del heterogéneo «Tercer Mundo» están dominados por regímenes «fuertes» —de origen militar en la mayoría de los casos (38)— que explotan el nacionalismo y la demagogia revolucionaria para adormecer a las masas y consolidar los

privilegios de las nacientes burguesías autóctonas. Pese a que la guerrilla latinoamericana ha sido el acontecimiento más heroico y más generoso de la historia reciente en América Latina, el camino de la revolución está hoy bloqueado por la extraordinaria desigualdad de medios de que disponen la oligarquías frente a las fuerzas revolucionarias, por la incesante vigilancia del imperialismo americano, y por la ausencia de solidaridad y estrategia común de los movimientos revolucionarios que aún están en pie. Salvo en Argentina, en donde el activismo revolucionario parece responder más o menos eficazmente a la represión (39), en el resto del continente (40) los escasos núcleos de guerrilleros atraviesan momentos muy críticos.

El activismo revolucionario europeo ha seguido acentuando su marginación y dando pruebas de la misma incoherencia estratégica que lo había caracterizado hasta el presente; incluso los dos movimientos activistas más estructurados, el IRA (41) y ETA (42), han sido incapaces de crear las bases para una colaboración eficaz con los demás grupos revolucionarios, con esos grupos que no cesan de surgir, resurgir y manifestarse (43) a través de acciones de fuerte contenido solidario, pero excesivamente diversas, discontinuas y no siempre acertadas, lo que facilita la tarea de los partidarios del orden para desnaturalizarlas y presentar la violencia revolucionaria como una violencia gratuita, sin objetivo ni alcance (44).

De estas acciones de violencia extrema —estén o no moral y revolucionariamente justificadas— se desprende una lección: que los Estados sólo entienden y respetan la dialéctica de la fuerza.

Al finalizar 1974, pese a no haber conseguido inscribir siempre sus acciones en el marco de las luchas contra los excesos represivos de la dominación y de las aspiraciones colectivas de justicia y libertad, los activistas revolucionarios son los únicos que testimonian una total adhesión a la causa de la revolución.

Para reafirmar esta adhesión, el activismo revolucionario anarquista prosigue el combate para suscitar la solidaridad internacionalista en pro de los revolucionarios encarcelados en España y fuera de ella:

> En estos momentos, compañeros que se declaran responsables de los actos que les imputan, o que los rechazan, están encarcelados por el Poder a causa de ciertas acciones efectuadas por los GARI. [...] Se trata de defender activamente a cuantos han luchado por los motivos de que son acusados. [...] Del interior, del exterior, GARI o no GARI, españoles o no, con medios diferentes, nuestra voluntad y nuestras motivaciones son las mismas. Si los enemigos y las opresiones se multiplican, [...] los individuos y los grupos autónomos se desarrollarán también, y podrán uno a uno o juntos participar en la lucha por la vida y la libertad. (Del folleto editado por los nuevos «grupos autónomos» afines al ex GARI).

Tras la restauración de la «legalidad democrática» en Portugal45 y en Grecia46, es lógico esperar que la lucha contra el fascismo español será nuevamente el objetivo político-moral prioritario del activismo revolucionario en Europa. No sólo porque así lo exige el deber de solidaridad con las víctimas de un régimen bárbaramente represivo (47), sino también porque, contra todos los augurios e ilusiones de quienes se veían ya jugando en España el papel que los Soares y los Cunhal juegan hoy en Portugal, la terca decisión de los «ultras» de no abandonar el poder (48) justifica la intensificación de la acción para respaldar eficazmente las demás formas de oposición a la dictadura; para crear una amplia y seria agitación en el interior y en el exterior de España contra el franquismo; de lo contrario, los principales países que lo sostienen y el contexto político-económico internacional seguirán favoreciendo la continuidad del fascismo español, con Franco o sin él.

Notas

1. Artículo de Claude Roy: «L'Interpol-diplomate», *Le Monde*, 27 de junio de 1973.

2. Los comentaristas extranjeros hacen resaltar que las características del nuevo gobierno son estar compuesto por «hombres adictos a la persona del nuevo presidente» y que en él no figura «ningún representante de la extrema derecha».

3. La prensa extranjera resaltó el papel desempeñado por el general Manuel Díez Alegría para impedir que ciertos elementos «ultras», civiles y militares, intentaran «explotar la situación para hacer cualquier cosa», en las horas que siguieron al atentado contra Carrero Blanco.

4. La sentencia de muerte pronunciada el 9 de enero por el Tribunal Militar de Barcelona contra Puig Antich y las «medidas administrativas» contra los vascos en Francia provocaron numerosas protestas y acciones diversas, dentro y fuera de España, contra el régimen franquista. Estas manifestaciones contestatarias se prolongan hasta que, en el mes de marzo, el Consejo Supremo de Justicia Militar confirma la pena y deja la decisión en manos de Franco. El 18 de enero, habían sido detenidos en París cuatro miembros del MIL (un español y tres franceses) que se proponían secuestrar un avión de Iberia en Ginebra para impedir la ejecución del joven anarquista catalán.

5. Entre ellas cabe destacar, además de las principales organizaciones antifascistas internacionales, los Consejos del Colegio de Abogados de Barcelona y de varias capitales europeas, las intervenciones directas de Sir Christopher Soames, vicepresidente de la Comisión Europea, el doctor Puigvert, que había curado años atrás a Franco, el príncipe Francisco Javier de Borbón Parma, etc.

6. Esta conminación le fue significada a la semana de haber sido detenidos 14 jóvenes vascos acusados de pertenecer a ETA. El prelado recibió la «paternal afección» del Papa, y durante varios días se especuló con la posible abolición del Concordato. Al final, las autoridades eclesiásticas y el gobierno llegaron a un acuerdo para un discreto alejamiento en provincias de monseñor Añoveros.

7. Al anunciarse la ejecución de Puig Antich se organizaron manifestaciones de protesta en las principales capitales europeas e inclusive en los centros universitarios de Barcelona y Madrid. Al mismo tiempo, eran realizados diversos atentados contra centros oficiales españoles en el extranjero.

8. Tras la ejecución de Puig Antich se temía, sobre todo, por la vida de Oriol Solé Sugranyes, pues, aunque las penas solicitadas por el fiscal no habían sido anunciadas, la defensa creía que las autoridades pedirían la pena de muerte contra él. Por eso se decidió actuar lo más pronto posible.

9. En la segunda quincena de marzo, después de anunciarse en Barcelona la detención de 22 anarquistas de los «grupos autónomos», fueron saboteadas en Francia varias de las líneas férreas que unen este país con España. Los Grupos Autónomos de Intervención reivindicaron la operación, denunciando, al mismo tiempo, a los demócratas y a los izquierdistas que «se callan en los momentos en que Pons y Soler arriesgan la pena de muerte». El temor de que los franquistas intentasen otro acto de venganza aumentó el 3 de abril al ser matado un guardia civil en las calles de Azpeitia, acción reivindicada por ETA.

10. Mientras se buscaba probar que Nixon había mentido en relación con el asunto del Watergate, el Tribunal Supremo declaraba constitucionales los bombardeos en Camboya ordenados por Nixon sin consultar con el Congreso.

11. Tanto por el progreso de la influencia norteamericana en la mayoría de los países árabes comprometidos en el conflicto con Israel, como por haber impuesto su política energética a los miembros de la Comunidad Europea frente a la posición francesa.

12. Las Brigadas Revolucionarias, que han realizado la mayor parte de las acciones violentas contra la dictadura caetanista, afirman: «El general Spinola es un fascista; pero si alguien, en el seno de la burguesía, tiene porvenir político es él. Spinola representa para ésta el medio de mantenerse en el poder, bajo otra forma».

13. El ataque, en el mes de enero, de una refinería de la Shell y el secuestro de un ferry en Singapur. El asalto, a principios de febrero, de la embajada japonesa en Kuwait, con retención de rehenes para pedir la libertad de los autores del secuestro del ferry en Singapur. Y el secuestro de un avión de la BEA en el aeropuerto de Shipol, en Holanda.

14. A mediados de febrero, el MIR (Chile), los Tupamaros (Uruguay), el ELN (Boli via) y el ERP (Argentina) constituyen una Junta Coordinadora Revolucionaria para «internacionalizar la lucha y hacer frente al imperialismo americano en todo el continente».

15. Después de una serie de atentados y detenciones de autonomistas, el gobierno francés decidió, a finales de enero, disolver cuatro movimientos autonomistas: Embata (vascofrancés), el FLB y FLBLNS —socialista— (bretones) y el FCCL (corso). En el mes de marzo, el IRA vuelve a llamar la atención sobre la situación en Irlanda con un atentado contra el Tribunal de Oid-Bailey en Londres.

16. En la segunda quincena de enero, explotan en Atenas cuatro bombas debajo de los coches de tres diplomáticos americanos y un rumano. La prensa relaciona estas acciones con las de la semana anterior contra instalaciones americanas, para protestar contra «la colusión americana con el régimen militar griego».

17. El 18 de mayo, un fuerte contingente de policías y agentes del FBI ataca con bombas lacrimógenas y ráfagas de metralleta un miserable edificio del barrio negro en donde estaban refugiados cinco militantes del ELS. De los escombros del edificio, que es totalmente incendiado, son retirados cinco cadáveres. Pero ninguno de ellos corresponde a Tania (Patricia), que la prensa irá localizando de vez en cuando por diferentes rincones de América y Europa.

18. Que, precisamente algunas semanas antes, con la detención de un numeroso grupo de fascistas comprometidos en el complot de «La Rosa de los Vientos» (que disponían de un imponente arsenal), había comenzado a ser tenido en cuenta por los representantes de la «legalidad democrática».

19. Agrupados en una Intersindical, que un sindicalista simpatizante del PS, Marcelo Curto, define así: «Esta organización ha sido pura y simplemente derivada de las instituciones corporativistas del régimen precedente. La estructura vertical y la división geográfica han sido conservadas y se ha fundido en ese molde una estrategia política diferente».

20. En efecto, y pese a la posición de Spinola, que era partidario de una «descolonización lenta», Mario Soares —apoyado por los «capitanes»— aceleró las negociaciones con los representantes de los movimientos de liberación de Guinea-Bissau y de Mozambique con vistas a un rápido traspaso de poderes.

21. Un despacho de la AFP, fechado el 5 de mayo en Madrid y reproducido en la prensa extranjera, anunciaba que: «Octavio Alberola Suriñach, catalán nacido en México, fue señalado hoy por dos importantes diarios madrileños como el posible cerebro del secuestro de Baltasar Suárez.

[...] *ABC* dice: “La policía española hizo saber a la francesa que Octavio Alberola Suriñach, uno de los más feroces asesinos al servicio de la Cuarta Internacional, está en Francia. Este individuo participó en el fallido intento para secuestrar a Emilio Garrigues [...] lo que hizo que las autoridades francesas lo expulsaran del país”. El periódico insiste en que todo parece indicar que los autores del secuestro son miembros de una “unión anarquista ibérica” y que el coordinador puede ser Alberola».

Efectivamente, la policía franquista no tardó ni un día en presentarnos como los organizadores de la acción. Inocencio Martínez había pasado la información... Fuimos detenidos dos españoles, tres francesas, cinco franceses y una escocesa; pero no el grupo que había realizado la acción. A Martínez le dejó escapar la policía francesa. Al salir de la cárcel quedamos asignados a residencia, y en 1981 fuimos juzgados y absueltos todos por un jurado popular. En lo que concierne a Inocencio Martínez, tras nuestra detención ya no hubo más dudas de que era un chivato de la policía franquista. Desapareció, no lo volvimos a ver más, y en 1998 el periodista Carlos Fonseca, en su libro Garrote vil para dos inocentes: el caso Delgado Granado, recogió la declaración del ex comisario Julián Otero del Valle revelando que Inocencio había sido su informador.

22. Precisamente, un despacho de la agencia EFE señalaba, en relación con la liberación del banquero español, lo siguiente: «Entre los arrestados en París y Aviñón [...] poco después de la liberación de Suárez, se halla una mujer inglesa. No se dieron a conocer sus nombres, pero informaciones procedentes de Madrid [el subrayado es nuestro] dicen que uno de los anarquistas es Octavio Alberola. [...] También se afirma que la amiga de Alberola, Ariane Gransac, fue detenida igualmente». Y en el curso del mes de junio la prensa anunciaba la detención de ocho antifranquistas en Barcelona por «comisión rogatoria del juez instructor del asunto Suárez en París».

23. Ese mismo día llegaba Kissinger a Madrid para entrevistarse con su homólogo español y firmar una «declaración conjunta confirmando la cooperación entre los dos países».

24. Para impedir nuevas condenas a muerte, el GARI había realizado —poco antes de este proceso— varias acciones para sensibilizar a la opinión pública aprovechando la presencia de una representación oficial española en la Vuelta Ciclista a Francia.

25. Al día siguiente, en otra conferencia de prensa, el FRAP afirma que «la constitución de la Junta se inscribe entre las maniobras de continuidad que tienen por único objeto la perpetuación de la dictadura de la oligarquía, conjuntamente con el imperialismo americano». Días más tarde, en Madrid, los portavoces de la Mesa Democrática declaran que «bien que de acuerdo en algunos puntos con la Junta Democrática, no obstante no forman parte de la misma».

26. No hay que olvidar que —como ha sido afirmado repetidamente— las intrigas de la CIA contra Makarios no sólo se «justificaban» por la actitud neutralista del prelado, sino también por la futura explotación de los yacimientos petrolíferos del mar Egeo.

27. Como el caso de Corea del Sur, donde la dictadura apoyada por los norteamericanos seguía condenando a muerte a los principales dirigentes de la oposición estudiantil. Aunque a partir del atentado contra el dictador, el 15 de agosto, en el curso del cual perdió la vida su esposa, la represión comenzó a «moderarse».

28. Lo que no fue óbice para que los fascistas prosiguieran sus sangrientas acciones terroristas, como en el atentado del 7 de agosto contra el tren Italicus en el que hicieron nueve muertos.

29. Pierre Salinger —consejero de prensa de John Kennedy— en *L’Express* del 12-17 de agosto de 1974.

30. C. Wright Mills: L’Elite du pouvoir, 1956.

31. Extraído de Le Nouvel Observateur, 19-25 de agosto de 1974.

32. Jean-Marie Domenach: «Gens de gauche, secouez-vous!», Le Nouvel Observateur, 19 de agosto de 1974.

33. Los partidos comunistas occidentales han llegado, inclusive, en su deseo de presentarse como respetuosos con la legalidad democrática burguesa, a borrar de sus programas toda alusión a la «dictadura del proletariado».

34. Además de los «fenomenales acuerdos a largo término», que permitirán acelerar de manera decisiva la industrialización de la Unión Soviética a cambio de suministro de materias primas a los principales países capitalistas (Estados Unidos, Alemania, Japón, etc.), hay que tomar en consideración el incesante y creciente comercio de mercancías entre los países de los dos bloques.

35. El «triunfo» de los socialistas ingleses, la «derrota» de los republicanos en los Estados Unidos, las perspectivas de la Unión de la Izquierda en Francia, etc., así como todas las agitaciones sociales controladas por un sindicalismo reformista, puramente reivindicativo y que ha renunciado para siempre a la revolución.

36. La caída de los gobiernos fascistas de Portugal y Grecia o la peligrosa reaparición del fascismo en Inglaterra (con la creación de «Ligas de voluntarios para hacer reinar el orden», dirigidas por ex militares) y en Italia (con los complots contra el Estado en los que están comprometidos militares de alto rango e incluso el ex jefe del servicio de contraespionaje), etc.

37. Los casos más significativos han sido el intercambio de embajadores con el régimen fascista español y con el régimen de los «gorilas» brasileños.

38. Aunque en algunos casos, como recientemente en Abisinia, por ejemplo, los militares hayan puesto fin al reinado de verdaderos autócratas y expoliadores del pueblo.

39. A partir del mes de julio, el gobierno de «Isabelita» Perón tiene que hacer frente al recrudecimiento de las acciones guerrilleras y a la desagregación del movimiento peronista en fracciones irreductibles y dispuestas a resolver sus querellas a tiros —lo que aumenta la confusión general imperante en el país. A las numerosas acciones de los guerrilleros del ERP y de los Montoneros hay que agregar una impresionante lista de asesinatos cometidos por una «policía paralela» (AAA) contra militantes y personalidades de izquierda. Para responder a estos asesinatos, los guerrilleros matan al jefe de la policía federal y algunos días después el gobierno declara el «estado de sitio».

40. Las últimas acciones guerrilleras (secuestros de importantes personalidades políticas y diplomáticas para exigir la libertad de presos políticos) provocan la movilización del Ejército y terminan en cruentos fracasos en México y en un fiasco en Santo Domingo. Y últimamente, en el curso de los meses de octubre y noviembre, las fuerzas represivas de Pinochet han logrado desarticular algunos grupos del MIR que preparaban bases para la resistencia armada, asesinando a varios dirigentes de dicho movimiento y deteniendo a 25 militantes. Aunque en los últimos días del mes de diciembre un comando revolucionario nicaragüense consiguió la liberación de 15 presos políticos y un rescate de un millón de dólares a cambio de las importantes personalidades retenidas en la residencia del ministro de Agricultura, en la ciudad de Managua.

41. En represalia por las brutalidades cometidas por los soldados ingleses en misión represiva en Irlanda del Norte, el IRA ha seguido realizando numerosos y cruentos atentados contra los centros de diversión frecuentados por estos militares en los alrededores de Londres; más aún, después del fallecimiento de uno de los presos irlandeses que se había declarado en huelga de hambre al mismo tiempo que las célebres hermanas Price, y después de la muerte de varios presos en el curso de los recientes motines e intentos de fugas colectivas en los campos de internamiento custodiados por el Ejército inglés. Después de la última ofensiva de atentados cruentos, el IRA negocia una tregua de fin de año, y el gobierno inglés, por su parte, libera a 25 detenidos y ofrece liberar progresivamente

a los restantes, quedando demostrado una vez más que, en cierto nivel de intensidad y continuidad, la violencia da resultados.

42. En el curso de estos últimos meses, los militantes de esta organización se han visto obligados a hacer frente al acoso de las fuerzas del orden especialmente entrenadas y organizadas para detenerlos o matarlos. En las últimas refriegas las fuerzas policiales han matado a dos militantes de ETA y herido y detenido a bastantes más. ETA se sigue mostrando activa y acrecienta su influencia en el País Vasco; a mediados de diciembre, más de doscientos mil trabajadores participaron en la huelga general convocada por la mayoría de las organizaciones clandestinas, a excepción del PCE y del PNV.

43. Desde los grupos más directamente orientados a colaborar con los antifascistas españoles (a través de acciones más o menos violentas contra las manifestaciones exteriores de la dictadura franquista), pasando por los grupos que manifiestan su solidaridad revolucionaria con atentados contra los edificios de establecimientos americanos o de embajadas latinoamericanas (Chile, etc.), hasta las últimas acciones, en Alemania, en protesta por la muerte de Holger Meins y en solidaridad con los otros cuatro miembros de la Facción del Ejército Rojo que continúan en huelga de hambre emprendida hace más de dos meses para exigir que se les considere presos políticos.

44. A pesar a la buena impresión causada por el «feliz desenlace» de la operación contra la embajada francesa en La Haya, los medios informativos no tuvieron gran dificultad en presentar esa acción como «un gesto de fanáticos de la violencia» y desnaturalizar, así, su sentido solidario y de impugnación de la legalidad represiva.

45. Sobre todo a partir de la forzada dimisión del general Spinola, el 28 de septiembre, cuando el Movimiento de las Fuerzas Armadas evitó in extremis que «cuajara una segunda tentativa de “golpe de Estado” de las fuerzas reaccionarias». Sin embargo, pese a la evicción de los puestos de mando de los generales más afines a Spinola y al arresto de varios fascistas comprometidos en el complot, la influencia socialista y comunista en el seno del Estado no ha aumentado, pues el poder de decisión sigue entre las manos de los militares y del nuevo presidente, el general Costa Gomes: «He confirmado la pertenencia de Portugal al Pacto Atlántico, y tanto más fácilmente cuanto que estaba dentro del programa del primer gobierno provisional organizado por el Movimiento de las Fuerzas Armadas».

46. Aunque el triunfo de Caramanlis, con su coalición de las derechas conservadoras, en las precipitadas y bien amañadas elecciones del 17 de noviembre, permi te pensar en una perspectiva «democrática» francamente autoritaria y contraria a los intereses de la clase trabajadora griega, como lo han dejado entrever ya las tímidas y demagógicas medidas tomadas par Caramanlis contra los principales responsables del golpe de Estado fascista y el anuncio de una política económica particularmente austera «para combatir la inflación y restablecer el prestigio del Ejército frente a la amenaza turca en Chipre».

47. A mediados de septiembre y tomando como pretexto el atentado (no reivindicado por ninguna organización antifranquista) en la Cafetería Rolando de la Puerta del Sol de Madrid, fueron detenidas y mantenidas incomunicadas durante dos meses cuatro mujeres. Entre ellas la esposa del escritor Alfonso Sastre, Genoveva Forest Farrat, a la que se ha querido arrancar mediante tortura una confesión reconociendo su participación en el atentado contra Carrero Blanco. La publicación el 15 de noviembre, por la Agencia Europa-Press, de un informe policial sobre el atentado contra el almirante Carrero Blanco, «que hace resaltar en la preparación del atentado una participación muy activa de la Sra. Forest», hace temer que las autoridades españolas busquen una nueva víctima propiciatoria para dar satisfacción a los «ultras» del franquismo.

48. La última demostración de esta «obstinación» ha sido el sorpresivo cese del ministro de Información, Pío Cabanillas, que pasaba por ser uno de los más «fervientes partidarios de la

apertura en el seno del actual gobierno». La prueba más fehaciente de la voluntad inmovilista del franquismo es la Ley de Asociaciones, en la que se precisa la unívoca ubicación institucional de la vida asociativa en el seno del Movimiento Nacional. Y para que nadie olvidara que el régimen fran quista seguía fiel a su vocación represiva, Franco lo recordó en su discurso de fin de año: «Una característica del año que termina es la escalada del terrorismo en el mundo; y nuestra Patria, siquiera sea en mínima proporción, no ha podido sustraerse a esta ola de violencias. Vaya nuestro recuerdo y oración, en estos días, por quienes cayeron víctimas de la más irracional de las conductas humanas. Y nuestra emocionada gratitud a las fuerzas de orden público, que con su sacrificio y permanente vigilia, hacen posible que los españoles sigamos disfrutando de ese gran tesoro que es nuestra paz interior; que estamos empeñados en preservar, evitando a toda costa que pequeños grupos de agentes profesionales de la subversión puedan alterarla».

Palabras finales

El hecho de no haber podido concluir la redacción de este testimonio hasta finales de 1974 nos ha permitido enriquecerlo con una serie de acontecimientos de gran importancia y significación para el antifascismo español y el movimiento revolucionario en general. No sólo porque el restablecimiento de la democracia por los militares portugueses ha despertado el mismo esperanzado optimismo que, en 1961, despertara el triunfo de la revolución castrista, sino también porque la «crisis» económica del capitalismo occidental y la «distensión» Este-Oeste han hecho más evidentes —en los dos campos— las contradicciones internas de la racionalidad autoritaria. Al aportar nuevas e irrefutables pruebas de la inexorable y significativa convergencia de ambos sistemas, han contribuido, en los dominios de la teoría y de la praxis revolucionaria, a restituir el crédito a las utopías antiautoritarias.

La historia

La concretización cotidiana de los acontecimientos no refleja siempre rigurosamente el desarrollo de las tramas históricas de la dominación y de la rebelión. Los acontecimientos que modelan el futuro surgen, transitan y se desvanecen, frecuentemente, con sospechosa e ilógica incoherencia, por su dispersión en el fárrago diario y por ser desnaturalizados intencionadamente por los mass-media y las demagogias partidistas. El lenguaje se presta a toda clase de usos, sirviendo indistintamente y con la misma eficacia a la causa de la rebelión que a la manipulación de las masas. Aun esforzándose en mantener una escrupulosa objetividad interpretativa, los historiadores —liberales o marxistas—, cediendo a sus tendencias, asignan un sentido a la historia. Sin embargo, jamás los designios de los pueblos habían sido más confusos y contradictorios que lo son hoy.

En el momento en que la humanidad descubre los alcances de su potencia destructora, comprende que su supervivencia no es una fatalidad y que el «progreso» puede ser la causa de su perdición, que el modelo evolutivo no está decidido y que, en el actual nivel de irracionalidad, aparece más dislocado e imprevisible que nunca. Contrariamente a lo esperado, el conocimiento ha creado más incertidumbre, la razón más angustia, la abundancia más penuria y el crecimiento más fragilidad. La «finalidad implícita» no es ya una certidumbre sino apenas una probabilidad.

Los rasgos más característicos de nuestra época son ese aparente sinsentido del discurrir histórico y esa paradójica indeterminación y discontinuidad del acontecimiento. Por ello, a pesar de la reiteración de los planteamientos revolucionarios en el marco cada vez más sutil de la lucha de clases, y aunque en muchos dominios el progreso de las reivindicaciones políticas y sociales sea indiscutible, en lo esencial, la lucha contra la explotación del hombre por el hombre, la historia en su movimiento puro, no nos aporta ninguna esperanza. A juzgar por los resultados obtenidos hasta hoy en la organización, retribución y proyección del esfuerzo humano, podría decirse que la historia no sabe salir del atolladero de la alienación. Ninguno de los proyectos que hasta ahora han pretendido orientar la historia ha conseguido ofrecer —y menos aún establecer— un modelo coherente de convivencia que no confirme y extienda la alienación del hombre frente al poder político y a sus estructuras autoritarias de producción y consumo. Así, en un mundo compuesto de inmensas masas de individuos solitarios y sin dominio alguno sobre su destino, de especialistas deshumanizados y de dirigentes que no saben adónde van, y que ni siquiera se plantean el problema de saber cuál es el objetivo de su acción más allá de mantenerse en el poder, no es de extrañar que el problema fundamental de la alienación sea escamoteado por cuantos tienen interés en mantener el statu quo del orden establecido.

Pero, desde el comienzo de la historia, los rebeldes han anunciado el reinado de la igualdad y la reconciliación del hombre con su sueño: la libertad. La rebelión constituye el envés de la historia oficial, la antihistoria de la dominación.

Lo hasta aquí escrito, a propósito del activismo revolucionario anarquista español e internacional, no escapa a la aparente incoherencia que ha caracterizado la evolución de los acontecimientos políticos y sociales en estos tres últimos decenios. Como afirmara Camus, «la historia, como un todo, no podría existir más que a los ojos de un observador exterior a ella misma y al mundo».

Las «condiciones objetivas»

Pese a los años transcurridos y contrariamente a las declaraciones de quienes ahora ponen sus esperanzas en el «inevitable» contagio de la «primavera portuguesa» para salir del atascadero, a finales de 1974, los últimos acontecimientos parecen confirmar que las «condiciones objetivas» no están todavía reunidas en España para que se opere tal contagio, para que los «vencedores de ayer» (los «ultras» de hoy) abandonen la partida. Al afirmar esto no queremos ironizar a costa de quienes, tras treinta años de tranquila espera, creían —ahora sí— que las «condiciones objetivas» ya estaban dadas para tomar posesión de un poder que, a la muerte de Franco, caería del cielo. Constatamos —una vez más— el ingenuo oportunismo de una oposición que ha saboteado conscientemente todos los intentos de lucha abierta, de acción directa, contra el franquismo, y que ha hecho de la renuncia revolucionaria y del aperturismo hacia los «sectores progresistas» de la Iglesia y del Ejército la clave de su estrategia de oposición.

Una estrategia que, si bien puede asegurar —más tarde— a los hijos de los actuales dirigentes de esas formaciones políticas un lugar privilegiado en la jerarquía del Estado, condena al pueblo español a seguir soportando la Dictadura e hipoteca el porvenir de la propia democracia formal a la decisión del Ejército —convertido así en árbitro de la situación—, lo que no deja de complacer a los nostálgicos y a los nuevos partidarios de la paz y el orden franquistas, que saben que los militares españoles —por muchos progresistas que haya entre ellos— están lejos de querer imitar a sus colegas portugueses.

De persistir el conjunto de la oposición en su actual actitud, que excluye deliberadamente (salvo ETA y otros grupos marginales) toda forma de

oposición activa y de movilización popular, no habrá en España ni siquiera una «democratización» a la griega (es decir: con liberación de los presos políticos y libertad de expresión y de organización). A lo sumo —como lo han venido repitiendo con machacona insistencia—, una «apertura» con «cerradura»; es decir: «una apertura que, naturalmente, habrá de tener lugar siguiendo el cauce marcado por nuestra constitución [...] que no otra cosa son las leyes fundamentales»; y con un «reforzamiento de los mecanismos idóneos» para reprimir todo desbordamiento de los «cauces institucionales», toda «perturbación del orden público». Aun suponiendo que triunfaran los «más aperturistas» de entre ellos, los que invocando la declaración del 12 de febrero confiesan que «el reconocimiento y ordenación del pluralismo político no equivale en forma alguna a postular el retorno a los esquemas demoliberales de preguerra», triste sería tener que lamentarse después, como lo hacen hoy ya los dirigentes del Partido Comunista Griego del interior, de la libertad que no se ha sabido conquistar: «No la hemos conquistado, nos ha sido otorgada, y eso es lo peor de todo».

No cabe la menor duda de que, salvo los grupúsculos activistas (o dicho en lenguaje aperturista: «las excepciones residuales que ya están perturbando sin que exista aquel libre juego»), todas las demás fuerzas políticas que hoy vegetan marginadas de la vida pública nacional se han resignado a este «aperturismo». Seguramente, confían en que un día u otro les permitirán contar sus votos... y quizá a la larga no se equivoquen, aunque más probable es que las viejas glorias que aún dirigen esas formaciones —que de ser invitadas participarían gustosas en esta «apertura»— se queden en el camino. No obstante, hay que reconocer que, en función del derrotismo que les ha caracterizado hasta el presente, no les queda otra alternativa. No es ahora cuando van a recurrir a otros métodos...

Tanto a los comunistas como a los socialistas les queda el consuelo de seguir ampliando sus respectivas audiencias y las adhesiones, en previsión de una futura perspectiva electoral, gracias al respaldo —moral y material— que continuarán prodigándoles el comunismo y el socialismo internacionales. En cambio, para los libertarios, que durante muchos años defendieron la tesis del recurso a esos otros métodos, y que no cuentan con ningún respaldo exterior,

la alternativa se presenta en términos acuciantes: cuanto más tarden en salir de su actual inmovilismo y en manifestarse activamente contra la Dictadura, más difícil les será reconstruir su movimiento en el contexto posfranquista, particularmente en lo que concierne a su organización sindical, cuya militancia se ha ido extinguiendo sin trasmitir la llama a nuevas generaciones obreras.

Aunque el dilema revolucionario se plantee hoy en términos radicalmente incompatibles entre el socialismo antijerárquico y el socialismo autoritario, y aunque, a causa de la nueva relación de fuerzas, los libertarios se vean obligados a encerrarse cada vez más en su tradicional apoliticismo, no por ello su sindicalismo recobrará automáticamente la pujanza de antaño y menos aún la proyección revolucionaria de ese sindicalismo que fue, por sus principios comunistas libertarios, por sus tácticas de acción directa y por sus finalidades revolucionarias, la experiencia más original y más prometedora en la marcha hacia la revolución, en España y en el mundo.

La «dialéctica histórica»

La «crisis del capitalismo occidental» ha permitido a ciertos sectores redescubrir y celebrar los dogmas premonitorios de la «dialéctica histórica». Suslov, el ideólogo titular del Kremlin, se ha creído obligado a recordar —en un discurso oficial— la vieja profecía marxista, y a afirmar que «las negras fuerzas de la reacción no lograrán hacer volver la ley de la historia hacia atrás» y que «el proceso revolucionario mundial es irreversible», lo que no le ha impedido concluir defendiendo «la coexistencia pacífica para llegar a cambios democráticos, una paz duradera y la seguridad internacional». Si la contradicción no fuera suficientemente flagrante, el «caluroso abrazo» siberiano entre Breznev y Ford confirma las sospechas (o las certidumbres) de lo poco interesados que están los comunistas rusos en aprovechar la «crisis del capitalismo» para acelerar el «proceso revolucionario mundial».

Aun basándose exclusivamente en los datos públicos en relación con los «fabulosos contratos» concertados entre los países del Bloque Comunista y los países del Bloque Capitalista, se comprende rápidamente que en ambos campos se confía en hacer durar esta cooperación por un periodo de 20 o 30

años como mínimo; y que la principal preocupación de las burocracias estatales, patronales y sindicales es la «consolidación de la distensión internacional», como medio seguro para proseguir la expansión económica, garantizar el empleo y perpetuar las actuales situaciones de privilegio. Por eso, en la recepción ofrecida en Pekín a Kissinger a su llegada de Vladivostok, el ministro de Asuntos Exteriores, Chiao Kuan-Hua, conciliando la «dialéctica histórica» con el pragmatismo, ha podido afirmar: «El mundo entero atraviesa un período de profundas perturbaciones y de agitación. Esto muestra que las diversas contradicciones se agudizan, independientemente de la voluntad de los hombres. La historia de la humanidad progresa siempre en el seno de perturbaciones. Según nuestro punto de vista, estas perturbaciones son una buena y no una mala cosa. [...] Las diferencias de principios que existen entre nosotros sobre una serie de problemas no nos impiden encontrar un terreno de entendimiento en ciertos dominios».

La política exterior china revela el mismo cínico pragmatismo que ha caracterizado siempre a la política exterior rusa. En política interior, el régimen autoritario y centralista, las jerarquías paralelas del Estado y del Partido y el monopolio de la vida pública por el Partido reproducen el modelo soviético. Pese a la «revolución cultural» y a las periódicas campañas de crítica ideológica —que ponen en cuestión todo menos la dominación que sufren las masas—, la contradicción entre la «espontaneidad de las masas» y el «centralismo democrático» se ha resuelto en favor de este último. Los dirigentes chinos —como los rusos— también pueden entenderse objetivamente con los representantes del capitalismo y el imperialismo sin el menor rubor «dialéctico histórico».

¿Y qué decir de los no menos brillantes defensores de la «dialéctica histórica» en el mundo occidental? Empeñados en buscar a toda costa el «compromiso histórico» que les permita «participar en las responsabilidades gubernamentales», se integran cada vez más indisolublemente en el sistema representativo burgués y en el orden establecido por la burguesía.

Sin embargo, pese a la «distensión», la confrontación entre «países pobres» (productores de energía y materias primas) ha dado a estos últimos una nueva dimensión política y económica en los asuntos planetarios. Pero ni las

apariencias conflictivas ni la demagogia nacionalista que encubre este reajuste capitalista a escala mundial deben hacernos perder de vista el sentido profundo de la confrontación: la progresiva integración de los países subdesarrollados en el mercado capitalista internacional.

Aunque no se puede estar en contra de esta integración, por los cambios cuantitativos que fatalmente acabará provocando en esos países, en lo esencial —el cambio cualitativo de la condición de la clase trabajadora—, nada puede esperarse de un proceso que sólo busca la estabilización y perpetuación del capitalismo privado y del capitalismo de Estado.

Las «certidumbres» y las «utopías»

Frente a la «certidumbre» capitalista clásica surgieron las «utopías». Después, el marxismo creó la «certidumbre», pretendidamente científica, del socialismo autoritario (en sus variantes de socialismo democrático parlamentario y comunismo). Pero allí donde ese socialismo ha llegado al poder, el capitalismo sigue en pleno apogeo; allí donde el comunismo ha conquistado el poder, ha sido instaurada y reforzada la dictadura del partido. ¿Hay que concluir que la socialización (democrática o totalitaria) del conjunto de las fuerzas productivas conduce inevitablemente a tal resultado? Independientemente de toda consideración ideológica, eso es lo que se desprende de las experiencias realizadas hasta hoy por el socialismo autoritario.

Los exegetas del marxismo no han cesado de repetir que «un grado suficiente de desarrollo de las fuerzas materiales de producción provoca la maduración de las condiciones objetivas del socialismo». Pero está visto que, por elevado que sea el nivel de las fuerzas productivas, ese hecho no conduce necesariamente a la revolución socialista, y —lo que es peor aún— no garantiza que una revolución triunfante no degenere en tiranía si falta el factor central: la voluntad consciente, permanente y total del proletariado de ser el verdadero motor de la transformación social.

El propio Lenin había sentenciado, en octubre de 1917, que: «El socialismo no se creará por órdenes venidas de arriba; el socialismo viviente, creador, es

obra de las masas populares mismas». Sin embargo, ese socialismo sería pervertido desde su origen por una burocracia que —según su propia expresión— quería «hacer el socialismo para el pueblo y no por el pueblo». No debe sorprender, pues, que tanto en el Este como en el Oeste las masas populares se hayan desinteresado de la lucha por el socialismo y se hayan resignado a esperar pacientemente el maná prometido por la sociedad de gran consumo. A eso se reducen las reivindicaciones socialistas en el Occidente capitalista y las promesas estatales en los países socialistas.

Lo mismo en régimen capitalista que en régimen socialista autoritario, la forma que toma la explotación en la sociedad contemporánea es cada vez más la de la desigualdad jerárquica. Confirmado y enaltecido por las propias organizaciones sindicales obreras, el respeto de la jerarquía ha llegado a ser el último sostén del sistema de dominación.

Frente a estas «certidumbres» que han reducido al trabajador (manual o intelectual) a simple unidad productora y consumidora en el universo irracional de la sociedad autoritaria de hoy, resurgen esperanzadoras las viejas «utopías» antiautoritarias, mostrando el camino de la liberación integral del hombre y de la construcción de una sociedad que no permita las aberraciones de la presente. Con los recursos dedicados en 1974 por el conjunto de los Estados a los gastos militares, se podrían haber construido mil ciudades de doscientos mil habitantes, o cincuenta millones de viviendas (1).

Las «utopías» aparecen, pues, como el último recurso movilizador para hacer frente al mayor desafío que el hombre haya tenido que afrontar, pues nunca la irracionalidad autoritaria había llegado a tan demencial despilfarro de los recursos naturales y de los recursos de la inteligencia humana, ni alcanzado un nivel de peligrosidad tan destructor.

Ahora, no son ya los revolucionarios panfletarios sino los propios especialistas (economistas, sociólogos, ecólogos) apoyados en miles de estadísticas y en potentes computadoras, quienes claman contra la irracionalidad de las «certidumbres» autoritarias. Por todas partes se alza un mismo grito: «¡Hay que inventar!». Pero, agotadas todas las posibilidades autoritarias (liberales y totalitarias), la única innovación histórica posible es la abolición de la jerarquía,

para que todos los hombres puedan asumir responsablemente su propio destino, es decir, la utopía libertaria.

El activismo revolucionario

Como era de esperar, la reivindicación antijerárquica —que es potencialmente la reivindicación más peligrosa para el orden establecido— se convirtió en el fundamento ideológico de la «contestación» juvenil y de su práctica más consecuente: el activismo revolucionario, particularmente en los países industriales desarrollados, pues en ellos la «contestación» y la radicalización revolucionaria tenían que hacer frente a las formas más sutiles de la dominación: la democracia parlamentaria, la explotación tecnológica avanzada y el superconsumo; y porque este fenómeno era y es, además, la expresión revolucionaria de una toma de conciencia de la contradicción que cierra el camino hacia la revolución, así como la expresión de la inquebrantable voluntad de superar, teórica y prácticamente, esa contradicción.

La afirmación práctica del postulado fundamental enunciado por la juventud revolucionaria en América Latina («La revolución es la obra de todos los revolucionarios») alcanzó, con el movimiento antijerárquico de Mayo de 1968 y el activismo revolucionario anarquista europeo, su más alta radicalidad ideológica, al mismo tiempo que obligaba a todas las organizaciones revolucionarias clásicas a hacer frente al dilema de volver a la autenticidad de la lucha revolucionaria o traicionar la revolución, al consolidar con su actitud reformista el bando de la «legalidad» democrático-capitalista. El «fracaso» de todas estas tentativas de la lucha revolucionaria se debe —qué duda cabe— a la inferioridad material de los grupos activistas frente a los enormes potenciales represivos de los Estados modernos. Pero otros factores han sido igualmente decisivos: el no haber logrado establecer una estrategia y una estructura organizativa a escala internacional (en el sentido que lo afirmara y buscara Che Guevara); el no haber sabido superar los viejos sectarismos ideológicos; y, lo que es más injustificable, el haber menospreciado el poder de deformación e intoxicación de los mass-media, sobre todo en lo que se refiere a las tácticas de acción directa.

En un época en que las técnicas represivas y de manipulación de la información han alcanzado impresionantes niveles de eficacia, el activismo revolucionario debe —si quiere ejercer una influencia eficaz en el seno de las sociedades modernas— evitar que sus acciones sean confundidas con el «terrorismo» de quienes, por ambicionar el poder, no diferencian los medios y los fines. Para que sus acciones no sean desnaturalizadas, caricaturizadas y transformadas en fantasmas para traumatizar una opinión pública previamente condicionada, es necesario que éstas respondan a objetivos político-morales, es decir, revolucionarios, claros, coherentes y, sobre todo, que se inscriban en el marco de las luchas contra los excesos represivos de dominación y en el de las aspiraciones colectivas de justicia y libertad. La rebelión que no es al mismo tiempo revolucionaria no es nada.

Los nuevos planteamientos anarquistas

En los momentos en que el anarquismo ha dejado de existir prácticamente como movimiento organizado, paradójicamente —aunque quizás sea la prueba de una nueva y auténtica vitalidad— las tesis anarquistas sirven de fundamento a una profunda revolución cultural que parece gestarse en todas partes. La crítica de las principales instituciones autoritarias (la familia, la escuela, la empresa, el Estado) y de las consecuencias más nefastas del autoritarismo (el paternalismo, el burocratismo, el nacionalismo, el militarismo) es formulada cotidianamente por importantes sectores, grupos e individualidades del mundo de la cultura y del trabajo. La masa de los individuos anónimos reclama, en todos los dominios de la actividad humana, una participación más directa y más democrática en los procesos de transformación de la sociedad, quieren imaginar y decidir ellos mismos su porvenir y asumir su destino. A través de los movimientos «contestatarios» (ecológicos, antimilitaristas, autogestionarios, comunitarios) han hecho suyas las previsiones científicas, denuncian los riesgos que hace correr a la humanidad la sociedad autoritaria y han sentado las bases de una nueva solidaridad planetaria, sin demagogias ni sectarismos.

A la derecha y a la izquierda del movimiento revolucionario, son encausados los dogmas ideológicos tenidos hasta ahora por sacrosantos. Los marxistas han comenzado a desconfiar de la infalibilidad del materialismo histórico, redescubriendo el humanismo y la libertad. Los libertarios, reconsiderando el papel de la economía, sitúan más objetivamente al hombre en el contexto sociocultural de las fuerzas productivas y buscan soluciones realistas a los problemas individuo-sociedad y libertad-autoridad.

La lección de la historia reciente es clara y evidente: no ha sido el juego político ni la presión reivindicativa de la izquierda clásica lo que ha hecho avanzar la sociedad en sentido más libre e igualitario para todos, sino la interacción de la conciencia colectiva y los acontecimientos provocados por las fuerzas «marginales», revolucionarias, de la juventud, sin olvidar que la capacidad del capitalismo para perdurar transformándose, y la incapacidad de los regímenes y organizaciones «socialistas» clásicas para evitar la degeneración burocrática y el bloqueo del proceso revolucionario han creado las condiciones para una total reconsideración de los viejos esquemas revolucionarios y para superar los sectarismos que han impedido, hasta ahora, resolver el problema capital de la unidad revolucionaria.

El sistema autoritario ha conseguido mediatizar los sindicatos y los partidos de izquierda al reconocerlos e integrarlos en su orden; sin embargo, las contradicciones sociales subsisten y obligan a éstos a intervenir para remediarlas. Los trabajadores se dejan manipular, pero no cesan de exigir nuevas mejoras y no están dispuestos a renunciar a las conquistas logradas. Si ello no impide que continúe la alienación, la explotación del hombre por el hombre, tampoco impide que la lucha por una sociedad auténticamente libre y fraterna sea hoy la aspiración, el objetivo común de millares, de millones de seres humanos que no quieren ser ni esclavos ni tiranos. No se trata, pues, de afirmar que una línea es mejor que otra, sino de conjugar todos los esfuerzos que tienden hacia ese objetivo: la revolución libertadora.

Para los anarquistas, lo esencial no es reconquistar un lugar entre las organizaciones sindicales o los movimientos políticos, sino reforzar y radicalizar todas las formas de «contestación» antijerárquica y de afirmación

de la solidaridad revolucionaria en el seno de las sociedades en que viven y en el mundo.

Esa es la lección que hemos aprendido a lo largo de este testimonio.

Ariane Gransac y Octavio Alberola,

diciembre de 1974

Notas

1. Del segundo Informe del Club de Roma, Estrategia para mañana.

Cronologías

Estas cronologías (general, Facción del Ejército Rojo y Brigada de la Cólera) han sido realizadas a partir de noticias de la prensa española y europea, así como de cronologías parciales reproducidas en diversos folletos publicados por los propios grupos activistas. No pretende ser ni exhaustiva ni rigurosamente exacta.

CRONOLOGÍA GENERAL

1962

El 5 de junio, en Madrid, explotan bombas en la Vicaría General Castrense y en la Nunciatura.

El 8 de junio, en Madrid, explota una bomba en el Banco Popular Español (Opus Dei).

El 13 de junio, en Madrid, explota una bomba en el Instituto de Previsión Social (Falange), al ser manipulada por un curioso.

El 30 de junio, en Barcelona, estallan bombas en la Residencia de Monterolas y en el Instituto Nacional de Previsión, así como en la Residencia de Falange (algún tiempo después estas acciones serían reivindicadas por la FIJL).

El 15 de julio, en Valencia, estalla una bomba en el balcón de la Casa Consistorial, desde donde había pronunciado Franco un discurso días antes.

El 12 de agosto, estalla una bomba en la Basílica del Valle de los Caídos (las dos acciones precedentes son reivindicadas por el D-I y el MLE).

El 19 de agosto, en San Sebastián, explota una fuerte carga de plástico cerca de la entrada del Palacio de Ayete (residencia estival de Franco), por el sistema de control remoto. Días más tarde es descubierto el aparato emisor. Ese

mismo día, en Madrid, explotan bombas en las sedes de los diarios Ya y Pueblo.

El 20 de agosto, en Barcelona, explotan bombas en las sedes de los diarios

La Vanguardia y *ABC*.

El 23 de septiembre, en Roma, explotan dos bombas incendiarias cerca de donde se encontraba el Papa visitando los estrados preparados para la celebración del Concilio Vaticano en la Basílica de San Pedro.

El 7 de octubre, en Nueva York, explota una carga de dinamita en una ventana de la residencia del cardenal Spellman (las dos acciones precedentes fueron reivindicadas por un grupo llamado de La Mano Negra, que enviaba cartas de intimidación al Papa en relación con la lucha antifranquista).

El 29 de septiembre, en Milán, es raptado el vicecónsul Elías para impedir la condena a muerte del estudiante libertario catalán Jorge Conill.

Entre el 2 y el 3 de diciembre, explotan bombas en la residencia del gobernador militar de San Sebastián, en el Palacio de Justicia de Valencia, en el Tribunal de Cuentas del Reino de Madrid y en el Palacio de Justicia de Lisboa (Portugal), así como en el consulado español de Ámsterdam (estas acciones son reivindicadas por el CIL).

1963

El 3 de marzo, en Roma, explotan bombas en las oficinas de Iberia y en la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, acompañadas de grandes inscripciones contra el turismo en España. Ese mismo día, en los aeropuertos de Las Palmas, Barcelona y Madrid, son saboteados diversos aviones de Iberia y de Aviaco antes de despegar.

El 16 de abril, en Valencia y Alicante, explotan bombas en las oficinas de Iberia, así como en el barco Ciudad de Ibiza que llegaba al puerto de Barcelona. Son detenidos los jóvenes estudiantes franceses Bernard Ferry y Alain Pecunia (todas las acciones de la «campaña antiturismo» son reivindicadas por el CIL).

El 13 de junio, en los aeropuertos de Londres, Frankfurt y Ginebra, explotan bombas incendiarias en los aviones de Iberia y de Tap antes de despegar, provocando una gran publicidad en torno a la campaña antiturística.

El 29 de julio, en Madrid explotan bombas en la Dirección General de Seguridad y en la sede de los Sindicatos Verticales. Dos días más tarde son detenidos Joaquín Delgado y Francisco Granado.

El 1 de agosto, cerca de Portbou, un sabotaje contra la vía del ferrocarril provoca el retraso de los trenes que van de Perpiñán a Barcelona.

El 2 de agosto, en la zona de Sabadell, se producen varios sabotajes en torres de conducción eléctrica. Al día siguiente es asesinado el célebre guerrillero Caraquemada.

El 24 de septiembre, en Madrid, es descubierta una bomba sin explotar en un avión de Iberia en revisión.

Entre el 21 y 28 de septiembre, en Madrid, explotan bombas en las embajadas de Alemania y de Marruecos, así como en la Iglesia de Loyola, en la residencia del embajador norteamericano, en la residencia del jefe de la Falange y en las oficinas del Banco Ibérico y de la agencia de prensa Europa-Press (todos estos atentados son atribuidos al llamado coronel Montenegro).

El 25 de octubre, en la ciudad de México, explotan bombas en la Feria española y es detenido un joven libertario exiliado que resultó herido.

1964

Entre el 10 de mayo y el 23 de junio, día en que es detenido el coronel Montenegro en Madrid, estallan dos o tres bombas casi todos los días en centros franquistas, la embajada americana, el Hotel Hilton, etc.

El 11 de agosto, en Madrid, son detenidos Stuart Christie y Fernando Carballo. Se les acusa de preparar un atentado contra Franco.

El 21 de octubre, en Copenhague, atentado contra la embajada española.

El 27 de noviembre, en Roma, son lanzados dos cócteles Molotov contra el Seminario español (Opus Dei), y contra el Colegio Pontificio español,

El 17 de diciembre, en Roma, explota una bomba en una dependencia del Vaticano.

1965

El 2 de enero, en Nápoles, explota una bomba en el consulado español.

El 19 de febrero, en Copenhague, explota una bomba en las oficinas de turismo español.

El 23 de abril, en Milán, explota una bomba en las oficinas de Iberia.

El 1 de agosto, la FIJL comienza su campaña internacional en pro de la libertad de los presos políticos en España y Portugal.

1966

El 31 de abril, en Roma, es secuestrado el consejero eclesiástico de la embajada española ante la Santa Sede, monseñor Ussía.

El 12 de mayo, en Roma, el Grupo Primero de Mayo anuncia que va a dejar en libertad al prelado español y que proseguirá sus acciones en favor de los presos políticos.

El 26 de octubre, en Madrid, son detenidos cinco militantes libertarios acusados de preparar el secuestro de una alta personalidad estadouniden se en esa ciudad.

1967

En el curso del mes de abril, en Londres, «retención momentánea» de la secretaria del embajador español y del consejero jurídico de la embajada

española por el Grupo Primero de Mayo y como advertencia en favor de sus compañeros detenidos en Madrid.

A principios de julio, en Madrid, celebración del juicio contra el grupo de libertarios detenidos en octubre del año anterior por la jurisdicción civil (Tribunal de Orden Público), pronunciándose penas relativamente ligeras.

El 19 de agosto, en Londres, ametrallamiento de dos coches de consejeros de la embajada española.

El 21 de agosto, en Londres, ametrallamiento de la embajada estadounidense (todas estas acciones fueron reivindicadas por el Grupo Primero de Mayo).

El 21 de septiembre, en Madrid, Franco indulta al joven anarquista inglés Stuart Christie, que había sido condenado en 1964 a 20 años de cárcel.

El 10 de octubre, es detenido, en el tren que va a Barcelona, Julio Millán Hernández. Se le acusa de participación en las acciones de 1963 y permanecerá más de cinco años detenido sin ser juzgado.

El 12 de noviembre, explotan bombas en las embajadas de Grecia, de Bolivia y de España en Bonn, en la de Venezuela en Roma, en las de los Estados Unidos, de Grecia y de España en La Haya, en la de los Estados Unidos en Madrid y en las oficinas de turismo español en Milán y en Ginebra. Reivindica esta acción el Grupo Primero de Mayo.

El 19 de diciembre, en Eibar, explota una bomba en la sede de las Juventudes Falangistas. ETA reivindica el atentado.

El 26 de diciembre, en Madrid, es detenido un joven libertario español residente en Francia, David Urbano Bermúdez, acusado de estar en relación con el Grupo Primero de Mayo.

1968

El 11 de febrero, en Bruselas, es detenido Octavio Alberola. La prensa lo presentará más tarde como miembro destacado del Grupo Primero de Mayo.

El 3 de marzo, explotan bombas en las embajadas de España en La Haya, de Grecia y en el Club de Oficiales del ejército americano en Londres, y en el consulado estadounidense en Turín (el Grupo Primero de Mayo y el Movimiento de Solidaridad Revolucionaria Internacional reivindican conjuntamente estas acciones).

El 25 de marzo, en Madrid, explota una bomba en la embajada estadounidense.

El 10 de septiembre, en Valencia, detención de un grupo de jóvenes libertarios acusados de preparar acciones en relación con el Grupo Primero de Mayo.

A finales del año, en Francia, se producen varios atentados contra sedes bancarias y de fábricas de automóviles. Es detenida una estudiante francesa.

1969

El 3 de febrero, explotan bombas en las sedes de los bancos de Bilbao y de España en Londres y en el Banco de España en Liverpool.

El 16 de marzo, en Londres, detención de un anarquista inglés poco después de haberse producido un atentado contra el Banco de Bilbao de esa ciudad.

El 25 de abril, en Milán, explotan dos bombas en la Feria-Exposición y en la Estación Central sin que se conozca a los responsables. En los días que siguen son detenidos cuatro anarquistas; cuatro más serán detenidos a continuación. (Como se probaría más tarde, la provocación fascista estaba en marcha en Italia. Por tal razón excluimos de esta cronología, a partir de esta época, toda referencia a acciones ocurridas en ese país. Al respecto recomendamos la lectura del libro L'Etat massacre, publicado por la editorial Editions Champ Libre de París.)

El 25 de mayo, en Bonn, explota una bomba en la embajada española para protestar por la expulsión de Alemania, con el acuerdo del embajador español, de un grupo de obreras españolas que se habían declarado en huelga.

1970

El 28 de enero, en París, atentado contra el Centro Cultural de la embajada española.

El 27 de febrero, en París, atentados contra las sedes del Banco de Bilbao y de los Ferrocarriles españoles.

El 15 de marzo, en París, son detenidos tres jóvenes ácratas españoles. Se les acusa de haber intentado secuestrar al embajador español en la UNESCO.

El 22 de abril, en Bruselas, es detenido el joven anarquista italiano Yvo Della Savia, acusado de estar en relación con Valpreda.

El 10 de mayo, en Ámsterdam, Ginebra, Frankfurt y Londres, atentados contra los aviones de Iberia que estaban a punto de despegar hacia España. La acción es reivindicada por el Grupo Primero de Mayo.

El 22 de mayo, en Paddington (Inglaterra) explota una bomba en una comisaría de policía. Se atribuye a la Brigada de la Cólera. (En lo que concierne a las acciones de este grupo, se da una cronología por separado).

El 3 de mayo, en Valencia, son lanzados cócteles Molotov contra el Banco de Bilbao y el de Vizcaya en esa ciudad.

El 3 de julio, en Londres, atentados contra las embajadas de España y de Grecia, así como contra las oficinas del turismo español, y, en París, contra las oficinas de los servicios culturales de la embajada española y del turismo español.

El 9 de agosto, en Zúrich explota una bomba en las oficinas de Iberia.

El 26 de septiembre, en los aeropuertos de Ginebra, Frankfurt, París y Londres, nuevos atentados contra Iberia.

El 10 de octubre, en París, Londres, Birmingham y Manchester atentados contra las sedes de la Fiat, de Alitalia y de bancos italianos, en solidaridad con los anarquistas italianos víctimas del complot fascista.

El 17 de octubre, en Zaragoza, sabotaje del oleoducto Rota-Zaragoza.

El 3 de diciembre, en Londres, ametrallamiento de la embajada española.

Esta acción es reivindicada por el Grupo Primero de Mayo.

A finales de diciembre, durante la celebración del «Proceso de Burgos», es secuestrado por ETA el cónsul alemán en San Sebastián, Eugen Beihl.

1971

El 5 de mayo, en Barcelona, explota una bomba en el Palacio de Justicia. El 7 de mayo, en Barcelona, explota otra bomba en la sede de la Organiza-

ción Sindical y otra en el convento de los capuchinos. Estas acciones son reivindicadas por un «Grupo Libertad de Cataluña».

El 22 de mayo, en París, atentados contra las sedes de los Ferrocarriles británicos, de la Land-Rover y de la Rolls-Royce, y, en Londres, en el cuartel general de la policía, con ocasión de la visita de Heath a París y en solidaridad con los anarquistas ingleses presos.

El 28 de mayo, en Barcelona, detención de un grupo del Frente Catalán de Liberación. Se les hace responsables de los atentados contra la emisora de TV de Miramar, el transformador del Paseo de Gracia, la oficina de Hacienda de La Sagrera y la sede del diario La Vanguardia.

El 27 de octubre, en Lisboa, una fuerte explosión destruye parte del Cuartel General de la OTAN. El atentado es reivindicado por un grupo de resistencia portugués.

El 3 de noviembre, en Barcelona, muere uno de los obreros que resultaron heridos en la refriega con la policía del día 18 de octubre. Es el octavo en el curso de dos años.

El 6 de noviembre, atentados contra el Lloyds Bank en Ámsterdam, contra el consulado italiano en Basilea y contra la embajada inglesa en Roma, en solidaridad con los anarquistas ingleses e italianos presos.

El 25 de diciembre, en Zúrich, atentado contra el Comisariado Central de Policía. Se acusa a un anarquista en fuga.

1972

El 15 de enero, en Lazcano (Guipúzcoa), atraco atribuido a ETA que representa una expropiación de 300.000 pesetas.

El 19 de enero, en Abadiano (Guipúzcoa), secuestro del director de la empresa Preoicontrol, Lorenzo Zabala, por un grupo de ETA.

El 31 de enero, en Zarauz, a 25 kilómetros de San Sebastián, se produce un tiroteo entre un grupo de ETA y la Guardia Civil.

El 3 de febrero, la prensa española anuncia la detención de varios jóvenes vascos, presentándolos como responsables del secuestro del industrial de Abadiano.

El 11 de febrero, en Madrid, se celebra el juicio contra el libertario Julio Millán Hernández, en detención preventiva desde el 10 de octubre de 1967. Es condenado a 23 años de prisión.

El 23 de febrero, en Bruselas, atentado contra la embajada de Italia en solidaridad con Valpreda.

El 9 de marzo, en El Ferrol, la policía mata a dos obreros en el curso de las manifestaciones que tienen lugar en esa ciudad.

El 17 de marzo, a 300 metros de la frontera franco-española, la Guardia Civil asesina a Yon Guicoechea, miembro destacado de ETA.

El 19 de marzo, en Madrid, dos miembros de ETA son condenados a 20 años de cárcel por supuestas actividades «terroristas» cometidas en 1967.

El 24 de marzo, en Bruselas, aviso de bomba en la embajada británica.

El 2 de abril, en una iglesia de Galdácano cerca de Bilbao, un grupo de ETA interrumpe, armas en mano, una ceremonia religiosa y reparte propaganda.

El 4 de abril, en San Sebastián atentados contra el monumento al compositor del himno de la Falange, contra un club privado y en los talleres de varios diarios de esa ciudad. Igualmente, es saboteada una estación de radio.

El 20 de mayo, en Madrid, la policía tira contra los estudiantes, hiriendo gravemente a uno de ellos. Los estudiantes replican con cócteles Molotov.

El 26 de mayo, en París, explotan bombas en el consulado estadounidense y en la sede de la Legión americana, y, en Stuttgart, en el consulado español.

El 12 de junio, en Múnich, atentado contra el consulado español.

El 1 de julio, en Barcelona, atraco contra una oficina de pagos del Estado atribuido al MIL.

El 18 de julio, en Estocolmo, atentado contra las oficinas de turismo españolas.

El 1 de septiembre, cerca de la frontera, un grupo de ETA logra escapar después de un tiroteo en el que resulta muerto un policía.

El 4 de septiembre, la Guardia Civil mata a dos militantes de ETA antes de que estos puedan pasar la frontera.

El 5 de septiembre, en Madrid son condenados dos miembros de ETA a 25 y 18 años por haber atacado una fábrica en Pamplona para financiar su grupo.

El 8 de septiembre, en Bilbao, la policía detiene a 13 militantes de ETA. Se les acusa de participación en diversas acciones anteriores

El 9 de septiembre, en Toulouse, la policía descubre una imprenta y un depósito de armas del MIL. Detienen a varios militantes de este grupo.

El 21 de octubre, en Barcelona, atraco a la Caja Layetana de Mataró reivindicado por el MIL.

El 2 de noviembre, en Zaragoza, atentado contra el consulado francés, resultando gravemente herido el cónsul. Es reivindicado por el grupo La Hoz y el Martillo, «marxista-leninista» (?). Días más tarde son detenidos los autores.

El 20 de noviembre, en Barcelona, un grupo del MIL asalta el Banco Central llevándose un millón de pesetas y dejando numerosa propaganda antifranquista.

El 5 de diciembre, comandos armados de ETA destruyen las oficinas de la Casa Sindical en Hernani, Tolosa, Rentería e Irún.

El 29 de diciembre, en Badalona, nuevo asalto a la Caja Layetana por un grupo del MIL, llevándose 800.000 pesetas y dejando un comunicado en homenaje a Francisco Sabaté Llopart.

1973

El 16 de enero, en Vizcaya, ETA secuestra al industrial Felipe Huarte.

El 21 de enero, en Barcelona, el MIL atraen una Caja de Ahorros situada en el mismo edificio donde viven miembros de la Brigada Político-Social.

El 23 de enero, en la frontera de Puigcerdá y Bourg-Madame, dos miembros del MIL son interceptados por la policía y logran escaparse tras un fuerte tiroteo, perdiendo una metralleta y 250.000 pesetas.

El 25 de enero, en Bilbao, cuatro militantes de ETA son condenados por el secuestro de Lorenzo Zabala. Se les imponen condenas de más de 15 años.

El 27 de enero, en Barcelona, nuevo atraco del MIL en el Banco de Vizcaya. El 2 de marzo, en Barcelona, un grupo del MIL asalta el Banco Hispanoamericano y, tras un tiroteo con la policía, logra escaparse llevándose un millón de pesetas.

El 8 de marzo, en Toulouse, son condenados a cortas penas varios supuestos militantes del MIL.

El 10 de marzo, en Lisboa, se producen tres atentados contra centros de control electrónico del Ejército.

El 17 de marzo, en Barcelona, asalto contra un inspector administrativo portador de permisos de conducir, pasaportes, etc. Lo reivindica el MIL.

El 3 de abril, en Barcelona, la policía dispara contra una manifestación de

2.000 obreros, matando a dos de ellos e hiriendo a más de una veintena. El 1 de Mayo, en Madrid, se producen violentos enfrentamientos entre los manifestantes y la Fuerza Armada, resultando herido de muerte un agente.

El 23 de abril, en Bilbao, la policía mata a Eustaquio Mendizábal, dirigente de ETA.

El 26 de junio, en Grenoble, en una explosión accidental resultan muertos cuatro jóvenes libertarios españoles.

El 6 de julio, en Bilbao, son condenados cinco jóvenes vascos por el rapto del industrial Felipe Huarte. Se les imponen penas de 30 años.

El 27 de julio, en un choque con la policía resulta herido un militante de ETA. El 25 de septiembre, en Barcelona, en un tiroteo con la policía resulta herido y detenido Salvador Puig Antich. Uno de los agentes resulta herido

también y muere poco después.

El 27 de septiembre, en Bilbao, tras un fuerte tiroteo la policía logra herir y detener a dos miembros de ETA.

El 1 de diciembre, en Bilbao, ETA destruye el Yatch Club.

El 7 de diciembre, en San Sebastián, nuevo enfrentamiento de un comando de ETA con la policía. Un militante vasco resulta muerto.

El 20 de diciembre, en Madrid, es ejecutado el presidente del Gobierno, el almirante Carrero Blanco. ETA reivindica más tarde la acción.

1974

El 15 de enero, en Bilbao, una bomba destruye dependencias de la Universidad de Deusto (jesuita).

El 19 de enero, en París, son detenidos tres anarquistas franceses y un español, al que se le confiscan armas y material de propaganda. Se les relaciona con el MIL.

Durante todo el mes de enero se suceden las manifestaciones y los atentados a favor de Puig Antich y sus compañeros, particularmente después de ser conocida la sentencia de muerte pedida contra él. En Barcelona fueron saboteados transformadores eléctricos, que dejaron la mitad de la ciudad sin luz, el Monumento a los Caídos, bancos, una comisaría de policía, etc., y en el extranjero, numerosas oficinas de Iberia, consulados, etc., también fueron atacados con cócteles Molotov.

El 21 de enero, en Madrid, el TOP condena a tres militantes de ETA a penas de prisión de 10 hasta 19 años.

El 9 de febrero, en Barcelona, consejo de guerra contra cuatro trabajadores acusados de ser los instigadores de los desórdenes de la Térmica del Besós, en los que la policía mató a dos manifestantes.

El 14 de febrero, en Bilbao, son detenidos 14 militantes de ETA.

El 2 de marzo, en Barcelona, Salvador Puig Antich es ejecutado a garrote vil junto con otro joven supuestamente polaco que hacía tiempo que había sido condenado a la pena de muerte. Ese mismo día y durante algún tiempo se producen atentados en diferentes capitales de Europa en protesta por esos dos asesinatos. En los días que siguen a estas acciones tienen lugar numerosos atentados contra símbolos franquistas en el extranjero y en España.

El 21 de marzo, son detenidos en Barcelona 22 anarquistas de los Grupos Autónomos.

El 22 de marzo, son saboteadas en el sur de Francia tres líneas férreas que comunican con España. Reivindica la operación un «Grupo Autónomo de Intervención».

El 1 de abril, son detenidos en Barcelona tres militantes de la Liga Comunista Revolucionaria (IV Internacional).

El 2 de abril, son juzgados en Burgos cuatro militantes de ETA —condenados ya a 30 años por el secuestro de Huarte— por la voladura del Chalet Olabe. Es fiscal pide 25 años más para cada uno.

El 3 de abril, un comando de ETA mata a un guardia civil en Azpeitia (Vizcaya). El 4 de abril, son lanzados varios cócteles Molotov en Madrid contra el

Hogar de la Guardia de Franco.

El 8 de abril, la policía detiene en Bilbao a dos militantes de ETA.

El 3 de mayo, es secuestrado en París el director del Banco de Bilbao. Días más tarde, en Barcelona, un grupo anarquista (GARI) reivindica el secuestro y fija las condiciones para su liberación: «No más ejecuciones, alto a la represión y aplicación de la libertad condicional».

El 22 de mayo, es liberado el banquero español en un parque de París. Ese mismo día, la policía procede a la detención de anarquistas españoles y franceses en París, Aviñón y Toulouse.

La prensa española reproduce un comunicado de la policía que dice: «el comando de activistas de ETA, que el día 20 fue descubierto cuando intentaba desembarcar en una playa de Fuenterrabía, pretendía secuestrar a Juan Vollner, director de la fábrica La Palmera».

El 23 de mayo, explota en Bruselas una bomba en un coche estacionado frente a las oficinas de Iberia.

El 3 de junio, explota una bomba en la embajada de España en Berna.

El 25 de junio, son detenidos en Barcelona cinco anarquistas (entre ellos Luis A. Edo) en razón de «la comisión rogatoria» del juez instructor del caso del secuestro del banquero Baltasar Suárez.

El 16 de julio, en el curso del Tour de Francia, el GARI realiza una serie de atentados contra la delegación oficial española para denunciar la represión en España.

El 24 de julio, son condenados en Barcelona José Oriol Solé y José Luis Pons a 48 y 24 años de cárcel respectivamente.

El 9 de septiembre, son detenidos en Barcelona 67 asistentes de la Assemblea de Catalunya en un convento de Sabadell.

El 11 de septiembre, la policía cerca en Bilbao un restaurante en el que estaba reunido un grupo de ETA. Tiene lugar un tiroteo y resulta muerto un militante vasco y herido uno de los guardias. Son detenidos cinco militantes de ETA.

El 12 de septiembre, al intentar pasar la frontera franco-española, es sorprendido un grupo de ETA. En la refriega resulta herido y detenido uno de los jóvenes que integraban dicho grupo.

El 13 de septiembre, en Madrid, explota una bomba en la Cafetería Rolando de la Puerta del Sol, frecuentada por los agentes de la Dirección General de Seguridad. Se habla de nueve personas muertas y cincuenta heridas. La policía acusa a ETA y procede a la detención de cuatro mujeres en Madrid y cerca de una veintena de vascos en las provincias del norte.

El 20 de septiembre, la policía detiene en Francia a cuatro jóvenes acusados de formar parte del GARI.

El 28 de septiembre, es detenido en Barcelona Roberto Safont Sisa, del grupo anarquista catalán Organització de Lluita Armada. En San Sebastián es detenido un joven vasco en relación con el atentado de la Cafetería Rolando.

El 5 de octubre, son detenidos en Madrid —«para interrogatorio»— 200 obreros que discutían asuntos sindicales en una iglesia y otros 47 en otra iglesia cercana a Barcelona.

El 13 de octubre, son detenidos en Madrid ocho miembros de la Liga Comunista Revolucionaria que preparaban una evasión de presos de la cárcel de Segovia.

El 22 de octubre, ETA declara que es ajena al atentado de la Cafetería Rolando. El 15 de noviembre, en Madrid, la policía afirma que Genoveva Forest participó en la preparación del atentado contra el almirante Carrero Blanco.

El 18 de noviembre, cinco miembros de un grupo obrero marxista-leninista del País Vasco son juzgados por el TOP. El fiscal pide penas que van de 6 a 31 años, por «terrorismo, asociación y propaganda ilegal». El 19 de noviembre, un tribunal militar condena en Burgos a tres militantes de ETA a 52, 53 y 78 años de reclusión.

El 21 de noviembre, 31 obreros agrícolas de Jaén comparecen ante el TOP, acusados de pertenecer al PCE.

El 22 de noviembre, un consejo de guerra condena en Burgos al militante de ETA, Zabarte Arregui, a 13 años de cárcel por un atentado contra un monumento público en Pamplona. Arregui había sido gravemente herido en el momento de su detención y estaba ya condenado a 33 años por secuestro y a 20 por robo de dinamita.

El 5 de diciembre, son detenidos en París tres jóvenes que transportaban algunas armas en una camioneta. Se los acusa de pertenecer al GARI.

El 17 de diciembre, dos guardias civiles son mortalmente heridos en un tiroteo con un grupo de ETA. Al día siguiente, otros dos son heridos en el curso de un atraco. La policía no logra detener a nadie.

El 18 de diciembre, en un control policial, es muerto un estudiante y herido otro joven que le acompañaba en su coche. La policía se justifica afirmando que el conductor del coche no había obedecido la señal de alto.

El 20 de diciembre, los fascistas se manifiestan ante la embajada de Francia en Madrid con gritos de «Extradición» y «Francia, asesinos».

El 21 de diciembre, Ruiz Giménez declara que hay cerca de 2.000 presos políticos y entrega al cardenal Enrique Tarancón un documento firmado por ciento sesenta mil españoles que piden la amnistía general.

El 27 de diciembre, 16 presos políticos de la cárcel de Basauri, que habían hecho huelga de hambre del 24 de noviembre al 20 de diciembre, son castigados a treinta días de «celda de castigo».

El 30 de diciembre, es herido otro guardia civil en un tiroteo entre cien guardias civiles y un grupo de ocho personas que intentaban pasar la frontera con Francia algunas horas después de haber sido atracado un banco de Vitoria.

El 31 de diciembre, los abogados de los detenidos del GARI anuncian que siete de ellos han comenzado, el 27 de diciembre, una huelga del hambre para reclamar el estatuto de presos políticos. En el curso de las siguientes semanas, tendrán lugar, en diversas ciudades de Francia, actos de solidaridad con ellos.

La prensa europea se hizo eco, en los últimos meses de 1974, de los hechos siguientes relacionados con el activismo revolucionario en otros continentes:

En Argentina: el 8 de noviembre, son incendiados veinte camiones militares en Buenos Aires y es ocupada por los guerrilleros durante varias horas una estación en el sur de la ciudad. En Santa Fe matan a un comandante del Ejército. El día 18, son descubiertos los cadáveres de dos abogadas que defendían a los presos políticos. Habían sido secuestradas por la AAA después de haber sido dejadas en libertad por la policía. El día 21, matan a un teniente coronel responsable de haber asesinado a un grupo de guerrilleros. El 7 de diciembre, la AAA mata a cinco militantes izquierdistas. El día 24, en Buenos Aires, el jefe de la policía escapa de un atentado, resultando muerto un miembro de su escolta y heridos dos más.

En México: el 18 de noviembre, explotan 15 bombas en la capital y en otras dos ciudades contra bancos y sociedades estadounidenses. El 5 de diciembre, matan al célebre guerrillero mexicano Lucio Cabañas, después de ser acosado durante cinco meses por más de 20.000 soldados en la región de Guerrero.

En Brasil: el 2 de noviembre, es absuelto el tristemente célebre comisario Fleury, jefe de los Escuadrones de la Muerte.

En Paraguay: el 2 de diciembre, en Asunción, la policía asalta una casa en donde estaban reunidos siete revolucionarios, matando a uno de ellos e hiriendo a los otros. La policía afirma que preparaban un atentado contra Stroessner.

En Puerto Rico: el 3 de diciembre, explotan trece bombas en las sedes de las principales firmas comerciales estadounidenses.

En Uruguay: el 19 de diciembre, en París, matan al agregado militar de la embajada uruguaya que había sido antes jefe de la Seguridad Militar.

En Nicaragua: el 27 de diciembre, es ocupada la residencia del ministro de Agricultura por un comando guerrillero. Tres días más tarde, el comando

obtiene la liberación de 15 presos políticos y un millón de dólares a cambio de la libertad de los ministros y diplomáticos rehenes.

CRONOLOGÍA DE LA FACCIÓN DEL EJÉRCITO ROJO 1968

El 2 de marzo, en Frankfurt, son detenidos Gudrun Ensslin, Andreas Baader, Thorward Proll y Hans Sohnlein. Se les acusa de haber incendiado un supermercado «para protestar contra la indiferencia general respecto a la guerra en el Vietnam». Son sentenciados a tres años de cárcel, pero serán amnistiados en 1969.

El 6 de marzo, explota una bomba incendiaria, provista de un mecanismo electrónico de retardo, en el Tribunal Criminal de Moabit, en Berlín occidental.

El 4 de noviembre, es atacado el Ministerio del Interior, en Berlín occidental, con cócteles Molotov.

El 19 de diciembre, es atacado el rectorado de la Universidad Libre, en Berlín occidental, con cócteles molotov para protestar contra la intervención americana en el Vietnam.

1969

El 9 de marzo, en Berlín occidental, es atacada la Biblioteca John F. Kennedy con cócteles Molotov.

El 15 de julio, en Bamberg, son asaltadas las oficinas del gobierno para obtener tarjetas de identidad.

En el curso de noviembre y diciembre, en Berlín occidental, se producen seis atentados contra instituciones representativas del imperialismo americano.

1970

En el mes de febrero, Baader, Ensslin y Proll deciden no volver a la cárcel y pasar a la clandestinidad.

El 4 de abril, en Berlín, es detenido Baader en un control de circulación.

El 14 de mayo, Baader es liberado por un comando, cuando dos guardianes lo acompañaban al Instituto de Investigación Social, en donde debía trabajar con la periodista Ulrike Meinhoff en la redacción de un libro sobre los reformatorios en Alemania. En la refriega es herido un guardia.

En junio, varios miembros del grupo van a Jordania para entrenarse en los campos de Al-Fatah.

En agosto, vuelven a Alemania y constituyen la Facción del Ejército Rojo (RAF).

El 29 de septiembre, en Berlín occidental, en pocos minutos, asaltan tres bancos.

El 8 de octubre, en Berlín occidental, es detenido el abogado Horst Mahler, que había defendido a Baader. Con él son detenidos cuatro supuestos miembros de la RAF.

El 16 de noviembre, en el Ayuntamiento de Neustadt, son robados 31 sellos oficiales, 15 pasaportes y una tarjeta de identidad.

El 21 de noviembre, en el Ayuntamiento de Lang Gons, son sustraídas 166 tarjetas de identidad, varios sellos oficiales y otros documentos.

1971

El 4 de diciembre, en Berlín occidental, Georg von Rauch, miembro de la Cruz Negra Anarquista, es fríamente matado por la policía al proceder a su detención y pese a que no está armado. Al día siguiente una manifestación de protesta reúne entre 5.000 y 7.000 personas.

En diciembre, Dieter Kunselmann es condenado a nueve años de cárcel.

El 10 de febrero, en Frankfurt, Manfred Grashof y Astrid Proll logran escapar después de mantener un tiroteo con la policía.

El 6 de mayo, es detenida Astrid Proll.

El 18 de mayo, es absuelto Mahler del cargo de haber liberado a Baader, pero se le mantiene en prisión por pertenecer a la RAF. Los otros detenidos son condenados a penas que van de 4 a 6 años de cárcel.

El 15 de julio, en Hamburgo, es asesinada por la policía Petra Schelm durante un control de identidad en la calle. Es detenido Werner Hoppe, que la acompañaba.

El 20 de julio, es detenido Dieter Kunzelmann y es acusado de un atentado contra una fiesta de abogados.

El 24 de julio, en Heidelberg, cerca de 300 policías rodean y registran una comuna libertaria que se ocupa de enfermos mentales.

El 21 de octubre, después de un tiroteo con la policía, es detenida Margit Schiller, y se le acusa de la muerte de un policía.

1972

El 2 de marzo, en las calles de Augsburgo, Thomas Weissbecker es muerto por la policía en un control. Es detenida Carmen Rodd. Al día siguiente se producen varías manifestaciones de protesta en diversas ciudades alemanas.

El 3 de marzo, en Hamburgo, la policía registra una casa disparando contra los ocupantes. Son detenidos Manfred Grasshoff y Wolfgang Grundmann. En el tiroteo resulta herido Grasshof y muerto un inspector de policía.

El 11 de mayo, en Frankfurt, en una fuerte explosión en el Cuartel General de las Fuerzas americanas resulta muerto un coronel americano y heridos 13 oficiales. La explosión es reivindicada por la RAF en protesta contra la «escalada americana en el Vietnam».

El 12 de mayo, en Augsburgo y en Múnich explotan bombas contra comisarías de policía. Los dos atentados son reivindicados por la RAF.

El 15 de mayo, en Buddenberg, es destruido el coche del juez por el estallido de una bomba, resultando herida su mujer. También reivindicado por la RAF.

E1 19 de mayo, en Hamburgo, estallan dos potentes bombas en las oficinas centrales de la editorial Springer. Previenen por teléfono, pero no son escuchados. Hay 17 personas heridas. Son descubiertas otras cinco bombas.

El 24 de mayo, en la explosión de dos bombas en el aparcamiento del Cuartel General del Ejército americano en Europa resultan muertos un capitán y dos sargentos americanos.

El 1 de junio, en Frankfurt, tras un asedio con bombas lacrimógenas y ráfagas de metralleta y con la participación de 250 policías e inclusive un coche blindado, son detenidos Andreas Baader, Holger Meins y Jan Carl Raspe. Baader resulta herido.

El 7 de junio, en Hamburgo, es detenida Gudrun Ensslin sin que hiciera uso de su pistola.

El 9 de junio, en Berlín occidental, son detenidos Bernard Braun y Brigitte Mohnhaupt.

El 19 de junio, en Hannover, son detenidos Gerhard Müller y Ulrike Meinhof.

1974

El 15 de septiembre, se abre el proceso contra la Facción del Ejército Rojo. El 8 de octubre, la Facción del Ejército Rojo reivindica en Hamburgo dos atentados: uno contra la casa del senador de Justicia y otro contra el

coche del médico de la cárcel de esta ciudad.

El 9 de noviembre, en la prisión central de Wittlich (Berlín occidental), muere Holger Meins, a consecuencia de la huelga de hambre que, desde hace dos

meses, han declarado los miembros de la Facción del Ejército Rojo detenidos en esta ciudad.

El 10 de noviembre, en Berlín occidental, al resistirse al grupo que intenta ba secuestrarle, es mortalmente herido el presidente del Tribunal de Justicia de dicha ciudad. En una llamada telefónica al diario Bild-Zeitung, de Axel Springer, un desconocido afirma que «la acción ha sido ejecutada en represalia por el asesinato del Holger Meins por las autoridades penitenciarias» y afirma pertenecer a la Organización de Reconstrucción de la Facción del Ejército Rojo.

El 11 de noviembre, el ministro del Interior hace un llamamiento público a los «cazadores de primas» para que denuncien a los miembros de la «Banda Baader-Meinhof», ofreciendo 50.000 marcos de recompensa.

El 13 de noviembre, tienen lugar varios atentados y numerosas manifestaciones de estudiantes en las principales ciudades alemanas en solidaridad con los presos políticos en huelga del hambre y en protesta por la muer te de Holger Meins. El canciller se indigna y la policía disuelve las manifestaciones.

El 18 de noviembre, más de tres mil personas asisten al entierro de Holger Meins.

El 20 de noviembre, explota una bomba en la casa del juez Ziegler del Tribunal de Justicia de Hamburgo; a la misma hora, otro atentado destruye un depósito de ferrocarriles en Göttingen (es el octavo atentado en menos de seis días en esa ciudad en protesta por la muerte de Holger Meins).

El 21 de noviembre, después del entierro del juez matado en represalia por la muerte de Holger Meins, 20.000 personas desfilan ante la alcaldía de Berlín gritando: «Acabemos con el terrorismo».

El 29 de noviembre, se condena en Berlín a Horst Malher y Ulrike Meinhof, a 14 y 8 años de prisión respectivamente, por haber ayudado a Baader a fugarse el 14 de mayo de 1970.

El 2 de diciembre, disparan contra el tesorero de la CDU, Walther LellerKiep, sin herirle. Los compañeros de Baader reivindican la acción.

El 4 de diciembre, Sartre visita a Andreas Baader y después da una conferencia de prensa en Stuttgart, en compañía de Daniel Cohn-Bendit, para denunciar «las condiciones de vida intolerables de los detenidos políticos de la Facción del Ejército Rojo. La intervención de Sartre moviliza la prensa en torno a las diferentes manifestaciones de solidaridad que tienen lugar en diversos países europeos.

1975

El 11 de enero, el Grupo por la Liberación de Baader-Meinhof reivindica el atentado que ha destruido el chalet del editor Alex Springer, en el cantón de Vaud (Suiza).

CRONOLOGÍA DE LA BRIGADA DE LA CÓLERA 1970

El 22 de mayo, en Londres, una carga explosiva estalla en la comisaría de Paddington.

El 30 de agosto, en Londres, la explosión de una bomba causa daños de consideración en el domicilio del comisario de la policía metropolitana, sir John Waldrom.

El 8 de septiembre, en Londres, explota una bomba en el domicilio del fiscal general, Sir Peter Rawlinson, causando daños de relativa consideración.

El 9 de octubre, el Movimiento de Solidaridad Revolucionaria reivindica, junto con el Grupo Primero de Mayo, los atentados contra centros oficiales italianos en Manchester, Birmingham y Londres, en solidaridad con los anarquistas italianos víctimas de la represión por el complot fascista.

El 28 de noviembre, en Londres, una camioneta de la BBC que debía transmitir el concurso para Miss Universo resulta seriamente averiada por una carga explosiva que perturba la transmisión de dicho evento.

El 3 de diciembre, en Londres, la embajada española es ametrallada en protesta por la represión franquista y en solidaridad con los vascos procesados en Burgos. Esta es la primera acción reivindicada por la Brigada de la Cólera.

El 8 de diciembre, en Londres, antes de que tuviera lugar una gran manifestación obrera contra un proyecto de ley antihuelgas, el Ministerio de Empleo y Producción es devastado, previo aviso, por una fuerte carga explosiva.

1971

El 12 de enero, día de grandes manifestaciones nacionales contra el proyecto de ley antes citado, en Londres, dos explosiones causan daños de gran consideración en el domicilio del ministro responsable del proyecto de ley, Robert Carr.

El 19 de enero, la policía detiene a Jack Prescott, acusándolo de posesión de cheques falsos; pero es interrogado por el comisario encargado de la investigación sobre las actividades de la Brigada de la Cólera.

El 3 de febrero, Jack Prescott es dejado en libertad; será detenido ocho días más tarde, inculpándosele en los atentados contra el domicilio del ministro Carr y el concurso de Miss Universo.

El 6 de marzo, detención de Ian Purdie, compañero de Jack Prescott, inculpándosele igualmente en los dos atentados ya citados. Los métodos de investigación empleados contra ellos son severamente criticados en algunos periódicos.

El 18 de marzo, coincidiendo con una importante huelga de los trabajadores de la empresa Ford, una poderosa carga explosiva destruye parcialmente las oficinas principales de esta empresa en Gants Hill, Ilford, cerca de Londres. La Brigada de la Cólera explica esta acción en un largo comunicado.

El 3 de diciembre, en Londres, la embajada española es ametrallada en protesta por la represión franquista y en solidaridad con los vascos procesados en Burgos. Esta es la primera acción oficialmente reivindicada por la Brigada de la Cólera.

El 28 de abril, es dejada una bomba en las oficinas del periódico The Times con un mensaje firmado por la Escuadra de la Venganza, la Brigada de la Cólera y el Ejército del Pueblo.

El 1 de Mayo, una bomba destruye la tienda de modas Biba, en Kensington. Se acompaña con un comunicado atacando el capitalismo consumidor y las condiciones de trabajo de las vendedoras y de las costureras.

El 22 de mayo, en Londres, atentado contra la sala de computadores de Scotland Yard. Este atentado coincide con los realizados por el Movimiento de Solidaridad Revolucionaria en París contra firmas inglesas, en solidaridad con Jack Prescott y Ian Purdie.

El 22 de junio, en Essex, una bomba causa daños de consideración en el domicilio del director de Ford, William Batty, en represalia por el despido de un militante sindicalista de dicha empresa en Liverpool. Por la noche, una bomba causa daños en un transformador de la instalación industrial de la Ford Motor Company, en Dagenham.

El 31 de julio, en Londres, aun estando bajo protección policial, es parcialmente destruida la residencia del secretario de Estado de Comercio e Industria, John Davies. Esta acción tiene lugar inmediatamente después de que este último haya anunciado el cierre de los talleres navales de la Upper Clyde, que dejaba sin trabajo a varios millares de obreros. El atentado es acompañado por el onceavo comunicado de la Brigada de la Cólera.

El 15 de agosto, en Londres, explota una bomba en las oficinas de reclutamiento del Ejército, en protesta contra la declaración gubernamental del estado de sitio (internamiento) en Irlanda. La acción es reivindicada por la Brigada de la Cólera, Moonlighters Cell.

El 20 de agosto, la Special Branch y el CID de Scotland Yard detienen a Jim Greenfield, Anna Mendelson, John Barker y Hilary Creek en la casa donde

vivían. Son sometidos a brutales interrogatorios para arrancarles confesiones, como responsables de las acciones de la Brigada de la Cólera.

El 21 de agosto, es detenido Stuart Christie al llegar de visita a casa de los anteriores. Una hora más tarde es detenido Chris Bott, amigo de Christie.

El 23 de agosto, en la comisaría de policía de Albany Street, son inculpados los seis por «conspiración para causar explosiones entre enero de 1968 y el 21 de agosto de 1971, por posesión de armas y explosivos, etc.».

El 24 de septiembre, pese a que la policía había declarado haber detenido a toda la Brigada de la Cólera, es siliconado el cuartel de Albany Street, en protesta contra las acciones del Ejército inglés en Irlanda del Norte. La Brigada de la Cólera reivindica la acción.

El 20 de octubre, es lanzada una bomba contra la residencia de un patrón de una empresa de construcción, Chris Bryant, mientras sus obreros hacían huelga. Sigue un comunicado de la Brigada de la Cólera.

El 30 de octubre, un espectacular atentado contra la torre de correos de Londres es atribuido a la Brigada de la Cólera.

El 10 de noviembre, atentado contra el cuartel general de tanques del Ejército en Londres. Lo reivindica la Brigada de la Cólera.

El 1 de diciembre, fin del proceso de Ian Purdie y Jack Prescott. El primero es absuelto y el segundo es condenado por «conspiración» a 15 años de cárcel.

El 18 de diciembre, es detenida Kate McLean, que es acusada junto con Angela Weir, Chris Allen y Pauline Conroy, detenidos en el curso del mes de noviembre, de «conspiración». Poco antes del comienzo del juicio contra estos diez militantes anarquistas, el procurador decidió dejar en libertad —por falta de pruebas— a Pauline Conroy y Chris Allen.

1972

El 30 de mayo, en Londres, comienza el juicio contra los ocho restantes.

Este proceso político sería el más largo de toda la historia inglesa.

El 6 de diciembre, el proceso se termina con cuatro condenas por «conspiración»: J. Greenfield, Anna Mendelson, J. Barker y H. Creek, después de haber pedido clemencia el jurado, son condenados a diez años. La condena de Jack Prescott es reducida a 10 años. Los otros cuatro fueron absueltos, probándose que las acusaciones de la policía no tenían fundamento.